

TESIS DOCTORAL

**ESTUDIO CRONOLÓGICO-SECUENCIAL
DE LOS MATERIALES CERÁMICOS DE LA
NECRÓPOLIS
FENICIA DE TIRO - AL BASS
(LÍBANO)
CAMPAÑA DE 1997**

POR

FRANCISCO JESÚS NÚÑEZ CALVO

BAJO LA SUPERVISIÓN
DE LA
DRA. MARÍA EUGENIA AUBET SEMMLER

DEPARTAMENT D'HUMANITATS
INSTITUT UNIVERSITARI D'HISTÒRIA JAUME VICENS I VIVES

Dipòsit legal: B.8962-2008
ISBN: 978-84-691-1757-6

A los míos

ÍNDICE

INDICE, 5

PREFACIO, 7

CAPÍTULO 1. INTRODUCCIÓN, 11

La situación de la estructura cronológico-secuencial fenicia, 11

Objetivos, 14

Medios, 14

SECCIÓN I

CAPÍTULO 2. TIRO - AL BASS, 19

Ubicación, 19

Características del yacimiento, 20

Los enterramientos, 20

CAPÍTULO 3. Catálogo, 25

SECCIÓN II

CAPÍTULO 4. ESTUDIO TIPOLOGICO, 117

La necesidad de organizar el material, 119

Antecedentes, 120

Criterios tipológicos, 122

Los Grupos Formales, 123

Las Categorías Cerámicas, 124

La naturaleza del material, 126

La tipología, 128

Grupo Formal I. Los grandes contenedores, 128

1. Las Cráteras (Cr), 129

2. Ánforas decoradas (Ad), 148

3. Ánforas de almacenamiento (Al), 156
4. Ollas de cocina (Oc), 162
5. Cántaros (Ct), 164
6. Vasijas indeterminadas (Vj), 167

Grupo Formal II. Las jarras, 168

1. Jarras de cuello anillado (Ja), 169
2. Escanciadores (Jv), 181
3. Olpes (Ol), 188
4. Jarras en barril (Jb), 191
5. Jarras de pico vertedor (Jp), 193
6. Askoi (As), 197
7. Jarras de tipo incierto (Jr), 199

Grupo Formal III. Las formas abiertas, 200

1. Cuencos y platos (Cp), 202
2. Skyphoi (Sk), 232
3. Tapaderas (Tp), 233

Aspectos técnicos del repertorio cerámico de al-Bass, 234

Las pastas, 234

Las categorías cerámicas, 234

Conclusiones, 239

Notas, 243

SECCIÓN III

CAPÍTULO 5. ESTADO DE LA CUESTIÓN CRONOLÓGICO-SECUENCIAL, 257

Ex Palestina Lux, 260

De la Biblia a la tierra, 261

La llegada de los revisionismos, 267

De la tierra al carbón, 271

Efectos sobre las secuencias del Mediterráneo Oriental, 275

El Egeo, 276

Chipre, 282

Fenicia, 286

CAPÍTULO 6. PLANTEAMIENTO METODOLÓGICO, 299

Condicionantes para el establecimiento de una estructura cronológico-secuencial, 300

Cuestiones relativas a la secuencia material, 303

¿Es posible una estructura cronológica-secuencial fenicia independiente?, 305

Los prototipos, 309

El 'Horizonte de Kouklia' (estratos XIII a X), 314

El 'Horizonte de Salamis' (estratos IX a IV), 324

El 'Horizonte de Kition' (estratos III y II), 336

El 'Horizonte de Amathus' (estrato I), 342

Conclusiones, 346

CAPÍTULO 7. FASES DE LA NECRÓPOLIS, 349

Periodo I, 348

Discusión cronológico-secuencial, 352

Periodo II, 355

Discusión cronológico-secuencial, 358

Periodo III, 370

Discusión cronológico-secuencial, 374

Periodo IV, 375

Discusión cronológico-secuencial, 380

Periodo V, 382

Discusión cronológico-secuencial, 385

Conclusiones, 388

CAPÍTULO 8. CONCLUSIONES GENERALES, 393

BIBLIOGRAFÍA, 397

PREFACIO

Esta tesis comenzó hace muchos años, cuando en las bibliotecas de Tübingen comencé a familiarizarme con las cerámicas del Mediterráneo Oriental y sus respectivas secuencias. Fue en aquel momento cuando empecé a hacerme una serie de preguntas, muchas de las cuales aún permanecen en mi cabeza sin contestación. Había, además, un efecto de fascinación: ser capaz de identificar objetos, de saber cómo son, de comprenderlos.

Algunos años antes, siendo yo muy joven, en una excavación urbana en Valencia, uno de los directores excavó con sumo cuidado y maestría unos vasos de época romana. Cerámica gris empuritana, según me parece recordar. Lo delicado de esas piezas y el modo en que eran excavadas ('se cómo son') me hizo entender muchas cosas. Una de ellas era la necesidad de conocer los objetos de mi trabajo.

Esa fascinación, unida a mi curiosidad y mi afán de comprobar por mí mismo todo lo que me dicen, me llevó a manejar estas secuencias orientales. Al principio como excusa de hacer trabajos para los seminarios, luego para buscar respuestas, o simplemente, para conocerlas mejor. Jamás pensé que fuese a acabar dedicándome a los 'cacharros', pero al final caí en ellos. De ahí esta tesis.

Pero esta tesis no es sólo investigación. Detrás de ella está una experiencia que ha cambiado mi vida para siempre: Líbano. No puedo entender mi ser sin aquel país. Con todo lo bueno y todo lo malo. Me siento ligado a esa tierra como si hubiese nacido allí ('cuando llegas, o lo odias o te enganchas, nunca te dejará igual'). Supongo que se podrá echar de menos a ciertas personas y lugares, En mi caso, yo ya lo sé.

La lista de agradecimientos es la de mi dedicatoria. En primer lugar, mi familia, mis padres, hermanos, que tanta paciencia y comprensión han tenido que derrochar. A Susi, por todo lo que ha tenido que aguantar. A los que ya no están, porque siguen aquí.

A María Eugenia, por toda su ayuda a lo largo de todos estos años. A Don Vicente, que me abrió las puertas de Oriente, a Mila, que me dio el empujón. A mis compañeros de la Universidad de Valencia, a los de la Pompeu Fabra.

Del Líbano, la lista sería interminable: a Ramy, a Abbas, a Munir, mis hermanos; a los Sharrafeidine y a los Ezzedinne, mis familias adoptivas; a las familias Lamaa y Abillama, por su hospitalidad y amistad siempre; a Abu Adnan, Abu Ghassan, Abu Ali (lo siento, no sé como se llaman de verdad); a la gente de la DGA, siempre tan solícitos...

No puedo dejar de pensar en otras personas queridas: Iván y Elena, Javi, Nuria, Vicente y Paula; a Ida (Mudi); a mis sufridos compañeros de Arqueociencia. En definitiva, a todos los que, de un modo u otro, estuvieron allí en algún momento.

Es justo decir que los dibujos que aparecen en esta tesis son obra de varias personas: Ricard Marlasca, Pedro Bascones, Ramy Yassine.

A todos ellos, y a los que no he nombrado, a todos, gracias. Vá por vosotros.

Paco Núñez

CAPÍTULO 1

INTRODUCCIÓN

Se supone que Fenicia fue la metrópolis de uno de los poderes coloniales más importantes de la primera mitad del primer milenio anterior a nuestra Era. Sin embargo, da la impresión de que su peso fue mínimo en muchos aspectos. Quizá uno de los más claros ejemplos sean los relativos a los aspectos cronológicos y secuenciales.

La situación de la estructura cronológico-secuencial fenicia

Les périodisations archéologiques relatives à la civilisation phénicienne et punique sont compliquées du fait de l'emploi de terminologies diverses et l'expansion de la culture phénicienne qui a atteint des régions qui appartenaient à des niveaux différents de la civilisation matérielle (Lipiński 1992: 107)

Podemos decir con un cierto grado de convencimiento, que no existe una estructura cronosecuencial fenicia completamente desarrollada, contrastada y, sobre todo, consensuada. Al menos, eso es lo que parece cuando observamos la manera cómo es planteada y usada, no sólo en ámbitos centrados en lo fenicio, sino también en el resto (véase, por ejemplo, Gal 1992: 182; Schreiber 2003: 13-14; Nijboer 2003: 13-14).

Una vez que la cultura material de un área determinada se ha organizado tipológicamente, el siguiente paso es, lógicamente, establecer una secuencia sobre la base de sus propios materiales y, posteriormente, fechar las posibles fases que se hayan podido establecer. En el caso fenicio, este proceder ha pasado por dos tipos de problemas, unos de naturaleza interna y otros de cariz externo.

En el caso de los problemas internos, éstos pueden ser sintetizados en tres. El primero sería la falta de excavaciones científicas y, por consiguiente, de estratigrafías contrastables que abarquen el Bronce Tardío y la Edad del Hierro. A esta situación se ha llegado por varias razones. De un lado, la mayoría de ciudades importantes de la Antigüedad están ocupadas en la actualidad (Tiro,

Sidón o Arados), haciendo difícil, en algunos casos imposible, alcanzar los niveles arqueológicos por la inviabilidad de realizar excavaciones. Otro caso sería su destrucción total o parcial. Ésta sería la situación del *tel* de la antigua ciudad de Beirut, arrasado en la década de los años sesenta para la construcción del Edificio Biblos, destruido, a su vez, durante la guerra civil.

La segunda razón interna radica en que muchas de las excavaciones antiguas, como las realizadas en Biblos (Dunand 1961) o en Tiro ciudad (Coldstream-Bikai 1988: 36-37), son inservibles por carecer de un registro estratigráfico. Un ejemplo diferente es el de la necrópolis de Khalde, de la que sólo algunas tumbas fueron publicadas (Saidah 1966, 1967, 1971). Paradójicamente, los materiales se conservan en el Museo Nacional de Beirut, si bien, desgraciadamente, sus diarios de excavación han desaparecido.

Una tercera razón fue la cantidad de proyectos arqueológicos que se vieron truncados por el estallido de la guerra civil en el año 1974 (Sarepta, Tiro o Kamid el-Loz). Ese perjuicio hecho a las excavaciones en el Líbano hasta el año 1991 se vio empeorado, más si cabe, con la consiguiente pérdida de control por parte de las autoridades y el incremento del expolio sistemático de yacimientos y del consiguiente mercado negro (en este sentido, véase Fisk 1991; Ward 1994)

La situación resultante se hace todavía más patente al comparar mapas de distribución en los que se incluyen datos provenientes del Líbano, Siria y Palestina. Un ejemplo ilustrador sería el de la aparición de cerámicas del tipo *Black-on-Red* chipriotas en el Levante mediterráneo presentados por Schreiber (2003: 214 – 219, mapas 19 a 24; ver Figura 1.1). En ellos, el desequilibrio entre los hallazgos en Palestina y el resto de la costa son evidentes. A pesar de esto, las cosas parecen estar cambiando, al menos en el Líbano.

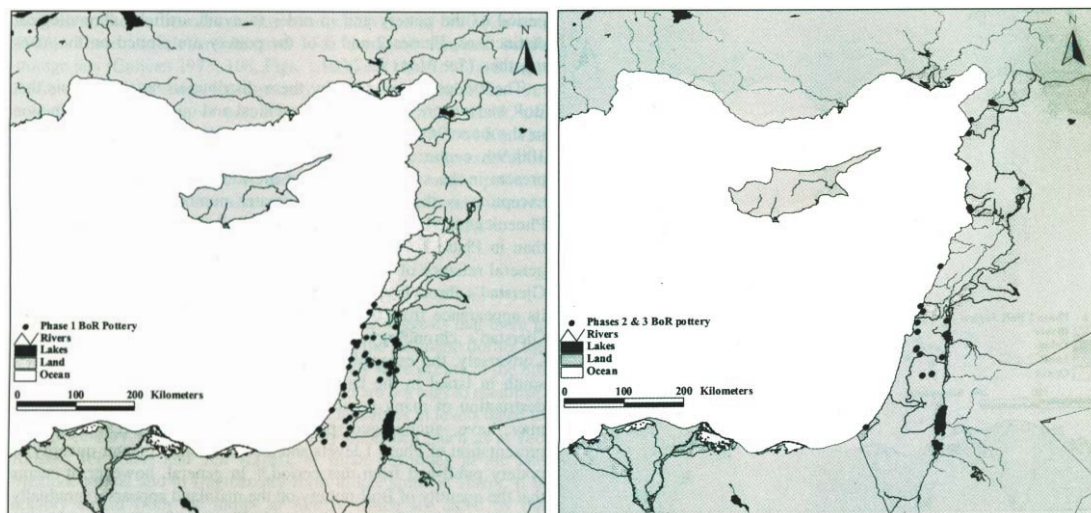


Figura 1.1. Mapa de distribución de la categoría cerámica *Black-on-Red* chipriota en el Levante mediterráneo continental (según Schreiber 2003: 214-215, mapas 19 y 20).

En efecto, el panorama arqueológico libanés ha experimentado una transformación a lo largo de la pasada década. A la par del logro que significó la reconstrucción y reapertura del Museo Nacional de Beirut en el año 1997, se reavivaron los proyectos arqueológicos, unas veces por necesidad, como fue el caso de las excavaciones desarrolladas en el *down-town* de Beirut

(sobre restos del Bronce tardío y la Edad del Hierro, véase Badre 1997; Finkbeiner-Sader 1997; Jablonka 1997; Curvers 1998/99; *idem* 2001/2), otras con la reanudación de proyectos antiguos, como el de Kamid el-Loz, la antigua ciudad de Kumidi (Echt 1984; Marfoe 1995; Metzger-Barthel 1993), y, por último, el inicio de proyectos nuevos, como son los de Tel Buraq (Sader 1997), Sidón (Doumet-Serhal 1998/99; *idem* 1999; *idem* 1999a; 2000) o el propio de Tiro-Al Bass (Aubert 2004).

Otro aspecto importante ha sido la paulatina publicación de excavaciones, como por ejemplo Tiro (Bikai 1978), Sarepta (Koehl 1985; Anderson 1988; Khalifeh 1988; Pritchard 1988), Biblos (Homsy 2003 o Tel Kazel, la antigua Simira (Badre-Gubel-Al Maqdissi-Sader 1990; Badre-Gubel-Capet-Panayot 1994; Badre-Gubel 1999-2000; Capet-Gubel 2000).

No podemos dejar de mencionar, sin embargo, los últimos acontecimientos acaecidos en Líbano, y que han conducido al país a una nueva situación de inestabilidad. Lógicamente, la actividad arqueológica, especialmente la promovida desde esferas científicas extranjeras, ha experimentado un cierto parón. Sin embargo, y aunque pudiese parecer paradójico, buena parte de los proyectos continúan o se planean y desarrollan otros nuevos.

Un caso aparte lo constituyen, no obstante, excavaciones de antiguos centros fenicios ubicados en la actual Palestina. Nos referiríamos, entre otros, a Tel Keisan (Briend-Humbert 1980), Hurbat Rosh Zayit (Gal-Alexandre 2000), Tel Kabri (Kempinski 2002), algunas de las necrópolis de Akhziv (Mazar 2001; Dayagi-Mendels 2002), así como las revisiones de ciertas excavaciones antiguas, por ejemplo Tel Abu Hawam (Balensi 1980; Herrera 1989). La particularidad de todos estos yacimientos palestinos consiste en que han sido estudiados bajo la óptica arqueológica israelí, lo cual tiene, como veremos más adelante, su importancia, dado que los resultados están lógicamente condicionados por dicha perspectiva.

Si atendemos, finalmente, a los problemas externos que inciden en la naturaleza de la secuencia y cronología fenicias, veremos que son en gran medida consecuencia de lo dicho en los últimos párrafos. Nos referimos a una falta patente de entidad propia producida por la ya indicada escasez de secuencias estratigráficas que reflejen la evolución de la cultura material y los acontecimientos sucedidos a lo largo de la historia fenicia. La consecuencia de esta falta de definición ha conducido a que sea relegada al plano secundario que ocupa en la actualidad, siempre a la sombra de las 'grandes secuencias': la griega, chipriota y palestina. De hecho, la articulación crono-secuencial fenicia depende de ellas, en especial de las asociaciones entre materiales fenicios y los de las secuencias mencionadas.

El resultado final de toda esta problemática es un retraso importante en el desarrollo de la arqueología fenicia metropolitana, lo que ha conducido, entre otras cosas, a una evidente falta de homogeneidad en los aspectos crono-secuenciales. Por consiguiente, esta carencia de uniformidad en los criterios que definen cada fase secuencial, la manera de designarlas y su duración, hace muy difícil hablar de *la* crono-secuencia fenicia (Bikai 1987: 48, nota 1; Núñez 2001: 292-293; *idem* 2004: 285).

Objetivos

A la hora de establecer los objetivos de la presente tesis doctoral, hubo un elemento que primó sobre el resto. Nos referimos a la dificultad que nos encontramos a la hora de estudiar los materiales cerámicos de al - Bass desde un punto de vista cronológico-secuencial. Muy pronto apreciamos la presencia de diferentes posturas a la hora de fechar y, por consiguiente, ordenar secuencialmente los materiales. A la vez, la naturaleza de las controversias se escapaba en muchas ocasiones del ámbito científico para migrar hacia posturas más subjetivas, en las que las expectativas del investigador asumían un papel más protagonista.

Por consiguiente, para buscar soluciones a esta situación, se hace necesario profundizar en la situación de la estructura cronológico-secuencial fenicia, aislando las causas de su relación de dependencia hacia otras secuencias. Ya hemos mencionado algunas de estas causas, sin embargo, cabe profundizar en detalle en el asunto. Nos referimos a la naturaleza de la evidencia fenicia, al modo en que es procesada y los resultados proporcionados hasta la fecha.

En segundo lugar, la necesidad nos hará buscar posibles soluciones. Básicamente, hallar aquellos mecanismos que nos permitan avanzar en la consecución de una estructura propia, consensuada y contrastable. Con este fin, se buscará una referencia, en definitiva, un fósil guía que nos sirva para articular la secuencia y, por consiguiente, fortalecer la estructura. Lógicamente, esta estructura, además, deberá ser aplicable no sólo a los materiales recogidos en al - Bass, sino también a los de Fenicia en su conjunto.

Medios

Los materiales objeto de este estudio serán los provenientes de la primera campaña de excavaciones en la necrópolis fenicia de al - Bass. En concreto las cerámicas datables en la Edad del Hierro.

El presente trabajo de investigación ha sido dividido en tres secciones principales.

En la primera de ellas, compuesta por los capítulos 2 y 3, realizaremos una breve aproximación al yacimiento y sus características. A continuación se definirán los tipos de contexto que serán el centro del presente estudio, mientras que en el capítulo 3 se procederá a realizar su presentación individualizada en la forma de un catálogo.

En la segunda sección los materiales que componen los citados contextos serán estudiados desde un punto de vista puramente tipológico. Su desarrollo se efectuará en el capítulo 4. Con este fin serán definidas las pautas que marcarán el dicho estudio, para pasar a desarrollarlas de manera práctica. Sin embargo, y a la vez que se vayan definiendo los distintos tipos, realizaremos un muestreo, no exhaustivo, de sus referencias y paralelos. No pretendemos realizar un catálogo de referencias, sino mostrar las que consideramos más relevantes desde un punto de vista tipológico, secuencial y cronológico. A su vez, este capítulo será un lugar adecuado para realizar algunas reflexiones más pormenorizadas, en algunas ocasiones de ciertas formas cerámicas, mientras que, en otras, las consideraciones comprenderán el repertorio cerámico registrado en al - Bass en su

conjunto.

La tercera sección, y última, será la más extensa. En ella nos encontraremos con tres capítulos, en el primero de los cuales, el Capítulo 5, se presentará el estado de la cuestión. En definitiva, la situación de la secuencia fenicia y las causas que la han llevado a su relación de dependencia con respecto a otras secuencias materiales vecinas. A continuación, en el capítulo 6 haremos nuestro planteamiento metodológico. En él mostraremos y justificaremos el modo en el que intentaremos ayudar a alcanzar una solución para el problema. Mientras, en el capítulo 7 realizaremos la presentación de los resultados obtenidos una vez ha sido aplicado el método planteado en el capítulo anterior.

Para concluir esta tesis doctoral, hemos añadido un último capítulo, de conclusiones, en el que haremos unas últimas, breves reflexiones entorno al objeto de estudio y sus posibilidades.

SECCIÓN I
LA NECRÓPOLIS FENICIA
DE
TIRO - AL BASS

CAPÍTULO 2

TIRO - AL BASS

En las páginas que vienen a continuación no vamos a hacer una descripción amplia y pormenorizada de la necrópolis. Esto ha sido hecho ya con todo tipo de detalles en una publicación (Aubet 2004), por lo que, en lugar de repetir lo dicho en ésta, nos centraremos en resaltar aquéllos aspectos que consideramos más relevantes para nuestro estudio.

Ubicación

La necrópolis recibe su nombre de la vecina plaza de *al - Bass*, o ‘del autobús’. Este nombre le viene por el hecho de ser el lugar en el que, de manera tradicional, se encuentra la parada de autobuses más importante de Tiro. Todos los transportes públicos que circulan por el área de Tiro han de aventurarse en el caos de su rotonda. El yacimiento se encuentra, sin embargo, a una cierta distancia de aquel lugar (Figura 2.1).



Figura 2.1. Foto aérea de Tiro. 1) situación de la necrópolis; 2) lugar de las excavaciones de la Dra. P. Bikai (foto: Google Earth)

El yacimiento se encuentra justo en la esquina sudeste del campamento de refugiados palestinos homónimo. Es muy probable, incluso, que el cementerio se extienda por debajo de él. También es vecino al parque arqueológico de que conserva unos impresionantes restos de época romana y bizantina. De ellos destacarían, sin dudas, la calzada de estas dos épocas, los mausoleos que se levantan a sus orillas, así como el inmenso circo, el cual conserva todo su trazado.

Características del yacimiento

A pesar del hallazgo de materiales arqueológicos provenientes de la necrópolis en excavaciones clandestinas (Seeden 1991), no fue hasta el verano de 1997 cuando la necrópolis fue oficialmente descubierta y excavada de urgencia. En una intervención de algo más de quince días se puso de manifiesto una necrópolis de incineración con una densidad de enterramientos sorprendente (véase la Figura 2.2). La potencialidad del yacimiento era, por consiguiente, importante.

Los estudios geomorfológicos y sedimentológicos revelan que el cementerio se hallaba situado en tierra firme, a primera línea de playa en una zona de dunas, y era vecina, además, a una zona de marismas. En la actualidad, estos enterramientos se encuentran en un ambiente urbano, y a una profundidad que rondaría los 3-4 metros de profundidad. La estratigrafía se compone de cinco estratos que abarcan una potencia total de unos 4 a 5 metros. De este modo, y de arriba a abajo, nos encontramos con un depósito de unos cincuenta centímetros de limos arcillosos de generación moderna. A continuación aparece un estrato cuya potencia ronda el metro y medio, compuesto por arcillas arenosas y que ha proporcionado restos de época helenística, romana y bizantina. El tercer estrato es de transición. Su espesor es menor (unos 15 cm.) y está compuesto de arenas compactas. A continuación tenemos el estrato IV, en el que los depósitos funerarios fueron depositados. Se trata de un sedimento que ronda el metro de potencia y presenta algunas filtraciones de limos y materias orgánicas provenientes, por un lado, de la progresiva colmatación de la marisma y, por el otro, de las intrusiones provenientes de la antigua superficie. Finalmente, la base es un estrato grisáceo y limoso, posiblemente en relación con la descomposición en el fondo de la marisma de materia orgánica.

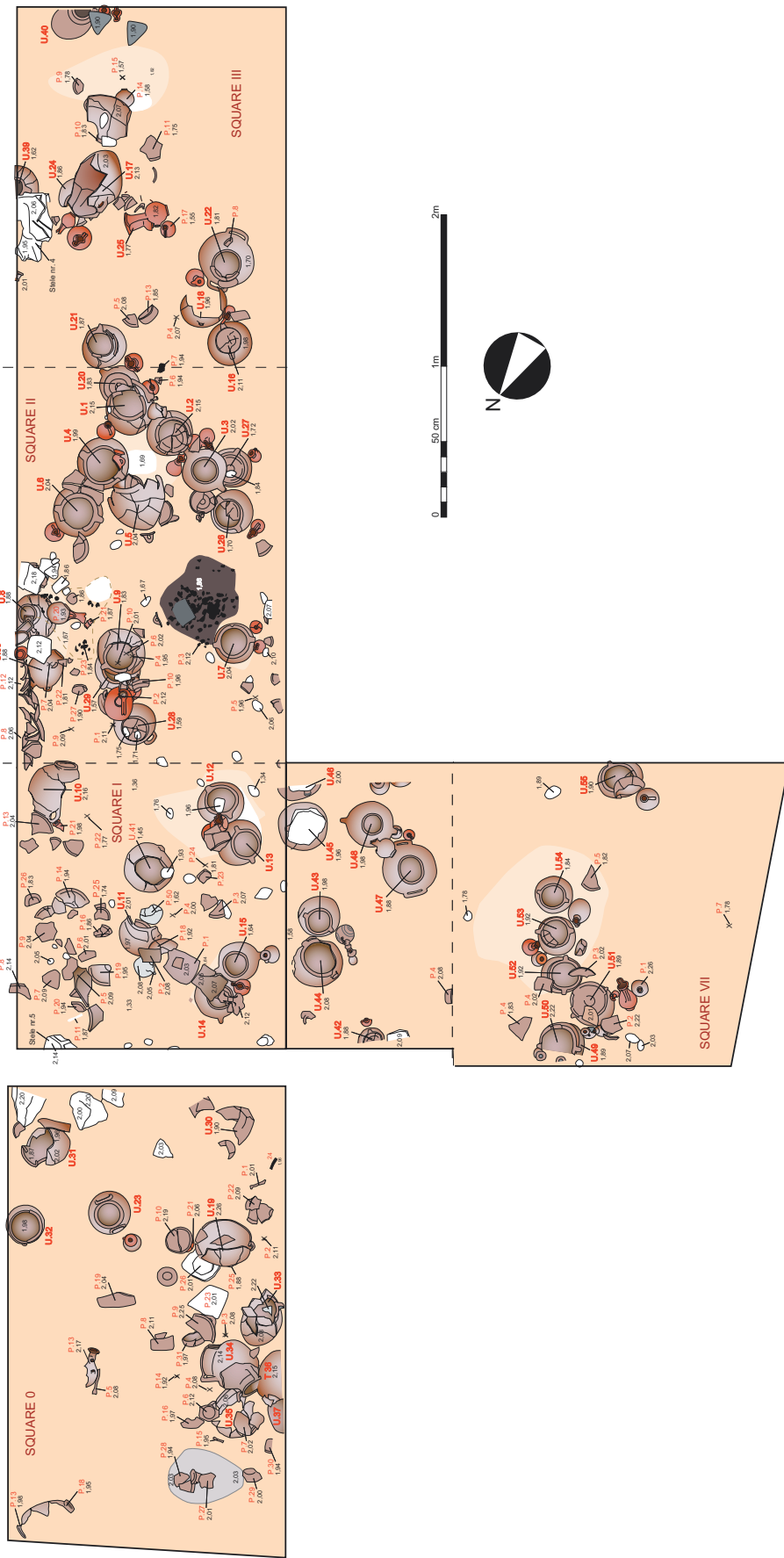
Los enterramientos

Como hemos indicado, los enterramientos aparecen en el cuarto estrato (Figura 2.2). Cabe indicar, sin embargo, la existencia de materiales dispersos en su parte superior, tales como fragmentos cerámicos y algunas estelas de piedra tumbadas. Estos hallazgos estarían, lógicamente, en relación con el suelo antiguo de aquel paraje.

Debajo de esta primera capa con restos arqueológicos aparecen las urnas cinerarias. Su disposición variaba en disposición y, especialmente, en número. De este modo, se han podido

(en la página siguiente)

Figura 2.2. Planta general del sector excavado.



reconocer, al menos, tres tipos de asociación. En primer lugar tendríamos las urnas que fueron depositadas solas en los enterramientos, en segundo lugar, urnas dispuestas en parejas y, finalmente, asociaciones de más de dos urnas, cuyo origen puede variar según los casos. Aparte podríamos mencionar las urnas que han aparecido perturbadas por enterramientos posteriores, las cuales las han podido romper e, incluso, desplazar a otros lugares, posiblemente para dejar espacio a nuevos enterramientos. Se ha podido observar, incluso, la existencia de urnas colocadas debajo de otras secuencialmente más antiguas. Simplemente, al hacer la fosa del enterramiento los excavadores se encontraron con un enterramiento anterior, que pasaron a retirar para colocar el suyo. Una vez realizada la acción, las urnas viejas se volvieron a colocar en su sitio, aunque encima de las nuevas. En otras ocasiones se ha podido observar asociaciones de urnas que fueron depositadas en ese lugar en momentos secuenciales distintos, en ocasiones, incluso, muy alejados entre sí. Éste sería el caso, por ejemplo, de las urnas 49 a 54, halladas en el Sector VII y que han proporcionado, al menos, tres enterramientos independientes. Por el contrario, hay agrupaciones de materiales de los que no es posible distinguir asociaciones, por ejemplo, las urnas U.33 a 37, halladas en el Sector 0. Finalmente, tendríamos el caso del 'Assemblage A', que tiene la apariencia de haber sido un lugar en el que se colocaban las urnas rotas y sus ajuares.

La repartición de las urnas por conjuntos es la siguiente:

- Enterramientos en una sola urna: T.9, T.23, T.54
- Enterramientos en parejas de urnas: T.1/2, T.3/5, T.4/6, T.12/13, T.14/15, T.20/21, T.26/27, T.28/29, T.43/44, T.45/46, T.47/48, T.52/53, T.55/56.
- Conjuntos: Us.16, 18 y 22, Us.17, 24 y 25, Us.33-37, Us.49-51, Assemblage A.

En cuanto a las urnas que aparecieron solas y hay dudas de si pertenecieron a un enterramiento realizado en una sola urna, o bien su pareja no pudo ser recuperada, el listado es el siguiente: U.7, U.8, U.10, U.11, U.19, U.30, U.31, U.32, U.38, U.39, U.40, U.41, U.42.

Aparte de estos materiales relacionados con una urna, también se registró una serie de materiales que aparecieron sin un contexto claro. Éstos aparecen enumerados en el catálogo que aparece en el próximo capítulo.

Todo parece indicar que los restos humanos, todos ellos adultos y de ambos sexos, se podían colocar en una o dos urnas (Trellisó 2004). En ambos casos, éstas se acompañaban de una serie de elementos como ajuar, del que destaca su homogeneidad. El acompañamiento estandar se compondría de dos jarras, por lo general una de cuello anillado, o relacionada con éstas, y otra de boca trilobulada. También es común encontrarnos con un vaso de los destinados a beber, mientras que otros cuencos, esta vez comunes, cubrían las bocas de las urnas, o aparecían fragmentados alrededor del conjunto. Es también interesante desde un punto de vista tipológico y secuencial la presencia de fragmentos de cerámica quemados en el interior de las urnas. Es posible que fuesen arrojados a las piras funerarias mientras el cadáver estaba en combustión como parte del ritual.

Finalmente, cabría indicar la presencia de otros elementos de ajuar acompañando a las urnas, como podía ser el caso de estelas, algunas de ellas antropomorfas (Sader 2004) o terracotas, de las

que destaca especialmente las que aparecieron junto a la urna U.8 (Karageorghis 2004a; Lehman-Jericke 2004; Metzger 2004). Por su parte, junto a los restos humanos se han encontrado, además de los fragmentos de cerámica citados, escarabeos (Gamer-Wallert 2004) y otros elementos de adorno personal como cuentas, botones o, incluso, un pendiente de oro, proveniente este último de la urna U.5. También se han encontrado restos faunísticos y vegetales carbonizados en el interior de las urnas (Rovira - Buxó 2004; Piqués 2004).

CAPÍTULO 3

CATÁLOGO

El catálogo está organizado según la naturaleza de los contextos descritos en el capítulo anterior. De este modo, en primer lugar serán presentadas los contextos considerados como seguros, compuestos tanto por las tumbas que contaban con una sola urnas como por las que presentaban dos. En segundo lugar, aparecerán los conjuntos de urnas, es decir, las asociaciones de urnas y ajuares cuyo orden de colocación no es segura. Las urnas que forman parte de tumbas perturbadas o incompletas aparecerán en tercer lugar. En un último bloque serán presentados los materiales aislados, es decir, no asociados durante la excavación a ningún contexto, así como algunos materiales provenientes de la excavación que fueron registrados como ejemplares carentes de contexto, y que han sido útiles desde un punto de vista tipológico o secuencial.

Hemos de hacer hincapié en que el presente catálogo sólo contiene los materiales cerámicos y aquellos materiales que pueden ser de ayuda en el estudio crono-secuencial. Este sería el caso de los escarabeos aparecidos en las diferentes tumbas. Otros materiales aparecidos en el curso de la excavación y presentados en la publicación de la campaña de 1997 han sido omitidos, como, por ejemplo, los restos orgánicos, ya sean humanos o de origen animal o vegetal, los objetos de adorno o las estelas.

La intención de este estudio, como se ha indicado en la introducción, es establecer unas bases crono-secuenciales aplicables a la necrópolis de Tiro – al Bass en particular, y al conjunto de la Arqueología Fenicia en general, por esta razón, la descripción de los materiales se ha simplificado y adaptado a la nueva terminología que se ha aplicado en el presente estudio. Para mayores detalles, nos referimos al catálogo general ya publicado (Núñez 2004a).

De manera general, esta descripción se ha planteado de la siguiente manera. En primer lugar aparecerá el número de contexto del ejemplar en cuestión, que será la ya mostrada en la

publicación de la excavación. El número de aquellos individuos ilustrados en las figuras aparecerá en negrita, mientras que el de los omitidos aparecerá con una tipografía normal. En segundo lugar aparecerá el número de catálogo. Es importante indicar en este punto, que estos números de catálogo son los mismos que los indicados en dicha publicación, a pesar de las correcciones estratigráficas que se han realizado. Pensamos que no adaptándolos a estas correcciones evitaremos el peligro de posibles confusiones. El tercer apartado hará referencia al estado de conservación del ejemplar a describir. En él se indicará si la pieza está completa, o bien se trata de una parte o la reconstrucción del perfil original. A continuación aparecerá una referencia al Grupo Formal y al tipo del que forma parte. En próximo capítulo aparecerá explicado su planteamiento, así como su completo desarrollo. Finalmente, y sobre los mismos planteamientos, aparecerá la categoría cerámica a la que pertenece, así como algunos detalles básicos de la decoración y acabado de sus superficies. En el caso de la aparición de baños arcillosos recubriendo las superficies de las cerámicas de diferente color al de la pasta con que fueron realizados, este color se ha representado, en la medida de lo posible, siguiendo las normativas de las Tablas Munsell, versión del año 2000. Para el resto de elementos, como el color de las pastas y superficies, nos referimos al apartado que se dedica a estos aspectos en el próximo capítulo.

En cuanto a las figuras, en ellas aparecerán representados los distintos contextos de una manera conjunta. Sólo en los casos en que el espacio no lo permita, serán divididos en dos o más figuras. A su vez, se observará que, en ocasiones, algunos ejemplares, especialmente los fragmentos provenientes del interior de las urnas o los escarabeos, son representados a una escala mayor que los ejemplares completos o los fragmentos de mayor tamaño. Su tamaño, en ocasiones muy pequeño nos ha obligado a hacerlo de esta manera. Por otro lado, siempre irán acompañados de una escala propia.

TUMBAS

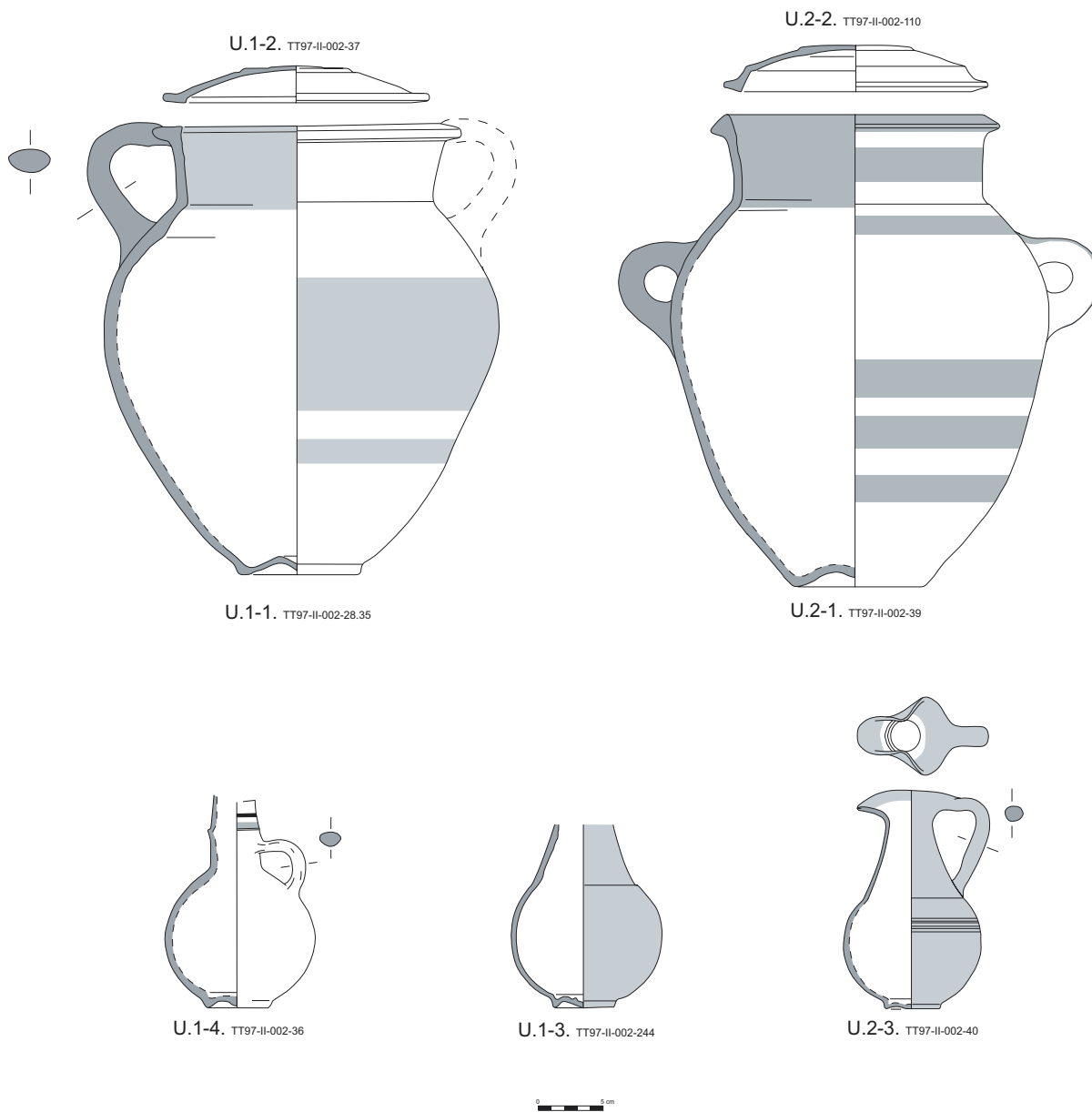
Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-II-2-28.35	completo	I: Cr F1d	A: decoración lineal en rojo; alisada
2	TT97-II-2-37	completo	III: Tp F1a	A: sin decorar; alisada homogéneamente, ¿bruñida?
3	TT97-II-2-244	casi completo	II: Jv F2b	C: sin decorar; bruñida
4	TT97-II-2-36	casi completo	II: Ja F	A: decoración lineal bicroma (rojo y negro); bruñida
6:1	TT97-II-2-109	base	II: Jr F	B: <i>very pale brown</i> 10YR 8/4, sin decorar; alisada

Urna 1

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-II-2-39	completo	I: Ad F1b	A: decoración lineal en rojo; alisada
2	TT97-II-2-110	completo	III: CP F12a	A: sin decorar; ¿bruñida?
3	TT97-II-2-40	completo	II: Jv F2c	C: decoración incisa; bruñida
4	TT97-II-2-42'	completo	escarabeo	Gamer-Wallert 2004: 400-401, nº 1
5:1	TT97-II-2-473	base	II: Jr F	B: sin decorar; alisada

Urna 2

Tumba 1/2



U.1-6. Cerámica hallada en el interior de la urna U.1

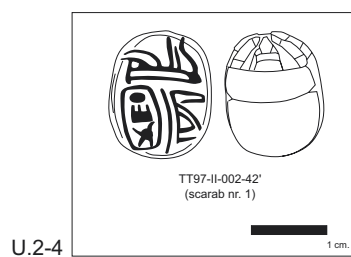


Figura 3.1. Tumba 1/2

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-II-2-43	completo	I: Ad C1b	<i>Bichrome Red I (IV) ware; zone style</i>
2	TT97-II-2-114	completo	III: CP F6c	A: sin decorar; alisada
3	TT97-II-2-45	completo	II: Jv F2a	C: decoración incisa; bruñida
4	TT97-II-2-44	completo	II: Jv F3	A: sin decorar; ¿bruñida?
5	TT97-II-2-46	perfil	III: CP F1a	C: sin decorar; bruñida
6	TT97-II-2-47	completo	III: CP F3a	A: sin decorar; alisada
7	TT97-II-2-49'	completo	Escarabeo	Gamer-Wallert 2004: 401, nº 2

Urna 3

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-II-2-90	completo	I: Ad C1b	<i>Black-on-Red II (IV) ware; zone style</i>
2	TT97-II-2-91	completo	III: CP F2b	C: bandas reservadas, decoración incisa; bruñida
3	TT97-II-2-119	completo	III: CP F5d	A: sin decorar; alisada
6:1	TT97-II-2-167	pared	I: Vj F	¿C?: sin decorar; alisada
6:2	TT97-II-2-169	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
6:3	TT97-II-2-170	pared	I: Vj F	B: <i>light gray</i> 10YR 7/2, sin decorar; alisada
6:4	TT97-II-2-180	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
6:5	TT97-II-2-187	pared	I: Vj F	Incierto
6:6	TT97-II-2-189	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
6:7	TT97-II-2-191	pared	I: Vj F	A: decoración lineal en rojo; alisado
6:8	TT97-II-2-192	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
6:9	TT97-II-2-121	cuello	II: Jv F2	Incierto
6:10	TT97-II-2-133	cuello	II: Jv F2	C: sin decorar; ¿bruñida?
6:11	TT97-II-2-134	borde	II: Jv F2	C: sin decorar; ¿bruñida?
6:12	TT97-II-2-141	borde	II: Jv F2	C: sin decorar; incierto
6:13	TT97-II-2-185	cuello	II: Jv F2?	A: sin decorar; alisada
6:14	TT97-II-2-195	cuello	II: Jv F2	C: sin decorar; incierto
6:15	TT97-II-2-122	pared	II: Jr F	B: <i>very pale brown</i> 10YR 8/4, sin decorar; alisada
6:16	TT97-II-2-123	pared	II: Jr F	C: sin decorar; ¿bruñida?
6:17	TT97-II-2-125	pared	II: Jr C?	¿ <i>Black-on-Red ware</i> ?, decoración lineal; bruñida
6:18	TT97-II-2-130	cuello	II: Jr F	A: sin decorar; alisada
6:19	TT97-II-2-131	pared	II: Jr F	C: sin decorar; ¿bruñida?
6:20	TT97-II-2-132	pared	II: Jr F	A: sin decorar; bruñida
6:21	TT97-II-2-136	pared	II: Jr F	C: sin decorar; acabado incierto
6:22	TT97-II-2-138.148	cuello	II: Jr C?	¿ <i>Black-on-red ware</i> ?, decoración lineal; ¿bruñida?
6:23	TT97-II-2-143	hombro	II: Jr F	A: sin decorar; alisada
6:24	TT97-II-2-166	hombro	II: Jr F	¿C?: sin decorar; acabado incierto

Tumba 3/5

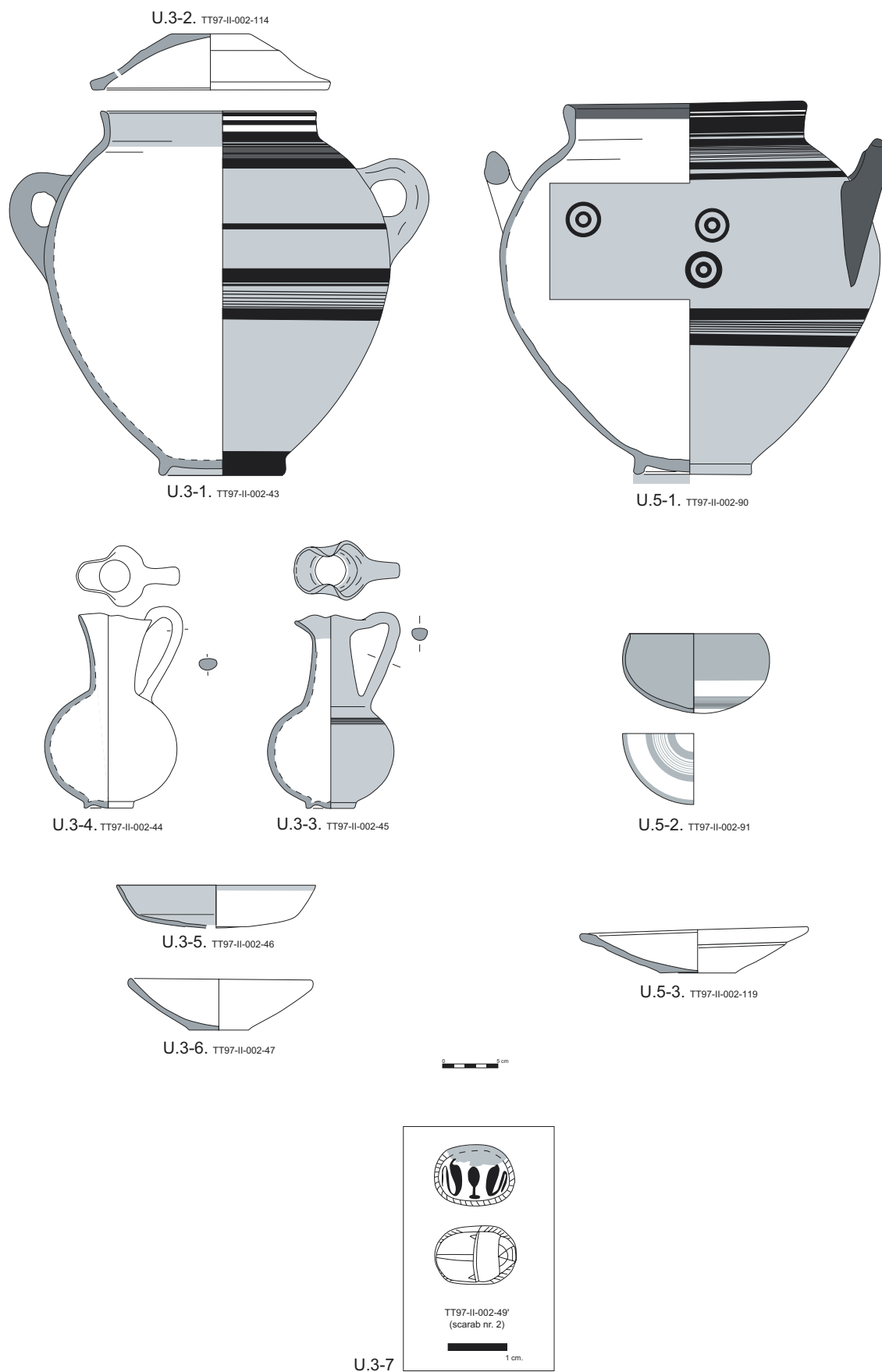


Figura 3.2. Tumba 3/5

6:25	TT97-II-2-168	pared	II: Jr F	C: sin decorar; acabado incierto
6:26	TT97-II-2-172	pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada
6:27	TT97-II-2-184	pared	II: Jr F	B: <i>very pale brown</i> 10YR 8/3, sin decorar; alisada
6:28	TT97-II-2-188	hombro	II: Jr F	¿B?: marrón claro, sin decorar; alisada
6:29	TT97-II-2-193	pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada
6:30	TT97-II-2-196	pared	II: Jr F	A: sin decorar; bruñida
6:31	TT97-II-2-128	borde	III: CP F1a	C: sin decorar; ¿bruñida?
6:32	TT97-II-2-164	borde	III: CP F1a	C: sin decorar; bruñida
6:33	TT97-II-2-140	base	III: CP F1	C: sin decorar; ¿bruñida?
6:34	TT97-II-2-144	¿base?	III: CP F1	A: sin decorar; acabado incierto
6:35	TT97-II-2-177	pared	III: CP F1	C: sin decorar; bruñida
6:36	TT97-II-2-135	pared	III: CP F2	C: sin decorar; acabado incierto
6:37	TT97-II-2-150	borde	III: CP F3b	A: sin decorar; alisada
6:38	TT97-II-2-154	borde	III: CP F3b	A: sin decorar; alisada homogéneamente
6:39	TT97-II-2-160	borde	III: CP F3b	A: sin decorar; alisada homogéneamente
6:40	TT97-II-2-162	borde	III: CP F4a	A: sin decorar; alisada
6:41	TT97-II-2-153	borde	III: CP F4a	A: sin decorar; alisada
6:42	TT97-II-2-158	borde	III: CP F4c	A: sin decorar; alisada
6:43	TT97-II-2-163	borde	III: CP F5b	A: sin decorar; alisada
6:44	TT97-II-2-165	borde	III: CP F5c	A: sin decorar; alisada
6:45	TT97-II-2-149	borde	III: CP F6d	A: sin decorar; alisada
6:46	TT97-II-2-159	borde	III: CP F6d	A: sin decorar; alisada
6:47	TT97-II-2-155	borde	III: CP F6e	A: sin decorar; alisada
6:48	TT97-II-2-151	base	III: CP(bs) 1a1	A: sin decorar; alisada homogéneamente
6:49	TT97-II-2-157	base	III: CP(bs) 1a1	A: sin decorar; alisada
6:50	TT97-II-2-182	base	III: CP(bs) 1a1	A: sin decorar; alisada homogéneamente
6:51	TT97-II-2-152	base	III: CP(bs) 1b4	A: sin decorar; alisada homogéneamente
6:52	TT97-II-2-156	base	III: CP(bs) 1b4	A: sin decorar; alisada
6:53	TT97-II-2-161	base	III: CP(bs) 1b4	A: sin decorar; alisada homogéneamente
6:54	TT97-II-2-126	borde	III: CP F	A: sin decorar; alisada
6:55	TT97-II-2-129	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada homogéneamente
6:56	TT97-II-2-171	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada
6:57	TT97-II-2-173	pared	¿III: CP F?	A: sin decorar; alisada homogéneamente
6:58	TT97-II-2-176	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada
6:59	TT97-II-2-178	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada
6:60	TT97-II-2-190	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada
6:61	TT97-II-2-127	base	III: ¿Sk?	D: ¿engobe negro?, sin decorar; acabado incierto; ¿Egeo?
6:62	TT97-II-2-137	pared	III: ¿Sk?	D: ¿engobe negro?, sin decorar; acabado incierto; ¿Egeo?

Tumba 3/5

U.5-6. Cerámica hallada en el interior de la urna U.5-1

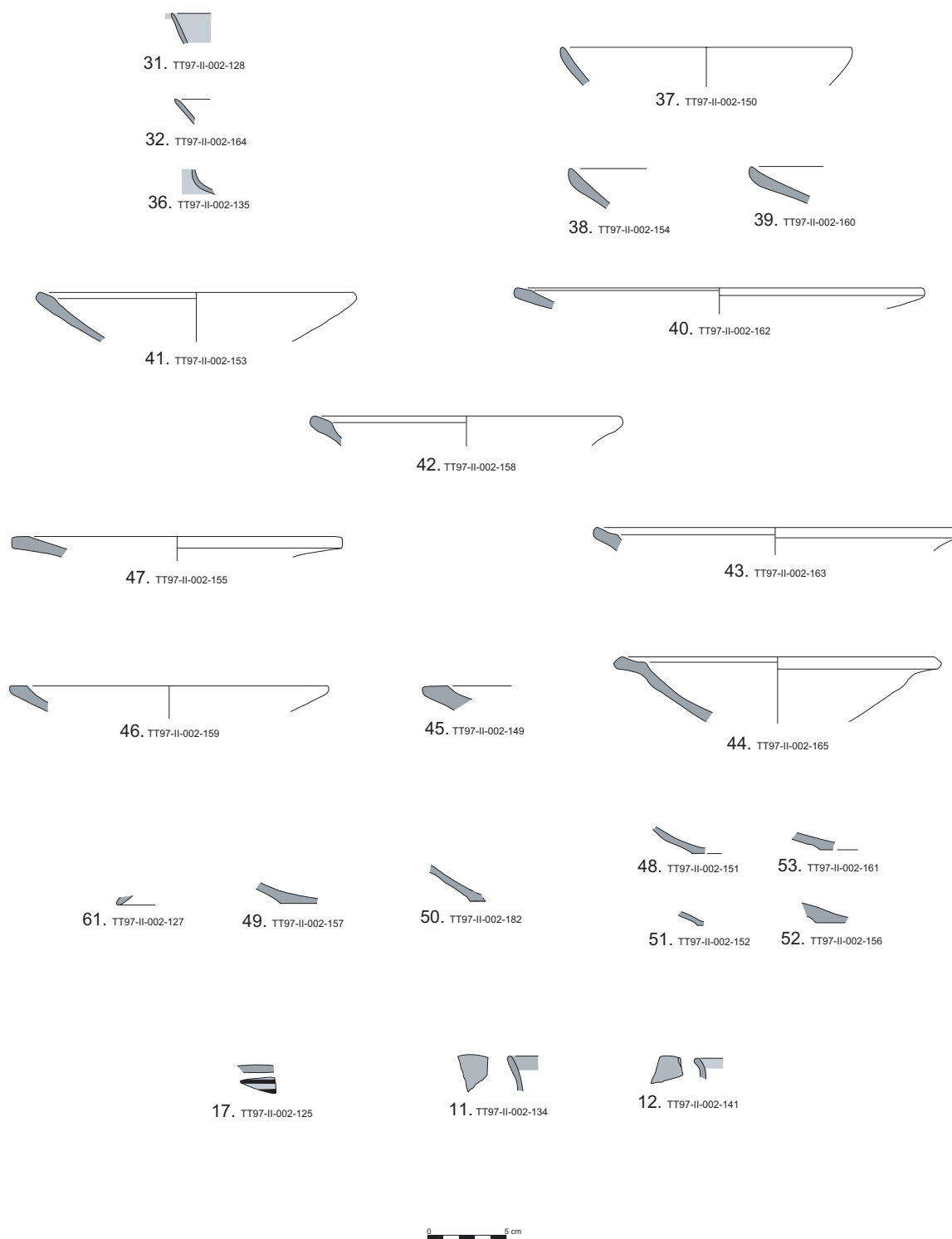


Figura 3.3. Tumba 3/5 (continuación)

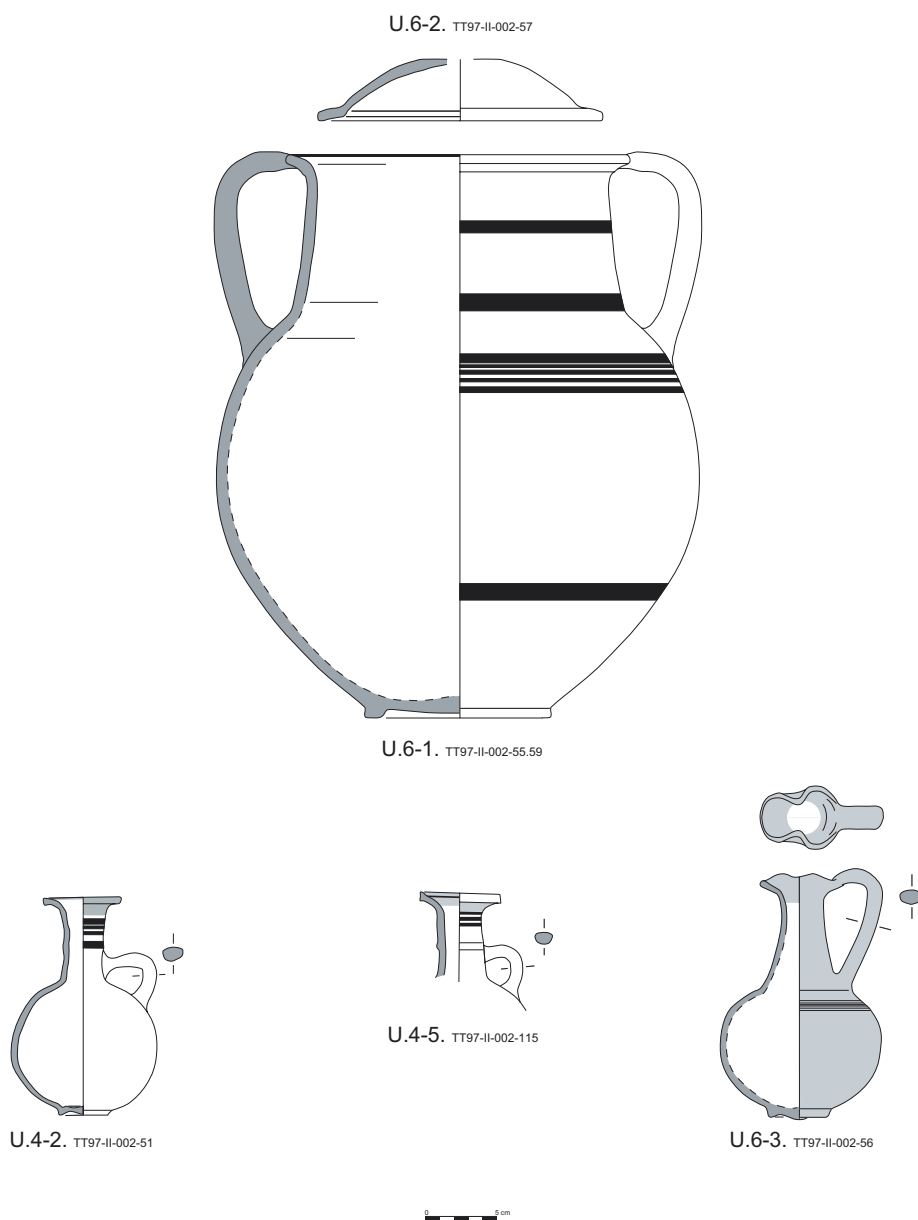
Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-II-2-50	no conservado	I: Cr F1	A: características inciertas
2	TT97-II-2-51	completo	II: Ja F2	A: decoración lineal bícroma (rojo y negro); alisada
3	TT97-II-2-52	pared	I: Vj C	¿ <i>White Painted ware?</i> , ¿ <i>zone style?</i>
4	TT97-II-2-53	no conservado	III: CP F	A: sin decoración; alisada
5	TT97-II-2-115	hombro-cuello	II: Ja F2	A: decoración lineal bícroma (rojo y negro); bruñida
8:1	TT97-II-2-246	pared	II: Jr F	C: sin decorar; acabado incierto

Urna 4

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-II-2-55.59	completo	I: Cr C1b	<i>White Painted III ware; zone style</i>
2	TT97-II-2-57	completo	III: CP F5b	A: sin decorar; alisada homogéneamente
3	TT97-II-2-56	completo	II: Jv F2a	C: decoración incisa; bruñida
4	TT97-II-2-58	pared	I: Al F	A: sin decorar; alisada
5	TT97-II-2-226	pared	I: Al F	A: sin decorar; alisada
8:1	TT97-II-2-236.237	hombro	I: Al F1	A: sin decorar; alisada
8:2	TT97-II-2-235	pared	I: Vj F	características inciertas
8:3	TT97-II-2-230	anillo	II: Ja F	características inciertas
8:4	TT97-II-2-227.231	base	II: Jr F	C: sin decorar; acabado incierto
8:5	TT97-II-2-241	base	II: Jr F	C: sin decorar; acabado incierto
8:6	TT97-II-2-229	borde	III: CP F3a	A: sin decorar; alisada
8:7	TT97-II-2-232	base	III: CP(bs) 1a1	A: sin decorar; alisada homogéneamente
8:8	TT97-II-2-234	base	III: CP(bs) 1a1	A: sin decorar; alisada
8:9	TT97-II-2-228	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada
8:10	TT97-II-2-233	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada
8:11	TT97-II-2-240	¿borde?	III: CP F	A: sin decorar; alisada homogéneamente

Urna 6

Tumba 4/6



U.6-8. Cerámica hallada en el interior de la urna U.6-1

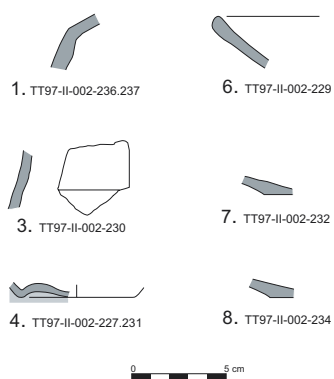
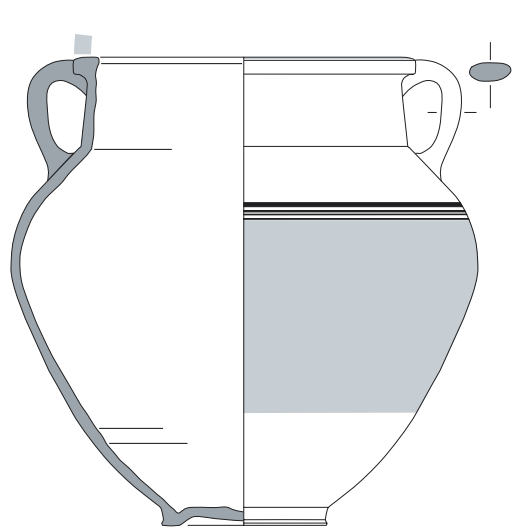


Figura 3.4. Tumba 4/6

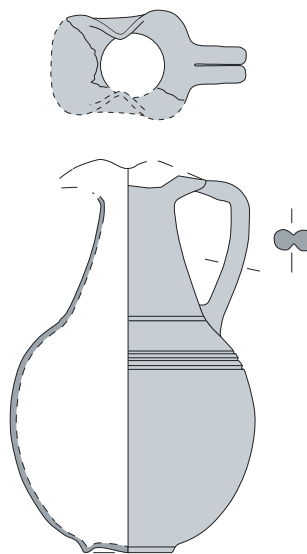
Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-II-2-73	completo	I: Cr F1b	A: decoración lineal bicroma (rojo y negro); alisada
2	TT97-II-2-75	completo	II: Jv F2d	C: decoración incisa; bruñida
3.4	TT97-II-2-77.318	completo	II: Ja F4a	A: decoración zonal monocroma (rojo); bruñida
5	TT97-II-2-74.321	cuello/borde	II: Ja F3a	A: decoración zonal monocroma (rojo); alisada
6	TT97-II-2-76	perfil	III: CP F2a	A: decoración zonal monocroma (negro); bruñida
8:1	TT97-II-2-367	pared	I: Vj F	A: sin decoración; alisada
8:2	TT97-II-2-371	pared	I: Vj F	A: sin decoración; alisada
8:3	TT97-II-2-380	pared	I: Vj F	A: sin decoración; alisada
8:4	TT97-II-2-368	pared	II: Jr F	C: sin decoración; ¿bruñida?
8:5	TT97-II-2-369	cuello	II: Jr F	A: banda horizontal roja; alisada
8:6	TT97-II-2-375	pared	II: Jr F	A: sin decoración; bruñida
8:7	TT97-II-2-378.379	pared	II: Jr F	Incierto
8:8	TT97-II-2-376.377	borde	III: CP F1c	C: sin decoración; bruñida
8:9	TT97-II-2-370	base	III: CP(bs) 1b2	A: sin decoración; alisada homogéneamente
8:10	TT97-II-2-372.373	pared	III: CP F	A: sin decoración; alisada
8:11	TT97-II-2-374	pared	III: CP F	A: sin decoración; bruñida

Urna 9

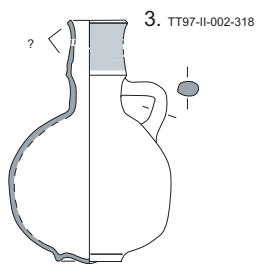
Tumba 9



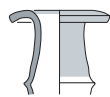
1. TT97-II-002-73



2. TT97-II-002-75



4. TT97-II-002-77



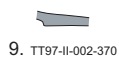
5. TT97-II-002-74.321



6. TT97-II-002-76



U-9-8. Cerámica hallada en el interior de la urna U-9-1



9. TT97-II-002-370



8. TT97-II-002-376.377



Figura 3.5. Tumba 9

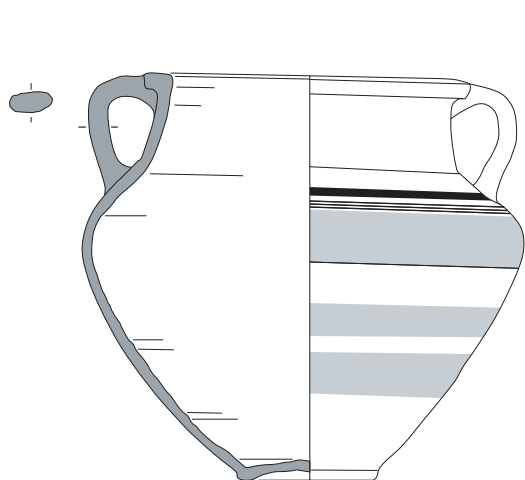
Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-I-2-169	completo	I: Cr F1b	A: decoración lineal bícroma (rojo y negro); alisada
2	TT97-I-2-172	no conservado	III: CP F	A: sin decorar; alisada
3	TT97-I-2-156.171	completo	II: Jv F3	C: decoración incisa; bruñida
4	TT97-I-2-170	pared	I: Al F	A: sin decorar; alisada
5	TT97-I-2-235.254	pared	I: Al F	A: sin decorar; alisada
6	TT97-I-2-174	completo	escarabeo	Gamer-Wallert 2004: 402, n° 4

Urna 12

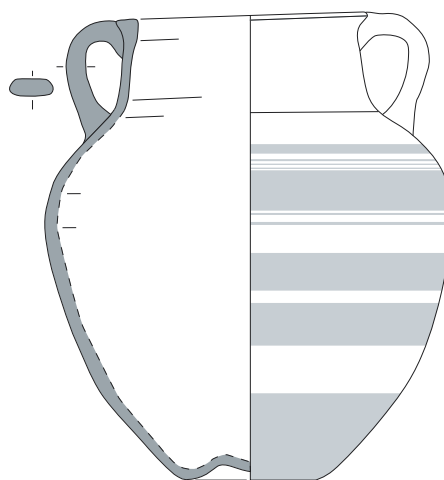
Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-I-2-175	completo	I: Cr F1a	A: decoración lineal en rojo; alisada
2	TT97-I-2-176	completo	II: Ja F3a	A: decoración lineal bícroma (rojo y negro); acabado incierto
3	TT97-I-2-146.177	perfil	III: CP F2b	A: decoración lineal en negro; bruñida
5:1	TT97-I-2-255	hombro	I: Al F	A: sin decorar; alisada
5:2	TT97-I-2-258	base	I: Vj F	características inciertas
5:3	TT97-I-2-260	pared	¿II: Jr G F?	A: sin decorar; alisada homogéneamente
5:4	TT97-I-2-270	base	II: Jr F	características inciertas
5:5	TT97-I-2-271	hombro	II: Jr F	C: decoración incisa; acabado incierto
5:6	TT97-I-2-273	pared	II: Jr F	características inciertas
5:7	TT97-I-2-274	pared	II: Jr F	características inciertas
5:8	TT97-I-2-178	borde	III: CP F5b	A: sin decorar; alisada
5:9	TT97-I-2-256.257	borde	III: CP F5e	A: sin decorar; alisada
5:10	TT97-I-2-261	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada homogéneamente
5:11	TT97-I-2-267	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada
5:12	TT97-I-2-262	pared	Incierto	A: decoración lineal pintada en negro; alisada

Urna 13

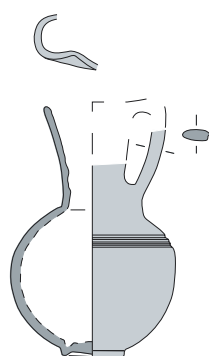
Tumba 12/13



U.12-1. TT97-I-002-169



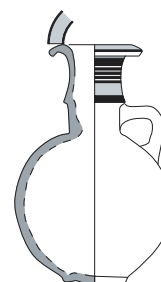
U.13-1. TT97-I-002-175



U.12-3. TT97-I-002-156.171



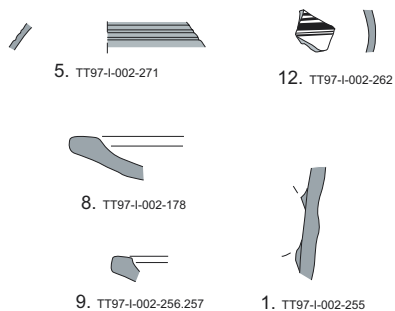
U.13-3. TT97-I-002-146.177



U.13-2. TT97-I-002-176



U.13-5. Cerámica hallada en el interior de la urna U.13-1



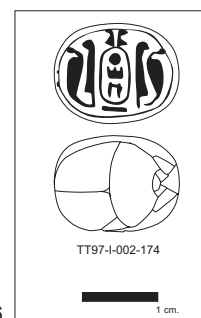
5. TT97-I-002-271

12. TT97-I-002-262

8. TT97-I-002-178

9. TT97-I-002-256.257

1. TT97-I-002-255



U.12-6

TT97-I-002-174

1 cm.

Figura 3.6. Tumba 12/13

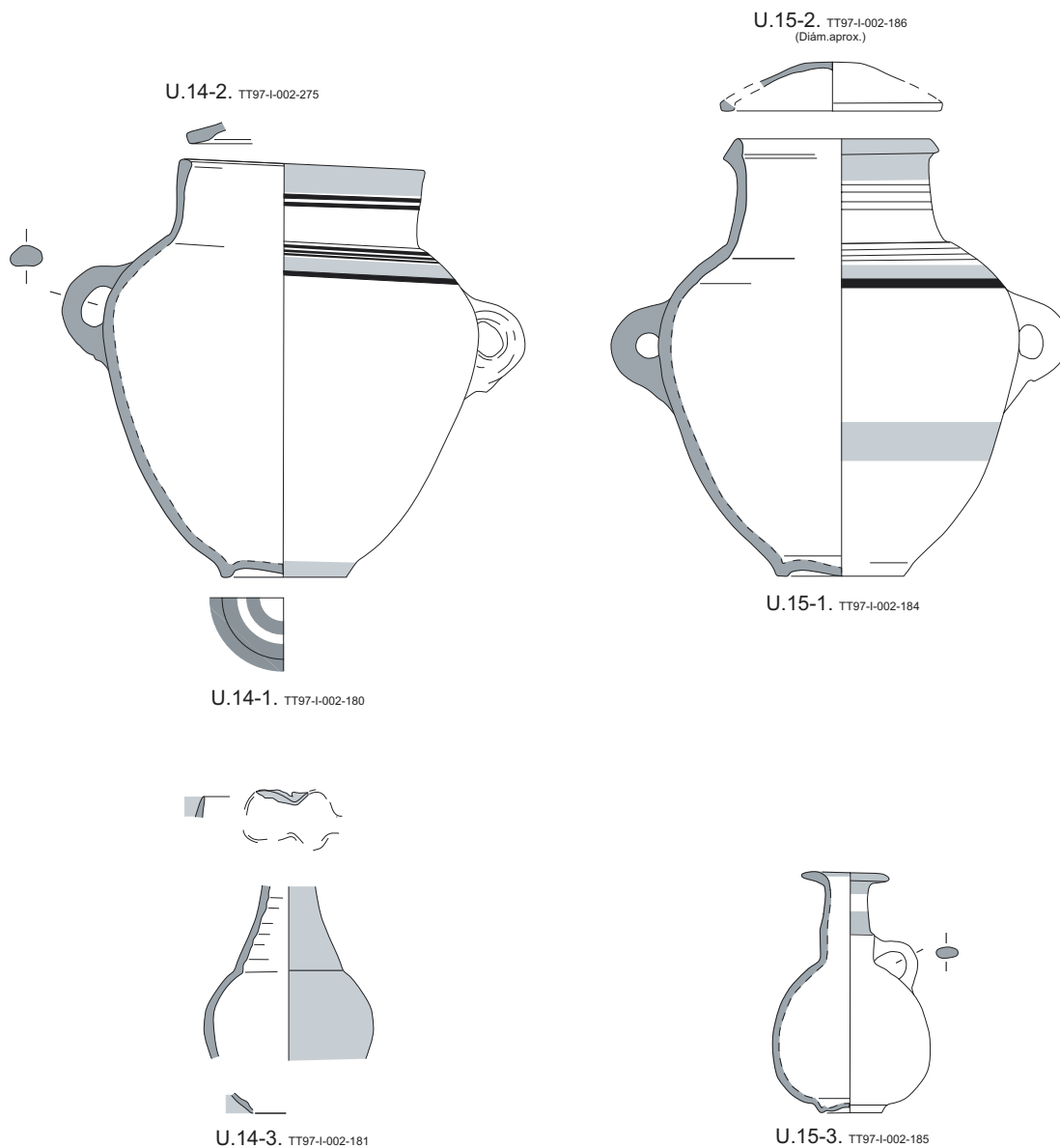
Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-I-2-180	completo	I: Ad F1a	A: decoración lineal bícroma (rojo y negro); alisada
2	TT97-I-2-275	borde	III: CP F4a	A: sin decorar; alisada
3	TT97-I-2-181	perfil	II: ¿Jv F2b?	C: sin decorar; bruñida
5:1	TT97-I-2-182	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
5:2	TT97-I-2-280	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
5:3	TT97-I-2-282	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
5:4	TT97-I-2-285	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
5:5	TT97-I-2-287	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
5:6	TT97-I-2-288	pared	I: Vj F	¿A?; acabado incierto
5:7	TT97-I-2-290	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
5:8	TT97-I-2-291	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
5:9	TT97-I-2-292	pared	I: Vj F	características inciertas
5:10	TT97-I-2-299	pared	I: Vj F	características inciertas
5:11	TT97-I-2-303	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
5:12	TT97-I-2-305	pared	I: Vj F	características inciertas
5:13	TT97-I-2-278	pared	II: Jr F	C: sin decorar; ¿bruñida?
5:14	TT97-I-2-281	pared	II: Jr F	C: sin decorar; bruñida
5:15	TT97-I-2-286	pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada
5:16	TT97-I-2-298	pared	II: Ol	A: sin decorar; alisada
5:17	TT97-I-2-289	borde	III: CP F5	A: sin decorar; alisada
5:18	TT97-I-2-276	borde	III: CP F6a	A: sin decorar; alisada homogéneamente
5:19	TT97-I-2-279.296	borde	III: CP F6b	A: sin decorar; alisada homogéneamente
5:20	TT97-I-2-277	borde	III: CP F12a	A: sin decorar; alisada homogéneamente
5:21	TT97-I-2-284	borde	III: CP F12	A: sin decorar; alisada homogéneamente
5:22	TT97-I-2-283	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada
5:23	TT97-I-2-301	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada

Urna 14

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-I-2-184	completo	I: Ad F1b	A: decoración lineal bícroma (rojo y negro); alisada
2	TT97-I-2-186	perfil	III: CP F5e	A: sin decorar; alisada
3	TT97-I-2-185	completo	III: Ja F3a	A: decoración lineal en rojo; alisada homogéneamente

Urna 15

Tumba 14/15



U.14-5. Cerámica hallada en el interior de la urna U.14-1

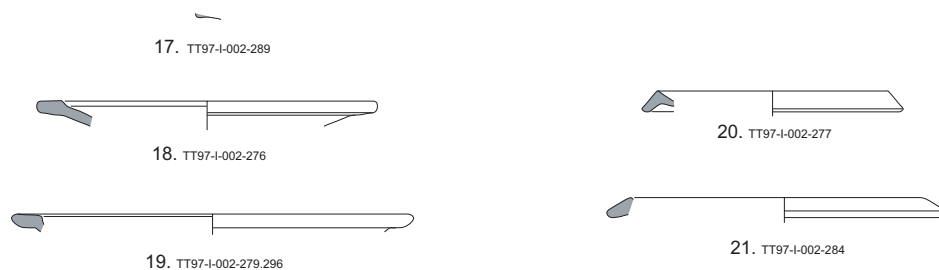


Figura 3.7. Tumba 14/15

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-II/III-2-42	completo	I: Ad f1a	¿B?: ¿marrón claro?, decoración lineal bícroma (rojo y negro); alisada
2	TT97-II/III-2-45	completo	III: CP F5a	A: sin decorar; alisada
3	TT97-II/III-2-43	completo	II: Jv F2c	C: decoración incisa; bruñida
4	TT97-II/III-2-44	completo	II: Ja F3a	A: decoración lineal en rojo; ¿bruñida?
5	TT97-II/III-2-46'	completo	escarabeo	Gamer-Wallert 2004: 403-404, nº 6

Urna 20

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-II/III-2-47.49	perfil	I: Cr F1b	A: decoración lineal bícroma (rojo y negro); alisada
2	TT97-II/III-2-48	completo	III: CP 5a	A: sin decorar; alisada

Urna 21

Tumba 20/21

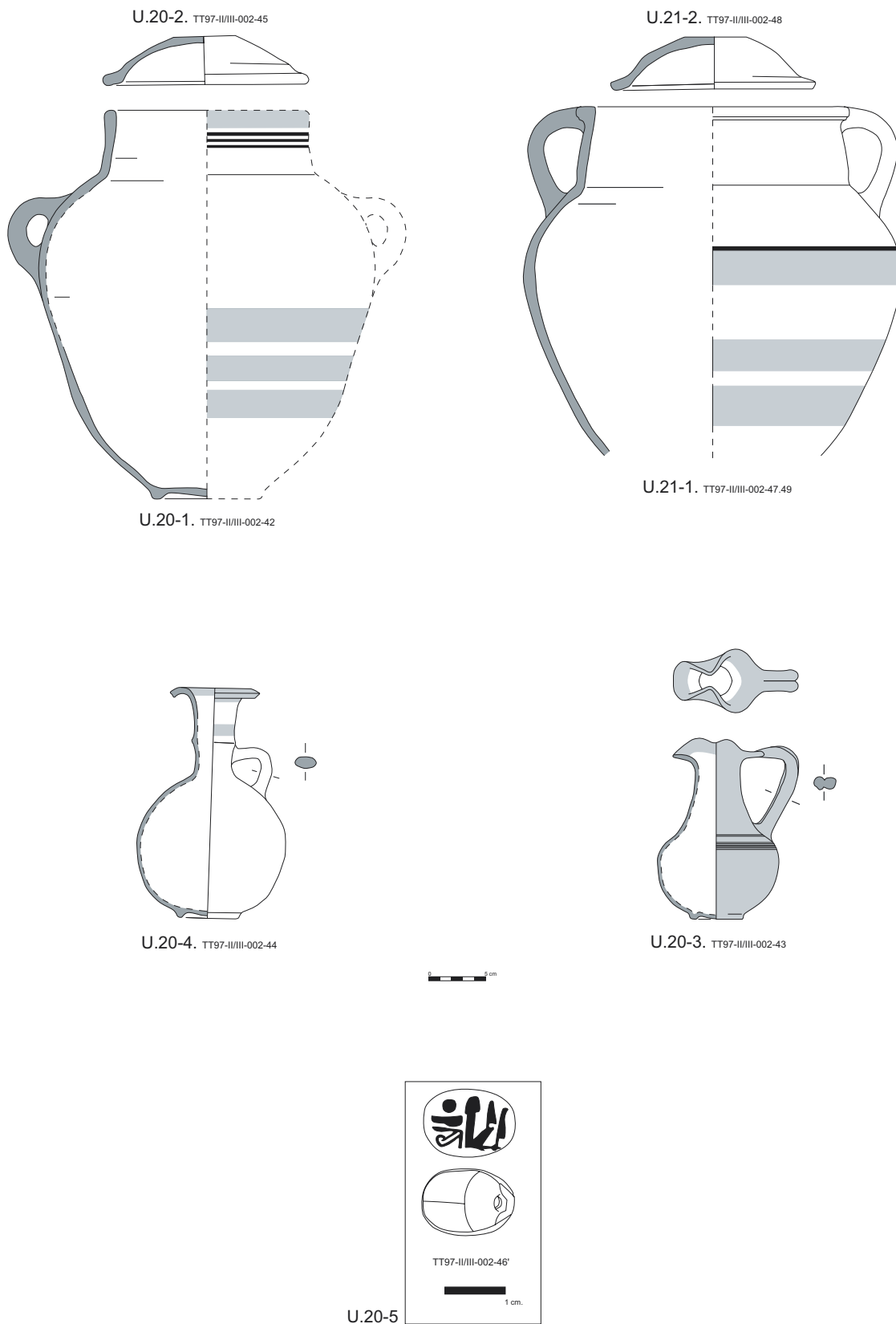
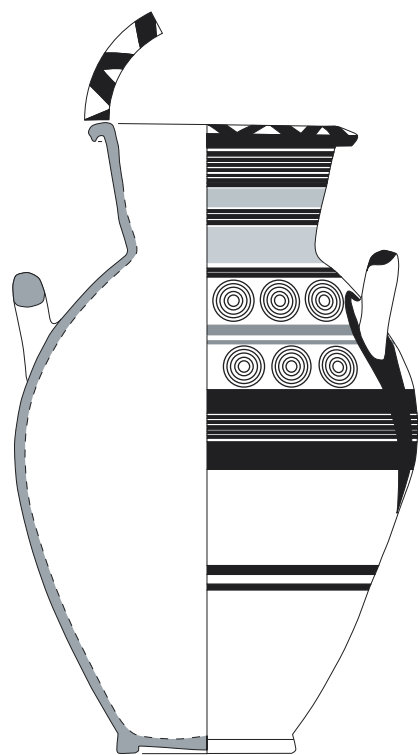


Figura 3.8. Tumba 20/21

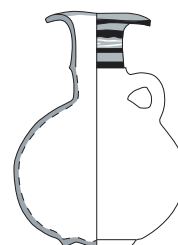
Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-0-2-325	completo	I: Ad C2b	<i>Bichrome IV ware; zone style</i>
2	TT97-0-2-326	completo	III: Ja F3a	A: decoración lineal bicroma (rojo y negro); ¿bruñida?
3	TT970-2-328	completo	escarabeo	Gamer-Wallert 2004: 404-405, nº 7

Urna 23

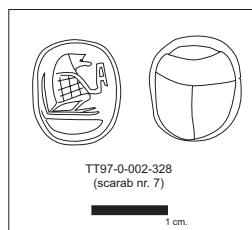
Tumba 23



1. TT97-0-002-325



2. TT97-0-002-326



3

TT97-0-002-328
(scarab nr. 7)

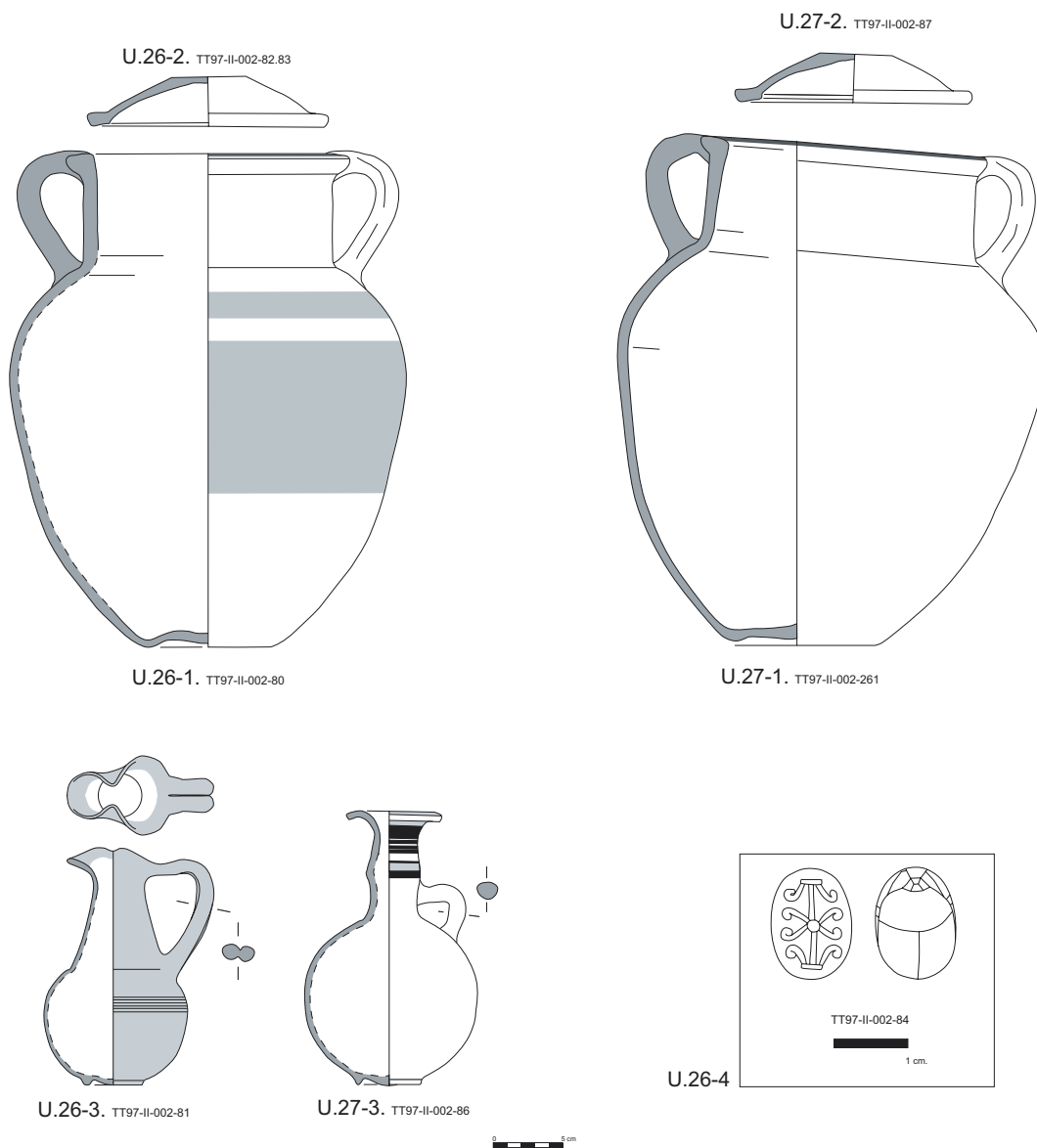
Figura 3.9. Tumba 23

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-II-2-80	completo	I: Cr F1a	A: decoración lineal en rojo; alisada
2	TT97-II-2-82.83	completo	III: CP F5a	A: sin decorar; alisada
3	TT97-II-2-81	completo	II: Jv F2c	C: decoración incisa; bruñida
4	TT97-II-84	completo	escarabeo	Gamer-Wallert 2004: 405-406, nº 8

Urna 26

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-II-2-261	completo	I: Cr F1a	A: decoración zonal en negro; alisada
2	TT97-II-2-87	completo	III: CP F5a	A: sin decorar; alisada
3	TT97-II-2-86	completo	II: Ja F3a	A: decoración lineal en rojo y negro; bruñida
6:1	TT97-II-2-267	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
6:2	TT97-II-2-268	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
6:3	TT97-II-2-269	pared	I: Vj F	características inciertas
6:4	TT97-II-2-270	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
6:5	TT97-II-2-271	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
6:6	TT97-II-2-273.284	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
6:7	TT97-II-2-275	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
6:8	TT97-II-2-277	pared	I: Vj F	características inciertas
6:9	TT97-II-2-283	pared	I: Vj F	características inciertas
6:10	TT97-II-2-288	base	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
6:11	TT97-II-2-292	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
6:12	TT97-II-2-293	pared	I: Vj F	características inciertas
6:13	TT97-II-2-294	pared	I: Vj F	características inciertas
6:14	TT97-II-2-295	cuello	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
6:15	TT97-II-2-305	pared	I: Vj F	características inciertas
6:16	TT97-II-2-310	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
6:17	TT97-II-2-263	borde	II: Jv F2	A: sin decorar; alisada
6:18	TT97-II-2-281	cuello	II: Jv F2	C: sin decorar; bruñida
6:19	TT97-II-2-265	base	II: Jr F	A: sin decorar; alisada
6:20	TT97-II-2-272	pared	¿II: Jr F?	A: sin decorar; alisada
6:21	TT97-II-2-274	pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada homogéneamente
6:22	TT97-II-2-278	hombro	II: Jr F	C: sin decorar; alisada
6:23	TT97-II-2-279	pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada
6:24	TT97-II-2-282	pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada
6:25	TT97-II-2-287	pared	II: Jr F	C: sin decorar; alisada

Tumba 26/27



U.27-6. Cerámica hallada en el interior de la urna U. 27-1

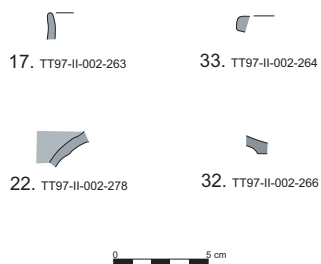


Figura 3.10. Tumba 26/27

6:26	TT97-II-2-290	pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada homogéneamente
6:27	TT97-II-2-296	cueillo	II: Jr F	A: sin decorar; alisada
6:28	TT97-II-2-302	pared	II: Jr F	C: sin decorar; alisada
6:29	TT97-II-2-308	pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada
6:30	TT97-II-2-311	pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada
6:31	TT97-II-2-276	pared	III: CP F2	C: sin decorar; bruñida
6:32	TT97-II-2-266	base	III: CP(bs) 1a4	A: sin decorar; alisada homogéneamente
6:33	TT97-II-2-264	borde	III: CP F	A: sin decorar; alisada
6:34	TT97-II-2-280	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada homogéneamente
6:35	TT97-II-2-285	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada
6:36	TT97-II-2-289	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada homogéneamente
6:37	TT97-II-2-299	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada homogéneamente
6:38	TT97-II-2-306	base	III: CP F	A: sin decorar; alisada homogéneamente

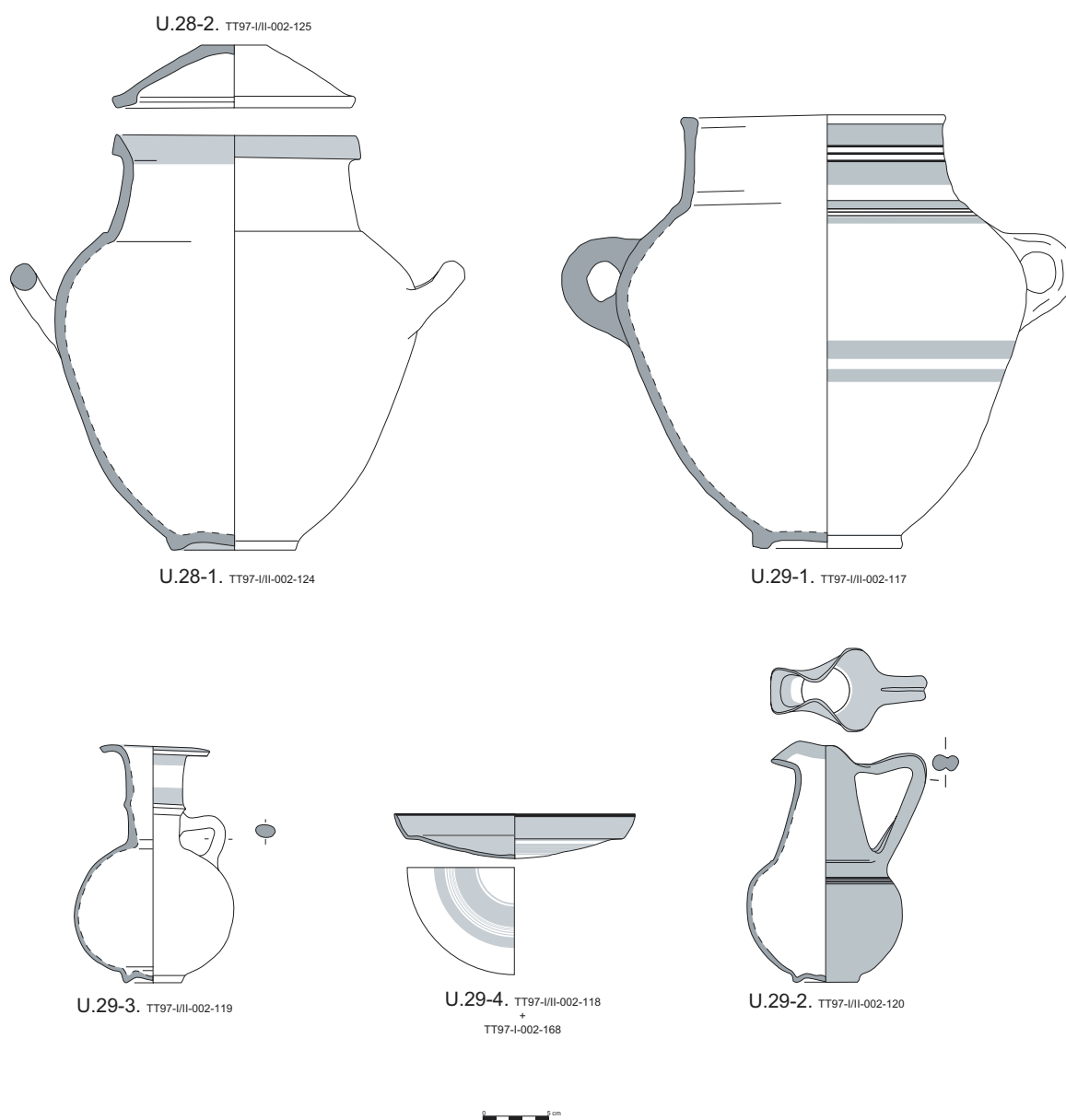
Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-I/II-2-124	completo	I: Ad F1b	A: decoración zonal en rojo; alisada
2	TT97-I/II-2-125	completo	III: CP F5a	A: sin decorar; alisada

Urna 28

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-I/II-2-117	completo	I: Ad f1a	A: decoración lineal bícroma (rojo y negro); alisada
2	TT97-I/II-2-120	completo	II: Jv F2c	C: decoración incisa; bruñida
3	TT97-I/II-2-119	completo	II: Ja F3a	A: decoración lineal en rojo; bruñida
4	TT97-I/II-2-118 + TT97-I/II-2-168	completo	III: CP F1b	C: bandas reservadas, decoración incisa; bruñida
7:1	TT97-I/II-2-179	borde	II: Ja F4b	A: decoración zonal en rojo; bruñida
7:2	TT97-I/II-2-180	hombro	II: Jr F	C: decoración incisa; alisada
7:3	TT97-I/II-2-186	pared	II: Jr F	C: sin decorar; alisada
7:4	TT97-I/II-2-188	asa	II: Jr F	C: sin decorar; alisada
7:5	TT97-I/II-2-192	pared	II: Jr F	C: sin decorar; alisada
7:6	TT97-I/II-2-193	pared	II: Jr F	C: sin decorar; alisada
7:7	TT97-I/II-2-198	pared	II: Jr F	C: sin decorar; ¿bruñida?
7:8	TT97-I/II-2-121	base	III: CP F1	C: sin decorar; ¿bruñida?
7:9	TT97-I/II-2-181	borde	III: CP F2b	A: decoración zonal en negro; bruñida
7:10	TT97-I/II-2-183	base	III: CP(bs)	características inciertas
7:11	TT97-I/II-2-195	base	III: CP(bs)	A: sin decorar; alisada homogéneamente
7:12	TT97-I/II-2-184	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada
7:13	TT97-I/II-2-189	pared	III: CP F	¿C?: sin decorar; alisada

Urna 29

Tumba 28/29



U.29-7. Cerámica hallada en el interior de la urna U. 29-1

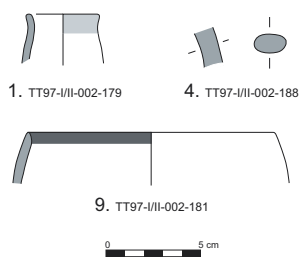


Figura 3.11. Tumba 28/29

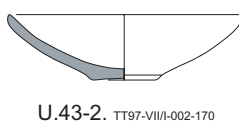
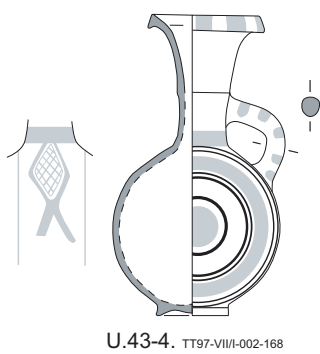
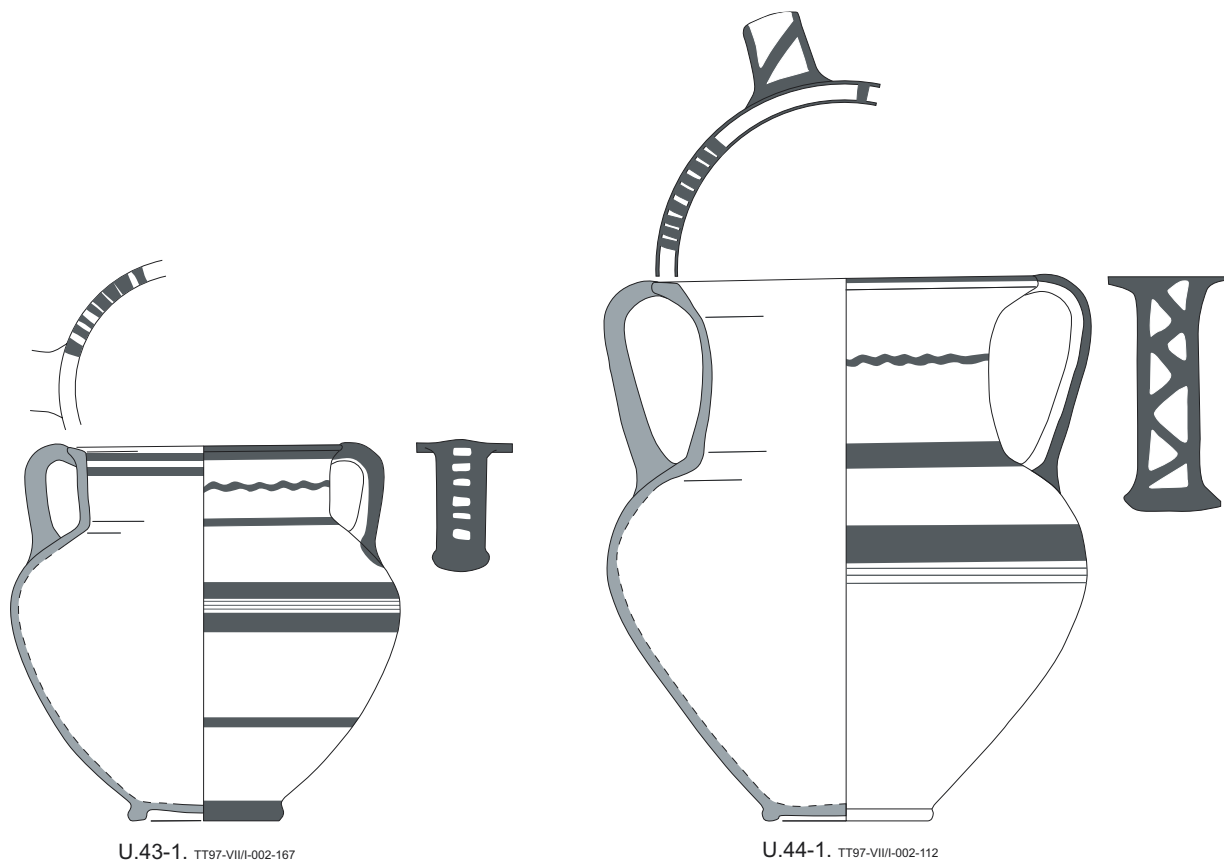
Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-VII/I-2-167	completo	I: Cr C1a	<i>White Painted III ware; zone style</i>
2	TT97-VII/I-2-170	perfil	III: CP F3a	A: sin decorar; alisada homogéneamente
3	TT97-VII/I-2-169	completo	II: Ol F1	A: sin decorar; alisada
4	TT97-VII/I-2-168	completo	II: Ja F1a	A: decoración concéntrica bicroma (rojo y negro); alisada homogéneamente

Urna 43

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-VII/I-2-112	completo	I: Cr C1a	<i>White Painted III ware; zone style</i>
4:1	TT97-VII/I-2-115-120.127	base	I: Vj C	A: decoración zonal en negro; alisada
4:2	TT97-VII/I-2-121	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
4:3	TT97-VII/I-2-113.114	perfil	III: CP F6b	A: sin decorar; alisada homogéneamente, ¿bruñida?

Urna 44

Tumba 43/44



U.44-4. Cerámica hallada en el interior de la urna U.44-1

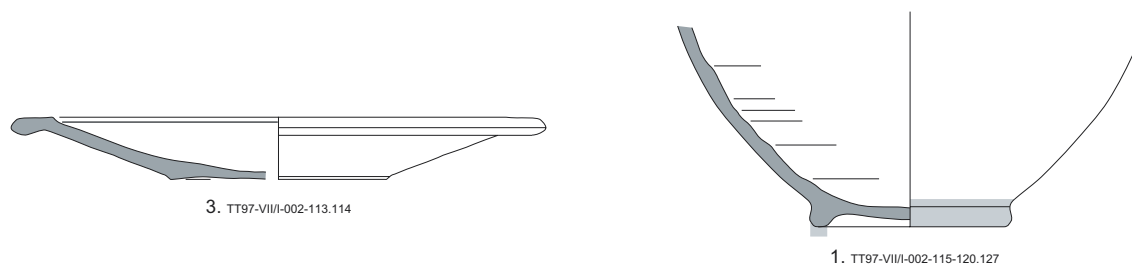


Figura 3.12. Tumba 43/44

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-VII/I-2-13	completo	I: Cr C1a	<i>Bichrome IV ware; zone style</i>
2	TT97-VII/I-2-12	completo	piedra	tapadera
3	TT97-VII/I-2-14	completo	escarabeo	Gamer-Wallert 2004: 407-409, nº 11

Urna 45

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-VII/I-2-17	completo	I: Cr C1a	<i>White Painted IV ware; zone style</i>
2	TT97-VII/I-2-18	completo	piedra	tapadera
3	TT97-VII/I-2-20	completa	II: Jv F2a	C: decoración incisa; bruñida
4	TT97-VII/I-2-19	completa	II: Ja F2	A: decoración lineal en rojo; alisada homogéneamente
5	TT97-VII/I-2-21	completa	III: CP F3a	A: sin decorar; alisada
8:1	TT97-VII/I-2-66	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
8:2	TT97-VII/I-2-67	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
8:3	TT97-VII/I-2-68	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
8:4	TT97-VII/I-2-69	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
8:5	TT97-VII/I-2-48	borde	II: Ja F2	A: decoración zonal en negro; alisada
8:6	TT97-VII/I-2-49	cueillo	II: Ja F	A: decoración lineal en negro; alisada
8:7	TT97-VII/I-2-50	cueillo	II: Ja F	A: decoración lineal en negro; alisada
8:8	TT97-VII/I-2-51	base	II: Jr F	C: sin decorar; ¿bruñida?
8:9	TT97-VII/I-53	base	II: Jr F	B: color incierto, sin decorar; alisada
8:10	TT97-VII/I-54	base	II: Jr F	A: sin decorar; alisada
8:11	TT97-VII/I-55	base	II: Jr F	C: sin decorar; ¿bruñida?
8:12	TT97-VII/I-56	hombro	II: Jr F	C: decoración incisa; bruñida
8:13	TT97-VII/I-57	hombro	II: Jr F	B: color marrón claro, decoración lineal en rojo; alisada
8:14	TT97-VII/I-58	pared	II: Jr F	B: color amarillento, sin decorar; alisada
8:15	TT97-VII/I-59	amorfos	II: Jr F	número común para 35 fragmentos muy quemados
8:16	TT97-VII/I-33	borde	III: CP F1a	C: sin decorar; bruñida
8:17	TT97-VII/I-34	base	III: CP F1a	A: sin decorar; ¿bruñida?
8:18	TT97-VII/I-35	base	III: CP F1	C: decoración incisa; ¿bruñida?
8:19	TT97-VII/I-36	base	III: CP F1	C: sin decorar; ¿bruñida?
8:20	TT97-VII/I-37	base	III: CP F1	C: sin decorar; bruñida
8:21	TT97-VII/I-27	borde	III: CP F3a	A: sin decorar; alisada
8:22	TT97-VII/I-28	borde	III: CP F3a	A: sin decorar; alisada
8:23	TT97-VII/I-29	borde	III: CP F3b	A: sin decorar; alisada
8:24	TT97-VII/I-24	borde	III: CP F4b	A: sin decorar; alisada

Tumba 45/46

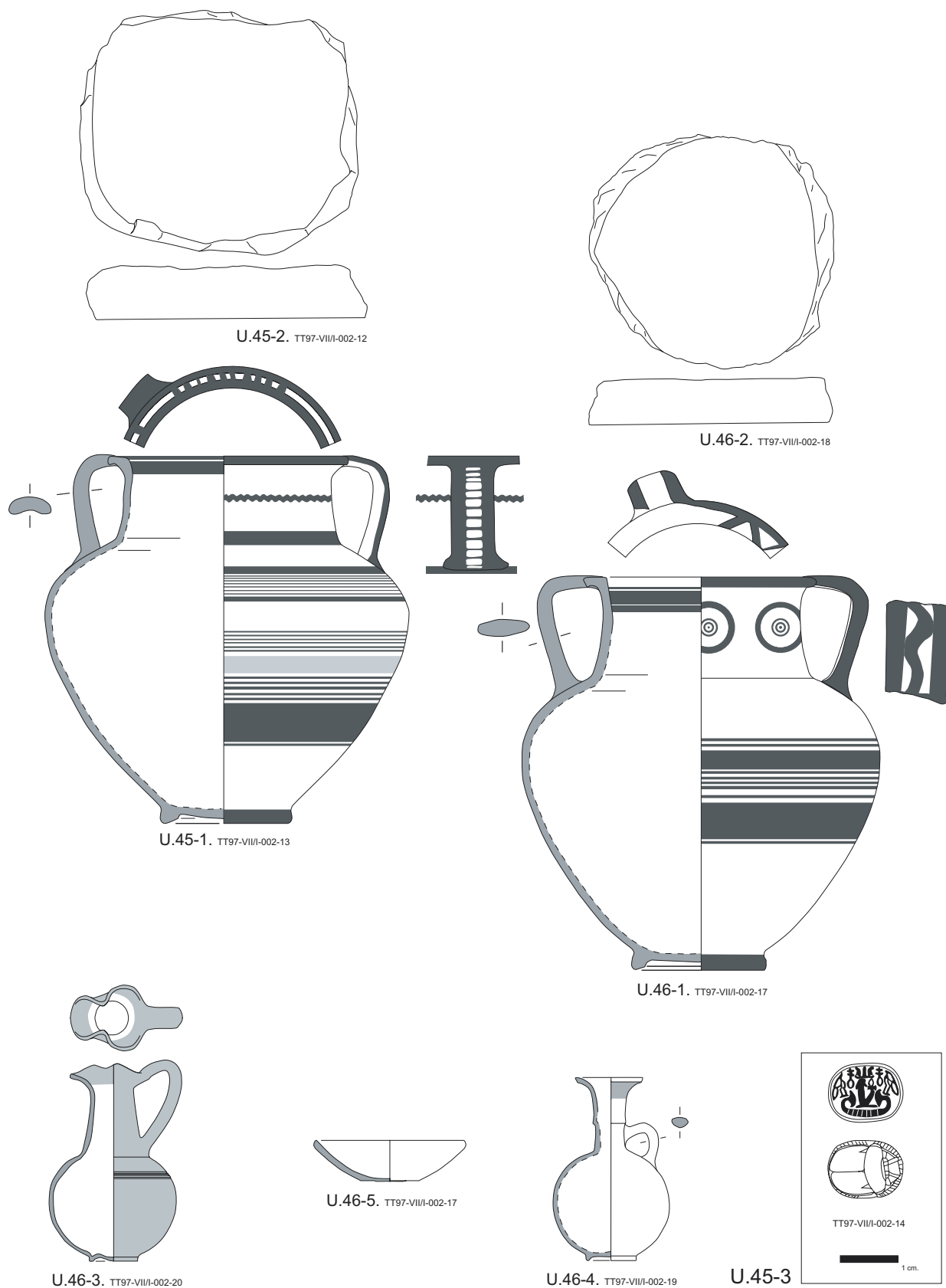


Figura 3.13. Tumba 45/46

8:25	TT97-VII/I-2-23	borde	III: CP F5b	A: sin decorar; alisada
8:26	TT97-VII/I-2-22	borde	III: CP F5c	A: sin decorar; alisada
8:27	TT97-VII/I-2-26	borde	III: CP F10c	A: sin decorar; alisada
8:28	TT97-VII/I-2-25	borde	III: CP F12a	A: sin decorar; bruñida
8:29	TT97-VII/I-2-30	base	III: CP(bs) 1b4	A: sin decorar; alisada
8:30	TT97-VII/I-2-31	base	III: CP(bs) 1b4	A: sin decorar; alisada
8:31	TT97-VII/I-2-32	base	III: CP(bs) 1b2	A: sin decorar; alisada homogéneamente
8:32	TT97-VII/I-2-47	base	III: CP(bs) F	A: sin decorar; alisada
8:33	TT97-VII/I-2-38	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada
8:34	TT97-VII/I-2-39	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada
8:35	TT97-VII/I-2-40	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada
8:36	TT97-VII/I-2-41	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada
8:37	TT97-VII/I-2-42	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada
8:38	TT97-VII/I-2-43	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada
8:39	TT97-VII/I-2-44	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada
8:40	TT97-VII/I-2-45	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada
8:41	TT97-VII/I-2-46	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada
8:42	TT97-VII/I-2-60-65	hombro	II: As F1	¿C?: sin decorar; acabado incierto
8:43	TT97-VII-I-2-52	amorfos	III: CP	número común para 55 fragmentos muy quemados

Tumba 45/46

U.46-8. Cerámica hallada en el interior de la urna U.46-1

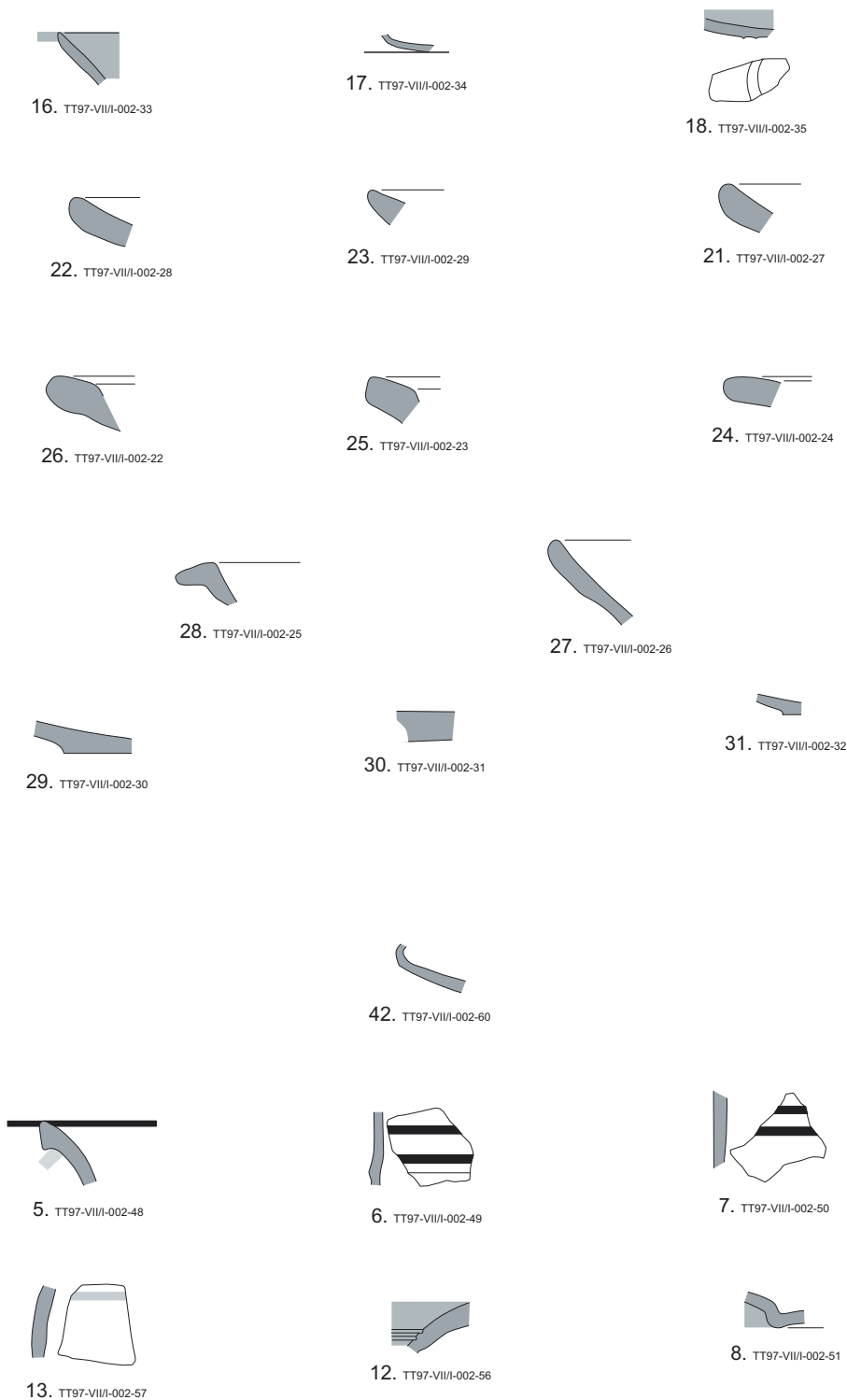


Figura 3.14. Tumba 45/46 (continuación)

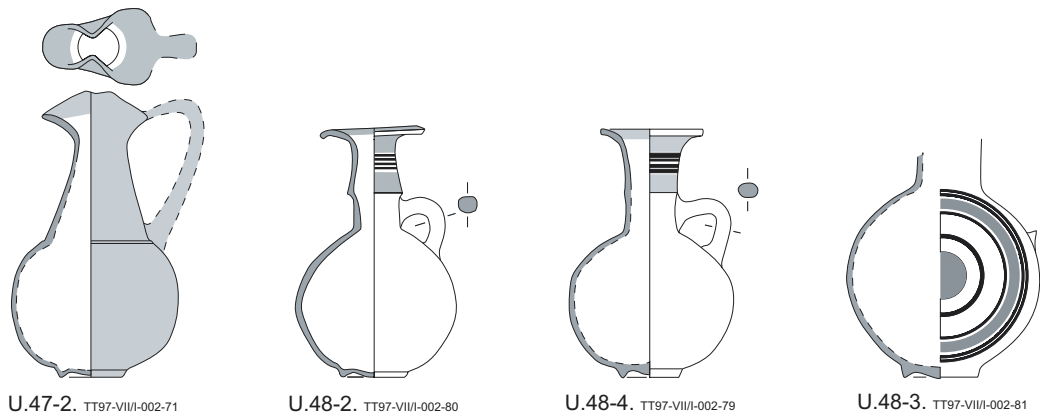
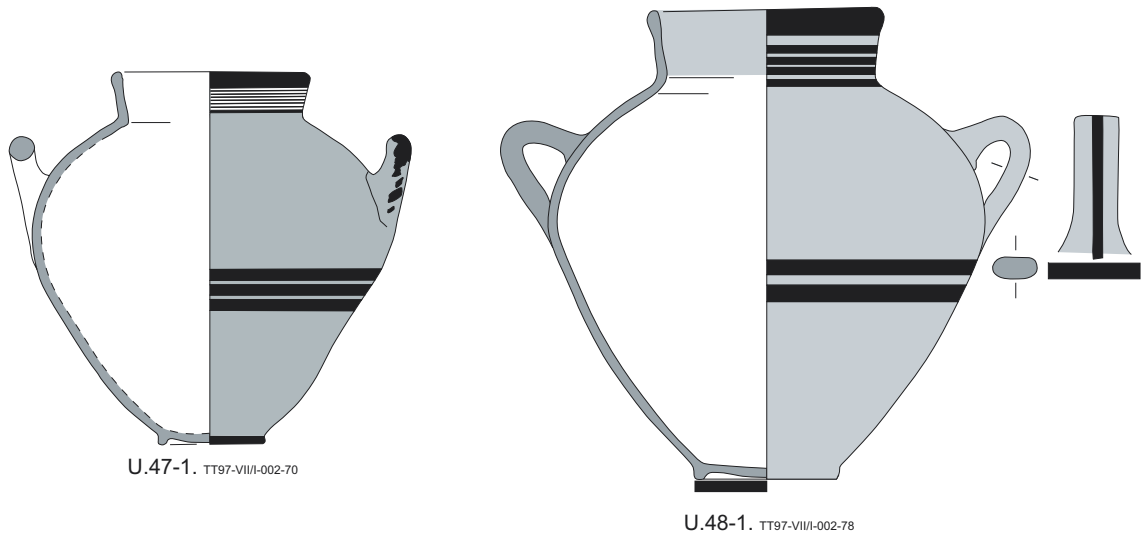
Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-VII/I-2-70	completo	I: Ad C1a	<i>Bichrome Red I(IV) ware; zone style</i>
2	TT97-VII/I-2-71	completo	II: Jv F2e	C: sin decorar; alisada
3	TT97-VII/I-2-183	completo	escarabeo	Gamer-Wallert 2004: 409-410, nº 12
4:1	TT97-VII/I-2-72	base	III: CP F1	características inciertas

Urna 47

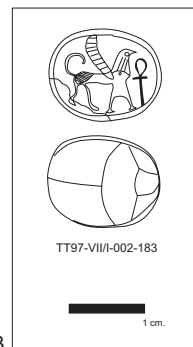
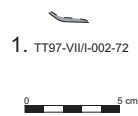
Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-VII/I-2-78	completo	I: Ad C1a	<i>Black-on-Red II (IV) ware; zone style</i>
2	TT97-VII/I-2-80	completo	II: Ja F3a	A: decoración lineal bicroma (rojo y negro); bruñida
3	TT97-VII/I-2-81	cuerpo y cuello	II: Ja F1	A: decoración concéntrica bicroma (rojo y negro); alisada
4	TT97-VII/I-2-79	completo	II: Ja F2	A: decoración lineal bicroma (rojo y negro); alisada
7:1	TT97-VII/I-2-96	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
7:2	TT97-VII/I-2-90	borde	II: Jv F2	C: sin decorar; alisada
7:3	TT97-VII/I-2-87	base	II: Jr F	C: sin decorar; alisada
7:4	TT97-VII/I-2-88	base	II: Jr F	A: sin decorar; alisada homogéneamente
7:5	TT97-VII/I-2-91	pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada homogéneamente
7:6	TT97-VII/I-2-93	pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada homogéneamente
7:7	TT97-VII/I-2-94	pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada homogéneamente
7:8	TT97-VII/I-2-95	pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada homogéneamente
7:9	TT97-VII/I-2-100	pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada
7:10	TT97-VII/I-2-83	borde	III: CP F5a	A: sin decorar; alisada
7:11	TT97-VII/I-2-84	borde	III: CP F5a	A: sin decorar; alisada
7:12	TT97-VII/I-2-107	carena	III: CP F6	A: sin decorar; alisada
7:13	TT97-VII/I-2-82	borde	III: CP F12a	A: sin decorar; alisada homogéneamente
7:14	TT97-VII/I-2-86	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada
7:15	TT97-VII/I-2-105	labio	III: CP F	A: sin decorar; alisada
7:16	TT97-VII/I-2-106	labio	III: CP F	A: sin decorar; alisada
7:17	TT97-VII/I-2-85	borde	I ó II: ¿tipo? F	C: sin decorar; ¿bruñida?

Urna 48

Tumba 47/48



U.47-4. Cerámica hallada en el interior de la urna U.47-1



U.48-7. Cerámica hallada en el interior de la urna U.48-1

U.47-3

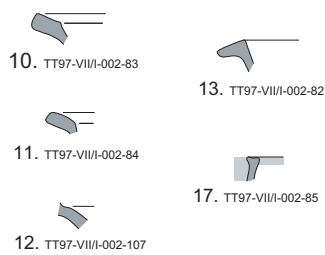


Figura 3.15. Tumba 47/48

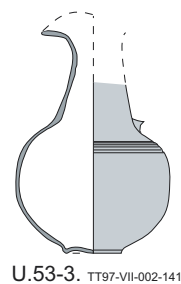
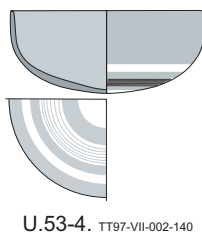
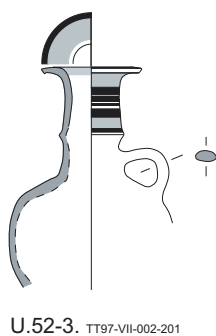
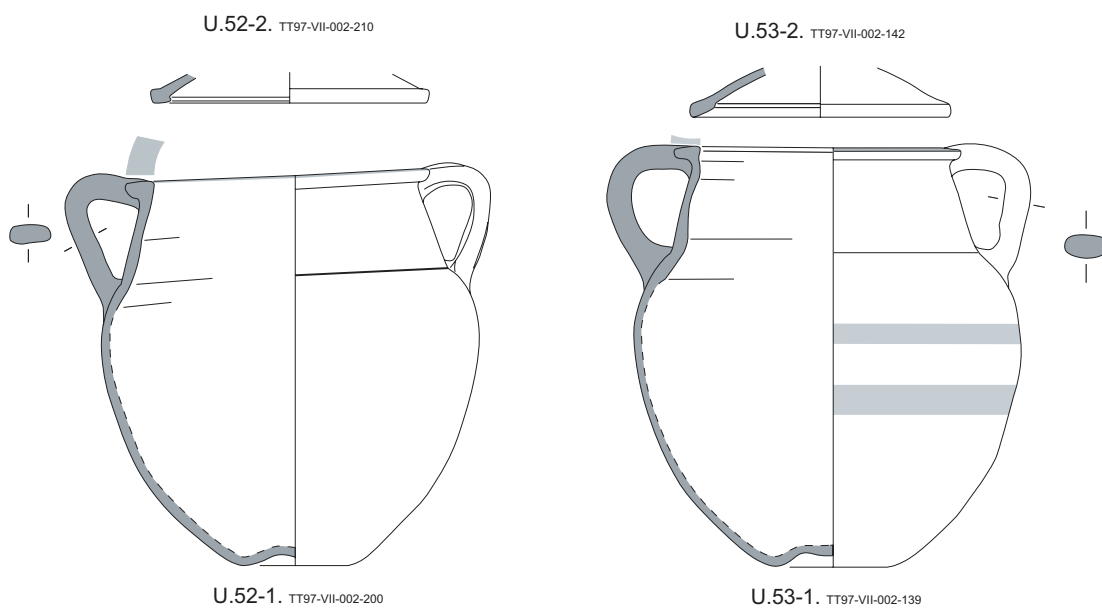
Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-VII-2-200	completo	I: Cr F1c	A: decoración zonal en rojo; alisada
2	TT97-VII-2-210	borde	III: CP F5e	A: sin decorar; alisada
3	TT97-VII-2-201	cuerpo y cuello	II: Ja F3a	A: decoración lineal bicroma (rojo y negro); bruñida
5:1	TT97-VII-2-214	base	I: Vj F	características inciertas
5:2	TT97-VII-2-212	asa y borde	II: Jv ¿F2?	C: sin decorar; alisada
5:3	TT97-VII-2-213	pared	II: Jr F	¿C?: sin decorar; acabado incierto
5:4	TT97-VII-2-211	base	III: CP F1	C: sin decorar; ¿bruñido?
5:5	TT97-VII-2-215	pared	III: CP ¿F2?	C: sin decorar; alisada homogéneamente

Urna 52

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-VII-2-139	completo	I: Cr F1c	A: decoración lineal en rojo; alisada
2	TT97-VII-2-142	borde	III: CP F5b	A: sin decorar; alisada
3	TT97-VII-2-141	perfil	II: Jv ¿F2a?	C: decoración incisa; bruñida
4	TT97-VII-2-60.62.65.140	perfil	III: CP F2a	C: bandas reservadas y decoración incisa; bruñida
5	TT97-VII-2-203	completo	escarabeo	Gamer-Wallert 2004: 410, nº 14
7:1	TT97-VII-2-146	borde	I: Oc F	A: sin decorar; alisada
7:2	TT97-VII-2-151	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
7:3	TT97-VII-2-152	base	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
7:4	TT97-VII-2-148	base y pared	II: Jr F	C: sin decorar; bruñida
7:5	TT97-VII-2-149	pared	II: Jr F	C: sin decorar; alisada
7:6	TT97-VII-2-150	pared	II: Jr F	C: sin decorar; alisada
7:7	TT97-VII-2-144	borde	III: CP F10b	A: sin decorar; alisada
7:8	TT97-VII-2-147	pared	III: CP F	A: sin decorar; bruñida

Urna 53

Tumba 52/53



U.53-6. Cerámica hallada en el interior de la urna U.53-1

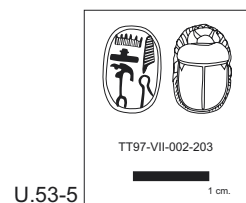


Figura 3.16. Tumba 52/53 (continuación)

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-VII-2-172	completo	I: Oc F1	A: sin decorar; alisada
2	TT97-VII-2-173	completo	II: Ja F4c	A: decoración zonal en rojo; alisada
3	TT97-VII-2-174	completo	III: CP F11	A: sin decorar; alisada
4	TT97-VII-2-157	completo	escarabeo	Gamer-Wallert 2004: 410-413, nº 15

Urna 54

Tumba 54

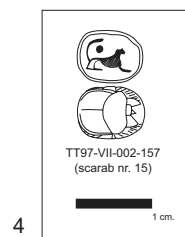
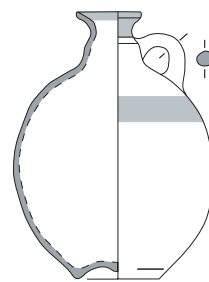
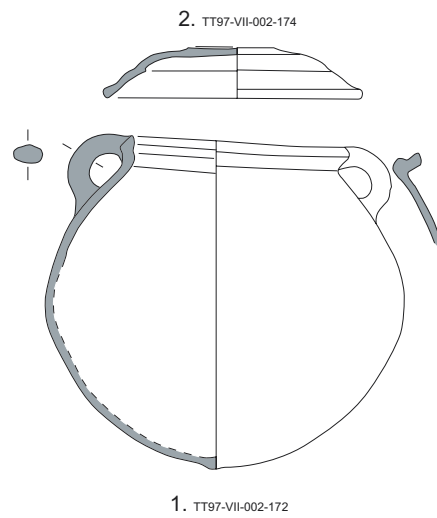


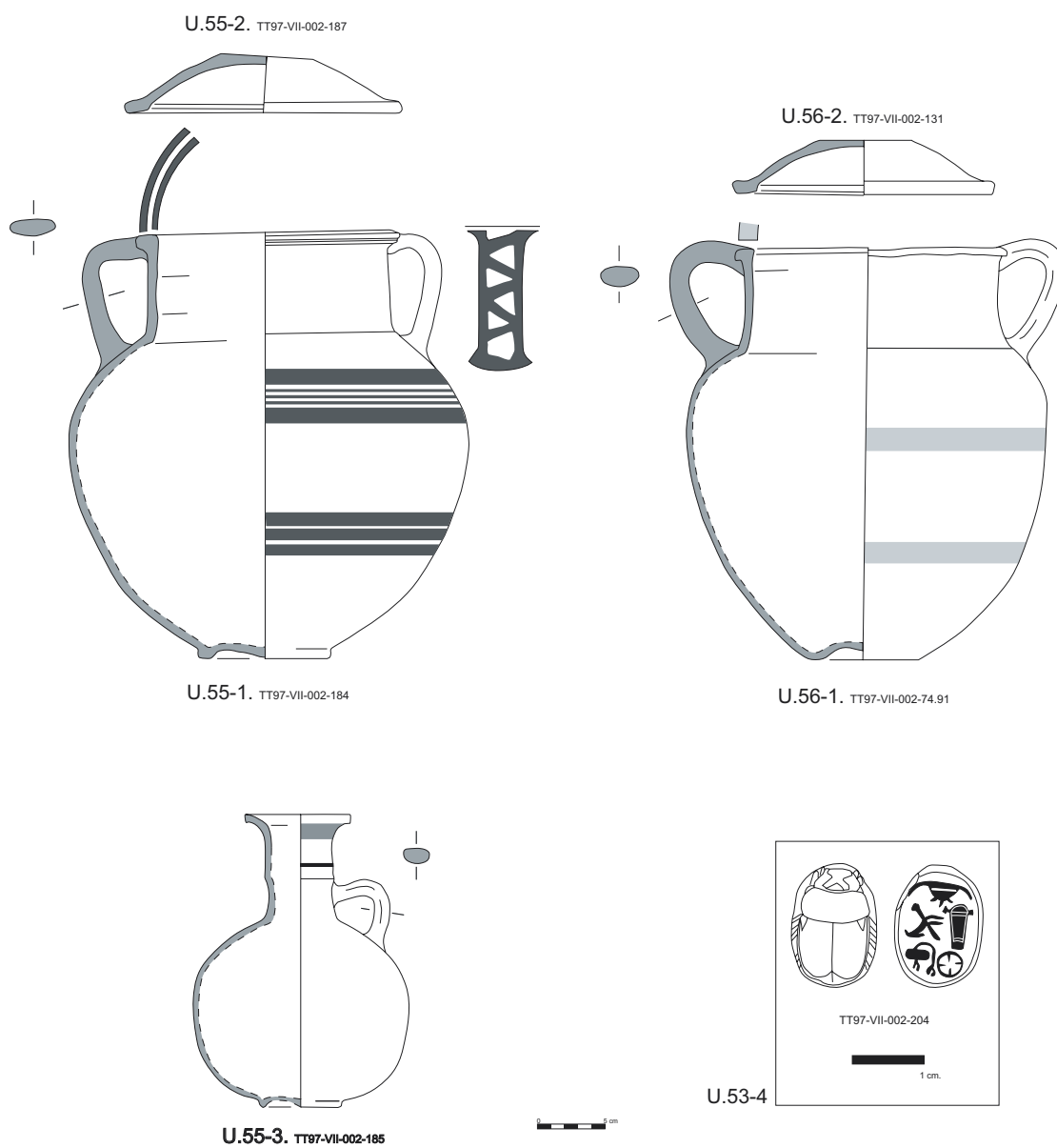
Figura 3.17. Tumba 54

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-VII-2-184	completo	I: ¿Cr F1f? (=Cr C1a)	¿White-Painted IV ware fenicia?; zone style
2	TT97-VII-2-187	completo	III: CP F5a	A: sin decorar; alisada
3	TT97-VII-2-185	completo	II: Ja F2	A: decoración lineal bicroma (rojo y negro); alisada
4	TT97-VII-2-204	completo	escarabeo	Gamer-Wallert 2004: 413, nº 16
5:1	TT97-VII-2-208	pared	I: Vj F	características inciertas
5:2	TT97-VII-2-209	base anular	II: Jr F	características inciertas
5:3	TT97-VII-2-207	borde	III: CP F4d	características inciertas
5:4	TT97-VII-2-188	perfil	III: CP F5a	A: sin decorar; alisada
5:5	TT97-VII-2-206	borde	III: CP F5c	A: sin decorar; alisada

Urna 55

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-VII-2-74.91	completo	I: Cr F1a	A: decoración lineal en rojo; alisada
2	TT97-VII-2-131	complete	III: CP F5a	A: sin decorar; alisada
7:1	TT97-VII-2-114	cuello	II: ¿Jv F2?	C: sin decorar; alisada
7:2	TT97-VII-2-115	cuello	II: ¿Jv F2?	C: sin decorar; alisada
7:3	TT97-VII-2-118	asa	II: ¿Jv? F	C: sin decorar; alisada
7:4	TT97-VII-2-168	labio	II: Jv F2	C: sin decorar; alisada
7:5	TT97-VII-2-125	cuello	II: Ja F	A: decoración lineal en negro; alisada
7:6	TT97-VII-2-129	hombro y asa	II: Ja F	A: sin decorar; bruñida
7:7	TT97-VII-2-169	cuello	II: Ja F	A: decoración lineal en negro; alisada
7:8	TT97-VII-2-106	asa	II: ¿tipo? F	¿C?: sin decorar; alisada
7:9	TT97-VII-2-107	pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada homogéneamente
7:10	TT97-VII-2-108	pared	II: Jr F	C: sin decorar; alisada
7:11	TT97-VII-2-109	pared	II: Jr F	C: sin decorar; alisada
7:12	TT97-VII-2-110	hombro	II: Jr F	C: decoración incisa; alisada
7:13	TT97-VII-2-111	pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada
7:14	TT97-VII-2-112	base y pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada homogéneamente
7:15	TT97-VII-2-113	base y pared	II: Jr F	C: sin decorar; alisada
7:16	TT97-VII-2-116	base y pared	II: Jr F	A: sin decorar; bruñida
7:17	TT97-VII-2-117	base	II: Jr F	C: sin decorar; alisada
7:18	TT97-VII-2-119	base	II: Jr F	C: sin decorar; alisada
7:19	TT97-VII-2-120	base	II: Jr F	C: sin decorar; alisada
7:20	TT97-VII-2-121	pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada homogéneamente
7:21	TT97-VII-2-122	hombro	II: Jr F	C: decoración incisa; bruñida
7:22	TT97-VII-2-123	hombro	II: Jr F	C: sin decorar; bruñida

Tumba 55/56



U-55-5. Cerámica del interior de la urna U.54-1 (1:4)

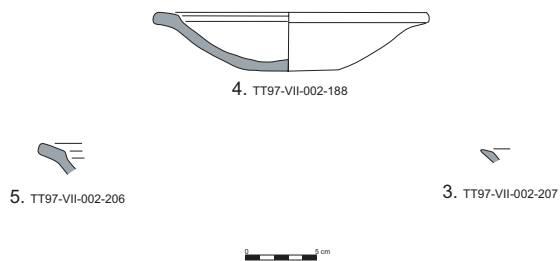


Figura 3.18. Tumba 55/56

7:23	TT97-VII-2-124	pared	II: Jr F	C: sin decorar; alisada
7:24	TT97-VII-2-126	pared	II: Jr F	C: sin decorar; alisada
7:25	TT97-VII-2-127	base	II: Jr F	A: sin decorar; alisada
7:26	TT97-VII-2-128	base	II: Jr F	C: sin decorar; alisada
7:27	TT97-VII-2-170	base	II: Jr F	C: sin decorar; alisada
7:28	TT97-VII-2-171	base	II: Jr F	A: sin decorar; alisada
7:29	TT97-VII-2-161	amorfos	II: Jr F	número común para 72 fragmentos muy quemados
7:30	TT97-VII-2-164	base	III: CP F1c	¿C?: sin decorar; ¿bruñido?
7:31	TT97-VII-2-167	base	III: CP F1	C: sin decorar; ¿bruñido?
7:32	TT97-VII-2-104	base	III: CP F1 ó 2	¿C?: decoración incisa; ¿bruñido?
7:33	TT97-VII-2-166	pared	III: CP F2	A: sin decorar; alisada
7:34	TT97-VII-2-98	borde	III: CP F6a	A: sin decorar; alisada
7:35	TT97-VII-2-99	borde	III: CP F6a	A: sin decorar; alisada
7:36	TT97-VII-2-94	borde	III: CP F6b	A: sin decorar; alisada
7:37	TT97-VII-2-95	borde	III: CP F6	A: sin decorar; alisada
7:38	TT97-VII-2-162	borde	III: CP F6	A: sin decorar; alisada
7:39	TT97-VII-2-100	borde	III: CP F12b	A: sin decorar; alisada homogéneamente
7:40	TT97-VII-2-102	borde	III: CP F12b	C: sin decorar; ¿bruñida?
7:41	TT97-VII-2-93	base	III: CP(bs) 1a1	A: sin decorar; alisada
7:42	TT97-VII-2-103	base	III: CP(bs) 1b1	C: decoración zonal en negro; alisada
7:43	TT97-VII-2-101	base	III: CP(bs) 1b2	A: sin decorar; alisada homogéneamente
7:44	TT97-VII-2-163	base	III: CP(bs) 1b3	características inciertas
7:45	TT97-VII-2-165	base	III: CP(bs) 1b3	características inciertas
7:46	TT97-VII-2-92	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada
7:47	TT97-VII-2-96	borde	III: CP F	A: sin decorar; alisada
7:48	TT97-VII-2-97	borde	III: CP F	A: sin decorar; alisada
7:49	TT97-VII-2-160	amorfos	III: CP F	número común para amorfos de cuenco muy quemados
7:50	TT97-VII-2-105	¿cuello?	¿grupo formal?, ¿origen?	A: decoración lineal en negro; alisada
7:51	TT97-VII-2-130	amorfos	incierto	número común para 124 amorfos muy quemados

Tumba 55/56

U-56-7. Cerámica del interior de la urna U.56-1



Figura 3.19. Tumba 55/56 (continuación)

CONJUNTOS

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-II/III-2-37.51	completo	I: Cr F1b	A: decoración lineal en rojo; alisada
2	TT97-II/III-2-38	completo	III: CP F3a	A: sin decorar; alisada
3	TT97-II/III-2-39	completo	II: Jv F2a	C: sin decorar; bruñida
4	TT97-II/III-2-41	completo	escarabeo	Gamer-Wallert 2004: 403, nº 5

Urna 16

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-II/III-2-28 a 32 + TT97-III-2-190.194 (P. 13 del Sector III)	casi completo	I: Cr F1b	A: decoración lineal en rojo; alisada
2:1	TT97-II/III-2-33.35	pared	II: Jr F	características inciertas
2:2	TT97-II/III-2-56	pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada
2:3	TT97-II/III-2-60	pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada
2:4	TT97-II/III-2-55	borde	III: CP F1	C: sin decorar; bruñida
2:5	TT97-II/III-2-57	pared	III: CP ¿F1?	C: sin decorar; ¿bruñido?
2:6	TT97-II/III-2-34	hombro	¿forma?: ¿tipo? F	A: sin decorar; alisada homogéneamente

Urna 18

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-III-2-214	completo	I: Ad C2a	<i>White Painted IV ware; zone style</i>
2	TT97-III-2-217	borde	III: CP F5b	A: sin decoración; alisada
3	TT97-III-2-215	completo	II: Ja F3a	A: decoración lineal bicroma (rojo y negro); bruñida
4	TT97-III-2-216	perfil	III: CP F2a	C: bandas reservadas, decoración incisa; bruñida

Urna 22

Urnas 16, 18 y 22

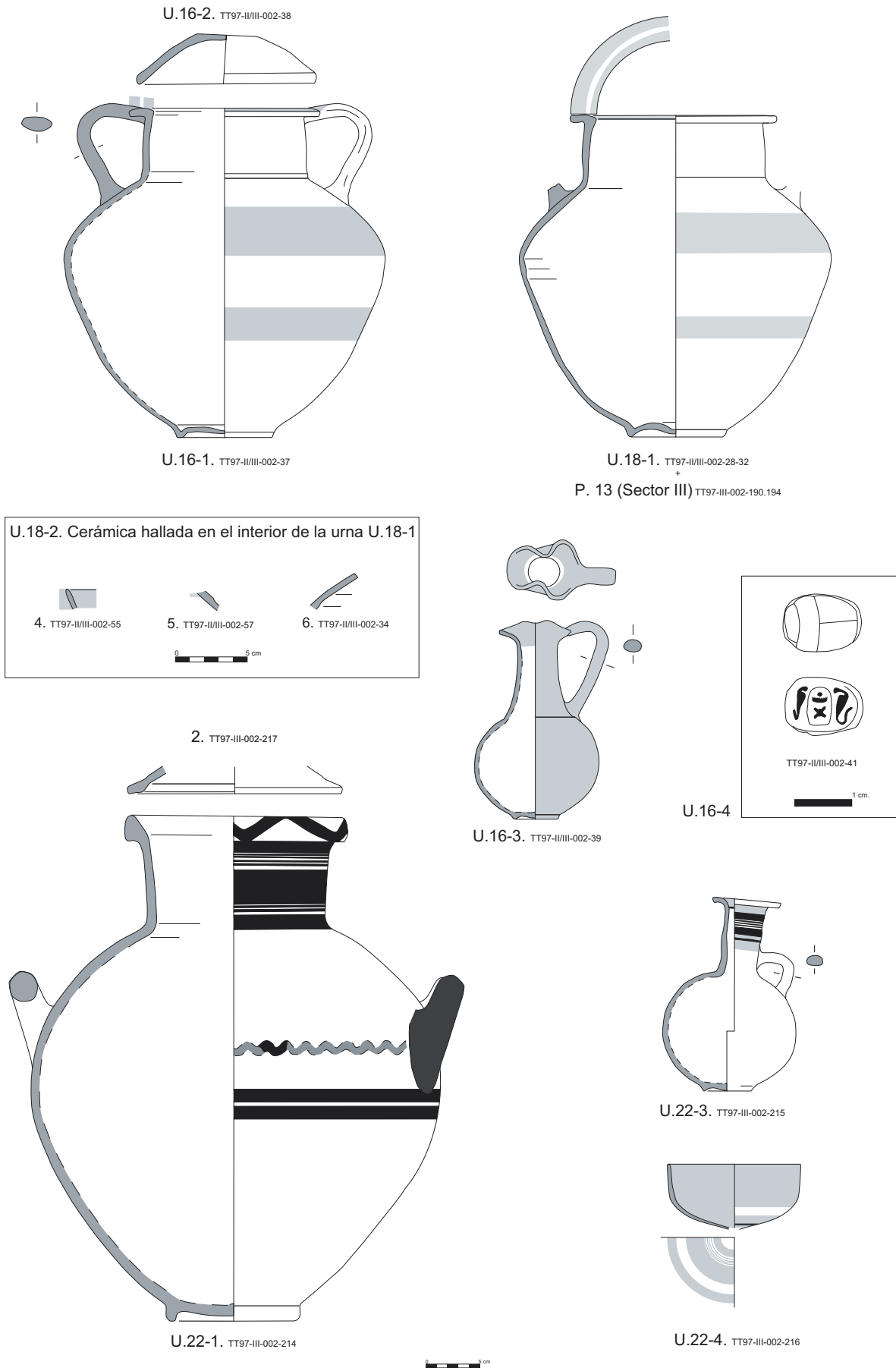


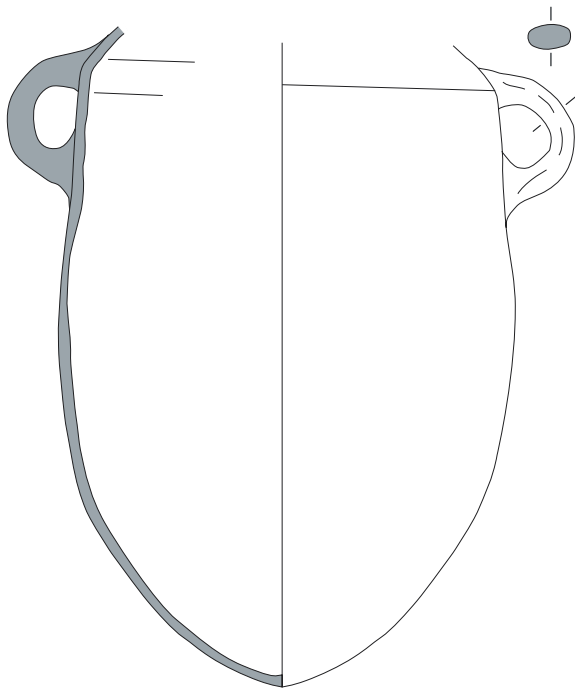
Figura 3.20. Conjunto 16, 18 y 22

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-III-2-123 a 125.127.239	cuerpo	I: Al F1	A: sin decorar, <i>bloom</i> ; alisada
2	TT97-III-2-129 a 131	falta la base	II: Jv F2a	C: sin decorar; bruñida
3	TT97-III-2-137	base y pared	II: Jr F	C: sin decorar; bruñida
4	TT97-III-2-132.133	perfil	III: CP F1a	C: sin decorar; bruñida
5	TT97-III-2-135.136	perfil	III: CP F3a	A: sin decorar; alisada
6	TT97-III-2-134	perfil	III: CP F10a	A: decoración lineal en rojo; alisada
9:1	TT97-III-2-240	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
9:2	TT97-III-2-234	pared	II: Jr F	B: color ocre, decoración concéntrica en negro y motivo incierto; alisado
9:3	TT97-III-2-235	pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada homogéneamente
9:4	TT97-III-2-236	cuello	II: Jr F	A: sin decorar; alisada
9:5	TT97-III-2-237	borde	III: CP F1a	C: sin decorar; alisada
9:6	TT97-III-2-238	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada

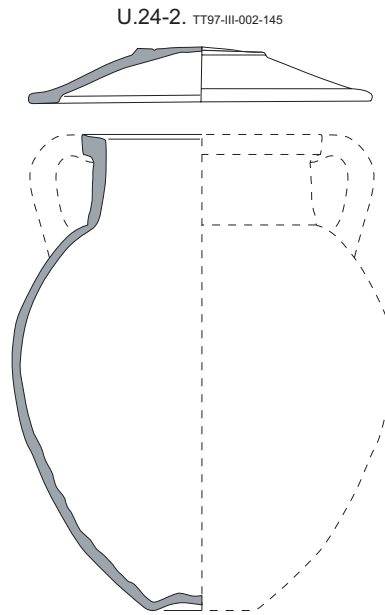
Urna 17

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-III-2-220	perfil	I: Cr F1e	A: sin decorar; alisada
2	TT97-III-2-8.225	perfil	III: Tp F1a	A; sin decorar; alisada homogéneamente
3	TT97-III-2-160.221	completo	II: Jv F2b	C: decoración incisa; bruñida
4	TT97-III-2-222	completo	II: Jv F2e	C: decoración incisa; bruñida
5	TT97-III-2-145.223.224	borde	III: CP F5c	A: sin decorar; alisada
7:1	TT97-III-2-265	asa y borde	I: Cr F1	A: decoración zonal en negro (parte superior borde); alisada
7:2	TT97-III-2-273	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
7:3	TT97-III-2-274	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
7:4	TT97-III-2-272	borde	II: Jv F2	C: sin decorar; alisada
7:5	TT97-III-2-267	cuello	II: Ja F	A: decoración lineal en rojo; alisada
7:6	TT97-III-2-268	cuello	II: Ja F	características inciertas
7:7	TT97-III-2-270	cuello	II: Ja F¿3?	A: decoración lineal bicroma (rojo y negro); alisada
7:8	TT97-III-2-258	pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada homogéneamente
7:9	TT97-III-2-259	pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada
7:10	TT97-III-2-261	pared	II: Jr F	C: sin decorar; alisada
7:11	TT97-III-2-266	base	II: Jr F	A: sin decorar; alisada homogéneamente
7:12	TT97-III-2-269	pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada homogéneamente
7:13	TT97-III-2-271	pared	II: Jr F	C: sin decorar; alisada
7:14	TT97-III-2-256	borde	III: CP F1¿c?	C: sin decorar; ¿bruñida?
7:15	TT97-III-2-260	base	III: CP F¿2?	A: sin decorar; bruñida
7:16	TT97-III-2-278	pared	III: CP F5	A: sin decorar; alisada

Urnas 17, 24 y 25

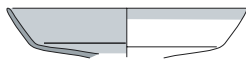


U.17-1. TT97-III-002-123.124.124.126.127.239

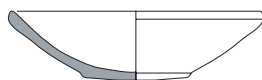


U.24-2. TT97-III-002-145

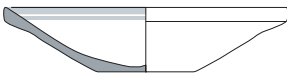
U.24-1. TT97-III-002-220



U.17-4. TT97-III-002-132.133



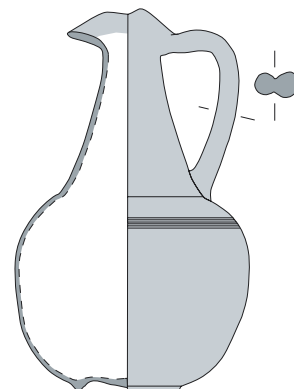
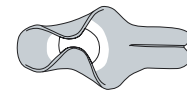
U.17-5. TT97-III-002-135.136



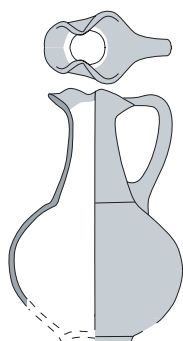
U.17-6. TT97-III-002-134



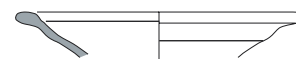
U.17-3. TT97-III-002-137



U.24-4. TT97-III-002-222



U.17-2. TT97-III-002-129.130.131



U.24-5. TT97-III-002-145.223.224



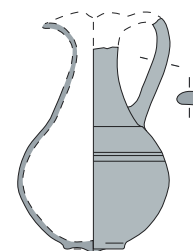
U.17-9. Cerámica hallada en el interior de la urna U.17-1



2. TT97-III-002-234



5. TT97-III-002-237



U.24-3. TT97-III-002-160.221

Figura 3.21. Urnas 17, 24 y 25

7:17	TT97-III-2-257	borde	III: CP F5c	A: sin decorar; alisada
7:18	TT97-III-2-277	borde	III: CP F6a	A: sin decorar; alisada
7:19	TT97-III-2-254	borde	III: CP F6b	A: sin decorar; alisada homogéneamente
7:20	TT97-III-2-276	borde	III: CP F6c	A: sin decorar; alisada
7:21	TT97-III-2-255.275	borde	III: CP F12a	C: sin decorar; bruñida

Urna 24

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-III-2-227	cuello y hombro	I: Ad C2a	<i>White Painted III ware; zone style</i>
2	TT97-III-2-228	completo	II: Jv F2c	C: decoración incisa; bruñida
3	TT97-III-2-231	completo	II: Jp F1	A: decoración compuesta bícroma (rojo y negro); alisada homogéneamente
4	TT97-III-2-229	perfil	III: CP F3a	A: decoración concéntrica bícroma (rojo y negro); alisada
5	TT97-III-2-230	base	III: CP(bs) 1a1	A: sin decorar; alisada

Urna 25

Figura 4.21 y 22. Urnas 17, 24 y 25

Urnas 17, 24 y 25

U.24-7. Cerámica hallada en el interior de la urna U.24-1

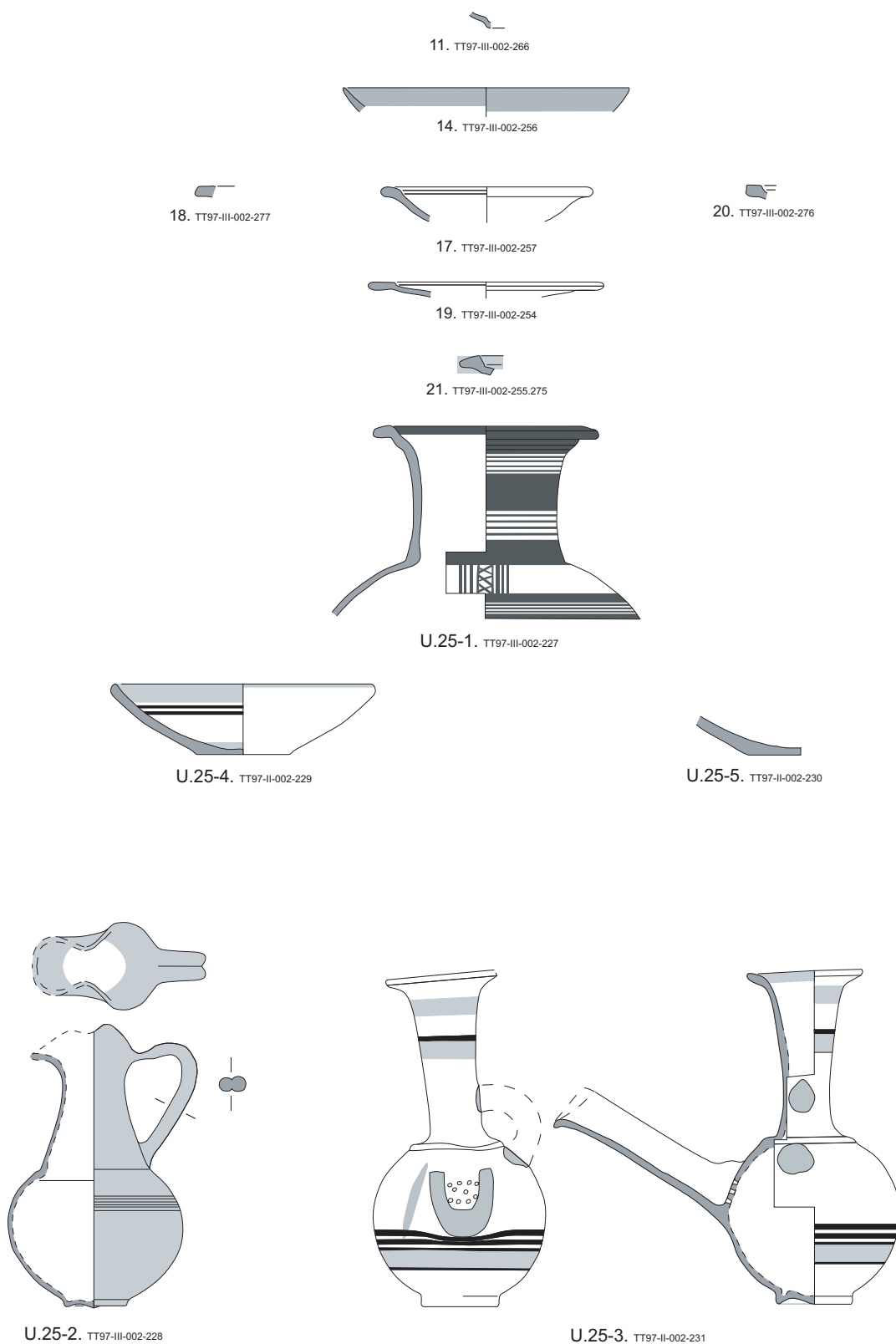


Figura 3.22. Conjunto 17, 24 y 25 (continuación)

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-0-2-329.386.387	completo	I: Cr F1a	A: decoración lineal en rojo; alisada
2	TT97-0-2-178.202.209.264.289	falta la base	II: Jv F2a	C: sin decorar; bruñida
3	TT97-0-2-331	hombro	II: Jr F	C: sin decorar; bruñido
4	TT97-0-2-378	perfil	III: CP F5d	A: sin decorar; alisada
5	TT97-0-2-348.360.388 a 392.423 a 426.495	falta la base	I: Cr C1a	<i>Bichrome IV ware; zone style</i>
6	TT97-0-2-393	pared	I: Vj C	B: marrón claro, sin decoración; alisado
7	TT97-0-2-333	completo	escarabeo	Gamer-Wallert 2004: 407
9:1	TT97-0-2-381	pared	I: Al F	A: sin decorar; alisada
9:2	TT97-0-2-379	hombro	II: Jv F2	C: decoración incisa; alisada
9:3	TT97-0-2-380.382.383.384	pared	III: CP F2	A: sin decorar; alisada homogéneamente
9:4	TT97-0-385	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada

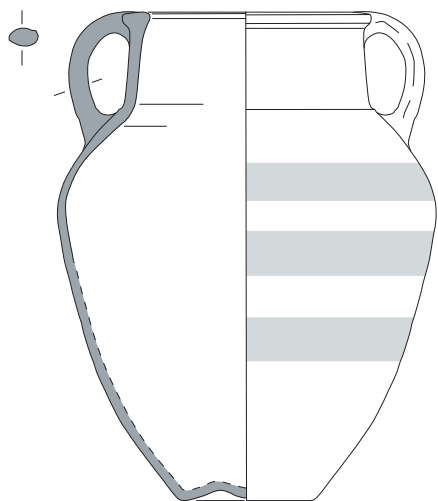
Urna 33

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-0-2-347	completo	I: Cr C1a	<i>White Painted IV ware; zone style</i>
2	TT97-0-2-465	borde	III: CP F3a	A: sin decorar; alisada
3	TT97-0-2-498	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
4	TT97-0-2-459	borde	II: Jv F2	C: sin decorar; bruñida
5	TT97-0-2-460	pared	II: Jr F	C: sin decorar; alisada
6	TT97-0-2-461	base	II: Jr F	C: sin decorar; alisada
7	TT97-0-2-462	pared	II: Jr F	¿B?: <i>reddish yellow</i> 7.5YR 7/6, sin decorar; alisada
9:1	TT97-0-2-455	cuello	II: Jv F2	C: sin decorar; alisada
9:2	TT97-0-2-439	pared	II: Jr F	C: sin decorar; alisada
9:3	TT97-0-2-457	cuello	¿II?: Jr C	A: decoración lineal en negro; alisada
9:4	TT97-0-2-454	borde	III: CP F12	A: sin decorar; alisada homogéneamente

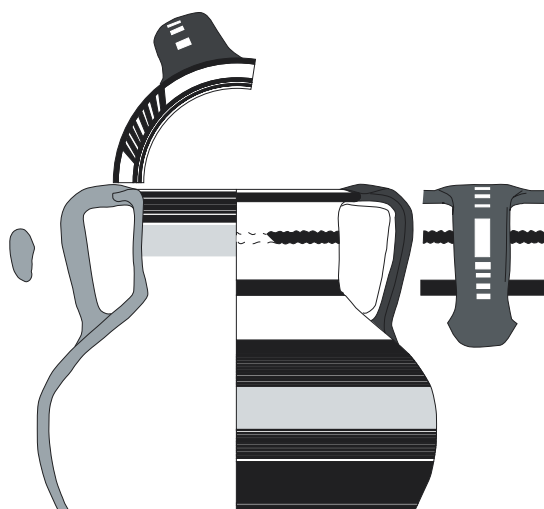
Urna 34

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-0-2-122.338	completo	I: Ad F1b	B: marrón claro, decoración lineal en negro; alisada
2	TT97-0-2-430	hombro	I: Vj C	¿ <i>White Painted III ware?</i> ; <i>zone style</i>
3	TT97-0-2-121.123.319 a 321.428.432	base	I: Vj C	categoría incierta, decoración zonal en negro sobre baño de color marrón claro; alisada
4	TT97-0-2-433	pared	I: Vj F	características inciertas
5	TT97-0-2-434	base	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
6	TT97-0-2-414	borde	II: Jv F2	A: sin decorar; alisada

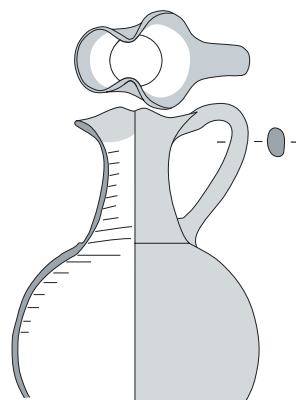
Urnas 33 a 37



U.33-1. TT97-0-002-329.386.387



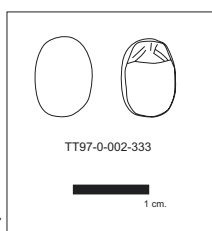
U.33-5. TT97-0-002-348.360.388.389.390.391.392.423.424.425.426.495



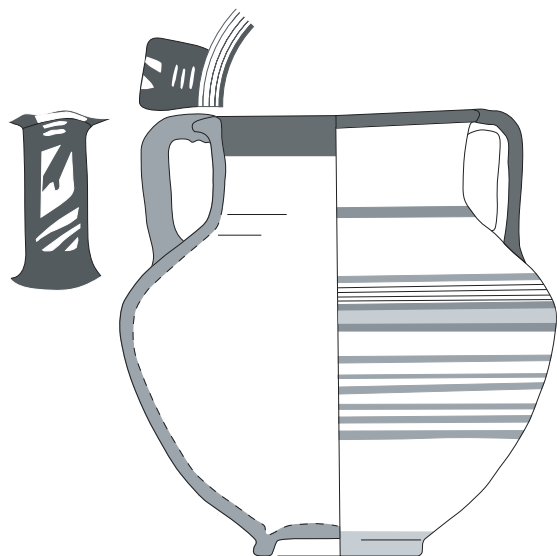
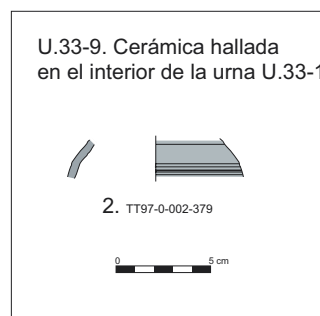
U.33-2. TT97-0-002-178.202.209.264.289



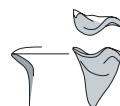
U.33-4. TT97-0-002-378



U.33-7



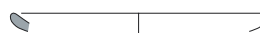
U.34-1. TT97-0-002-347



U.34-4. TT97-0-002-459



U.34-6. TT97-0-002-461



U.34-2. TT97-0-002-465



Figura 3.23. Urnas 33, 34, 35, 36 y 37

7	TT97-0-2-412	borde	II: Ja F3a	A: decoración zonal bícroma (rojo y negro); alisada
8	TT97-0-2-411	pared	II: Jr F	C: sin decorar; alisada
9	TT97-0-2-415	pared	II: Jr ¿origen?	B: amarillento, sin decorar; alisada
10	TT97-0-2-416	pared	II: Jr F	C: sin decorar; alisada
11	TT97-0-2-417	pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada
12	TT97-0-2-418	pared	II: Jr F	C: sin decorar; alisada
13	TT97-0-2-420	pared	II: Jr ¿origen?	C: sin decorar; ¿bruñida?
14	TT97-0-2-404	borde	III: CP F4a	A: sin decorar; alisada
15	TT97-0-2-409	borde	III: CP F4c	A: sin decorar; alisada
16	TT97-0-2-339	completo	III: CP F5b	A: sin decorar; alisada
17	TT97-0-2-408	borde	III: CP 5d	A: sin decorar; alisada
18	TT97-0-2-405.406	borde	III: CP F5f	A: sin decorar; alisada
19	TT97-0-2-407	borde	III: CP F6a	A: sin decorar; alisada
20	TT97-0-2-410	base	III: CP(bs) 1b3	A: sin decorar; alisada homogéneamente
21	TT97-0-2-413	¿base?	¿forma?: ¿tipo? F	A: sin decorar; alisada
23:1	TT97-0-2-340	base y pared	II: Jr F	C: sin decorar; alisada

Urna 35

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-0-2-351	completo	I: Cr F1a	A: decoración lineal bícroma (rojo y negro); alisada
2	TT97-0-2-464	borde y cuello	II: Jv F2	C: sin decorar; ¿bruñida?
3	TT97-0-2-492	borde	II: Ja F3	C: sin decorar; bruñida
4	TT97-0-2-463	pared	II: Jr F	A: sin decorar; bruñida
5	TT97-0-2-493	perfil	III: CP F4a	A: sin decorar; alisada
6	TT97-0-2-500	borde	III: CP F4a	A: sin decorar; alisada
7	TT97-0-2-352	base	III: CP(bs) 1a2	A: sin decorar; alisada
8	TT97-0-2-501	base	III: CP(bs) 1b4	A; sin decorar; alisada
9	TT97-0-2-494	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada homogéneamente
10	TT97-0-2-499	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada homogéneamente
11:1	TT97-0-2-484	borde	II: Ja F3	C: sin decorar; alisada
11:2	TT97-0-2-476	pared	II: ¿Jr C?	A: sin decorar; alisada
11:3	TT97-0-2-485	pared	II: Jr F	A: sin decorar; ¿bruñida?
11:4	TT97-0-2-486	pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada
11:5	TT97-0-2-490	pared	II: Jr F	C: sin decorar; ¿bruñida?
11:6	TT97-0-2-491	pared	II: Jr F	C: sin decorar; ¿bruñida?
11:7	TT97-0-2-496	pared	II: Jr F	C: sin decorar; ¿bruñida?
11:8	TT97-0-2-482	base	III: CP F1	A: sin decorar; bruñida

Urnas 33 a 37

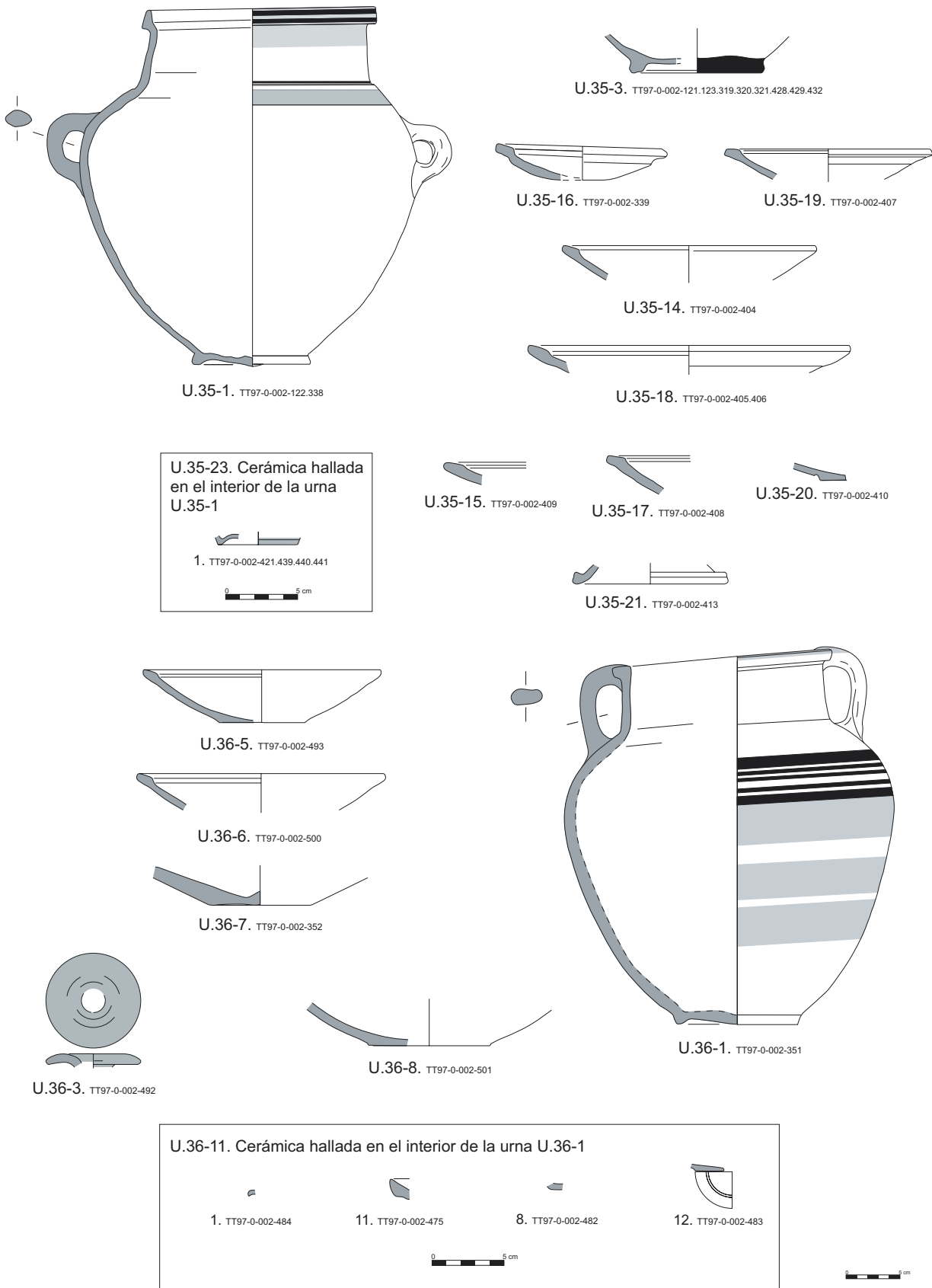


Figura 3.24. Urnas 33, 34, 35, 36 y 37 (continuación)

11:9	TT97-0-2-489	base	III: CP F1	C: sin decorar; bruñida
11:10	TT97-0-2-487	pared	III: CP F2	A: sin decorar; ¿bruñida?
11:11	TT97-0-2-475	borde	III: CP F10b	A: sin decorar; alisada
11:12	TT97-0-2-483	base	III: CP(bs) 1b3	A: decoración incisa; bruñida
11:13	TT97-0-2-353	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada
11:14	TT97-0-2-477	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada
11:15	TT97-0-2-478	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada
11:16	TT97-0-2-479	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada
11:17	TT97-0-2-480	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada
11:18	TT97-0-2-481	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada
11:19	TT97-0-2-488	amorfos	incierto	número común para 11 fragmentos muy deteriorados

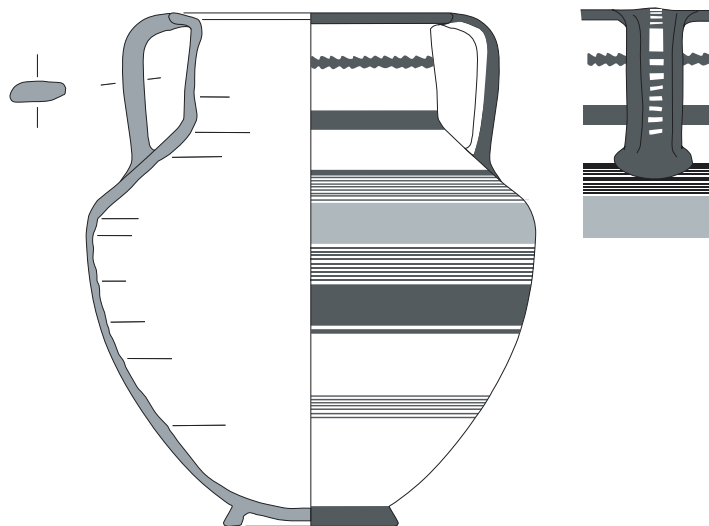
Urna 36

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-0-2-341	completo	I: Cr C1a	<i>Bichrome IV ware; zone style</i>
2	TT97-0-2-443	borde	III: CP F3a	A: sin decorar; alisada
3	TT97-0-2-444	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada
4	TT97-0-2-451	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada
6:1	TT97-0-2-342	borde	III: ¿Ja F3?	C: sin decorar; alisada
6:2	TT97-0-2-445	hombro	II: Jr ¿F?	B: amarillento claro, sin decorar; alisada
6:3	TT97-0-2-446	base	III: CP F1c	C: sin decorar; bruñido
6:4	TT97-0-2-447.448	base y pared	III: CP(bs) 1a1	A: sin decorar; alisada

Urna 37

Figuras 4.23 a 25. Urnas 33, 34, 35, 36 y 37

Urna 33 a 37



U.37-1. TT97-0-002-341



U.37-2. TT97-0-002-443



Figura 3.25. Urnas 33, 34, 35, 36 y 37

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-VII-2-189	completo	I: Cr C1a	<i>White Painted III ware; zone style</i>
2	TT97-VII-2-195	completo	III: CP F3a	A: decoración concéntrica bícroma (rojo y negro); alisada
3	TT97-VII-2-190	completo	II: Ol F2	A: sin decorar; alisada
4	TT97-VII-2-192	completo	II: Ja F1b	A: decoración concéntrica étricroma? (rojo, negro y blanco); alisada
5	TT97-VII-2-193	completo	II: Ja F1b	A: decoración concéntrica étricroma? (rojo, negro y blanco); alisada
6	TT97-VII-2-194	completo	II: Ja F1a	A: decoración concéntrica étricroma? (rojo, negro y blanco); alisada

Urna 49

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-VII-2-83	completo	I: Cr F1a	A: decoración lineal en negro; alisada
2	TT97-VII-2-84	borde	III: Cr F4a	A: sin decorar; alisada
3	TT97-VII-2-90	completo	escarabeo	Gamer-Wallert 2004: 410-411

Urna 50

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-VII-2-179	completo	I: Cr F3	A: sin decorar; alisada
2	TT97-VII-2-182	completo	III: CP C9	<i>Bichrome II-III ware; zone style</i>
3	TT97-VII-2-180	complete	II: Jv F1	C: sin decorar; bruñida
4	TT97-VII-2-181	falta parte del cuerpo	II: Jb C1	<i>Bichrome II-III ware; zone style</i>

Urna 51

Figura 4.26. Urnas 49, 50 y 51

Urnas 49, 50 y 51

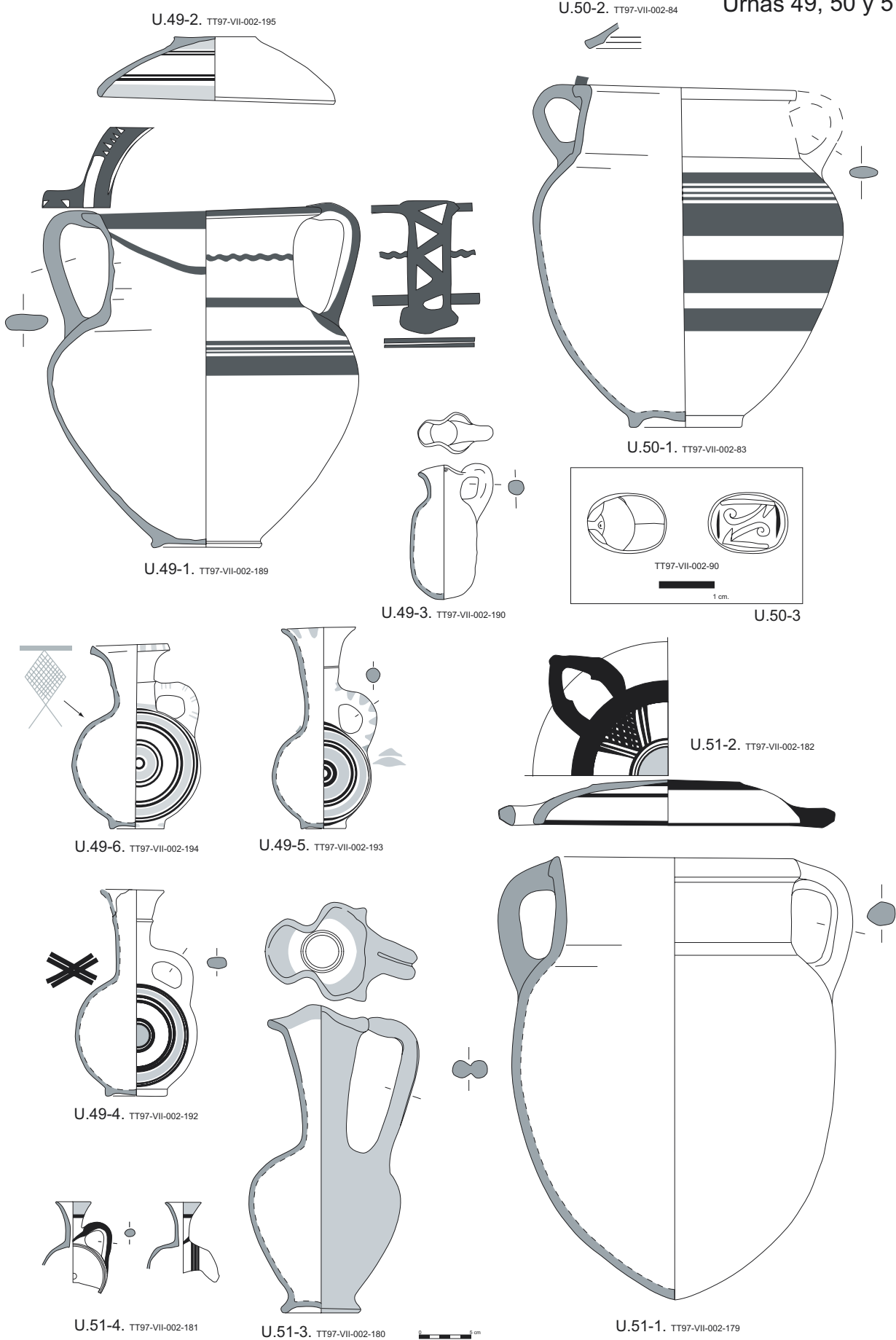


Figura 3.26. Urnas 33, 34, 35, 36 y 37

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-I/II-2-138	completo	I: Cr F1a	A: sin decorar; alisada
2	TT97-I/II-2-139.140.141	hombro y cuello	I: Cr F1	A: decoración lineal bícroma (rojo y negro); alisada
3	TT97-I/II-2-142	borde	I: Cr F1	A: sin decorar; alisada
4	TT97-I/II-2-143.144.145.146.153	hombro y cuello	I: Cr F1	A: decoración zonal en rojo; alisada
5	TT97-I/II-2-147.151	hombro y cuello	I: Cr F1	A: decoración lineal bícroma (rojo y negro); alisada
6	TT97-I/II-2-148.149.150.152	hombro	I: Vj F	Características inciertas
7	TT97-I/II-2-154.156	base	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
8	TT97-I/II-2-155	base	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
9	TT97-I/II-2-157	base y pared	I: Vj f	A: decoración lineal en rojo; alisada
10	TT97-I/II-2-162	cuello	II: Jv F2	C: sin decorar; ¿bruñida?
11	TT97-I/II-2-161	cuello	II: Ja F	A: sin decorar; alisada homogéneamente
12	TT97-I/II-2-160	falta la base	II: Ol F1	B: <i>very pale brown</i> 10YR 8/4, sin decorar; alisada
13	TT97-I/II-2-163	pared	II: Jr F	C: sin decorar; ¿bruñida?
14	TT97-I/II-2-159	base	III: CP F1	A: sin decorar; bruñida
15	TT97-I/II-2-158	perfil	III: CP F4c	A: sin decorar; alisada
16	TT97-I/II-2-164	hombro y asa	III: Sk F	A: sin decorar; alisada

Assemblage A

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-I/II-2-12.13	borde	III: CP F4d	A: sin decorar; alisada homogéneamente

P. 8 del Testigo I/II

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-I/II-2-70	borde	I: Ad F1a	A: decoración lineal bícroma (rojo y negro); alisada
2	TT97-I/II-2-57.58.90.95	base	I: Al F1	A: sin decorar; alisada
3	TT97-I/II-2-74	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada
4	TT97-I/II-2-66	base	III: CP F1	C: sin decorar; ¿bruñida?
5	TT97-I/II-2-82	borde	III: CP F1a	A: sin decorar; bruñida
6	TT97-I/II-2-61.64.67.72.73.77.79.80.83.88.88'.89.93	fragmentada	I: Cr F1	A: sin decorar; alisada
7	TT97-I/II-2-63	borde	I: Cr F1	A: decoración zonal en rojo; alisada
8	TT97-I/II-2-177	pared	II: Jr F	C: sin decorar; ¿bruñida?
9	TT97-I/II-2-49.69.78.81.87.92.94	base y pared	I: Vj F	¿A?: sin decorar; alisada
10	TT97-I/II-2-62.68.75.84	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada

Assemblage A

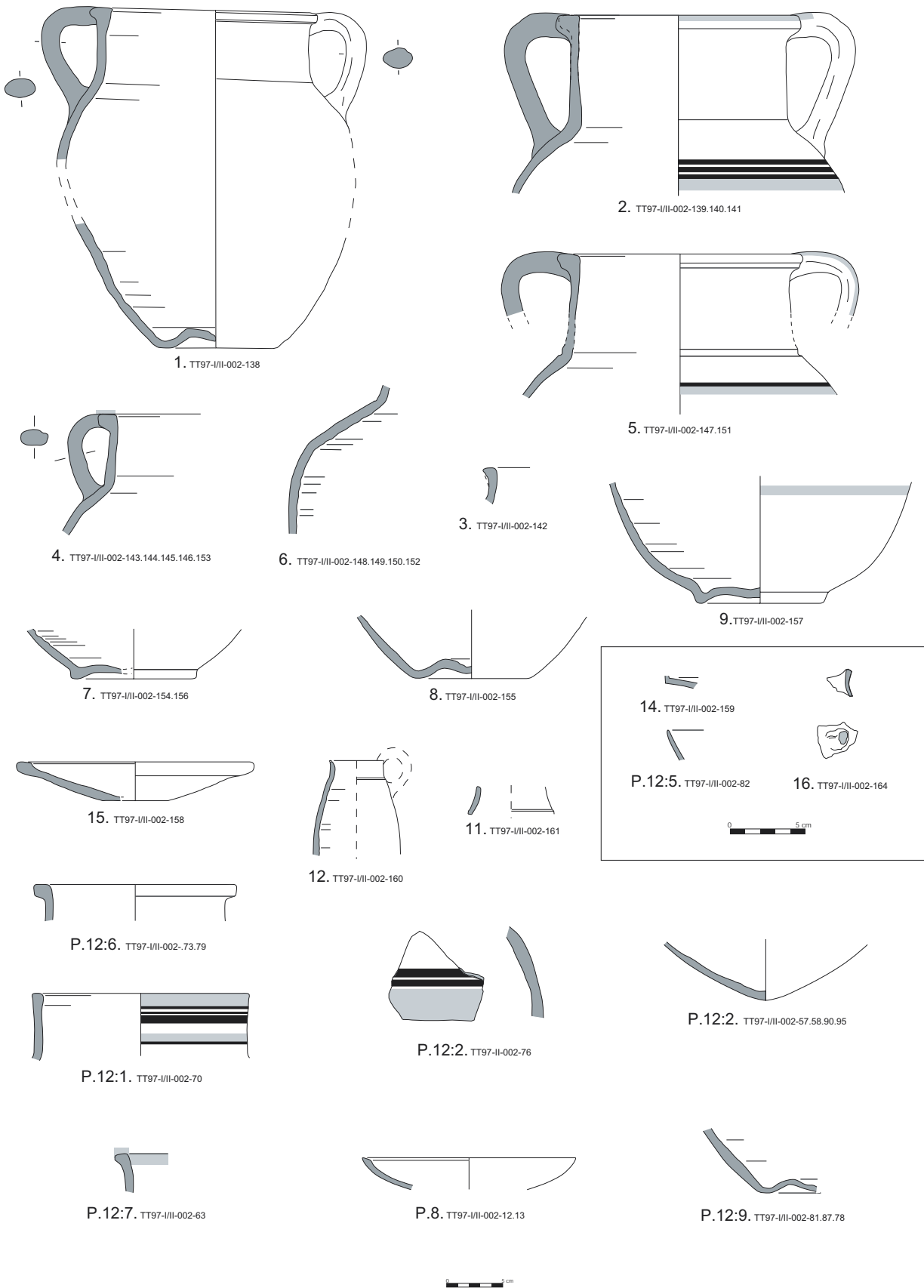


Figura 3.27. Assemblage A y Puntos 8 y 12 del Testigo I/II

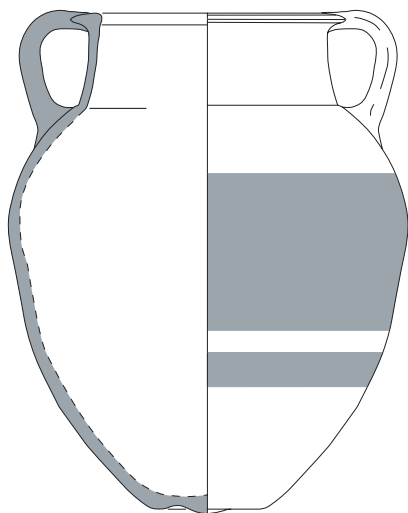
11	TT97-I/II-2-173	base	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
12	TT97-I/II-2-171	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
13	TT97-I/II-2-170	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
14	TT97-I/II-2- 174.175.176.178	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
15	TT97-I/II-2-56.59 .60.65.76.77.85.86. 91.172	hombro	I: Vj F	A: decoración lineal bícroma (rojo y negro); alisada

P. 8 del Testigo I/II

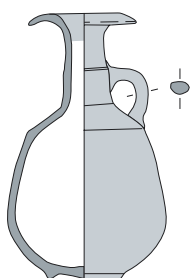
TUMBAS PERTURBADAS Y URNAS SUELTAS

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-II-2-62	completa	I: Cr F1a	A: decoración lineal en rojo; alisada
2	TT97-II-2-64	completa	II: Jv F4	C: sin decorar; ¿bruñida?
3	TT97-II-2-63	completa	II: Ja F3b	C: sin decorar; bruñida
4	TT97-II-2-69	asa	I: Al F	A: sin decorar; alisada
5	TT97-II-2-70	pared	I: Al F	A: sin decorar; alisada
6	TT97-II-2-251	hombro	I: Vj ¿F?	B: <i>very pale brown</i> 7.5YR 8/3, sin decorar; alisada
7	TT97-II-2-252	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
8	TT97-II-2-255	pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada
9	TT97-II-2-257	pared	II: ¿Ol F?	A: sin decorar; alisada
10	TT97-II-2-68	base	III: CP F1c	C: decoración incisa; bruñida
11	TT97-II-2-243	borde	III: CP F4a	A: sin decorar; alisada
12	TT97-II-2-66	borde	III: CP F5b	A: sin decorar; alisada
13	TT97-II-2-67	borde	III: CP F5b	A: sin decorar; alisada
14	TT97-II-2-247	borde	III: CP F5b	A: sin decorar; alisada
15	TT97-II-2-65	borde	III: CP F5f	A: sin decorar; alisada
16	TT97-II-2-253	borde	III: CP F6d	A: sin decorar; alisada
17	TT97-II-2-249	borde	III: CP F7	A: sin decorar; alisada homogéneamente
18	TT97-II-2-248	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada
19	TT97-II-2-250	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada homogéneamente
20	TT97-II-2-254	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada homogéneamente

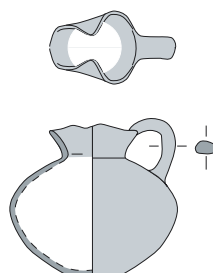
Urna 7



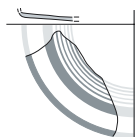
U.7-1. TT97-II-002-62



U.7-3. TT97-II-002-63



U.7-2. TT97-II-002-64



U.7-10. TT97-II-002-68



U.7-4. TT97-II-002-69



U.7-11. TT97-II-002-243



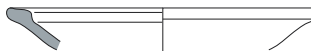
U.7-15. TT97-II-002-65



U.7-13. TT97-II-002-67



U.7-12. TT97-II-002-66



U.7-14. TT97-II-002-247



U.7-16. TT97-II-002-253



U.7-17. TT97-II-002-249

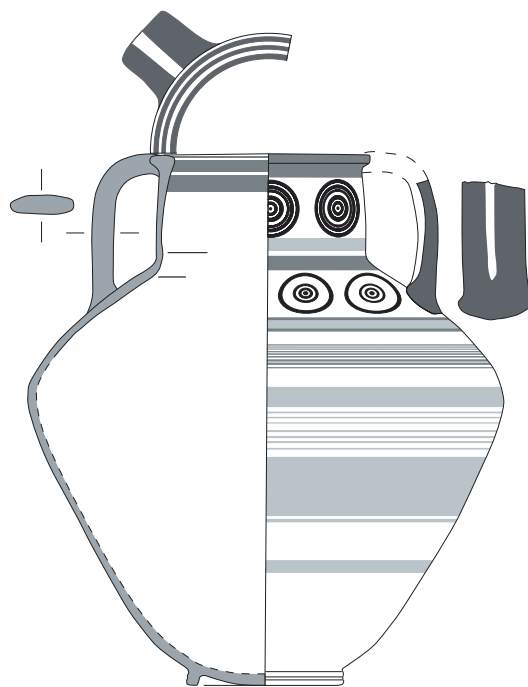


Figura 3.28. Urna 7

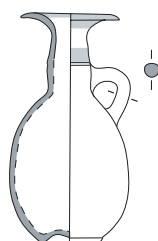
Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-II-2-382.419.443.446	completo	I: Cr C1a	<i>Bichrome IV ware; zone style</i>
2	TT97-II-2-388	completo	II: Ja F3a	A: decoración lineal en rojo; alisada homogéneamente
3	TT97-II-2-383	completo	III: CP F1c	C: bandas reservadas; bruñida
4	TT97-II-2-396	hombro	III: ¿Sk? ¿Gr?	B: amarillento, decoración en negro; alisada
5	TT97-II-2-384	perfil	III: CP F5b	A: sin decorar; alisada
6	TT97-II-2-385	base	III: CP(bs) 1a1	A: sin decorar; alisada
7	TT97-II-2-386	base	III: CP(bs) 1a2	A: sin decorar; alisada
8	TT97-II-2-389	completo	III: CP F4a	A: sin decorar; alisada
9	TT97-II-2-402	borde	III: CP F5c	A: sin decorar; alisada

Urna 8

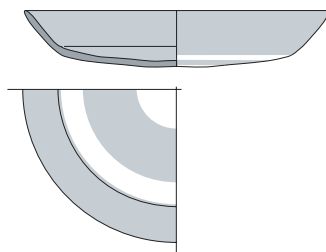
Urna 8



U.8-1. TT97.002-382.419.443.446



U.8-2. TT97-II-002-388



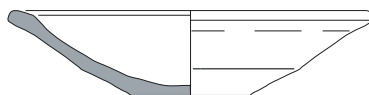
U.8-3. TT97-II-002-383



U.8-4. TT97-II-002-396



U.8-9. TT97-II-002-402



U.8-8. TT97-II-002-389



U.8-5. TT97-II-002-384



U.8-7. TT97-II-002-386



U.8-6. TT97-II-002-385

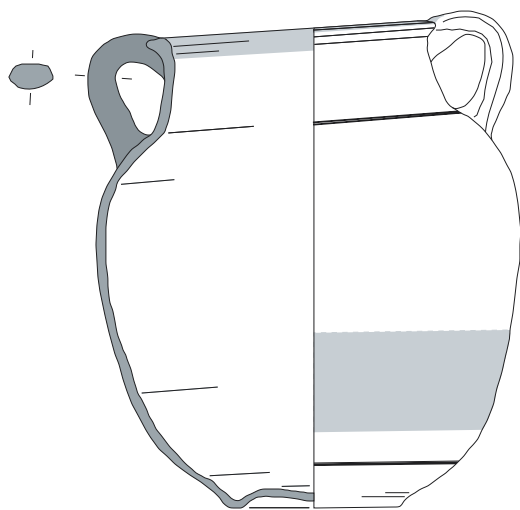


Figura 3.29. Urna 8

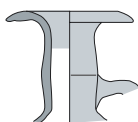
Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-I-2-120	perfil	I: Cr F1f	A: decoración lineal en rojo e incisa; alisada
2	TT97-I-2-122	cuello y borde	II: Ja F¿3?	C: sin decorar; bruñida
3	TT97-I-2-228	base	II: Jr F	B: <i>reddish yellow</i> 5YR 6/6, sin decorar; bruñida
4	TT97-I-2-222.223	base	II: Jr F	C: sin decorar; bruñida
5	TT97-I-2-226	perfil	III: CP F1c	C: banda reservada; bruñida
6	TT97-I-2-229	base	III: CP F1	C: decoración incisa; bruñida
7	TT97-I-2- 35.38.39.40.41.42.43	perfil	III: CP F4b	A: sin decorar; alisada
8	TT97-I-2-36.37	perfil	III: CP F5a	A: sin decorar; alisada
9	TT97-I-2-224.225	borde	III: CP F6	A: sin decorar; alisada

Urna 10

Urna 10



U.10-1. TT95-I-002-120



U.10-2. TT97-I-002-122



U.10-4. TT97-I-002-222.223



U.10-3. TT97-I-002-228



U.10-5. TT97-I-002-226



U.10-6. TT97-I-002-36.37



U.10-7. TT97-I-002-35.38.41.42.43



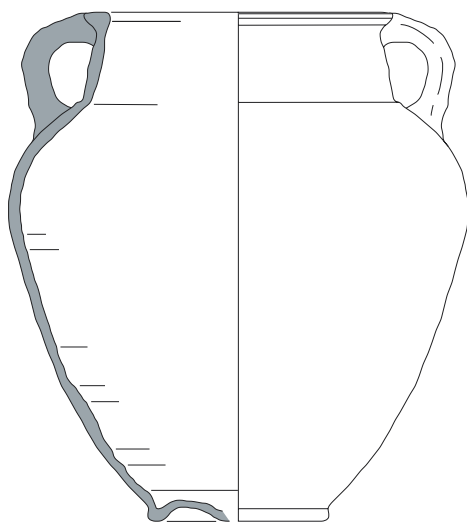
Figura 3.30. Urna 10

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-I-2-5.80.82	perfil	I: Cr F1b	A: sin decorar; alisada
2 y 3	TT97-I-2-81.230	cuerpo	II: Jr F	C: decoración incisa; bruñida
4	TT97-I-2-79	perfil	III: CP F5a	A: sin decorar; alisada

Urna 11

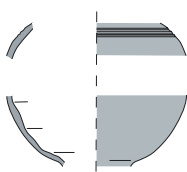
Figura 4.31. Urna 11

Urna 11

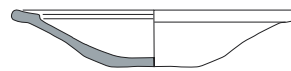


U.11-1. TT97-I-002-80-82

U.11-3. TT97-I-009-230



U.11-2. TT97-I-009-81



U.11-4. TT97-I-009-79



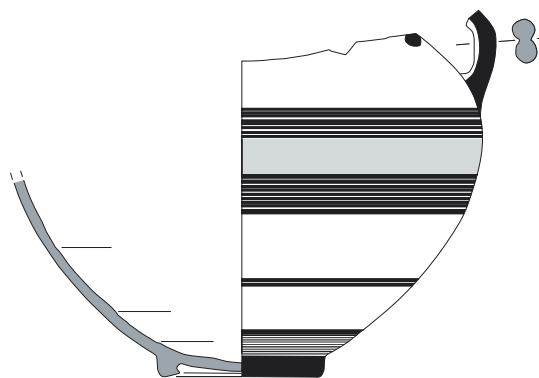
Figura 3.31. Urna 11

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-0-2-322	falta el cuello	I: Ad C1	<i>Bichrome IV ware; zone style</i>
2	TT97-0-2-323	completo	II: Ja F4a	A: decoración lineal bícroma (rojo y negro); bruñida
3	TT97-0-2-324.365-370.402	pared	II: Jr F	C: sin decorar; ¿bruñida?
4	TT97-0-372	pared	II: Jr F	A: decoración concéntrica bícroma (rojo y negro); alisada
5	TT97-0-2-396	base	III: CP(bs) 1b1	A: sin decorar; alisada
6:1	TT97-0-2-401	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
6:2	TT97-0-2-397	base	III: CP(bs) 1b1	A: sin decorar; alisada homogéneamente
6:3	TT97-0-2-398	base	III: CP(bs) 1b2	A: sin decorar; alisada homogéneamente
6:4	TT97-0-2-399	pared	III: CP F1c	C: sin decorar; ¿bruñida?
6:5	TT97-0-2-400	base	III: CP F1	C: ¿banda reservada?; ¿bruñida?

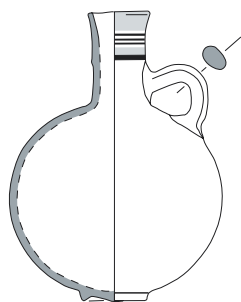
Urna 19

Figura 4.32. Urna 19

Urna 19



U.19-1. TT-97-0-002-322



U.19-2. TT97-0-002-323



U.19-5. TT97-0-002-396



U.19-6. Cerámica hallada en el interior de la urna U.19-1



2. TT97-0-002-397



3. TT97-0-002-398



Figura 3.32. Urna 19

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-0-2-334	muy fragmentado	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
2	TT97-0-335	falta el cuello	II: ¿Jv F2a?	C: sin decorar; bruñida
3	TT97-0-2-336	pared	I: AL F	A: <i>bloom</i> , sin decorar; alisada

Urna 30

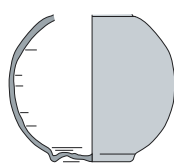
Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-0-2-356	casi completo	I: Cr F1b	A: ¿decoración zonal? en rojo; alisada
2	TT97-0-2-357	falta el cuello	II: ¿Ja F1?	A: decoración concéntrica en rojo; alisada
4:1	TT97-0-2-471	pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada homogéneamente
4:2	TT97-0-2-473	pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada homogéneamente
4:3	TT97-0-2-474	pared	II: Jr F	C: sin decorar; alisada
4:4	TT97-0-2-358	borde	III: CP F6b	A: sin decorar; alisada homogéneamente
4:5	TT97-0-2-472	¿borde?	III: CP F	A: sin decorar; alisada

Urna 31

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-0-2-175.180.243.344	perfil	I: Cr F1e	B: <i>very pale brown</i> 10YR 7/3, sin decorar; alisada
2	TT97-0-2-346'	completo	escarabeo	Gamer-Wallert 2004: 406-407
4:1	TT97-0-2-468	borde	II: Jv F2	C: sin decorar; alisada
4:2	TT97-0-2-467	base	II: Jr F	C: sin decorar; ¿bruñida?
4:3	TT97-0-2-466	borde	III: CP F1c	C: sin decorar; ¿bruñida?
4:4	TT97-0-2-345	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada

Urna 32

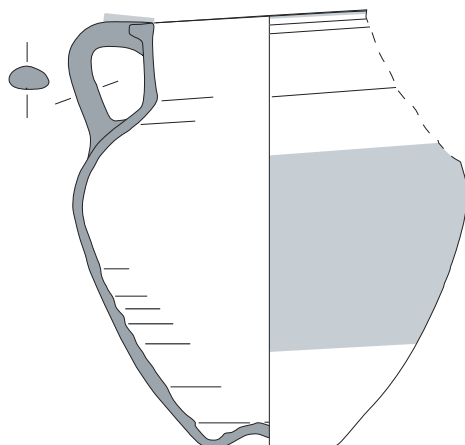
Urna 30



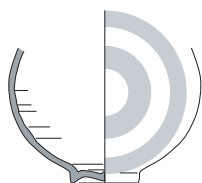
U.30-2. TT97-0-002-335



Urna 31



U.31-1. TT97-0-002-356



U.31-2. TT97-0-002-357

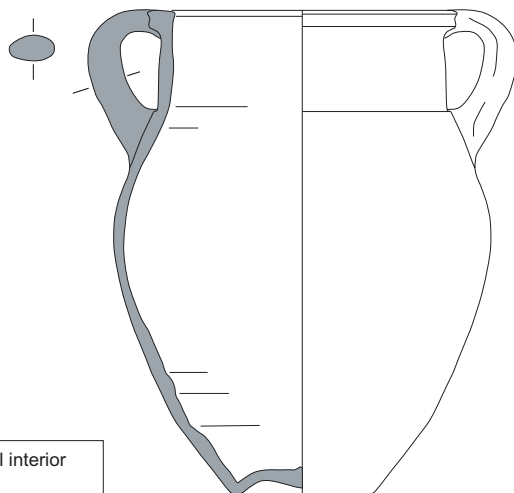


U.31-4. Cerámica hallada en el interior de la urna U.31-1



4. TT97-0-002-358

Urna 32



U.32-1. TT97-0-002-175.180.243.344

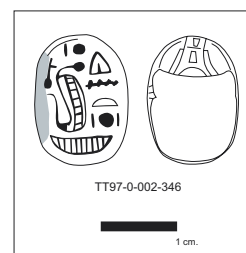
U.32-4. Cerámica hallada en el interior de la urna U.32-1



3. TT97-0-002-466



1. TT97-0-002-468



TT97-0-002-346



U.32-2

Figura 3.33. Urnas 30, 31 y 32

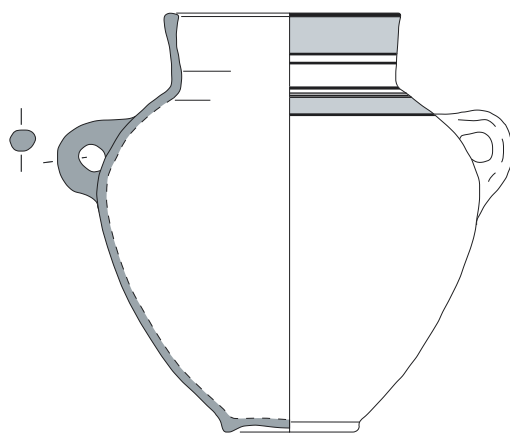
Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-I/II-2-128	completa	I: Ad F1a	A: decoración lineal bícroma (rojo y negro); alisada
4:1	TT97-I/II-2-131	pared	II: Jr F	C: sin decorar; alisada
4:2	TT97-I/II-2-132	pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada
4:3	TT97-I/II-2-129.130	borde	III: CP F5a	A: sin decorar; alisada

Urna 38

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-III-2/3-9	completo	I: Cr C1a	<i>Bichrome IV ware; zone style</i>
2	TT97-III-2/3-10	falta el asa	II: Ja F2	A: decoración lineal bícroma (rojo y negro); alisada homogéneamente

Urna 39

Urna 38



U.38-1. TT97-III-002-0128



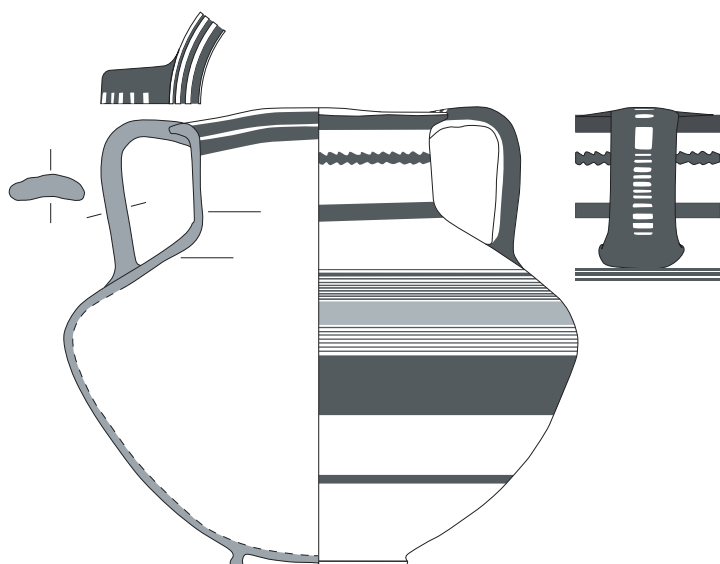
U.38-4. Cerámica hallada en el interior de la urna U.38-1



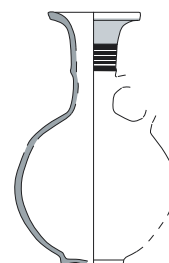
3. TT97-III-002-129.130



Urna 39



U.39-1. TT97-III-002/003-9



2. TT97-III-002/003-10

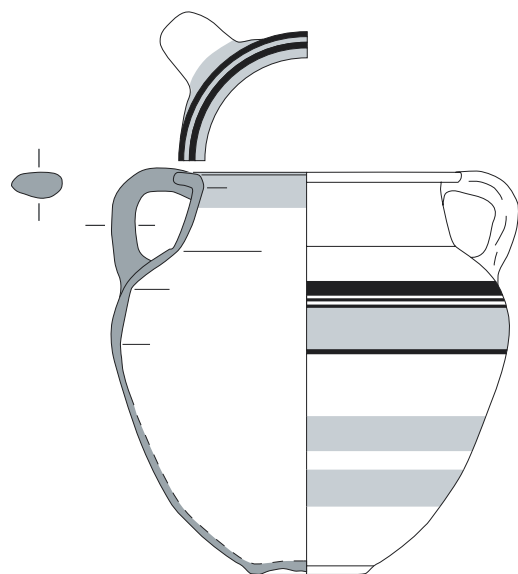


Figura 3.34. urnas 38 y 39

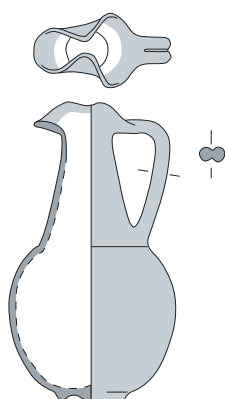
Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-III-2/3-1	completo	I: Cr F1b	A: decoración lineal bicroma (rojo y negro); alisada
2	TT97-III-2/3-3	completo	II: Jv F2e	C: sin decorar; bruñida
3	TT97-III-2/3-2	completo	II: Ja F3a	A: decoración lineal bicroma (rojo y negro); bruñida
4	TT97-III-2/3-8	borde	III: CP F1	C: sin decorar; ¿bruñida?
5	TT97-III-2/3-4	borde	III: CP F3a	A: decoración concéntrica bicroma (rojo y negro); alisada
6	TT97-III-2/3-5	borde	III: CP F4c	A: sin decorar; alisada
7	TT97-III-2/3-7	base	III: CP(bs) 1b3	C: sin decorar; bruñida

Urna 40

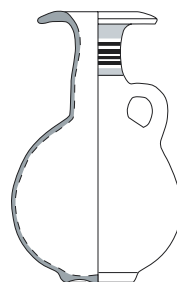
Urna 40



U.40-1. TT97-III-002/003-1



U.40-2. TT97-III-002/003-3



U.40-3. TT97-III-002/003-2



U.40-5. TT97-III-002/003-4



U.40-4. TT97-III-002/003-8



U.40-6. TT97-III-002/003-5



U.40-7. TT97-III-002/003-7

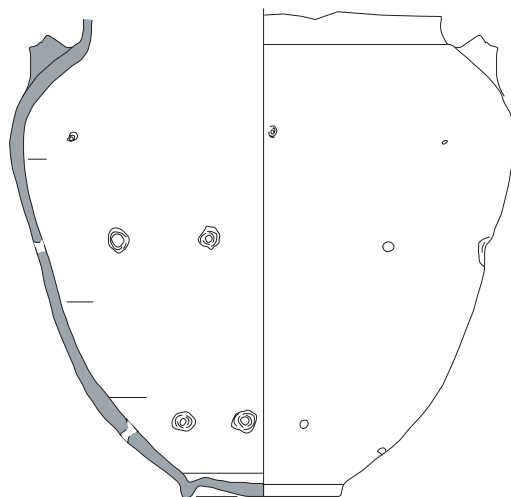


Figura 3.35. urna 40

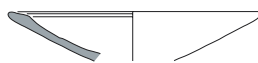
Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-I-2/3-3	falta el cuello	I: Cr F1a	I: sin decorar; alisada; con perforaciones post-cocción
2	TT97-I-2/3-5	pared	I: Vj F	I: sin decorar; alisada
3	TT97-I-2/3-6	pared	I: Vj F	B: <i>very pale brown</i> 10YR 8/3, sin decorar; alisada
4	TT97-I-2/3-7	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
5	TT97-I-2/3-5	pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada homogéneamente
6	TT97-I-2/3-10	pared	II: Ol F	B: amarillo verdoso, sin decorar; alisada
7	TT97-I-2/3-4	perfil	III: CP F4c	A: sin decorar; alisada
8	TT97-I-2/3-11	borde	III: CP F¿5?	A: sin decorar; alisada
9	TT97-I-2/3-12	labio	III: CP F	A: decoración lineal bicroma (rojo y negro); alisada
10	TT97-I-2/3-9	borde	¿forma?: ¿tipo?	A: sin decorar; alisada
11:1	TT97-I-2/3-13	pared	I: Vj F	A: ¿decoración lineal en rojo?; alisada
11:2	TT97-I-2/3-14	pared	II: ¿Ol F?	características inciertas
11:3	TT97-I-2/3-15	pared	¿forma?: ¿tipo?	B: <i>very pale brown</i> 10YR 8/3, sin decorar; alisada

Urna 41

Urna 41



U.41-1. TT97-I-002/003-3



U.41-7. TT97-I-002/003-4



U.41-8. TT97-I-002/003-11



U.41-9. TT97-I-002/003-12

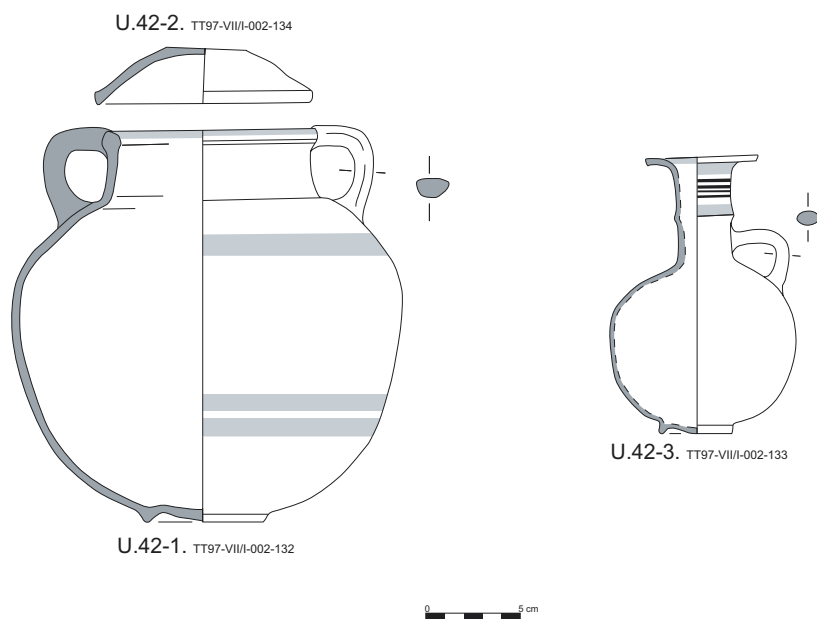


U.41-10. TT97-I-002/003-9



Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-VII/I-2-132	completo	I: Cr F1f	A: decoración lineal en rojo; alisada
2	TT97-VII/I-2-134	completo	III: CP F3c	A: sin decorar; alisada
3	TT97-VII/I-2-133	completo	II: Ja F3a	A: decoración lineal bicroma (rojo y negro); bruñida
7:1	TT97-VII/I-2-135	completo	I: Ct F1	C: sin decorar; alisada
7:2	TT97-VII/I-2-141	borde	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
7:3	TT97-VII/I-2-145	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
7:4	TT97-VII/I-2-149	pared	I: Vj F	características inciertas
7:5	TT97-VII/I-2-142	borde	II: Jv F2	A: sin decorar; alisada homogéneamente
7:6	TT97-VII/I-2-136	completo	II: Ja F4d	C: sin decorar; alisada
7:7	TT97-VII/I-2-140	base	II: Jr F	A: sin decorar; ¿bruñida?
7:8	TT97-VII/I-2-144	pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada
7:9	TT97-VII/I-2-146	pared	II: Jr F	A; sin decorar; alisada
7:10	TT97-VII/I-2-147	pared	II: Jr F	C: sin decorar; alisada
7:11	TT97-VII/I-2-151	pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada
7:12	TT97-VII/I-2-152	pared	II: Jr F	C: sin decorar; alisada
7:13	TT97-VII/I-2-154	pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada
7:14	TT97-VII/I-2-156	pared	II: Jr F	A: decoración incierta en negro; alisada homogéneamente
7:15	TT97-VII/I-2-157	pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada homogéneamente
7:16	TT97-VII/I-2-159	pared	II: Jr F	A: sin decorar; alisada homogéneamente
7:17	TT97-VII/I-2-160	pared	II: Jr f	A: sin decorar; alisada homogéneamente
7:18	TT97-VII/I-2-161	pared	II: Jr F	C: sin decorar; alisada
7:19	TT97-VII/I-2-164	pared	II: Jr F	C: sin decorar; alisada
7:20	TT97-VII/I-2-165	pared	II: Jr F	C: sin decorar; alisada
7:21	TT97-VII/I-2-166	base anular	II: Jr F	A: sin decorar; alisada
7:22	TT97-VII/I-2-163	pared	III: CP F2	C: sin decorar; bruñida
7:23	TT97-VII/I-2-138	base	III: CP(bs) 1a1	A: sin decorar; alisada
7:24	TT97-VII/I-2-139	base	III: CP(bs) 1a1	A: sin decorar; alisada
7:25	TT97-VII/I-2-158	base	III: CP(bs) F	C: sin decorar; bruñida
7:26	TT97-VII/I-2-148	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada
7:27	TT97-VII/I-2-143	hombro	¿forma?: ¿tipo? F	C: sin decorar; alisada

Urna 42



U.42-7. Cerámica hallada en el interior de la urna U.42-1

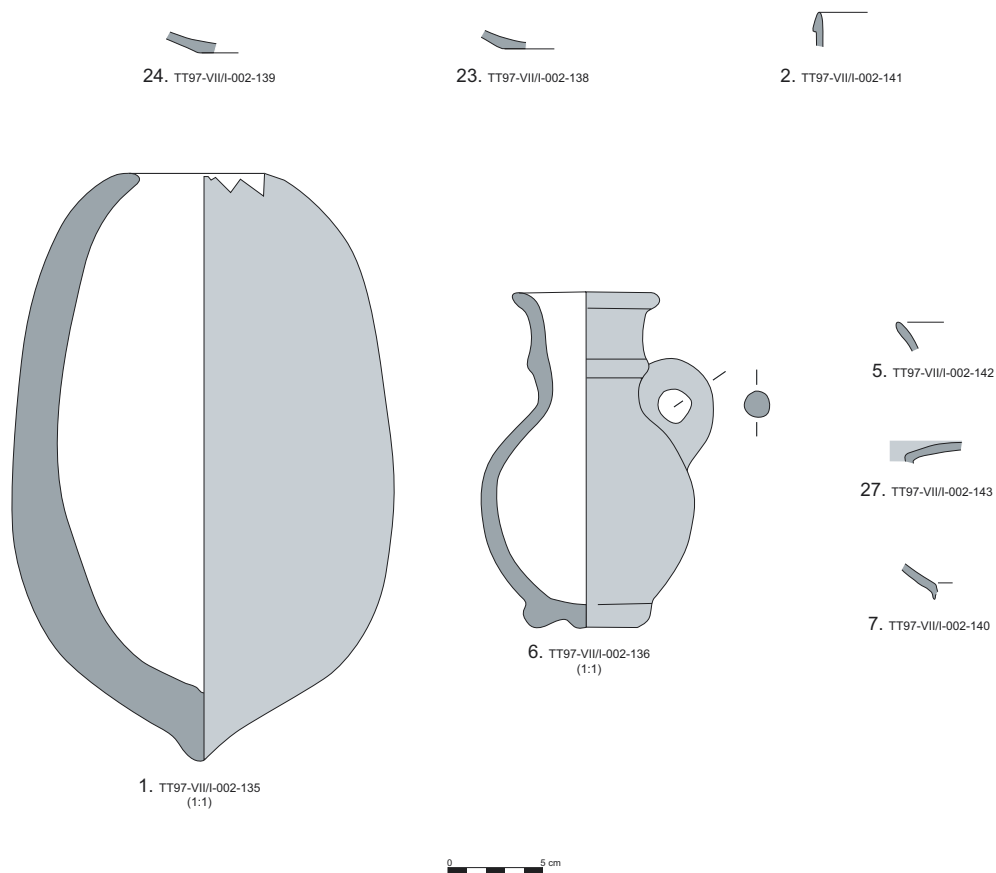


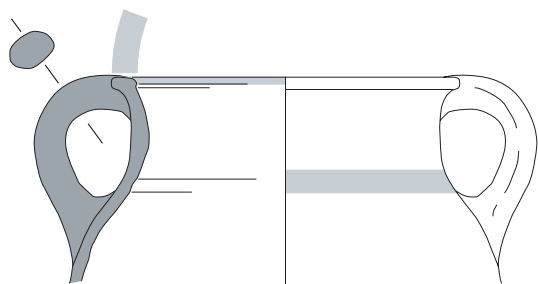
Figura 3.37. Urna 42

MATERIALES AISLADOS

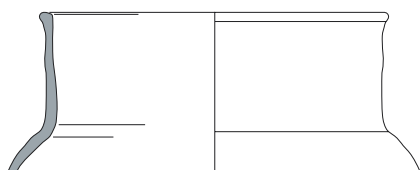
Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
6	TT97-0-2-117	base	I: Vj ¿F?	A: sin decorar; alisada
7:1	TT97-0-2-118	base	III: CP(bs) F	A: sin decorar; alisada; dos letras fenicias inscritas
7:2	TT97-0-2-119	borde	III: CP F8	C: sin decorar; ¿bruñida?
7:3	TT97-0-2-120	pared	I: Vj ¿origen?	B: <i>yellowish red</i> 5YR 5/6, sin decorar; alisada
8:1	TT97-0-2-124	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
8:2	TT97-0-2-125	pared	I: Cr C	<i>Bichrome IV ware; zone style</i>
9:1-5	TT97-0-2-126 a130	hombro y cuello	I: Cr F1	A: decoración zonal en rojo; alisada
11:2	TT97-0-2-372	pared	II: Jr F	A: decoración concéntrica bícroma (rojo y negro); alisada
13:1	TT97-0-2-167.168	hombro y cuello	II: Ja F1a	A: decoración concéntrica bícroma (rojo y negro); bruñida
13:2	TT97-0-2-6.8.14.43.45.168.169.177	perfil	III: CP F1c	C: bandas reservadas; bruñida
16	TT97-0-2-140.196.427.43 1.436.437.438	pared	I: Ad C2	<i>White Painted III ó IV ware; zone style</i>
25	TT97-0-2-111.170.258.363	perfil	III: CP F10a	A: decoración concéntrica en rojo; alisada
27	TT97-0-2-306	hombro y cuello	I: ¿Cr F?	B: <i>yellowish red</i> 5YR 5/8, sin decorar; alisada
27':1.2	TT97-0-2-315.316	perfil	III: CP F4c	A: sin decorar; alisada
28:1.2	TT97-0-2-260.261	base	I: Vj F	A: sin decorar; alisado
29	TT97-0-2-262	base	I: Vj ¿F?	A: decoración zonal en negro; alisada
30	TT97-0-2-263	perfil	III: CP F4a	A: sin decorar; alisada

Puntos del Sector 0

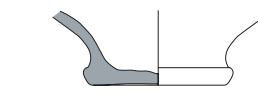
Material aislado del Sector 0



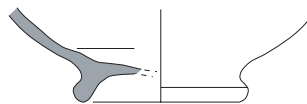
P.9. TT97-0-002-126-130



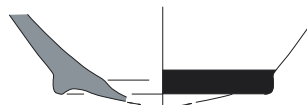
P.27. TT97-0-002-259



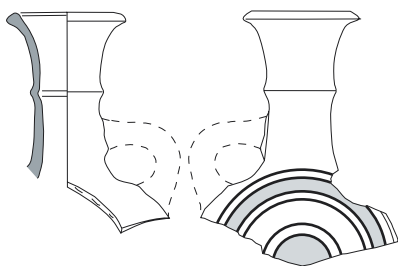
P.6. TT97-0-002-117



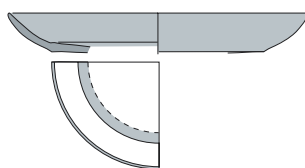
P.28. TT97-0-002-260.261



P.29. TT97-0-002-262



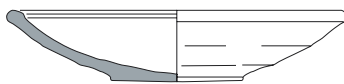
P.13:1. TT97-0-002-167.168



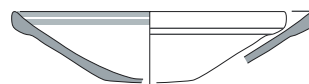
P.13:2. TT97-0-002-6.8.14.43.45.168.169.177



P.30. TT97-0-002-263



P.27':1-2. TT97-0-002-315.316



P.25. TT97-0-002-111-170-258



P.7:2. TT97-0-002-119



Figura 3.38. Materiales aislados del Sector 0

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1:1	TT97-I-2-202 a 209.211.213.323	pared	I: Al F2	A: <i>bloom</i> , sin decorar; alisada
1:2	TT97-I-2-210	pared	I: ¿Al?	A: sin decorar; alisada
1:3	TT97-I-2-212	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
1:4	TT97-I-2-214 a 219	hombro y asa	I: Al F1	A: sin decorar; alisada
2	TT97-I-2-1	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
3:1	TT97-I-2-2	hombro	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
3:2	TT97-I-2-3	borde	III: CP F6a	A: sin decorar; alisada homogéneamente
5:1	TT97-I-2-19	base	III: CP(bs) 1b2	A: sin decorar; alisada homogéneamente
5:2	TT97-I-2-20.21	hombro y cuello	I: Cr C	<i>White Painted III ware; zone style</i>
6	TT97-I-2-22.23	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
7	TT97-I-2-4	pared	I: Vj ¿C?	B: <i>light gray</i> 10YR 7/2, sin decorar; alisada
8:2.3	TT97-I-2-6.7	hombro	I: Cr C	<i>ware</i> incierta, decoración lineal en negro; alisada
9:1	TT97-I-2-8	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
9:2	TT97-I-2-9	pared	I: Al F	A: <i>bloom</i> , sin decorar; alisada
14:1	TT97-I-2-44.45	borde	III: CP F5a	A: sin decorar; alisada
14:2	TT97-I-2-46	hombro	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
14:3	TT97-I-2-47.48	borde	III: CP F5c	A: sin decorar; alisada
15	TT97-I-2-49 a 53	base	II: Jr F	C: sin decorar; ¿bruñida?
16	TT97-I-2-54 a 56	borde	III: CP F5c	A: sin decorar; alisada
18	TT97-I-2-57 a 62	base	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
19	TT97-I-2-63 a 67	perfil	III: CP F5a	A: sin decorar; alisada
20	TT97-I-2-68 a 71	hombro y cuello	I: Cr C	<i>White Painted III ware; zone style</i>
25:1	TT97-I-0-123	perfil	III: CP F5c	A: sin decorar; alisada
25:2	TT97-I-2-124	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
26	TT97-I-2-125	base	III: CP(bs) 1a2	A: sin decorar; alisada
27	TT97-I-2-126	pared	III: CP F	A: sin decorar; alisada
51	TT97-I-2/3-2	perfil	III: CP F5a	A: sin decorar; alisada

Puntos del Sector I

Material aislado del Sector I

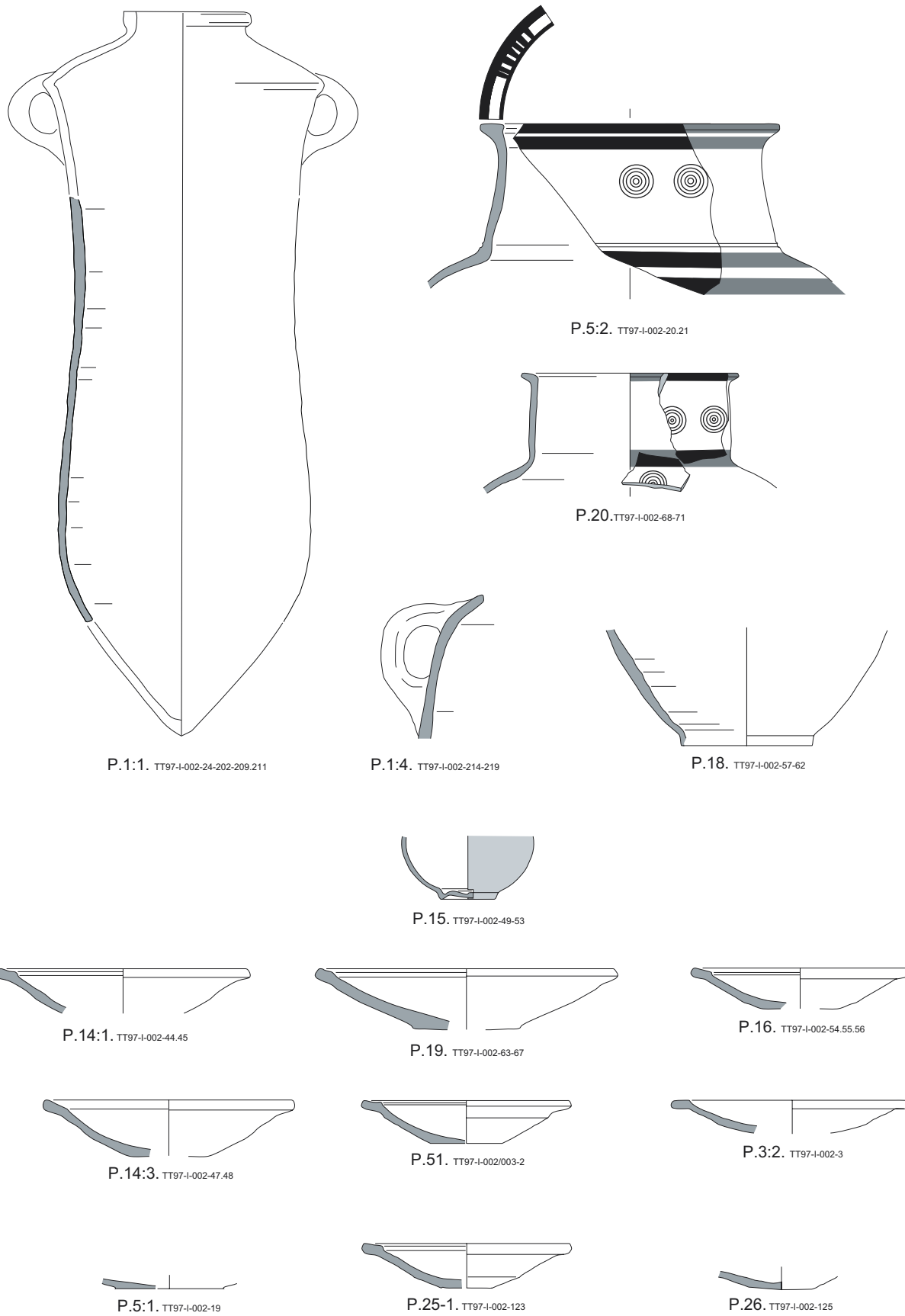


Figura 3.39. materiales aislados del Sector I

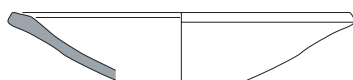
Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1:2	TT97-I/II-2-23	base	III: CP(bs) 1a1	A: sin decorar; alisada
6	TT97-I/II-2-11	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
7:4	TT97-I/II-2-17	perfil	III: CP F4a	A: sin decorar; alisada
7:6	TT97-I/II-2-19	pared	II: Jr F	A: decoración concéntrica en rojo; alisada
10	TT97-I/II-2-24 a27	perfil	III: CP F6c	A: sin decorar; alisada

Puntos del Testigo I/II

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
16:1	TT97-II-2-201.213	hombro y cuello	II: Ja F	A: sin decorar; bruñida
16:2	TT97-II-2-314.317	perfil	II: CP F2a	A: decoración zonal en negro; ¿bruñida?
20-21	TT97-II-2-407.408.457	completo	II: Ja F2	A: decoración lineal bícroma (rojo y negro); bruñida
21'	TT97-II-2-409	hombro y cuello	II: Ja F	A: sin decorar; bruñida
22:1	TT97-II-2-410	perfil	III: CP F1d	C: sin decorar; bruñida
22:2	TT97-II-2-411-463	perfil	III: CP F2b	A: decoración zonal en negro; bruñida
23	TT97-II-2-412	perfil	III: CP F6	A; sin decorar; alisada homogéneamente

Puntos del Sector II

Material aislado del Testigo I/II



P.7. TT97-I/II-002-17



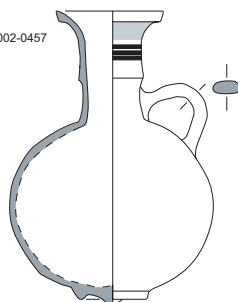
P.10. TT97-I/II-002-24.25. 26.27



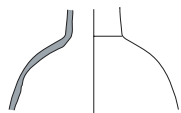
P.1:2. TT97-I/II-002-23

Material aislado del Sector II

P.21:1. TT97-II-002-0457



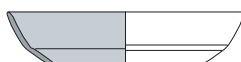
P.20. TT97-II-002-0407-0408



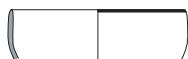
P.16:1. TT97-II-002-201.313



P.21:2. TT97-II-002-409



P. 22:1. TT97-II-002-0410



P.16:2. TT97-II-002-0314.317



P. 22:2. TT97-II-002-0411-0463



P. 23. TT97-II-002-0412



Figura 3.40. Materiales aislados del Testigo I/II y del Sector II

Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1	TT97-I-2-1	perfil	III: CP F5a	A: sin decorar; alisada
2	TT97-I-2-12	base y pared	II: Jr F	C: sin decorar; alisada
4	TT97-III-2-39	borde	III: CP F5a	A: sin decorar; alisada
5	TT97-III-2-69	perfil	III: CP F6b	A: sin decorar; alisada homogéneamente
5'	TT97-III-2-40.41.177	hombro y cuello	II: Ol F1	A: sin decorar; alisada
6	TT97-III-2-98	borde	III: CP F5d	A: sin decorar; alisada
8	TT97-III-2-118	borde	III: CP F5e	A: sin decorar; alisada
10:1	TT97-III-2-182.183	base	III: CP(bs) 1b3	A: sin decorar; bruñida
10:2	TT97-III-2-186	hombro y cuello	I: Cr F1	A: decoración zonal en rojo; alisada
10:3	TT97-III-2-184.185	pared	II: Jr F	C: sin decorar; ¿bruñida?
11	TT97-III-2-181.187.188.195.197.199.202	perfil	III: Tp F1b	A: sin decorar; alisada homogéneamente
12	TT97-III-2-189	hombro	I: Ad ¿C?	A: posible decoración pintada; alisada
14:1	TT97-III-2-168.176.323	completo	II: Ja F3	A: decoración lineal bícroma (rojo y negro); bruñida
14:2	TT97-III-2-250	borde	II: Jv F2	C: sin decorar; ¿bruñida?
14:3	TT97-III-2-251	borde	II: Jv F2	C: sin decorar; bruñida
17	TT97-III-2-213	le falta el borde	II: Ja F1	A: decoración concéntrica bícroma (rojo y negro); bruñida

Puntos del Sector III

Materiales aislados del Sector III

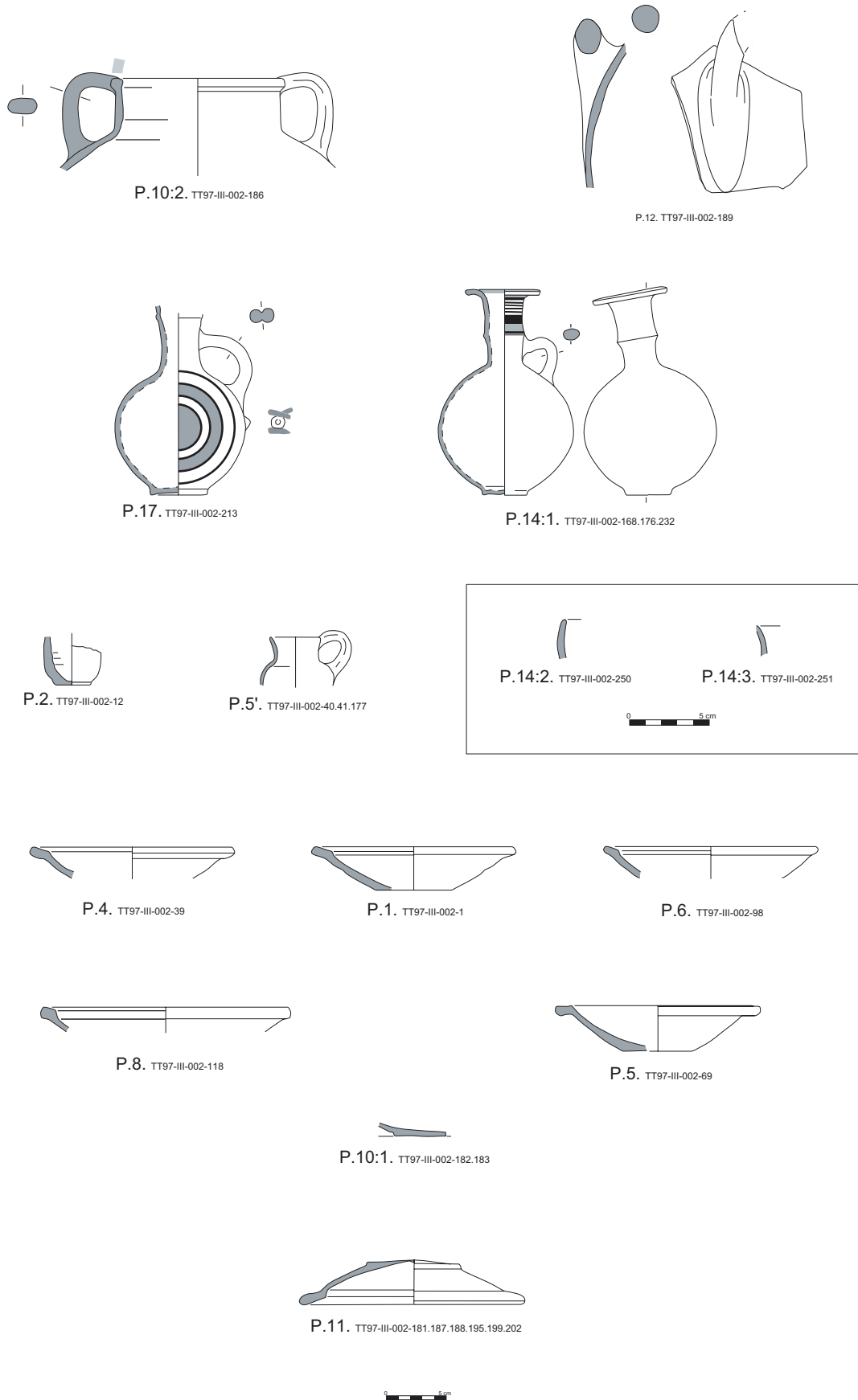


Figura 3.41. Materiales aislados del Sector III

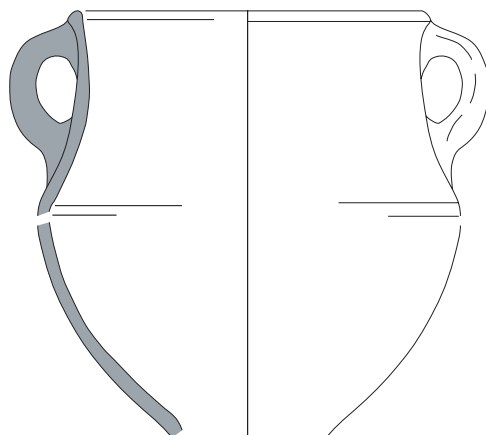
Nº	Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
1:1	TT97-VII-2-39	perfil	II: Ja F1	A: decoración concéntrica bícroma (rojo y negro); alisada
1:2	TT97-VII-2-40	pared	I: ¿Al? F	A: sin decorar; alisada
2:1.4	TT97-VII-2-41.44	pared	I: Vj F	A: sin decorar; alisada
2:2	TT97-VII-2-27.42.50.53.56.58	perfil	I: Cr F2	A: sin decorar; alisada
2:3	TT97-VII-2-43	pared	I: ¿Ad? F	A: sin decorar; alisada
3	TT97-VII-2-45.46	borde	III: CP F4b	A: sin decorar; alisada
4:1.2	TT97-2-47.48	pared	I: Al F	A: sin decorar; alisada
4:3	TT97-VII-2-49	pared	I: ¿Al? F	A: sin decorar; alisada
4:4	TT97-VII-2-50	pared	I: ¿Al? F	A: sin decorar; alisada
5	TT97-VII-2-51.52	perfil	III: CP F5b	A: sin decorar; alisada

Puntos del Sector VII

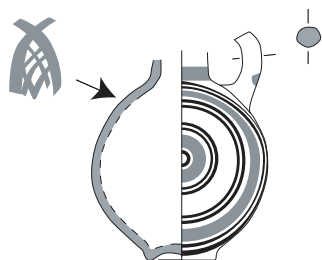
Nº Catálogo	Estado	Grupo Formal/Tipo	Categoría cerámica, aspectos técnicos y observaciones
TT97-0-2-138	hombro	II: Jr F	B: blanquecino, decoración en metopas bícromas (rojo y negro); alisada
TT97-0-2-167	hombro	II: Jr F	B: <i>reddish yellow</i> 5YR 6/6, decoración concéntrica bícroma (rojo y negro); alisada
TT97-0-2-224.226.232.234.236.343.244.246	perfil	III: CP F1a	C: sin decorar; bruñida
TT97-II-2-315.320-365	perfil	III: CP F1d	C: sin decorar; bruñida
TT97-III-2-33.61.113.139.143.153.162	perfil	III: CP F6a	A: sin decorar; alisada homogéneamente

Materiales sin contexto usados en el texto

Materiales aislados del Sector VII



P.2:2. TT97-VII-002-27.42-50.53.56.58



P.1:1. TT97-VII-002-39



P.5. TT97-VII-002-51.52



P.3. TT97-VII-002-45.46



TT97-0-002-138



TT97-I-002-167



TT97-0-002-224.226.232.234.235.236.242.246



TT97-II-002-315.320.365



TT97-III-002-33.61.113.139.143.153.162



Figura 3.42. Materiales aislados del Sector VII y materiales sin contexto

SECCIÓN II
ASPECTOS TIPOLOGICOS

CAPÍTULO 4

ESTUDIO TIPOLÓGICO

Antes de comenzar con la clasificación tipológica de las cerámicas del cementerio de al – Bass, pensamos que sería conveniente tratar una serie de aspectos que consideramos importantes, y que hacen referencia a los planteamientos que hemos seguido a la hora de desarrollar la clasificación en tipos de los materiales disponibles.

La necesidad de organizar el material

Classification is not the final goal of any science; it is a basic procedure by which a discipline and its data are structured (Rice 1987: 275)

El primer paso que debemos acometer, lógicamente, es organizar el material y, para ello, tenemos que especificar qué criterios se van a tener en cuenta. No obstante, nuestra pretensión no es abordar la cuestión tipológica desde un punto de vista teórico. Tampoco se busca establecer la tipología de la cerámica fenicia, sino, más bien, la de las cerámicas fenicias e importadas que han sido halladas en Al - Bass.

La cerámica ha sido objeto de muchas, en ocasiones excesivas atenciones. No debemos olvidar, sin embargo, que es uno de los materiales arqueológicos más comunes (Oggiano 1999: 377), ni que puede ser ordenado, según los casos, cultural y secuencialmente con un cierto grado de fiabilidad, a pesar de que ésta no es la única posibilidad que ésta ofrece (Hill-Evans 1972: 241, 252-255).

La cantidad de posturas adoptadas a la hora de organizar los restos cerámicos es enorme. En ellas vemos desde posturas cercanas a las Ciencias Naturales hasta métodos informáticos altamente sofisticados y, en ocasiones, de difícil comprensión para algunas ‘gentes de letras’. Hacer un repaso a todas estas tendencias sería una labor enorme que iría más allá de las pretensiones de

esta tesis, además, las más importantes han sido ya convenientemente sintetizadas en la bibliografía (por ejemplo, Dunnell 1971; Shepard 1980: 306-322; Whallon – Brown 1982; Clarke 1984; Contreras 1984; Orton 1988: 28-68; Rice 1987: 274-288; Adams-Adams 1991; Sinopoli 1991: 43-67; Orton – Tyers – Vince 1997; Rouse 1960; *idem* 1982) y poco más podríamos aportar. No obstante, todas coinciden en reconocer que los artefactos cerámicos (y no sólo éstos) son, en realidad, conjuntos de elementos, los atributos, de naturaleza distinta combinados de una manera determinada. La cuestión es, por consiguiente, organizar dichos objetos sobre la base de los antes citados atributos y el significado de esta acción. En verdad, pensamos que todas las posibles controversias en este campo se deben, fundamentalmente, a una cuestión de enfoque.

Nos queda, por consiguiente, constituir una serie de criterios que establezcan los fundamentos de nuestra clasificación tipológica y de qué manera serán usados (Rouse 1960: 313). Para ello seguiremos el planteamiento de Adams y Adams (1991, especialmente las páginas 91-95; en contra Dunnell 1993):

A typology is a conceptual system made by partitioning a specified field of entities into a comprehensive set of mutually exclusive types according to a set of common criteria dictated by the purpose of the typologist. Within any typology each type is a category created by the typologist into which he can place discrete entities having specific identifying characteristics to distinguish them from entities having other characteristics in a way that is meaningful to the purpose of the typology (Adams – Adams 1991: 91)

Nuestro planteamiento será, pues, flexible. Para ello desarrollaremos un modelo que será ecléctico, aprovechándonos de todos aquellos aspectos propios de las distintas tendencias y modelos que consideremos interesantes y no incompatibles ni contradictorios entre sí. De este modo, nosotros seremos los que nos amoldemos a las circunstancias del material disponible y no al revés. Esta flexibilidad y este eclecticismo son necesarios porque, al fin y al cabo, el nuestro es en este momento fundamentalmente un proceso dual de categorización e identificación (Rice 1987: 275).

Por último, tenemos claro que los criterios que serán desarrollados a partir de ahora no son los únicos posibles. Tan sólo representan nuestro enfoque particular al problema de ordenar tipológica y secuencialmente los materiales de que disponemos. Sin embargo, esperamos que los resultados que obtengamos puedan ser, en palabras de Sinopoli (1991: 46), replicados y verificados en estudios futuros.

Antecedentes

El repertorio cerámico fenicio carece de una tipología general bien establecida que pueda ser utilizada como referencia. Este es un problema que también aparece, en parte, en otras zonas del Levante mediterráneo, dado que en este ámbito geográfico abundan los estudios realizados sobre materiales locales. Una excepción sería la sistematización de las cerámicas palestinas realizada por Amiran (1969), aunque necesite ser revisada a la vista de los datos que manejamos hoy. Un

trabajo merece, sin embargo, mención especial. Se trata de la tipología que Franken realizó de las cerámicas halladas en Tel Deir 'Alla (1969), en la que, de manera novedosa y no repetida en este ámbito geográfico, desarrolló una tipología basada en el análisis de las técnicas de producción cerámica.

No contamos, por consiguiente, con una sistematización general de las formas cerámicas fenicias, los tipos en los que éstas pueden ser divididas, ni de los patrones de tratamiento de sus superficies ni de los patrones decorativos que aquéllas presentan. Ni siquiera existe una terminología fija que evite confusiones. No obstante, estos problemas se ven, en parte, solventados por el carácter relativamente sencillo y lineal de la cerámica fenicia a lo largo del tiempo (Bikai 1987: 1, 48).

Si bien Bikai (1978 y 1987) realizó la labor tipológica y secuencial básica, en el caso fenicio consideramos que el planteamiento tipológico más completo es el realizado por Anderson para los materiales de Sarepta (1988: 42-48, 139-143, 453-463). Como el propio autor apunta (1988: 139), su obra es un punto de partida, y el presente trabajo pretende, entre otras cosas, ser una de sus continuaciones. Adicionalmente, otras obras a destacar desde un punto de vista tipológico son los trabajos realizados en Tel Abu Hawam por Balensi (1980) y Herrera (1989), Doumet-Serhal en Tel el-Rachidiyeh (1982), así como el de Gilboa en Tel Dor (2001). Sin embargo, casos como el de Chapman (1972) serían considerables más como una clasificación que como una verdadera tipología. Mientras, el planteamiento tipológico y secuencial de Lehmann (1996, 1998) será tratado con mayor detenimiento en un próximo capítulo.

Volviendo al estudio de Anderson sobre las cerámicas de Sarepta, habría que hacer algunas puntualizaciones. La más importante de ellas sería su concepto de tipo, centrado, sobre todo, en los bordes, asas y bases (Anderson 1987: 139-143). Si bien la naturaleza del material condiciona su estudio, pensamos que un tipo difícilmente se puede definir sobre la base de alguno de estos atributos en lugar de un objeto cerámico completo. Un ejemplo sería el estudio de Hunt en Tel Qiri (1987). Para arreglar este problema no creemos que ayude identificar de manera general a qué forma cerámica o, en palabras del propio Anderson, *pottery group* pertenecería el borde, asa o base en cuestión, dado que estas formas cerámicas, como se verá más adelante, pueden ser divididas en una serie de tipos con unas características propias.

En este sentido, nos encontramos, en ocasiones, con el desconocimiento de la forma cerámica completa de la que estos atributos proceden. Con ello se corre el peligro, por ejemplo, de considerar como diferentes algunas variedades de borde que, como se verá en su momento, provienen de un mismo tipo cerámico. Por consiguiente, ¿hasta qué punto es correcto realizar tipologías sobre la base de atributos aislados?. Hemos de tener en cuenta que un alfarero no hace un borde, sino una vasija completa. A veces, incluso, estos atributos tomados de una manera aislada provocan, a modo de los famosos 'árboles que no dejan ver el bosque', un enmascaramiento de la realidad, o bien un desvío de la atención hacia aspectos que son sólo secundarios.

Estos problemas no aparecen, por lo general, en seriaciones tipológicas basadas en ejemplares completos, como sería el caso del repertorio cerámico griego o chipriota. En ellos se ha ido de lo general, las formas cerámicas, a lo más particular, las variantes tanto formales como decorativas de cada uno de sus momentos secuenciales. No obstante, un caso aparte dentro del ámbito fenicio metropolitano sería el de algunos estudios cerámicos realizados sobre algunas

formas y tipos cerámicos concretos. De entre ellos cabría destacar los de Sagona sobre las ánforas de almacenamiento (Sagona 1982), el de Briese sobre las jarras globulares con anillo en el cuello (Briese 1985) o el de Peserico sobre las jarras de boca de seta (Peserico 1996). El problema de estos estudios, sin duda destacables por su calidad, es quizás, la falta de una visión más general del repertorio cerámico fenicio y su evolución, algo que sí presenta Bikai con su estudio de las cerámicas fenicias halladas en Chipre (1987).

Los criterios tipológicos

Classifications are logical constructs whose justification lies in their utility (Dunnell 1971: 118)

Hemos hecho hincapié más arriba en la flexibilidad como condición necesaria de todo diseño tipológico, puesto que éste ha de servir para solucionar los problemas que cada arqueólogo se plantea en un momento dado. Este es el caso del modelo expuesto aquí. Nuestra prioridad en este momento no es otra que caracterizar cronológica y secuencialmente los materiales que provienen de la primera campaña de excavaciones en el cementerio fenicio de Tiro – Al Bass. Para ello hemos dado prioridad a aquellos elementos que, pensamos, nos van a ayudar mejor en nuestro objetivo.

El planteamiento que proponemos aquí es, en principio, el mismo que fue desarrollado en nuestro estudio preliminar sobre las cerámicas halladas durante la campaña del año 1997 en Al Bass (Núñez 2004: 282-284). Cabe destacar que ahora se han tenido en cuenta por su utilidad, además, algunas de las tipologías realizadas para materiales ibéricos (sobre todo Pereira 1988: 830-835) y micénicos (Anson 1980), en los que se hace un tratamiento diferenciado de los elementos morfológicos y decorativos.

Ya hemos hecho referencia a la necesidad de establecer una escala de importancia para los diferentes atributos que componen y, según los casos, definen las diversas agrupaciones en las que los artefactos cerámicos pueden ser divididos (Clarke 1984: 136; Contreras 1984: 333-334). En consonancia con esto, la base de nuestro planteamiento serán los atributos de carácter morfológico y, en segundo lugar, los decorativos. Los primeros son los que definen la forma del artefacto, mientras que los atributos decorativos hacen referencia al tratamiento de las superficies y la posible decoración que presenten.

Manteniendo estas premisas en mente, proponemos un modelo escalonado (Figura 1; en este sentido, véase, además, Rouse 1960: 317), cuyo fundamento es la organización del material en una serie de agrupaciones definibles a partir de las variaciones morfológicas de las cerámicas. En estas agrupaciones, los criterios que definen cada uno de los ‘escalones’ se irán haciendo cada vez más específicos, yendo de los ‘grupos cerámicos’, el nivel más general de clasificación, hasta los subtipos, el más particular.

Dependiente de esta organización básica, y en parte paralela a ella, se tendrá en cuenta el carácter del tratamiento de las superficies de las cerámicas. El modo en el que dichas superficies

hayan sido tratadas dará lugar a una serie de categorías cerámicas que se desarrollarán en función de las formas cerámicas en las que éstas aparecen.

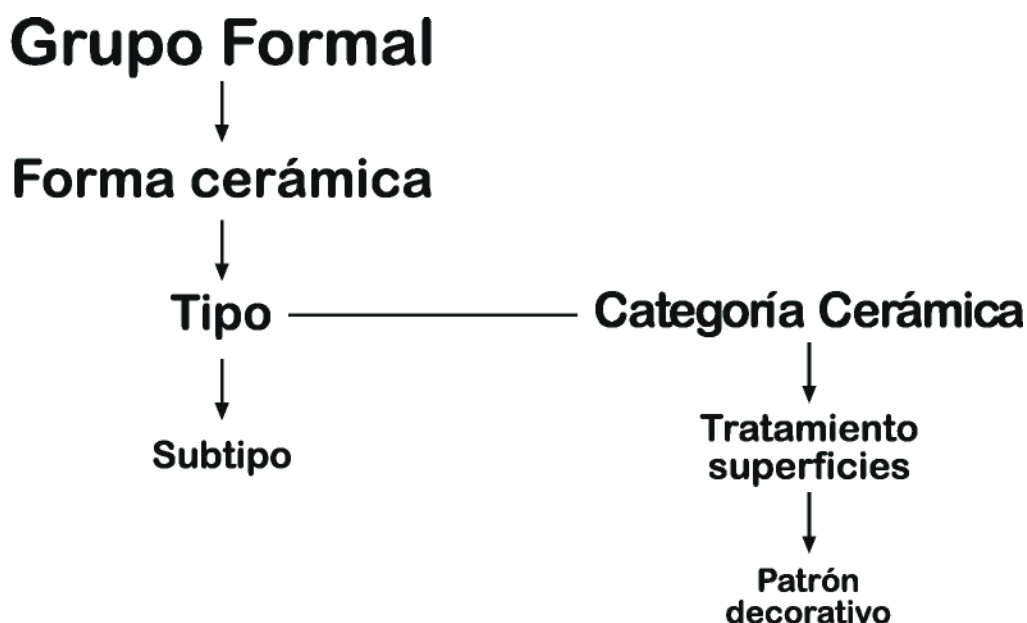


Figura 4.1. Planteamiento tipológico.

Los grupos formales

Como ha sido indicado, el foco de esta tipología apunta hacia el artefacto cerámico morfológicamente determinado. El concepto básico que manejamos a este nivel de planteamiento coincide, en esencia, con la definición que del tipo estableció en su momento Clarke (1984: 182), aunque con algunas matizaciones para adecuarla mejor a nuestro propósito. De este modo, entenderemos como objeto cerámico un artefacto hecho de barro cocido caracterizado por una serie concreta de atributos morfológicos de diversa naturaleza y dispuestos de una manera determinada. Adicionalmente, y al igual que el citado autor, hemos reconocido una escala jerárquica. De general a más particular, los niveles de esta escala son la forma cerámica, el tipo y, por último, el subtipo, equiparables, respectivamente, con el grupo tipológico, y el tipo y subtipo de Clarke. Sin embargo, propondríamos un cuarto nivel, el más general, representado por el grupo formal.

Para la adecuación de las cerámicas a cada uno de los niveles de la citada escala, se ha planeado un método de aproximación de tipo nominal. En él se definirán los requisitos precisos a cumplir por el artefacto cerámico para ser identificado como perteneciente, primero, a una forma cerámica y, posteriormente, a un tipo concreto e, incluso, a algunos subtipos (en este sentido véase Dunnell 1971: 15-18).

Una vez planteados los principios de nuestra clasificación tipológica, cabe indicar que el centro de toda la organización es la forma cerámica (Núñez 2004: 282). Como tal entendemos una agrupación de artefactos cerámicos que presentan una serie específica de atributos físicos esenciales combinados de la misma manera. Dentro de las formas cerámicas se pueden reconocer,

a su vez, otros conjuntos de individuos sobre la base de las variaciones formales que muestran algunos de sus atributos, lo que los convertirá en claves (Clarke 1984: 136). Paralelamente, las formas cerámicas pueden ser reunidas sobre la base de su afinidad morfológica en los grupos formales, de los que hemos distinguido tres:

- I. Grandes contenedores
- II. Jarras y otros contenedores de tamaño mediano
- III. Formas abiertas

Debemos indicar que, para nosotros, tanto la forma como el tipo son más conceptos que objetos reales. En realidad, en nuestro planteamiento no puede existir ni la forma ni el tipo perfectos, dado que, de hecho, todos los ejemplares son pertenecientes a un subtipo concreto (en este sentido véase Phillips 1958: 118; Smith – Willey – Gifford 1960: 332). De ahí que el carácter tanto de la forma cerámica como del tipo, sería el de la llamada ‘vasija tipo’, es decir, un ejemplar que representa un grupo de cerámicas que comparten unas mismas características formales (Orton – Tyers – Vynce 1987: 174), y que necesariamente será abstracta, puesto que tiene que abarcar todas las características propias de cada uno de los subtipos. Mientras, al contrario de la forma cerámica, el tipo puede presentar una dimensión secuencial de la que ésta carece. En ella veremos cómo, junto a tipos contemporáneos, habrá otros que se podrán suceder secuencialmente, todos ellos dentro de una misma forma cerámica.

Con esto llegamos al nivel más particular y, a la vez, tangible de nuestro planteamiento, el de los subtipos. Como tales se definirían aquellas variedades existentes dentro de cada uno de los tipos, y en su determinación se tendrán en cuenta, de nuevo, nominales (forma de los bordes, asas, bases o paredes).

Somos conscientes que en este planteamiento hemos dejado de lado, por ahora, ciertos aspectos igualmente útiles a la hora de plantear una tipología. Este sería el caso de ciertos atributos relacionados con aspectos métricos, técnicos, funcionales, o sociales. De hecho, y tomando como referencia los cuatro significados de tipo presentados por Steward (1954), nuestra propuesta ha tenido en cuenta fundamentalmente tres de ellos con mayor detalle: los morfológicos como base de nuestra tipología, además de los ‘referentes históricos’ y los culturales. El cuarto, el funcional, ha sido tratado sólo de manera más general, aunque a él se harán referencias al tratar cada una de las formas cerámicas (en este sentido, ver también Juhl 1995).

Las categorías cerámicas

Este aspecto, secundario con respecto al morfológico, se centra en los rasgos de las cerámicas desde un punto de vista técnico, en especial el tratamiento de sus superficies (Núñez 2004: 283-284). Para ello, hemos seguido, sobre todo, las observaciones que realizó Anderson en Sarepta (1988: 315-363), así como sus conceptos básicos. No obstante, y al igual que este

mismo autor, en este momento no entraremos en un estudio pormenorizado de algunos aspectos técnicos, en especial las pastas. Esto significa buscar un camino diferente al trazado por otras aproximaciones que plantean toda la tipología sobre la base de este elemento, tal y como, por ejemplo, se hace en Tèl Afis (Oggiano 1999), en la que la pasta local es el centro alrededor del cual gira toda la clasificación de los materiales cerámicos hallados en aquel yacimiento. En su lugar, y dada la carencia de una definición de centros productores fenicios de cerámica, creemos más útil establecer una tipología basada en aspectos formales.

Centrándonos en nuestro esquema, las superficies de las cerámicas estudiadas pueden presentar básicamente tres tratamientos, los cuales darán lugar a tres categorías cerámicas. El primero de ellos consiste en superficies que no presentan un recubrimiento diferenciado. Se trataría del *self-slip* de la bibliografía en inglés y es, lógicamente, el nivel más elemental y numeroso. Por su parte, el segundo de los tratamientos consiste en el recubrimiento de las paredes del objeto cerámico con un baño arcilloso de un color patentemente diferenciado al de su pasta. Esta variante sería identificable con el *wash* de la bibliografía en inglés y tiene ciertas connotaciones de tipo secuencial y cultural. Mientras, el tercero de los tratamientos es aquél que recubre las paredes de la cerámica, total o parcialmente, de un engobe de color rojo. Las características de este engobe, como se verá, diferirán desde un punto de vista tanto formal como secuencial. A estos tres tipos básicos de tratamiento de las superficies se añadirá, a su vez, un cuarto de características abiertas. En él se incluirán todas aquéllas técnicas que, debido a su escasa entidad, no pueden ser consideradas como una categoría cerámica con todas las consecuencias.

La razón por la que la apariencia exterior de una cerámica ha sido considerada un elemento secundario es sencilla. Hemos observado que individuos pertenecientes a una misma forma cerámica pueden ser adscritos a diferentes categorías cerámicas. Por este motivo hemos preferido ver qué categorías cerámicas aparecen representadas en cada uno de los tipos. Este planteamiento es claramente distinto al que se estableció, por ejemplo, para la cerámica chipriota, en la que las categorías cerámicas articulaban toda la clasificación (Gjerstad 1948).

De una manera sintética, las categorías cerámicas reconocidas son:

- A. Cerámicas simples
- B. Cerámicas con baño arcilloso
- C. Cerámicas de engobe rojo
- D. Otros tipos de tratamiento

El segundo paso dentro de este apartado consiste en la identificación del tipo de acabado que presentan las superficies y de las características de su decoración, si es que ésta aparece. Como acabado entendemos las acciones realizadas por el alfarero una vez que uno de los tratamientos básicos antes indicados ha sido aplicado. De esta manera, vamos a distinguir, especialmente, entre superficies alisadas y bruñidas, unos tratamientos que presentarán, a su vez, distintas maneras

de aplicación, intensidad y cuidado según los casos. Por su parte, la decoración, cuando aparece, puede ser de diversa naturaleza: pintada, incisa, en relieve, con aplicaciones, o mixta, es decir, combinando dos o más de las posibilidades anteriores. Esta atención a la decoración tiene unas implicaciones importantes desde el punto de vista cultural y secuencial, por lo que se tratará con especial atención, sobre todo en lo que respecta a los patrones que pueda presentar.

Este planteamiento referente a las características técnicas de las superficies es, de alguna medida, diferente al propuesto en el estudio preliminar de los materiales de la campaña del año 1997 en Al Bass (Núñez 2004: 283-284). La concepción de aquel planteamiento era distinguir entre cerámicas lisas (incluyendo las recubiertas por un baño arcilloso), cerámicas pintadas sobre fondo claro, es decir, carentes de engobe rojo, y las que sí estaban recubiertas por dicho engobe. Sin embargo, pensamos que con la actual propuesta será posible corregir algunos de los problemas que se podían presentar entonces, a la vez que recoger información que antes se nos pudo escapar.

Al tomar la apariencia básica de las superficies como argumento, hemos caracterizado al individuo de una manera inequívoca. La primera repercusión se verá, por consiguiente, a la hora de realizar comparaciones entre las distintas categorías cerámicas. Con el pasado planteamiento, corríamos el peligro de enmascarar el número real de cerámicas lisas, o sea, libres de un recubrimiento especial. Del mismo modo, al conceder una categoría propia a las cerámicas recubiertas de un baño arcilloso diferenciado, podremos conocer la proporción real existente entre éstas y las de superficies simples. Por otro lado, estos cambios repercutirán también en el ámbito de las cerámicas pintadas. Al dejar de ser una categoría propia, el hecho de pintar las cerámicas se convertirá en un aspecto dependiente del fondo sobre el que esa pintura fue aplicada. La ventaja de este proceder será múltiple, por un lado, seremos capaces de ver si existen repercusiones de tipo cultural o secuencial en esta distinción, en segundo lugar, sabremos qué categoría cerámica es más proclive a presentar decoración pintada, mientras que, finalmente, dejaremos de incluir individuos fragmentados en una categoría que no es la suya, especialmente en caso de los ejemplares pintados. Esto último es relevante si atendemos a la preferencia existente por decorar con pintura ciertas partes de una cerámica en detrimento de otras. No podemos saber si un fragmento de panza carente de pintura, o cualquier otro tipo de decoración, perteneció, en realidad, a un vaso cuyo cuello estaba pintado. Esto haría que el fragmento en cuestión fuese colocado dentro de la categoría de las cerámicas lisas, es decir, en una categoría equivocada. La corrección nos ayudará, por consiguiente, a no supervalorar unas categorías en detrimento de otras. Otra repercusión importante es que ahora se tomará la decoración pintada como un elemento secundario, que estará, a su vez al mismo nivel de otros recursos tales como la decoración incisa o en relieve. En su lugar, se revalorizará el patrón decorativo, según los casos, un índice secuencial bastante fiable.

Siguiendo el hilo de la decoración pintada, con el pasado planteamiento la proporción que presentaban las cerámicas recubiertas de engobe rojo era, lógicamente, mayor. Antes distinguíamos entre lisas, pintadas y con engobe rojo, sin embargo, al diferenciar ahora entre superficies simples, con un baño arcilloso y con engobe las proporciones entre categorías se ajustarán más a la

realidad. Adicionalmente, antes se hacía una discriminación de la cerámica recubierta con engobe y que presentaba decoración pintada en comparación con la aplicada sobre fondos lisos. Ahora esta diferenciación se verá corregida, y con ello tendremos la oportunidad de observar posibles tendencias en el ámbito de las distintas categorías cerámicas a lo largo de la secuencia.

Como se ha indicado más arriba, estos datos concernientes a aspectos propios de las superficies de las cerámicas serán desarrollados, junto a los datos referentes a las características generales de las pastas representadas, al tratar las distintas formas cerámicas.

La naturaleza del material

Antes nos hemos referido al hecho por el cual las características del material condicionan directamente cualquier planteamiento tipológico. En el caso de la presente tipología, esta circunstancia se hace, si cabe, más patente, dado que el cuerpo del material proviene de dos yacimientos distintos no sólo en su ubicación geográfica, sino también en su carácter y en las condiciones medioambientales.

En un capítulo anterior ya hicimos una introducción a las características del yacimiento. Ahora sólo queda indicar que en la conservación de los materiales cerámicos provenientes del cementerio fenicio han actuado dos factores básicos (Núñez 2004: 281-282), en primer lugar la calidad de los materiales y, por otro lado, el ambiente en el que dichas cerámicas estuvieron depositadas a lo largo de los siglos.

Sean cuales fueren las causas, la calidad de las cerámicas halladas en Al Bass deja mucho de desear, un aspecto que ha sido observado también en otros cementerios contemporáneos como Akhziv (Dagayi-Mendels 2002: 164) o Tambourit (Saidah 1977: 142). Esta mediocridad afecta a aspectos tales como la calidad de las pastas, en especial en lo que se refiere a sus cocciones, o la consistencia de las decoraciones. Cabe indicar que, incluso, las importaciones, en su mayoría proveniente de Chipre, comparten dicho carácter a pesar de ser de mejor calidad que los materiales locales.

Por otro lado, el medio en el que estas cerámicas estuvieron depositadas, extremadamente húmedo, provocó que las cerámicas absorbiesen una gran cantidad de agua. La primera consecuencia fue un deterioro importante de las mismas, en algunos casos llegando a la desintegración literal de la pieza, mientras que, en otros, las superficies presentaban una gruesas capas de concreción que impedían observar con claridad tanto su tratamiento como las características de su decoración. Junto a este factor habría que añadir, además, que en algunos casos las cerámicas fueron expuestas al calor, si no echadas directamente al fuego.

En consecuencia, hemos de asumir que la información que podemos recoger del cementerio de Al Bass es en algunos casos parcial, sobre todo en lo que respecta a las decoraciones. No obstante, este yacimiento nos ha proporcionado la posibilidad de contar con un importante número de piezas completas correspondientes a diversas formas cerámicas que, a su vez, comprenden

varios estadios de la secuencia fenicia. Esta última circunstancia, además, se ve revalorizada por la naturaleza de los depósitos. Al fin y al cabo, los enterramientos son contextos cerrados en los que podemos observar asociaciones sincrónicas de material.

Como consecuencia de lo dicho en este párrafo, la naturaleza del material del que disponemos ha hecho posible que nuestro planteamiento tipológico se haya realizado sobre objetos enteros. Esto quiere decir que un tipo corresponderá a una cerámica completa y no a una de sus partes. En el caso de los borde, asas o las bases, es decir, de atributos que son considerados, según los casos, como secundarios en nuestro planteamiento, éstos serán relacionados en la medida de lo posible con un tipo concreto, y si esto no fuese posible, entonces con una forma cerámica. Al mismo tiempo, y tal como se verá en su momento, se realizará dentro de cada tipo una especie de clasificación paralela de estos atributos secundarios. El objetivo será caracterizar al máximo dichos tipos y, en la manera de lo posible, sus subtipos.

La tipología

Lógicamente, una vez planteados los principios que hemos creído más apropiados a la hora de organizar el material a nuestro alcance, el siguiente paso será desarrollarlos. Esto es lo que se va a hacer en las siguientes páginas.

Grupo Formal I. Los grandes contenedores

Este grupo formal incluye todos aquellos contenedores de tamaño mediano o grande que, de manera mayoritaria y entre otros usos, fueron empleados como urna cineraria. En total hemos reconocido seis formas cerámicas básicas: las cráteras, las ánforas decoradas, las ánforas de almacenamiento, los cántaros, las ollas de cocina, así como una categoría formal en la que se incluirían aquellos ejemplares que no pueden ser incluidos con seguridad en ninguna de las cuatro primeras formas cerámicas indicadas. Estas formas cerámicas presentan la siguiente relación.

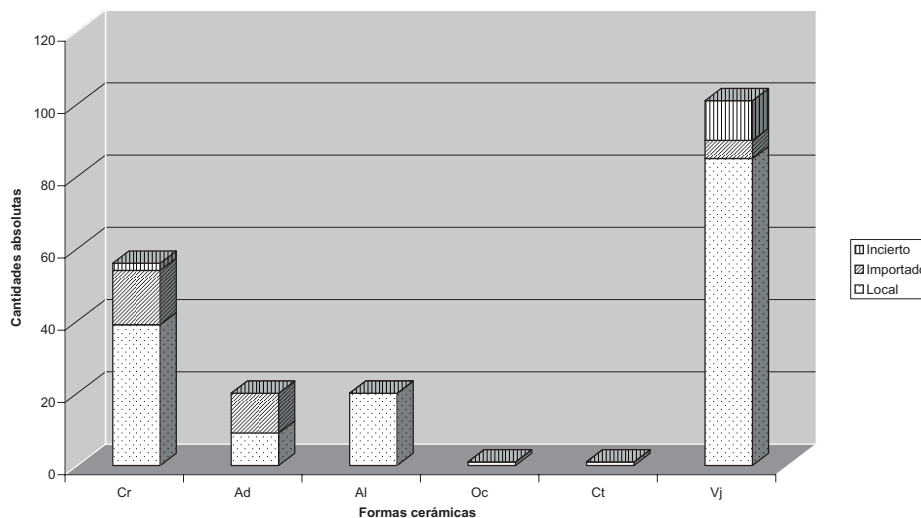


Figura 4.2. Relación entre las distintas formas cerámicas que componen el Grupo Formal I teniendo en cuenta sus respectivos orígenes (en números absolutos).

En este histograma podemos observar el mayor número de casos de tipología incierta, un aspecto que viene provocado por la abundancia de fragmentos. No obstante, si atendemos a los casos que sí han podido ser clasificados con precisión, veremos que la forma cerámica dominante son las cráteras, seguidas de lejos por las ánforas decoradas y las de almacenamiento. Por último, quedan como casi testimonial la presencia de otras formas cerámicas, tales como las ollas cerámicas y, especialmente, el de los cántaros, de los que, como veremos, sólo contamos con un ejemplar que es, además, una miniatura.

A continuación pasamos a desarrollar las formas cerámicas indicadas.

1. Cráteras (Cr)

Las cráteras es la primera de las formas cerámicas incluidas en el Grupo Formal de los grandes contenedores que vamos a tratar. De manera general, por crátera entendemos un contenedor de tamaño grande o mediano que presenta un cuerpo y cuello perfectamente distinguibles entre sí, además de dos asas opuestas, de disposición vertical y que conectan el hombro de la vasija con su borde.

En ella, así como el resto, trataremos tanto los ejemplares de origen fenicio como las importaciones, especialmente las de origen chipriota o realizadas ‘a la chipriota’, debido a que su número hace posible que su análisis sea más detenido. No obstante, su desarrollo tipológico se hará en apartados distintos.

1.a. Cráteras fenicias (Cr F)

Sobre la base de los planteamientos clasificatorios definidos anteriormente, ha sido posible distinguir tres tipos básicos. De ellos, el más abundante es el de las cráteras anforoides (Cr F1), mientras que de los dos tipos restantes (Cr F2 y 3), sólo contamos con un ejemplar.

1.a.1. Cráteras anforoides (Cr F1)

Este primer tipo está constituido por ejemplares caracterizados principalmente por presentar cuerpos de forma periforme invertida u ovoide, bases estables, hombros y cuellos marcados, los cuales presentan una patente variabilidad tanto en altura como en anchura, así como unos bordes, por lo general exvasados, de forma también variable.

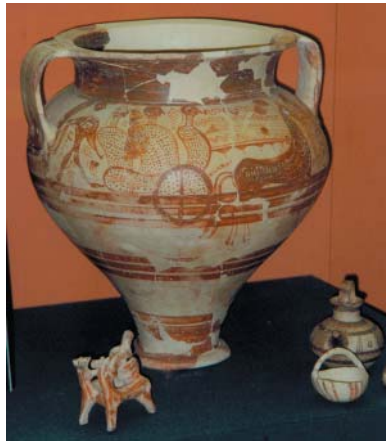
Su origen ha sido colocado tradicionalmente en el repertorio micénico, en el que habría aparecido durante el Heládico Tardío IIIA1/2 (Furumark 1941: fig. 272, tipo FS 52-55; Chapman 1972: 161; Culican 1973: 85). No obstante, el hallazgo de cráteras anforoides en contextos posiblemente anteriores, caso de un ejemplar de este tipo en una tumba hallada en Madjalouna, cerca de Sidón, y datable en el Bronce Tardío I, puede que también en el IIA (Chéhab 1940: 43, fig.5: f), así como, posiblemente, de otro ejemplar de Ugarit (Schaeffer 1949: 206-207, fig. 85: 8, Ugarítico Reciente 2 ó 3), o su representación en pinturas murales egipcias fechadas en los siglos XV y XIV a.C. en forma de regalos cananeos al faraón (véase, por ejemplo, Prausnitz 1966: 179:

fig.1), apuntarían, por el contrario, hacia un origen levantino para este tipo cerámico, a no ser que su aparición en el repertorio micénico fuese en realidad anterior al estimado por la mayoría de autores.

Una prueba adicional de un posible origen levantino sería, finalmente, la mayor abundancia de cráteras anforoides micénicas en contextos chipriotas y levantinos en comparación con los propiamente micénicos (Leonard 1994: 22-33; Leonard 1981; Steel 1998). Este hecho concreto indicaría, por un lado, la demanda especial en el Mediterráneo oriental de este tipo cerámico, y, por el otro, el gusto por las producciones micénicas, que habrían adoptado y adaptado un tipo cerámico foráneo para satisfacer un mercado (en este sentido, Núñez 2001-2002: 40).

Una cuestión aparte, si en realidad el origen de este tipo cerámico es micénico, sería determinar la vía que lo trajo al repertorio fenicio. En este sentido, cabrían, al menos, dos posibilidades. La primera sería que el préstamo se realizase directamente desde el repertorio micénico, mientras que la segunda contemplaría a los chipriotas como intermediarios (Gilboa 2001: 112). No obstante, si este fuese el caso, tampoco sería correcto vincular la cuestión a sólo una de las posibilidades, dado que la posibilidad de que ambos factores actuasen conjuntamente no se debería descartar del todo.

Figura 4.4. Crátera micénica, Heládico Tardío IIIB (British Museum)



La complicación real que conlleva tratar con este tipo cerámico viene a la hora de realizar una ordenación de sus ejemplares, dada la variabilidad de sus atributos básicos y sus combinaciones. Los subtipos que han sido identificados son seis:

Los ejemplares del primer subtipo (Cr F1a) muestran cuerpos piriformes invertidos con una apariencia alargada, una línea de hombro suave, cuellos de forma cilíndrica o troncocónica y paredes rectas. A este subtipo pertenecen las cráteras U.7-1, U. 13-1, U. 26-1, U. 27-1, U.33-1, U. 36-1, U. 41-1, U. 50-1, U.56-1 y Ass.A:1.

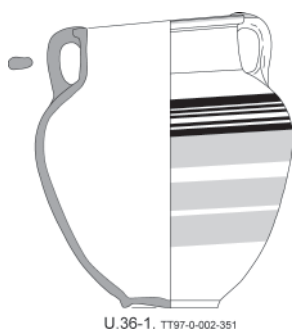


Figura 4.5. Crátera del subtipo Cr F1a.

El segundo subtipo (Cr F1b), se caracteriza por cuerpos de forma piriforme invertida de hombros anchos, la transición entre estos hombros y los correspondientes cuellos tiende a estar muy marcada, mientras que la línea de contorno de la mitad inferior del cuerpo es continua. A este subtipo pertenecen los siguientes individuos: U.9-1, U.11-1, U. 12-1, U. 16-1, U. 18-1, U.21-1, U.31-1 y U. 40-1.

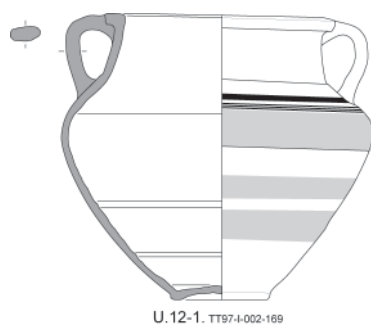


Figura 4.6. Crátera del subtipo Cr F1b.

Los ejemplares del tercer subtipo (Cr F1c) muestran cuerpos piriformes invertidos de apariencia ancha; los cuellos son siempre de forma troncocónica, lo que, combinado con la forma del cuerpo, confiere a estos ejemplares una apariencia bicónica. A este subtipo pertenecen las siguientes cráteras: U. 52-1 y U.53-1.

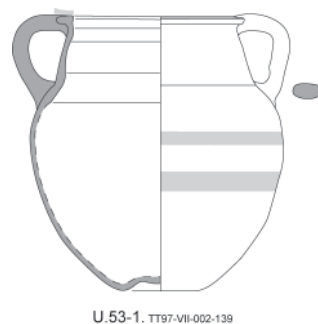


Figura 4.7. Crátera del subtipo Cr F1c.

Las cráteras del cuarto subtipo (Cr F1d) son difíciles de catalogar, dado que sus atributos formales aparecen en otros subtipos: cuerpos piriformes invertidos de contorno continuo, bases anulares, unos cuellos cortos moderadamente anchos de contorno recto, aunque, en este caso, éstos se abren hacia arriba; adicionalmente, las asas muestran una silueta muy curvada. Sólo se ha registrado un ejemplar perteneciente a este subtipo: U.1-1.



Figura 4.8. Crátera del subtipo Cr F1d.

Los cuerpos del quinto subtipo (Cr F1e) son de forma ovalada, mientras que los cuellos, siempre cilíndricos, pueden ser más o menos anchos. A este subtipo pertenecen dos ejemplares: U.24-1 y U.32-1.



Figura 4.9. Crátera del subtipo Cr F1e.

Los ejemplares del último subtipo (Cr F1f) muestran cuerpos globulares, ya sean regulares o más o menos alargados, y cuellos cilíndricos cortos. A este subtipo pertenecen los siguientes ejemplares: U.10-1, U.42-1 y U.55-1, aunque es posible que, sobre la base de su similitud con el segundo de las cráteras citadas, P.10:2 del Cuadro III perteneciese a este subtipo.

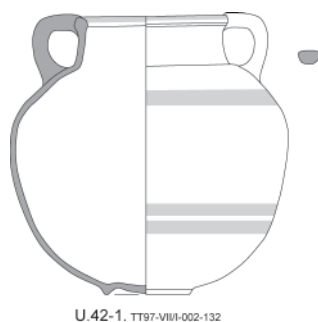


Figura 4.10. Crátera del subtipo Cr F1f.

Una vez que han sido desarrollados los diversos subtipos en los que las cráteras anforoides fenicias pueden ser divididas, haremos referencia a algunos de sus atributos formales más importantes: las bases, los bordes y las asas.

Comenzando por las bases, éstas dos posibilidades: reentrantes y anulares. La característica fundamental del primer tipo (U.7-1, U.13-1, U.24-1, U.26-1, U.27-1, U.31-1, U.32-1, U.33-1, U.52-1, U.53-1, U.56-1 y Ass.A:1) es una falta de diferenciación desde el exterior, lo que le da una apariencia de base plana, sin embargo, por el interior muestran una depresión de profundidad variable. En ocasiones, en la parte central de la citada depresión se observa un resalte en forma de ónfalos que a veces rebasa la misma línea de estabilidad de la base, convirtiéndola en inestable (U.7-1). Este tipo de base, al parecer, no ha sido recogido en las tipologías de Tiro (no obstante, véase Bikai 1987: pl. VII: 8) o Sarepta.

Las bases anulares varían en forma y altura, no obstante, en la mayoría de los casos observados (U.1-1, U.9-1, U.10-1, U.11-1, U.12-1, U.16-1, U.18-1, U.36-1, U.40-1, U.41-1, U.42-1, U.50-1 y U.55-1), tienden a mostrar unas alturas medias o bajas, mientras que sus secciones varían entre formas redondeadas o más cuadrangulares. Bikai clasificó las bases anulares dentro de su tipo 12 (Bikai 1978: 32, pl. XC: 12), y Anderson lo hizo en su B-28 (Anderson 1988: 247, pl. 52). Finalmente, sería posible poner de manifiesto el carácter transicional de algunas bases, las cuales muestran contornos reentrantes altos que dan la impresión de ser, en realidad, anulares. Este sería el caso de las bases de las urnas U.1-1 y U.10-1.

Por lo que respecta a los bordes, todos ellos muestran un engrosamiento por su parte exterior, aunque con unas variantes que podrían ser sintetizadas en cinco tipos distintos. El primero de ellos (Cr r1) consiste en unos bordes de disposición horizontal de sección ahusada de contornos simétricos, un engrosamiento interior de forma indeterminada y unos labios que pueden ser aplanados (U.31-1, U.36-1 y Ass. A:4), redondeados (U.21-1, U.26-1, U.27-1 y U.52-1), apuntados (U.10-1, P.8 del sector I), o cóncavos (Ass.A:5). Existe una variante de este primer tipo que se caracterizaría por mostrar una proyección por su parte interior en forma de 'talón' (U.1-1, U.7-1, U.11-1, U.53-1, Ass.A:1, y P.9 del Sector 0). El segundo tipo (Cr r2) se caracterizaría por bordes de forma cuadrangular, de disposición horizontal, a veces ligeramente abierta, y labios ligeramente redondeados (U.12-1, U.24-1, U.50-1, U.55-1, Ass.A:2, P.12: 6 del testigo I/II), que pueden ser también cóncavos (U.32-1). En ocasiones, su parte interior también puede mostrar engrosamientos, a veces incluso proyecciones (U.9-1, U.56-1, a los que se podría añadir el ya citado U.32-1). Por su parte, la característica que define el tercer tipo (Cr r3) es su sección cuadrangular alargada, así como su disposición en diagonal u horizontal. Los lados de los bordes de este tipo pueden ser paralelos, ya sea de contorno recto o curvado, y están rematados por un labio recto (U.16-1, U.18-1 y U.40-1) o bien redondeado ancho (U.37-1). El cuarto tipo (Cr r4) consiste en bordes de disposición vertical con un engrosamiento exterior pequeño, y cuyo extremo superior es plano o ligeramente redondeado (U.13-1, P.27 del Sector 0 y P.12:7 del testigo I/II). El quinto, y último tipo (Cr r5), muestra una disposición también vertical, aunque

difiere del tipo anterior en que su engrosamiento es de forma redondeada (U.42-1 y P.10 del Sector III).

Las asas muestran una aparente homogeneidad, como sería una forma generalmente ovalada. Sus secciones muestran tres posibilidades. La primera de ellas es una forma ovalada de forma alargada de lados rectos o ligeramente redondeados, mientras que los extremos son normalmente redondeados (U.9-1, U.12-1, U.13-1, U.16-1, U.50-1, U.52-1 y U.55-1). La segunda posibilidad muestra secciones ovales anchas de extremos redondeados o apuntados (U.1-1, U.10-1, U.32-1, U.42-1, U.53-1, Ass.A:4, P.9 del Sector 0 y P.10:2 del Sector III). Finalmente, la tercera posibilidad encuadraría aquellos ejemplares que podrían ser transicionales entre los dos tipos anteriores (U.31-1 y U.40-1).

Una vez tratados los aspectos morfológicos, vamos a pasar a analizar los técnicos, especialmente los relativos a las calidades de las pastas, los tratamientos de las superficies y los recursos decorativos empleados.

En primer lugar, las pastas son, por lo general, de calidad media, con desgrasantes de tamaño fino y mediano, y cocciones medias, algunas veces compactas. Con respecto a las características técnicas que presentan las superficies y los recursos decorativos empleados, éstos son aspectos que se tratarán en la medida que nos permite el estado de conservación en que nos llegaron los ejemplares. Este aspecto es especialmente importante en el caso de los materiales provenientes de Tiro – Al Bass y, principalmente, en el de los materiales de la campaña de 1997 en este yacimiento. Por esta causa, hemos de indicar que en las ilustraciones se ha representado sólo lo que se pudo observar. Además, es posible que estas ilustraciones estén incompletas o bien algunos aspectos no hayan sido observados correctamente.

Desde el punto de vista del tratamiento de las superficies, hemos observado dos métodos principales. En primer lugar contamos con alisados más o menos cuidadosos realizados tras baños en arcillas del mismo color de las pastas. Este es el tratamiento observado en mayor número de ejemplares. Por su parte, el segundo tratamiento, menos representado, consiste en bañar las vasijas en arcillas que han dado lugar tras la cocción, a superficies de color por lo general beige. No obstante, es posible que el porcentaje de ejemplares que presentan este tipo de recubrimiento fuese originariamente mayor, y que éste haya desaparecido de algunas cráteras o esté enmascarado por las concreciones.

Finalmente, las decoraciones no destacan por su calidad. Esto es aplicable tanto a las texturas como a las aplicaciones. Las zonas en las que aparecen son, fundamentalmente, los bordes, hombros, panzas y asas. Curiosamente, su presencia en los cuellos, es decir, en la denominada 'zona de las asas', es inexistente en el material estudiado aquí, no así en el arranque inferior del cuello o en el hombro. Hemos de tener en cuenta que, como se verá más adelante, en otros ámbitos culturales como el chipriota, esta zona es la que recoge los motivos decorativos principales. Por otro lado, su presencia en otras zonas de las cráteras como las bases (véase U.13-1) no es del todo segura.

La decoración, cuando aparece, es monocroma o bícroma, y los colores empleados son el rojo y el negro. No se ha registrado la existencia de otros colores en la decoración. También es importante indicar que no ha sido observada decoración de tipo figurativo. Por el contrario, la decoración es habitualmente de carácter lineal y zonal. Se han registrado dos patrones básicos.

El primero de ellos consiste en concentrar la decoración en el hombro y en la mitad inferior del cuerpo. Aparte de las decoraciones en zonas secundarias como el borde y las asas, que nos han llegado pintadas en algunas ocasiones y seguramente lo estaban siempre, este primer patrón decorativo se caracteriza por presentar hombros decorados con una combinación bandas y filetes debajo de los cuales aparece una sucesión de bandas (U.9-1, U.12-1, U.13-1, U.21-1, U.36-1, U.40-1, U.50-1, Ass.A:2, Ass.A:5, y Ass.1-gen.). Por lo que se refiere a las bandas y filetes del hombro, éstos se ubican inmediatamente debajo del arranque inferior de las asas, y consisten en una banda ancha debajo de la cual se han colocado algunos filetes del mismo color. En ocasiones, esta sucesión de filetes es enmarcada por la parte inferior por una segunda banda de anchura similar a la superior, y que es generalmente colindante con la primera de las bandas anchas del cuerpo (véase, por ejemplo, U.36-1 y Ass.1-1). Por su parte, la primera de las bandas ubicadas debajo de esta primera composición, marca la máxima anchura de la crátera, mientras que las siguientes se ubican a lo largo de la mitad inferior del cuerpo, tal y como se ha indicado ya. En ocasiones, se ha podido registrar que esta primera banda, generalmente más ancha que el resto, se halla enmarcada por su lado inferior bien por una banda o filete del mismo color que la composición del hombro (véase U.12-1, U.13-1, U.40-1, o Ass.1-gen.). Finalmente, las bandas ubicadas más abajo son por lo general dos, y se encuentran una muy cerca la una de la otra, de manera que marcan la parte central de la mitad inferior del cuerpo (véase como ejemplares seguros las cráteras U.12-1, U.13-1, aunque en este caso la pintura de la base es dudosa, U.21-1, U.36-1 y U.40-1). A su vez, hay algunos casos en los que sólo aparece una banda en la parte inferior del cuerpo (por ejemplo Ass.1:1), aunque es posible que en todos ellos la segunda banda no se haya conservado.

Mención aparte merece la crátera U.9-1. En su representación se puede observar que gran parte de su cuerpo aparece cubierto por pintura de color rojo. No obstante, es muy posible que éste no sea el caso y que, en realidad, los restos de pintura observados perteneciesen en realidad a la típica sucesión de bandas. Esta sería también la situación de una serie de cráteras (U.1-1, U.7-1, U.26-1 y U.31-1), que, si bien podrían haber presentado originariamente el patrón decorativo que será descrito a continuación, la existencia de grandes zonas de su cuerpo pintadas en rojo podría haber sido una observación equívoca consecuencia de su mala conservación. La existencia en el tofet de Cartago de vasijas que presentan amplias zonas de su cuerpo pintadas en rojo (Harden 1937: 65, fig. 3: j, l), puede haber influido en una interpretación incorrecta de los restos visibles en las cráteras indicadas.

Los colores empleados en este patrón decorativo son el negro para las bandas y filetes del hombro y el rojo para las bandas del cuerpo. No obstante se ha registrado casos en los que la

decoración es en su totalidad de color negro (U.50-1) o rojo (U.13-1).

El segundo patrón decorativo registrado consiste en una sucesión de bandas de grosor y número también variables y ubicados a lo largo del cuerpo. Si bien es posible que algunos de los ejemplares incluidos en este grupo no muestren su decoración original, por lo que pudieran haber pertenecido al patrón anterior, hay algunos casos que parecen seguros (U.16-1, U.18-1, U.53-1, U.56-1, posiblemente también U.33-1). Destaca, adicionalmente, la presencia de decoración incisa en U.10-1, en la forma de dos pares de filetes paralelos y horizontales, uno justo debajo del arranque del cuello y el otro par por encima de la base.

En definitiva, se pone de manifiesto la inexistencia, al menos hasta ahora, de motivos decorativos más complicados, como sería, por ejemplo, una banda ondulada situada en el cuello o el hombro. Ejemplos de esta práctica han sido recogidos en yacimientos costeros como Khalde (Chehab 1966: 74, 77, n° 47), Biblos (Salles 1980: pl. 26: 1), Tèl Kabri (Kempinski 2002: fig. 5.81: 2), Tèl Kazel (Badre – Gubel 1999-2000: fig. 4; Capet – Gubel 2000: fig. 12), Sukas (Buhl 1983: fig. XVI: 280, 281), o Ras el-Bassit (Courbin 1993: fig. 8: 5, C.7104). No obstante, el panorama decorativo de las cráteras fenicias de Tiro – Al Bass es muy sobrio, por no decir monótono.

A continuación vamos a hacer una sucinta referencia a las zonas de decoración secundaria, como son, principalmente los bordes y las asas. En el caso de los primeros, el recurso decorativo que mayoritariamente presentan es su simple recubrimiento con pintura, por lo general de color rojo, aunque hay caso en los que es de color negro. En ocasiones, esta pintura ha sido dispuesta en forma de dos bandas concéntricas paralelas (U.16-1 y U.18-1). En otras, sobre el fondo de color rojo aparecen dos filetes concéntricos de color negro (U.40-1). Finalmente, hay casos en los que la parte superior de la cara interior del cuello aparece cubierta de pintura de color rojo (U.1-1, U.10-1 y U.40-1).

Por lo que se refiere a las asas, la mayoría de las veces en que se ha registrado decoración en ellas, ésta consiste en cubrir con pintura, generalmente también roja, su arranque superior (por ejemplo, U.31-1). También se ha registrado casos en los que el lomo del asa aparece totalmente cubierta de pintura del mismo color rojo (Ass.A-5). Debemos hacer referencia, finalmente, a la crátera U.55-1, analizada junto a los ejemplares chipriotas y de origen en principio inseguro. Así, si bien las características técnicas y formales de esta crátera nos han hecho dudar sobre su origen, el tratamiento de sus superficies y, especialmente, su decoración no ha dejado lugar a dudas sobre su origen chipriota.

1.a.2. Cráteras carenadas (Cr F2)

El segundo tipo de las cráteras, esta vez de tradición indudablemente levantina, está caracterizado principalmente, aparte de las dos asas verticales y dispuestas a ambos lados de la vasija, por un cuerpo de tendencia hemisférica y un hombro marcado en forma de carena, que da paso directamente al cuello. De manera general, además, podemos indicar que la anchura de los

cuerpos y los bordes de este tipo tiende a ser igual o mayor que su altura total.

A la hora de tratar con Cr F2 nos encontramos con un problema fundamental. Se trata de escasez de ejemplares reconocidos con que contamos. En este caso hablamos de tan sólo uno, del que no se ha podido, además, reconstruir todo su perfil: P.2:2 del Sector VII.



Figura 4.11. Crátera del subtipo Cr F2.

De sus atributos formales, podemos destacar el borde, que es directo y ligeramente engrosado por su parte exterior. Por otro lado, de las asas podríamos destacar su silueta redondeada, mientras que de la base nada se puede decir, dado que no se ha conservado. Mientras, la pasta es de tipo común, de dureza media a compacta. Por su parte, el desgrasante es de tamaño fino y mediano, algo abundante y con algunas inclusiones de mayor tamaño. Finalmente, las superficies están alisadas y carecen, al parecer, de decoración pintada.

Es evidente que la escasez de casos registrados en Al-Bass nos impide profundizar mucho en este tipo. No obstante, sí es posible hacer algunas reflexiones acerca de este tipo. De este modo, los casos que pueden ser relacionados directa o indirectamente con él nos muestra una variabilidad muy grande. De hecho, junto a ejemplares cuya carena se ha convertido en una curva más o menos ancha, veremos cómo en otros casos la carena del cuerpo se redondea y proyecta hacia dentro convirtiéndose, más bien, en una especie de hombro, lo cual acercaría a estos casos concretos más a una versión ancha de las cráteras anforoides que a las propiamente carenadas (véase, por ejemplo, Chapman 1972: 106-107, fig. 18: 209, 210, 211; Guy – Engberg 1938: pl. 8: 10, pl. 32: 23, pl. 64: 34, 35). Nosotros nos hemos decidido por la primera posibilidad antes que por la segunda. La razón es la observación de sus atributos formales, que mostrarían que estas cráteras anchas son, en realidad, una variedad de las anforoides. No obstante, es posible la existencia de ejemplares que sean difícilmente clasificables en uno u otro tipo.

Por otro lado, a diferencia de Culican (1973: 85), quien consideraba a los casos de cráteras ‘intermedias’ que mostraban un pie alto como las más tardías, nosotros pensamos que esta variedad ancha de crátera anforoide pertenecería, más bien, a momentos propios del Bronce Tardío e inicios del Hierro. Nos remitimos para ello a los casos citados en el apartado de paralelos y referencias, así como la representación de esta variedad junto a la más estilizada, en pinturas murales egipcias fechadas en los siglos XV y XIV a.C. (véase de nuevo Prausnitz 1966: 179, fig. 1a y compárese este

ejemplar con *ibid*: fig. 1b, de forma más estilizada).

Así pues, se observará en el apartado dedicado a las referencias a otros yacimientos, que la selección de casos será mayor que la realizada en relación con las cráteras anforoides.

1.a.3. Cráteras de base apuntada (Cr F3)

El tercer y último tipo de las cráteras locales es poco común. De hecho, es posible que se trate, más que de una crátera, de una forma cerámica distinta, a medio camino entre éstas y las ánforas de almacenamiento. Si bien los atributos formales que presentan los ejemplares clasificables dentro de este tipo son especialmente similares a los del tipo Cr F1, la existencia de una base apuntada en este caso nos obliga a pensar en este sentido.

Aparte de posibles similitudes con los *pithoi* de los inicios del Hierro I en lo formal, no así en las proporciones de sus atributos y la presencia de asas en el tipo Cr F3 (véase, por ejemplo, Bikai 1978b: pl. XL, del estrato XIV de Tiro), para explicar la existencia de este tipo deberíamos mirar hacia un rasgo interesante. Se trata de la costumbre, atestiguada tanto en Al - Bass (véase más abajo el ánfora de almacenamiento U.17-1) como en otros cementerios (Mazar 2001: 19, 21, foto 24), de cortar ciertas ánforas de almacenamiento a la altura de su hombro para convertirlas en urnas cinerarias. Teniendo este hecho en mente, es posible que nos hallemos frente a la conversión de una costumbre en una forma cerámica concreta.

Como en el caso anterior, sólo contamos con un ejemplar perteneciente a este tipo: U.51-1.

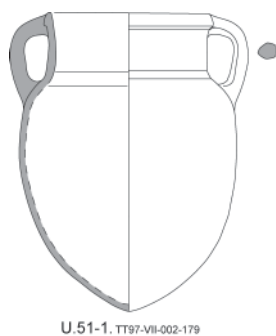


Figura 4.12. Crátera del subtipo Cr F3.

Salvo en el caso de la base, de forma apuntada, la sección del asa, redondeada de contorno irregular, así como la forma del borde, la apariencia de este tipo podría ser comparada con la que presentan los ejemplares recogidos en el tipo Cr F1. De este modo, lo primero que resalta es que U.51-1 presenta un cuerpo de tendencia piriforme, aunque la corta distancia de su hombro con respecto a la mitad de aquél le da una apariencia ovalada. Es algo similar a lo observado en el caso de las cráteras U.24-1 y U.32-1, ambas del subtipo Cr F1e.

En definitiva, somos conscientes de que, si exceptuásemos el detalle de la forma de la base, el ejemplar que ha sido clasificado en este tipo, o forma cerámica, se clasificaría dentro de las

cráteras del tipo Cr F1. Sin embargo, conservando en mente lo dicho sobre la posibilidad de estar hablando de una forma cerámica distinta, es precisamente la citada coincidencia con las cráteras anforoides la que nos ha movido a crear un tipo distinto para este caso dentro de las cráteras.

Finalmente, los datos técnicos relativos a las pastas y el tratamiento de las superficies son difíciles de describir, primero porque la crátera está entera, en segundo lugar por las concreciones que cubren sus paredes. Tan sólo podemos indicar posibles restos de pintura de color negro, demasiado difusos y dudosos como para ser ilustrados.

1.b. Cráteras chipriotas (Cr C)

Por lo que respecta a las cráteras de origen chipriota, o fabricadas ‘a la chipriota’, vamos a proceder del mismo modo que con las fenicias. En definitiva, clasificaremos los ejemplares completos o reconstruidos a partir de los mismos atributos básicos usados en el caso anterior.

Antes de comenzar, debemos indicar que, si bien es posible que no todas las cráteras incluidas en este apartado fuesen fabricadas en Chipre (véase Doumet 1982: 116), es evidente que todas ellas conforman un grupo que comparte una serie homogénea de rasgos técnicos, formales y decorativos, que los hace diferentes de los ejemplares tratados anteriormente. Este es un hecho evidente, incluso si pensamos en la posibilidad de centros continentales de producción. En realidad, si queremos reconocer productos genuinamente chipriotas, deberíamos contar, además de estudios de proveniencia, con una mejor definición y especificación de la secuencia chipriota y de los distintos estilos regionales. Esta es una cuestión que ha sido elevada por autores como Hanfmann (1963), Birmingham (1963), Vandenabeele (1968), mientras que otros, como sería el caso de Adelman (1976) o Sørensen (1987), han estudiado algunos de estos aspectos con detalle.

Así mismo, hemos de indicar que tampoco existen en la bibliografía a nuestro alcance estudios métricos realizados sobre material chipriota de la Edad del Hierro. Por consiguiente, los resultados que se pueda obtener no podrán ser contrastados con otros estudios de esta naturaleza.

1.b.1. Cráteras anforoides chipriotas (Cr C1)

Lo primero a destacar es que la totalidad de las cráteras chipriotas corresponden a este tipo, el cual corresponde, a su vez, a las *amphorae with two vertical handles from the rim to the shoulder* (Gjerstad 1948: 50-51, 53, 55, 61, 63, 65 y 69; *idem* 1960: 119-120 y fig. 13). Como su equivalente fenicio, su origen podría ser también micénico (Gjerstad 1960: 282).

Los atributos formales comunes a este tipo serían los bordes exvasados, de tendencia horizontal o abierta, cuya tendencia, además, es experimentar una reducción de tamaño en los ejemplares más tardíos. La forma de estos bordes es normalmente cuadrangular o ahusada, algunas veces con una proyección en su parte interior a forma de talón. Por su parte, las bases son siempre anulares, aunque su altura es variable en altura y complejidad, algo que, como sucedía en el caso de los bordes, tiene un sentido secuencial. De este modo, los más antiguos tienden a ser más altos.

Se han podido distinguir dos subtipos sobre la base la forma del cuerpo:

Las cráteras del primer subtipo (Cr C1a) muestran un cuerpo piriforme invertido. Estas cráteras presentan, a su vez, otras dos variantes, una de apariencia estilizada y cuellos proporcionalmente estrechos (U.8-1, U.33-5, U.37-1, U.44-1, U.45-1, U.46-1 y U.49-1).

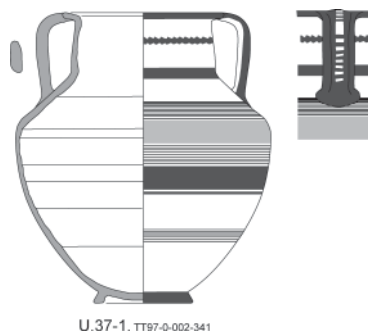


Figura 4.13. Crátera del subtipo Cr C1a de apariencia estilizada.

Por su parte, la segunda variante consiste en cráteras que muestran un cuerpo piriforme de apariencia achaparrada (U.34-1, U.39-1 y U.43-1).

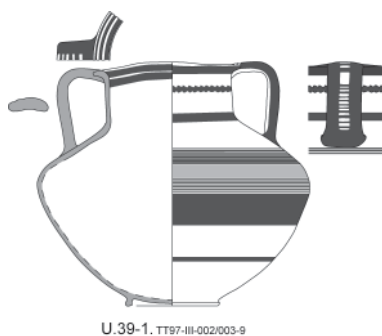


Figura 4.14. Crátera del subtipo Cr C1a de apariencia achaparrada.

Las cráteras del segundo subtipo (Cr C1b) cuentan con un cuerpo de tendencia globular. Sólo un ejemplar con estas características ha sido registrado hasta la fecha entre el material de al – Bass, U.6-1, el cual muestra un cuerpo globular de tendencia alargada y un cuello de paredes rectas e inclinadas hacia el interior, cuya altura relativa es alta. Éste está rematado por un borde largo de forma cuadrangular y disposición abierta.



Figura 4.15. Crátera del subtipo Cr C1b.

Por lo que respecta a las características técnicas, las producciones chipriotas registradas muestran una superior calidad técnica si son comparadas a las producciones locales, tanto en lo referente a las pastas como las cocciones. No obstante, se podría hacer una distinción entre estos materiales desde el punto de vista de la calidad de las pastas. Haremos referencia a ellas más adelante, no obstante, podemos indicar la existencia de dos tipos de producciones. Por un lado tendríamos unos ejemplares de pastas cuidadas, de tonos rojizos a marrón claro e inclusiones escasas (por ejemplo, U.8-1, U.33-5, U.37-1 o U.39-1), mientras que, por el otro, la mayoría de casos mostraría una calidad más mediocre, de tonalidad amarillenta a verdosa e inclusiones evidentes (U.34-1 o U.55-1). Cabe preguntarse si esta distinción es fruto de un abastecimiento procedente de dos o más centros productores, ya sean chipriotas o continentales.

Esta división se podría hacer extensiva, además, a los tratamientos de las superficies y la calidad técnica de las decoraciones. Así, la proporción de ejemplares cuyas superficies estén recubiertas por un baño arcilloso de color beige es mayor que en el caso de las cráteras locales, y suelen estar todas alisadas cuidadosamente, sobre todo en los casos en los que las pastas son de mejor calidad. Además, en estos casos tanto el recubrimiento como la decoración están mejor adheridos a las paredes, mientras que los colores de la decoración tienden a unas tonalidades diferentes. Por ejemplo, la pintura negra tiene una tonalidad más violácea, o la roja es oscura, casi de color granate.

Por otro lado, podemos observar que sus recursos decorativos cuentan con el mismo rango que poseen los recursos formales. No sucede como en el caso del repertorio fenicio, en el que, al menos en lo referente a los contenedores de mayor tamaño, las decoraciones cuentan con un papel claramente secundario. Una prueba de ello es su inferior calidad de repertorio, texturas y aplicaciones. El patrón decorativo que muestra la totalidad de los ejemplares chipriotas responde a la llamada *zone style* de Gjerstad (1948: 50), que consiste en dividir el cuerpo en zonas horizontales y verticales separadas por bandas y filetes, que en este caso pueden ser monocromos (en color negro), o bícromos (combinando bandas y filetes de color negro con algunas bandas de color rojo).

Dentro de este patrón, el motivo principal aparece en la zona del asa, y consiste en un motivo continuo. De éstos podemos enumerar, a su vez, tres tipos. En primer lugar dominan las líneas o bandas onduladas (U.33-5, U.37-1, U.39-1, U.43-1, U.44-1, U.45-1 y U.49-1), mientras que el segundo patrón en número de apariciones, a mucha distancia del anterior, consiste en hileras de conjuntos de círculos concéntricos que aparecen bien exclusivamente en el cuello (U.46-1 y P.5:2 del Sector I), o bien en éste y en el hombro (U.8-1 y P. 20 del Sector I). Finalmente, el último recurso decorativo consiste en la conversión de la banda ondulada indicada antes en una banda horizontal (U.6-1).

Otras zonas decoradas son la parte superior del borde y el lomo de las asas. La primera de estos dos atributos formales, de forma aplanada, puede recoger trazos transversales de grosor variable a manera de triglifos (U.33-5, U.43-1, U.44-1, U.45-1, U.49-1 y P.5:2 del Sector I), filetes concéntricos (U.8-1, U.34-1, U.39-1 y U.55-1) y zigzags (U.46-1).

Por lo que respecta a los lomos de las asas, nos encontramos con cinco patrones decorativos, normalmente enmarcados por dos bandas longitudinales que coinciden con los bordes del asa. El más abundante es una banda en zigzag (U.34-1, U.44-1, U.49-1 y U.55-1), que en ocasiones se convierte en una banda ondulada (U.46-1). El segundo lugar lo ocupa una zona longitudinal reservada de recubrimiento que aparece ocupada por una sucesión de trazos horizontales estrechos a modo de una escalinata (U.37-1, U.39-1, U.43-1 y U.45-1), aunque en ocasiones, estas zonas reservadas pueden aparecer libres de cualquier motivo (U.8-1).

A modo de colofón, la existencia de una seriación de los materiales chipriotas, realizada por Gjerstad (1948; *idem* 1960), nos obliga a referir las cráteras de este origen a la citada clasificación. Estas referencias, sin embargo, no implican la asunción de todas las lecturas crono-secuenciales realizadas por el citado autor.

De manera general, las cráteras chipriotas registradas corresponden a dos momentos evolutivos claros, por un lado el Chipro-Geométrico III y, por el otro, el Chipro-Arcaico I. Ejemplares pertenecientes a otros momentos secuenciales chipriotas no se han recogido, aunque, en ocasiones, las directrices establecidas por Gjerstad para cada uno de los estadios (Gjerstad 1960: 119-120), no están del todo claras si son confrontadas con la evidencia material. Algunos de estos casos se verán cuando tratemos con las referencias a otros yacimientos.

De manera teórica, las cráteras del Chipro-Geométrico III presentan contornos bien definidos, hombros marcados, cuellos no excesivamente cóncavos, en ocasiones con paredes rectas que se van ahusando hacia arriba, bordes planos y bien perfilados, así como asas que tienden a abandonar un contorno curvado y adoptar otro de tendencia recta y rígida (Gjerstad 1948: 55; *idem* 1960: 119). Las cráteras U.44-1 y U.49-1 se amoldarían perfectamente a estas directrices formales (compárense, por ejemplo, con Gjerstad 1948: fig. XX: 5, comparable especialmente con U.49-1), mientras que U.43-1 también podría pertenecer a este momento secuencial (compárese con Gjerstad 1948: fig. XX: 8, de la *White-Painted* III, con pie cónico y algo más achaparrada, y fig. XXIV: 2, de la *Bichrome* III, a pesar de que la forma de los respectivos cuellos sea algo diferente). Decorativamente, destaca que las cráteras mencionadas en primer lugar presentan un patrón decorativo central similar, es decir, una banda ondulada horizontal. De ellas, las bandas de U.43-1 y U.44-1 tienen una apariencia más alargada, un carácter que sería más propio de momentos anteriores al Chipro-Geométrico III (Gjerstad 1948: 53, 55), mientras que las de las restantes son de onda más corta. No obstante, las características formales serían definitivas en su clasificación.

El caso de U.6-1 merecería una mención aparte. Es el único ejemplo de crátera con cuerpo de tendencia globular (véase Gjerstad 1948: fig. XXVI: 3, de la categoría cerámica *Black-on-Red* I del Chipro-Geométrico III, para un cuerpo similar, a pesar de tratarse de una hídria), aunque su cuello alto de forma troncocónica, así como su decoración, especialmente la banda horizontal lisa de la zona del asa (compárese ésta con la de Gjerstad 1948: fig. XXVI: 2, de la misma categoría y periodo citados antes), la ubicaría en el Chipro-Geométrico III. No obstante,

no se podría descartar una fecha muy a fines de dicho periodo.

Algo similar podría suceder con otras dos cráteras, U.45-1 y U.46-1, aparecidas juntas en la misma tumba (Tumba 45/46). A nuestro juicio, estos dos ejemplares deberían ser clasificados en un momento transicional entre el Chipro-Geométrico III y el Chipro-Arcaico I. A favor de esta idea tendríamos razones de carácter tanto formal como decorativo. En primer lugar, los rasgos formales apuntarían hacia el Chipro-Geométrico III. Serían los casos de sus hombros marcados y redondeados, muy similares a los que poseen las cráteras mencionadas antes, los cuellos de forma troncocónica, así como sus bordes aplanados y bien perfilados (compárese estas dos cráteras con Gjerstad 1948: fig. XX: 5, ya comparada anteriormente con U.44-1, U.49-1 y U.73-1, y fig. XXVI: 2, de la *Black-on-Red I*). Sin embargo, algunos de estos rasgos formales muestran una tendencia hacia el Chipro-Arcaico I. Nos referimos especialmente a la altura del cuello, relativamente baja, así como sus hombros, de forma algo achaparrada (compárese estos aspectos con los que presenta Gjerstad 1948: fig. XL: 5, de la *Black-on-Red II*, del Chipro-Arcaico I). A las razones formales podríamos añadir, a su vez, otras de carácter decorativo, especialmente los motivos continuos que aparecen en sus respectivas zonas de las asas. En el caso de U.45-1 se trata de una banda ondulada de rizo corto, mientras que en el de U.46-1 aparece una sucesión de agrupamientos de círculos concéntricos en los que el exterior muestra un grosor mayor. Ambos motivos son claramente pertenecientes al Chipro-Arcaico I si seguimos las directrices de Gjerstad (1948: 65), aunque el descrito en primer lugar habría aparecido ya en el Chipro-Geométrico III (Gjerstad 1948: 55). Pensamos, pues, que estas dos cráteras representarían un momento secuencial inmediatamente posterior al que representan U.44-1 y U.49-1.

Menos dudas en lo relativo a su clasificación secuencial suscita el resto de cráteras chipriotas. Todos ellos corresponderían al Chipro-Arcaico I. Según Gjerstad (1948: 63; *idem* 1960: 119-120), los ejemplares de este periodo se caracterizan por presentar cuerpos con hombros aplanados, mostrando una tendencia hacia una forma bicónica redondeada, cuellos de tendencia cilíndrica o ligeramente abiertos hacia arriba, con bordes aplanados o redondeados, así como asas de contornos rectos y paralelos a la pared del cuello.

Varias son las cráteras que se amoldan a estas características, en concreto U.8-1, U.33-5, U.37-1, y U.39-1 (compárese, especialmente las tres primeras, con Gjerstad 1948: fig. XXX: 3, de la *White-Painted IV*). De estos cuatro ejemplares podemos destacar especialmente las diferencias formales existentes entre los dos primeros y el tercero. Este último presentaría una marcada tendencia bicónica que las otras dos no poseen, por lo que, desde un punto de vista tipológico, U.8-1 sería una evolución de U.37-1 y U.33-5. Por su parte, U.39-1 muestra un cuerpo ancho que recuerda por sus proporciones al de U.43-1, no así el cuello. Por el contrario, dos ejemplares, U.55-1 y U.34-1, de los que no poseemos paralelos exactos clasificados por el autor sueco, podrían ser clasificados también en este mismo periodo. El hombro aplanado de U.34-1 y los cuellos cilíndricos de ambas ubicarían estos dos ejemplares en el Chipro-Arcaico I.

Estas dos cráteras en cuestión, U.34-1 y U.55-1, estarían, en lo formal, entre U.43-1 y U.39-1, lo que no significa que lo estén secuencialmente hablando. De hecho, hemos tenido dudas desde el principio sobre el origen de ambas, y en especial con respecto a U.55-1. Además, ambas muestran la típica ruptura del contorno de la mitad inferior de sus cuerpos de los ejemplares fenicios, y, del mismo modo, en ninguna de ellas se ha registrado decoración en la zona de las asas, aunque es posible que sea debido a las condiciones en la que las cráteras han llegado a nosotros. No obstante, la pasta de U.34-1 haría prácticamente segura su clasificación como chipriota, mientras que la decoración de ambas apuntaría en esa misma dirección.

Finalmente, hemos de hacer referencia a los ejemplares fragmentarios, de los que podemos destacar principalmente P. 5:2 y P.20, ambas del Sector I. Sobre la base del cuello troncocónico y aparentemente alto del primero (compárese la forma con la de U.45-1), como del cuello cilíndrico del segundo (hágase lo mismo con las de U.43-1 y U.39-1), pensamos que ambas se tendrían acomodado en algún momento entre el Chipro-Geométrico III y el Chipro-Arcaico I.

A modo de síntesis, sobre la base de lo que ha sido dicho anteriormente, la evolución de las cráteras anforoides chipriotas halladas en Tiro – Al - Bass podría ser representada de manera esquemática:

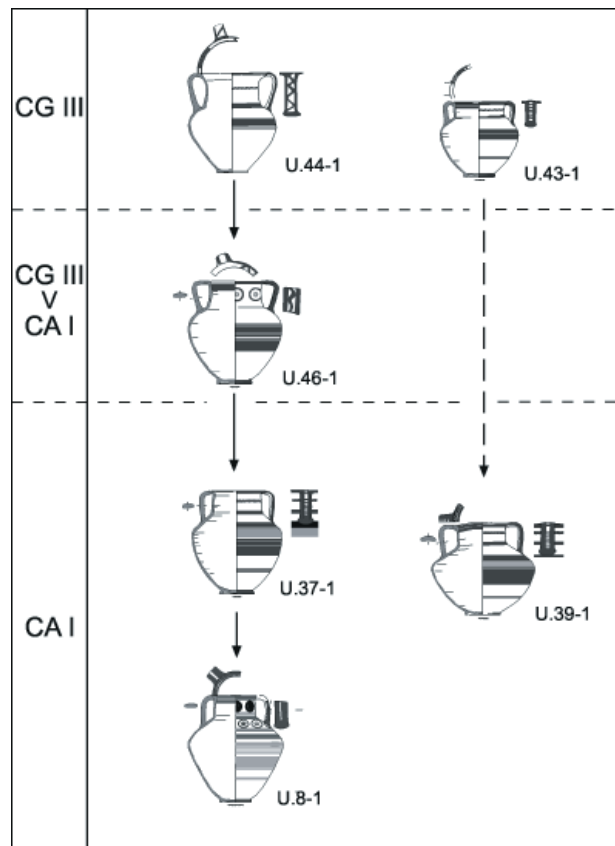


Figura 4.16. Propuesta de evolución tipológica de las cráteras anforoides chipriotas.

1.c. Referencias y paralelos

En este punto vamos a buscar paralelos a las cráteras halladas en Al Bass de manera conjunta, e intentaremos ser muy exigentes en su recogida. La causa es sencilla. Nuestra pretensión no es citar de manera vana, sino que cada caso indicado deberá presentar una doble relevancia. La primera será de carácter tipológico, mientras que la segunda será crono-secuencial, a pesar de que, de este último aspecto nos centremos en su capítulo correspondiente.

También querríamos poner de manifiesto que, de los casos indicados, se hará una mención especial a aquellos paralelos que sean muy parecidos o casi idénticos a ciertos ejemplares que componen nuestro corpus. Esto será más evidente en el caso de las referencias a los materiales y yacimientos chipriotas. Una referencia pormenorizada a cada caso concreto haría muy complicado conseguir un mínimo de agilidad en un texto ya de por sí complicado de leer. Por otro lado, también se indicarán ciertos casos de especial significación, ya sea desde el punto de vista formal como decorativo. Por esta razón, en ocasiones hemos hecho un ensayo de aplicación de nuestros planteamientos tipológicos a materiales hallados en otros lugares, de ahí la mención de tipos no desarrollados por nosotros en los apartados anteriores.

No obstante, debemos tener en cuenta, finalmente, que en el caso de yacimientos no fenicios, dejando aparte los materiales chipriotas, la asimilación de ejemplares a los tipos propios fenicios no significa que éstos tengan necesariamente ese origen. Simplemente seguimos utilizando la misma terminología por la misma necesidad, mencionada antes, de agilizar el estudio.

Por otro lado, debemos indicar que en el caso de los paralelos a nuestras cráteras chipriotas hallados en contextos chipriotas, no ha sido aplicada la tipología empleada aquí y simplemente hemos indicado la fecha relativa dada por los autores de sus respectivos estudios. Nuestra intención no es adaptar el material chipriota a nuestra propuesta tipológica, por lo que respetamos las clasificaciones originales. Sin embargo, nos guardamos la posibilidad de poner en duda algunas de estas precisiones.

Yacimiento	Autor	Referencia
Tiro	Bikai 1978	<u>Estr.XVI</u> : crátera micénica (pl.XLVIII: 3, Myc.IIIB) ¹ ; ¿crátera anforoide fenicia? (pl.XLVIIA: 13) <u>Estr. XV</u> : Cr r1 (pl.XLII: 21) ² <u>Estr.XIV</u> : CrF1 (pl.XLI: 7) ³ , CrF2 (pl.XLI:4) ⁴ <u>Estr.X-1</u> : CrC (pl.XXIII: 20, White-Painted I o II chipriota) <u>Estr.III</u> : CrF1a (pl.VII: 8) ⁵
	Seeden 1991 (<i>Al Bass</i> 1990)	CrF1a: urn 1 (figs.1-2), urn 4 (figs.7-8) CrF1b: urn 6 (figs.11-12) CrF1f: urn 5 (figs.9-10) CrC1a: urn 2 (figs.3-4), urn 3 (figs.5-6), urn 8 (figs. 15-16) CrC1c: urn 9 (figs.17-18) ⁶

Tel er-Rachidiyeh	Culican 1982	Cr C1b (fig.11: a, b)
	Doumet 1982 (T.IV)	CrF1a: pl. I: 3, pl. III: 54, pl. IV: 62 CrF1b: pl. III: 53 CrF1f: pl. II: 38, 41 ⁷ ; pl. IV: 124 CrF1b/c: pl. I: 4 ⁸ Cr C1a: pl. V: 2; pl. VI: 12; pl. VII: 22; pl. VIII: 37/45, 48; pl. IX: 49 ⁹ . Cr C1c: pl. VI: 17; pl. VII: 18 ¹⁰
Sarepta	Anderson 1988	<u>Nivel F</u> : Cr r3 (pl. 30:8) <u>Nivel D2</u> : Cr r1 (pl. 31: 2, pl. 32: 11), Cr r2 (pl. 32: 11, 14) <u>Nivel D1</u> : Cr F1 (pl. 34: 10) ¹¹
	Pritchard 1988	Cr F1a: fig. 43: 12 (= fig. 44: 12)
Beirut	Badre 1997	<u>Rock-Cut Chamber</u> : crátera anforoide micénica (fig. 30: 1-3) <u>3rd. Destruction layer</u> : Cr C (fig. 35: 13) ¹² , Cr r4 (fig. 35: 14) ¹³ <u>Level of abandonment</u> : Cr r4 (fig. 37: 9); Cr C (fig. 39: 5, 6, 7, del Chipro-Arcaico I) ¹⁴
Khalde	Saidah 1966	CrF1a: T. 121, nr. 20 (pp. 66, 68) ¹⁵ CrF1b: T. 21-23, nr. 47 (pp. 74, 77) ¹⁶ CrF1c: T. 3, nr.7 (pp. 60-61) ¹⁷
Tambourit	Saidah 1977	CrF1b: nr. 10 (p. 141)
Biblos	Salles 1980 (<i>Nécropole</i> "K")	CrF1b: K 11: 24 (pp. 55, 94, pl. 26: 1 y pl. XVII: 10) ¹⁸ CrF2: K 1: 474 (pp.55, 94, pl. 26: 2 y pl. XVII: 9) ¹⁹
National Museum Beirut	Chapman 1972	CrF1b: nr. 81 (fig. 19, de Khirbet Silm) ²⁰ , nr. 212 (fig. 19, de Joya) ²¹ , nr. 213 (fig. 32, de Joya), nr. 314 (fig. 32, de Qasmieh) ²² , nr. 317 (fig. 20, origen desconocido) ²³ CrF1f: nr. 80 (fig. 32, de Khirbet Silm), nr. 214 (fig. 20, de Joya) CrF1/2: nrs. 209-211 (fig. 18, todas de Joya) ²⁴
Walid Jumblat Colection	Seif 1995	CrF1a: pl. 11: 66; pl. 12: 73, 74, 75; pl. 13: 77, 78, 80, 81; pl. 14: 83; pl. 16: 93, 94, 98; pl. 17: 99 ²⁵ . CrF1b: pl. 12: 72; pl. 13: 79; pl. 14: 84, 85, 86; pl. 16: 95, 96 ²⁶ . CrF1c: pl. 16: 97; pl. 17: 102. CrF1f: pl.12: 76; pl. 17: 101 ²⁷ . CrF3: pl. 11: 68 ²⁸ . CrF1a/d: pl. 13: 82. CrF1b/c: pl. 15: 92. CrC1a: pl. 17: 103; pl. 14: 87; pl. 15: 91. CrC2a: pl. 15: 38, 39, 90 ²⁹ ; pl. 18: 104-106 ³⁰ . CrC2b: pl. 17: 100.
Akhziv	Praunitz 1966	CrF1b: fig. 2b CrF1f: fig. 2a ³¹ CrC2a: fig. 3
	Dayagi – Mendels 2002	Cr F: type K1 (pp. 118-119, fig. 5.4: 1) Cr C: type K2 (pp. 118-119, fig. 5.4: 2) CrF1a: T. ZIII: 3 (pp. 13-14, fig. 3.4) CrF1d: T. ZR XLVI: 1 (pp. 106-107, fig. 4.31: 1) CrC1a/b: T. ZR XLVI: 2 (pp. 106-107, fig. 4.31: 2) ³²
Tel Keisan	Briend – Humbert 1980	<u>Level 6</u> : CrF1f con un borde del tipo Cr r2 (pl. 46: 1) <u>Level 5</u> : CrF1d (pl. 44: 1) <u>Level 4</u> : CrF1e (pl. 28: 9)
Tel Abu-Hawam	Balensi 1980 (Str. V and IV)	Cráteras micénicas (pl. 31, Myc. IIIA-B, str. V and IV) Cr r3 (pl. 10: 9, str. IV) Cr F2 (pl. 9: 1, 7, 8, str. V)
	Herrera 1989 (Str. III)	CrF1: pl. 91: 300, 301 ³³

Tel Dor	Gilboa 2001	CrF1e: pl. 5.5: 18 (Area G, phase 9) ³⁴ CrF1: pl. 5.14: 5, 6 (Area G, phase 9) ³⁵ CrF2: pp. 113-114 ³⁶
Megiddo	Lamon – Shipton 1939	CrF1c: pl. 9: 31 (hallazgo de superficie) CrF1d: pl. 22: 127 (str. VA-IVB) ³⁷
	Loud 1948	CrF2: pl. 66: 2, 3, 4 (str. VIIB), pl. 69: 14, 16, pl. 70: 1, 2 (str. VIIA), pl.78: 17, 19, pl. 79: 1, 2, pl. 85: 4, 5 (str. VIA) ³⁸ CrC1a: pl.89: 7 (str. IVA-IVB) ³⁹ Pl. 89:4 ⁴⁰
	Guy – Engerbg 1938 (Megiddo Tombs)	Cr: pl. 69: 5 (T. 39) ⁴¹ CrF2. Ejemplos del Bronce Tardío: pl. 8: 10 (T.1101B Upper), pl. 13: 24 (T.877B1), pl. 31: 4 (T.911B), pl. 32: 22, 23 (T.912A1), pl. 34: 8 (T.912B), pl. 64: 34, 35 (T.73); Ejemplos del Hierro I: pl. 9 (T.1101C), pl. 68: 16 (T. 39, posiblemente BT II o Hierro I), pl. 70: 12-17 (T.221B), pl. 73: 3 (T.1090A)
Hazor	Yadin 1958	<u>Estr. VII</u> : pl. L: 3 (Cr F1) ⁴² <u>Estr. VI</u> : pl. LII: 5 (cfr. nuestro tipo Cr F1c) <u>Estr. V</u> : pl. LXVII: 32 (similar a la cratera del str. VI)
	Yadin <i>et al.</i> 1960	<u>Estr. VII</u> : pl. LXV: 7 ⁴³ <u>Estr. VI</u> : pl. LXVIII: 7 (parece ser una versión ancha de nuestro Cr F1b) <u>Estr. VA</u> : pl. LXXXIII: 10, 11 (similar a nuestro Cr F1c); pl. LXXXIV: 3, 4, 5 (como los dos últimos ejemplos); pl. CVII: 10 (Cr F1c con un hombro marcado)
	Yadin <i>et al.</i> 1989	<u>Estr. VII</u> : pl. CCXLVII: 23 (Cr F1c de cuello largo) <u>Estr. VI</u> : pl. CLXXXIII: 15 (versión ancha de Cr F1c); pl. CLXXXIV: 3 (Cr F2) ⁴⁴ ; pl. CLXXXV: 13 (Cr F1); pl. CCXIX: 15, 16 (Cr F1c/2) ⁴⁵
	Ben-Tor – Bonfil 1997	<u>Estr. VII</u> : fig. III.33: 22 (Cr F1c) ⁴⁶ <u>Estr. V</u> : fig. III.44.44: 15 (Cr r2); fig. III.48: 7, 9 (Cr F1, borde Cr r1)
Tel er-Reqeish	Culican 1973	CrF1b: R.20, R23 (fig. 4) CrF1c: R16 (fig. 3) CrF1d: R11 (fig. 2) CrF1e: R7 (fig. 2) CrF1f: R15 (fig. 3)
Tel Batash	Kelm – Mazar 1989	p. 44 ⁴⁷
Tel Kazel	Badre 1999-2000	Cr F1b: p.193, fig. 44: b ⁴⁸ Cr F1d: p. 173, fig. 31: j, k (Area IV, level 5) ⁴⁹ Cr F2: p. 157, fig. 17: a, p. 167, fig. 27: h (Area IV, level 6) ⁵⁰ ; p.183, fig. 37: b y p. 186, fig. 39: g (Area IV, level 5)
Ras el-Bassit	Courbin 1993	CrC2: T.8 (C.507, fig. 13: 2 y pl. 9:1), T.9 (C.545, fig. 13: 4 and pl. 10: 1, 2), T.20 (C.528, fig. 14: 3 y pl. 16: 3), T.31 (C.1070, fig.14: 4 y pl. 24: 2), T.37 (C.1081, fig. 14: 1 y pl. 30: 1, 2), T.48 (C.5752, fig. 14: 5 y pl. 33: 2) ⁵¹
Al Mina	Du Plat Tayor 1959	CrC: fig. 3: 2, 4-9 y 13, pl. XXIIa: 1-5 ⁵²

Figura 4.17. Referencias y paralelos para las crateras.

2. Ánforas decoradas (Ad)

Esta es la segunda de las formas cerámicas incluidas dentro de los grandes contenedores. Si bien su origen formal estaría en las ánforas de almacenamiento, al menos en lo que hace referencia a los tipos locales, su evolución ha dado lugar a la consolidación de una forma cerámica distinta. No se trata, pues, de una distinción tipológica sobre la base de parámetros decorativos.

Esta forma se caracteriza por ser un contenedor de tamaño mediano o grande, cerrado, con base por lo general estable, y dos asas opuestas, normalmente verticales, ocasionalmente horizontales, y ubicadas en el hombro. Finalmente, los cuellos pueden aparecer o no, situación esta última en la que el borde es directo.

De manera breve, su origen se hallaría en la costumbre, registrada durante el Bronce Tardío en Canaán, de decorar con pintura algunas ánforas de almacenamiento comunes (véase, por ejemplo, Amiran 1969: págs. 144-145, pl. 44), de ahí que Amiran las conociese por el nombre de *domestic storage jars* (1969: 142-144). La autora suponía a estas ánforas un uso cotidiano dentro de ámbito doméstico, diferenciándolas de las que se utilizaban para el almacenamiento y transporte. Por su parte, esta costumbre daría lugar en la Edad del Hierro a una forma cerámica de características propias, aunque seguramente bajo la influencia del repertorio chipriota (véase más abajo).

Esto no significaría la inexistencia en este mismo periodo de ánforas de almacenamiento, en sentido estrictamente tipológico, que hayan podido recoger algún tipo de decoración pintada. La razón sería la existencia de dos formas cerámicas diferentes, surgidas de un tronco común. No obstante, en los casos en que las ánforas comunes están pintadas, se pueden observar en ellas algunas características formales ligeramente distintas al resto, como tamaños más pequeños y manejables, así como cuellos por lo general altos y estrechos (véase, por ejemplo, Bikai 1978a: pl. VII: 3, del estrato III de Tiro, con las ánforas comunes del mismo estrato que aparecen en la pl. IV: 4, 5 y 6; véase también Pritchard 1988: 295, fig. 4 y compárese con el resto de ánforas ilustradas en esa figura, aunque sean de cronologías distintas, con Bikai 1987: XXI, o Yadin *et. al* 1961: pl. CCXXI: 9). Estas características especiales podrían indicarnos la presencia de un tipo cerámico situado a medio camino entre las ánforas decoradas y las ánforas comunes.

Por estas razones de tipo formal y por la escasez de ejemplares recuperados en contextos urbanos, pensamos que las ánforas decoradas halladas en Al Bass estaban proyectadas exclusivamente como contenedores de restos humanos. Si esta consideración se debe de aplicar también a las cráteras, sea cual sea su origen, es una cuestión que habría que aclarar con mayor detenimiento, posiblemente en otro lugar.

Volviendo a las ánforas decoradas objeto de nuestro análisis, a la hora de ejecutar su clasificación hemos seguido el mismo planteamiento flexible utilizado en el caso de la forma cerámica anterior. De este modo, si bien se han tenido en cuenta básicamente los mismos atributos formales, las características particulares de las ánforas decoradas han hecho que entren en juego nuevas circunstancias, como sería la forma del borde, mientras que otros atributos se tienen en

cuenta de manera distinta, caso de los cuellos o los cuerpos. Además, su uso es distinto según sea el origen, debido a que, como se verá más adelante, resulta muy difícil establecer parámetros que puedan ser utilizados de manera común.

La tipología tendrá, de nuevo, en cuenta el origen de los materiales a la hora de articular la clasificación. Se distinguirá, por consiguiente, entre ánforas de origen fenicio y chipriota.

2.a. Ánforas decoradas de origen fenicio (Ad F)

Sólo ha sido registrado un tipo de ánfora decorada (Ad F1). A simple vista observaremos la existencia de una serie homogénea de atributos formales que podrían ser considerados como básicos para el tipo presente en al – Bass. Este sería el caso de los cuerpos piriformes invertidos de contornos más o menos regulares, así como de los cuellos altos, ya sean cilíndricos o troncocónicos, marcados en el lugar de su unión con la parte superior del hombro por medio de un escalón, y acabados en su parte superior en un borde directo. No obstante, en este caso, el atributo que define la existencia de subtipos sería la forma de los bordes. De este modo, el primer subtipo (Ad F1a) sería definido a partir de unos bordes simples y labios planos (U.20-1), con un engrosamiento ligero por la cara interior (U.14-1, U.38-1, P.12 del Sector I/II), o por la cara exterior (U.29-1).



Figura 4.18. Ánfora decorada fenicia del subtipo Ad F1a.

Por su parte, el segundo subtipo (Ad F1b) muestra un engrosamiento por la parte exterior del borde, cuya forma es más o menos triangular (U.2-1 y U.28-1). En ocasiones este borde está provisto de una concavidad por la cara interior (U.15-1 y U.35-1), sin duda en origen para acomodar una tapadera.



Figura 4.19. Ánfora decorada fenicia del subtipo Ad F1b.

Todos los ejemplares muestran bases anulares salvo una excepción, que es reentrante (U.2-1). Por su parte, las asas tienen una disposición vertical sobre el hombro, aunque en un caso éstas son horizontales (U.28-1), un recurso no común en el repertorio cerámico fenicio metropolitano, no así en el caso de ciertos ambientes coloniales, como por ejemplo el precinto de Tanit en Cartago (Harden 1937: 67, fig. 3: e-g; *ibid*: 72, fig. 4: d).

En lo referente a las características técnicas y de las superficies de estas ánforas decoradas debemos, de nuevo, hacer hincapié en el estado en el que han llegado los ejemplares a nosotros. Por consiguiente, debemos tomar los datos que serán descritos a continuación con cierta precaución.

Desde el punto de vista de las pastas, todas ellas son de calidad media o cuidada, con desgrasantes de tamaño fino y mediano, que aparecen con una frecuencia de tipo medio. Por otro lado, domina el simple alisado de las superficies, sin recibir ningún tipo de recubrimiento especial. Los casos que sí cuentan con un baño arcilloso son una minoría muy clara.

Sobre estas superficies aparece decoración pintada, la cual puede ser monocroma o bien bícroma. Los lugares en los que aparece son los cuellos, hombros y la mitad inferior del cuerpo, ocasionalmente en los bordes. No obstante, en principio, la zona que recibiría el motivo decorativo principal, la de las asas, no ha mostrado ninguno.

A su vez, el patrón decorativo más frecuente es una combinación de bandas rojas y filetes negros. En pocos casos ha podido ser observada de manera casi completa (U.15-1 y U.29-1), y en ellos el cuello está cubierto completamente de pintura roja, la cual llega hasta el inicio del hombro, y, a veces, incluso ha cubierto la parte interior del borde. Estos cuellos, a su vez, presentan una banda reservada que está ocupada por una serie de filetes negros, los mismos que aparecen en el hombro, justo por debajo de la zona pintada. Adicionalmente, por encima del arranque superior de las asas aparece una banda de color rojo, la cual enmarcaría por su parte superior la zona de las asas, mientras que la parte inferior de la citada zona está enmarcada por una o dos bandas adicionales, también de color rojo. Algunos ejemplares pudieron presentar en su momento este mismo patrón decorativo (U.14-1, U.20-1, U.35-1, U.38-1 y P.12:1 del Sector I/II), aunque es difícil concretar más sobre ellos.

Los patrones decorativos restantes son complicados de definir. Quizás U.2-1 sea el único que presenta un patrón alternativo en el que sólo domina el color rojo. Además, en esta ánfora se ha observado que la pintura de color rojo también se extiende sobre el lomo de las dos asas. Del resto, sólo queda U.28-1, que presenta el borde completamente cubierto de pintura roja como única decoración, aunque posiblemente esté incompleta.

2.b. Ánforas decoradas chipriotas

A la hora de tratar los ejemplares no locales tenemos en cuenta muchas de las observaciones realizadas en su momento con relación a las cráteras de origen chipriota. En especial nos referimos a la cuestión del origen exacto de estas vasijas y a la posible existencia de centros no insulares de producción. No obstante, la causa principal de la creación de esta nueva categoría está basada

en las propias características de las vasijas en cuestión. Tanto sus atributos formales como los decorativos muestran rasgos propios que los diferencian de los que presentan los materiales que denominamos 'locales'.

Han sido diferenciados dos tipos principales sobre la base de los respectivos atributos formales y la manera en la que están combinados. Hemos de indicar, por otra parte, que las clasificaciones de materiales chipriotas y egeos reconocen en estos dos tipos formas cerámicas distintas. A pesar de ello, hemos creído más oportuno agruparlas en una misma forma cerámica, de la que hemos diferenciado los dos tipos que se van a desarrollar a continuación.

2.b.1. Ánforas decoradas chipriotas provistas de cuello corto (Ad C1)

Este primer tipo se corresponde con las llamadas *jars with horizontal / vertical handles* de Gjerstad (1960: 112-113, figs. 4 y 5), y se caracteriza, como se ha indicado, por ser un contenedor de tamaño medio o grande y contar con un cuello corto de anchura variable.

En este caso, se podrá observar que la forma exacta del cuerpo ha dejado de ser para nosotros un factor clasificatorio primordial para convertirse en un elemento secundario. De hecho, sobre la base de las características de los cuellos es posible diferenciar entre dos subtipos. El primero de ellos (Ad C1a) cuenta con cuellos más estrechos y algo más anchos, mientras que el segundo (Ad C1b), los tendría más cortos y anchos.

No obstante, antes de profundizar en las características propias de estos dos subtipos, debemos indicar que este tipo tiene su origen en el repertorio micénico (Gjerstad 1944; *idem* 1948: 282; Furumark 1944), en el que se conoce bien como *late storage jar* (Furumark 1944: 37-38, fig. 9, FS 63-64) o como *collar-necked jar* (Mountjoy 1984: 125). Furumark pensó en su momento que su aparición en este repertorio se encontró en el Heládico Tardío IIIC inicial (Furumark 1944: 594-595), sin embargo, Mountjoy ha sido capaz de reubicar ese inicio en el Heládico Tardío IIIB1 (Mountjoy 1986: 125, table 3). Sea como fuese, esta forma pasó al repertorio chipriota, convirtiéndose en característica del Tardo-Chipriota III (Gjerstad 1944; *idem* 1948: 282; Furumark 1944), y de ahí al Chipro-Geométrico I.

Por el contrario, Gjerstad (1960: 113), considera que los ejemplares que presentan asas verticales tendrían su origen tipológico en el repertorio cerámico levantino continental. Por consiguiente, sería probable la participación de las ánforas decoradas del Bronce Tardío cananeo, ya citadas antes, en todo el proceso de formación de esta forma cerámica micénico/chipriota. Sin embargo, y al contrario de lo que sucedía en el caso de las cráteras anforoides, no ha sido hallado ningún ejemplar de este tipo con origen egeo en el continente (véase Leonard 1994).

Las ánforas que componen este primer tipo muestran cuerpos piriformes invertidos y cuellos cortos de tendencia vertical o bien algo abierta. A su vez, las características de estos cuellos darían lugar a dos subtipos, por un lado uno con unos cuello relativamente más altos y estrechos (Ad C1a: U.47-1 y U.48-1), muy cercanos en lo formal a los ejemplares locales. Por su parte, los ejemplares del segundo subtipo (Ad C1b) son más cortos y anchos, lo que aparece combinado

con unos cuerpos piriformes de apariencia más ancha (U.5-1) o de contornos más redondeados (U.3-1). Finalmente, se ha registrado un ejemplar incompleto (U.19-1), que muestra un cuerpo piriforme achaparrado y resaltes a modo de remaches metálicos a ambos lados de la unión superior del asa al hombro. No se ha conservado su cuello, por lo que no se ha podido precisar más en su clasificación.

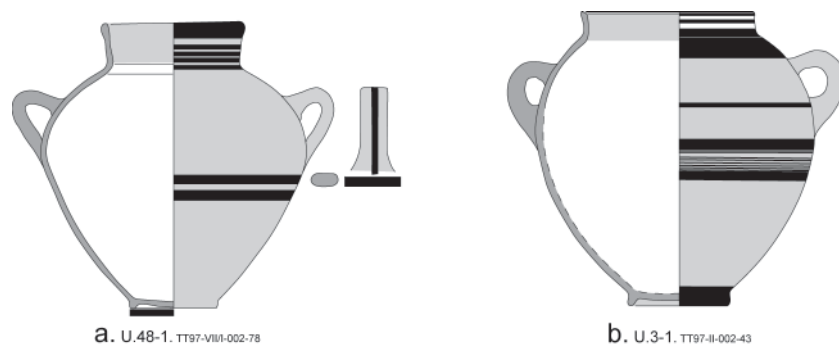


Figura 4.20. Ánforas decoradas chipriotas de los subtipos Ad C1a y b.

Respecto a los aspectos técnicos de este primer tipo, las pastas de los ejemplares incluidos en este tipo se caracterizan por mostrar una calidad media a cuidada y ser, por lo general, compactas. Los desgrasantes, por su parte, suelen presentar frecuencias medias a frecuentes, y existe una variabilidad en los tamaños, que normalmente es fino y mediano.

En cuanto al tratamiento de las superficies, y a pesar del estado de conservación, destaca el dominio del recubrimiento con engobe rojo, normalmente alisado de manera homogénea, no bruñido. Sólo se separa de esta tendencia general el caso dudoso U.19-1, que aparece recubierto de un baño arcilloso de color marrón claro/crema, homogéneo y bien alisado. Encima de este recubrimiento encontramos una decoración pintada de color negro en el caso de los ejemplares recubiertos de engobe rojo, mientras que en el restante la decoración es bícroma, en negro y rojo apagado. Su planteamiento consiste en combinaciones de bandas y filetes negros y su organización es la conocida por Gjerstad como *zone style*, ya vista antes en el caso de las cráteras chipriotas.

Todos los ejemplares recubiertos de engobe rojo muestran el mismo patrón decorativo. En él, la decoración se concentra en cuellos, hombros, zona de las asas, en las asas, inmediatamente debajo de éstas, y la base. Dos de ellas, el cuello y el hombro, muestran una sucesión de filetes enmarcados por encima y debajo por bandas de mayor anchura. A su vez, hemos de destacar que, en el caso de los ejemplares recubiertos de engobe rojo, la zona del cuello ocupada por los filetes suele aparecer libre de éste (U.3-1, U.5-1 y U.47-1).

La zona del asa vuelve a recoger el motivo decorativo principal. En este caso, encontramos, al menos, dos motivos principales. El primero de ellos es sencillo, una simple banda horizontal ubicada en el centro del citado espacio (U.3-1). Por su parte, el segundo de ellos es más complejo. Consiste en diversas combinaciones de grupos de círculos concéntricos (U.5-1), aunque las características reales de la decoración no se han podido observar completamente. Finalmente, U.19-1 no parece mostrar decoración alguna en la zona de las asas, aunque su estado fragmentario puede haber provocado esta situación.

2.b.2. Ánforas decoradas chipriotas provistas de cuello altos (Ad C2)

Estas ánforas se corresponden con las *belly-handled amphorae* de Gjerstad (1960: 120, fig. 14). Su origen formal, como el del tipo anterior, está en el repertorio micénico (Furumark 1944: 36, fig. 8, FS 58), en el que apareció en el Heládico Tardío III C inicial (Furumark 1944: 594-595; Mountjoy 1986: table III).

Como se ha indicado anteriormente, este tipo se caracteriza principalmente por ser unos contenedores de tamaño mediano o grande de cuerpo de forma piriforme invertida, que presentan dos asas opuestas, generalmente en el caso de al - Bass horizontales y, especialmente, unos cuellos más altos y estrechos de los que presentaba el tipo anterior.

Es posible distinguir dos subtipos sobre la base de la proporción existente entre el tamaño del cuerpo en comparación con la del cuello. De este modo, el primero de estos subtipos (Ad C2a) muestra cuerpo anchos de contornos redondeados (U.22-1, y probablemente U.25-1 y P.16 del Sector 0), mientras que el segundo (Ad C2b) se caracteriza por ser más alto y estilizado (U.23-1).

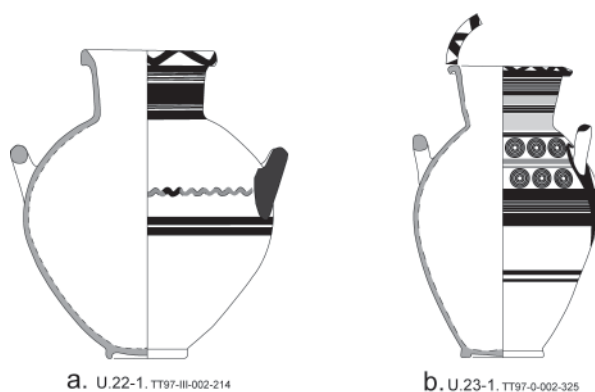


Figura 4.21. Ánforas decoradas chipriotas de los subtipos Ad C2a y b.

Por lo que respecta a algunos atributos formales secundarios, podemos decir que los bordes pueden ser bien verticales con un engrosamiento exterior de sección triangular (U.22-1), o abierta, ya tenga una disposición horizontal (U.25-1) o bien pendiente (U.23-1).

Si nos centramos en los aspectos técnicos de las urnas de este tipo, observamos que, de manera general, todos los aspectos de carácter técnico que presentan estos ejemplares coinciden con los del tipo Ad C1. Así, nos encontramos con unas pastas que, generalmente, son de calidad cuidada y compactas. No obstante, el tratamiento de las superficies muestra una mayor variedad de recursos. De este modo, observaremos un caso en los que las superficies están recubiertas de baño arcilloso de color marrón claro (U.23-1), así como otro de engobe rojo (U.64-1), ambos alisados, no bruñidos.

La decoración que presentan estos ejemplares es pintada y el patrón decorativo es, de nuevo, el *zone style* de Gjerstad. De hecho, la organización de la decoración es exactamente la misma que hemos visto en el tipo Ad C1. La única diferencia es la extensión de la decoración

del cuello, que es lógicamente mayor. En cuanto a los motivos centrales, hemos observado dos diferentes. El primero consiste en la típica banda ondulada (U.22-1), que en ocasiones puede ser doble (P.16 del Sector 0), mientras que el segundo es nuevo, se trata de dos hileras horizontales de grupos de círculos concéntricos (U.23-1). La decoración de este último ejemplar, además, es bícroma, roja y negra.

Un caso aparte sería el del ánfora U.25-1, que muestra un motivo secundario que une el arranque del cuello y el grupo de bandas y filetes del hombro. Este motivo decorativo consiste en dos triglifos entre los que aparece una línea vertical en zig-zag.

Otra zona del cuerpo que muestra decoración destacable es el borde. En este caso hemos encontrado dos posibilidades. La primera es pintar todo el borde en negro (U.25-1), mientras que la segunda es una banda en zig-zag (U.22-1 y U.23-1).

2.b.3. Aspectos crono-secuenciales referentes a las ánforas decoradas chipriotas.

En este apartado vamos a tratar todas las ánforas decoradas de origen chipriota de manera conjunta. Esto se debe a que las pautas propias de cada momento secuencial son aplicables, de manera general, a todas ellas.

De manera resumida, podemos decir que, tal y como sucedió en el caso de las cráteras anforoides, son dos los periodos representados por estos materiales, por un lado, el Chipro-Geométrico III y, por el otro, el Chipro-Arcaico I, este último de manera más abundante. No obstante, habría un tercer ejemplar que podría pertenecer a un momento anterior. Se trata del fragmento de panza P.16 del Sector 0, cuya banda ondulada doble tiene paralelos en el Chipro-Geométrico II (Gjerstad 1948: fig.XIV: 1).

El ejemplar que mejor se ajusta a los patrones propios del Chipro-Geométrico III es la urna U.25-1. Durante este periodo, las ánforas de asas horizontales cuentan con cuellos de paredes rectas, en ocasiones con una arista horizontal justo debajo del borde (Gjerstad 1948: 55, fig. XX: 1 y 2, de la *White-Painted III ware*, y fig. XXIV: 1, de la *Bichrome III*, aunque sus asas son verticales; *idem* 1960: 120). Por otro lado, el motivo secundario que presenta U.25-1 en el hombro aparece en este mismo periodo (Gjerstad 1948: fig. XX: 3), aunque no es extraño en momentos anteriores (Gjerstad 1948: fig. XII: 3, 11, 13, 14, 16, de la *White-Painted II*).

Como hemos indicado, el periodo más representado es el Chipro-Arcaico I. Durante esta fase las ánforas decoradas, ya tengan cuellos bajos o altos, muestran unas características particulares (Gjerstad 1960: 112-113, 120). En primer lugar, se han descrito dos tipos de cuerpo. Por un lado tenemos cuerpos de contornos redondeados, como los de U.3-1 o U.23-1, y, por el otro, ejemplares con hombros marcados, como sería el caso de U.5-1, U.19-1, U.22-1, U.47-1 y U.48-1.

En segundo lugar, los cuellos muestran rasgos propios según los casos. En el de las ánforas de cuellos bajos, éstos son cortos, anchos y de tendencia cilíndrica. Las ánforas U.3-1 y U.5-1 se ajustarían a este patrón. Un caso aparte es el de las ánforas U.47-1 y U.48-1, que muestran cuellos estrechos y relativamente más altos. No obstante, las características de los cuerpos de estas

dos urnas se ajustaría a lo esperado durante el Chipro-Arcaico I. En cuanto al tipo de cuellos altos, en este periodo esperamos cuellos de paredes rectas y abiertas, en definitiva, las que presentan las ánforas U.22-1 y U.23-1.

Si juntamos todas las características formales mencionadas, veremos cómo la totalidad de las ánforas decoradas del subtipo Ad C1b se fecharían en el Chipro-Arcaico I (Gjerstad 1948: fig. XLI: 1 y 2, ambas de la *Bichrome-Red I* [IV]). A su vez, las categorías cerámicas que representan son dos, la *Black-on-Red II* (IV) (U.5-1) y la *Bichrome-Red I* (IV) (U.3-1). Ya hemos indicado que las ánforas U.47-1 y U.48-1 pertenecerían también a este mismo periodo, esta vez, en representación de dos categorías cerámicas, la *Black-on-Red II* (IV) y la *Bichrome-Red I* (IV).

Por lo que respecta a las ánforas de cuellos largos, los dos ejemplares también se datarían en este momento: por un lado, U.22-1, el ejemplar de cuerpo relativamente más ancho (*White-Painted IV*, respectivamente; compárese con Gjerstad 1948: fig. XXIX: 12, de la *White-Painted IV*), mientras que, por el otro, estaría U.23-1, el subtipo de figura estilizada (Gjerstad 1948: fig. XXXV: 13-15, de la *Bichrome IV*). También pertenecería, finalmente, a la *Bichrome IV* el ánfora U.19-1, cuyo patrón decorativo es similar, como hemos indicado ya, a los mostrados por algunas de las cráteras anforoides de esta misma época.

2.c. Referencias y paralelos

A continuación vamos a tratar con los paralelos y referencias crono-secuenciales de las ánforas decoradas fenicias y chipriotas. En este sentido, las indicaciones realizadas para las cráteras son válidas ahora.

Yacimiento	Autor	Referencia
Tiro	Bikai 1978	Str. X-2: Ad C2 (pl. XXVIII: 9)
	Seeden 1992 (<i>Al Bass</i> 1990)	Similar al subtipo Ad C1b: Urn 7 (fig. 13-14) ⁵³ Ad C2a ⁵⁴
Tel er-Rachidiyeh	Doumet 1982 (T. IV) ⁵⁵	Ad C2a: nr. 7 (pl. V), nr.13 (photo 13), nr.39 (photo 14) ⁵⁶
	Culican 1982	Ad C1b: fig. 11.c Ad C2b: fig. 11.d ⁵⁷
Sarepta	Anderson 1988	Nivel E: Ad C2 (pl. 32 :2, <i>White-Painted I ware</i>) ⁵⁸ .
Beirut	Badre 1997	<i>Level of abandonment</i> : Ad C2a (fig. 39: 8, <i>Black-on-Red V ware</i>). <i>Storage room</i> : Ad F1b (fig. 45: 14) ⁵⁹ ; Ad C2a (fig. 46:1, <i>White-Painted V ware</i>) ⁶⁰
Tel Keisan	Briend – Humbert 1980	Level 9c: Ad F (pl. 67: 2, 5 ⁶¹ ; pl. 69: 4, 5, 6 ⁶²) Level 5: Ad F (pl. 47: 9) ⁶³ Level 4: Ad C2 (pl. 32: 10, <i>White-Painted IV ware</i>) ⁶⁴ Level 3: Ad C2a (pl. 19:1, <i>White-Painted V ware</i>) ⁶⁵ , Ad C2 (pl. 19: 2, también <i>White-Painted V ware</i>)
Walid Jumblat Colection	Seif 1995	Ad C1a: pl. 11: 69, <i>Black-on-Red II ware</i> ⁶⁶ Ad C2a: pl. 11: 70 ⁶⁷ Ad C2a: pl. 18: 107, <i>White-Painted II o III ware</i> ⁶⁸
Megiddo	Lamon – Shipton 1938	Ad C2a: fig. 12: 65 ⁶⁹
Ras el-Bassit	Courbin 1993	Ad C2b: T.1 (C1, fig. 13: 1 y pl. 4: 2), T.6 (C514, fig. 13: 2 y pl. 7: 1), T.15 (C522, fig. 13: 3, pl. 13: 1 y C523, fig. 15: 1 y pl. 13. 2), T.19 (C546, fig. 12: 5 y pl. 15: 2), T.24 (C530, fig. 12: 3 y pl. 18: 2, 3) ⁷⁰ ; T.3 (C537, fig. 7: 3 y pl. 5: 3) ⁷¹ .

Al Mina	Du Plat Taylor 1959	Ad C1b: fig. 3: 14, 15. Ad C2a: fig. 4: 3.
----------------	---------------------	-----------------------------------------------

Figura 4.22. Ánforas decoradas. Referencias y paralelos.

3. Ánforas de almacenamiento (Al)

Esta forma cerámica, relacionada directamente con las ánforas decoradas, comprende los contenedores destinados al almacenamiento y transporte. Lógicamente, los atributos formales que muestra, así como la carencia general de decoración, son los apropiados para cumplir convenientemente con su función.

Podemos suponer que la apariencia de los atributos formales y su disposición responde, en este caso, a las necesidades de conservación y transporte de sus contenidos. Es más, ese mismo contenido debería condicionarlas, al menos en parte. En consecuencia, y de manera muy sintética, a nuestra mente vienen tres condicionantes, en parte relacionados con las características de dichos contenidos. El primero estaría en conexión con los patrones métricos en uso, y cuya manifestación se vería principalmente en la variación de tamaños. El segundo sería el tipo de cierre del envase, dado que, lógicamente, cada tipo de sustancia haría necesaria una manera particular de sellado y, por consiguiente, una forma distinta de borde. La tercera, y última, estaría relacionada con la forma en su conjunto, dado que diferentes tipos de transporte (marítimo, en carretas o en alforjas), requeriría diferentes tipos de cuerpo.

De manera general, en esta época las ánforas de almacenamiento presentan cuerpos con bases inestables, hombros diferenciados del cuerpo, ya sea a través de carenas o de inflexiones del contorno, bordes de dimensiones variables, y dos asas opuestas ubicadas al nivel de la citada inflexión del hombro. Por su parte, desde un punto de vista técnico destacan las características de sus pastas, de las que podemos remarcar especialmente su dureza, la cual ha llevado a conocer algunas de sus variantes como *crisp ware* (Bikai 1978a: 48; *idem* 1978b: 46).

Esta dureza es una respuesta lógica a una necesidad de impermeabilidad y, en la medida de lo posible, aislamiento de los contenidos. A lograr esta condición ayuda, a su vez, la presencia de una pátina que aparece en muchos casos sobre las superficies y que es conocida en la bibliografía anglo-sajona como *bloom* (Bikai 1978b: 46; Anderson 320). Si bien, en ocasiones, esta pátina es confundida por un baño arcilloso, su génesis reside en la utilización de agua salina en los procesos de modelado del ánfora. De este modo, durante el secado de las vasijas se ha observado una migración de las sales hacia la superficie, las cuales, finalmente, dan lugar a esta 'costra' tras su paso por los hornos (Orton-Tyers-Vince 1997: 136).

En otro orden de cosas, a la hora de tratar esta forma cerámica en Tiro – Al Bass nos encontramos con un problema fundamental. Se trata de la falta de ejemplares completos, lo que imposibilita ajustar a la hora de distinguir tipos. No obstante, los pocos casos con que contamos muestran los suficientes atributos formales como para distinguir, al menos, tres tipos distintos, todos ellos locales.

Por consiguiente, la naturaleza especial de la representación en Al-Bass de esta forma cerámica nos obligará a actuar de manera distinta. Así, en cada uno de los apartados dedicados a los respectivos tipos nos centraremos en las características de los materiales a nuestra disposición. Del mismo modo, en otro apartado completaremos estos tres tipos sobre la base de la evidencia obtenida en otros yacimientos, así como en algunos estudios dedicados exclusivamente a esta forma cerámica. Por consiguiente, la necesidad de desarrollar convenientemente cada uno de ellos no obligará a complementar la tabla de referencias y paralelos al final del apartado con una serie de comentarios adicionales que completen y clarifiquen, en lo posible, las características de los citados tipos.

3.a. Ánforas de aspecto ancho (Al F1)

Este primer tipo se caracteriza por presentar una apariencia ancha, en el que el contorno del cuerpo muestra un hombro marcado, no necesariamente carenado, y un ligero ensanchamiento del cuerpo justo debajo de la conexión inferior de las asas con éste. A su vez, el citado ensanchamiento se va agrandando conforme avanzamos hacia la base, de modo que puede igualar o, incluso, superar en diámetro el del hombro. Finalmente, las bases, aún siendo inestables y a veces acabando en un ligero abultamiento, son de tendencia ancha.

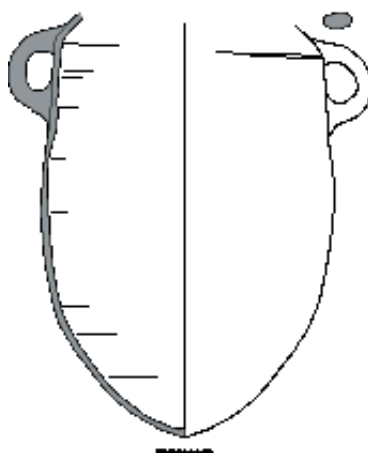


Figura 4.23. Ánfora de almacenamiento del tipo Al F1.

Sólo un ejemplar muestra la mayoría de sus atributos formales. Se trata de U.17-1, una ánfora a la que se cortó en tiempos antiguos el hombro y el borde. No obstante, en ella podemos ver las características que han sido definidas más arriba. Por otro lado, tenemos el fragmento de una base, P.12:2 del Testigo I/II, cuyo contorno ancho, es muy similar al que muestra U.17-1, por lo que su adscripción a este grupo sería casi segura. Así mismo, han sido registrados algunos fragmentos de hombro, uno de los cuales (U.6-1:1) muestra una carena similar a la de U.17-1, mientras que las otras son más bien curvadas que no carenadas (P.1:4 del Sector I y U.7-4). Un último ejemplar (U.13-1:1) muestra las improntas de los puntos de unión de las asas y, juzgando

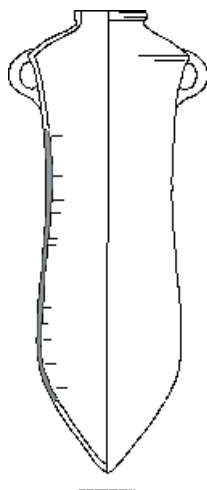
por la inclinación de las paredes, podría también pertenecer a este tipo. Un aspecto interesante es que, a pesar de que la sección del asa es redondeada, al igual que el resto de casos registrados, la parte inferior lo es cuadrangular, algo que ha sido observado en materiales, aún sin publicar, recuperados en excavaciones realizadas en el glacis de la muralla fenicia de Beirut (Bey 020).

Desde un punto de vista técnico, la pasta que presenta este ejemplares es de tipo común, con desgrasantes de todos los tamaños y una frecuencia media. Aparte de estos rasgos, el que más destaca sería su dureza, ya indicada anteriormente. Por su parte, las superficies están simplemente alisadas y en ellas se ve la mencionada pátina o *bloom*.

3.b. Ánforas de aspecto estilizado (Al F2)

El segundo tipo que ha sido distinguido es una clara derivación del anterior (Sagona 1982: 73), tanto desde un punto de vista tipológico como secuencial.

Figura 4.24. Ánfora de almacenamiento del tipo Al F2.



En este caso no poseemos ningún ejemplar que muestre buena parte de las características del tipo de una manera conjunta. Tan sólo podemos mostrar fragmentos, de los que podríamos destacar tres. El primero de ellos sería P.1: 1 del Sector I, una porción de panza que muestra la elongación indicada más arriba, desde un punto que sería próximo al arranque inferior de las asas hasta el inicio de la base.

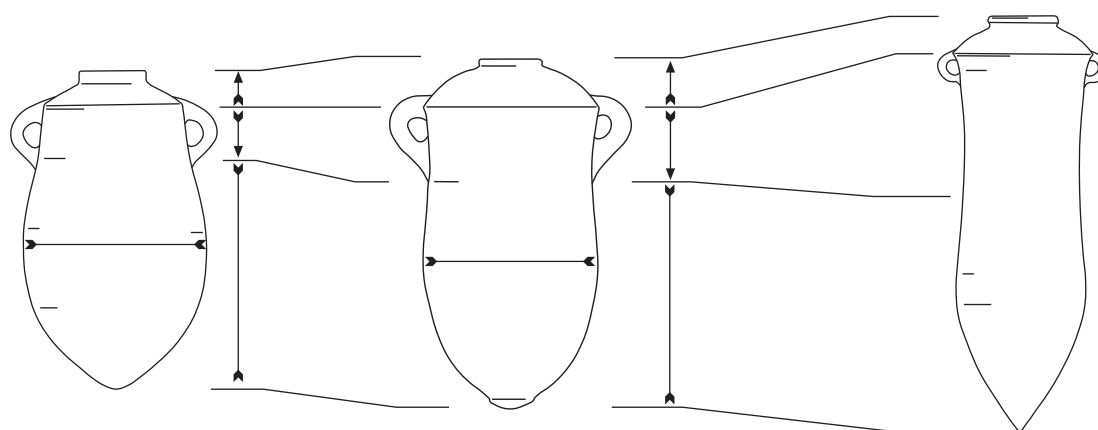
Desde un punto de vista técnico, el ejemplar incluido en este tipo Al F2 presenta unas características similares a las ya vistas en el caso anterior. De este modo, contamos de nuevo con pastas de calidad media, por lo general compactas y con unas inclusiones que pueden ser de todos los tamaños, aunque dominan las finas y medianas. Por su parte, las superficies están alisadas y presentan el *bloom* característico.

Ya hemos indicado antes que este tipo habría derivado de Al F1. En realidad, sería el fruto de un proceso por el que los cuerpos del tipo anterior se alargan y estrechan, de manera que el

espacio más o menos rectilíneo situado debajo del arranque inferior de las asas del tipo Al F1 se extiende hacia abajo pronunciando ese contorno y adquiriendo una tendencia vertical o ligeramente inclinada hacia adentro. Por su parte, la porción de cuerpo situada debajo de este tramo rectilíneo se compacta y adquiere una base más apuntada. Finalmente, los hombros adquieren una forma más afilada.

Este proceso se puede observar en el siguiente esquema.

Figura 4.25. Figura 1.112. Propuesta esquemática del proceso de transformación experimentado por las ánforas del tipo Al F1 hasta dar lugar al tipo Al F2 (a: Bikai 1978a: pl. XXI: 13, Tiro, estr. IX; b: Gal – Alexandre 2000: fig.



III.95: 18, Hurbat Rosh Zayit, estr. IIa; c: Bikai 1978a: pl. II: 10, Tiro, estrato II).

De manera general, parece que la evolución de este tipo iría desde ejemplares de paredes rectas hacia otros de cinturas más marcadas, mientras que los bordes experimentarían una reducción de su tamaño, pasando de ser altos a presentar un aspecto más compacto (Bikai 1978: 48; *idem* 1978a: 46). A partir del material con el que contamos no podemos ajustar excesivamente en qué momento nos situaríamos dentro de esta evolución.

3.c. Aspectos tipológicos generales, referencias y paralelos

No podemos analizar las ánforas de almacenamiento de Tiro - Al Bass, o de cualquier otro lugar, sin hacer referencia al citado estudio realizado por A. Sagona, al que se podría añadir, quizás, el realizado por Bikai (1978: 48-49; *idem* 1978a: 43-50, pl. XCIV). Una de las ventajas que presenta el trabajo del primer autor es su planteamiento, por el que se analizan las ánforas sobre la base de su forma general, y no a partir de ciertos atributos formales determinados, como sería el caso de la clasificación de Anderson en Sarepta (1988: 189-200, pl. 49).

De manera muy general, podríamos establecer algunas equivalencias con sus tipos. Así, nuestro Al F1 correspondería a sus tipos 1 y 9 (Sagona 1982: 73-75 y 85, figs. 1: 1 y 2: 10), mientras que Al F2 podría coincidir con su tipo 2 (Sagona 1982: 75-78, fig. 1: 2-5).

A continuación presentamos las referencias que consideramos más relevantes para caracterizar los tipos hallados en Tiro – Al Bass. No se trata, por consiguiente, de un listado

exhaustivo de paralelos, dado que los autores citados ya proporcionan listados completos. Por otro lado, intentaremos completar estos listados mostrando, junto a los casos más interesantes para nosotros, otros ejemplares más recientes. Volvemos a indicar que, de la misma manera que en el caso de las formas cerámicas antes analizadas, todos estos datos serán analizados desde un punto de vista secuencial en el apartado de las conclusiones.

Yacimiento	Autor	Referencia
Tiro	Bikai 1978	<u>Estr. XII</u> : pl. XXXI: 19 (SJ-9; Al F1, a pesar del cuerpo ancho, su contorno recuerda al de pl. XXXV: 11)
		<u>Estr. XI</u> : pl. XXIX: 14 (SJ-9; Al F1, versión más estrecha del último ejemplar indicado)
		<u>Estr. X-2</u> : pl. XXVI: 13, 18, 21 (SJ-9; Al F1, quizás una variante de paredes más rectilíneas) <u>Estr. IX</u> : pl. XXI: 12, 13 (SJ-9; Al 1, aunque el nº 13 es el que más se parecería a U.17-1, mientras que el nº 12 se relacionaría con las ánforas pl. XXXV: 11, de estrato XIII-1, pl. pl. XXXI: 19, del estrato XII, y pl. XXIX: 14, del estrato XI) <u>Estr. IV</u> : pl. XIV: 13, 16 (SJ-9; Al F1, el segundo ejemplar se asemeja mucho a U.17-1); aunque no se ha ilustrado ningún ejemplar, en este estrato aparece por primera vez el tipo Al F2 (pág. 44, tabla 10A, tipos 4 a 7) <u>Estr. II</u> : pl. IV: 1 (SJ-2; parecería un tipo a medio camino entre nuestro Al F1 y 2); pl. IV: 2-5 (nos. 2 y 3 SJ miscelánea, nº 4 SJ-5, nº 5 SJ-6; Al F2); pl. III: 1, 3-8 (nos. 1, 3-6 SJ-5, nos 7 y 8 SJ-4; Al F2); pl. II: 1-11 (SJ-5; Al F2)
Sarepta	Anderson 1988	<u>Nivel C1</u> : pl. 37: 11 y 12 (SJ-17 y SJ-15B respectivamente; Al F2)
	Pritchard 1988	Al F1: fig. 43: 10 Al F1/2: fig. 43: 1 (véase de nuevo Bikai 1978a: pl. IV: 1 del estrato II de Tiro) Al F2: fig. 43: 2
Beirut	Badre 1997	<i>'Level of abandonment'</i> : fig. 37: 1, 2 (Al F2) <i>'Storage rooms'</i> : fig. 42: 1 (Al F1); fig. 43: 1, 2 (Al F2), 3 y 6 (Al F1); fig. 44: 3, 4 y 5 (Al F2).
Akhziv	Mazar 2001	<u>T.C. 2</u> : fig. 20b: 6, 9, 18 (Al F2, especialmente claro en el último caso por estar completa) <u>T.A. 70</u> : fig. 62: 3, 4 (posiblemente Al F2 y 1 respectivamente) <u>T.A. 72</u> : fig. 64: 20 (posiblemente Al F1, aunque su aspecto es compacto, mientras que el borde es compacto, el hombro muestra una carena afilada y una base muy apuntada)
	Mazar 2004	Al F2: fig. 3: 1
	Dayagi – Mendels 2002	Z I: fig. 3.1: 16, 19 (Al F2, de cadera muy marcada, carenas afiladas y bordes compactos) Z III: fig. 3.4: 4 (Al F3 de hombro muy marcado, borde compacto y base apuntada) ZR VI: fig. 4.5: 2 (posiblemente Al F1), 4 (Al F2) ZR VIII: fig. 4.6: 3 (Al F1) ZR X: fig. 4.8: 1 (Al F1), 2 (Al F2) ZR XLI: fig. 4.19: 1 (Al F1)
Tel Keisan	Briend – Humbert 1980	<u>Niv. 7</u> : pl. 50: 3, 5, 7 y 8 (Al F1, especialmente los nos. 7 y 8); pl. 50: 1, 2 y 4 (variante de cuerpo oval) <u>Niv. 5</u> : pl. 47: 1, 2, 3, 4 y 6 (Al F2); pl. 47: 8 (Al F3); pl. 47: 7 (variante de cuerpo oval) <u>Niv. 4</u> : pl. 25: 1, 4, 5, 7 y 8 (Al F2); pl. 25: 2, 6 (Al F1, con bordes compactos, hombros carenados y bases apuntadas); pl. 27 (Al F2) <u>Niv. 3</u> : pl. 18: 1-11 (Al F1, mismos rasgos que los casos del nivel anterior, aunque destacan los hombros cortos y aplanados)

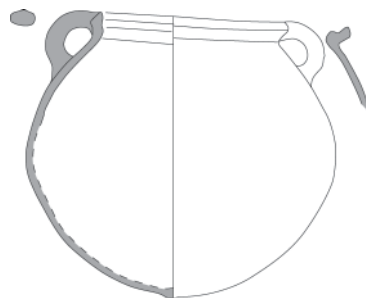
Hurbat Rosh Zayit	Gal – Alexandre 2000	<p><u>Estr. IIb</u>: fig. III.72: 9 (Al F1, destaca el cuello cilíndrico y la ‘cintura’ marcada; compárese con Bikai 1978a: pl. XXI: 12 del estrato IX de Tiro); fig. III.74: 17, 18, 19, 20 y 21 (Al F1, destacan también los cuellos cilíndricos); fig. III.74: 16 (variante de cuerpo oval, aunque el resto de atributos es similar al de los casos anteriores)</p> <p><u>Estr. IIa</u>: fig. III.84: 1-3 (Al F1; los cuellos son cilíndricos, aunque el primero muestra una arista en su base); fig. III.86: 11, 12, 14 y 15 (Al F1; destacan los bordes simples y altos, aunque aparecen otros que muestran anillos como sería el caso de los nos. 11 y 12); fig. III.87: 5-8 (Al F1); fig. III.90: 3 (Al F1); fig. III.92: 4-6, 8-11 (Al F1, de ellos destacan las ‘cinturas’ de los nos. 6 y 8); fig. III.94: 3 (Al F1; el resto de ejemplares presentados en la figura, los nos. 1 y 2, corresponderían a la variante de cuerpo oval, aunque de ellos destacan sus cuello con una arista horizontal)</p> <p><u>Estr. I</u>: fig. III.122: 3 y 4 (Al F1, de borde sencillo, alto y de disposición vertical el primero, mientras que el segundo muestra un cuello de forma troncocónica)</p>
Megiddo	Lamon – Shipton 1939	<p>Al F1: pl. 13: 67 (estr. I), 68 (estrs. II-I; versión ancha); pl. 14: 73 (estr. I; destaca su borde compacto y el hombro muy carenado); pl. 20: 119 (estr. VA/IVB; este ejemplar es muy cercano a U.17-1), 120, 121 (estr. VA/IVB; las dos son versiones de paredes más curvas)</p> <p>Al F2: pl. 14: 72 (estrs. IVA-III); pl. 15: 78 (estrs. IVA-II; este ejemplar está a medio camino entre Al F1 y 2 por su ‘cintura’, que está poco marcada); pl. 16: 79 (estrs. III-I), 80 (estrs. III-I), 81 (estrs. IVA-I); pl. 17: 83 (estrs. III-I)</p>
	Finkelstein – Ussishkin – Halpern 2000 (sólo se mencionan los ejemplares procedentes de las nuevas excavaciones)	<p><u>Estr. K-3 (= VB)</u>: fig. 11.19: 15 (Al F1), 18 (Al F3; destaca su cuello alto y vertical, así como el hombro marcado; este ejemplar es muy parecido a nuestro U.74-1)</p> <p><u>Estr. K-2 (= VA/IVB)</u>: fig. 11.21: 7 (Al F1)</p> <p><u>Estr. H-3 (= IVA)</u>: fig. 11.47: 2, 5, 7, 9, 10, 12 (Al F1); fig. 11.47: 4 (Al F2); fig. 11.53: 13 (Al F2)</p> <p><u>Estr. H-2</u> (no reconocido antes): fig. 11.59: 4 (Al F2)</p>
	Guy – Engberg 1938	<p><u>T. 73</u> (Bronce Tardío II y Hierro): pl. 65: 17 y 18 (Al F2)</p> <p><u>T. 80C</u> (Hierro I o II): pl. 75: 12 (Al F1)</p>

Hazor	Yadin 1958	<u>Estr. V</u> : pl. LVII: 9 (Al F1), 10 y 11 (Al F2) <u>Estrs. III-IV</u> : pl. LXXVIII: 26 (Al F2) <u>Estr. II</u> : pl. LXXXIII: 1, 3 (versiones estilizadas de Al F1)
	Yadin <i>et al.</i> 1960	<u>Estr. IX-X</u> : pl. LII: 21 (Al F1; decorada con pintura roja y aspecto más ancho, una característica propia de los ejemplares de este tipo decorados) <u>Estr. VIII</u> : pl. LIX: 4 (Al F1; características similares al ejemplar anterior), 7 (ánfora de cuerpo oval, decorada y de aspecto ancho); pl. LX: 6 (Al F1), 10 (Al F2) <u>Estr. VI</u> : pl. LXXI: 9 (Al F1); pls. LXXII y LXXIII (todos los ejemplares son del tipo Al F2) <u>Estr. V</u> : pl. LXXV: 15 (¿Al F1?) <u>Estr. VA</u> : pl. XC: 1 a 7 (Al F2); pl. XCI (todos los ejemplares son del tipo Al F2); pl. XCVI: 1 (Al F2); pl. CVII: 12 (Al F2) <u>Estr. IV</u> : pl. CI: 9, 10, 12, 13, 14 y 15 (distintas variantes del tipo Al F2)
	Yadin <i>et al.</i> 1961	<u>Estr. XB</u> : pl. CLXXII: 10, 11 y 14 (Al F1; de ellas, los nos. 11 y 14 son los más próximos a nuestra U.17-1 <u>Estr. X-IX</u> : pl. CCXI: 1, 2 (Al F1) <u>Estr. IXA</u> : pl. CLXXIX: 16 (Al F1) <u>Estr. VII-VIII</u> : pl. CCXVI: 9 (Al F2) <u>Estr. VII</u> : pl. CLXXX: 19, 20 (Al F2); pl. CCXVI: 6 y 7 (Al F1) <u>Estr. VI</u> : pl. CLXXXVI: 14, posiblemente también 17 (Al F1), 11, 12, 13, 15, 18 y 19 (todas Al F2) <u>Estr. V</u> : pl. CLXXXIX: 22 (Al F2); pl. CCLIII: 1 (Al F2) <u>Estr. VA</u> : pl. CCXXIX: 9 a 13 (Al F2); pl. CCXXX: 28, 29 (Al F2; destaca especialmente la carena afilada del n° 29, así como su borde compacto
	Ben-Tor – Bonfil 1997	<u>Estr. VI</u> : fig. II.55: 5 (Al F2); fig. III.37: 11 (Al F2); fig. III.40: 1, 5 (Al F2) <u>Estr. V</u> : fig. III.43: 7 (Al F2); fig. III.46: 1 (Al F2)

Figura 4.26. Referencias y paralelos para las ánforas de almacenamiento.

4. Ollas de cocina (Oc)

La última de las formas cerámicas que fueron usadas como urna cineraria es la olla de cocina. Sólo ha sido registrado un ejemplar completo, por lo que la muestra está, lógicamente, infrarepresentada.



U.54-1. TT97-VII-002-172

Figura 4.27. Olla de cocina del tipo Oc F1.

El ejemplar en cuestión, U.54-1, daría lugar al único tipo representado hasta la fecha en al – Bass (Oc F1), y estaría caracterizado por mostrar un cuerpo de tendencia globular, así como un borde corto, de disposición irregular, es decir, es vertical en una parte y abierta, casi horizontal

en otra, que estaría, a su vez, separado del cuerpo a través de un cuello corto. Este borde muestra un engrosamiento en su cara exterior de sección triangular, compensada por su parte interior por medio de una concavidad destinada a alojar el borde de una posible tapadera. Dos asas de sección ovalada conectan la cara exterior del borde con la parte superior del hombro. Finalmente, la base, redondeada, cuenta con un ligero resalte en la parte central de su cara exterior a forma de botón.

Se cuenta, además, con un fragmento de borde de olla, U.53-7:1), similar al que presenta el ejemplar completo, aunque carente de la concavidad de su parte interior.

En cuanto a los aspectos técnicos, las pastas de los dos ejemplares son de calidad media y compactas. Por su parte, las inclusiones son de tamaño fino y mediano, mientras que su frecuencia va de media a abundante. Finalmente, las superficies están alisadas y no presentan ningún tipo de recubrimiento especial.

4.a. Referencias y paralelos

En este punto vamos a actuar del mismo modo que en el caso de las formas cerámicas anteriores. No pretendemos presentar una lista exhaustiva de paralelos, sino que intentaremos, en lo posible, amoldarnos a la naturaleza del material con el que contamos.

No obstante, debemos indicar que es difícil en ocasiones hacer comparaciones exactas con las clasificaciones de otros autores, especialmente en los casos en los que éstas se establecen a partir de ciertos atributos como son los bordes, y no sobre la base de ollas completas.

Yacimiento	Autor	Referencia
Tiro	Bikai 1978	<u>Estrs. III-II</u> : pl. XII: 24, 26, 27, 28 y 31 (son del tipo CP1, un tipo establecido a partir de los bordes y no de la apariencia general de las ollas, cuya vida comprendería los estratos IV a II; véase pág. 50, pl. XCIII: 1) <u>Estr. I</u> : pl. I: 17 (tipo misceláneo; su cuerpo es globular, mientras que el borde parece ser redondeado)
Sarepta	Anderson 1988	<u>Nivel D1</u> : pl. 33: 15 (tipo CP-15; es el tipo de borde que se corresponde con el que presenta U.54-1; véase la pág. 226, y la tabla 13B; su duración comprende los estratos D1 a C1)
Tel Keisan	Briend – Humbert 1980	<u>Estr. 4</u> : pl. 34: 2 (Oc-1, además, su borde sería como el de U.53-7:1, sin embargo, el cuerpo está abombado a nivel de su parte central)
Hurbat Rosh Zayit	Gal – Alexandre 2000	<u>Area C, Building 330</u> : fig. VII.8: 2, 3 (dos ollas que presentan unos bordes similares al de U.54-1, no obstante, los cuerpos son distintos entre sí, uno de panza carenada y el otro con el máximo diámetro de su cuerpo en la mitad inferior del mismo)

Hazor	Yadin 1958	<u>Estr. V</u> : pl. LXVII: 36 (su cuerpo es de tendencia globular, similar al de U.54-1, aunque su borde es distinto) <u>Estrs. V-IV</u> : pl. LXXII: 2, 3 (ambas ollas son similares al ejemplo anterior, aunque la concavidad de la parte interior del borde recuerda a nuestra U.54-1)
	Yadin <i>et al.</i> 1960	<u>Estr. VI</u> : pl. LXIX: 17 (parece pertenecer a nuestro tipo Oc-1, incluyendo un borde) <u>Estr. VA</u> : pl. LXXXV: 13 (podría pertenecer al tipo Oc-1a, de todos modos, el borde es como el de U.53-7:1) <u>Estr. IV</u> : pl. XCIX: 16 (Oc-1; la forma del cuerpo es bicónica simétrica, lo que podría dar lugar a un tipo diferente, no obstante, el borde sería como el de U.53-7:1)
	Yadin <i>et al.</i> 1961	<u>Estr. VI</u> : pl. CLXXXIII: 1 (como el último caso mencionado, el cuerpo está carenado y es bicónico simétrico, el borde pertenecería al tipo de U.54-1); destaca que la base, inestable, presenta una especie de base anular); pl. CLXXXIV: 5 (similar al caso anterior) <u>Estr. VA</u> : pl. CCXXVII: 13 (Oc-1 de cuerpo carenado; el borde pertenecería al tipo Oc[br]-1a), 18 (Oc-1a con borde de U.54-1 y asa de sección redondeada)
Kinneret	Fritz 1990	<u>Estr. I A</u> : pl. 78: 4 (Oc-1 con borde similar al de U.54-1) <u>Estr. II</u> : pl. 92: 1 (Oc-1 de cuerpo bicónico, el borde sería una variante del tipo de U.54-1, de labio redondeado)

Figura 4.28. Referencias y paralelos para las ánforas de almacenamiento.

5. Cántaros (Ct)

Por cántaro entendemos un contenedor cerrado, de tamaño medio o grande, y, en especial, carente de asas. Sólo contamos con un ejemplar que se amolda a esta definición, U.42-7:1, el cual, a su vez, es una miniatura. Por consiguiente, es muy poco lo que se puede decir sobre esta forma cerámica sobre su representación en el cementerio de Tiro – Al Bass.

En este caso, en el tipo Ct F1 incluiríamos todos aquellos ejemplares de contenedor cerrado que, como U.42-7:1, carezcan de cuello, es decir, que el borde se encuentra situado directamente a continuación del cuerpo, tenga o no un hombro destacado. De manera teórica, la forma del cuerpo es lo que establece los diversos subtipos, mientras que la forma del hombro, si aparece, podría ser utilizado, en un momento posterior, para establecer variantes a los distintos tipos.



U.42-9:1. TT97-VIII-002-135

Figura 4.29. Cántaro del tipo Ct F1.

La vasija en cuestión presenta un cuerpo piriforme derecho, es decir, su parte más ancha se encuentra en su mitad inferior. Además, está alargado verticalmente, y base es redondeada, aunque cuenta con una especie de pivote en su centro. Finalmente, el borde, de forma ahusada, está situado, sin solución de continuidad, inmediatamente después del hombro, cuyas paredes están incurvadas y tienen un contorno redondeado.

Desde la perspectiva de sus aspectos técnicos, U.42-7:1 presenta una pasta de calidad fina, blanda, mientras que sus superficies están recubiertas de engobe rojo alisado.

De manera general, y guardando las distancias, la forma de este subtipo recuerda al de los cuerpos de las ánforas de almacenamiento del tipo Al F1. Es más, sobre la base de las referencias indicadas en la tabla que viene a continuación, nos cabe la duda si la miniatura representa lo que la bibliografía anglo-sajona denomina una *hole-mouth jar*, o bien un *pithos*, una forma cerámica que podría denominarse en castellano como tinaja. Otra posibilidad sería asimilar esta miniatura a la costumbre de cortar los hombros de las ánforas de almacenamiento para convertirlas en urnas. Sería, en definitiva, un proceso similar al que se experimentó hasta que se dio lugar al tipo Cr F3.

5.a. Referencias y paralelos.

Vamos a intentar, en la medida de lo posible, encontrar referentes que nos ayuden a identificar desde un punto de vista tipológico y secuencial esta forma cerámica. No obstante, hemos de indicar que no hemos hallado ningún paralelo exacto, tan sólo ejemplares que se aproximan más o menos al ejemplar proveniente de al - Bass.

Yacimiento	Autor	Referencia
Tiro	Bikai 1978	<u>Estr. X-1</u> : pl. XXIV: 1 (SJ miscelánea; formalmente parece ser similar, aunque es sólo un fragmento de borde de paredes inclinadas hacia el centro de la vasija)
Sarepta	Anderson 1988	<u>Nivel D1</u> : pl. 33: 1 (SJ-19, véase págs. 199-200; forma cerámica similar al ejemplar proveniente de Tiro) <u>Nivel C1</u> : pl. 38: 6 (RR-3, véase pág. 187; en este caso, se trata de un pithos, es decir, una tinaja, un contenedor de grandes dimensiones destinado exclusivamente al almacenamiento; en este caso, la disposición del borde es similar, no así su forma, que tiene una sección redondeada)
Beirut National Museum	Chapman 1972	<u>Khirbet Silm</u> : págs. 112-113, nº 82, fig. 22 (la forma del cuerpo es similar, aunque el borde es vertical)
Akhziv	Mazar 2001	<u>T.C. 4</u> : págs. 24-25, fig. 8: 2 (si no se trata de una ánfora del tipo Al F2 a la que se ha quitado el hombro, este ejemplar es muy similar al ejemplar de Khirbet-Silm mencionado antes)
	Dayagi-Mendels 2002	<u>ZX</u> : págs. 21-22, fig. 3.9: 5 (su apariencia general es la misma que la de nuestro ejemplar, salvo el hombro, que es recto, y el borde, que está exvasado)

Hurbat Rosh Zayit	Gal – Alexandre 2000	<u>Estr. IIa</u> : fig. III.90: 1 (<i>hole-mouth jar</i> ; su aspecto es similar al de nuestro ejemplar, aunque, como en el caso de la vasija de la tumba Z X de Akhziv, la disposición del borde es abierta) <u>Estr. I</u> : fig. III.122: 2 (similar al caso anterior) <u>Area B</u> : fig. VI.13: 5-10 (las paredes del ejemplar completo, el n° 1, son verticales, no obstante el n° 2 parece acercarse más a la forma del ejemplar de Al Bass)
Tel Mevorakh	Stern 1978	<u>Estrs. IV-VI</u> : fig. 8: 17-19 (el contorno de sus cuerpos es incurvado, la diferencia con U.42-7:1 está el borde engrosado por el exterior)
Ashdod	Dothan 1971	<u>Estr. VIII</u> : fig. 47: 4, 5 (vasijas de cuerpo piriforme invertido, borde incurvado y engrosado por el exterior, y base anular)
	Dothan – Porath 1982	<u>Estr. VII</u> : fig. 23: 4-6 y fig. 27: 4-5 (<i>hole-mouth jars</i> de paredes verticales o ligeramente inclinadas hacia adentro y bordes engrosados por el exterior de tendencia horizontal)
Tel er-Requeish	Culican 1973	<u>R3</u> : págs. 69-70 y 83, figs. 1 y 10: 462 (<i>hole-mouth jar</i> de paredes verticales y borde directo) <u>R12</u> : págs. 72-73, fig. 2 (vasija similar a la anterior, aunque sus paredes, verticales, están algo más inclinadas hacia el centro)
Taanach	Rast 1978	<u>Periodo IIA</u> : fig. 22: 1, 7 y 8 (bordes incurvados y engrosados por el exterior de vasijas) <u>Periodo IIB</u> : fig. 35: 2 (con un cuerpo piriforme y hombro redondeado, sólo el borde es ligeramente erecto)
Beth Shan	James 1966	<u>Upper level V</u> : fig. 40 ('vasijas sin asas y bases apuntadas'; la forma del ejemplar completo, el n° 11, se asemeja a nuestro ejemplar, mientras que la forma del hombro se correspondería con el n° 14, no así la forma del borde)
	Yadin – Geva 1986	<u>Estr. 4</u> : fig. 35: 4 (<i>jar</i> ; se asemeja al caso completo anterior y, por lo tanto, a nuestro ejemplar, salvo la forma del borde)
Megiddo	Lamon – Shipton 1939	pl. 11: 53, 54, 57 (<i>hole-mouth jars</i> , estrs. IV[A] a I, salvo el tipo 53 de bordes abiertos que llega sólo hasta el estr. III, el resto presenta bordes inclinados hacia adentro) pl. 20: 117 y 118 ('estrato V[A/IVB]'; vasijas similares al tipo 53, citado antes)
	Loud 1948	<u>Estr. IVA</u> : pl. 91: 8 (vasija de apariencia muy cercana al de U.42-7:1, a excepción de la forma del borde, que está engrosado)
Hazor	Yadin 1958	<u>Estr. VIII</u> : pl. XLVII: 25 (borde incurvado y engrosado con sección redondeada)
	Yadin <i>et al.</i> 1960	<u>Estr. VIII</u> : pl. LIX: 1 y 2 (vasijas inestables de cuerpo piriforme y bordes incurvados, aunque engrosados y con dos asas verticales en el caso de n° 2)
	Yadin <i>et al.</i> 1961	<u>Estr. VII</u> : pl. CCXVIII: 10, 13 y 14 (<i>hole-mouth jars</i> de bordes abiertos y cuerpos piriformes) <u>Estr. VI</u> : pl. CLXXXVI: 1 (vasija similar a la n° 2 de la referencia anterior) <u>Estr. V</u> : pl. CCLIII: 7 (<i>pitios</i> de paredes incurvadas, aunque un borde engrosado con una sección redondeada)
	Ben-Tor – Bonfil 1997	<u>Estr. VII</u> : fig. III.33: 21 (vasija de características similares al caso anterior) <u>Estr. VI</u> : fig. III.36: 11 (mismo caso, aunque el borde tiene una sección triangular)

Figura 4.30. Referencias y paralelos de los cántaros.

6. Vasijas indeterminadas (Vj)

Hay un número importante de fragmentos de vasija que no han podido ser puestos en relación con una forma cerámica determinada. Estos fragmentos consisten en su mayoría en fragmentos de pared, decorados o no, aunque contamos también con fragmentos de borde, asas y bases. Dado que en la mayoría de casos repetiríamos muchas de las cosas que han sido ya dichas, nos vamos a hacer eco sólo de dos casos relevantes.

Dos fragmentos de base resaltan sobre el resto. El primero, P.6 del Sector 0, es una base de disco cuya transición desde la parte baja del cuerpo se hace por medio de un estrangulamiento de esa parte. Bases de este tipo no son comunes, y sólo hemos sido capaces de encontrar un paralelo en Tèl Abu Hawam (Herrera 1989: pl. 91: 300). No obstante, ya hemos visto anteriormente en el caso de las cráteras, que las bases con un contorno exterior son comunes en el Bronce Tardío y en los estadios iniciales de la Edad del Hierro. Estos serían los casos de Tel Kazel (Badre-Gubel 1999-2000: 173, fig. 31: j), Khaldé (Saidah 1966: 74 y 77, nr. 47, tumba 21), Megiddo (Finkelstein-Zimhoni-Kafri 2000: 247, fig. 11.2: 8 y p. 251, fig. 11.5: 7, ambos del estrato VIA), y de un ejemplar hallado en un contexto libanés desconocido (Seif 1995: pl. 11: 67).

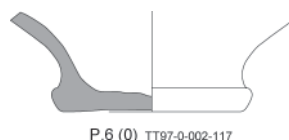


Figura 4.31. Base de disco P.6 del Sector 0.

Somos de la opinión que este tipo de bases deberían ser puestas en relación con las del tipo 'torus' de origen micénico (Furumark 1941: 91, 98 y fig. 24; Mountjoy 1986: 201, fig. 270). Este elemento sería posteriormente adaptado por los alfareros cananeo-fenicios y mantenido en su repertorio ya fuese en la forma de una base de disco o bien anular alta.

El segundo caso pertenece a una base anular alta (P.28: 1.2 del Sector 0). Lo que destaca de ella es precisamente su altura, que posiblemente significa que podríamos estar frente a un ejemplar antiguo, quizás, incluso, perteneciente a los estadios finales del Bronce Tardío o los primeros momentos de la Edad del Hierro. En este sentido, llamaríamos la atención sobre la crátera anforoide hallada en el estrato XIV de Tiro (Bikai 1978: pl. XLI: 7), ya mencionada antes.

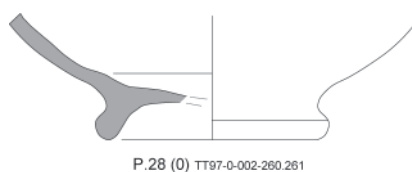


Figura 4.32. Base anular P.28: 1.2 del Sector 0.

Grupo Formal II. Las jarras.

Este grupo formal incluye todos aquellos recipientes de tamaño mediano o pequeño cuya función fue, al menos teóricamente, la de contener líquidos de diversa naturaleza. Ya se ha comentado la naturaleza de los enterramientos y la variabilidad existente en cuanto a la presencia en ellas de ejemplares de este grupo formal. En total se han reconocido cinco formas cerámicas básicas: jarras de cuello anillado, escanciadores, olpes, jarras provistas de pico vertedor, askoi y jarras en barril. Se ha recogido, por último, un grupo en el que se engloban aquellos fragmentos de difícil adscripción a un grupo formal determinado. Sería el de las 'jarras indeterminadas', y su tratamiento se hará, como sucedió en el grupo formal anterior, cuando la relevancia del ejemplar en cuestión lo merezca.

Estas formas cerámicas presentan la siguiente relación.

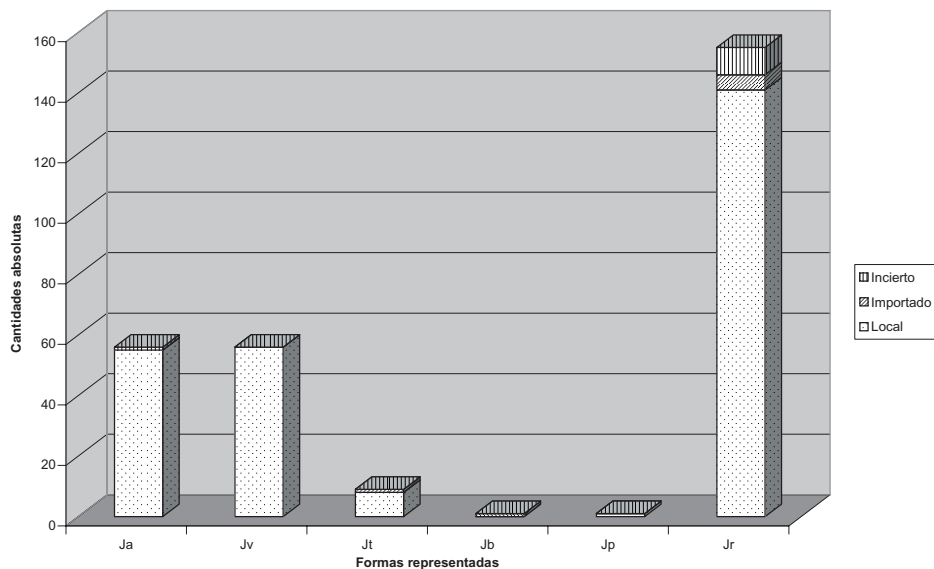


Figura 4.33. Relación entre los distintos componentes del Grupo Formal II y sus respectivos orígenes (en números absolutos).

Como también sucedía en el caso del Grupo Formal de los grandes contenedores, el mayor número de casos se incluirían en el apartado de tipología incierta, algo que, también como en el caso anterior, viene provocado por la abundancia de fragmentos. Si dejamos de lado este apartado heterogéneo y atendemos a los casos que sí han podido ser clasificados con precisión, observaremos la existencia de dos formas cerámicas dominantes, por un lado las jarras de cuello anillado y los escanciadores. Es interesante observar cómo el resto de formas cerámicas identificadas cuentan con una representación que puede ser definida de meramente testimonial.

A continuación vamos a desarrollar los tipos cerámicos en cuestión. Para ello seguiremos los mismos parámetros utilizados al tratar el Grupo Cerámico I.

1. Jarras de cuello anillado (Ja)

Las jarras de cuello anillado representan uno de los elementos más representativos de la Edad del Hierro fenicia. De hecho, y como se verá más adelante, su entidad es tal que su relevancia desde el punto de vista secuencial no es equiparada por ninguna de las demás formas cerámicas del repertorio cerámico fenicio. De hecho, y gracias especialmente a sus atributos, tanto formales como decorativos, y sus características a lo largo del tiempo, esta forma cerámica puede ser considerada como el fósil guía secuencial del periodo fenicio.

Esta forma cerámica se caracteriza por la presencia de un resalte situado en el cuello articulándolo en dos mitades diferenciadas. Este resalte, por su parte, puede estar ubicado al mismo nivel del extremo superior del asa, o bien por encima de este lugar. De manera general, y como se observó especialmente en el caso de las cráteras, todo intento de clasificación tipológica de los ejemplares de esta forma cerámica se encuentra con la presencia de una gran variabilidad en la forma y disposición de los distintos atributos formales susceptibles de ser empleados como definitorios de cada uno de los distintos tipos y sus variantes internas. Esta amplia variabilidad se extiende, en realidad, a todos los atributos formales, como serían los cuellos, bordes, asas, o los cuerpos (en este sentido, véase Peserico 1996: 40-49).

Esta situación de dificultad a la hora de establecer unos criterios lógicos a la vez que versátiles ha estado presente en nuestro planteamiento tipológico. En realidad, cualquiera de las posibilidades mostraba prácticamente las mismas razones a favor como en contra para ser usadas. Por consiguiente, estas dificultades de planteamiento entrarían en contradicción con el uso de esta forma cerámica como guía de la evolución secuencial del repertorio cerámico fenicio a todo lo largo y ancho de la Edad del Hierro, tal y como se verá en el apartado crono-secuencial del presente trabajo. No obstante, esta circunstancia tampoco nos debería de conducir a engaño. En muchas ocasiones esta misma variabilidad encuentra su sentido cuando es observada desde un punto de vista exclusivamente secuencial. De hecho, podríamos decir que existe una serie de 'líneas básicas' paralelas que experimentan unos mismos cambios a lo largo de la citada secuencia.

Si nos abstraemos de los atributos formales que sufren una mayor variabilidad, no sólo diacrónica, sino también de manera sincrónica, caso de la forma de los cuerpos o la de los bordes, existe un solo atributo que aparece de manera constante en tres estados a lo largo de la secuencia. Nos referimos a la mitad superior del cuello, que puede mostrar una forma cilíndrica o de paredes ligeramente cóncavas, troncocónica o, en tercer lugar, abierta. Como hemos indicado, el resto de atributos formales muestra una mayor variabilidad, por lo que primar algunos estados de atributo que pueden ser coherentes desde una perspectiva puramente tipológica, podría traer consigo repercusiones desde un punto de vista secuencial. Aparte, las características del acabado de las superficies así como de la decoración tiene unas consecuencias cuya repercusión es mayor que en el resto de formas cerámicas, especialmente si tratamos el plano secuencial. En este sentido, y a pesar de ello, seguiremos primando los rasgos formales sobre los decorativos. A su vez, estos atributos formales usados serán aquéllos cuya relevancia es en buena parte secuencial. Somos conscientes de

que, como consecuencia de este proceder, la clasificación de esta forma cerámica será cerrada, es decir, se amoldará a la población recogida en la campaña del año 1997 en al – Bass. Esto se hará patente de una manera especial en el momento en el que se trate esta forma cerámica como fósil guía en el apartado dedicado a los aspectos secuenciales.

Para finalizar esta pequeña introducción a las jarras de cuello anillado, debemos indicar la ausencia de referencias a la génesis y naturaleza funcional de esta importante forma cerámica en este lugar. Sobre estos temas haremos hincapié más adelante y dentro del más amplio contexto discursivo referido a los aspectos crono-secuenciales del repertorio cerámico fenicio.

1.a. Jarras de cuerpo globular y una base estable (Ja F1)

Las jarras de este tipo están estrechamente relacionadas con la variante que cuenta con cuerpos globulares y una base inestable (Bikai 1978: 40, table 8A: b; Briese 1985: 11-21, figs. 5-19; Doumet 1993-94: 102, 'category b'). De hecho, las jarras del tipo Ja F1 representan una evolución de estas últimas (Bikai 1987: 61; Peserico 1996: 103), cuyos rasgos definitorios serían la presencia de una base estable de altura y anchura variables, de cuellos que son relativamente altos y el mantenimiento de un cuerpo de tendencia globular. En cuanto a las asas, de manera general son simples, de sección redondeada u ovalada, aunque se ha registrado un caso (P.17 del Sector III) en el que dicha asa es geminada.

La forma de los bordes da lugar a dos subtipos. Por un lado tendríamos jarras cuya mitad superior del cuello muestra unas paredes abiertas que están rematadas por un borde directo, de disposición abierta y que presenta un engrosamiento transversal en su extremo superior en forma de 'T' (subtipo Ja F1a: U.43-4, U.49-6, P.13 del Sector 0). El segundo subtipo se caracterizaría, por su parte, por presentar también bordes abiertos, aunque esta vez de forma ahusada y acabados en labios redondeados o ligeramente apuntados (Ja F1b: U.49-4 y U.49-5).



Figura 4.34. Jarra del subtipo Ja F1a.

Una serie de ejemplares no pueden ser clasificados dentro de un subtipo concreto (U.31-2, U.48-3, P.17 del Sector III y P.1 del Sector VII), dado que no se ha conservado la mitad superior del cuello. No obstante, en un caso concreto (P-17 del Sector III), su similitud formal a una jarra incluida en el subtipo Ja F1b (U.49-4), podría hacer plausible su inclusión en este subtipo.



Figura 4.35. Jarra del subtipo Ja F1b.

Las superficies de estas jarras están, por lo general, bruñidas de manera vertical por todo el cuerpo y, al menos, la mitad inferior del cuello. Además, dichas marcas de bruñido son evidentes. Por encima de estas superficies, el patrón decorativo que muestran estas jarras consiste, por lo general, en una banda de color rojo que rodea un disco central del mismo color; a su vez, tanto el citado disco como la banda se encuentran flanqueadas por dos filetes de color negro (U.43-4, U.48-3, U.49-4, P.13: 1 del Sector 0 y P.13 del Sector III). No obstante, existen casos en los que el disco central es sustituido por una banda, también circular (U.49-5, U.49-6 y P.1 del Sector VII). Por otro lado, hay evidencia en ocasiones de la posible existencia de pintura blanca en aquellos lugares ocupados por los filetes de color negro (especialmente U.49-4, 5 y 6), lo que daría lugar a un patrón decorativo tricromo (en este sentido, véase Bikai 1987: pl. IX: 136 o 157). Este esquema general sólo se rompe en un caso (U.31-2), en el que sólo aparecieron dos bandas concéntricas de color rojo.

La existencia de decoración adicional ha sido observada en la parte interior y exterior del borde (U.43-4, U.49-5, U.49-6), en el exterior de la base (U.49-6) o sobre el lomo del asa, la cual puede prolongarse por debajo de la unión inferior de la misma (U.43-4, U.49-5, U.49-6, P.17 del Sector III y P.1 del Sector VII). Por el contrario, no ha sido registrada decoración pintada en la mitad superior del cuello. Otra zona susceptible de recibir decoración pintada es el espacio situado entre los círculos concéntricos, especialmente el situado en el lado opuesto al asa. Los motivos decorativos empleados son generalmente geométricos, por ejemplo, rombos entramados cuyos extremos inferiores están proyectados hacia abajo (U.43-4, U.49-6), o una 'X' doble (U.49-3), aunque también los hay de carácter más figurativo, como sería un motivo similar a un ramillete (P.1 del Sector VII). Existe un último caso en el que el motivo no se ha conservado en su totalidad (U.17-9: 2), y es posible reconstruirlo. Anderson (1988: 335) ha clasificado todos estos motivos secundarios dentro de su *Style* II, y uno se pregunta si, en realidad, la función que desempeñaban era la meramente decorativa (Núñez 2001/02: 42-43).

1.a.1. Referencias y paralelos.

Dada la importancia que tiene esta forma cerámica, así como los diferentes tipos en los que ésta puede ser dividida, hemos creído conveniente mostrar las referencias y los paralelos por tipos en lugar de mostrar una tabla general.

Yacimiento	Autor	Referencia
Tiro	Bikai 1978 ⁷²	Estr. X-2: Ja 1b (pl. XXV: 7, 14) ⁷³ Estr. IX: Ja (pl. XXI: 8, 10); Ja 1 (pl. XXI: 9) ⁷⁴ ; Ja 1b (pl. XXIIA: 8) ⁷⁵ . Estr. VIII: Ja 1a (pl. XX: 2, local ⁷⁶ ; pl. XX: 3, <i>White-Painted ware</i> chipriota) ⁷⁷
Varios yacimientos	Briese 1985 ⁷⁸	Ja 1a = tipo III de Briese (pp. 26-30, figs. 23-25) ⁷⁹ : <i>Joya 4</i> (Briese 1985: fig. 23: 3 = Chapman 1972: 152, fig. 193) ⁸⁰ ; <i>Khalde 5 y 8</i> (Briese 1985: fig. 23: 4 y fig. 24: 1 = Culican 1982: 58, fig. 5 b y a respectivamente); <i>Khirbet Silm 8</i> (Briese 1985: fig. 24: 3 = Chapman 1972: 73, 153 y fig. 5: 59) ⁸¹ Ja 1b = tipe II de Briese (pp. 21-26, pls. 20-22): <i>Khirbet Silm 3</i> (Briese 1985: fig. 20: 5 = Chapman 1972: 71, 152, 185, fig.4: 5) ⁸² ; <i>Khirbet Silm 4</i> (Briese 1985: fig. 20: 6 = Chapman 1972: 69, 71, fig. 4: 52) ⁸³ ; <i>Tel Abu Hawam 6</i> (Briese 1985: fig. 20: 2 = Herrera 1989: pl. 83: 250) ⁸⁴
Tel er-Rachidiyeh	Doumet 1982 (T.IV)	Ja 1: fig. XIII: 95 Ja 1a: pl. XI: 11, 64, pl. XII: 25, 33 y 42 ⁸⁵
Sarepta	Pritchard 1988	Ja 1: fig. 46: 3, 4, 5
Beirut National Museum	Chapman 1972	Ja 1: pp. 82 – 83, fig. 8: 44, 45 (de Khirbet Silm) ⁸⁶ Ja 1a: pp. 82 – 84, fig. 8: 43, 190 (de Khirbet Silm and joya respectivamente) ⁸⁷
Walid Jumblat Colection	Seif 1995	Ja 1a: pl. 20: 121, 122 ⁸⁸ ; pl. 20: 118 (<i>Black-on-Red</i> local) y pl. 20: 119 (decoración bicroma); pl. 21: 125.
Akhziv	Mazar 2001	T.C. 4: p. 24-25, fig. 8: 3 (p. 47 photo 29, Ja 1ab), 4 (p. 47, foto 30, Ja 1a) ⁸⁹ ; p. 26-27, fig. 9: 7 (Ja 1b sin decoración), 8-11 (Ja 1b) ⁹⁰
	Dayagi-Mendels 2002	Tomb Z I: p. 7, fig. 3.1: 55 (Ja 1a con decoración horizontal), p. 11, fig. 3.2: 23 (Ja 1a de cuello corto, similar a U.49-5)
Tel Dor	Gilboa 2001	Ja 1: Pl. 5.64: 4 (PJ 14, Area D2, Phase 8c)
Hurbat Rosh Zayit	Gal – Alexandre 2000	Str. IIb: Ja (pp.82-83, fig. III.72: 13) ⁹¹ Str. IIa: Ja 1a (pp. 114-115, fig. III.91: 10; fig. III.84: 11) ⁹² ; Ja 1b (fig. III.91: 10 y 12) ⁹³
Megiddo	Lamon – Shipton 1938	Ja 1: pl. 36: 13 y14 ⁹⁴ Ja 1a: pl. 8: 177 (str. VA-IVB) ⁹⁵
	Loud 1948	Ja 1b: pl. 88: 15 (str. VA-IVB) ⁹⁶
Hazor	Ben-Tor – Bonfil 1997	Ja 1: p. 11, fig. I.2: 13 (str. X) Ja 1a: pp. 233-234, fig. III.24: 2 (str. VIII) ⁹⁷
Cyprus	Bikai 1987	<i>Salamis Horizon</i> (pp. 51-53, pl. IX ⁹⁸ ; pl. X: 150, 155, 158, 160, 161, 162, 167, 178, 177 ⁹⁹)

Figura 4.36. Referencias y paralelos para el tipo Ja F1.

1.b. Jarras de labio cortado (Ja F2)

La característica de estas jarras es poseer unos cuerpos de tendencia globular, y un cuello, articulado por medio de un anillo central, cuya mitad superior se prolonga por medio de un borde de disposición abierta culminado en un labio cortado en vertical que puede ser recto, redondeado o geminado. A su vez, estos bordes no presentan nunca una disposición horizontal, ni se presentan tan alargados como los que se verán en el caso de las jarras de boca de seta, de las que hablaremos más tarde. Por lo general, estas jarras presentan unas bases anulares bajas, en ocasiones provistas de un ónfalos central que algunas otras veces rebasa la línea de la base. Finalmente, hay una variedad de estas jarras que presentan un tamaño mayor y unos cuellos proporcionalmente más cortos.

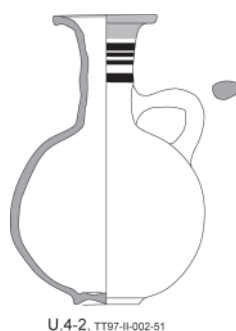


Figura 4.37. Jarra del tipo Ja F2.

El tratamiento de las superficies y la decoración presentan interesantes novedades con respecto al tipo anterior. De este modo, las superficies del cuerpo están bruñidas a bandas evidentes de disposición horizontal, mientras que en la mitad inferior del cuello dicho bruñido se convierte en vertical, en ocasiones, incluso, las marcas siguen una disposición diagonal. Por su parte, las novedades relativas a la decoración, consisten en su concentración en la mitad superior del cuello. Ésta consiste básicamente en dos bandas horizontales de color rojo con un número variable de filetes, también horizontales, de color negro entre ellas. Además, tanto el borde como el labio pueden estar también pintados, por lo general de color rojo, aunque la transición entre ambos puede estar marcada por medio de un filete de color negro.

Las jarras que pueden ser clasificadas dentro de este tipo son: U.4-5, U.39-2, U.46-4, U.46-8: 5, U.48-4, todas ellas de la variable común, mientras que las jarras U.55-3 y P.20-21 del Sector II representarían a la variante de mayor tamaño. Adicionalmente, el borde de la jarra U.4-2, de mayor longitud y con tendencia hacia una disposición horizontal, podría considerarse como un ejemplar transicional entre este tipo Ja F2 y las jarras de boca de seta tradicionales (tipo Ja F3; véase más abajo).

1.b.1. Referencias y paralelos

A continuación presentamos algunas referencias relevantes desde un punto de vista tipológico y secuencial.

Yacimiento	Autor	referencia
Tiro	Bikai 1978	Estr. V: Pl. XVIII: 10 ¹⁰⁰ Estr. IV: Pl. XIV: 2-5 ¹⁰¹
Varios yacimientos	Briese 1985	Ja 2 = Types IV.1 y 2 (pp. 30-33, figs. 26-27); <i>Akhziv 4</i> (Briese 1985: fig. 26: 1, Type IV.1 = Culican 1982: fig. 7f = Dayagi-Mendels 2002: 32-33, fig. 3.16: 15) ¹⁰² ; <i>Joya 5</i> (Briese 1985: fig. 27: 1, Type IV.2 = Chapman 1972: fig. 6: 178) ¹⁰³
Tel er-Rachidiyeh	Doumet 1982 (T.IV)	Ja 2: pl. XIII: 55, 58 ¹⁰⁴
Walid Jumblat Collection	Seif 1995	Pl. 21: 128 ¹⁰⁵ , pl. 21: 127 ¹⁰⁶ ; pl. 20: 120 y pl. 21: 126 ¹⁰⁷
Akhziv	Mazar 2001	T.C. 4: pp. 24-25, fig. 8: 5 - 7, photos 30 - 32 ¹⁰⁸ . T.A. 72: pp. 138 - 139, fig. 65: 5 ¹⁰⁹
	Dayagi-Mendels 2002	Z I: pp. 7 - 8, fig. 3.1: 61 ¹¹⁰ Z IV: pp. 18-19, fig. 3.7: 6 ¹¹¹ Z XX: pp. 31, 33, fig. 3.16: 15 ¹¹²
Tel Abu-Hawam	Herrera 1989	Fig. 82: 249 ¹¹³
Hazor	Yadin <i>et al.</i> 1960	Str. VIII: Pl. LVIII: 28, pl. LXIV: 22 ¹¹⁴
Cyprus	Bikai 1987	<i>Salamis Horizon</i> : pp. 18-20, 52-53 y pl. XI ¹¹⁵

Figura 4.38. Referencias y paralelos para el tipo Ja F2.

1.c. Jarras de boca de seta (Ja F3)

Esta es una de los tipos cerámicos fenicios más paradigmáticos del repertorio cerámico fenicio a nivel de todo el Mediterráneo. Secuencialmente sucede a las jarras de borde cortado (Bikai 1978: 49-50, fig. 3: 1-2). Su característica más importante consiste en el borde extendido, de disposición horizontal, el cual, en ocasiones, puede pender, lo que le proporciona una apariencia de seta. No obstante, sería importante indicar la existencia de una gran variabilidad en cuanto a la forma de los cuerpos, cuellos y bordes, por lo que su clasificación se convierte en algo difícil de plantear.

Si seguimos el modelo de Bikai, las jarras que centran nuestro estudio en este momento se podrían dividir en dos subtipos. Por un lado, jarras de cuerpo globular o piriforme y decoración pintada en la mitad superior del cuello (Ja F3a), mientras que el segundo subtipo estaría compuesto por jarras de cuerpo periforme, hombros carenados y, en la mayoría de los casos, superficies recubiertas de engobe rojo (Ja F3b).

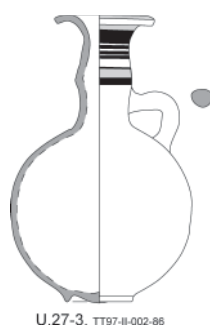


Figura 4.39. Referencias y paralelos para el tipo Ja F3a.

Se ha podido reconocer una serie de variantes en el seno de estos dos subtipos. En primer lugar, el subtipo Ja F3a presentaría dos tipos de cuerpo, uno con un cuerpo de tendencia globular o ligeramente ovoide (U.13-2, U.20-4, U.22-3, U.23-2, U.27-3, U.29-3, U.42-3, U.48-2, U.52-3 y P.14 del Sector III), y un segundo de cuerpos de forma periforme, ya sea regular o estilizado (U.8-2, U.15-3 y U.40-3). Con respecto al segundo subtipo, Ja F3b (U.7-3), aparte de los cuerpos piriformes y los hombros carenados, uno de sus rasgos que lo distinguiría es el borde extendido, ligeramente pendiente, de forma ahusada o simple, según sea su momento secuencial.



Figura 4.40. Referencias y paralelos para el tipo Ja F3b.

Con respecto a los cuellos, éstos también presentan una cierta variabilidad. Por lo general, la mitad inferior presenta unas paredes de disposición vertical y forma más o menos recta o cóncava (U.9-5, U.13-2, U.20-4, U.22-3, U.23-2, U.27-3, U.29-3, U.42-3, U.48-2, U.52-3 y P.14: 1 del Sector III). Mientras, la mitad superior puede tener unas paredes verticales, cóncavas o troncocónicas. Por otro lado, en el caso de las jarras con una mitad del cuello de forma cilíndrica, el anillo central se convierte en un escalón (véanse las jarras U.7-3, U.8-2, U.15-3 y U.40-3). Finalmente, habría una tercera variante, con una forma bicónica (U.10-2).

Los bordes son más o menos alargados, con una disposición ya sea horizontal o pendiente con un contorno curvado, mientras que, finalmente, los labios pueden ser simples o ligeramente redondeados (U.9-5, U.13-2, U.20-4, U.22-3, U.27-3, U.29-3, U.35-6, U.36-3, U.36-11: 1, U.42-3, U.48-2, U.52-3 y P.14: 1 del Sector III), cóncavos (U.23-2) o ahusados (U.8-2, U.10-2, U.15-3 y U.40-3).

Finalmente, en lo que se refiere al tratamiento de las superficies y la decoración, en primer lugar, las superficies suelen recibir el mismo tratamiento observado en el tipo anterior, es decir, un bruñido a bandas horizontales en el cuerpo y vertical en la mitad inferior del cuello. Por otro lado, el material recogido muestra dos patrones decorativos básicos: el primero coincide con el que mostraba el tipo Ja F2 y, como él, consiste en dos bandas horizontales de color rojo que ocupan la mitad superior del cuello, lo que es combinado con un número variable de filetes, también horizontales, de color negro en el espacio que queda entre ellas, mientras que la parte superior del borde está pintado normalmente de color rojo. No obstante, existe una serie de variantes a esta norma, tales como colocar una banda horizontal de color negro justo por encima del anillo del cuello (U.13-2 y U.27-3), pintar el labio de negro (U.23-2), colocar un filete de color negro en la base interior del borde (U.13-2, U.22-3), o cubrir la parte superior del borde completamente de pintura roja (U.9-5). El segundo patrón consiste en cubrir toda la superficie de engobe rojo que posteriormente será bruñido (U.7-3).

Si bien Peserico realizó un estudio de las posibilidades formales y decorativas de este tipo cerámico (Peserico 1996: 35-47), sería interesante hacer hincapié en la repercusión secuencial de la variabilidad existente entre sus distintos atributos formales y decorativos. No obstante, y como sucede en el caso del resto de tipos de las jarras de cuello anillado, preferimos hacer referencia a dichos aspectos en el capítulo dedicado a las cuestiones secuenciales.

1.c.1. Referencias y paralelos

Como hemos hecho con los casos anteriores, a continuación indicaremos algunas referencias relevantes.

Yacimiento	Autor	Referencia
Tiro	Bikai 1978	<u>Estr. III</u> : Ja 3a (pl. V: 14-17); Ja 3b (pl. V: 19-23) <u>Estr. II</u> : Ja 3b (pl. VI: 4, 5) <u>Estr. I</u> : Ja 3a (pl. I: 3)
	Seeden 1991 (Al Bass 1991)	Ja 3a: jug.17 (figs. 33-34), jug 18 (figs. 35-36) y jug 19 (figs. 37-38) ¹¹⁶ Ja 3b: jug 16 (fig. 31-32)
Tel er-Rachidiyeh	Doumet 1982 (T.IV)	Ja 3a: pl.XIII: 70.
Sarepta	Anderson 1988	<u>Nivel E</u> : Ja 3a (pl. 31: 15) ¹¹⁷
Khalde	Saidah 1971	Ja 3a: p. 197: d, e ¹¹⁸
Beirut	Badre 1997	<u>Level of abandonment</u> : Ja 3b (fig. 36: 12) ¹¹⁹ <u>Rooms a-b-c</u> : Ja 3b (fig. 45: 13) ¹²⁰
Walid Jumblat Colection	Seif 1995	Ja 3a: pl. 20: 123; pl. 21: 131, 132 ¹²¹ Ja 3b: fig. 21: 133 ¹²²
Beirut National Museum	Chapman 1972	Ja 3a: pp. 75-77, fig. 6: 33, 40, 41 (Khirbet Silm), y 178 (Joya). Ja 3b: pp. 134, 137, fig. 27: 300 (Qrayé).

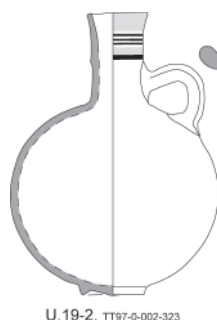
Akhziv	Mazar 2001	T.A. 73: pp. 98-99, fig. 43: 7 – 9 (Ja 3a) T.A. 68: pp. 116-117, fig. 52: 17 – 21 (Ja 3a) T.A. 69: pp. 128-129, fig. 60: 2 (Ja 3) T.A. 70: pp. 132-133, fig. 62: 7-8 (Ja 3b), 9 (Ja 3a) T.A. 72: pp. 138-139, fig. 65: 4 (Ja 3a), 6-11 (Ja 3). L. 500: p. 155, fig. 69: 5 (Ja 3), 6 (Ja 3a).
	Dayagi – Mendels 2002	Z I: pp. 6-7, fig. 3.1: 38 (Ja 3b), 50 (Ja 3a) ¹²³ ; pp. 10-11, fig. 3.2: 22 (Ja 3a) ¹²⁴ Z III ¹²⁵ : pp. 14-15, fig. 3.4: 12-13 (Ja 3b) ¹²⁶ , 15 (Ja 3a). Z IV: p. 16, fig. 3.5: 2 (Ja 3a) Z X: pp. 21-22, fig. 3.9: 13 y 17 (Ja 3b), 18 y 20 (Ja 3a) ¹²⁷ ZR IX: pp. 47 – 48, fig. 4.7: 8 (Ja 3b) y 10 (Ja 3a) ZR XII: pp. 57 – 58, fig. 4.10: 5 (Ja 3b) ZR XIV: pp. 62, fig. 4.12: 9 (Ja 3a) ZR XVII: pp. 66 – 67, fig. 4.14: 13 (Ja 3b) ZR XXVI: pp. 73 – 74, fig. 4.19: 3 (Ja 3b?) ZR XXIX: pp. 78 – 79, fig. 4.21: 16 (Ja 3b), 18 y 20 (Ja 3a) ¹²⁸ ZR XXXVI: pp. 91 – 95, fig. 4.27: 25, 28 y 35 (Ja 3b), 29, 31, 40, 43, 44 y 51 (Ja 3a) ¹²⁹
Hurbat Rosh Zayit	Gal – Alexandre 2000	Estr. I: pp. 144-145, fig. III.122: 28 (¿Ja 3a?)
Tel Keisan	Briend – Humbert 1980	Niv. 5: pl. 44: 2 (Ja 3a) ¹³⁰
Megiddo	Loud 1948	Estr. IVA: pl. 91: 4 (Ja 3a).
Hazor	Yadin 1958	Estr. VI: pl. LII: 22 (Ja 3a?) ¹³¹ Estr. V: pl. LVI: 19 (Ja 3?)
	Yadin <i>et al.</i> 1989	Estr. VII: pl. CCXV: 14 (Ja 3b?) ¹³²
	Ben-Tor – Bonfil 1997	Estr. VI: fig. III.37: 4 (Ja 3a)
Cyprus	Bikai 1987 ¹³³	Ja 3a: pl. XII: 264 (Eliouthkia tou Kouzourtou Tomb 1) ¹³⁴ ; pl. XII: 271 (origin desconocido) ¹³⁵ ; pl. XII: 272 (origin desconocido) ¹³⁶ Ja 3b: pl. XII: 285 (Amathus Tomb 276) ¹³⁷

Figura 4.41. Referencias y paralelos para el tipo Ja F3.

1.d. Jarras con bordes de tendencia vertical (Ja F4)

Esta jarras representan una variedad dentro de las jarras de cuello anillado cuyo origen está, posiblemente, en las jarras de nuestro subtipo Ja F1b). No obstante, como veremos, existe una gran diversidad dentro de este tipo, lo que hace necesaria una revisión de ciertos planteamientos anteriores a la hora de identificar y definir cada uno de las variantes internas.

Por el momento ha sido posible dividir el material en tres grupos. El primero de ellos (Ja F4a), consistiría en jarras de cuerpo globular, con un cuello corto, estrecho y de disposición vertical que aparecen culminados por un borde simple y un labio redondeado (U.19-2). En este caso, la jarra muestra el típico patrón decorativo ubicado en la mitad superior del cuello y consistente en la combinación de bandas horizontales de color rojo y filetes negros entre ellas.



U.19-2. TT97-G-002-323

Figura 4.42. Jarra del subtipo Ja F4a.

El segundo subtipo (Ja F4b) se caracterizaría por cuerpos de tendencia globular, un cuello cuya mitad inferior es de forma cilíndrica, un anillo marcado que da lugar a una mitad superior de forma cónica y rematada por un borde ligeramente abierto. Contamos con dos ejemplos de este subtipo, por un lado la jarra U.9-3/4 y U.29-7: 1. Parece ser que ambas jarras mostraban un patrón decorativo similar, consistente en pintar la mitad superior del cuello en rojo, en un caso de manera completa, mientras que en la otra la pintura se concentra en el borde.

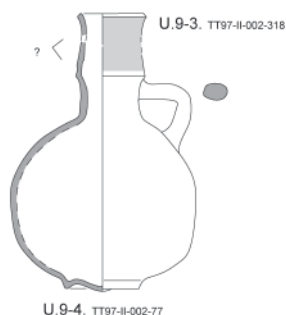


Figura 4.43. Jarra del subtipo Ja F4b.

El tercer subtipo (Ja F4c) está representado por una jarra (U.54-3), que muestra un cuerpo ovoide alargado por su eje vertical, así como un cuello corto cuya mitad inferior es de forma troncocónica, mientras que la superior es exvasada; finalmente, el anillo que articula el cuello se ha convertido en un escalón. Por su parte, la decoración está pintada en rojo y aparece cubriendo completamente la mitad superior del cuello, y en forma de una banda horizontal debajo del hombro.



Figura 4.44. Jarra del subtipo Ja F4c.

El cuarto subtipo (Ja F4d) estaría caracterizado por jarras con un cuerpo globular, cuellos anchos con paredes rectas de disposición vertical y rematados en un borde exvasado de labio redondeado. En este caso, este subtipo está representado en al – Bass por una miniatura, U.42-9:6, cuyas superficies están recubiertas completamente de engobe rojo.

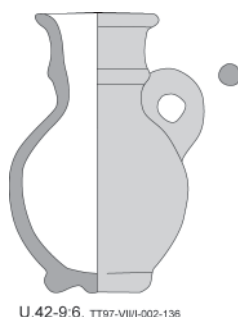


Figura 4.45. Jarra del subtipo Ja F4d.

1.d.1. Aspectos tipológicos adicionales

Dada la relevancia de este tipo, vamos a intentar definir, en la medida de lo posible, los subtipos indicados sobre la base de estudios anteriores.

En su estudio sobre la cerámica de Tiro, Bikai denomina este tipo *stilted rim jugs*, una variante de su *neck-ridge jugs*, cuyas características eran mostrar cuerpos globulares con hombros decorados, por lo general, con una banda horizontal roja que podía estar acompañada de algunos filetes, también de disposición horizontal, de color negro, un patrón que se podía repetir también en la mitad superior del cuello (Bikai 1978b: 51, fig. 3: 5). Al mismo tiempo, la autora distingue entre dos subtipos, un primero con un cuello muy corto que tiende a ser cilíndrico en su mitad inferior, mientras que la mitad superior tiene una forma troncocónica y su borse es estrecho y ligeramente exvasado (jarra del tipo 1, Bikai 1978: 33, pl. XCII). Podríamos indicar que nuestra jarra U.54-3, como veremos, podría ser un representante tardío de este tipo. El segundo tipo descrito por Bikai consiste en jarras de mayor tamaño que las anteriores, con bocas mayores y un borde engrosado en su extremo con la apariencia de un anillo (jarra del tipo 2, Bikai 1978: 33, pl. XCII). En Tiro, los tipos 1 y 2 de Bikai aparecen desde el estrato III y serían, lógicamente, típicos de su ‘Horizonte de Kition’ (Bikai 1987: 56).

Briese, por su parte, fue el primero en realizar una clasificación más general de este tipo de jarras. Para ello, tomó en consideración todos los casos conocidos provenientes de contextos continentales del Mediterráneo Oriental (Briese 1985: 33-39, figs. 28-31, tipos IV.4 a IV.8). De esta manera, este autor colocó en su tipo IV.5 todas aquellas jarras que Bikai había clasificado en su tipo 1 (Briese 1985: 34-35, pls. 29-30), mientras que las jarras del tipo 2 de la autora americana fueron clasificados dentro su tipo IV.6 (Briese 1985: 36-37, pl. 30). En cuanto a nuestros subtipos, pensamos que Ja F4b y c podrían corresponder al tipo IV.5 de Briese (para U.54-3, véase especialmente su figura 29: 1, ‘Ashdod 1’), mientras que nuestro subtipo Ja F4d podría incluirse,

de manera general, en su tipo IV.4 (Briese 1985: 33-34, fig. 28). Por último, nuestro subtipo Ja F4a no tendría una correspondencia exacta con ninguno de los tipos definidos por Briese (no obstante, véase más abajo).

1.d.2. Referencias y paralelos

A continuación mostraremos algunas referencias relevantes para este tipo Ja F4.

Yacimiento	Autor	Referencia
Tiro	Bikai 1978	<u>Estr. X-2</u> : pl. XIV: 7 (Ja 1b) ¹³⁸ <u>Estr. IV</u> : pl. XIV: 8 (Ja 4b) ¹³⁹ <u>Estr. III</u> : pl. VI: 6 (Ja 4d) ¹⁴⁰ ; pl. V: 1 – 8 (Ja 4c) ¹⁴¹ ; pl. V: 18 (Ja 4b) ¹⁴²
	Seeden 1991 (Al Bass 1991)	Jug nr. 11 (p. 64, figs. 21-22) ¹⁴³
Sarepta	Anderson 1988	Type DJ-3 y 4: pp. 203-204, pl. 49 ¹⁴⁴
	Pritchard 1988	Fig. 46: 7 (Ja 4d), 9 (= Seeden 1991: 75, fig. 46-47) ¹⁴⁵
Sidon	Culican 1975	Sheikh Abaroh, Tomb 21: p. 146, fig. 1: E ¹⁴⁶
Sidon-Dakerman	Saidah 1983	Ja 4c: p. 216, pl. LIII: 2, la jarra de la derecha ¹⁴⁷
Tambourit	Saidah 1977	Ja 4b: p. 140, nos. 8 and 9 ¹⁴⁸
Khalde	Saidah 1966	T. 121: pp. 68-69, nrs. 23 and 24 (variante de nuestro Ja F4d) ¹⁴⁹
Beirut National Museum	Chapman 1972	Ja 4a: 140-141, fig. 29: 157 ¹⁵⁰ Ja 4d: 79, 81, fig. 7: 175, 176 (ambos de Joya) and 268 (de Qraye)
Walid Jumblat Collection	Seif 1995	Ja 4d: pl. 21: 129 ¹⁵¹
Ras el-Bassit	Braemer 1986	<u>Ensemble C</u> : pp. 228, 230, fig. 3: 14 <u>Ensemble E</u> : 234-236, fig. 5: 29 ¹⁵²
Al Mina	du Plat Taylor 1959	<u>Estr. VII</u> : pp. 67-68, fig. 2: 8 ¹⁵³
Akhziv	Dayagi-Mendels 2002 ¹⁵⁴	<u>Z I</u> : pp. 10-11, fig. 3.2: 24 ¹⁵⁵ <u>Z XVII</u> : p. 28, fig. 3.13: 3 ¹⁵⁶ <u>ZR IV</u> : p. 43, fig. 4.3: 3 <u>ZR VI</u> : p. 45, fig. 4.5: 7 ¹⁵⁷ <u>ZR IX</u> : pp. 47-48, fig. 4.7: 12 ¹⁵⁸ <u>ZR XVII</u> : p. 128 ¹⁵⁹ <u>ZR XXXVI</u> : pp. 73-74, fig. 4.19: 5 ¹⁶⁰ <u>ZR XXXVI</u> : pp. 93-94, fig. 4.27: 56, 58, 59 ¹⁶¹
Megiddo	Lamon – Shipton 1939	<u>Estr. VA/IVB</u> : pl. 7: 171, 172 (= Finkelstein-Zimhoni-Kafri 2000: 288, fig. 11.32: 8 y 11 respectivamente) ¹⁶²
Hazor	Yadin 1958	<u>Estr. VI</u> : pl. LII: 23 (Ja F4c) <u>Estr. V</u> : pl. LVI: 19 ¹⁶³ ; pl. LXXV: 11 (Ja F4b) ¹⁶⁴
	Yadin <i>et al.</i> 1960	<u>Estr. VI</u> : pl. LXX: 16, 22 ¹⁶⁵ ; pl. LXXI: 4 ¹⁶⁶
	Yadin <i>et al.</i> 1989	<u>Estr. VII</u> : pl. CCXV: 20 ¹⁶⁷ <u>Estr. V</u> : pl. CXC: 5 ¹⁶⁸
	Ben-Tor – Bonfil 1997	<u>Estr. VIII</u> : fig. III.28: 15 ¹⁶⁹

Cyprus	Bikai 1987 ¹⁷⁰	Ja F4b: pl. X: 326 (Ktima (Paphos)-Iskender), 329 y 331 (Ayia Irini-Paleokastro), 332 (Philia-Aeras Vassilikou) Ja F4c: pl. X: 330 (Ayia Irini-Paleokastro)
---------------	---------------------------	----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

Figura 4.46. Referencias y paralelos para el tipo Ja F4.

1.e. Jarras de cuello anillado de clasificación incierta (Ja F0)

Entre el material recogido en al – Bass apareció una serie de jarras de cuello anillado que, por distintas causas, no pudieron ser clasificadas. Este sería el caso, por ejemplo, de una jarra a la que sólo le falta el borde: U.1: 4, y cuya relación con un tipo concreto es dificultosa. No obstante, su similitud a nuestras jarras U.48-2 y U.27-2, la podría acercar al tipo Ja F3.

De los casos restantes, sería interesante indicar un caso, U.6-8: 3, el cual podría ser puesto en relación con un tipo específico, en este caso el tipo IV.5 de Briese. La razón sería su cuello más ancho y alto. Por lo demás, contamos con los fragmentos de la parte superior del cuello de algunas jarras en las que la decoración pintada está basada en filetes de color negro (U.46-8: 6 y 7, U.56-7: 7) o una banda de color rojo (U.56-7: 5). A su vez, contamos con algunos fragmentos de hombro y la base del cuello de otros dos ejemplares (P16: 1 y P.21', ambos del Sector II).

2. Escanciadores (Jv)

Por escanciador entendemos una jarra de tamaño medio que presenta un borde pellizcado con un grado variable de intensidad (simplemente pellizcado o trilobulado), que lo acondiciona, a su vez, para verter líquidos, posiblemente vino. Por su parte, en el lado opuesto al pico vertedor aparece un asa que une verticalmente el borde con el hombro. En términos egeos, se relacionaría con los oinocoos, con los que, como veremos, guarda cierta relación formal y puede que, incluso, en algunos casos secuencial.

Sobre la base de las características de los atributos formales de las jarras registradas, han sido diferenciados los cuatro tipos que van a ser desarrollados a continuación.

2.a. Jarras trilobuladas con un cuello piriforme invertido (Jv F1)

Aparte de la forma del cuerpo, estas jarras se caracterizan por poseer unos cuellos altos de paredes de forma cilíndrica o bien abiertas. A pesar de la existencia de una gran variedad dentro de este tipo, un rasgo que comparte con la mayoría de tipos cerámicos fenicios, (véase, por ejemplo, Bikai 1987: pl. XIV), en la necrópolis de al – Bass ha sido recogido un solo caso (U.51-3).



Figura 4.47. Jarra del tipo Jv F1.

La jarra en cuestión, aparte del cuerpo piriforme invertido y el cuello alto de paredes abiertas, presenta un borde trilobulado de labio redondeado, y un asa geminada cuyos componentes tienen una sección redondeada, mientras que su contorno es irregular. Es interesante, además, la existencia de dos protuberancias a ambos lados de la conexión superior del asa con el borde. Ambas recuerdan los remaches típicos de los vasos metálicos, lo que sin duda era su funcionalidad en esta jarra (véase Culican 1968), dada la existencia de oinocoos de este tipo hechos en metal (Culican 1976b: figs. 7-9 y 11). En cuanto al tratamiento de sus superficies, éstas están recubiertas de un engobe rojo grueso y compacto, de hecho, su grosor ha dado lugar a su cuarteado. Como acabado, dicho engobe ha sido bruñido verticalmente tanto en el cuerpo como en el cuello.

2.a.1. Referencias y paralelos

A continuación hemos indicado algunos paralelos y referencias útiles para este tipo.

Yacimiento	Autor	Referencia
Tiro	Bikai 1978	Jarras tipo 7 (p. 36-37, pl. XCII) ¹⁷¹ <u>Estr. IX</u> : pl. XX: 1 <u>Estr. III</u> : pl. VI: 16 ¹⁷²
	Seeden 1991 (<i>Al Bass</i>)	Jug 10 (p. 63, figs. 19-20) ¹⁷³
Tel er-Rachidiyeh	Doumet-Serhal 1982 (T.IV)	Pl.X: 34 ¹⁷⁴
Joya	Chapman 1972	Fig. 27: 261
Sarepta	Anderson 1988	Tipo DJ 13 (pp. 210-211, pl. 49) ¹⁷⁵
Khirbet Silm	Chapman 1972	Fig. 27: 148 ¹⁷⁶
	Culican 1982	Fig.8: a, g ¹⁷⁷
Khalde	Culican 1982	Fig.5: d ¹⁷⁸
Akhziv	Mazar 2001	<u>T.C.</u> 4: pp. 26-27, 46, fig. 9: 1, 2, photos 34 and 35 ¹⁷⁹
Hurbat Rosh Zayit	Gal – Alexandre 2000	<u>Estr. IIa</u> : fig. III.80: 13; fig. III.81: 5 and fig. III. 85: 22 ¹⁸⁰ ; Fig. III. 90: 8 ¹⁸¹
Tel Abu Hawam	Herrera 1989	<u>Estr. III</u> : fig. 82: 241 ¹⁸²
Megiddo	Lamon – Shipton 1939	<u>Estr. VA/IVB</u> : pl. 6: 156 (= Finkelstein-Zimhoni-Kafri 2000: 278, fig.11.26: 11) ¹⁸³
	Loud 1948	<u>Estr. VA/IVB</u> : pl. 91: 3
Hazor	Yadin <i>et al.</i> 1989	<u>Estr. IX-X</u> : pl. CLXXVII: 15, 16. <u>Estr. IX</u> : pl. CCVIII: 43
Cyprus	Gjerstad 1948	Chipro-Geométrico III: fig. XXIII: 6 de la <i>Bichrome III ware</i> ; fig. XXVII: 6 of the <i>Red-Slip I (III) ware</i> (= Bikai 1987a: nr. 350). Chipro-Arcaico I: fig. XXXV: 5 de la <i>Bichrome IV ware</i> y fig. XXXIX: 6 de la <i>Black-on-Red II (IV) ware</i> ¹⁸⁴
	Bikai 1987	<i>Salamis Horizon</i> (p. 53, pl. XIV: 353, 355, 356, 357, 360 and 363; pl. XV: 364) ¹⁸⁵

Figura 4.48. Referencias y paralelos para el tipo Jv F1.

2.b. Jarras trilobuladas de cuellos cónicos (Jv F2)

Estas jarras son, junto a las jarras de boca de seta, otro de los tipos fenicios por antonomasia, no sólo en el Mediterráneo Oriental, sino también en el Central y Occidental. Los rasgos esenciales de estas jarras son el cuello cónico, la boca trilobulada y una base anular, mientras que los cuerpos pueden ser globulares u ovoides. Existen dos variedades sobre la base de su tamaño. De este modo, nos encontraremos con una de ellas, la más abundante, de tamaño medio, mientras que la segunda, de mayor tamaño, no es tan común como la anterior.

Se han reconocido cinco subtipos teniendo en cuenta la forma y proporciones de los diferentes atributos formales, especialmente los cuerpos y los cuellos. No obstante, la clasificación de algunos ejemplares se puede antojar dificultosa.

El primero de los subtipos (Jv F2a) se caracteriza por unos cuerpos de tendencia globular, un cuello cónico estilizado de paredes rectas y asas que pueden tener una sección ovalada o cuadrangular. Los ejemplares que se amoldarían a este primer subtipo son las siguientes: U.3-3, U.6-3, U.16-3, U.17-2, U.30-2, U.33-2 (de la variedad de mayor tamaño), U.46-3 y, posiblemente, U.53-3.



Figura 4.49. Jarra del subtipo Jv F2a.

Las jarras del segundo subtipo, que tienen también cuerpos de tendencia globular, muestran su diferencia con respecto al resto de subtipos en la forma de sus cuellos. Si bien son cónicos, muestran unos arranques de mayor diámetro, mientras que en la parte superior son proporcionalmente más estrechas. El asa se ha conservado en un solo caso, y su sección era de forma oval. Las jarras que se podrían clasificar en este subtipo son: U.1-3, U.14-3 y U.24-3. La presencia de jarras de este tipo hechas en metal es otro detalle a destacar (Culican 1976b: fig. 1 y fig. 2, la segunda de ellas de proporciones más estilizadas).

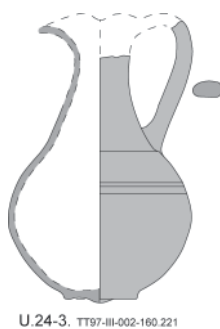


Figura 4.50. Jarra del subtipo Jv F2b.

En el tercer caso (Jv F2c), los cuerpos son de tendencia globular, aunque algo achaparrados, lo que le da una apariencia ovoide. Los cuellos tienen una base ancha, rasgo que se mantiene también en su parte más alta, que es manifiestamente más ancha que en el resto de subtipos. Por otro lado, tienden a contar con asas geminadas, aunque en un caso ésta es de sección circular. Las jarras de este subtipo serían: U.2-3, U.20-3, U.25-2, U.26-3 y U.29-2.



Figura 4.51. Jarra del subtipo Jv F2c.

Las jarras del cuarto subtipo (Jv F2d) tienen cuerpos marcadamente globulares, mientras que sus cuellos son cortos y anchos (véase Bikai 1987: pl. XV: 393, 394, 396, 400 y 406). En general, las asas de este subtipo pueden ser geminadas, ovaladas o cuadrangulares. Solo un caso pertenece a este subtipo (U.9-2), y pertenece a la variante de mayor tamaño.



Figura 4.52. Jarra del subtipo Jv F2d.

El quinto y último subtipo (Jv F2e) se caracteriza por una apariencia estilizada provocada, sobre todo, por sus cuerpos ovales y cuellos cónicos altos, similares a los del subtipo Jv F2a, aunque proporcionalmente más altos. Las asas son geminadas de sección redondeada. Los ejemplares que se pueden incluir es este subtipo serían: U.24-4, U.40-2 y U.47-2.



Figura 4.53. Jarra del subtipo Jv F2e.

Por lo que se refiere al tratamiento de las superficies, domina el recubrimiento con engobe de color rojo, por lo general homogéneos, si bien no son tan gruesos como los del tipo anterior. Su acabado se realiza por medio de un bruñido a bandas horizontales en el cuerpo que se convierte en vertical en el cuello. Finalmente, es común la presencia de varios surcos paralelos, por lo general dos o tres, sobre el hombro. Su inspiración en modelos metálicos sería evidente, lo mismo que el escalón que marca el arranque del cuello.

2.b.1. Referencias y paralelos

Las referencias que consideramos más relevantes para el tipo Jv F2 son las siguientes.

Yacimiento	Autor	Referencia
Tiro	Bikai 1978	Jarra del tipo 7, jarras de cuello cónico (pp. 36-37, tabla 6A y B) ¹⁸⁶
	Seeden 1991 (<i>Al Bass</i>)	Jv 2: jug no.15 (figs. 29-30) ¹⁸⁷ Jv 2b: jug no.14 (figs. 27-28) Jv 2d: jug no.12 (figs. 23-24) y 13 (figs. 25-26)
Tel er-Rachidiyeh	Doumet 1982 (T.IV)	Jv 2a: pl. X: 50, 54bis. Jv 2: pl. XI: 35, 43 ¹⁸⁸
Sarepta	Anderson 1988	Tipo DJ-14 (pp. 211-212, pl. 49). Nivel C1: Jv F2a (pl. 37: 1) ¹⁸⁹
Beirut	Badre 1997	Level of abandonment: Jv F2c (fig. 36: 13); Jv F2e (fig. 36: 14) ¹⁹⁰
Khalde	Saidah 1966	T. 3: Jv 2a (p. 60-61, no.9) T.21: Jv 2 (p. 73, 75, no. 41) ¹⁹¹ T.121: Jv 2d (pp. 68, 71, no. 25) ¹⁹²
National Museum, Beirut	Chapman 1972	Jv 2: fig. 10: 18 (Khirbet Silm) ¹⁹³ ; fig. 26: 139 (Khirbet Silm) ¹⁹⁴ ; fig. 32: 316 (Qasmieh) ¹⁹⁵ Jv 2a: fig. 10: 171 (Joya), 15 (Khibet Silm); fig. 26: 144 (Khirbet Silm), 259 (Joya); fig. 26: 149 (Khirbet Silm) ¹⁹⁶ . Jv 2d: fig. 26: 143 (Kirbet Silm)
Walid Jumblat Colection	Seif 1995	Jv F2: pl. 19: 109 ¹⁹⁷ Jv F2a: pl. 19: 111; pl. 20: 117 ¹⁹⁸ Jv F2b: pl. 19: 113, 114 Jv F2d: pl. 19: 115, 116 Jv F2e: pl. 19: 110 ¹⁹⁹ , 112
Akhziv	Prausnitz 1972	Jv 2e: nr. 7 ²⁰⁰
	Mazar 2001	T.C. 4: pp. 22-23, fig. 7: 7 (Jv F2a) ²⁰¹ ; pp. 26-27, fig. 9: 3, 4 (foto 37, Jv F2a), 5 (foto 36, Ja F2d) T.C. 2: pp. 56-57, fig. 20b: 17, photo 69 ²⁰² T.A. 73: pp. 98-99, fig. 43: 5 (foto 104, Jv F2c) T.A. 68: pp. 116-117, fig. 52: 22 (foto 133, Jv F2e), 23-25 (Jv F2). T.A. 63: pp. 132-133, fig. 62: 5 (foto 145, Jv F2e), 6 (foto 144, Jv F2c) T.A. 72: pp. 138-139, fig. 65: 1, foto 152 ²⁰³ L. 500: p. 155, fig. 69: 3 (Jv F2b?), 4 (Jv F2?)
	Dayagi-Mendels 2002 ²⁰⁴	Z I: pp. 6-7, fig. 3.1: 33 ²⁰⁵ Z III: p. 13, nr. 7 or 8 (Jv F2a) ²⁰⁶ Z XVIII: pp. 28-29, fig. 3.14: 5 (Jv F2b) Z XX: pp. 31, 33, fig. 3.16: 12 = Culican 1982: 62-63, fig. 7: a (Jv F2a) Z R IX: pp. 47-48, fig. 4.7: 2 (Jv F2c) Z R XI: pp. 56, fig. 4.9: 2 Z R XII: pp. 57-58, fig. 4.10: 4 ²⁰⁷ Z R XVII: 66-67, nr. 9 or 10 (?) = Culican 1982: 67, fig.10: a ²⁰⁸ Z R XXIX: pp. 78-79, fig. 4.21: 12 = Culican 1975-76: 58-63, fig. A: C) (Jv F2b) ²⁰⁹ Z R XXXVI: 91-92, fig. 4.27: 14, 15, 16, 18 ²¹⁰

Hurbat Rosh Zayit	Gal – Alexandre 2000	Estr. IIA: 104-105, fig. III.84: 9 ²¹¹
Tel Abu Hawam	Herrera 1989	Estr. III: fig. 81: 229, 230, posiblemente 231, 233, 234, 237 y 239.
Tel Dor	Gilboa 2001	Phase 8b: Pl. 5.75: 9 ²¹²
'Atlit	Johns 1937	T. IVa: Jv 2e (p. 141, no.1 y p. 142, fig. 6).
Megiddo	Lamon – Shipton 1939	Pl. 3: 83-86 (estrs. IV to II; Jv F2) Estr. VA/IVB: pl. 6: 148 (= Finkelstein-Ussishkin-Halpern 2000: fig. 11.26: 13; Jv F2)
	Finkelstein-Ussishkin-Halpern 2000	Nivel H-3 (= estr. IVA): fig. 11.45: 5, 7 (Jv F2), fig. 11.46: 5 (Jv F2).
Hazor	Yadin 1958	Estr. VII: pl. L: 25, 26 (Jv?)
	Yadin <i>et al.</i> 1960	Estr. X: pl. LI: 16 ²¹³ Estr. VIII: pl. LVIII: 25 ²¹⁴
	Yadin <i>et al.</i> 1989	Estr. IXB: pl. CLXXXVI ²¹⁵ Estr. VI: pl. CLXXXIV: 25 (Jv?) ²¹⁶
Cyprus	Bikai 1987a	<i>Kiton Horizon</i> (pp. 53-56) ²¹⁷ Jv F2a: pl. XV: 395, 402, 403, 404; pl. XVI: 397 Jv F2b: pl. XV: 391, 401, 405; pl. XVI: 398 Jv F2c: nr. 387 (p. 32 = Rocchetti 1978: 53, no. 9) Jv F2d: pl. XV: 393, 394, 396, 400 y 406 ²¹⁸
	Gjerstad 1948	Jv F2: <i>Red-Slip</i> II (IV) <i>ware</i> (Gjerstad 1948: fig. XLIII: 13) ²¹⁹

Figura 4.54. Referencias y paralelos del tipo Jv F2.

2.c. Jarras de borde pellizado (Jv F3)

Estas jarras se caracterizan por mostrar unos cuerpos globulares y unos cuellos que, desde un arranque estrecho, se van abriendo paulatinamente hacia arriba, hasta llegar a un borde que está pellizado, no trilobulado. Por su parte, el asa cuenta con una sección de forma ovalada.



Figura 4.55. Jarra del tipo Jv F3.

Por lo que respecta al tratamiento de sus superficies, nos encontramos con una cierta heterogeneidad. Así, en un caso nos encontramos con un alisado homogéneo, sin bruñir al parecer (U.3-4) y otras cubiertas de un engobe rojo (U.12-3). No obstante, se han registrado en otros yacimientos ejemplares que mostraban una decoración pintada en sus cuerpos, especialmente sobre los hombros.

2.c.1. Referencias y paralelos

Las referencias más interesantes para este tipo aparecen en la siguiente tabla.

Yacimiento	Autor	Referencia
Tiro	Bikai 1978	Jarra del tipo 7 (variedad de cuello de paredes cóncavas: pp. 36-37, pl. XCII)
Sarepta	Anderson 1988	Probablemente, tipo DJ-11 (pp. 208-210)
National Museum, Beirut	Chapman 1972	<u>Khirbet Silm</u> : fig. 10: 16, 17; fig. 26: 145 ²²⁰ <u>Joya</u> : fig. 11: 172, 173 ²²¹
Khirbet Silm	Culican 1982	Fig.8: d ²²²
Beirut	Badre 1997	<u>Level of abandonment</u> : fig. 37: 15 ²²³
Akhziv	Dayagi-Mendels 2002	<u>ZR XVII</u> : 66-67, fig. 4.14: 11. <u>ZR XXXVI</u> : 91-92, fig. 4.27: 18 <u>ZR XXXIX</u> : 103-104, fig. 4.28: 4 ²²⁴
Samaria	Kenyon 1957b	<u>(Ceramic) Period VI</u> : fig. 22:9 ²²⁵
Hazor	Yadin <i>et al.</i> 1960	Estr. VIII: pl. LXIV: 19
Cyprus	Bikai 1987	No se han indicado paralelos ²²⁶

Figura 4.56. Referencias y paralelos del tipo Jv F3.

2.d. Jarras trilobuladas de cuerpo achaparrado (Jv F4)

Este no se un tipo cerámico muy común en el repertorio fenicio. Se caracteriza por poseer un cuerpo de forma lenticular, un cuello casi inexistente y un borde ancho en forma de boca trilobulada. El único caso recogido en al – Bass hasta la fecha, U.7-2), posee una base plana una asa de sección ovalada. Por lo que respecta a sus superficies, éstas muestran un engobe rojo homogéneo que posiblemente estuvo bruñado.



Figura 4.57. Jarra del tipo Jv F4.

2.d.1. Referencias y paralelos

Este tipo cerámico no ha sido hallado en las excavaciones de Bikai en Tiro, a excepción, quizás, de un ejemplar de origen chipriota hallado en el estrato VI (Bikai 1978: pl. XVIII: 18, de la *Bichrome III ware* según la autora americana). Tampoco se ha encontrado en las excavaciones

realizadas en Sarepta. De hecho, el único yacimiento que ha producido jarras de este tipo ha sido Akhziv (Dayagi-Mendels 2002: 125-126, fig. 5.8: 6, tipo JG4 II). De este modo, en la tumba ZR IX (Dayagi-Mendels 2002: 47-48, fig. 4.7: 6) apareció un ejemplar con una asa geminada. Un segundo ejemplar fue hallado en la tumba Z XX (Culican 1982: 63, fig. 7: b; esta jarra no ha sido incluida por Dayagi-Mendels, 2002: 30-35, fig. 3.16), y mostraba una asa geminada y una base anular. Otros dos ejemplares aparecieron en la tumba ZR XXIX, aunque, en este caso, sus cuerpos son algo más altos, mientras que sus asas son también geminadas (Dayagi-Mendels 2002: 78-79, fig. 4.21: 13, por el contrario, la jarra no. 14 no ha sido ilustrada por esta autora; véase Culican 1975-76: 58-59, fig. A: A y B respectivamente).

Tomando en consideración los contextos en los que estas jarras han aparecido, parece que estas jarras aparecieron en el repertorio fenicio, al menos, en tres de los periodos secuenciales descritos por Bikai. A saber, el 'Horizonte de Salamis' (la tumba ZXX), en el de 'Kition' (la tumba ZR XXIX) y, finalmente, el de 'Amathus' (la tumba ZR IX). Sería interesante añadir a estas tumbas, además, una jarra aparecida en el estrato V de Azor (Yadin 1958: pl. LVI: 7).

Aunque este tipo no es frecuente dentro del repertorio fenicio, destaca su aparición en metal (Culican 1976b: fig. 4). Por su parte, también se da en el seno repertorio cerámico chipriota, especialmente a partir del periodo Chipro – Arcaico I. Como muestra el ejemplo recogido del estrato VI de Tiro, estas jarras chipriotas presentan básicamente el mismo tipo de cuerpo, mientras que aunque el patrón decorativo que muestran es del tipo *free zone*, con decoración de tipo figurativo o con motivos geométricos (véase Gjerstad 1948: fig. XXVIII: 28, 29, de la *White-Painted IV ware*, o la fig. XXXIII: 18, de la *Bichrome IV ware*). Aparentemente, estas jarras, mejor conocidas como eye –jugs, son típicas del área de Amathus, al sur de Chipre (Benson 1982).

3. Olpes (Ol)

Desde un punto de vista formal, por olpe entendemos una jarrita de pequeño tamaño, por lo general de base inestable y, especialmente, un borde que aparece sin solución de continuidad a continuación del cuerpo.

Estas jarras, conocidas en la bibliografía anglosajona con el nombre de *dipper*, están estrechamente relacionadas con los escanciadores, tanto en lo formal como, especialmente, en lo funcional. De hecho, ambas comparten una misma función, servir líquidos, de ahí la coincidencia de algunos de sus respectivos atributos formales. Quizás la diferencia entre ambas formas cerámicas estribe realmente en el modo en el que esos líquidos son servidos. Así, todo parece indicar que estas jarritas eran sumergidas (en inglés *dip*), en el contenedor que conservaba la bebida a consumir. Existen indicios que podrían muy bien probar esta hipótesis, en concreto ciertas concavidades existentes en algunas vasijas cuya funcionalidad sería la de contener estas jarritas en cuestión (véase Amiran 1969: pl. 81: 13 y 14, pl. 82: 13; Gjerstad 1948: fig. II: 6, 7, ambas de la *White-Painted I*). Como colofón a esta pequeña introducción a esta forma cerámica, cabría mencionar la existencia de olpes metálicos en contextos que pueden ser fechados en momentos transicionales

entre el Bronce tardío y el Hierro (por ejemplo, Artzy 2006: 31, figs. 2.4 y 5, de Jatt).

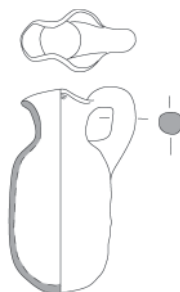
Como sucede en el resto de formas cerámicas, existe una cierta variedad interna dentro de los atributos formales mencionados, los cuales, lógicamente, darán lugar a los sucesivos tipos y subtipos. Los parámetros que organizan esta clasificación interna se centran básicamente en la forma del borde.



U.43-3. TT97-VIII-002-189

Figura 4.58. Jarrita del tipo Ol F1.

Son cuatro los olpes que durante la campaña de al – Bass'97 han sido registrados con una proveniencia contextualizada. Todos ellos cuentan con unos cuerpos de forma cilíndrica excepto, quizás, un caso (Ass.A: 12), en el que podría haber tenido forma de saco. En cuanto a la forma de los bordes, que los distinguirá desde un punto de vista tipológico, en tres casos es circular (Ol F1: U.43-2, Ass.A: 12 y P.5' del Sector III), mientras que sólo un ejemplar muestra un borde trilobulado (Ol F2). Por último, todas las bases conservadas son redondeadas.



U.49-3. TT97-VIII-002-190

Figura 4.59. Jarra del tipo Ol F2.

Por lo que respecta a las superficies y su tratamiento, el procedimiento usual ha sido cubrirlas con un baño en la propia arcilla (en inglés *self-slip*). Sólo un caso parece apartarse de la norma, Ass.A: 12, que podría haber recibido un baño arcilloso que le proporcionó un color marrón muy claro. No obstante, en todos los casos, las superficies se acabaron con un alisado más o menos cuidado.

3.a. Referencias y paralelos

Para acabar este apartado, haremos referencia a algunos aspectos tipológicos y secuenciales relacionados con los olpes hallado en al – Bass'97.

Sobre la base de las referencias que serán presentadas más abajo, sería interesante indicar que las jarritas que centran este estudio responden a dos momentos secuenciales. Por un lado los olpes U.43-3 y U.49-3, que, dadas las formas de los respectivos cuerpos y bases, tendrían paralelos en estadios iniciales de la secuencia fenicia. Nos referimos a los estratos XIII, X y VIII de Tiro, al nivel D1 de Sarepta, o el nivel 8 de Tel Keisan, todos los cuales se podrían incluir en los horizontes de 'Kouklia' y 'Salamis' de Bikai (1987: 68, tabla 2). Esta certeza de tipo secuencial podría desaparecer en el caso de los otros dos olpes, dado su estado fragmentario. No obstante, sus atributos morfológicos, especialmente la manera en que el hombro da paso al borde, podría ubicarlos en un estadio secuencial algo más tardío, en concreto, en el 'Horizonte de Kitión'. Este hecho se basa en la presencia de jarras del tipo 1 de Bikai, similares a las nuestras, en los estratos III y I de Tiro (Bikai 1978: 42, tabla 9 y p. 59, tabla 15), y la existencia en esos momentos secuenciales de olpes con bordes altos junto a otros de bordes más cortos (véase más abajo). Por otro lado, estos datos se verían corroborados por la información procedente de Sarepta. No obstante, esta fecha podría ser, incluso, rebajada, especialmente en el caso de los ejemplares con bordes más cortos, como sería el caso de Ass.A: 12 de al – Bass, el ejemplar procedente del nivel B de Sarepta (Anderson 1988: pl. 38: 17) o una de las jarras procedentes de Tel Keisan (Briend – Humbert 1980: pl. 43: 8).

A continuación mostramos una tabla con las referencias más relevantes.

Yacimiento	Autor	Referencia
Tiro	Bikai 1978b	Estr. XIII-I: pl. XXXIII: 17, 18 (jarrita tipo 3) Estr. X-2: pl. XXV: 4, 5 (jarrita tipo 3) ²²⁷ Estr. VIII: pl. XX: 5 (jarrita tipo 2) ²²⁸ Estr. III: pl. XII: 1-23 (jarrita tipo 1) ²²⁹
Tel er-Rachidiyeh	Macridy Bey 1904	Pl. VI: 5 ²³⁰
Sarepta	Anderson 1988	Niveles G1 a D1: jarrita tipo J-4 (p. 219, tabla 12, pl. 50) ²³¹ Niveles D1 a C1: jarrita tipo J-1 (p. 217, tabla 12, pl.50) ²³²
	Pritchard 1988	Fig. 49:5 ²³³
Khalde	Saidah 1966	T.121: nos. 31-34 (pp. 70-71) ²³⁴
Akhziv	Mazar 2001	T.C. 4: pp. 28-29, fig. 10: 1 (Ol F2), 2 (Ol F2) T.A. 68: pp. 116-117, fig. 52: 26, foto 133 (Ol F1) T.A. 70: pp. 132-133, fig. 62: 12, 13 ²³⁵ T.A. 72: pp. 138-139, fig. 65: 13, 14
	Dayagi-Mendels 2002 ²³⁶	Z III: pp. 14-15, fig. 3.4: 20 (Ol F1 con una base protuberante) Z XI: pp. 24-25, fig. 3.10: 21 (Ol F2) Z XVIII: p. 29, fig. 3.14: 11 (Ol F1) ²³⁷ Z XX: pp. 32, 34, fig. 3.16: 42 (Ol F1) ²³⁸ ZR IX: pp. 47-48, fig. 4.7: 15 y 18 (ambas Ol F1), 19 (Ol F2) ZR XI: p. 56, fig. 4.9: 7 (Ol F1) ZR XXXVI: pp. 93-95, fig. 4.27: 66, 75 ²³⁹
'Atlit	Johns 1937	Tomb 1: fig. 4: 3 ²⁴⁰ Tomb XVIIb: fig. 16: 8 ²⁴¹
National Museum, Beirut	Chapman 1972	Khirbet Silm: fig. 23: 86, 89, 91 y 92 ²⁴²
Tel Abu-Hawam	Herrera 1989	Estr. III: fig. 80: 223 ²⁴³
Tel Keisan	Briend – Humbert 1980	Nivel 8: pl. 56: 7 ²⁴⁴
Beirut	Badre 1997	Level of abandonment: fig. 36: 10 - 13 ²⁴⁵

Figura 4.60. Referencias y paralelos para los olpes.

4. Jarras en barril (Jb)

Las jarras en barril podrían haber sido incluidas en el apartado dedicado a las jarras de anillo en el cuello. No obstante, estaríamos ante una forma cerámica propiamente dicha, surgida a partir de las características que las citadas jarras de anillo en el cuello tuvieron en un momento concreto de su evolución, aquél en el que mostraban bases redondeadas y, por consiguiente, inestables (en este sentido, véase Birmingham 1963: 37; Koehl 1985: 47).

Desde el punto de vista formal, estas jarras se caracterizan por presentar cuerpos de tendencia cilíndrica y disposición horizontal, mientras que de un punto medio de estos cuerpos arranca un cuello, de longitud y características variables. Por último, de uno de los laterales largos del hombro arranca un asa que llega hasta un punto medio del cuello, por lo general al lugar en el que suele aparecer un anillo o arista, aunque hay casos en los que este atributo no aparece. A pesar de ser una forma de origen fenicio, las jarras en barril son más corrientes dentro del repertorio chipriota (véase principalmente Gjerstad 1960: 114, fig. 7), de hecho, a este atributo formal se le ha dado un origen chipriota (Gjerstad 1948: 285), que nosotros no compartimos, al menos en el caso de las jarras que nos centran ahora.

De nuevo nos encontramos con la falta de ejemplares y, lógicamente, de una variedad de la que extraer regularidades que puedan ser traducidas en tipos y subtipos. Además, el ejemplar con el que contamos (U.51-4), está muy deteriorado. Su origen parece ser chipriota, aunque no se podría desestimar otro origen. Aparte del cuerpo cilíndrico, muestra una protuberancia en el extremo. Desde el centro del cuerpo se levanta un cuello en forma de embudo que acaba en un labio redondeado, mientras que un asa de contorno curvado y sección ovalada une el centro del lateral de cuerpo con la parte central del citado cuello que, por otra parte, carece de anillo.



Figura 4.61. Jarrita del tipo Jb C1.

Las superficies de este ejemplar están alisadas, mientras que la decoración, pintada, se concentra en tres zonas: sobre el cuerpo en forma de tres filetes verticales de color negro colocados a ambos lados del arranque del cuello, en segundo lugar en el asa, que presenta una pintura de color negro sobre el lomo que se proyecta sobre el cuello (quizás sustituyendo un posible anillo), y, por último, en la parte alta del borde, pintado completamente de color rojo y que muestra un filete horizontal del negro en su arranque.

4.a. Referencias y paralelos

Como se verá más adelante, los atributos formales y decorativos de esta jarrita la colocarían en un lugar concreto dentro de la secuencia cerámica chipriota, ya sea un original o una producción no insular. Este espacio secuencial sería los últimos estadios del periodo Chipro-Geométrico II, o quizás mejor, en los inicios de del Chipro-Geométrico III (Gjerstad 1948: 54, 61, fig. XIX: 2, de la *White-Painted* III, fig. XXIII: 6, de la *Bichrome* III; *idem* 1960: 114, fig. 7: 8; véase además, Birmingham 1963: 38).

A continuación mostraremos algunas de las referencias que nos han llegado a esta conclusión.

Yacimiento	Autor	Referencia
Tiro	Bikai 1978	<u>Estr. XII</u> : pl. XXXII: 7 ²⁴⁶
Tel er – Rachidiyeh	Doumet 1982 (T. IV)	nº 106 (pp. 97, 105-106, 122, pl. XIII)
Khirbet – Silm	Chapman 1972	Nos. 165, 166, 167, 267, 311 (págs. 143, 146, 172 fig. 31, sólo nos. 165 y 167 ilustradas, <i>Bichrome</i> II)
Qraye	Chapman 1972	No. 311 (pp. 146 y 147) ²⁴⁷
Sarepta	Anderson 1988	<u>Nivel D2</u> : pp. 277, 407, pl. 32: 20 (<i>Bichrome</i> IIIA)
	Koehl 1985	nº 217 (pp. 47, 127, figs. 10 y 21, <i>Bichrome</i> III)
American University of Beirut Museum	Woolley 1921	Figs. 35, 36 ²⁴⁸
Akhziv	E. Mazar 2001	<u>T.C. 2</u> : págs. 58-59, fig. 21: 7 (muy próximo a U.51-4), págs. 68-60, fig. 26: 1, 2, 3, 4, 6 y 7 (fragmentos de cuerpos y cuellos) <u>T.C. 4</u> : págs. 33-33, fig. 11, fig. 12: 1-5 y fig. 16: 9 ²⁴⁹
	Dayagi – Mendels 2002	<u>ZI</u> : nos. 85 y 86 págs. 8-9, fig. 3.1 ²⁵⁰ <u>ZX</u> : nº 29, págs. 21 y 23, fig. 3.9 ²⁵¹ <u>ZXI</u> : nº 28, págs. 24-25, fig. 3.10 ²⁵² <u>ZRXVII</u> : nº 20, pág. 66 ²⁵³
	E. Mazar 2004	pp. 74-75, fig. 16: 6, 7 y 8, fotos 95 y 96
Tel Kabri	Lehmann 2002	<u>Estr. E3</u> : págs. 188, 191-192, fig. 5.72: 10 ²⁵⁴
Tel Abu Hawam	Herrera 1989	<u>Estr. III</u> : lam. 56: 10 y 11, lam. 79: 214
Tel Mevorakh	Stern 1978	<u>Estr. VII</u> : pág. 57, fig. 17: 14, <i>Black-on-Red</i> ²⁵⁵
Tel Zeror	Ohata 1970	pl. X: 3 ²⁵⁶
Tel Dor	Stern 1995	p. 87, fig. 5.8, fragmento de la esquina superior izquierda ²⁵⁷
	Gilboa 2001	<u>Iron I/II</u> : pp. 168, 353-358, pl. 5.66: 16 y pl. 11.5: 10 ²⁵⁸
Lachish	Tufnell 1953	Tipo 329, pp. 297-300, pl. 88, Chipro-Geométrico III
Tel Kazel	Badre <i>et al.</i> 1994	<u>Nivel 6</u> : pág. 329, fig. 52: g ²⁵⁹
Kaloriziki	Benson 1973	<u>T. 23</u> : K438 (pp. 30-31 y 91, pl. 29, <i>White-Painted</i> III, recompuesto a partir de fragmentos) <u>T. 24</u> : K674 (pp. 32, 103, pl. 35, <i>Black-on-Red</i> I [III], recompuesto a partir de fragmentos)

Ktima	Deshayes 1963	<u>T. III, b</u> : no. 43 (P364, pp. 43, 193, pl. LV: 7, 8, <i>White-Painted</i> III, <i>sous-type</i> A2) <u>T. III, c</u> : no. 12 (P480, pp. 81, 194, pl. LV: 1, 2, <i>Bichrome</i> III, <i>sous-type</i> A3) <u>T. VIII</u> : no. 50 (P195, pp. 125, 194, pl. LV: 13, 14, <i>White-Painted</i> III, <i>sous-type</i> B3) <u>Dr. IX</u> : no. 1 (P80, pp. 138, 195, pl. LVI: 6, 7, <i>White-Painted</i> , tipo incierto)
Palaepaphos - Skales	Karageorghis 1983	<u>T. 54</u> : no. 20, pág. 100, pl. LXXVI, <i>Bichrome</i> III <u>T. 71</u> : no. 23, pág. 187, pl. CXIX, fig. CXXXV, <i>White-Painted</i> III <u>T. 72</u> : no. 14, págs. 191-192, pl. CXXI, <i>Bichrome</i> II <u>T. 77</u> : no. 5, pág. 231, pl. CXLV, fig. CXLIV, <i>Black-Polished</i> I (III)
Lefkandi (Palia Perivolía)	Popahm <i>et al.</i> 1980	<u>T. 22</u> : no. 19, pág. 150, pl. 137, <i>Bichrome</i> II ²⁶⁰

Figura 4.62. Referencias y paralelos al tipo Jb C1.

5. Jarras de pico vertedor (Jp)

Como el encabezamiento indica, este apartado va a analizar las jarras aparecidas en Al Bass que cuentan con un pico vertedor. La funcionalidad de estas jarras es un aspecto controvertido. A falta de estudios de paleorestos definitivos, se han propuesto diversas utilidades. La más extendida de ellas ha sido la de contener cerveza (en inglés *beer-jug*; Baramki 1961: 74; Chapman 1972: 148; Dothan 1982: 132), aunque, en otros casos, se la ha dado un uso polifuncional (Anderson 1990: 40), o simplemente se ha obviado la cuestión. Así mismo, ha habido diversas hipótesis relativas a la manera de utilizar el pico y su colador. De este modo, junto al método más extendido, es decir, un colado de los líquidos desde el interior hacia el exterior a través del colador, se ha propuesto que la sustancia a colar se depositaba en el pico y era colado hacia el interior (Tufnell 1953: 320; Anderson 1990: 40).

Esta conocida forma cerámica, adaptación fenicia de un prototipo micénico, de origen, posiblemente, en el Dodecaneso (Dotan 1982: 154-155; Anderson 1988: 37-38; Kling 1988: 272; Leonard 1994: 44; Dothan – Zukerman 2004: 24). Esta forma se caracteriza, básicamente, por poseer cuerpos de tendencia globular, picos vertedores abiertos por su parte superior de poca longitud y asas situadas en ángulo recto con respecto al pico, que conectaban el hombro con el borde (Forma 43, FS 155; Furumark 1972: 30-31, 608-610 y 657, fig. 6), típicas durante el Heládico Tardío III B1, así como del III inicial y medio (Mountjoy 1986: 155-157; Leonard 1994: 44; Kling 1988: 272; Dothan – Zukerman 2004: 24). Esta forma cerámica pasó a los repertorios chipriota durante el Chipriota Tardío III (Anderson 1988: 38; Kling 1988: 272; Dothan – Zukerman 2004: 154-155), y de ahí al Proto White-Painted (Furumark 1944: 234-246; Gjerstad 1944: 79) y al Chipro-Geométrico (Gjerstad 1948: 285-286; *idem* 1960: 118-119, fig. 12). Otro repertorio que recibió esta forma cerámica es el filisteo (forma 6; Dothan 1982: 95, 132-157 y 191-194).

Una cuestión de difícil resolución es la vía de entrada de esta forma cerámica en el repertorio fenicio. Una posibilidad sería directamente desde el repertorio micénico, la segunda, por el contrario, a través de algún tipo de intermediario, ya sea chipriota, micénico o filisteo. No obstante, hemos de tener en cuenta la existencia en el repertorio cananeo de formas cerámicas provistas de picos vertedores abiertos por su parte superior y provistos de un colador en su base. Se trataba de vasijas, por lo general de forma bicónica, un pico vertedor, por lo general corto, con un colador en la base, y un asa ‘en canasta’ (véase, por ejemplo, Finkelstein – Zimhoni – Kafri 2000: fig. 10.7: 6, del estrato VII B, y fig. 10.11: 2, del estrato VII A, ambas de Megiddo). Si bien la en lo formal estas vasijas no tienen gran parecido con las jarras de pico típicamente fenicias, sí existe una gran similitud en los aspectos decorativos. De este modo, vemos que en los dos casos la decoración principal se concentra en los hombros y consiste en una compartimentación del espacio por medio de triglifos y metopas (véase la Figura 4.62). En este sentido, sería interesante observar que esta forma cananea fue adoptada, a su vez, por el repertorio cerámico filisteo (tipo 7 de Dothan 1982: 191-194).

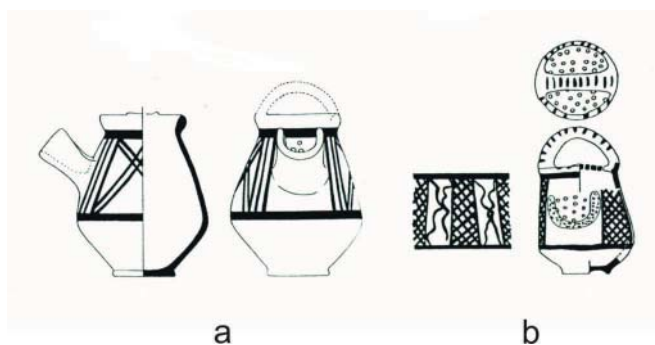


Figura 4.63. Vasijas bicónicas de pico vertedor y asa ‘en canasta’ canneas, provenientes de Megiddo (a: Loud 1948: pl. 63: 7 = Finkelstein – Zimhoni – Kafri 2000: fig. 10.7: 6, del estrato VII B; b: Loud 1948: pl. 63: 8 = Finkelstein – Zimhoni – Kafri 2000: fig. 10.11: 2, del estrato VII A).

No obstante, la idea que debe permanecer es la existencia de la costumbre de colar líquidos entre las sociedades del Mediterráneo Oriental. En nuestra opinión, habría al menos dos factores que condicionaron las características de este tipo de jarras. En primer lugar, la naturaleza de la sustancia a colar y, en segundo, las costumbres asociadas a su consumo.

Una prueba adicional y evidente de ello es la aparición en contextos levantinos de juegos de servicio hechos de metal, entre los que se incluía un recipiente amplio y hondo, en el que se hacían las mezclas, cazos u olpes, cuencos a modo de vasos para beber y, finalmente, coladores. Un caso de bebida que requería ser colada era el del vino (Zamora 2000: 507-509). Con estos indicios, pensamos que, en realidad, lo que estas jarras contuvieron fue dicha bebida. Sin embargo, para corroborarlo tendríamos una prueba más. Sería la existencia de oinocoes provistos en su boca de coladores (por ejemplo, Bikai 1987: pl. XV: 378). No obstante, es importante indicar que los argumentos vertidos hacen referencia a este tipo de jarras en concreto. De hecho, creemos que sería un error desde un punto de vista funcional, la inclusión de todos los tipos de jarras provistos

de un pico vertedor dentro de un mismo grupo.

Si volvemos a la cuestión de la vía de entrada de esta forma en el repertorio fenicio, creemos importante tener en cuenta la opinión de Culican (1982: 47), según la cual, las jarras de pico vertedor son una derivación de unas jarras locales, caracterizadas por unos cuerpos globulares u ovales, unos cuellos estrechos y un asa que unía el hombro y la parte central del cuello. Si esta hipótesis es correcta, y pensamos que es posible que así sea, significaría la adaptación de una forma local, existente en los últimos momentos del periodo cananeo y en los inicios del fenicio (Artzy 2006: 49-50, fig. 2.15: 5, de Jatt; Finkelstein – Zimhoni – Kafri 2000: 254, fig. 11.7: 4, fig. 11.11: 15 y 16 de los estratos VIB y VIA, respectivamente, de Megiddo; Bikai 1978: pl. XXXVII: 2, del estrato XIII-2) a una influencia (¿mejor moda?) exterior por medio de la aplicación de un pico vertedor abierto por su parte superior y un colador en su base.

Finalmente, existen, por último, algunos intentos de clasificación de esta forma cerámica, como sería el caso de los análisis de Chapman (1972: 148-150), Bikai (1978: 41) o Culican (1982: 47-50). No obstante, no tenemos constancia de la existencia de un estudio pormenorizado de esta forma representativa del repertorio cerámico fenicio. Por nuestra parte, la escasez de ejemplares no nos permite ahondar mucho en los aspectos tipológicos de esta forma.

5.a. Aspectos tipológicos y técnicos

Como sucedió con la última forma cerámica, sólo contamos con un ejemplar (U.25-3, tipo Jp F1). Esta jarra en cuestión muestra una base anular relativamente alta, un cuerpo globular y un cuello alto cuya base está marcada por un resalte con forma de escalón. Por su parte, el citado cuello tiene unas paredes de contorno recto que se van abriendo paulatinamente hacia arriba y acaban en un borde abierto, ligeramente engrosado en su parte central y acabado en un labio forma redondeada. El pico vertedor, que parte de la parte central del cuerpo, es largo, abierto en su parte final y acabado en un borde de similares características del que muestra el cuello. Finalmente, el asa, no conservada y que podría haber tenido una sección redondeada, conectaba el hombro con un punto situado en la mitad inferior del cuello. Finalmente, este asa estaba situada haciendo ángulo recto con respecto al pico vertedor.

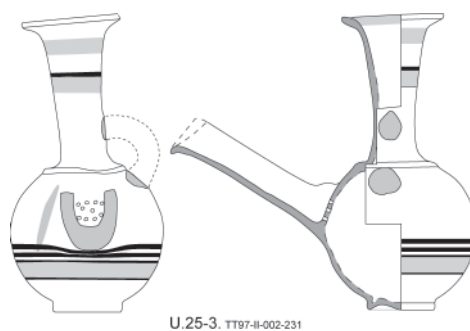


Figura 4.64. Jarra del tipo Jp F1.

La pasta de la jarra es de una calidad común, mientras que las inclusiones son de frecuencia media a escasa y de tamaño fino y mediano. Por el otro lado, la cocción ha dado una dureza de tipo medio. En cuanto a las superficies, están alisadas y no muestran ningún tipo de recubrimiento especial. No obstante, es posible observar un mayor cuidado en el alisado, lo que ha proporcionado unas superficies homogéneas.

La jarra U.25-3 ha proporcionado restos, muy parciales, de decoración pintada en dos colores, el rojo y el negro. El patrón que ha perdurado es lineal, aunque es posible que su naturaleza fuese más compleja. Si nos centramos en los restos disponibles, podemos observar una banda de color roja en la mitad inferior del cuerpo, flanqueado por varios filetes de color negro, tanto por encima como por debajo de ésta. Por otro lado, este mismo patrón se repite en la mitad superior del cuello, cerca del borde, aunque sólo se han conservado dos bandas de color rojo y un filete negro, mientras que la parte interior del citado borde estaba pintada en rojo. Finalmente, en el hombro aparecen restos de un motivo vertical en rojo, que muy bien podría haber sido un triglifo, un motivo típico en estas jarras (véase Anderson 1988: 335, *Style I y II*). Hemos de destacar la existencia de un fragmento de hombro (TT97-0-002-138) que bien podría ser incluido en esta forma cerámica sobre la base de sus características decorativas.



Figura 4.65. Posible fragmento de jarra de pico vertedor (TT97-0-002-138).

Como muestra la figura anterior, el patrón decorativo del citado fragmento consiste en un triángulo entramado de color rojo flanqueado por una serie de triglifos verticales de color negro, esto, unido al arranque del cuello, marcado por una moldura, apuntan a que este fragmento perteneció a una jarra de pico vertical. Algunas de las referencias que serán indicada en el subapartado que viene a continuación respaldarían esta idea.

5.b. Referencias y paralelos

A continuación vamos a presentar aquellas referencias y paralelos tipológicos y secuenciales más relevantes. Como se podrá observar, hemos incluido ejemplos que no se ajustan al material recogido en Al Bass. Esta actuación se explica por el hecho que la elección de las siguientes referencias pretende en todo momento ofrecer las diversas posibilidades existentes, así como puntos de conexión tipológica y secuencial.

Yacimiento	Autor	Referencia
Tiro	Bikai 1978	Jarra del tipo 11 (p. 41, tabla 6, pl. XCII: 11) ²⁶¹
	Seeden 1997 (<i>Al Bass</i> '91)	<i>Drinking jug</i> 21: figs. 41-42 ²⁶²
Tel er-Rachidiyeh Sarepta	Doumet 1982	T. IV: pl. XIV: 8, 28 ²⁶³
	Anderson 1988	Niveles G1 a D1 y nivel C1: jarras del tipo DJ-5 (pp. 204-205, tabla 10 y pl. 49) ²⁶⁴
Khalde	Saidah 1966	<u>Tomb 166</u> : pp. 76, 79, no. 49 <u>Tomb 167</u> : pp. 80-81, no. 57 ²⁶⁵
Khirbet Silm	Chapman 1972	Pp. 63-64, Fig. 2: 4 ²⁶⁶
Kamid el - Loz	Metzger – Barthel 1993	<i>Nivel 11</i> : fig. 143: 4, n ^o 948 ²⁶⁷
	Marfoe 1995	<i>Nivel 8-I</i> : pp. 161 y 163, fig. 104: 1,3 y 6 ²⁶⁸
Beth Shan	James 1966	<u>Estr. VI</u> : fig. 56: 7 ²⁶⁹
	Oren 1973	<u>T. 221A-C</u> : pp. 107, 234-235, fig. 47b: 24 ²⁷⁰ <u>T. 219A-B</u> : pp. 107, 240-241, fig. 48c: 27 ²⁷¹
Tel Dor	Gilboa 2001	<u>Late Iron Age Ia</u> : p. 147, pl. 5.3: 3 ²⁷² <u>Iron Ib</u> : pl. 5.27: 15 y 17 ²⁷³ <u>Late Iron Age Ib</u> : pls. 5.36: 6-12, así como pls.5.37, 38, 45, 48: 9-12 y 50: 16 ²⁷⁴ ; pl. 5.36: 4,5 y pl. 5.38: 3 y 4 ²⁷⁵ <u>Iron I/II</u> : pl. 5.65 ²⁷⁶
Megiddo	Finkelstein – Zimhoni – Kafri 2000	<u>Estr. VIA</u> : fig. 11.11: 11-13; fig. 11.17: 3 ²⁷⁷

Figura 4.66. Referencias y paralelos de las jarras de pico vertedor.

6. *Askoi* (As)

Entre el material recogido en las diferentes campañas realizadas en el cementerio de Tiro – *Al Bass*, ha aparecido una serie de fragmentos correspondientes, al parecer, a un askos. No ha sido encontrado ningún ejemplar completo, ni tampoco se ha logrado reconstruir ninguno. Por esta razón no han sido incluidos en la tabla estadística que abría este apartado dedicado a las jarras. En realidad, sólo contamos con un grupo de fragmentos (U.46-8: 42 y, posiblemente, U.42-7:27), procedentes del interior de una urna. Aparecieron quemados, y, desde un punto de vista formal, pertenecieron a una forma cerámica de cuerpo lenticular o piriforme invertida, de paredes de contorno ligeramente curvado y extremos redondeados.



U.46-8: 42. TT97-VII/I-002-60

Figura 4.67. Posible fragmento de pared de askos.

Por esta razón sólo podemos buscar ejemplos en otros yacimientos para comprender los fragmentos con que contamos. Sin embargo, antes de buscar las citadas referencias, pasaremos a analizar, brevemente, las características técnicas de los casos disponibles.

En primer lugar, de manera general, la pasta de los ejemplares es de calidad fina, con inclusiones de tamaño fino y mediano, escasas o que aparecen con una frecuencia media. Por otro lado, en ninguno de los casos ha sido posible observar el tipo de cocción que recibieron, dado que todos ellos han experimentado los efectos de alguna fuente de calor. Al parecer, sus superficies estuvieron recubiertas de engobe rojo, posiblemente de tipo medio y homogéneo. Así mismo, es posible hubiera sido bruñidos.

6.a Referencias y paralelos

Los casos que vamos a analizar son los que aparecen en la siguiente tabla. Al final de la misma haremos un pequeño comentario en el que buscaremos, en la medida de lo posible, las conexiones que existan entre estas referencias y los casos recogidos en *Al - Bass*.

Yacimiento	Autor	Referencia
Akhziv	Dayagi – Mendels 2002	<u>Z VI</u> : n° 9 (pp. 18-19, fig. 3.7) ²⁷⁸
Hurbat Rosh Zayit	Gal – Alexandre 2000	<u>Estr. IIa</u> : pp. 81, 106-107, fig. III.85: 4 ²⁷⁹
Megiddo	Finkelstein – Zimonhi – Kafri 2000	<u>Estr. VA/IVB</u> : pp. 287 y 289, fig. 11.33: 9 (= Lamon – Shipton 1939: fig. 5: 117) ²⁸⁰
Tel en – Nasbeh	Wamler 1947	<u>S 623</u> : (pp. 19-20 y 147, fig. 35) ²⁸¹
Hama	Riis 1948 (cementerio)	Periodo IV: p. 67, figs. 84 y 85 ²⁸²
Carchemish	Wooley 1939 (Cementerio de Yünüs)	YC 34: p. 29, pl. XXIV: J5 ²⁸³

Figura 4.68. Referencias para los *askoi*.

El número de referencias halladas es escaso. Esto se puede deber a dos circunstancias, por una escasa representación de esta forma dentro del repertorio fenicio, o bien por la falta de identificación de ejemplares de este tipo cuando han sido encontrados en estado fragmentario. Dado que las características de ciertos atributos formales, como la base, la sección del asa y la forma del cuello y boca podrían ser compartidas con otras formas cerámicas, el reconocimiento de *askoi* en una población de fragmentos puede ser muy complicado. Sin embargo, hay ciertos rasgos, especialmente en el caso de los cuerpos que pueden ser inequívoca, como sería el caso de la aparición de transiciones entre las dos mitades del cuerpo muy marcadas (por ejemplo, U.46-8: 42 o U.42-7: 27). La confusión con una cantimplora se descartaría, dado que las paredes que confluyen en el punto de unión son simétricas en este caso, mientras que en el de los *askoi* no lo es.

Askoi de este tipo aparecieron por primera vez en el repertorio micénico. En concreto, se trata de la Forma 51, tipo FS 195 (Furumark 1972: 68-69, 617 y 657, fig. 20; Mountjoy 1986 tabla III), cuya aparición se dio, según parece, hacia el Heládico Tardío IIA, y perduró hasta momentos tardíos del Heládico Tardío IIIC. Es interesante indicar en este punto que no han sido hallados ejemplares de origen micénico en el ámbito del Mediterráneo Oriental (véase Leonard 1994). Por su parte, dentro del ámbito chipriota, esta forma no es común, según parece, en el repertorio del Chipriota Tardío, aunque sí que se da durante el Chipro-Geométrico I (Gjerstad 1948: fig. VII: 3, 4, de la *White – Painted I*).

El caso es que de todos los yacimientos que hemos indicado en la figura anterior, sólo dos podrían ser considerados dentro de la órbita cultural fenicia, Akhziv y Hurbat Rosh Zayit. Los ejemplares hallados en ambos yacimientos están incompletos, a los dos les falta el pitorro y el asa, por lo que no podemos saber si los respectivos cuellos eran tan altos como los de los ejemplares de Megiddo o Tel en – Nasbeh, o si, del mismo modo que estos dos, tenían una boca pellizcada, un rasgo que aparece también en los casos recogidos en el cementerio de Hama.

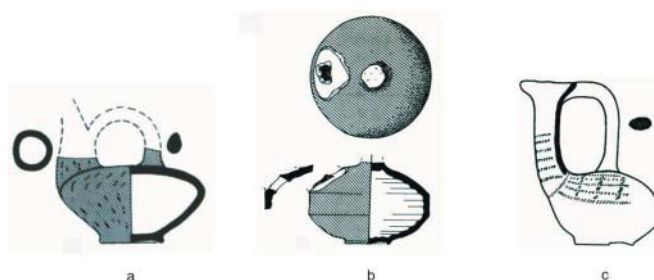


Figura 4.69. Ejemplos de *askoi* levantinos (no a escala): a, Hurbat Rosh Zayit, estrato IIA (Gal – Alexandre 2000: fig. III.85: 4); b, Akhziv, tumba Z VI (Dayagi-Mendels 2002: fig. 3.7: 9); c, Tel en – Nasbeh (Wampler 1944: fig. 35: 623).

Si comparamos los fragmentos recogidos en Al Bass con los ejemplos citados, veremos que todos guardan algún tipo de similitud con los *askoi* recogidos en Akhziv y Rosh Zayit. No obstante, no es posible saber con certeza a cuál de los dos se asemejarían más o si, por el contrario, la similitud sería mayor con los ejemplares hallados en Megiddo o en – Nasbeh.

7. Jarras de tipo incierto (Jr)

Como puede ser observado en los listados de materiales adjuntos a las láminas que ilustran los contextos, este es un grupo muy numeroso, demasiado, quizás, para referirnos aquí a cada caso en concreto. No obstante, sí podemos indicar que en su mayoría son fragmentos de paredes, cuellos y bases, cuya procedencia es incierta, dado que por sí mismos no pueden ser relacionados con una forma cerámica concreta.

De todos ellos, posiblemente la mayor homogeneidad es la que presentan las bases. En su mayoría son anulares y en buena parte muestran un ónfalos. Ha quedado claro que este es el tipo de base que se relaciona a las jarras, ya sea de cuello anillado o los escanciadores. No creemos

necesario, por consiguiente, volver a mencionar sus características.

Con la finalidad de adscribir cada uno de estos fragmentos a una forma cerámica concreta, sería posible hacer referencia, quizás, a la frecuencia de un determinado tipo de acabado de superficies en una forma cerámica determinada. Así, se podría decir que la mayoría de los fragmentos de pared que muestren engobe rojo podrían pertenecer a un escanciador, o una superficie lisa y bruñida a bandas horizontales a una jarra de cuello anillado. No obstante, los casos que no siguen esta norma, aunque minoría, no nos permiten hacer este tipo de relaciones.

Una mención aparte merece un fragmento de jarra de pequeñas dimensiones (P.2 del Sector III), que presenta una base plana y un cuerpo de tendencia cilíndrica. No podemos adscribir este ejemplar a un tipo concreto con seguridad. Tan sólo hemos encontrado una forma que se podría parecer, se trata de unas botellas de cuerpo de tendencia piriforme, bases planas o anulares algo sobre-elevadas, cuellos cilíndricos y bordes abiertos (Dothan 1971: 92-93, fig. 41: 1-7, 9-11, procedentes del estrato 3b).

Grupo Formal III. Las formas abiertas

Dentro de este tercer grupo formal hemos incluido todas aquellas formas cerámicas de forma abierta, sea cual sea su tamaño y naturaleza. De este modo, se han reconocido formas cerámicas básicas: los platos y los cuencos, en segundo lugar los *skyphoi* y las tapaderas. Estas formas cerámicas presentan la siguiente relación.

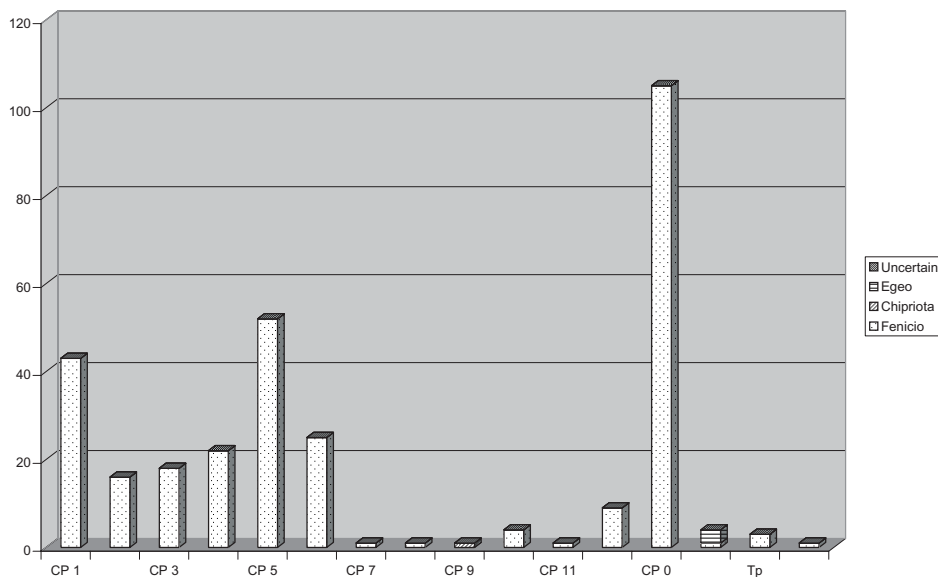


Figura 4.70. Relación entre las distintas formas cerámicas que componen el Grupo Formal III teniendo en cuenta sus respectivos orígenes (en números absolutos).

Hay una diferencia entre este histograma y los pasados. En él hemos desglosado todos los tipos en los que la forma de los cuencos y platos engloba. La razón para ello es simple, su abundancia no dejaría apreciar su verdadera entidad. A pesar de ello, destaca que el grupo de tipo incierto es el más abundante.

A continuación pasaremos a desarrollar las diferentes formas cerámicas y sus respectivos tipos.

1. Cuencos y platos (CP)

Esta es, sin duda, la forma cerámica más abundante, y también la más difícil para ser clasificado. La causa es la cantidad de variantes existente, no sólo dentro de la forma cerámica en general, sino dentro de los tipos en particular. Por esta razón, las referencias tipológicas y secuenciales se harán casi exclusivamente a Tiro y Sarepta, aunque en los casos necesarios estas referencias se ampliarán a otros yacimientos.

Se han reconocido doce tipos distintos. En el histograma de la Figura 4.69 hemos visto que el tipo más abundante es el CP 5, seguido de cerca por el tipo CP 1. No obstante, tres de estos tipos, CP 4 a 6, se podrían analizar de manera conjunta debido a su proximidad tipológica. De manera conjunta, estos tres tipos conformarían el grupo más numeroso. Un segundo grupo estaría compuesto por los tipos CP 2 y 3, para tener, a continuación, un grupo numeroso en componentes y escaso en ejemplares: los tipos CP 7 a 12.

A continuación pasamos a desarrollar estos tipos.

1.a. Cuencos planos (CP F1)

Este tipo está compuesto de cuencos de paredes abiertas de poca altura y bases que tienden a ser planas o convexas. Todo parece indicar que este tipo fue realizado en un molde imitando prototipos metálicos (Bikai 1978: 28; Anderson 1988: 163). Muchos de sus detalles formales (la misma forma de las bases, las carenas, o los resaltes interiores que marcan los arranques de los bordes) o decorativos (el recubrimiento de engobe rojo, algunos detalles decorativos secundarios como podrían ser incisiones o resaltes, o la extendida costumbre de bruñir sus superficies), son inequívocos en este sentido. Finalmente, su función parece que fue la de servir como vasos para beber (Briese – Doctor 1992: 27).

Este tipo se ha dividido en cuatro subtipos, cuya relevancia, a banda de ser tipológica, es también secuencial.

1.a.1. Cuencos planos. Subtipo CP F1a

Se han registrado tres perfiles de este subtipo: U.3-5, U.17-4 y TT97-0-002-224. Las características de todos ellos consisten en paredes finas con bordes de contorno recto y disposición abierta. Por su parte, las bases de los dos primeros ejemplares citados muestran un reentrante en el centro, mientras que el tercer cuenco posee una base anular muy baja. En cada uno de los casos (así como los casos de U.46-8: 17 y U.47-5: 1), la transición de la pared desde la base hasta el borde es gradual, tanto por el interior como por el exterior.



Figura 4.71. Cuenco del subtipo CP F1a.

Como se ha indicado, todos los bordes son abiertos y se han diferenciado tres variantes. La primera de ellas presenta unas paredes rectas y unos labios redondeados (U.3-5, U.18-2: 4, U.17-4, U.17-9: 4 y TT97-0-002-224). La segunda variante difiere de la anterior sólo ligeramente, dado que sus contornos se hacen más ahusados (U.5-9: 31 y 32). Por último, la tercera variante consta de unas pocas paredes rectas con un labio redondeado sólo por la parte exterior (P.12 del Testigo I/II y U.46-8: 16). Los diámetros de estos bordes tienen unos 18 - 19 cm. como media, mientras que las bases son de unos 5 cm. En todos los casos las alturas no excede los 3, 5 cm.

Las pastas son, por lo general, finas, mientras que los tratamientos de las superficies y sus acabados están protagonizados por un engobe rojo que cubre la parte interior y la parte superior de la cara exterior. Las superficies están normalmente bruñidas. Por otra parte, hay otras posibilidades, como el recubrimiento de la pieza por la parte exterior e interior (dos casos), o dejar las superficies libres de recubrimiento, aunque bruñidas (posiblemente dos casos).

Más abajo se presenta una tabla en la que se presentan los paralelos y las referencias más destacables.

Cuencos llanos. Subtipo CP F1a		
	Tiro (Bikai 1978 and 1978a)	Bowls class 2, type 1 (1978a: 52) = FWP 6 con una base del tipo 6 (1978b: 28-29, pl. 91 y pl. 95) ²⁸⁴
	Sarepta (Anderson 1988)	Entre el tipo F-1, posiblemente subtipo 'B' (p. 162, pl. 47) y F-3 (p. 166, pl. 47) ²⁸⁵
	Cyprus (Bikai 1987)	'Salamis Horizon', <i>shallow bowl</i> tipo 2 (p. 37, pl. XVIII: 461, 501, 502 ²⁸⁶ , 504, 506-509, 515 ²⁸⁷)
	Akhziv	E. Mazar 2001: T.C. 4, pp. 22-23, fig. 7: 23. Dayagi-Mendels 2002: Z XX, pp. 31, 33, fig. 3.16: 9 ²⁸⁸
	Hurbat Rosh Zayit (Gal - Alexandre 2000) ²⁸⁹	<u>Str. IIa</u> : fig. III.86: 2 ²⁹⁰
	Hazor	<u>Str. IXA</u> : Yadin <i>et al.</i> 1989: pl. CLXXVIII: 30. <u>Str. VIII</u> : Yadin <i>et al.</i> 1960: pl. LV: 3, 12 <u>Str. VII</u> : Yadin 1958: pl. XLIX: 23

Figura 4.72. Paralelos y referencias del subtipo CP F1a.

1.a.2. Cuencos planos. Subtipo CP F1b

Este subtipo está representado por sólo un ejemplar (U.29-4), caracterizado por unas paredes muy finas, un borde abierto, algo incurvado en sección, y acabado en un borde apuntado. La base, por su parte, es muy convexa y la transición entre ésta y el borde está marcada por el interior por medio de un escalón, mientras que por el exterior lo está por una carena.

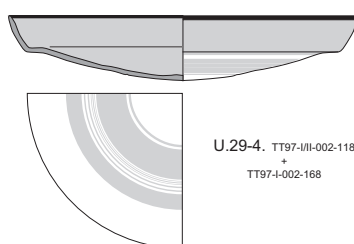


Figura 4.73. Cuenco del subtipo CP F1b.

Las dimensiones son similares a las que mostraban los ejemplares del subtipo exterior. De este modo, el borde tiene un diámetro de unos 18,5 cm., mientras que la base lo tiene de 16,5 cm. a nivel de la carena. Finalmente, la altura total del cuenco es de unos 3 cm.

Con respecto a los tratamientos de las superficies, éstas están cubiertas por el interior y el exterior por medio de un engobe rojo, grueso y homogéneamente aplicado. Por su parte, la base muestra zonas que están libres de dicho recubrimiento. Es el caso del disco central, y dos bandas concéntricas, la interior de las cuales muestra una serie de surcos dispuestos alrededor del centro de la citada base, los cuales, a su vez, están trazados en espiral. Las superficies están bruñidas, lo que ha dejado huellas sobre todo en la cara interior del cuenco en forma de trazos realizados en diagonal ubicados en el centro. Finalmente, el labio está cubierto de pintura negra, visible por ambas caras.

Como se realizó en el caso del subtipo anterior, a continuación mostramos los paralelos y referencias que creemos más relevantes.

Cuencos llanos. Subtipo CP F1b	Tiro (Bikai 1978)	<u>Estr.IV</u> : pl.15: 7 (type FWP 6) ²⁹¹
	Sarepta (Anderson 1988)	F-1 (p.162-163, pl. 47), base tipo B-18 (p. 242-243, pl. 52) ²⁹²
	Cyprus (Bikai 1987a)	'Horizonte de Kitión': p. 37, cuencos llanos del tipo 3, pl. XVIII: 457, 468, 493.
	Megiddo	<u>Estr. IVA</u> : Finkelstein-Zimhoni-Kafri 2000: 302, fig. 11.43: 3 ²⁹³
	Hazor	<u>Estr. V</u> : Yadin 1958: pl. LIV: 6

Figura 4.74. Referencias para el subtipo CP F1b.

1.a.3. Cuencos planos. Subtipo CP F1c

El tercer tipo de los cuencos planos consiste en ejemplares que presentan unos bordes abiertos (P.13:2 del Sector 0 o U.7-10), o ligeramente convexos (U.8-3 o U.10-5). La unión entre la base y el borde está siempre marcada por el interior por medio de un escalón estrecho (es también el caso de U.54-6: 2, no ilustrado, de U.56-7: 30 y de Ass.A: 14), mientras que por el exterior aparece una carena más o menos afilada (compárese P.13: 2 del Sector 0, U.10-5, Ass.A:

14 o U.54-6: 2 con U.7-10 o U.8-2; véase también U.36-11: 8). Además, los bordes son cóncavos en la mayoría de los casos que este elemento ha podido ser observado (P.13: 2 del Sector 0, U.10-5 y U.24-7: 14), y en ellos el borde se estrecha paulatinamente desde su parte central hasta el labio, que tiene una sección ahusada. El mismo tipo de borde se repite en el caso de U.9-8: 8 y U.32-4: 1, cuyas paredes no han sido preservadas. Por su parte, el cuenco U.8-2 representa una segunda variante, de borde recto con un engrosamiento hacia el centro que es visible tanto por la cara interior como por la exterior, mientras que su contorno se va haciendo cada vez más delgado hasta llegar a un labio redondeado, similar al de U.40-4.

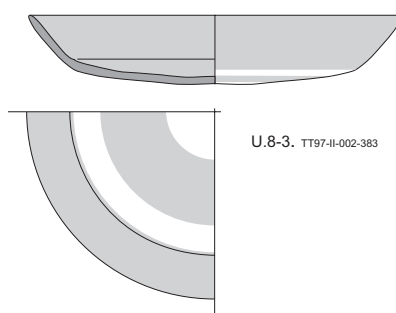


Figura 4.75. Cuenco del subtipo CP F1c.

Las dimensiones medias de estos cuencos siguen las mismas normas observadas en los casos anteriores. Así, la anchura de los bordes ronda los 20 o 22 cm., mientras que el diámetro de las bases es de 16 cm. de media. Parece, sin embargo, que son algo más altos que los casos anteriores, con una media de unos 4 cm.

La mayoría de ejemplares pertenecientes a este subtipo muestran sus superficies interiores y exteriores cubiertas de engobe rojo, por lo general bruñido. Además, en las bases se han observado las mismas bandas reservadas de engobe ya vistas con anterioridad, aunque sólo un caso, U.7-19, presentaba surcos concéntricos. No obstante, se han registrado excepciones a esta regla. Sería el caso de los fragmentos Ass.A: 14, U.9-8: 8 y U.54-6: 2. El primero de ellos muestra unas superficies desprovistas de engobe, aunque el acabado sigue siendo el mismo, es decir, un alisado homogéneo y un bruñido a bandas horizontales. Por su parte, el segundo ejemplar es un fragmento de borde que muestra engobe sólo sobre el labio, mientras que, por lo que se puede observar, las caras interior y exterior están simplemente alisadas y bruñidas. Finalmente, el tercer ejemplar muestra engobe rojo sólo por el exterior sobrepasando por abajo la línea de carena. Por lo que respecta a las bases, todo parece indicar que muestra las típicas bandas reservadas de engobe, aunque es también posible que ninguna de sus superficies fuese bruñida.

A continuación mostramos las referencias y paralelos más relevantes de este subtipo CP F1c.

Cuencos llanos. Subtipo CP F1c	Tiro (Bikai 1978 and 1978a)	FWP tipo 2 (1978: 26-27, pl.91) con una base del tipo 3 (1978: 28, pl. 95) ²⁹⁴ ; cuencos del tipo 2, clase 2 (1978a: 52)
	Sarepta (Anderson 1988)	Cuencos del tipo F-1 A (p. 28, pl. 95) ²⁹⁵
	Bikai 1987	'Horizonte de Kitióñ': cuencos llanos de los tipos 3 y 4 (p. 37, pl. 463, 466, 467, 469, 475, 510, 513, 514, pl. XIX: 456, 470, 495, 496, 512)
	Akhziv	E. Mazar 2001: p. 98-99, T.A. 73, fig. 43: 4; p. 117-118, fig. 52: 15; pp. 137-138, fig. 64: 18, 19. Dayagi-Mendels 2002: ZR XXIX, pp. 78-79, fig. 4.21: 10 = Culican 1975-76: 58-63, fig. A: H; ZR XXXVI, pp. 91-92, fig. 4.27: 6.
	Hazor	<u>Estr. VA</u> : Yadin <i>et al.</i> 1989: pl. CCXXX: 12

Figura 4.76. Referencias para el subtipo CP F1c.

1.a.4. Cuencos llanos. Subtipo CP F1d

El cuarto y último subtipo de los cuencos llanos está representado por sólo dos ejemplares: P. 22 del Sector II y el fragmento TT97-II-002-315.320.365 (véase la Figura 4.75). Ambos cuencos presentan unas paredes delgadas, bordes abiertos de sección elíptica, y bordes ahusados, mientras que las bases son marcadamente convexas. La intersección entre el borde y la base está marcada por el interior por un escalón muy somero, mientras que por el exterior el contorno es suave. Sus dimensiones son ligeramente distintas a las de los subtipos anteriores, así, los bordes miden entre 16 y 18 cm., mientras que la altura ronda los 3,5 cm.



Figura 4.77. Cuenco llano del subtipo CP F1d.

Por lo que respecta a las superficies, éstas están recubiertas por el interior de un engobe rojo homogéneo y bruñido, mientras que la cara exterior y la base se mantienen libres de éste, siendo su acabado un alisado y un posterior bruñido a bandas.

No hemos encontrado un paralelo exacto para este subtipo en la ciudad de Tiro. No obstante, bien podría haber pertenecido al tipo FWP 1 de Bikai, especialmente sobre la base de la forma general y su menor diámetro del borde. En conexión con esto, no se debería descartar que este sea, en realidad, el tipo característico del llamado 'Horizonte de Amathus' de Bikai (Bikai 1978: 26, FWP 1, pl. XCI; Bikai 1978a: 52, tipo 3; Bikai 1987: 37, tipo 5). Sin embargo, por lo que respecta al área recubierta de engobe rojo, su aparición sólo en la parte interior del vaso nos hace pensar en una fecha algo anterior, en un momento contemporáneo al nivel C2 de Sarepta, momento en el que este tipo de recubrimiento fue más frecuente (Anderson 1988: 68, fig. 7). Bikai incluyó este último nivel en su 'Horizonte de Salamis' (Bikai 1987: 68, tabla 2). Coincidiendo

con esto, sería importante también poner de relieve que el paso del borde a la base es suave, especialmente por la parte exterior, un rasgo que sería más característico de los ejemplares más antiguos de los cuencos llanos en general. Desafortunadamente, los dos ejemplares de este subtipo CP 1d recuperados carecen de un contexto seguro, por lo que una aseveración en un sentido u otro no es posible.

Sin embargo, habría algunos ejemplares recuperados en algunos yacimientos palestinos que podrían servir de paralelos. Un caso sería Azor (Yadin *et al.* 1960: pl. LXXX: 29, del estrato VA, o pl. XCVIII: 7, del estrato IV; Yadin *et al.* 1961: CCXXXI: 17, del estrato VA), mientras que el otro lo sería Megiddo (Finkelstein – Zimhoni - Kafri 2000: 269, fig. 11.18: 2, del estrato VB, así como *ibid.*: 323, fig. 11.59: 2 y p. 601, nivel H-2, fechado con posterioridad al 732 a.C.).

1.b. Cuencos hemisféricos (CP F2)

Los cuencos de este tipo destacan por la simpleza de su forma: son hemisféricos y de tamaño pequeño (unos 12, 6 cm. de diámetro de borde y unos 6 cm. de alto). Las bases son, por lo general redondeadas, aunque sin las protuberancias observadas en el tipo anterior. Sin embargo, en otros lugares se han observado cuencos de este tipo que cuentan con una base estable. Sería el caso, por ejemplo, de Tel Keisan (Briend – Humbert 1980: pl. 47: 7, del nivel 5), o Chipre (Gjerstad 1948: fig. 28: 4, de la *White-Painted IV ware*, fig. 30: 12, de la *Bichrome IV ware*, con decoración similar a la que muestra el ejemplar de Tel Keisan antes citado, y fig. 42: 12, de la *Red Slip II ware*). De manera general, todos estos cuencos cuentan con unas pastas de calidad fina, están bien acabados.

Es evidente que estos cuencos funcionaron como vasos para beber (Anderson 1988: 165; Briese – Doctor 1992: 27-28). Además, forman parte junto con los ejemplares del tipo CP F1, de la mal llamada *Samaria ware* (Anderson 1988: 354-355).

Bikai, en su estudio relativo a sus excavaciones en Tiro, clasificó este tipo dentro de su FWP 4 (1978: 28, pl. XCI). Dos subtipos fueron distinguidas sobre la base del tratamiento de sus superficies. Por un lado, los cuencos del subtipo FWP 4a se caracterizaban por mostrar superficies cubiertas de engobe rojo, mientras que, por el otro, los ejemplares del subtipo FWP 4b mostraban superficies bruñidas de manera suave. Además, ambos subtipos podrían mostrar unos bordes pintados de color negro, algo que ocurría con el tipo anterior. Estos cuencos aparecen en Tiro desde su estrato IV, aunque su momento de mayor frecuencia es el estrato II (Bikai 1978: 27, tabla 4a).

En Sarepta, estos cuencos están clasificados dentro del tipo F-2, con dos subtipos sobre la base de sus características formales (Anderson 1988: 164). Por un lado, el primer subtipo, F-2A, muestra un perfil más cerrado y profundo, mientras que el segundo subtipo, F-2B, es más abierto y llano. A diferencia de Tiro, todo parece indicar que estos cuencos aparecieron algo antes (Anderson 1988: tabla 5A/B), es decir, en el nivel F, aunque su número aumentó considerablemente en el nivel D1, llegando a su máximo nivel coincidiendo con el nivel C2. Los

acabados en Sarepta son prácticamente los mismos que fueron observados ya en el caso de Tiro (Anderson 1988: 165, 341-342 y 354): alisados de manera suave con bandas anchas de pintura roja o negra en el borde, bruñidos a torno con una banda negra sobre el borde, y recubiertos de engobe rojo, que sería el recurso más frecuente. Por lo general, el engobe rojo cubre tanto el interior como el exterior del cuenco, salvo la base, la cual, dependiendo del momento secuencial, podía mostrar bandas reservadas de engobe o estar completamente desprovista del mismo. No obstante, existirían algunas posibilidades distintas como, por ejemplo, que el engobe rojo cubra todas sus superficies (el recurso más antiguo secuencialmente hablando), o que éste sólo aparezca en el interior o el exterior, los casos menos frecuentes. El bruñido a bandas horizontales es típico en todos estos casos.

Tomando el material procedente de al – Bass '97, y sobre la base de sus características formales, se han reconocido dos subtipos. Se ha de indicar que en algunos casos, las características de algunos fragmentos ha hecho imposible su clasificación en uno de estos subtipos.

1.b.1. Cuencos hemisféricos. Subtipo CP F2a

Este subtipo consiste, básicamente, en cuencos de paredes finas y una apariencia plana y abierta, aunque su característica principal es que sus bordes, de paredes rectas, pueden ser verticales (U.9-6 y P.16: 2 del Sector II), o abiertos (U.22-4 y U.53-4). Estos mismos bordes, además, pueden presentar unos estrechamientos hacia el labio, que sería apuntado (U.9-6 y P.16: 2 del Sector II), o simples con un labio redondeado (U.22-4 y U.53-4). Por su parte, las bases son redondeadas en casi todos los casos, con la excepción de uno en el que parece ser ligeramente apuntada (U.22-4), un rasgo no común.

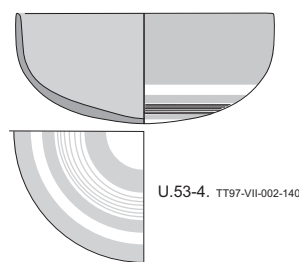


Figura 4.78. Cuenco llano del subtipo CP F2a.

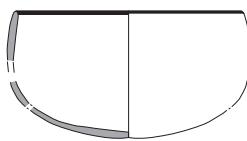
Estos cuencos muestran básicamente dos tratamientos de superficies. El primero de ellos consiste en un alisado cuidadoso de las superficies, libres de cualquier tipo de recubrimiento adicional, combinado con el pintado de los bordes en negro (U.9-6 y P.16: 2). Cabe indicar que este es el tratamiento más frecuente en las excavaciones realizadas por Bikai en el núcleo urbano (tipo FWP 4b de Bikai, véase más arriba). La segunda posibilidad es la que cubre todas las superficies con engobe rojo, aunque en las bases aparecen bandas reservadas de este recubrimiento combinadas con surcos concéntricos (U.22-4 y U.53-4).

A diferencia de Sarepta, donde este subtipo era posiblemente el más antiguo (tipo F-2B, Anderson 1988: 164, pl. 31: 13, del nivel E y pl. 33: 19, del nivel D1), parece que en Tiro fueron más frecuentes en los estratos finales (Bikai 1978; pl. 15: 8, del estrato IV, alisado con un borde de color negro; pl. 10: 14, del estrato III, alisado y cuyo borde parece mostrar una disposición ligeramente exvasada). No obstante, el hecho de haber clasificado los ejemplares de este tipo según la apariencia de sus superficies hace muy complicado saber qué porcentaje de casos pertenecerían a este subtipo entre los estratos IV y I.

1.b.2. Cuencos hemisféricos. Subtipo CP F2b

La característica principal que define este segundo subtipo es la forma curvada de sus paredes, la cual puede llegar a ser, incluso, incurvada. Las bases son redondeadas en todos los casos, y en algunos casos ha sido posible distinguir la existencia de un pequeño abultamiento en el centro de su parte interior (véase, por ejemplo, U.5-2 y P.22: 2 del Sector II, así como U.24-7: 15, aunque es este último caso no sea posible ubicar el fragmento en un subtipo concreto).

La forma del borde ha dado lugar a tres variantes. En primer lugar tendríamos bordes simples con un labio apuntado (U.5-2) o, en segundo lugar, redondeado (U.13-3), mientras que la tercera y última posibilidad consistiría en borde con un cierto biselado hacia el interior (P.22: 2 del Sector II y U.29-7: 9).



P. 22:2 (II). TT97-II-002-411.463

Figura 4.79. Cuenco llano del subtipo CP F2b.

La similitud con el último subtipo puede ser observada en el caso del tratamiento de las superficies. De este modo, vemos casos en los que éstas aparecen libres de engobe rojo, aunque bruñidas y con los labios pintados en negro (U.13-3, U.29-7: 9 y P.22: 2 del Sector II), y otros en los que sí aparece el engobe, aunque las bases presentan bandas reservadas de engobe y surcos concéntricos en la base (U.5-2).

Debemos indicar que en Sarepta este subtipo es considerado el más reciente, con C1 como el nivel en el que mostró su mayor frecuencia (Anderson 1988: 165, pl. 35: 11 y pl. 38: 2). Esto no ha sido posible corroborarlo en el caso de Tiro más que en las ilustraciones que ofrece su publicación, la mayoría de los cuales pertenecerían a este subtipo en los estratos finales (por ejemplo, Bikai 1978: pl. 10: 14, 15, 20, 21, del estrato III y pl. 1: 4, del estrato I).

Otro yacimiento en el que este subtipo parece haber sido abundante es Akhziv. En este caso es interesante observar que todos los casos conocidos pertenecerían a este subtipo CP F2b (Mazar 2001: T.A. 68, pp. 116-117, fig. 52: 16, foto 133, en engobe rojo; Dayagi-Mendels

2002: vestíbulo de la tumba Z I, p. 12, fig. 3.3: 2; *ibid*: tumba ZR XVII, pp. 66-67, fig. 4.14: 3 = Culican 1982: 66, fig. 9: n; *ibid*: tumba ZR XXXVI, pp. 91-92, fig. 4.27: 5, estos tres últimos casos provistos de superficies libres de cualquier tipo de recubrimiento especial).

1.b.3. Cuencos hemisféricos. Últimas consideraciones

Existe una serie de ejemplares que no han podido ser ubicados en ninguno de los dos subtipos desarrollados. Los atributos formales que conservan no permiten afinar en este sentido. No obstante, hay un asunto que merecería una atención especial. Son tres los ejemplares que muestran superficies recubiertas de engobe rojo, mientras que otros cuatro carecen de este recurso. Este hecho nos lleva a considerar la posible existencia de una cierta paridad entre los dos tipos de tratamiento de superficies. Finalmente, también sería interesante indicar que ninguno de los casos recubiertos de engobe rojo ha presentado un labio pintado en negro, algo que también sucedió en el caso de los cuencos llanos.

Aunque Bikai no lo menciona de manera explícita, este tipo podría haber pertenecido principalmente a su 'Horizonte de Kition'. Esto se basaría en razones de tipo estratigráfico, dado que su mayor frecuencia se da en los estratos III y II de Tiro. No obstante, la evidencia de otros lugares, como podría ser el caso de Sarepta, y las referencias citadas por Anderson en su estudio, en especial Azor, parecen indicar que este tipo apareció algo antes (Anderson 1988: 164).

Finalmente, cabe indicar que los cuencos hemisféricos junto con los cuencos llanos (tipo CP F1) formarían parte de lo que algunos autores han dado en llamar la *Samaria ware* (para esta cuestión, véase Anderson 1988: 354-355). No obstante, más que considerar que todos los cuencos pertenecientes a estos dos tipos pertenecen a este grupo antes citado, consideramos que, en realidad, la llamada *Samaria ware* no es más que una variante regional de una vajilla fina típica de Levante durante una fases de la Edad del Hierro. Esta variante regional tendría como centros principales, entre otras ciudades, a la propia Samaria, Hazor o Megiddo.

1.c. Cuencos de bordes simples (CP F3)

Este tipo incluye todos aquellos cuencos caracterizados por mostrar unas paredes rectas o ligeramente convexas acabadas en un borde directo, y unas bases planas, en ocasiones algo sobreelevadas. Sin embargo, se han registrado casos en los que el contorno de estos cuencos es algo irregular, algo que no sólo hace variable la altura de los mismos, sino que, además, conduce a la existencia de dos bordes completamente distintos en un mismo ejemplar.

Si tomamos todos los atributos formales en su conjunto, se puede distinguir tres subtipos principales. No obstante, éstos no deberían ser considerados como cerrados, dado que sus diferencias formales son en ocasiones tan ligeras que a veces es difícil adscribir un ejemplar a uno en concreto. Además, esta relativa homogeneidad mostrada por el tipo CP F3 nos ha llevado a tratar sus correspondencias con otros yacimientos en un mismo apartado separado del resto.

1.c.1. Cuencos de borde simple. Subtipo CP F3a

Este subtipo está representado por ejemplares cuyo rasgo principal es presentar unas paredes de silueta continua por el interior, mientras que por el exterior pueden mostrar un somero engrosamiento a la altura del borde y un borde siempre de contorno redondeado (U.3-6, U.6-8: 6, U.16-2, U.17-5, U.25-4, U.37-2, U.40-5, U.46-5, U.46-8: 21 y 22, así como U.49-2). Por su parte, las bases son en todos los casos planas, ya sea cortadas 'a cordel' (U.16-2 y U.46-5) o ligeramente elevadas (U.3-6, U.17-5, U.25-4 y U.49-2).

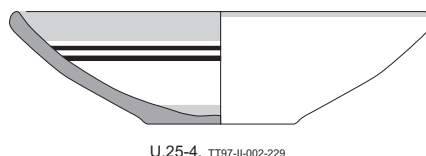


Figura 4.80. Cuenco llano del subtipo CP F3a.

En cuanto a las superficies y sus acabados, se ha observado dos posibilidades. La primera de ellas, y la más abundante, consiste en un alisado de mayor o menor cuidado por el interior (especialmente en el caso de U.6-8: 6 y U.46-5). Este alisado suele dejar, por lo general, una serie de marcas concéntricas, mientras que por la cara exterior el alisado es de peor calidad. Creemos interesante indicar, además, que el bruñido no ha sido registrado en los ejemplares de este subtipo. Por su parte, la segunda posibilidad consistiría en un alisado por la cara interior que se vería acompañado por la aplicación de una decoración consistente en bandas de color rojo flanqueadas por filetes de color negro (véase U.25-4, U.40-5 o U.49-2).

1.c.2. Cuencos de borde simple. Subtipo CP F3b

Los ejemplares pertenecientes a este segundo subtipo son, en términos generales, muy similares a los del anterior (U.5-7: 37, 38 y 49, U.46-8: 23 y U.43-2). La diferencia existente entre ellos es que los labios presentan un biselado por su parte exterior, lo que les da a sus secciones la apariencia de un cuchillo. En ocasiones, además, estos bordes muestran un engrosamiento por su cara exterior (U.5-7: 38 y 39). Finalmente, el único ejemplar completo conservado (U.43-2), muestra una base plana, ligeramente elevada, algo reentrante por su parte interior.

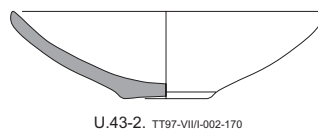


Figura 4.81. Cuenco llano del subtipo CP F3b.

Finalmente, todos los ejemplares muestran unos alisados más o menos cuidados por la parte interior, mientras que el tratamiento de la cara exterior continua siendo algo más descuidado. Ningún caso muestra decoración.

1.c.3. Cuencos de borde simple. Subtipo CP F3c

Este último subtipo está representado por un único ejemplar (U.42-3). Sus características formales son las mismas que las vistas en los casos anteriores, aunque la única diferencia con respecto a ellos sería que el borde tiende a abrirse ligeramente, lo que ensancha el contorno del labio.

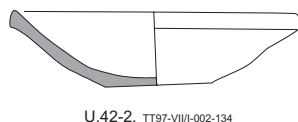


Figura 4.82. Cuenco llano del subtipo CP F3c.

El único ejemplar correspondiente a este subtipo muestra el tratamiento de superficies ya observada en los casos anteriores. Así, la cara interior está alisada con un cierto grado de cuidado, mientras que la parte exterior ha recibido un tratamiento de peor calidad.

1.c.4. Cuencos de borde simple. Aspectos generales

Los cuencos de este tipo CP F3 se relacionarían con los tipos 8, 9 y 10 de Bikai (1978: 23-24, pl. XCI), caracterizados básicamente por unas bases planas o ligeramente elevadas de los tipos 6 y 7 (Bikai 1978: 24-25, pl. XCV). No obstante, los cuencos de esos tres tipos son muy similares desde un punto de vista formal, por lo que distinguirlos sobre la base de los parámetros marcados por la autora americana es algo difícil de realizar. De este modo, lo que diferenciaría a los tipos 8 y 9 del 10 parece que sería que el último tiene unos contornos más curvados y estaría siempre bruñido, mientras que los cuencos del tipo 9 tendrían como rasgo propio el mostrar decoración pintada por la parte interior, algo que hemos observado en el caso de los cuencos del subtipo CP F3a procedentes de al – Bass.

Si consideramos estos tres tipos típicos en su conjunto, podemos observar cómo en el estrato X-1 comparten la primacía con los cuencos del tipo 11 (Bikai 1978: 24-25), los cuales, por su parte, muestran unos bordes con un ligero engrosamiento por su parte interior y pertenecerían, junto con los cuencos de los tipos 12 y 13, una misma clase de cuencos, aunque con bordes de disposición erecta (Bikai 1978: 25, pl. XCI), el tipo de cuenco común más frecuente desde el estrato XIII (Bikai 1978: 21, tabla 3A). No obstante, si comenzamos desde el estrato X-1, los tipos 8, 9 y 10 dominan entre el resto de cuencos hasta el estrato IV (véase Bikai 1978: 16, 21 y la tabla 3A), siendo el estrato V el que presencia su momento álgido. Por su parte, los cuencos del tipo 9, la variante pintada, experimentan un incremento importante en el estrato IX, aunque sólo serían representativos a partir del estrato VIII, aumentando su proporción desde el VI hasta llegar al V, momento de su máxima frecuencia. En contraste con los casos anteriores, el estrato IV presenta un claro declive, con una representación reducida a menos de la mitad. La tendencia se mantendría así en los estratos III y II hasta llegar al I, en el que no se han registrado casos.

La tumba IV de Têl er-Rachidiyeh ha proporcionado cuencos de este tipo. Doumet ha los ha clasificado en su tipo 4.1, compuesto por cuencos provistos de labios redondeados (Doumet-Serhal 1982: 106, 123). Sin embargo, sólo dos de los cuencos ilustrados, ambos sin decorar, se amoldarían a nuestro tipo CP F3 (Doumet-Serhal 1982: pl. XVI: 32 y 134), mientras que el resto sería más equiparable con el tipo 11 de Bikai (Doumet-Serhal 1982: pl. XV: 5, 41bis, 128 y 133, pl. XVI: 57 y 80), o con sus tipos 12 y 13 (Doumet-Serhal 1982: pl. XV: 24 y 86).

Por lo que respecta a Sarepta, todos los cuencos del tipo CP F3 se incluirían en el tipo X-15A (Anderson 1988: 153 y pl. 47). Como los ejemplares procedentes de al – Bass, algunos de estos cuencos presentan un borde exvasado, en ocasiones con un ligero engrosamiento por la parte exterior, y acaban en un labio redondeado. Por otro lado, las bases de estos ejemplares son también planos o de disco bajo. El nivel D1 presencia el momento de su mayor frecuencia, mientras que en el C1 su presencia es tan sólo testimonial, desapareciendo en el nivel B. Llama, además, la atención que la mitad de estos ejemplares aparecieran alisados, un tercio bruñido y un cuarto pintados por el interior con el llamado *Style III* (véase más arriba; Anderson 1988: 335-336; *idem* 1990). Este patrón decorativo es más frecuente en el nivel D.

Akhziv es otro yacimiento que ha proporcionado cuencos del tipo CP F3. Así, nuestros subtipos CP 3a y b se podrían comparar con los tipos B1 I y B9 U de Dayagi-Mendels (2002: 111-112, fig. 5.1: 1, 2; pp. 116-117, fig. 5.3: 8). Algunas tumbas en las que estos tipos aparecerían son la Z XI Dayagi-Mendels 2002: 23, nos. 1 y 3, tipos B1 I, no ilustrados), la Z XX (Dayagi-Mendels 2002: 31-32, fig. 3.16: 4), la ZR XXIX (Dayagi-Mendels 2002: 78-79, fig. 4.21: 3) y la tumba ZR XXXVI (Dayagi-Mendels 2002: 91-92, fig. 4.27: 1, 10), así como las tumbas T.C. 4 (E. Mazar 2001: 22-23, fig. 7: 12 [CP F3b], 13 y 16 [ambos CP F3a]), T.C. 2 (E. Mazar 2001: 56-57, fig. 20b: 10-12 [CP F3a]), T.A. 78 (E. Mazar 2001: 88-89, fig. 36: 1 [CP F3a]). Por su parte, nuestro subtipo CP F3c se podría comparar con el tipo B2 IV de este yacimiento (Dayagi-Mendels 2002: 113, fig. 5.1: 7). Finalmente, la evidencia mostrada por estos contextos funerarios parece seguir las directrices secuenciales observadas en los casos anteriores.

Finalmente, Bikai consideró los cuencos del tipo CP F3, tanto la variante lisa como la decorada, como típicos de su ‘Horizonte de Salamis’ (Bikai 1987: 53, pl. XX: 516, 517, 519 y 521). Mientras, el subtipo CP F3c se consideraría más característico del llamado ‘Horizonte de Kition’ sobre la base del contexto en el que el ejemplar de al – Bass fue hallado. De manera adicional, podríamos citar la presencia de un cuenco de este mismo tipo en un contexto funerario inédito hallado de manera fortuita en los alrededores de Tiro tras un ataque israelí en la década de los noventa. De esta manera, junto con dos platos de este tipo CP F3c se halló una jarra de cuello anillado y borde vertical que podría pertenecer a nuestro subtipo Ja F4c.

1.d. Cuencos con engrosamiento interior (tipos CP 4, 5 y 6)

Los cuencos de este tipo son, posiblemente, los más complicados de clasificar. Una prueba de ello es lo difícil que es correlacionarlos con los tipos desarrollados por los diferentes autores. Esto es debido a que no muchos de los atributos formales que exhiben y pueden ser tomados en consideración, se repiten en un número consistente de ejemplares. De hecho, las únicas excepciones serían, por un lado, los engrosamientos interiores y, por el otro, su diferente disposición en relación con la pared. Dadas estas circunstancias especiales, estos dos aspectos formales son los que estructurarán la presente clasificación.

De este modo, se distinguirá entre cuencos que presenten un borde directo (CP F4), otros cuyo borde está abierto en diagonal con respecto a la línea de la pared (CP F5), y un tercer grupo en el que los bordes presentan una disposición horizontal (CP F6). Se debe indicar, además, que estos tres tipos deben ser lo suficientemente flexibles como para poder incluir todos aquellos casos complejos y así evitar la formulación de una serie interminable de tipos distintos. Esto haría difícil, además, incluso subjetiva la adscripción de un ejemplar determinado a un tipo concreto. No obstante, dentro de cada uno de estos tipos, los individuos serán divididos en una serie de subtipos que tomarán, en la mayoría de los casos, la forma de los labios como referencia. Es importante indicar que algunos de estos subtipos identificados en el seno de los tres tipos principales serán paralelos entre sí, mientras que muchos ejemplares de un tipo específico tendrán su equivalente en otro, lo que no es más que una muestra más de la heterogeneidad existente en estos tres tipos.

La discusión de los citados tipos se hará de la siguiente manera. En primer lugar, los diferentes tipos serán discutidos por separado. En cada uno de estos apartados se tratarán los diversos aspectos formales así como de tratamiento de superficies y acabados. Finalmente, en un cuarto apartado se hará referencia a los datos ofrecidos por otros yacimientos, especialmente Tiro y Sarepta.

1.d.1. Cuencos de borde directo y engrosamiento interior (CP F4)

Los cuencos que se incluyen en este tipo muestran poca profundidad y unas paredes de contorno recto o ligeramente convexo. Es importante, en este sentido, indicar que muchos de ellos tienen un contorno irregular, en ocasiones incluso deforme, por lo que es normal encontrarnos con casos concretos en los que el borde tiene dos secciones completamente distintas. Por otro lado, las bases de estos cuencos son generalmente planas y del tipo cortado 'a cordel', aunque hay casos en los que aparece una base de disco bajo (P.27 del Sector 0).

Los diámetros de sus bordes varían entre los 19 y los 25 cm., con una media de unos 22, 6 cm. Se han distinguido cuatro subtipos sobre la base de la forma del labio:

a) CPF4a. Los bordes de este primer subtipo muestran una sección cuadrangular, mientras que el escalón interior está más o menos marcado; la superficie superior del engrosamiento del borde puede ser plana, convexa o cóncava; los labios son rectos y de disposición transversal con respecto a la línea de la pared. Este es el subtipo más numeroso.

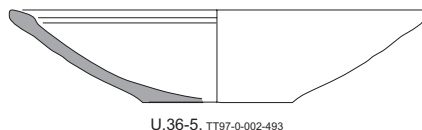


Figura 4.83. Cuenco llano del subtipo CP F4a.

b) CP F4b. Los bordes de este subtipo también muestran una sección de forma cuadrangular, mientras que los labios están cortados verticalmente.

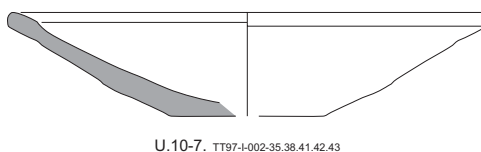


Figura 4.84. Cuenco llano del subtipo CP F4b.

c) CP F4c. Los cuencos de este tercer subtipo muestran unas secciones de forma ovalada más o menos alargada. En ocasiones, el escalón interior está proyectado hacia adentro (véase, por ejemplo, Ass.A: 15), y los labios presentan siempre una forma redondeada.

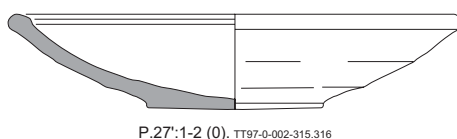


Figura 4.85. Cuenco llano del subtipo CP F4c.

d) CP F4d. Las paredes de los cuencos de este subtipo son, por lo general, más curvados que los del resto, mientras que los bordes presentan una sección de forma cónica. Por su parte, el escalón interior tiene una relevancia variable y los labios son siempre apuntados.

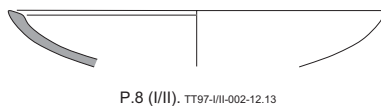


Figura 4.86. Cuenco llano del subtipo CP F4d.

Finalmente, estos cuencos muestran en todos los casos unos alisados cuidadosos por el interior y, en ocasiones, también por el exterior, especialmente en su mitad superior. Por el contrario, la mitad inferior de los cuencos aparece sin tratar, de hecho, el contorno es frecuentemente poligonal y no redondeado. La causa parece ser que a esta parte se le daba forma a mano por medio de un cuchillo o un instrumento afilado, en lo que podría ser una versión del *turning* de Anderson (1988: 317-318). Además, el lugar en el que las dos mitades de la pared se unían quedaba marcada por

medio de una inflexión que en ocasiones podría ser tomada, de manera equivocada, como una carena. No obstante, como se verá más adelante, las verdaderas carenas aparecen siempre justo por debajo del borde y no a mucha distancia de éste.

1.d.2. Cuencos de borde abierto y engrosamiento interior (CP F5)

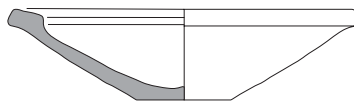
Este es, posiblemente, el tipo más numeroso y, por consiguiente, el que muestra una mayor variabilidad formal. Se trata básicamente de unos cuencos de paredes rectas o ligeramente convexas, cuyo contorno exterior está en numerosas ocasiones interrumpido por una carena, o un resalte justo por debajo del borde, que están siempre engrosados por su parte interior y su disposición es abierta. Por su parte, el escalón interior que marca el engrosamiento del borde puede variar desde un simple resalte a un escalón bien marcado. En ocasiones, este escalón puede estar proyectado hacia atrás. Las superficies superiores del engrosamiento del borde pueden ser rectas, cóncavas y, en menos ocasiones, convexas. Como sucede en el caso del tipo anterior, los contornos de los bordes son en ocasiones irregulares (véase U.24-5), y, en ocasiones, deformes (U.35-16). Finalmente, los diámetros de estos bordes varían de unos 15, 8 cm. a los 28 cm., con 20, 2 cm. como media.

Las bases de estos bordes son generalmente planos y del tipo cortado ‘a cordel’, aunque en algunos casos pueden ser de disco, a veces muy bajos. Hay casos en los que las bases muestran unos surcos concéntricos (por ejemplo, P.14: 3, 16 y 25 del Sector I), y hay otros ejemplares cuyas bases son más convexas en el centro de la base, convirtiéndolos en inestables. De hecho, el tratamiento más cuidado de algunas de estas bases inestables (por ejemplo, P.11 del Sector III) han dado lugar, como se verá más adelante, a un tipo cerámico nuevo, las tapaderas.

Las superficies interiores de estos cuencos están, por regla general, mejor cuidadas que las exteriores, de manera especial su mitad inferior, las cuales muestran casos sin alisar o con marcas de ‘afeitado’.

Se han distinguido seis subtipos sobre la base de los rasgos que muestran estos bordes.

a) CP F5a. Los bordes están inclinados hacia el interior, mientras que los labios tienen una disposición transversal con respecto a la línea de la pared. Se corresponde con el subtipo CP F4a.



U.28-2. TT97-III-002-125

Figura 4.87. Cuenco llano del subtipo CP F5a.

b) CP F5b. Los bordes son similares a los del subtipo anterior, aunque los labios presentan una disposición vertical. Se correspondería con el subtipo CP F4b.

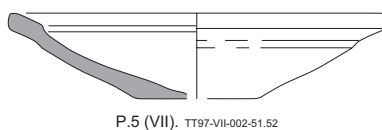


Figura 4.88. Cuenco llano del subtipo CP F5b.

c) CP F5c. Los cuencos de este subtipo muestran las mismas características que el anterior. La diferencia entre ambos reside en el labio redondeado, en ocasiones incluso apuntado, que muestran los ejemplares de este subtipo. Se corresponde con el subtipo CP F4c.

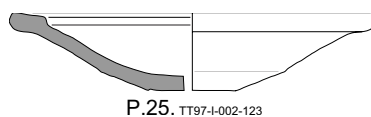


Figura 4.89. Cuenco llano del subtipo CP F5c.

d) CP F5d. Los bordes de este subtipo tienen una sección cónica y unos labios apuntados o romos. Se correspondería con el subtipo CP F4d.

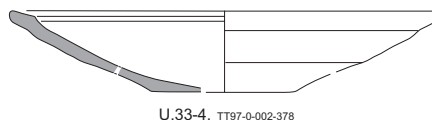


Figura 4.90. Cuenco llano del subtipo CP F5d.

e) CP F5e. Estos cuencos muestran unos bordes de sección cuadrada, así como unos labios rectos o ligeramente redondeados de disposición transversal con respecto a la línea de la pared. No tiene correspondencia con ningún subtipo de CP F4.

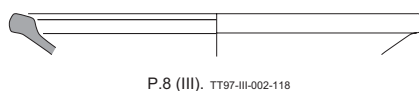


Figura 4.91. Cuenco llano del subtipo CP F5e.

f) CP F5f. Lo que verdaderamente llama la atención es el modo en el que el borde rompe la línea de la pared, de manera oblicua a la línea de la pared, lo que le confiere una apariencia abierta y ligeramente erecta. Por lo demás, el engrosamiento es interior, mientras que el labio puede ser recto o redondeado.

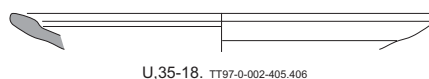


Figura 4.92. Cuenco llano del subtipo CP F5f.

1.d.3. Cuencos de borde horizontal (CP F6)

La característica fundamental de este tipo es la disposición horizontal de sus bordes, que muestran, además, una cierta variabilidad en cuanto su perfil y sus dimensiones, que varían entre los 18 y los 28 cm. Por otra parte, las paredes son rectas o ligeramente convexas, en todos los casos, salvo uno (TT97-III-002-33), sin carenas ni otros resaltes del contorno. Las bases siguen las mismas directrices ya observadas en los casos anteriores, es decir, en la mayoría de los casos son planas, con una minoría de disco.

Sería importante indicar que los ejemplares de este tipo muestran, por lo general, unas pastas de mejor calidad que las observadas en los casos anteriores. Este cuidado se extiende, además, a los acabados. Una gran cantidad de ejemplares muestra unos alisados homogéneos, en algunos casos, incluso, bruñidos.

Finalmente, se han distinguido cinco subtipos.

a) CP F6a. Estos cuencos muestran unos bordes de sección cuadrangular alargada. Su arranque está marcado por su parte interior por medio de un escalón, de contorno anguloso o redondeado, que en ciertas ocasiones está proyectado hacia atrás (U.56-7: 34). Los labios pueden tener una forma redondeada o estar cortados.

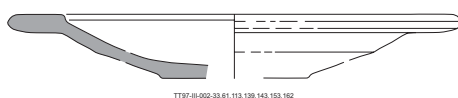


Figura 4.93. Cuenco llano del subtipo CP F6a.

b) CP F6b. Los cuencos de este subtipo son similares al del anterior. La diferencia entre ambos se encuentra en el engrosamiento que puede aparecer en las caras superior e inferior del borde, o sólo en la inferior. Algunas de las superficies superiores de estos bordes tienden, además, a ser aplanadas.

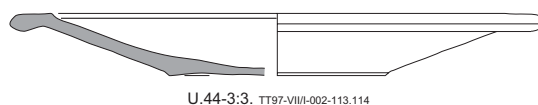
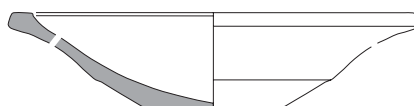


Figura 4.94. Cuenco llano del subtipo CP F6b.

c) CP F6c. Estos cuencos están relacionados estrechamente con el subtipo CP F5e, dado que sus paredes son rectas y los engrosamientos cuadrados en sección. Los bordes están generalmente marcados por el interior, incluso proyectados en algunos casos hacia atrás (U.3-2), o hacia arriba (P.10 del Testigo I/II). Mientras, las superficies superiores de los engrosamientos tienen siempre un contorno plano y horizontal. Los labios están casi siempre cortados en vertical, aunque habría algunos casos en los que son oblicuos (P.10 del Testigo I/II) o ligeramente biselados (U.24-7: 20).



U.3-2. TT97-II-002-114

Figura 4.95. Cuenco llano del subtipo CP F6c.

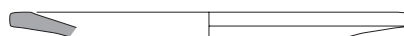
d) CP F6d. Estos cuencos son similares a los de los subtipos CP F4d y CP F5d. La única diferencia entre ellos es que la superficie superior de los bordes es horizontal. Por su parte, los engrosamientos pueden estar más o menos marcados por el interior (véase U.5-7: 45 y 46 para el primer caso, y U.7-16 para el segundo).



U.5-7: 46. TT97-II-002-159

Figura 4.96. Cuenco llano del subtipo CP F6d.

e) CP F6e. Este subtipo consiste en cuencos con unos bordes horizontales que carecen de un resalte especial en su arranque interior (U.5-7: 47).



U.5-7: 47. TT97-II-002-155

Figura 4.97. Cuenco llano del subtipo CP F6e.

1.d.4. Correlación con Tiro y Sarepta

La correlación entre estos tipos y los que aparecen en las publicaciones de Tiro y Sarepta aparece sintetizada en la siguiente figura:

<i>Al Bass</i> CP 4a	Tyre plate 7	Sarepta X-17D y G
<i>Al Bass</i> CP 4b	Tyre plate 7	Sarepta X-17D y G
<i>Al Bass</i> CP 4c	Tyre plate 7, posiblemente también 11	Sarepta X-17A y C
<i>Al Bass</i> CP 4d	Tyre plate 7, posiblemente 11 también	Sarepta X-17B
<i>Al Bass</i> CP 5	Tyre plate 2, 3 y posiblemente 7 ²⁹⁶	Sarepta X-5C
<i>Al Bass</i> CP 6a	Tyre plate 2 y 3	Sarepta X-5A ²⁹⁷
<i>Al Bass</i> CP 6b	Tyre plate 2 y 3	Sarepta X-5B
<i>Al Bass</i> CP 6c	Tyre plate 2	Sarepta X-?
<i>Al Bass</i> CP 6d	Tyre plate 7 u 11	Sarepta X-17E

Figura 4.98. Correlación entre los tipos CP F4, 5 y 6 de al - Bass con las tipologías de Tiro y Sarepta

Como se puede observar, los platos de los tipos 2, 3, 4 y 7 de Tiro comprenden los tres tipos desarrollados para al - Bass. Todo parece indicar que los primeros cuencos, con unos engrosamientos interiores marcados, son los que Bikai clasificó dentro de su tipo 7 (Bikai 1978: 22 y pl. 91), mostrando bordes con engrosamientos interiores que aparecían directamente sobre la pared, como sería el caso de nuestro tipo CP F4 (véase Bikai 1978: pl. XVIIA: 16), o de manera oblicua, como nuestros tipos CP F5 y 6 (por ejemplo, para el tipo CP F5, véase Bikai 1978: pl. XVIIA: 13; mientras, para el tipo CP F6 véase Bikai 1978: pl. XVIIA: 14, 15 y 17). Sería posible, quizás, que los cuencos del tipo 7 de Bikai hubiesen evolucionado a partir de los de su tipo 11, a los que aludimos con anterioridad como el tipo más antiguo y que se caracterizaba por unas paredes directas con unos bordes que muestran unos engrosamientos interiores suaves (Bikai 1978: 24-25, pl. 91), un tipo, además, con el que algunos de los ejemplares de nuestro tipo CP F4 podrían ser identificados.

Los sucesores de los platos del tipo 7 de Tiro son los tipos 2 y 3. El primero de ellos (Bikai 1978: 22, pl. XCI) varían muy poco de los del tipo 7, de hecho, sus únicas diferencias podrían consistir en la peor calidad de sus acabados y sus bordes de disposición desviada con respecto a la línea de sus paredes. Los cuencos del tipo 2 fueron más frecuentes en el estrato III, lo que llevó a la autora americana a pensar que fueron fabricados en masa. Por su parte, los cuencos del tipo 3 (Bikai 1978: 22, pl. XCI) están mejor hechos, casi siempre bruñidos, son de mayor tamaño y, en ocasiones, muestran bases escalonadas o convexas (Bikai 1978: 23, pl. XCV, bases de los tipos 1 y 2). Al ser inestables, estos cuencos fueron interpretados como tapaderas y no como platos (Bikai 1978: 22, nota 16), y parece evidente que éste era el caso, aunque no sólo en lo que se refiere a los cuencos que mostraban una mejor factura, sino también para el resto, dado que la mayoría de cuencos recogidos en al - Bass (CP F3, 4, 5 y 6) funcionaron como tapaderas. Nótese, además, que estas irregularidades en el contorno de las bases aparece en la necrópolis también en algunos ejemplares de peor factura (por ejemplo U.55-5: 4, del subtipo CP F5a). Sin embargo, los ejemplares que muestran unas bases intencionadamente irregulares serán tratados más adelante en un apartado diferente, el dedicado a las tapaderas.

Con respecto a la distribución de los tipos 2 y 3 en Tiro, es interesante observar que ambos aparecieron en mayor cantidad en los estratos III a I y, especialmente, en el primero de ellos (Bikai 1978: 21, tabla 3a, pl. VIIIA y IX; Bikai 1978a: 52). Esto parece indicar que, sobre la base de la información procesada, los cuencos con bordes directos precedieron a aquéllos que los poseían desviados con respecto a la línea de la pared, ya fuese diagonal u horizontalmente. Parece que este cambio sucedió entre los estratos V y IV (Bikai 1978: 26). Por consiguiente, los cuencos de estos tipos 2 y 3 son los típicos del llamado 'Horizonte de Kition' (1987: 56), en el que estos dos tipos experimentaron una evolución hacia unos bordes más anchos y de parte superior cóncava.

Estos datos aparecen corroborados por la información recogida en Sarepta. Los tipos que corresponden a estos tipos de al - Bass, es decir, CP F4, 5 y 6, son X-5 y X-17. Así, los cuencos del segundo tipo indicado, X-17, se relacionarían directamente con los del tipo 7 de Tiro (Anderson

1988: 154-155), caracterizados por mostrar unos bordes directos con un engrosamiento interior marcado por un resalte anguloso del contorno, y cuya parte superior sería de forma aplanada. Las bases que corresponderían a este tipo serían las B-21 y 23, ambas de disco (Anderson 1988: 244-246) y B-27, anular (Anderson 1988: 247). Sin embargo, este tipo se dividiría en siete subtipos y agrupados en tres grupos principales. El primero de ellos comprendería los subtipos A a C, el primero de los cuales se podría correlacionar con nuestro subtipo CP F4c, y muestra un labio redondeado o cortado. El segundo de estos subtipos, X-17B, tendría un borde de sección ahusada y un labio redondeado, idéntico a nuestro subtipo CP F4d, mientras que el tercero, X-17C, se caracterizaría por una proyección hacia atrás de la parte trasera del borde. El segundo grupo estaría comprendido por los subtipos X-17D y E, los cuales podrían ser relacionados con nuestros subtipos CP F4a y b, y CP F6b. Los cuencos de este segundo grupo muestran unos perfiles más angulosos, bordes planos, en algunos casos algo incurvados y con tendencia a la carenación (X-17D), y en otros los bordes son horizontales (X-17E). Finalmente, los cuencos del tercer grupo son X-17F y G, que muestran una carena, más o menos marcada, en la parte superior de la pared, debajo del borde. La relación del primero de estos dos subtipos con el resto no está del todo clara, pero si parece evidente que los del subtipo X-17G se relacionarían con nuestros subtipos CP F4a y b.

El rasgo principal de los cuencos del tipo X-5 de Sarepta consiste en sus bordes con un engrosamiento interior de sección cuadrangular, así como sus paredes de línea continua (Anderson 1988: 147). Habría tres subtipos, dos con bordes horizontales, X-5A y B, y un tercero de borde oblicuo, X-5C. Sus bases pueden ser planas, de disco o anulares bajas 8 tipos B-19, 22 y 23 respectivamente; Anderson 1988: 243, 245-246 y pl. 52). Finalmente, los acabados pueden consistir en un alisado, en un recubrimiento con engobe rojo o estar bruñidos. Es de destacar, sin embargo, que, como se ha observado en al – Bass, algunas de las superficies de estos ejemplares muestran unas superficies más cuidadas y unos acabados más homogéneos en la parte interior y los bordes que por el exterior, especialmente en la mitad inferior, que mostraban las típicas marcas de afeitado (Anderson 1988: 319).

Sería interesante indicar que en al – Bass no se ha encontrado ningún ejemplar de los tipos X-1 y 4 de Sarepta, con sus paredes carenadas y sus bordes horizontales (Anderson 1988: 143-144, 146-147 y pl. 47). Habría, quizás, una excepción, ya mencionada y comparable con el tipo X-1A, que ha sido incluido aquí en el subtipo CP F6a (TT97-III-002-33). En este sentido, la ausencia de ejemplares carenados es digna de mención, a pesar de su aparición en las excavaciones de Bikai en Tiro (Bikai 1978: 22-23, *plate* 4, pl. XCI).

Desde un punto de vista crono-secuencial, el fenómeno evolutivo observado en Tiro también ocurre en Sarepta. Así, observando la información recogida en este lugar (Anderson 1988: 427, tabla 3A), los bordes directos como los del tipo X-17 precederían a los abiertos de los tipos X-1, 4 y 5. Este cambio habría tenido lugar en el transcurso desde el nivel D1, en el que X-17 era el tipo más abundante, al nivel C1, en el que los otros tres tipos eran los más abundantes.

1.e. Cuencos de borde vertical (CP F7)

Este tipo incluye a los cuencos que muestran unas paredes rectas o ligeramente convexas, y un borde corto de disposición vertical marcado por su parte inferior por una carena. Además, la cara exterior de dicho borde es cóncavo, mientras que su labio tiene una forma redondeada. Aparentemente, la forma final de estos cuencos se obtenía por medio de un afeitado de sus superficies (Anderson 1988: 318). Por su parte, el ejemplar que representa este tipo en al – Bass mostraba unas superficies alisadas de manera homogénea, aunque no parece haber sido bruñido.



U.7-17. TT97-II-002-249

Figura 4.99. Cuenco del tipo CP F7.

En Tiro este tipo corresponde al FWP 7 (Bikai 1978: 29 y pl. 91), un tipo que aparece en los estratos V a II, con un máximo en IV (Bikai 1978: 21, tabla 3A). La mayoría de los casos estos cuencos mostraban unas superficies recubiertas de engobe rojo, aunque se ha registrado un caso en Chipre que contaba con bandas reservadas y surcos concéntricos en la parte inferior de la pared exterior (Bikai 1980: 25, no. 52, pp. 30-31, pl. XXI: 16 y 17, pl. XXV: 26; Bikai 1987: 35, no. 424, pl. XVII y XXVI). Sin embargo, los ejemplares que carecen de este recubrimiento, como el recogido en al – Bass, son minoría.

En Sarepta este tipo se relaciona con su X-10 (Anderson 1988: 149, pl. 47), que, aparentemente, perduró más tiempo que en Tiro, dado que se encuentra presente en una buena cantidad de sus niveles correspondientes a la Edad del Hierro (Anderson 1988: tabla 3B), aunque el nivel en el que fue más frecuente es C2. Esta larga vida se corrobora también en Tel Keisan. En este sentido, su nivel 7, ubicado por Bikai en su ‘Horizonte de Kouklia’ (Bikai 1987: 66 y 68, tabla 2), contenía un ejemplar de este tipo (Briend – Humbert 1980: pl. 53: 6), decorado por su parte interior con el patrón típico consistente en bandas de color rojo y filetes negros, el *style III* de Anderson (véase más arriba). En un contexto posiblemente posterior procedente de Akhiv (tumba Z XI; Dayagi-Mendels 2002: 23 y 25, fig. 3.10: 5), apareció un cuenco provisto de un borde similar y una asa horizontal adosada a él. Además, en el nivel III de Tel Abu Hawam, en un contexto también posterior, otro ejemplar apareció, esta vez cubierto de engobe rojo por su cara interior y por la parte superior de la cara exterior (Herrera 1989: vol. I, p. 176 y 325, vol. II, no. 173 y pl. 73).

En el otro extremo cronológico, otros dos ejemplares de este tipo, esta vez decorados con bandas rojas concéntricas por la cara interior, aparecieron en el nivel 4 de Tel Keisan, datado por Bikai en su ‘Horizonte de Amathus’ (Bikai 1987: 66 y 68, tabla 2). Un contexto funerario, aproximadamente contemporáneo y hallado en Akhziv, la tumba ZR IX (Dayagi-Mendels 2002: 47-48, fig. 4.7: 1), proporcionó un cuenco de este mismo tipo que, a su vez, mostraba un contorno irregular y unas superficies lisas. Del mismo modo, en un sector del glacis de Beirut, en unos

niveles que pueden ser fechados del mismo modo, aparecieron algunos ejemplares cubiertos de engobe rojo por la parte interior y la parte superior de la cara exterior (Badre 1997: fig. 35: 7, fig. 36: 5 y 6).

1.f. Cuencos de bordes incurvados (CP F8)

Este tipo está representado por cuencos que muestran unos bordes simples, ligeramente curvados hacia el interior, y rematados por un labio de forma redondeada. En al – Bass se ha hallado un solo ejemplar de este tipo, P.7 del Sector 0).



P.7:2 (0). TT97-0-002-119

Figura 4.100. Cuenco del tipo CP F8.

Aparte de las características formales, el ejemplar perteneciente a este tipo muestra una pasta de calidad media y es posible observar cómo la superficie interior está cubierta de un engobe rojo que posiblemente estuvo bruñida. En cuanto a la superficie exterior, parece que estuvo alisada, aunque no es posible decir si de una manera homogénea o si fue, incluso, bruñida.

El paralelo más cercano que se ha observado en la publicación de las excavaciones en Tiro aparece en el estrato VIII (Bikai 1978: pl. XIX: 21), un cuenco bajo con un borde muy similar al del ejemplar de al – Bass. Este ejemplar fue clasificado como ‘misceláneo’, y mostraba un engobe rojo que cubría tanto las superficies interiores como las exteriores. No obstante, el acabado del ejemplar procedente de la necrópolis, engobe sólo por la cara interior, sería más típico de los estratos V y IV de Tiro y del nivel C2 de Sarepta (Anderson 1988: 352, fig. 7). Por otro lado, cuencos muy similares a estos fueron clasificados por Bikai dentro de sus tipos 12 y 13 (Bikai 1978: 14-15, pl. 91). Éstos consisten en unos cuencos de profundidad moderada y hondos con un engrosamiento interior del borde, el cual se incurva hacia adentro- La diferencia entre estos dos tipos, sin embargo, reside en que el tipo 13 cuenta con un borde cortado.

Por lo que se refiere a Sarepta, los tipos que más se asemejan serían X-28 y, quizás en menor medida, X-29 (Anderson 1988: 160-161, pl. 47). Mientras que el primero de estos tipos se relacionaría con los tipos 12 y 13 de Tiro (Anderson 1988: 160: nota 116), el segundo de ellos, con un perfil moderadamente más profundo, se relacionaría, incluyendo el ejemplar procedente del estrato VIII mencionado antes, con el tipo 6 de Tiro (Bikai 1978: 26, pl. XCI). Aunque este tipo 6 aparecía en los estratos VI y I de este yacimiento, la mayoría de ellos lo hacía en el estrato IV. A pesar de esto, nuestro ejemplar no pertenece a un cuenco de este último tipo, debido, particularmente, a que sus bordes están normalmente incurvados de manera patente.

El tipo X-29 apareció en Sarepta entre los niveles G1 y B, aunque la mayoría lo hacía en los niveles E y D (Anderson 1988: 475, tabla 3A). Esta duración atestiguada en Sarepta se vería corroborada en Tel Keisan, dónde observamos ejemplares similares al de la necrópolis . El

más parecido apareció en el nivel 7 (Briend-Humbert 1980: pl. 66: 4), un cuenco hondo de profundidad moderada y un perfil similar al del tipo 6 de Tiro, aunque su borde está menos incurvado y es, por consiguiente, más cercano al ejemplar de al – Bass. Otro ejemplar similar fue hallado en el mismo nivel (Briend-Humbert 1980: pl. 53: 4), aunque está decorado por su parte interior con bandas rojas y filetes negros siguiendo el llamado *style III* de Anderson, y muestra un paralelo muy cercano en la tumba IV de Tel er-Rachidiyeh (Doumet-Serhal 1982: pl. XV: 86). Por otro lado, es interesante que el nivel 7 de Tel Keisan ha sido incluido por Bikai en su ‘Horizonte de Kouklia’, el más antiguo de la secuencia fenicia (Bikai 1987: 66 y 68, tabla 2). Finalmente, en el nivel 4 de Tel Keisan, ya hemos visto que típico del ‘Horizonte de Amathus’, apareció otro cuenco similar, aunque esta vez recubierto de un engobe de color violeta tanto por la cara interior como por la exterior. Este último ejemplo daría una idea inequívoca de la longevidad de este tipo.

1.g. Cuencos de bordes erectos (CP 9)

Este tipo se caracterizaría, básicamente, por mostrar unas paredes curvas y un borde de tendencia vertical. En este caso, al – Bass ha proporcionado un ejemplar de origen chipriota (U.51-2), que presenta, además, una base inestable de perfil ligeramente convexo y dos asas horizontales, opuestas y colocadas a nivel del borde (tipo CP C9).

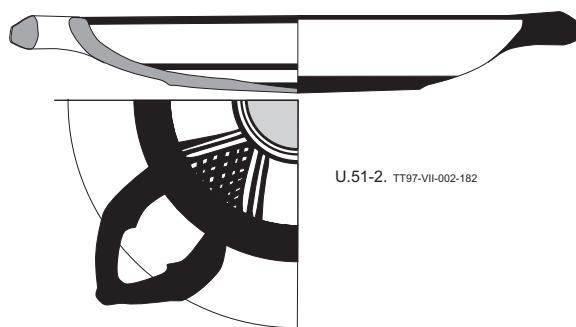


Figura 4.101. Cuenco del tipo CP C9.

Las características formales y, sobre todo técnicas y decorativas de este ejemplar en concreto lo hace diferente del resto de cuencos. Ya hemos indicado su origen chipriota, y correspondería a los *dish* de la terminología de Gjerstad (1948: fig. I: 1-3, fig. IX: 1, 2, fig. XII: 1-3, 5, fig. XV: 8-11, fig. XVI: 16, fig. XVIII: 1 y fig. XXI: 1). Estos platos son típicos, especialmente, del periodo Geométrico de la isla, y las diferencias entre los ejemplares de las tres fases en las que se divide este periodo se centran en las características decorativas en los dos primeros, mientras que durante el Chipro-Geométrico III se podrían observar además algunas diferencias formales, como una apariencia más aplanada. Según parece, la producción de estos platos cesó durante el periodo Chipro-Arcaico.

El ejemplar recuperado en al – Bass, que se conservaba intacto, consistía en un cuenco de pasta fina, bien cocido y con un recubrimiento de color marrón amarillento claro. Desde un

punto formal, el borde se abría hacia arriba, y su parte superior era aplanada, mientras que las asas, de sección trapezoidal, mostraban un botón en su parte central. Como es común en el caso de estos cuencos, el interior mostraba una decoración de concepción simple, consistente en una serie de bandas de color negro. No obstante, el patrón decorativo principal se concentraba en la parte exterior de la base, y consistía en un disco central de color rojo flanqueado por tres filetes concéntricos a partir de los cuales irradiaban, a modo de triglifos, cuatro triángulos entramados y flanqueados por ambos lados por dos filetes, todos ellos de color negro. Por su parte, la parte colindante al borde de la base está marcada por una banda ancha de color negro, la cual remonta la parte baja de la pared exterior. Finalmente, la parte comprendida entre esta banda y el borde, cubierto por su parte superior de pintura negra, está libre de cualquier tipo de decoración, a excepción de la pintura, también negra, que cubre las asas.

Cuencos que muestren un perfil similar al nuestro los encontramos durante el Chipro-Geométrico II (un paralelo muy cercano en lo formal y decorativo sería Gjerstad 1948: fig. XII: 5, de la *White-Painted II ware*, aunque carece de botón en las asas; véase también, aunque la decoración sea diferente *ibid*: fig. XII: 2, también de la *White-Painted II ware*, y fig. XV: 9, de la *Bichrome II ware*). Por otro lado, habría un ejemplar muy cercano al hallado en al – Bass, procedente de la tumba 63 de la necrópolis de Palaepaphos – Skales (Karageorghis 1983), que se fecharía a inicios del Chipro-Geométrico III y muestra unas características formales y, sobre todo decorativas, muy similares a las de U.51-2.

Se han encontrado varios ejemplares en Tiro. Dos de ellos aparecieron en el estrato X-2 y pertenecerían a la *White-Painted II ware* (Bikai 1978: pl. XXVIII: 4, 6, fechados así en referencia a Adelman 1976). Por su parte, un tercer ejemplar fue hallado en el nivel X-1, de fecha similar a la de los casos anteriores (Bikai 1978: pl. XXIII: 19).

En definitiva, sobre la base de sus características formales y decorativas, así como por las referencias indicadas anteriormente, pensamos que U.51-2 se fecharía en la transición entre el Chipro-Geométrico II y III.

1.h. Cuencos con un borde engrosado por la parte exterior (CP F10)

En este tipo se incluyen aquellos cuencos que muestran paredes rectas o ligeramente convexas rematadas en unos bordes que están engrosados por su parte exterior. Se han planteado tres subtipos.

1.h.1. Cuencos con un borde engrosado por la parte exterior. Subtipo CP F10a

Se han conservado dos perfiles completos que podrían ser clasificados dentro de este subtipo. Ambos muestran unas bases planas cortadas ‘a cordel’, paredes rectas y un borde provisto de un engrosamiento por su parte exterior, más angular en un caso (U.17-6) que en el otro (P.25 del Sector 0), aunque en este último caso la forma de dicho borde difiere de una parte a otra.

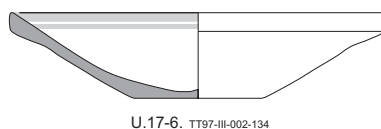


Figura 4.102. Cuenco del subtipo CP F10a.

Las superficies de los dos cuencos muestran unos acabados similares a los que vimos en el caso de los tipos CP F3, 4 y 5, es decir, un alisado interior de mejor calidad que el recibido por la cara exterior, especialmente en su cara inferior. Al mismo tiempo, los dos cuencos muestran dos bandas de color rojo en la parte superior de la cara interior.

Bikai clasificó estos cuencos, sobre la base de su decoración, en su tipo 9 (Bikai 1978: 24, pl. XVIII A: 5, 6, de los estratos VI y V, respectivamente), algo que ya vimos suceder en el caso de nuestro tipo CP F3. Sin embargo, en la ciudad de Tiro fueron encontrados ejemplares de este tipo carentes de decoración, los cuales fueron clasificados dentro del tipo 8 (Bikai 1978: 23-24, pl. XVII A: 18-21, 26-28, 30, 32, 36, 41, todos del estrato IV, pl. XVIII A: 3, del estrato V, pl. XIX: 12, del estrato VIII, y posiblemente 14, del estrato IX). En este caso, la decoración que muestran nuestros cuencos podría ser una variante del típico patrón consistente en bandas rojas flanqueadas por filetes negros, ya visto anteriormente.

El yacimiento que posiblemente podría proveernos de un mayor número de información relativa a la vida de este subtipo sería Sarepta. De acuerdo con Anderson, nuestros dos ejemplares se podrían clasificar en su tipo X-11 (Anderson 1988: 150, pl. 47). En concreto, nuestro U.17-6 correspondería al subtipo X-11B por su borde más angular, mientras que P.25 del Sector 0 tendría un mejor acomodo en el subtipo X-11A debido a su perfil más redondeado. Por otro lado, este tipo aparece en Sarepta en sus niveles E a B (Anderson 1988: tabla 3A), aunque sería más frecuente en los niveles D2 y C1, los cuales coincidirían cronológicamente con los estratos de Tiro citados antes, y todos ellos con el 'Horizonte de Salamis' de Bikai (1987: 41, no. 520, p. 62, pl. XX). Por otro lado, un contexto funerario hallado en Akhziv, la tumba ZR XXIX, también proporciona un ejemplar de este subtipo (Dayagi-Mendels 2002: 78-79, fig. 4.21: 2). No obstante, parece que la fecha de este contexto podría ser algo posterior, quizás del 'horizonte de Kition'.

1.h.2. Cuencos con un borde engrosado por la parte exterior. Subtipo CP F10b

No se ha encontrado un perfil completo de este subtipo, aunque las características, tanto formales como decorativas son muy similares a los que mostraba el subtipo anterior. En este caso, la diferencia consiste en que, mientras que el subtipo anterior la pared era recta hasta el borde, en este el labio está más marcado, su forma es ahusada y su disposición vertical.

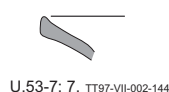


Figura 4.103. Cuenco del subtipo CP F10b.

Todo parece indicar que Bikai clasificó estos cuencos como una variante de su tipo 11 (Bikai 1978: pl. XVIII A: 1, del estrato IV, para su forma, véase las pp. 24-25), que muestra un engrosamiento redondeado por la parte exterior del borde. Sin embargo, y como se indicó ya anteriormente, los bordes de nuestro subtipo CP 10b muestra unos labios de forma ahusada. En definitiva, sobre la base de las ilustraciones, es difícil decidir si nuestro subtipo se podría incluir con el de Bikai.

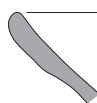
En Sarepta estos cuencos componen un tipo separado, X-15 (Anderson 1988: 152-153, pl. 47), del que se han desarrollado tres subtipos. De ellos, dos tendrían una correspondencia con los ejemplares hallados en al – Bass. El primero es X-15A, con un engrosamiento exterior somero y al que uno de los ejemplares de al – Bass (U.53-7: 7) podría pertenecer. El segundo es X-15B, con un engrosamiento más marcado y un labio más ahusado. Un ejemplar de al – Bass (U.36-11: 11) podría pertenecer a este subtipo. Finalmente, habría un ejemplar decorado con un patrón decorativo bícromo, procedente del nivel D1 (Anderson 1988: pl. 33: 14), que tiene un borde de forma similar, pero unas proporciones mucho más exageradas. Anderson lo clasificó como ‘misceláneo’, aunque pensamos que podría haber sido clasificado dentro de este tipo X-15. Finalmente, sería interesante indicar que en el nivel 7 de Tel Keisan apareció un ejemplar similar al de Sarepta (Briend-Humbert 1980: pl. 52: 6).

En la tumba IV de Tel er – Rachidiyeh apareció un ejemplar de este tipo (Doumet-Serhal 1982: pl. XV: 5), decorado en su parte interior con el patrón típico de bandas rojas y filetes de color negro. Por su parte, otros ejemplares clasificables dentro de este mismo subtipo carecerían de decoración (Doumet-Serhal 1982: pl. XVI: 57, 80).

La vida de este subtipo en Sarepta se prolongó por los niveles D y C2, sin embargo, volviendo al tipo 11 de Tiro (Bikai 1978: 21, tabla 3A), veremos que este tipo fue muy abundante en el estrato X y, a partir de él, experimentó un paulatino declive hasta llegar a su mínimo en el estrato VI, parcialmente recuperado en el V. Quizás la causa de esta recuperación se debió a la aparición de nuestro subtipo CP F10b, que ya vimos corresponde al tipo X-15 de Sarepta.

1.h.3. Cuencos con un borde engrosado por la parte exterior. Subtipo CP F10c

Sólo ha sido posible reconocer un ejemplar que se amolde a este tercer subtipo. Se trata de un fragmento de borde (U.46-8: 27), que presenta unas paredes ligeramente convexas y rematadas por un engrosamiento exterior a nivel del borde de mayor longitud que los anteriores.



U.46-8: 27. TT97-VIII-I-002-26

Figura 4.104. Cuenco del subtipo CP F10c.

Aunque Bikai posiblemente incluyó a los ejemplares de este subtipo dentro de su tipo 8, en Sarepta Anderson los incluyó en su tipo X-20 (Anderson 1988: 156, pl. 47). Este autor definió este tipo a partir de sus bordes con un engrosamiento exterior alargado, y a partir de ciertas variaciones formales distinguió, a su vez, tres subtipos, de los que el X-20B sería el más cercano a nuestro subtipo CP F10c, es decir, un cuenco con un engrosamiento de sección más angular o trapezoidal y esquinas redondeadas.

Finalmente, sería interesante indicar que, con respecto a la secuencia de Sarepta (Anderson 1988: 471, tabla 3A), este tipo apareció entre sus niveles G2 y E, que incluirían los últimos momentos del Bronce Tardío y los primeros del Hierro Inicial (Anderson 1988: 380-396 y 423). No obstante, todo parece indicar que perduró en el repertorio cerámico fenicio, posiblemente con una repercusión menor. Una prueba la darían ciertos contextos funerarios hallados en Akhziv, por ejemplo la tumba Z XI (Dayagi-Mendels 2002: 23, 25, fig. 3.19: 9, 10), y algunos de los materiales hallados en la tumba T.C. 2 (E. Mazar 2001: 56-57, fig. 20b: 13), ambos fechables en el ‘Horizonte de Salamis’ de Bikai y, por consiguiente, posteriores a los casos de Sarepta. Finalmente, y como veremos, el contexto en el que el ejemplar de al – Bass fue recuperado podría ser datado, incluso, con posterioridad a los casos citados de Akhziv.

1.j. Cuencos con un borde directo y una arista interior (CP F11)

El único representante de este tipo (U.54-2) es un plato de paredes sinuosas, un engrosamiento interior del borde alargado cuyo arranque está marcado por medio de una arista. La parte superior de dicho engrosamiento es de forma cóncava, mientras que el extremo superior es abierto y su forma es redondeada. La base es anular baja y su contorno interior es irregular. Por otra parte, sus superficies están alisadas y, tal y como en los casos anteriores, la parte interior es de mejor calidad que la exterior.

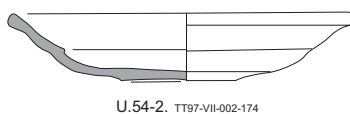


Figura 4.105. Cuenco del subtipo CP F11.

Este tipo de cuenco ha sido clasificado por Bikai en su tipo 1, llamado *proto fish-plate* (Bikai 1978: 20-22, pl. I: 9; Bikai 1978a: 52). Apareció en el estrato I de Tiro, aunque hay ejemplares registrados desde el estrato IV, creemos que intrusivos. Por otra parte, en la tumba IV de Tel er – Rachidiyeh se encontró un ejemplar de este mismo tipo (Doumet-Serhal 1982: 31). Más al sur, en Akhziv, se encontraron algunos cuencos de este tipo, como en las tumbas T.C. 2 (E. Mazar 2001: 56-57, fig. 20b: 5), T.A. 68 (E. Mazar 116-117, fig. 68: 5), el vestíbulo de la tumba Z I (Dayagi-Mendels 2002: 12, fig. 3.3: 1), la tumba Z X (Dayagi-Mendels: 21-22, fig. 3.9: 4) y ZR VIII (Dayagi-Mendels 2002: 46, fig. 4.6: 2). Más al sur, en el nivel 5 de Tel Keisan, también se hallaron ejemplares similares (Briend-Humbert 1980: pl. 38: 7b).

Estos cuencos fueron clasificados por Anderson como el tipo X-9 (Anderson 1988: 149, pl. 47). Se identificaron dos subtipos, uno de ellos, el tipo X-9A, muestra un contorno exterior continuo, mientras que el segundo de ellos, X-9B, su línea es sinuosa, subtipo en el que se incluiría nuestro ejemplar. Es también importante indicar que este tipo aparece en Sarepta, siempre con unos números bajos, desde el nivel C1 hasta el B.

Finalmente, Bikai consideró estos cuencos como típicos de su 'Horizonte de Amathus' (Bikai 1987: 56 y 58, pl. XX: 531 y 5332). Esta autora observó, además, cómo los bordes de los cuencos del horizonte previo, el de 'Kition', que contaban con unos bordes más cortos y rectos, experimentaron una paulatina elongación dando lugar a los platos similares a nuestro U.54-2, y de allí, a los llamados *fish dishes*.

1.k. Cuencos con bordes de forma triangular (CP F12)

Los cuencos de este tipo se caracterizan por mostrar una carena en su pared, marcada por la parte interior mediante un escalón, similar al que se puede observar en los tipos CP F1b y c. Los bordes tienen un engrosamiento exterior de sección triangular y pueden ser más o menos alargados y pendientes. Las superficies superiores de estos bordes son planos en todos los casos observados, mientras que los labios pueden ser redondeados, ahusados o aplanados.

Se han distinguido dos subtipos. Uno de ellos muestra una carena alta, muy cercana al borde (CP F12a), mientras que en el segundo caso la carena es más baja, lo que se combina con una segunda mitad de la pared más alta (CP F12b). En cuanto a las superficies, éstas aparecen, por lo general, alisadas de manera homogénea y, en ocasiones, están bruñidas. Otra posibilidad sería el recubrimiento de las superficies con engobe rojo, aunque este caso es minoritario.



U.2-2. TT97-II-002-110

Figura 4.106. Cuenco del subtipo CP F12a.

Sería también interesante indicar que uno de los ejemplares clasificables en el subtipo CP F12a, U.2-2, podría haber sido incluido dentro de las tapaderas, dado que su base es de forma convexa por su parte exterior y, por consiguiente, inestable.



U.56-8: 40. TT97-VII-002-102

Figura 4.107. Cuenco del subtipo CP F12b.

Bikai clasificó los ejemplares de nuestro subtipo CP F12a como ‘misceláneos’ (Bikai 1978: pl. IX: 9 y 10, de los estratos III y II respectivamente y ambos con un borde horizontal). No obstante, algunos cuencos que podrían ser clasificados en nuestro subtipo CP F12a podrían haber sido clasificados en su tipo 4 (Bikai 1978: 22-23, pl. IX: 5, 6, ambos del estrato II). Por otro lado, los cuencos del subtipo CP F12b corresponderían al tipo FWP 5 de Bikai (1978: 28). Una característica común a este tipo, así como de los procedentes de al – Bass, es la carena baja, aunque, por el contrario, los bordes son horizontales (Bikai 1978: pl. XVI: 11, ejemplo de borde pendiente). Este tipo apareció en Tiro en el estrato V, y alcanzaron su máxima frecuencia en el IV. Por el contrario, durante los estratos III y II su número cayó considerablemente.

En la tumba IV de Tel er – Rachidiyeh se encontró un ejemplar del subtipo CP F12a, aunque en este caso cubierto de engobe rojo por el interior y la mitad superior de la pared exterior (Doumet-Serhal 1982: pl. XVIII: 78). Mientras, los dos subtipos en consideración aquí tienen sus correspondencias en la tipología planteada por Anderson en Sarepta. Así, nuestro subtipo CP F12a correspondería con su tipo X-2 (Anderson 1988: 144-145), mientras que CP F12b lo haría con su tipo X-3 (Anderson 1988: 145-146). Ambos tipos aparecen en los niveles D1 a C1 de este yacimiento (Anderson 1988: 472, tabla 3A). Sin embargo, la clasificación más exhaustiva de este tipo se desarrolló para los materiales de tel Keisan (Humbert-Briend 1980: 168-170 y pl. 39). Es interesante observar que en este yacimiento, junto a otros acabados más típicos como serían las superficies lisas o recubiertas de engobe rojo, bruñidas o no, han aparecido otros casos en los que se ha aplicado por el interior una decoración pintada consistente en bandas de color negro. Finalmente, Akhziv ha proporcionado cuencos del subtipo CP F12a, como la tumba T.A. 78 (E. Mazar 2001: 88-89, fig. 36: 2), probablemente la tumba T.A. 68 (E. Mazar 2001: 116-117, fig. 52: 13), y la tumba ZR XVII (Dayagi-Mendels 2002: 66-67, fig. 4.14: 5), así como del subtipo CP F12b, registrado en la tumba T.A. 68 (E. Mazar 2001: 116-117, fig. 52: 12) y ZR XXXVI (Dayagi-Mendels 2002: 91-92, fig. 4.27: 8).

Desde el punto de vista secuencial, Bikai clasificó estos cuencos en su ‘Horizonte de Kition’ (Bikai 1987: 62, pl. XX: 543-545 y 551 para el subtipo CP F12a; pl. XXII: 415-417 y 419, para el subtipo CP F12b). Sin embargo, su presencia en los estratos V y IV de Tiro, y en los niveles D1 y C2 en Sarepta, indicaría que su aparición se produjo antes del final del llamado ‘Horizonte de Salamis’.

Finalmente, estos dos subtipos fueron adoptados por el repertorio chipriota. De este modo, el subtipo CP F12a se incluiría en el grupo denominado por Gjerstad como *wide, flan bowls without handles*, en principio, típicos del Chipro-Arcaico II (Gjerstad 1948: fig. XLVII: 12; *idem* 1960: 110-111, fig. 1: 12). Por su parte, el subtipo CP F12b se clasificaría dentro de su *moderately deep bowls without handles*, también fechado en estas fechas (Gjerstad 1948: fig. XLVII: 14; *idem* 1960: 111, fig. 2: 7). En cualquier caso, es posible que la inclusión de estos dos tipos en el Chipro-Arcaico II debería ser reconsiderado por razones tipológicas y cronológicas. Como se verá más tarde, este periodo correspondería con los últimos momentos de la secuencia fenicia, en concreto,

con el llamado ‘Horizonte de Amathus’. Sin embargo, el ‘Horizonte de Kition’, momento en el que hemos visto que estos dos tipos era más común, habría coincidido con los momentos finales del Chipro-Arcaico I.

No nos parecería adecuado aducir causas como el espacio de tiempo transcurrido entre el momento de aparición del tipo CP F12 en Fenicia y el de su adopción por parte del repertorio chipriota para explicar el desfase cronológico existente entre los ejemplares de ambas secuencias. No deberíamos olvidar la posible existencia de alfareros fenicios en Chipre, tampoco la velocidad con que los originales procedentes de otras áreas culturales fueron adoptados por centros productores de la isla (véase Coldstream 1979: 267). Por consiguiente, en nuestra opinión, el problema sería de raíz metodológica, especialmente los planteamientos usados en tiempos de Gjerstad para hacer su clasificación (Birmingham 1962: 23), así como el desconocimiento de la evolución tipológica de las cerámicas fenicias.

1.1. Bases de cuencos (CP[bs])

En este apartado vamos a tratar sólo con los fragmentos de base que pueden no pueden ser adscritos con un tipo concreto, aunque podría pertenecer a cualquiera de los que presentan una base estable. Los ejemplares estudiados han sido incluidos en el mismo tipo, el de las bases planas (CP[bs] 1).

Este tipo ha sido dividido, a su vez, en dos subtipos dependiendo, lógicamente, de sus características formales. El primero de ellos (CP[bs] 1a), consiste en bases planas del tipo conocido tradicionalmente como ‘cortado a cordel’ (en inglés *string cut*; Bikai 1978: 24-25; Anderson 1988: 243, pl. 52), dado que eran separados del torno del alfarero por medio de un cordel fino. Este tipo, además, correspondería a las bases de los tipos 6 y 7 de Tiro (Bikai 1978: 24-25, pl. XCV), y los B-19 y B-20 de Sarepta (Anderson 1988: 243-244). Por otro lado, este subtipo ha sido dividido en dos variantes. La primera de ellas (CP[bs] 1a1), es de una mejor manufactura, aunque las superficies exteriores están sólo ligeramente alisadas. Mientras, la segunda variante (CP[bs] 1a2), destaca por la irregularidad de su contorno, especialmente las de su base, que suele ser inestable.



U.8-6. TT97-II-002-385

Figura 4.108. Bases de las variante (a) CP(bs) 1a1 y (b) CP(bs) 1a2.

Entre los cuencos que han conservado el perfil, vemos que este tipo de bases las presentan los tipos CP F3 (subtipo CP F3a: U.3-6, U.46-5, U.16-2; subtipo CP F3c: U.42-2), Cp F4 (subtipo CP F4a: P.30 del Sector 0, U.8-8, que podría pertenecer a la variante 1a1; del subtipo CP F4b: P.13: 1 del Sector I), CP F5 (todos del subtipo CP 5a, excepto P.19 del Sector I, indicando que U.55-5: 4 es de la variante 1a2; del subtipo CP F5b todos los ejemplares conservados; del subtipo CP F5c: P.14: 3, 16 y 25 del Sector I, del subtipo CP F5d: U.5-3 y U.33-4; del subtipo

CP F5e: U.15-2, que sería de la variante 1a2), CP F6 (del subtipo CP F6b: P. 5 del Sector III; del subtipo CP 6c: U.3-6) y CP F10 (del subtipo CP F10a: P.25 del Sector 0 y U.17-6). En cuanto a las categorías cerámicas, todos los ejemplares corresponderían al de las cerámicas lisas, ya fuesen alisadas sólo por el interior, o bien alisadas de manera homogénea por ambas caras.

El segundo subtipo corresponde al grupo de las bases de disco (CP[bs] 1b). Este tipo correspondería al tipo 6 de Bikai (1978: 24, pl. XCV) y los B-10, 21 y 22 de Anderson (1988: 243-245, pl. 52). A su vez, sobre la base de los perfiles exteriores, se podría identificar hasta cuatro variantes.

La primera de estas variantes (CP[bs] 1b1) se podría reconocer por la parte exterior de la base, que tiene un contorno convexo. Entre los perfiles completos conservados, esta variante se podría observar en un ejemplar del subtipo CP F4c (P.27': 1-2 del Sector 0). En cuanto a las categorías cerámicas de los ejemplares conservados, dos son lisos, uno alisado y otro alisado de manera homogénea, mientras que un tercero está recubierto de un engobe rojo al que se le ha añadido pintura negra.

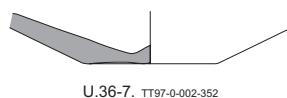


Figura 4.109. Bases de la variante CP(bs) 1b1.

La segunda variante (CP[bs] 1b2), muestra un contorno exterior vertical. Los acabados están cuidadosamente realizados, en uno de los casos incluso de manera homogénea, mientras que en otros están bruñidas, y en ambos casos la calidad de las pastas es muy fina. De entre los perfiles conservados, sólo uno podría ser identificado con esta variante, y éste pertenecería al subtipo CP F5c, que, como vimos antes, correspondería a las bases del tipo 2 de Bikai.

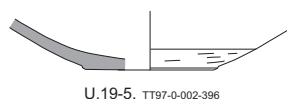


Figura 4.110. Bases de la variante CP(bs) 1b2.

La parte exterior de las bases de la tercera variante (CP[bs] 1b3), son abiertas hacia arriba, mientras que su arranque superior está marcado en su parte superior por un escalón (por ejemplo, P.10 del Sector III, U.40-7 y U.36-11: 12). Las bases de esta variante pueden ser observadas en ejemplares de los tipos CP F3 (subtipo 'a': U.25-4 y U.17-5; del subtipo 'b': U.43-2), CP F5 (subtipo 'a': P.19 del Sector I), y CP F11 (U.54-2). Además, tres ejemplares de este subtipo muestran unas pastas cuidadas, en un caso recubiertas de engobe rojo bruñido, mientras que el resto está simplemente alisado.

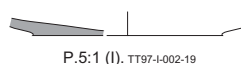


Figura 4.111. Bases de la variante CP(bs) 1b3.

Por último, la cuarta variante (CP[bs] 1b4) muestra un exterior de forma cóncava, a veces con un escalón en su arranque superior. No se ha encontrado ejemplares de esta variante en ejemplares completos en al – Bass, aunque podrían estar relacionados con los cuencos que muestren unos acabados más cuidados, como sería el caso de los tipos CP F6 y 12.

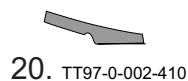


Figura 4.112. Bases de las variante CP(bs) 1b4.

2. Skyphoi (Sk)

Los restos de skyphoi son escasos. En realidad, sólo un ejemplar pertenecería con seguridad a esta forma cerámica (Ass.A: 16), mientras que la pertenencia a esta forma de un segundo ejemplar (U.8-4), no es del todo segura.

Por lo que respecta al primero de los ejemplares citados, se trata del arranque derecho de un asa horizontal de un skyphos local. De este modo, el ejemplar respondería a una adaptación fenicia de una forma foránea, el skyphos griego. Es difícil saber a qué tipo concreto pertenecería dada la naturaleza del fragmento conservado. Además, sus superficies carecen de decoración pintada.

Mientras, el segundo ejemplar, U-8-4, es muy interesante. Se trata de un fragmento con una pared curvada, el arranque del cuello y un asa horizontal. En cuanto a los tratamientos de las superficies, éstas están alisadas y presentan un motivo central consistente en una línea ondulada con una gota en los interiores de cada una de las curvas. Además, este motivo se halla flanqueado por una banda de color negro por su parte superior, que se convierten en dos por la inferior. Por su parte, el cuello parece estar completamente pintado en negro, tanto por su cara interna como exterior. Finalmente, la decoración desataca por su superficie bellamente alisada, aunque las partes carentes de decoración parecen más rugosas.



U.8-4. TT97-II-002-396

Figura 4.113. Probable Skyphos de la Grecia Oriental.

En cuanto a la forma a la que este último ejemplar perteneció, no se ha hallado un paralelo exacto, aunque parece que habría dos posibilidades. La primera de ellas sería un skyphos del periodo Subgeométrico griego, de ahí su apariencia aplanada, mientras que la segunda sería una forma cerrada, posiblemente un anforiscos, sobre todo si tenemos en cuenta la forma del cuello y el hecho que sólo la parte interior del cuello ha sido pintada, y no el interior²⁹⁸. Sin embargo, una causa de la falta de decoración por el interior podría ser el tamaño reducido del ejemplar. Lo que sí parece definitivamente claro sería su origen en la Grecia oriental durante el periodo Arcaico, sobre

todo por el acabado de sus superficies y la decoración (en este sentido, véase Cook-Dupont 1998: 29-31).

3. Tapaderas (Tp)

En la mayoría de los casos, las bocas de las urnas aparecían cubiertas, y con este fin se solía usar unos cuencos de mejor o peor factura. Este sería el caso de los cuencos que han sido clasificado aquí en los tipos CP F3, 4, 5, 6, 9, 10, 11 y 12. No obstante, no todos estos cuencos sirvieron de tapadera, dado que muchos fragmentos fueron hallados en el interior de las urnas con claros indicios de haber sido quemados, o bien aparecieron fragmentados en el interior de las fosas de las tumbas, sin duda consecuencia del ritual empleado.

Sin embargo, es interesante observar también que esta función, digamos, secundaria que desempeñaron estos cuencos, dio lugar a la creación de unas formas cerámicas cuya única función era ser tapaderas de las urnas. Este es el caso de una forma que formalmente se asemeja a un cuenco, aunque la parte exterior de sus bases se ha realizado intencionadamente inestable. Sería el caso de nuestro tipo Tp F1.

Hay tres ejemplares que pertenecerían a este tipo. Dos de ellos presentan unas líneas suaves, sin interrupciones y con unos bordes exvasados de sección rectangular y de disposición horizontal (Tp F1a: U.1-2 y U.24-2), mientras que los contornos del tercero muestra una interrupción justo debajo del borde, que es alargado, exvasado y de disposición abierta (subtipo Tp F1b: P.11 del Sector III).

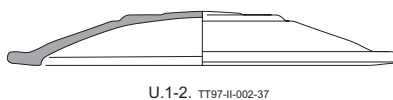


Figura 4.114. Tapadera del subtipo Tp F1a.

Desde el punto de vista técnico, todos los ejemplares destacan por su calidad, no sólo la de sus pastas, sino también en relación con el acabado de sus superficies, que solían estar homogéneamente alisadas y bruñidas.

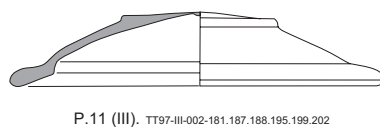


Figura 4.115. Tapaderas del subtipo Tp F1b.

Podríamos contar, sin embargo, con un segundo tipo. Nos referimos a un fragmento de borde cuyas paredes abiertas rematadas por un borde corto, de disposición horizontal, y con un labio geminado (U.35-21). La pasta que muestra este ejemplar es también fina, aunque el acabado

de sus superficies no muestra la misma calidad. No obstante, cabría la posibilidad de la pertenencia de este ejemplar a algún tipo de base elevada, aunque no se ha encontrado ningún paralelo válido que certifique ninguna de las dos posibilidades.

Si volvemos al primero de los tipos desarrollados aquí, sus ejemplares fueron clasificados en los cuencos del tipo 3 (Bikai 1978: 21-22, tabla 3A), que aparecieron en el estrato IV, aunque fue en el III cuando experimentaron su máxima frecuencia. Sin embargo, su número se va reduciendo en los estratos restantes. Como en los casos de al – Bass, los procedentes de la Tiro insular muestran una buena calidad técnica, tanto en lo referente a las pastas como en el acabado de sus superficies. Por otra parte, es curioso observar que las bases de los ejemplares del subtipo Tp F1a podrían haber sido clasificados en el tipo 2 de Bikai, sobre todo debido al surco que aparece en ellos, mientras que las bases del segundo subtipo, Tp F1b, podría pertenecer a su tipo 1 (Bikai 1978: 23, pl. XCV).

Por lo que respecta a la forma de los bordes, éstos podrían ser incluidos en el tipo X-5 de Anderson, al que ya hemos hecho referencia con anterioridad. En concreto, los bordes de nuestro subtipo Tp F1a se relacionaría con el subtipo X-5B de Sarepta, mientras que los del subtipo Tp F1b lo estaría con el subtipo X-5C (Anderson 1988: 147, pl. 47). Sin embargo, no se ha encontrado ningún ejemplar de este tipo en Sarepta, algo que sí sucedió en la tumba ZR XXIV de Akhziv (Dayagi-Mendels 2002: 72, fig. 4.18: 3 = Culican 1970: 17, fig. 2B, arriba a la izquierda), que proporcionó un ejemplar con una base convexa y dos bandas de surcos concéntricos en ella.

Por otra parte, un vistazo a los dibujos de los cuencos podría llevar a pensar que muchos de los que cuentan con una base inestable deberían ser clasificados como tapaderas. Aunque habría algunos buenos casos, como U.2-2, este argumento podría ser correcto desde un punto de vista funcional, no tanto tipológico. Incluso con bases irregulares y lógicamente inestables (por ejemplo U.36-7, U.55-5 o P.26 del Sector I), no es lo mismo concebir un tipo especial de base, como sería el caso de las convexas, destinada para una forma cerámica determinada, el de las tapaderas, que realizar de manera descuidada una base para un cuenco que se sabe nunca se sostendrá sobre ella. De hecho, las bases convexas podrían haber sido concebidas y realizadas de una manera específica para adaptar una forma cerámica concreta a una funcionalidad nueva, el de servir de tapadera, y de ahí, dar lugar a una forma cerámica nueva. No obstante, se debe tener en cuenta que, en el fondo, siguen siendo cuencos, por lo que el hallazgo de algunas de sus partes, como sería el caso de los bordes, haría muy difícil saber si éstas pertenecen a una tapadera o a un cuenco.

Aspectos técnicos del repertorio cerámico de al – Bass

En este apartado vamos a presentar, de manera general, las características típicas de las cerámicas recogidas en la necrópolis. En primer lugar haremos referencia a las pastas y, en segundo, de las categorías cerámicas y su distribución.

Las pastas

A falta de análisis de composición que permitan ajustar de manera más precisa sus características, las pastas locales de al – Bass se caracterizan por presentar unas secciones, por lo general, homogéneas de color *reddish yellow* 5YR 6/6. No obstante, en alguna ocasión, especialmente

en el caso de paredes de cierto grosor, estas secciones pueden ser desiguales o del tipo *sándwich*, en las que el citado color se puede combinar con tonalidades más grisáceas o más pálidas del mismo color. Las inclusiones típicas están compuestas por partículas de lo que parece ser calizas de color gris, granos de calcita blanca y hematina, así como foraminíferos. Es rara la presencia de cuarcitas, muy presentes, por ejemplo, en ejemplares provenientes de Beirut, mientras que las inclusiones de cal no son lo abundantes que suelen serlo en las producciones del área de Sidón. Por otra parte, en alguna ocasión se ha podido sospechar la presencia de *grog*, aunque este elemento no es normal. Otro rasgo característico de estas producciones tírias es su tacto muy polvoriento, incluso en las producciones de mejor calidad. Este aspecto no creemos que sea debido completamente a la calidad de las cocciones, por lo general de mala calidad. Nuestra experiencia con materiales provenientes de excavaciones realizadas en contextos urbanos de la Tiro insular, o de producciones anfóricas de esta área, ha producido los mismos efectos.

Por lo que respecta a las texturas, se han registrado dos variedades. La primera de ellas es de apariencia fina y homogénea que proporciona unas aristas de ruptura limpias. El desgrasante es muy escaso y de tamaño fino, a veces mediano, especialmente en el caso de las inclusiones de calcita y hematina. De hecho, las inclusiones de calizas grises o foraminíferos son muy escasas, en ocasiones incluso inapreciables a simple vista. Estas producciones de mejor calidad son propias, por lo general, de ciertas formas cerámicas de los grupos II y III. En concreto, nos referiríamos a los escanciadores (tipos Jv F2, 3 y 4), las jarras de cuello anillado (tipos Ja F2, 3 y 4), a los cuencos planos y hemisféricos, algunos ejemplares del tipo CP F6 y 12, así como a las tapaderas.

Las pastas que podríamos considerar como comunes se caracterizan por unas secciones de aspecto más rugoso, de aristas más irregulares y en las que las inclusiones descritas son evidentes a simple vista. De ellas, las de caliza son, de manera general, de tamaño fino, aunque es posible observar algunas de tamaño mediano o, incluso, grande. Por su parte, las inclusiones de calcita o hematina pueden mostrar tamaños medianos o grandes. Los grupos formales que muestran estas producciones de calidad media son el de los grandes contenedores en su inmensa mayoría, así como los tipos de cuencos no referidos anteriormente.

No obstante, ciertos tipos de jarras merecerían una mención aparte. Nos referimos a los escanciadores del tipo Jv F1, a las jarras de pico vertedor (Jp F1), las jarras de cuello anillado del tipo Ja F1 o algunos ejemplares de olpe. A éstas podríamos añadir, además, algunos ejemplares de cuencos del tipo CP F3. Todos ellos se caracterizan por mostrar unas pastas de calidad media, en las que las inclusiones de caliza son evidentes, tanto por el tamaño como por su frecuencia. Todo apunta a que la explicación es de tipo secuencial. Como se ha visto en las referencias a cada uno de los tipos y se mencionará en capítulos posteriores, todos ellos son propios de los momentos más antiguos de la secuencia registrada en al-Bass. Este es un aspecto que merecería una mayor profundización, aunque los ejemplares a nuestra disposición parecen evidenciar este hecho. Otras cuestiones serían averiguar en qué momento secuencial se dio el cambio en las características de las pastas, si dicho cambio fue tan sólo relativo a la naturaleza de los materiales empleados, o

fue consecuencia de un cambio de centros productores dentro de la misma área de influencia de Tiro.

En cuanto a las importaciones, ya hemos visto que éstas se centran básicamente en los grandes contenedores, siendo más escasas en el caso de las jarras o los cuencos. Dichos grandes contenedores se caracterizan, por lo general, por presentar pastas de dos variedades. La primera de ellas, más escasa, es de textura fina, en ocasiones de apariencia esponjosa, muy compacta y con secciones suaves de cortes limpios. Los colores van de tonalidades rojizas o rosáceas, como sería el caso de algunas urnas como U.19-1, la jarrita del tipo Jb o el cuenco del tipo CP C9, a otras de tonalidad marrón claro como la que muestra, por ejemplo, la urna U.33-5. Las inclusiones son muy escasas y de tamaño fino, compuestas por partículas de color muy oscuro, posiblemente de origen volcánico y otras de color blanquecino. Como se verá más adelante, los tratamientos de las superficies y las decoraciones que presentan los ejemplares de esta variedad presentan una mejor calidad técnica.

Mientras, la segunda variante, la más abundante entre el material recogido, se caracteriza por unas pastas de tonalidad amarillenta o verdosa, posiblemente producto de una cocción muy prolongada o a mayor temperatura. En absoluto este efecto tiene algo que ver con una posible exposición a fuego o a alguna fuente de calor durante el rito de incineración del cadáver o su posterior enterramiento. De hecho, su apariencia es de haber sido cocidas en exceso en el horno. Por lo que respecta a las inclusiones, éstas también han sufrido una cierta transformación debido al exceso de cocción. Es difícil estimar su composición a simple vista, no obstante, en ocasiones da la sensación de ser muy similares a las inclusiones propias de los ejemplares locales. Con esto no damos a entender que sean producciones fenicias siguiendo patrones formales y decorativos propios de las producciones indudablemente chipriotas, aunque sea una posibilidad que debe ser tenida en seria consideración. Es por eso que se hable en este estudio de producciones chipriotas o 'a la chipriota'. No obstante, si fuesen en realidad producciones locales, llamaría la atención la fidelidad con que, por lo general y exceptuando algunos casos citados en el estudio tipológico (por ejemplo, las urnas U.34-1 o U.55-1), estas producciones 'dudosas' siguen dichos patrones. Tampoco sería de descartar una posible procedencia no chipriota, aunque también fuera del área de Tiro. No nos referimos tanto a la presencia de alfareros chipriotas en centros continentales (fenicios o no), como a producciones fenicias destinadas a satisfacer una demanda de cerámicas con este aire foráneo. Es por eso que en su clasificación hayan sido incluidas todas ellas en el mismo grupo y sin hacer distinciones.

Las categorías cerámicas

Tal y como se indicó en la introducción a este estudio tipológico, los aspectos relativos al tratamiento de las superficies son tomados en un segundo plano. También se ha indicado a la hora de hablar de los diversos grupos formales cuál ha sido su distribución por tipos. Sin embargo, ahora vamos a realizar su desarrollo en el sentido inverso: vamos a mostrar la distribución de los

diversos grupos formales en las diversas categorías cerámicas. No obstante, debemos tener ciertos aspectos en cuenta. Lo primero sería la posible sobre-representación de ciertos grupos formales, principalmente por la abundancia de ejemplares en estado fragmentario. La consideración de individuos entre los fragmentos se ha realizado sobre la base de sus características formales y técnicas. Cuando dos o más fragmentos mostraban unas características similares, eran consideradas como perteneciente a un mismo ejemplar y, por consiguiente, contadas juntas. Esto no significa que, sobre todo en ejemplares de grandes dimensiones, se halla considerado como pertenecientes a diferentes ejemplares fragmentos que, en realidad, proceden del mismo. Por otro lado, a la hora de estimar las características de los tratamientos de las superficies y de las decoraciones, es importante recordar el estado en el que se han conservado muchos de los ejemplares, que pueden haber enmascarado o deteriorado elementos existentes con anterioridad. Esto es importante en el caso de los tratamientos de las superficies y, sobre todo, en el de las decoraciones.

En primer lugar mostraremos la distribución de los tres grupos formales entre las categorías cerámicas en números absolutos.

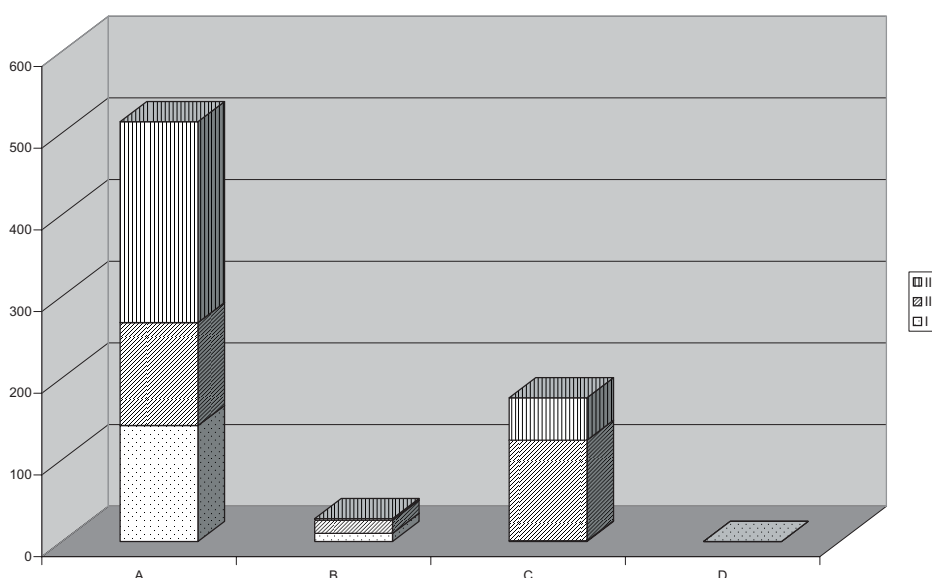


Figura 4.116. Distribución de los grupos formales locales por categorías cerámicas (en números absolutos).

Lo primero que llama la atención es el dominio de la Categoría Cerámica A, es decir, de las superficies lisas. Por el contrario, las otras dos categorías son una minoría, especialmente en el caso de los recubrimientos con baños arcillosos. En cuanto a la distribución de los grupos formales entre las categorías, destaca el dominio de las formas abiertas (Grupo Formal III) en la categoría A, mientras que el resto de grupos son minoría, aunque con unos números similares. La categoría relativa a los engobes rojos (Categoría Cerámica C), está dominada por las jarras, seguidas a distancia por las formas abiertas. En tercer lugar, la Categoría B es claramente residual.

Estos datos se verán con mayor claridad si consideramos estos mismos valores de manera proporcional.

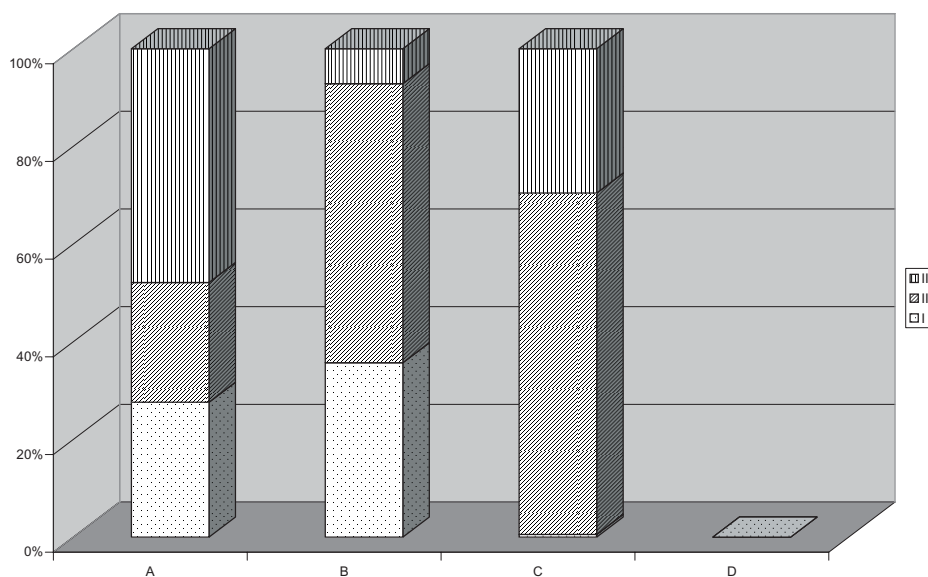


Figura 4.117. Distribución de los grupos formales locales por categorías cerámicas (en tantos por ciento).

Es fácil observar que esta nueva presentación de los datos ofrece unos resultados similares. De este modo, observamos que en la Categoría Cerámica A las formas abiertas son mayoría, mientras que los otros dos grupos formales muestran unas proporciones similares. Esta relación se invierte en el caso de la Categoría Cerámica C, en el que las jarras son mayoría, mientras que los grandes contenedores son casi inexistentes. Mención aparte la merece la Categoría Cerámica B, en el que la mayoría de los casos pertenecen a las jarras.

Se ha indicado, al hablar de los diversos tipos cerámicos, las características generales de los tratamientos de las superficies y de las decoraciones. No creemos necesario volver a incidir en ello en detalle. Sí podemos indicar, sin embargo, la general homogeneidad de las decoraciones, cuando éstas aparecen. Por lo que respecta a las decoraciones pintadas, destaca la sencillez. El patrón dominante por todos los grupos formales es el lineal, consistente en combinaciones más o menos complejas de bandas de color rojo con filetes negros. Habría una versión anterior de este patrón, la disposición de estos elementos de manera concéntrica, sobre todo en el caso de las jarras de cuello anillado del tipo Ja F1 o en algunos cuencos, en especial los del tipo CP F3. Este patrón concéntrico, especialmente el bícromo, es contemporáneo en las jarras y los cuencos, en concreto de momentos antiguos dentro de la secuencia fenicia. No obstante, con posterioridad, y en el caso de las jarras, este patrón concéntrico se convertiría en horizontal y quedaría ubicado en la mitad superior de los cuellos. A cierta distancia, en ocasiones combinándose con este último patrón, estaría el recubrimiento con pintura de algunas zonas de la cerámica en cuestión, especialmente los bordes, los arranques de los cuellos y, en menor medida, las bases, sobre todo las de tipo anular en el caso de los grandes contenedores. Completamente minoritaria sería la presencia de metopas. En el caso de al - Bass sólo se ha observado en un ejemplar, dudoso, de jarra de pico vertedor (TT97-0-2-138). Por el otro extremo tendríamos el grupo de las formas abiertas, que es el que

menos decoración presenta, concentrada en el caso de los cuencos del tipo CP F3 y 10. Mientras, la aplicación de decoración incisa se convierte en algo completamente testimonial, sólo observable en las bases de algunas tapaderas.

Las superficies de esta categoría cerámica están, por lo general alisadas. Tratamientos más complejos se concentran en ciertos tipos cerámicos, como sería el caso de las jarras o algunos cuencos. En cuanto a las primeras, el modo en el que el bruñido se aplica tiene una repercusión de tipo secuencial, así, la aplicación a trazos verticales, longitudinales en el caso de las jarras, es anterior a la realizada a trazos horizontales. Mientras, los bruñidos presentes en las formas abiertas se concentran en algunos tipos, como sería el caso de los cuencos del tipo CP F2, 6, 7, 12 y en las tapaderas. Finalmente, los ejemplares del Grupo Formal I no presenta tratamientos especiales más allá de los alisados simples.

En el caso de la Categoría Cerámica C, la que engloba a los ejemplares cubiertos de engobe rojo, lo primero a destacar sería su concentración en las jarras y, en menor medida, en los cuencos. De hecho, en el primero de estos casos, son los escanciadores el grupo formal en el que aparece en mayor medida, mientras que entre los cuencos, el engobe rojo aparece sólo en ciertos tipos, como serían el CP F1, 2, 9 y 12. También destaca la ausencia de decoraciones pintadas de manera general. Sólo hay algunos casos dudosos de decoración pintada en negro sobre fondo rojo. Sí que contamos, sin embargo, con decoraciones incisas, especialmente en el caso de los escanciadores de los tipos Jv F2 y 3, y de algunos ejemplares de los tipos CP F1 y 2. En estos dos últimos casos, destaca la combinación de la decoración incisa con bandas concéntricas reservadas de engobe. Ya hemos hecho mención del papel del engobe rojo como evocador de vajillas metálicas. Para ello estos ejemplares muestran, aparte del mismo engobe, ciertos elementos formales como serían protuberancias a modo de remaches, tanto en los bordes como por debajo de los arranques inferiores de las asas, los resaltes visibles en los arranques de los cuellos o las incisiones ahora mencionadas.

Finalmente, la presencia de ejemplares cubiertos por un baño arcilloso es tan reducida, que resulta irrelevante. De los pocos ejemplares conservados con este recurso, destaca su mayor representación entre las jarras, seguidas por los grandes contenedores.

Conclusiones

No cabe duda del interés desde el punto de vista tipológico del material recogido en este estudio. En primer lugar, no es habitual tener la oportunidad de contar con material intacto o casi completo. Ya hemos indicado las posibilidades que este hecho proporciona desde el punto de vista clasificatorio. Además, este hecho no se vería tampoco afectado en exceso por un posible problema: la sobre-representación de ciertos tipos en detrimento de otros. Lógicamente, los tipos que aparecen en este cementerio responden a las necesidades del ritual funerario en uso en aquellos momentos. Por esta razón, tipos que serían comunes en un ambiente urbano o productivo, como sería el caso de las ánforas de almacenamiento, o las ollas de cocina, tienen una representación

marginal en al – Bass. Esta reducción se podría observar también en la variedad existente dentro de los diversos grupos formales e, incluso, en las distintas formas cerámicas y los respectivos tipos en los que éstas se podrían dividir. De hecho, se podría hablar de una cierta estandarización que afectaría al repertorio en su conjunto, la cual irá variando, no obstante, a lo largo del tiempo en cuanto a los componentes y sus características.

Ya hemos visto que son tres los grupos formales representados. Lo primero que llama la atención es la relación que presenta una buena parte de sus respectivas formas cerámicas con el mundo del transporte, manipulación y consumo de bebidas. Pensamos, en concreto, en el consumo de vino. De este modo, contamos con contenedores destinados al transporte y conservación, como serían las ánforas de almacenamiento o las decoradas, u otros destinados a la manipulación, como las cráteras; jarras que, en teoría, podrían servir para contener los ingredientes que se utilizarían en la preparación de la bebida, como sería el caso de las jarras de cuello anillado o las jarritas en barril. Otras jarras, como los escanciadores, los olpes o las jarras de pico vertedor, servirían para servir la mezcla en las copas, en este caso, posiblemente, los cuencos planos (CP F1), hemisféricos (CP F2), de bordes simples (en algunos casos el tipo CP F3), o los skyphoi. Cabe destacar, además, que buena parte de los restos cerámicos recogidos en el interior de las urnas y que muestran evidencias de haber sido expuestos al calor, posiblemente de la pira funeraria, pertenecen a estos mismos tipos cerámicos. En este sentido, la costumbre de consumir alimentos, sólidos y líquidos, como parte del ritual funerario podría responder a esta presencia. Lógicamente, en otro apartado quedaría buena parte de los cuencos, cuya función, aparte de la propia de servicio, fue la de tapadera de las urnas.

En este sentido, hay ciertos elementos que hacen pensar en la utilización en el cementerio de cerámicas de una naturaleza que iría más allá de la que contarían las destinadas a un uso doméstico o industrial. Por un lado, quizás en el nivel más bajo desde el punto de vista socio-económico, tendríamos la reutilización de cerámicas para su uso funerario. El origen de éstas podría ser bien doméstico, como sería el caso de ciertas ánforas de almacenamiento a las que se les ha cortado el hombro para acondicionarlas a un uso como urna funeraria (por ejemplo U.17-1), o bien funerario, como el uso del cuello de urnas como pedestal para urnas inestables (en este caso U.25-1; véase la Figura 4.113). Por el otro extremo tendríamos el uso de importaciones, en su inmensa mayoría procedentes de centros chipriotas, o de producciones ‘a la chipriota’, que se concentrarían en su inmensa mayoría en el Grupo Formal I, mientras que su representación en el resto de Grupos sería ciertamente marginal.

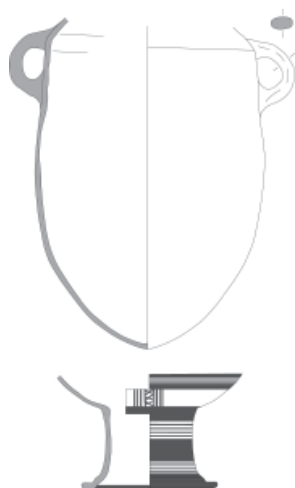


Figura 4.118. Urnas U.17-1 y U.25-1.

En relación con este aspecto, cabe, incluso, la posibilidad de la existencia de producciones destinadas a este consumo funerario. Hablar de producciones especializadas en estos momentos no es del todo descabellado, sobre todo si atendemos a algunos ejemplos, ya citados, como la posible producción de las llamadas ‘cráteras de aurigas’ micénicas destinadas a una demanda oriental. De hecho, pensamos que el origen de la mayoría de las cerámicas que aparecen en el cementerio estaría en estas producciones especializadas. Encontraríamos algunas evidencias que apuntan en esta dirección, como, por ejemplo, la ausencia generalizada de marcas de uso en las cerámicas. No hemos registrado ningún caso, aparte de los ejemplares reutilizados, que muestre pruebas evidentes de haber tenido una vida doméstica con anterioridad a su uso en el rito funerario, ya sea durante el ritual o como ajuar funerario acompañando a las urnas cinerarias. No obstante, habría otras pruebas, si acaso de mayor entidad que apoyarían esta posibilidad. La primera sería la propia calidad de las cerámicas recogidas. Si bien es cierto que el medio en el que se conservaron a lo largo de los siglos es extremadamente agresivo, también lo es que los más afectados por estas condiciones han sido los materiales fenicios, de peor calidad técnica, especialmente en lo que se refiere a las cocciones o la calidad de las decoraciones. Quizá el cementerio de Nutría, entre otras fuentes, de productos defectuosos de alfarerías locales, como la abundancia de deformidades parece también indicar. Otra prueba sería la presencia de urnas gemelas en algunos enterramientos, lo que podría indicar que fueron adquiridas al mismo tiempo. Este sería el caso de parejas tales como las formadas por las urnas U.16 y 18, U.27 y 28 o U.52 y 53. Incluso, hay casos de parejas compuestas por una crátera y una ánfora decorada, en los que la diferencia entre las dos urnas no es otra que la distinta ubicación de las asas (véase, por ejemplo, las urnas U.1 y 2 o U.20 y 21). En tercer lugar, sería posible hablar de nuevas formas y tipos cerámicos derivados de las nuevas funciones a las que sus predecesores fueron destinados. Este sería el caso de la urna U.51-1, cuya similitud con una ánfora de almacenamiento a la que se le ha cortado el hombro es evidente, o el de las tapaderas de cerámica cuyos bordes o paredes son los propios de un cuenco o plato normales. La diferencia

estaría en la conversión de una base que ha dejado de servir como apoyo y que, en ocasiones, se ha convertido en irregular, a un elemento decorativo mediante la aplicación de incisiones concéntricas o un mejor acabado de sus superficies. En este sentido, cabría recordar que el único ejemplar de cuenco procedente de Chipre, U.51-2, presenta su mejor decoración en la parte exterior de la base, la parte visible cuando tapaba la boca de su urna.

No cabe duda que, de ser ciertas estas ideas, se abriría ante nosotros una nueva perspectiva a la hora de entender y organizar los materiales cerámicos provenientes de contextos funerarios.

Notas del capítulo 4

¹ Leonard (1996: 28, no. 238) fecha este fragmento de crátera en el Heládico Tardío IIIA:2 – B, posiblemente debido a la imposibilidad de adscribirla a un tipo concreto de Furumark. Coldstream apoya esta fecha (Coldstream – Bikai 1988: 38).

² Si se compara su forma con la de algunos de los ejemplares publicados por Chapman (1972: 106, fig. 18: 209-211 de Joya), permanecería abierta la posibilidad de que este fragmento perteneciese a una crátera de apariencia ancha, una crátera anforoide o, más bien, a un tipo transicional entre ambas, como podría ser el caso de algunos de los ejemplos mostrados por Chapman (ver más abajo).

³ Su contorno redondeado es reminiscente de nuestra U.51-1 (Cr F3), mientras que sería también interesante indicar el cuello alto de forma troncocónica que acaba en un borde clasificable en nuestro tipo Cr r1, así como su base anular alta, que recuerda al fragmento de base P.28 del Sector 0 (ver más adelante). Por otro lado, las similitudes formales entre la crátera tía del estrato XIV y otra aparecida en Khalde (Saidah 1966: 74, 77, no. 47) son evidentes, y podría colocarla en los estadios más antiguos del Hierro fenicio.

⁴ Compárese su silueta con la de nuestra P.2:2 del Sector VII.

⁵ Si se compara esta crátera con la aparecida en el estrato XIV, la reducción gradual de la altura de los cuellos y las bases a lo largo del tiempo, indicada por Bikai (1978: 32, tabla 5, pl. XCIII; Bikai 1978a: 54) quedaría confirmada, un fenómeno que puede ser observado también en el repertorio chipriota. En términos formales, esta crátera sería comparable con nuestra U.11-1, aunque su hombro no está tan marcado y el cuello es recto, unos rasgos que ubicarían esta crátera en nuestro subtipo Cr F1a.

⁶ Nótese la similitud de la *urn* 1 con nuestra U.7-1, de las urnas 2 y 3 con nuestra U.8-1 y de la *urn* 9 con U.55-1.

⁷ Este ejemplar es muy similar a nuestra U.10-1.

⁸ Podría tratarse de un ejemplar que comparte rasgos con nuestros subtipos Cr F1b y c, muy similar, también, a la variante achaparrada de nuestro subtipo chipriota Cr C1a.

⁹ Llama la atención la similitud existente entre Doumet-Serhal 1982: pl. VII: 18 con su pl. I: 4, y, por el otro lado, de su pl. VIII: 48 con nuestro U.46-1 y U.49-1.

¹⁰ Nótese especialmente pl. VII: 18, cuya similitud con nuestra U.6-1 es clara. Así mismo, pl. VI: 17 es reminiscente de nuestro subtipo Cr F1e.

¹¹ Su borde podría ser de nuestro tipo Cr r2.

¹² Muy similar a nuestro P.5:2 y P.20, ambos del Sector I.

¹³ Creemos que este fragmento pertenecería, de hecho, a un ejemplar local, no chipriota, que es el origen que los autores le dan.

¹⁴ De estos tres ejemplares, dos son similares a P.5:2 y P.20 del Sector I (especialmente fig. 39: 6 y 7), mientras que el tercero podría ser una variante con una línea ondulada doble en el cuello.

¹⁵ Compárese con U.27-1 de al - Bass' 97.

¹⁶ Es interesante comparar esta crátera, especialmente debido a su cuello alto y su base anular, con la aparecida en el estrato XIV de Tiro, mencionada antes.

¹⁷ Similar a nuestra U.53-1.

¹⁸ La banda ondulada de la zona de las asas es un patrón que no se ha observado hasta la fecha en las cráteras locales de al - Bass. Esta urna es fácilmente comparable con nuestra U.11-1 y el no. 81 de Chapman (ver más adelante).

¹⁹ Formalmente, esta crátera es similar a nuestra P.2:2 del Sector VII. El ejemplo de Biblos muestra una base anular baja con un ónfalos marcado y no muestra signos de decoración. El autor ha colocado esta crátera en los últimos estadios del Bronce Tardío y los iniciales del Hierro.

²⁰ Su parecido con U.11-1 es evidente.

²¹ Compare este ejemplar con no. 47 de las tumbas 21-23 de Khalde y con la aparecida en el estrato XIV de Tiro.

²² Compare la no. 81 de Chapman con nuestra U.11-1, no. 314 con U.9-1 y U.31-1, y la no. 214 con U.55-1, la cual sería, a su vez, similar a un ejemplar aparecido en la T. IV de Tel er-Rachidiyeh (Doumet-Serhal 1982: pl. II: 38).

²³ Aunque incompleta, esta crátera y la no. 214 (ver más abajo), muestran nuestro patrón decorativo 1.

²⁴ Obsérvese el pie cónico alto y los varios tipos de borde que aparecen en los ejemplares de este tipo presentado por Chapman. Sin embargo, estas tres cráteras parece que se amoldarían a un tipo transicional (aunque no necesariamente en sentido secuencial o cronológico), o, mejor, híbrido entre las cráteras de apariencia ancha tradicionales y las anforoides. Por otro lado, este tipo también aparece en el repertorio chipriota (véase Gjerstad 1948: fig. .XI: 16 y

compárese con el no. 13 de la misma figura.

²⁵ Nótese la similitud de las cráteras no. 75 y 99 con nuestra U.33-1, de no. 80 con nuestra U.7-1 y de los nos. 77, 78, 78, 81, 93, 94 y 98 con U.13-1, U.36-1 y U.56-1 de al - Bass' 97.

²⁶ Nótese la similitud de la crátera no 72 y nuestra U.9-1, entre la no. 86 y U.31-1 y entre los nos. 79, 85 y 95 con U.11-1. La crátera no. 96 es similar a U.40-1 de al - Bass' 97.

²⁷ La crátera U.10-1 de al - Bass' 97 tiene un paralelo cercano en la no. 101 de esta colección.

²⁸ Este es el único paralelo halado hasta la fecha para nuestra U.51-1.

²⁹ Esta crátera es similar a la no. 10 de Tambourit, y muestra, así mismo, una banda ondulada en el cuello y un borde similares a los de nuestra U.44-1.

³⁰ Como la U.8-1 de al - Bass' 97.

³¹ Compárese la forma y, especialmente, las incisiones de este ejemplar con los de nuestra U.10-1.

³² Esta crátera podría ser clasificada en el Bichrome IV, sin embargo, los rasgos de su cuerpo, claramente redondeados y con un hombro ligeramente marcado, podrían recordar a los momentos iniciales de este periodo (compárese con las cráteras tardías U.37-1, U.33-5 o U.8-1). No obstante, su cuello cilíndrico estrecho parece amoldarse mejor a unos momentos secuenciales más tardíos (véase el cuello de las cráteras de al - Bass citadas antes). Su decoración pertenece al 'estilo zonal' típico, con dos hileras de círculos concéntricos (véase la U.8-1 y la P.20 del Sector I).

³³ A pesar del hecho que este tipo de cráteras no halla sido registrado hasta la fecha en al - Bass (estaría relacionado con nuestra Cr F1e), es interesante la forma de su base, idéntica a la de nuestro P.6 del Sector 0. Por otro lado, la inclusión del fragmento no. 301 en este tipo sería obvia; sin embargo, sería más difícil incluirlo en un subtipo específico.

³⁴ Su forma achaparrada es interesante, que recuerda a la que muestran algunas cráteras ilustradas por Chapman (especialmente su no. 210, véase más arriba).

³⁵ El borde de esta crátera y el de la anterior corresponderían a nuestro Cr r2 u Cr r3 respectivamente. Ambos pertenecen al tipo Kr 1 de la autora, y ésta les da un origen chipriota (Gilboa 2001: 112).

³⁶ En cuanto a las cráteras anchas, parece que nuestro tipo Cr F2 se amoldaría en las cráteras carenadas abiertas de Gilboa (tipos Kr 2 a 11).

³⁷ A excepción de la forma de su cuerpo, esta crátera es similar en lo formal y decorativo a nuestra U.50-1. Por otro lado, el contexto en el que esa crátera fue hallada (Building 51) es el de la mayor importancia desde un punto de vista crono-secuencial (véase Finkelstein - Zimhoni - Kafri 2000: 265-300; véase también su fig. 11.33: 13).

³⁸ La evidencia de Megiddo muestra cómo este tipo se debe datar en el Bronce Tardío (estr. VIIA y B), y en los estadios iniciales del Hierro Inicial (estr. VIA; véase también la referencia de la nota 37). Esta evidencia se amolda a la información recogida en la excavación de Bikai en Tiro (véase más arriba).

³⁹ La forma de esta crátera bicroma recuerda a la de nuestras U.45-1 y U.46-1, sin embargo, su base anular, más alta y compleja, la ubicaría en un momento algo anterior dentro de la secuencia chipriota, es decir, en los últimos momentos del periodo Chipro-Geométrico III.

⁴⁰ Este podría ser un ejemplo de vasijas con perforaciones y una función de colador; véase también más abajo.

⁴¹ Esta vasija recuerda a una crátera chipriota del Chipro-Geométrico I o II (Gjerstad 1948: fig. V: 1 y fig. XIV: 6, 7), no obstante, no hay rastros de decoración y muestra algunos elementos de apariencia metálica en la base de las asas. Su forma es similar a la de nuestra urna U.44-1 y, en menor medida, U.49-1.

⁴² Es difícil relacionar esta crátera con alguno de nuestros tipos, sin embargo, es interesante observar el patrón decorativo consistente en círculos concéntricos, adaptados claramente del repertorio chipriota.

⁴³ Este fragmento de base recuerda mucho a nuestras urnas U.16-1 y U.18-1, tanto desde una perspectiva formal como decorativa.

⁴⁴ Esta crátera podría ser una versión tardía de nuestro tipo Cr F2, con un hombro carenado y una decoración de tipo chipriota.

⁴⁵ La anchura de estos bordes coloca esta dos cráteras en un lugar intermedio entre nuestros Cr F1c y Cr F2.

⁴⁶ Vistas las referencias a Hazor, parece que las cráteras asimilables al subtipo Cr F1c fueron muy comunes en este lugar durante la Edad del Hierro.

⁴⁷ Este ejemplar y el hallado en el estrato V de Megiddo son los únicos paralelos hallados para nuestra U.41-1: Aunque estos dos ejemplares palestinos recibieron sus orificios antes de la cocción, es importante indicar que en el caso de la urna tía tenemos un objeto que fue reutilizado. Otra cuestión distinta sería su función última. Es obvio que nuestra urna fue usada a modo de colador de una cierta sustancia que, dado el lugar de su hallazgo, tuvo una relación con algún tipo de ritual o procedimiento conectado a la cremación de los muertos.

⁴⁸ Su hombro marcado y el cuello recto incluirían a esta crátera en este subtipo. Es interesante observar su rica decoración.

⁴⁹ Los atributos formales compartidos por estas dos cráteras, especialmente su hombro marcado y el cuello abierto, podrían incluirlas en este subtipo. Así mismo, serían interesantes tanto la rica decoración del primer ejemplar (como es también el caso del último ejemplar citado antes), como su base anular alta. Por otro lado, la segunda crátera parece ser una versión menos cuidada de la anterior.

⁵⁰ El último ejemplar podría ser una variante con asas en el cuello y una base plana.

⁵¹ Nótese la similitud de la cratera C.545 de la tumba 9 con nuestra U.33-5. No obstante, la cratera de al – Bass'97 que tiene el mayor número de paralelos en Ras el-Bassit es U.8-1 (C.528 de la tumba 20, C. 1070 de la tumba 31 y C.1081 de la tumba 37).

⁵² Nótese la presencia de fragmentos de cuello con una patrón decorativo consistente en círculos concéntricos, un motivo que aparece en nuestras crateras U.8-1, U.46-1 y en los fragmentos P5_1 y P20, ambos del Sector I de al – Bass (fig. 3: 4, 6, 9 y 8, una variante con triglifos; pl. XXII: 3a: 1. 2 [= fig. 3: 8], 4 y 5). Otro patrón decorativo presente en al – Mina y en al – Bass'97 es la banda ondulada, también en el cuello (fig. 3: 2 y 7, esta última una variante de banda doble). Sería posible, al menos teóricamente, clasificar el fragmento de la fig. 3: 3 como una cratera, aunque perteneciese a un subtipo con un borde vertical y una sección simple, desconocidos para nosotros en el repertorio chipriota. Otra posibilidad sería una cratera, quizás local, de nuestro tipo Cr F2 con decoración 'a la chipriota'.

⁵³ Esta ánfora de almacenamiento, clasificada como *Black-on-Red* local, es muy similar a nuestra U.3-1, aunque el borde es diferente. Además, presenta un paralelo muy próximo de origen chipriota (Gjerstad 1948: fig. XXII: 2, de la *Bichrome* III). No obstante, como producción local, podría ser considerada como un tipo fenicio nuevo.

⁵⁴ Una de las fotografías de la publicación muestra un ejemplar del mismo subtipo que nuestra U.22-1, y no hay referencia a él en el texto (Seeden 1992: 51, fig. 21: tercera urna desde la parte superior).

⁵⁵ Esta autora ha clasificado todos los ejemplares de esta forma como *amphores de type chyprioté* típicas del Chipro-Arcaico I (Doumet 1982: 115-117).

⁵⁶ Esta urna, o al menos su borde, parece muy similar a nuestra U.25-1.

⁵⁷ De los dos ejemplares ofrecidos por este autor, el primero es similar a nuestra U.5-1 y la segunda a U.23-1.

⁵⁸ El labio cóncavo de este ejemplar merece atención.

⁵⁹ Esta ánfora decorada es muy similar a nuestra U.28-1.

⁶⁰ Este ejemplar y la fig. 39:8 son del mismo tipo que nuestra U.22-1.

⁶¹ Las figuras 61: 11, 14 son variantes con un cuerpo de hombro marcado, que no ha sido registrado hasta ahora en al – Bass.

⁶² Variantes con una base inestable, cercanos en forma a los ejemplares locales hallados en al – Bass. Este rasgo relevante los convierte en una excepción a la norma. No obstante, el patrón decorativo es el típico.

⁶³ Es el mismo tipo visto en la pl.61: 11 y 14 del nivel 9b-c.

⁶⁴ El borde de este ejemplar es interesante, especialmente su sección más redondeada de lo normal.

⁶⁵ Es de resaltar el hombro marcado de la primera de ellas.

⁶⁶ Obsérvese el botón próximo a la unión inferior del asa, algo que aparece en nuestra U.19-1.

⁶⁷ El ejemplar es el del mismo tipo que nuestra U.22-1. No obstante, el autor lo clasifica como fenicio, aunque, en nuestra opinión, debería ser clasificado en el *White-Painted V* (véase Gjerstad 1948: fig. LII: 13, de la *Black-on-Red* III).

⁶⁸ Véase su borde, similar al de nuestra U.25-1.

⁶⁹ Sería más apropiado reconstruir esta vasija con un cuello largo. Por otro lado, las asas muestran los mismos botones en la parte superior que U.5-1, mientras que la decoración recuerda a la que muestra nuestra U.22-1. No obstante, la banda ondulada podría colocar esta vasija en un momento secuencial como sería el Chipro-Geométrico III o los inicios del Chipro-Arcaico I.

⁷⁰ Todas pertenecen al mismo tipo que nuestra U.23-1. Este conjunto ha sido clasificado por el autor en el Chipro-Geométrico III y el Chipro-Arcaico I.

⁷¹ Este es un ejemplo local de decoración local bícroma, aunque la forma de su cuello y borde son muy similares a los de nuestra U.25-1. Más chocante sería la opinión del autor (Courbin 1993: 52-53), por la que este ejemplar sería de inspiración griega y su forma pasó de Bassit a Chipre, algo que es sorprendente a la luz de sus características formales y decorativas. Para un ejemplar similar, véase Lamon – Shipton 1938: fig. 19: 109, del estrato VA-IVb.

⁷² Los ejemplares de este tipo fueron clasificados por Bikai dentro de su tipo 10 (Bikai 1978: 40, pl. XCII), que, de manera general, incluye todos aquellos contenedores, ya sean del tipo de cuello anillado o las cantimploras, decorados con círculos concéntricos. Los ejemplares de nuestro subtipo Ja F1a podrían ser clasificados dentro de su tipo 8 (Bikai 1978: 40, table 8A.d y pl. XCII), mientras que aquellos pertenecientes al subtipo Ja F1b lo serían en su tipo 9 (Bikai 1978: 40, table 8A.c y pl. XCII).

⁷³ Son los primeros ejemplares publicados. El primero de ellos es un ejemplo sin decoración. Por otro lado, la segunda jarra sería muy similar en forma y decoración a nuestra U.49-3 y, especialmente, a la P17 del Sector III. Además, el ejemplar proveniente de las excavaciones de Bikai comparte con el segundo de al – Bass el asa geminada, aunque otro rasgo a destacar sea el ónfalos marcado, el cual rebasa la línea de la base.

⁷⁴ Destaca su base de disco estrecha.

⁷⁵ Muy similar a nuestra U.49-5.

⁷⁶ Similar a nuestras jarras U.43-4 y U.49-6.

⁷⁷ En definitiva, la información parece indicar que los bordes simples con labios redondeados son más abundantes en los estratos más antiguos, mientras que los labios rectos o cortados se hacen cada vez más frecuentes cuanto más subamos en la estratigrafía de Tiro. Según parece, el cambio definitivo tuvo lugar entre los estratos VIII y VI (Bikai 1978: 33, tabla 6 y pp. 40-41).

⁷⁸ La clasificación de este autor se hizo, fundamentalmente, sobre la base de la forma del borde, y no tanto teniendo en cuenta las proporciones de los atributos formales y su disposición, tal y como es nuestro proceder.

⁷⁹ Pensamos que el tipo *Tyros* 14 de este autor (Briese 1985: fig. 25: 6), del estrato IX de Tiro y al que ya hemos hecho referencia, no debería ser incluido en su tipo III, sino en el II, sobre todo si tenemos en cuenta que su borde es simple y el labio redondeado.

⁸⁰ Similar a U.49-6.

⁸¹ Los tres últimos ejemplares tienen similitud con nuestras U.43-4 y con P.13 del Sector 0.

⁸² Aparte de la jarra *Tyros* 14, ya indicada.

⁸³ A pesar de su base plana, esta jarra es similar a U.49-4 y P. 17 del Sector III (véase su asa geminada).

⁸⁴ Esta jarra es similar a nuestra U.49-4.

⁸⁵ Entre todos estos ejemplares, sería interesante indicar la similitud entre Doumet-Serhal 1982: fig. XI: 11 y nuestra U.49-6, así como fig. XII: XII: 33 y U. 43-4.

⁸⁶ Esta dos jarras son en lo formal similares a nuestras U.43-4 y U.49-5; no obstante, su decoración es diferente, consistente en un patrón en triglifos.

⁸⁷ Estas dos jarras, y especialmente la segunda, son similares en lo formal U.49-6, y ambas, tanto en lo formal como en lo decorativo, a una jarra del str. VA-IVB de Megiddo (véase más abajo).

⁸⁸ La primera de ellas sería similar a nuestras U.43-4 y P.13: 1 del Sector 0, y la segunda a nuestra U.49-6.

⁸⁹ Esta jarra es similar en lo formal a U.43-4, aunque su decoración es, en cierto modo, distinta.

⁹⁰ Estas cuatro jarras parece que estarían, secuencialmente hablando, en algún lugar entre nuestros subtipos Ja F1a y Ja F2.

⁹¹ Sería difícil saber si este fragmento pertenece a nuestro subtipo Ja F1b o, quizás, a un tipo de jarra más antiguo (cfr. Hunt 1987: 171, fig. 43: 16, una jarra inestable, y Lamon – Shipton 1939: pl. 7: 174 del estrato VA/IVB, una jarra globular con una base anular).

⁹² La primera de estas jarras parece ser de la variedad de cuellos altos, a la que nuestra jarra U.49-5 o Bikai 1978: pl. XXIIA: 8 (estrato IX) pertenecería. Mientras, la segunda jarra estaría relacionada en sus aspectos formales generales con alguna de las jarras de Khirbet Silm (Chapman 1972: fig. 6: 42 y fig. 8: 43). Sin embargo, su borde es diferente.

⁹³ En este caso contamos con dos variedades, una corta y otra más alargada. Los autores (p. 58) ponen en relación, creemos que correctamente, la primera de ellas con algunas jarras de Khirbet Silm, ya tratadas aquí (Chapman 1972: fig. 8: 43-45), y nosotros podríamos incluir una de las estudiadas por Seif (1995: pl. 21: 125). Por otro lado, llamaríamos la atención sobre las similitudes formales existentes entre la segunda jarra (fig. III.91: 12) y otra publicada por Chapman, y que muestra un patrón decorativo similar al de las tres jarras de Khirbet Silm (Chapman 1972: 82, 84, fig. 8: 190).

⁹⁴ Creemos que la reconstrucción del cuello es errónea, al menos en el caso de la primera jarra. En realidad, debería ser similar al de las jarras U.43-4 o U.49-5.

⁹⁵ En lo formal, las diferencias con nuestra jarra U.49-6 son escasas. Sin embargo, la decoración consiste en bandas horizontales y triglifos en el hombro. Que ambas jarras pertenecieron al mismo momento secuencial, posiblemente algo posterior incluso, quedaría claro a través de algunas jarras publicadas por Chapman (1972: 82-84, fig. 8: 43, 44, 45, de Khirbet Silm, y 190, de Joya), probablemente también por un ejemplar de Tel Abu-Hawam (Herrera 1986: lam. 84: 257), y otra más de Azor (véase más abajo). En este sentido, una de las jarras de la colección Walid Jumblat (Seif 1995: pl. 21: 125), comparte una forma y decoración similares a las de los ejemplares citados.

⁹⁶ De ella destacaría su cuello corto.

⁹⁷ La reconstrucción de esta jarra sería errónea. Parecería ser similar a nuestra jarra U.43-4.

⁹⁸ Destaca de entre las jarras ilustradas son principalmente una de la tumba 223 de Amathus (Bikai 1987: pl. IX: 136), muy similar a nuestra U.49-5. Otra jarra tiene una base estrecha y una decoración similares a las de nuestra U.31-2 (Bikai 1987: 153, de la tumba 75 de Palaepaphos-Skales), la cual, además, tiene un borde cortado similar al de nuestro subtipo Ja F1a. Finalmente, esta autora muestra algunos paralelos para nuestras jarras U.43-4 y P.13:1 del Sector 0 (Bikai 1987: pl. 16, de Episkopi; *ibid.*: pl. IX: 169, de Pentakomo-Shama, y pl. IX: 175, de origen desconocido).

⁹⁹ Variantes en engobe rojo.

¹⁰⁰ Probablemente una variante en engobe rojo.

¹⁰¹ Posiblemente Pl. XIV: 5 podría pertenecer a un ejemplar bícromo, mientras que el resto podría ser la variante en engobe rojo.

¹⁰² Este ejemplar es muy similar a nuestras jarras U.39-2 y U. 46-4, sin embargo, la forma del borde la asemejaría más a U.4-5 (véanse las diferencias existentes entre el dibujo de Culican 1982 y el de Dayagi-Mendels 2002).

¹⁰³ Muy similar a nuestras jarras U.4-2 y U.48-4.

¹⁰⁴ Estas dos jarras podrían ser clasificadas en el tipo IV.2 de Briese.

¹⁰⁵ Como nuestras jarras U.39-2 y U.46-4.

¹⁰⁶ Misma variante que U.55-3.

¹⁰⁷ Similar a nuestra jarra U.4-2. La segunda jarra destaca por mostrar dos filetes horizontales en el hombro.

¹⁰⁸ Estas jarras podrían representar, por un lado la versión común (nos. 5 y 7) y, por el otro, la de mayor tamaño y con cuellos proporcionalmente más cortos (no. 6).

¹⁰⁹ Similar a U.4-5.

¹¹⁰ El cuerpo achaparrado y la forma de su borde podrían identificar esta jarra como transicional (cfr. Especialmente la proyección ahusada del labio, cercana a algunos ejemplares del subtipo Ja F1a como, por ejemplo Bikai 1987: pl. IX: 168, 169, 171, 175, o *ibid.* Pl. X: 167, 177, 178 por un lado, y nuestra jarra U.4-5 por el otro. Por consiguiente, no compartimos la fecha sugerida por Dayagi-Mendels para esta jarra (*not before the late 8th-7th. Centuries BCE*; Dayagi-Mendels 2002: 128).

¹¹¹ Esta jarra podría representar el mismo momento secuencial que U.4-5 sobre la base de la forma de su borde y el anillo marcado.

¹¹² Similar a U.4-5. Esta tumba había sido publicada previamente por Culican (1982: 62 – 63, figs. 6 y 7).

¹¹³ Es difícil saber si esta jarra pertenece a este tipo o a Ja F3. No obstante, las proporciones entre su cuerpo y el cuello son similares a las que muestran las jarras U.55-3 y P.20-21 del Sector II.

¹¹⁴ Junto a otros posibles ejemplos mostrados en las láminas (por ejemplo pl. LVIII: 20, 22 o 23), de estos dos fragmentos de borde, el primero de ellos es similar al de nuestras jarras U.4-2, U.4-5 y U.46-8: 5, mientras que la segunda lo sería de nuestras U.55-3 y P.20-21 del Sector II.

¹¹⁵ No obstante, sobre la base de la información proporcionada en Tiro, sería posible que este tipo fuese más típico de fines de este horizonte. Véanse especialmente las jarras nos. 199-208 (Salamis T.1; Dikaios 1963: 183, 196-198, nos. 17, 21, 24, 212, 223, 238, 239 y suppl. 4 y 5). Este es el contexto chipriota más significativo de los que contienen jarras de este tipo Ja F2, ya sea de la variante común o de la de mayor tamaño (la mayoría datadas en el Chirpo-Arcaico I), y materiales de proveniencia egea (fechados en el Geométrico Medio II).

¹¹⁶ Las bandas con las que la jarra no. 19 ha sido representada son un elemento inusual en este tipo cerámico. Sin embargo, dichas bandas no son visibles en la fotografía, lo que nos hace pensar que son, en realidad, una interpretación incorrecta de las marcas horizontales de alisado presentes en el cuerpo.

¹¹⁷ Esta jarra es una intrusión.

¹¹⁸ La segunda jarra es similar a nuestra U.13-2.

¹¹⁹ Para un cuello así de corto, véase nuestra jarra U.15-3, aunque ésta pertenezca a nuestro subtipo Ja F3a.

¹²⁰ Obsérvese la similitud existente entre la forma del cuerpo y la parte inferior del cuello y las de nuestra jarra U.40-3.

¹²¹ Este primer ejemplar es muy similar a nuestra jarra U.22-3. De las otras dos, jarras, destaca la similitud de la segunda con nuestra U.40-3 y, quizás algo menos, con nuestra U.15-3, en especial la forma del borde.

¹²² Obsérvese su similitud con nuestra jarra U.7-3.

¹²³ Esta última jarra es muy similar a nuestra U.23-2.

¹²⁴ Similar a U.8-2.

¹²⁵ Esta tumba fue publicada previamente por Culican (1975-76: 62-63, fig. B).

¹²⁶ La primera jarra es similar a nuestra U.7-3.

¹²⁷ Es interesante la presencia de un cuerpo globular cubierto completamente de engobe rojo en este momento secuencial. También sería destacable la jarra de la fig. 3.9: 16, un ejemplo no común de bordes abiertos y un labio geminado.

¹²⁸ Esta tumba fue publicada previamente por Culican (1975-76: 58 – 63, fig. A). Este mismo autor parece que publicó una versión distinta de otra tumba de la necrópolis de Akhziv, ZR XXIV (Culican 1970: 8 – 10, 17, fig. 2: B). El mismo contexto fue publicado posteriormente por Dayagi-Mendels (2002: 72, fig. 4.18). Las diferencias existentes entre ambas publicaciones son evidentes: de los materiales mostrados por Culican, Dayagi-Mendels solo muestra la jarrita (Culican 1970: 17, fig. 2: B, la segunda a la izquierda de la parte inferior; Dayagi-Mendels 2002: 72, fig. 4.18: 2), y un plato tapadera (Culican 1970: 17, fig. 2B; Dayagi-Mendels 2002: 72, fig. 4.18: 3)

¹²⁹ Culican publicó previamente esta tumba (1982: 66 – 67, figs. 9 y 10).

¹³⁰ Similar a nuestra jarra U.8-2.

¹³¹ Es difícil decir si este fragmento de cuello perteneció a una jarra de labio cortado (nuestro tipo Ja F2), o a una jarra de boca de seta típica (nuestro Ja F3).

¹³² Este fragmento de cuerpo pudo haber pertenecido a un ejemplar de los llamados *water decanter* (véase, por ejemplo, pl.CCXIX: 20).

¹³³ Pp. 20 – 27 (nos. 209 a 322), pls. XII and XIII. Haremos referencia solo a los casos más relevantes.

¹³⁴ Similar a nuestra U.40-3.

¹³⁵ Muy similar a nuestra U.8-2.

¹³⁶ Muy similar a nuestra U.22-3.

¹³⁷ Similar a nuestras jarras U.7-3, U.10-2, y U.36-3.

¹³⁸ Esta jarra podría muy bien ser un antecedente de nuestra U.19-2. No obstante, aquélla debería ser clasificada en nuestro subtipo Ja F1a.

¹³⁹ Esta jarra muestra unos rasgos similares a los de nuestro subtipo Ja 4b, sin embargo, tiene un mayor tamaño y está recubierta de engobe rojo.

¹⁴⁰ Este fragmento de cuello representaría una variante con bordes exvasados que cuentan con un engrosamiento de forma triangular.

¹⁴¹ Estas jarras pertenecen al tipo 1 de bikai. Nuestra jarra U.54-3 sería una versión tardía de este mismo tipo. La disposición similar de los atributos formales y del patrón decorativo.

¹⁴² Bikai ha clasificado esta jarra dentro de su tipo 1. Sin embargo, su cuello, su cuerpo, de mayor tamaño, se amoldaría mejor a una variante de nuestro subtipo Ja F4b que se caracterizaría por un engrosamiento redondeado sobre su borde.

¹⁴³ Esta jarra parece ser una variante de cuello estrecho de nuestro subtipo Ja F4b. No obstante, no tenemos la certeza de considerarla como un subtipo distinto o un desarrollo, posiblemente con sentido secuencial. Esta jarra pertenecería al tipo IV.8 de Briese (véase Briese 1985: 38-39, fig. 31: 5-9).

¹⁴⁴ El tipo DJ-3 parece ser una variante centrada básicamente en el área de Sarepta y Sidón (véase Briese 1985: type IV: 7, pp. 37-38, fig. 31: 1 - 4; Saidah 1983: 215, pl. LIII: 1, la primera jarra por la derecha al fondo, de Sidon-Dakerman), caracterizada por el anillo marcado del centro del cuello, mientras que la parte superior del cuello presenta paredes convexas). No obstante, nuestro subtipo Ja F4d se ajustaría mejor al tipo DJ-4 de Anderson.

¹⁴⁵ La primera jarra es muy similar a nuestra U.42-9: 2, mientras que la segunda sería similar a la jarra hallada en al - Bass en 1991. Briese (1985: 38-39, fig. 31: 8, 9) clasifica ambos ejemplares en su tipo IV.8.

¹⁴⁶ Jarra similar a nuestra U.54-3, pero con un cuerpo piriforme. Culican dató este contexto en el siglo VII o, más probablemente, en el VI a. C. (Culican 1975: 146-147).

¹⁴⁷ Esta jarra es casi idéntica a nuestra U.54-3.

¹⁴⁸ Ambas jarras podrían ser consideradas como dos variantes de un mismo tipo. Compárese la no. 8 con nuestras U.9-3/4 y U.29-7: 1, y la no. 9 con Bikai 1978: pl. V: 18. Por otro lado, la otra jarra hallada en esta tumba (Saidah 1977: 139, no. 7), podría pertenecer al tipo 2 de Bikai.

¹⁴⁹ Los cuellos rectos y anchos, y los bordes engrosados ubicarían estas dos jarras en nuestro subtipo Ja F4d. Briese ha clasificado estas dos jarras en su tipo IV.4 (1985: 33-34, fig. 28: 4, 5).

¹⁵⁰ Nuestra jarra U.19-2 muestra un cuerpo globular y un cuello estrecho y vertical que la relacionaría directamente con la jarra no. 157 de Chapman, hallada en Khirbet Silm (Chapman 1972: 140-141, fig. 29: 157). De hecho, ésta es casi idéntica a nuestro ejemplar en tamaño, aunque las superficies están recubiertas de engobe rojo y muestra una decoración pintada en color negro, especialmente relevante por el rombo 'alado' que aparece en el lado opuesto al asa, un rasgo más típico de la primera mitad del llamado 'Horizonte de Salamis' de Bikai, y encontrado con frecuencia en jarras globulares con decoración pintada consistente en círculos bicromos concéntricos (por ejemplo, Bikai 1987: pl. IX: 168, 175 y 176). De hecho, este es un indudable ejemplo de cerámica de tipo *Black-on-Red* fenicia, fechada por Culican (1982: 57) y Briese (1985: fig. 28: 1, 'Khirbet Silm 5' del tipo II), creemos que erróneamente, en el Hierro Inicial. Por el contrario, creemos que la jarra en cuestión se debería fechar a fines del 'Horizonte de Salamis' de Bikai, y ser considerada, incluso, como un antecedente directo de nuestra U.19-2, especialmente debido a la similitud formal existente entre ambos ejemplares.

¹⁵¹ Esta jarra bicroma es similar a Chapman 1972: fig. 7: 175. La mitad inferior del cuello, de forma cilíndrica, la colocaría en un momento secuencialmente posterior al de nuestra U.42-9: 6.

¹⁵² Estas dos jarras provenientes de Bassit serían clasificables en nuestro subtipo Ja F4b. Ambas están cubiertas de engobe rojo, mientras que la segunda de ellas muestra un hombro carenado, similar al de nuestras jarras del subtipo Ja F3b.

¹⁵³ Este fragmento de cuerpo, clasificado por Briese en su tipo IV.6 (Briese 1985: fig. 30: 6, 'Al Mina 3' = debería ser incluida, de hecho, en su tipo IV.5 (el tipo 1 de Bikai) sobre la base de su semejanza con el cuerpo de nuestra jarra U.54-3.

¹⁵⁴ Estas jarras corresponden al tipo JG 7 del autor, en concreto a los subtipos I a V (Dayagi-Mendels 2002: 128-129, fig. 5.10).

¹⁵⁵ Las paredes rectas de la mitad superior del cuello hacen de esta jarra un paralelo muy cercano de nuestro subtipo Ja F4a, aunque con un borde ancho y recto.

¹⁵⁶ Esta jarra hace evidente la relación formal existente entre nuestro subtipo Ja F3b y jarras de cuello estrecho como Seeden 1991: no. 11 (véase más arriba).

¹⁵⁷ Esta jarra y la anterior pertenecerían a nuestro subtipo Ja F4c.

¹⁵⁸ Esta jarra es similar a nuestro subtipo Ja F4d.

¹⁵⁹ El autor cita la existencia de una jarra (Dayagi-Mendels 2002: 128, tipo JG 7I: 'ZR XVII:3'), que no aparece ni en el catálogo (*ibid.*: 66), ni en la figura de esta tumba (*ibid.*: 67, fig. 4.14). No obstante, Culican (1982: 67, fig. 10: d) ha publicado esta tumba también, y muestra la jarra en cuestión, muy similar a Pritchard 1988: 298, fig. 46: 9.

¹⁶⁰ El borde de esta jarra parece estar roto. Si embargo, si este ejemplar perteneció a las jarras de borde vertical, sería destacable su similitud con nuestra U.29-1: 2.

¹⁶¹ La primera jarra es similar a las de nuestro subtipo Ja F4d, mientras que la segunda se relacionaría con nuestro Ja F4b (compárese con Bikai 1978: pl. V: 18). Finalmente, el cuerpo de esta jarra pertenecería a una jarra de nuestro subtipo Ja F4c.

¹⁶² De estas dos jarras, la primera podría ser clasificada en nuestro subtipo Ja F4a, mientras que la segunda podría ser relacionada con nuestro subtipo Ja F4d.

¹⁶³ Estos fragmentos de cuello parecen haber pertenecido a una jarra similar a Seeden 1991: no. 11 (véase más arriba).

¹⁶⁴ Briese ha clasificado este ejemplar en su tipo IV.5 (1985: 106-107, fig. 29: 3), que estaría relacionado con el tipo 1 de Bikai y nuestro subtipo Ja F4c. Sin embargo, consideramos que podría haber pertenecido a otro subtipo, sobre todo como consecuencia de sus paredes convexas y su borde incurvado y engrosado.

¹⁶⁵ La jarra no. 16 (Briese 1985: type IV.5, fig. 30: 5) parece haber sido una variante de nuestro subtipo Ja F3d, mientras que el fragmento de jarra no. 22 debería ser clasificado en nuestro subtipo Ja F4a, como una variante caracterizada por un borde marcado por un surco horizontal (véase la última referencia de Megiddo).

¹⁶⁶ Esta jarra estaría relacionada con Yadin 1958: pl. LXXV: 11, aunque las paredes del cuello son rectas.

¹⁶⁷ Compare este fragmento con las referencias a Tambuorit (véase más arriba).

¹⁶⁸ Esta jarra es comparable con Yadin *et al.* 1960: pl. LXXI: 4 (véase más arriba y las referencias citadas allí).

¹⁶⁹ Esta jarra parece estar relacionada con nuestro subtipo Ja F4d. Sin embargo, es interesante observar las paredes rectas de la mitad superior del cuello

¹⁷⁰ Bikai 1987: 27 – 28, nos. 323 – 335, pl. X, XIII.

¹⁷¹ Nuestra jarra U.51-3 pertenecería al tipo 7 de Bikai debido a la forma de su cuello. Éstos se encuentran entre los estratos XIII y VI de Tiro, siendo más frecuentes en los estratos VI a IV. No obstante, no se ha encontrado ningún ejemplo intacto de jarra trilobulada, mientras que dentro del tipo 7 de Bikai parece que se habrían incluido todas las jarras trilobuladas.

¹⁷² El fragmento de cuello encontrado en el estrato IX podría pertenecer a una jarra del tipo Jv F1, lo mismo que un fragmento de cuerpo hallado en el estrato III. Sin embargo, tal y como veremos, las jarras típicas de este último estrato son otras (Jv F2).

¹⁷³ Esta jarra destaca por la similitud existente entre su labio y el de nuestra U.51-3, incluso con dos protuberancias a modo de remaches a ambos lados de la unión superior del asa con el borde. La diferencia se encuentra en el cuerpo, que en este caso es piriforme alargado.

¹⁷⁴ Este sería una variante más estilizada. Obsérvense los dos 'remaches' del borde, a ambos lados de la unión con el asa.

¹⁷⁵ Sarepta no ha proporcionado ejemplares de este tipo. No obstante, en su clasificación tipológica, esta es la clase de jarras con las que nuestro tipo Jv F1 puede ser comparado. En cuanto al significado secuencial del engobe rojo que cubre nuestra U.51-3, véase Anderson 1988: 348 y 352. Siguiendo sus observaciones, el tratamiento de las superficies de nuestro ejemplar se amolda a las características propias del Nivel D de Sarepta.

¹⁷⁶ Esta podría ser una variante de cuello cilíndrico más corto.

¹⁷⁷ La primera de estas jarras es muy parecida a nuestra U.51-3, mientras que la segunda se parece más al ejemplar procedente de al – Bass y publicado por Seeden (véase más arriba).

¹⁷⁸ Este ejemplar es virtualmente idéntico a nuestra U.51-3.

¹⁷⁹ La jarra U.51-3 se parecería más al Segundo ejemplar. La primera sería una variante más estilizada.

¹⁸⁰ La forma de esta jarrita comparte rasgos formales con las jarras de nuestro tipo Jv F1. Cabría preguntarse si, de hecho, pertenecieron a una variante estilizada de nuestro tipo (véase más arriba). Por otro lado, las otras dos jarras representan versiones chipriotas del mismo tipo cerámico. Es interesante observar que, siguiendo a Gjerstad, estas jarras se deberían fechar en el Chipre-Arcaico I, mientras que el contexto del que provienen parece ser anterior cronológicamente.

¹⁸¹ Esta es una variante de cuello ancho de nuestro tipo Jv F1. Véase la primera referencia a Khirbet Silm en esta tabla, así como otro ejemplo procedente de la tumba ZI de Akhziv (Dayagi-Mendels 2002: 10-11, fig. 3.2: 10).

¹⁸² Posiblemente, esta base con un pie cónico perteneció a una jarra de este tipo.

¹⁸³ Este fragmento de cuerpo corresponde a una jarra del tipo Jv F1.

¹⁸⁴ Estas dos jarras y una más que se muestra en la fig. XXIII: 6, serían algunos ejemplos de la adaptación de este tipo en el repertorio chipriota.

¹⁸⁵ La jarra no. 360 es la más cercana a nuestra U.51-3 en cuanto a forma del cuerpo y las proporciones existentes

entre las diversas partes, incluidos los 'remaches' del borde. No obstante, las paredes de su cuello son ligeramente convexas.

¹⁸⁶ Por lo que parece, las jarras del tipo 7 aparecieron en la estratigrafía de Tiro a partir del estrato IV; un elemento a resaltar sería que las superficies están recubiertas de un engobe rojo que es más delgado que en el caso de las jarras de cuello largo y cuerpo piriforme (nuestro tipo Jv F1). Sin embargo, si el contexto recogido en Qasmieh y publicado por Chapman (1972: 148, fig. 32, véase más abajo), representa un enterramiento, esto podría probar la existencia de este tipo ua en la primera mitad del 'Horizonte de Salamis' de Bikai. Por otro lado, las asas geminadas se hicieron más comunes a partir del estrato II de Tiro, en oposición a las asas simples, que eran comunes con anterioridad (las *strip handles* de Bikai; véase Bikai 1978: 36, table 7).

¹⁸⁷ Este ejemplar, con su cuerpo ovoide y su cuello relativamente alto, con un arranque ancho y parte superior estrecha, no se amoldaría a ninguno de los subtipos representados en al - Bass.

¹⁸⁸ Estas dos jarras representarían una variante, relacionada con el subtipo Jv F2d, con decoración pintada. La primera muestra unas bandas horizontales en el cuerpo y triglifos en el hombro, mientras que el segundo ejemplar presenta círculos concéntricos y filetes en el hombro. Ambos patrones decorativos podrían ser de origen chipriota, el primero de los momentos iniciales del Hierro fenicio (Gilboa 1999; see below also some jugs from Khirbet Silm), mientras que el Segundo aparecería durante el Chipro-Geométrico III, en concreto en la *Black-on-Red* ware (Gjerstad 1948: fig. XXV: 18 de la *Black-on-Red* I (III) ware; fig. XXXVIII: 17 y fig. XXXIX: 2, 8, 9 de la *Black-on-Red* II (IV) ware), aunque habrían muchas variants en otras categorías cerámicas (Gjerstad 1948: fig. XXII: 14 de la *Bichrome* III ware, fig. XXXIII: 19 y fig. XXXIV: 8 de la *Bichrome* IV ware, Fig. XLI: 5. 12. 13 de la *Bichrome-Red* I (IV) ware, fig. XLVI: 17, 18 de la *White-Painted* V ware y fig. XLIX: 11 de la *Bichrome* V ware).

¹⁸⁹ Variante con una asa geminada y un hombro desprovisto de los surcos horizontales típicos.

¹⁹⁰ Este ejemplar es similar a nuestra jarra U.40-3.

¹⁹¹ Esta jarra podría representar un prototipo de nuestro subtipo Jv F2. Aparte del contexto en el que apareció, el cuello, con su tendencia cilíndrica, también indicaría en la misma dirección, al igual que la decoración pintada sobre el hombro y consistente en tres filetes horizontales de color negro, reminiscencia de los surcos que se pueden encontrar normalmente en ese lugar en el caso de las jarras del tipo Jv F2. Compárese, además, con las jarras aparecidas en Tel er-Rachidiyeh.

¹⁹² Esta jarra, junto a dos ejemplares similares provenientes de Tel er-Rachidiyeh (véase más arriba), y otra jarra más proveniente de Khirbet Silm, podrían conformar otro tipo. Por el otro lado, lo interesante sobre esta jarra es que los surcos del hombro han sido substituidos por tres filetes pintados en negro.

¹⁹³ Esta jarra podría representar otro ejemplo del tipo caracterizado por unos cuerpos globulares y cuellos cortos, ya sea de forma cilíndrica o ligeramente cónica. En este caso, la decoración es similar a la mostrada por una de las jarras de Tel er-Rachidiyeh (Doumet-Serhal 1982: pl. XI: 35 y, por otro lado, por algunas jarras de cuello anillado (véase Chapman 1972: fig. 8).

¹⁹⁴ Compare esta jarra con la no. 15 en Seeden 1991.

¹⁹⁵ Esta jarra es muy similar a una de las halladas en Khirbet Silm (Chapman 1972: 87-88, no. 15, fig. 10; véase en el subtipo Jv F2a), y la no. 41 de Khalde, hallada en la tumba 21. Por otro lado, si la supuesta tumba hallada en Qasmieh y publicada por Chapman es cierta (véase más arriba), sería posible pensar que ésta sería más o menos contemporánea de la tumba 21 de Khalde y, por consiguiente, anterior al estrato IV de Tiro (véase también más arriba).

¹⁹⁶ Las jarras nos. 15 y 171 serían ejemplos pintados, mientras que las otras dos lo serían variantes en engobe rojo. La jarra 171 es interesante por la facilidad con que puede ser incluida en nuestro subtipo Jv F2a, así como por los filetes pintados en el hombro. Por su parte, la jarra no. 15 tiene una forma que podría ser clasificada en el mismo subtipo, aunque su decoración es de inspiración chipriota (véase por ejemplo, Gjerstad 1948: fig. XXV: 18, de la *Black-on-Red* I ware). Las jarras 144 y 259 pertenecerían a la variante de este subtipo de mayor tamaño, y serían muy similares a nuestra jarra U.33-2.

¹⁹⁷ Esta jarra podría pertenecer al mismo subtipo que la jarra no. 25, proveniente de las excavaciones de Saidah en Khalde, y la jarra no. 18 de Khirbet Silm (véase más arriba).

¹⁹⁸ Compárese con nuestra U. 33-2.

¹⁹⁹ Esta jarra podría ser relacionada con la no. 15 de Seeden, proveniente de las excavaciones clandestinas realizadas en al - Bass (véase más arriba).

²⁰⁰ Esta jarra sería similar a nuestra U.40-3. La segunda jarra mostrada por este autor (Prausnitz 1972: 152, no. 9), pertenecería a una variante de forma bicónica no recogida en al - Bass.

²⁰¹ Compárese con Saidah 1966: no. 41 and Chapman 1972: fig. 10: 171.

²⁰² Esta es una variante bicónica no ha sido recogida en al - Bass hasta la fecha, y pertenecería al llamado 'Horizonte de Amathus' de Bikai (1987: pl. XVI: 373, 374, 384, y 388).

²⁰³ Es el mismo subtipo de la jarra hallada en la T.C. 2 (véase más arriba).

²⁰⁴ Para jarras de boca trilobulada halladas en Akhziv, véase las Dayagi-Mendels 2002: 122-124, type JG 2I y II, fig. 5.7: 5, 6.

²⁰⁵ Esta es la variante bicónica a la que se ha hecho referencia antes, y que no ha aparecido en al – Bass'97.

²⁰⁶ Este autor no ha ilustrado estas jarras, ambas pertenecientes a su tipo JG2 I (Dayagi-Mendels:122-124, fig. 5.7: 5). Sin embargo, Culican publicó parte de esta misma tumba, y entre el material proporcionado se encuentra una jarra de nuestro subtipo Jv F2a (Culican 1975-76: 58-63, fig. B: D). Además, la jarra no. 10 (Dayagi-Mendels 2002: 14-15, fig. 3.4: 10 = Culican 1975-76: 62-63, fig. B: C), podría pertenecer al mismo tipo de las ya indicadas provenientes de Tele r-Rachidiyeh, Khalde y Khirbet Silm (véase más arriba).

²⁰⁷ Esta jarra y la última pertenecen al subtipo bicónico (véase más arriba, acerca de la tumba Z I).

²⁰⁸ Parece que la jarra indicada por Culican no ha sido ilustrada por Dayagi-Mendels (la diferencia entre las dos jarras ilustradas es evidente: Culican 1982; fig. 10: 1 sería del subtipo Jv F2b, mientras que Dayagi-Mendels 2002: fig. 4.14: 11 no tendría un paralelo seguro en al – Bass, posiblemente nuestro subtipo Jv 2a o el tipo Jv 3, del que hablaremos más adelante). Por otro lado, es interesante la asociación de esta jarra con una copa jonia.

²⁰⁹ Esta misma tumba contenía un Segundo ejemplar que no tenía cuerpo (Culican 1975-76: 58-63, fig. A: D), y podría pertenecer al mismo subtipo.

²⁰⁹ Culican (1982: 66, fig. 9) ha publicado las jarras no. 14 (fig.9: a, Jv F2e), y 16 (fig. 9: b, subtipo bicónico). No obstante, habría otras dos jarras, las nos. 15 (Jv F2c) y 18 (una jarra con borde pellizcado, pero similar a nuestro subtipo Jv F2a).

²¹⁰ Pensamos que esta jarra pertenecería a nuestro subtipo Jv F2a. La forma de su cuerpo y la forma cónica de su cuerpo son evidentes y apuntan en esa dirección.

²¹¹ Pensamos que el caso de esta jarra es similar al de la proveniente de Hurbat Rosh Zayit.

²¹² Este fragmento de jarra es similar a Lamon – Shipton 1939: pl. 6: 148.

²¹³ Esta jarra parece similar a algunos ejemplares provenientes de Megiddo, especialmente Finkelstein-Ussishkin-Halpern 2000: fig. 11.26: 13

²¹⁴ Esta jarra es también similar a Lamon – Shipton 1939: pl. 6: 148.

²¹⁵ Sería posible que este fragmento de cuerpo y Yadin 1958: pl. L: 25, perteneciesen a una jarra del tipo Jv 3 (véase nuestra U.12-3 más abajo).

²¹⁶ No obstante, este tipo podría existir ya en el 'Horizonte de Salamis', como hemos visto ya anteriormente. Este hecho se vería apoyado, además, por algunos casos provenientes de Chipre, como la jarra no. 209 de la Tumba 1 de Salamis (Dikaios 1963: 196, no. 209 y la fig. 35: 28 = Bikai 1987: 31-32, no. 379, pl. CIV), muy similar a nuestra U.33-2 y a la jarra no. 55 de la tumba 151 de Amathus (Christou 1978: 143, pl. XIII = Bikai 1987: 31, no. 370, pl. XIV; Bikai 1987a: 10, pl. IV); en opinión de Bikai, estas jarras se habrían realizado en el mismo alfar (Bikai 1987: 31 y 51; Bikai 1987a: 2). Otro ejemplar fechado en este horizonte proviene de la tumba 31 de Salamis (Karageorghis 1967: 60, pls. LIX y CXXXIII, de la Red Slip II ware = Bikai 1987: 32, no. 383, pl. XVI), y caracterizada por un cuerpo ovalado verticalmente, y un cuello corto cónico, reminiscente, al menos en apariencia, de nuestro subtipo Jv 2d.

²¹⁷ Sólo conocemos el contexto de la primera de ellas, la tumba 6 en Philia-Aeras-Vassilikou (Bikai 1987: 32), aunque el mismo autor sugiere que todas ellas provienen de la misma alfarería (Bikai 1987: 32-33).

Con respecto a los subtipos publicados por Bikai y que no han aparecido en al – Bass '97, aparte de la no. 383, ya vista y fechable en el 'Horizonte de Salamis', nos encontramos con ejemplares más tardíos que serían incluidos en el 'Horizonte de Amathus'. De entre ellos destaca la jarra no. 52, proveniente de la tumba 302 de Amathus (Bikai 1987: 31, no. 373, pl. XVI y XXVII; Bikai 1987^a: 13, pls. IV y VII), y la no. 204, de la tumba 321 de la misma necrópolis (Bikai 1987: 31, no. 374, pl. XVI y XXVII; Bikai 1987^a: 15, pls. IV y VII), la jarra no. 10, de la tumba 33 de Ayia-Irini/Palaeokastro (Rocchetti 1974: 64 = Bikai 1987: 32, no. 388, pl. XVI) y la no. 896 de la tumba 79 de la necrópolis de Salamis (Karageorghis 1974: 56, pl. XLIX = Bikai 1987: 32, no. 384, pl. XVI). Todas estas jarras presentan un cuerpo piriforme invertido y un cuello cónico alto, la parte superior del cual es estrecho, así como el borde, lo que proporciona a todos estos ejemplares una apariencia bicónica (Bikai 1987: 58). Además, la fecha del siglo VII a. C. para estas jarras parece estar probada por la existencia en la tumba 321 de Amathus de un *bird-bowl* griego fechado en el periodo arcaico (de acuerdo con Coldstream 1987: 29, este ejemplar pertenecería al tipo II de estos vasos), así como por la aparición en la tumba 36 de Akhziv de una copa jónica cerca de una jarra bicónica de contornos exagerados (Culican 1982: 66, fig. 9: b). Finalmente, otras dos jarras fechables en el 'Horizonte de Amathus' aparecieron en la tumba 2 de Salamis (Karageorghis 1967: 11, 15, nos. 3 y 81, pls. XIII y CVIII = Bikai 1987: 32, 57, nos. 381 y 382, pl. XVI y XXVII), que presentan un cuerpo globular grande y un cuello cónico pequeño, unos rasgos que fueron adoptados por el repertorio cerámico chipriota durante el Chipro-Arcaico I (Gjerstad 1948: fig. XLI: 11 en la *Bichrome Red I ware*) y continuaron durante el Chipro-Arcaico II (Gjerstad 1948: fig. XLVI: 16-18 de la *White Painted V ware*, fig. XLIX: 11-15 en *Bichrome V ware*, fig. LII: 11-12 en *Black-on-Red III ware*, fig. LIII: 20-21 y fig. LIV: 1, 2, de la *Bichrome Red II ware*, fig. LVIII: 14, 15, en *Plain White ware*).

²¹⁸ Este ejemplar podría pertenecer a nuestro subtipo Jv F2b. Sin embargo, ha habido muchas adaptaciones, por ejemplo, de la variante de mayor tamaño del subtipo Jv F2a en la *Black-on-Red II (IV) ware* (Gjerstad 1948: fig.

XXXIX: 2) o en la *Bichrome Red I (IV) ware* (Gjerstad 1948: fig. XLI: 12), así como del subtipo Jv F2b, también en esta última categoría cerámica (Gjerstad 1948: fig. XLI: 14).

²¹⁹ Este último ejemplar podría ser una miniatura muy similar a la jarra de Beirut que se citará más abajo. La jarra es interesante por el tamaño relativamente menor de su cuerpo, que muestra tres surcos en el hombro, un arranque del cuello muy marcado, una base anular alta y un botón a modo de remache por debajo de la unión inferior del asa. Lo que destaca sobremanera de entre estos rasgos citados, sería la base alta y el remache, que, por lo general, se entienden como atributos formales antiguos en la secuencia cerámica fenicia.

²²⁰ Nótese que el cuello es más bajo. Lo que destaca de todos los ejemplares del Museo Nacional de Beirut es la diversidad de acabados: pintado con bandas horizontales en el cuerpo y triglifos en el hombro (Chapman 1972: nos. 16, 172 y 173), y engobe rojo con tres filetes negros pintados en el hombro (no. 17 de Chapman), que sustituyen las incisiones que aparecen, por ejemplo, en nuestra jarra U.12-3.

²²¹ Este ejemplar es muy similar a nuestra U.12-3, sin embargo, el pellizcado del borde ha dado lugar a un pico corto, estrecho y afilado.

²²² Dudamos de si esta jarra es trilobulada y, por consiguiente clasificable dentro de nuestro tipo Jv F2, o, más bien, tiene un borde pellizcado. Sin embargo, la forma del cuello nos hace pensar que la segunda posibilidad es la cierta. Por otro lado, la decoración de esta jarra, basada en filetes horizontales en el hombro, es interesante (cfr. con nuestra U.12-3, que muestra incisiones horizontales en ese lugar), mientras que el borde está también pintado.

²²³ Estas tres jarras podrían ser los paralelos más cercanos de nuestro tipo Jv F3 en Akhziv, especialmente la última de ellas.

²²⁴ Ejemplares registrados, cubiertos con engobe rojo y con superficies alisadas. Además, en este mismo periodo, las jarras del tipo DJ-11 de Anderson existen (véase más arriba), aunque acabadas en engobe rojo y con incisiones horizontales en el hombro (Kenyon 1957b: fig. 22: 7).

²²⁵ Aunque esta autora no ha mostrado ejemplares de este tipo provenientes de Chipre, podríamos indicar que, sobre la base de las características formales y decorativas, así como de las referencias cronológicas citadas antes, el tipo Jv F3 habría aparecido a lo largo del 'Horizonte de Salamis' y perduró en el de 'Kition'.

²²⁶ Los ejemplares mencionados procedentes de los estratos XIII-1 y X-2 son muy cercanos a nuestro olpe U.49-3. En este sentido, las jarritas del tipo 3 de Bikai serían las más típicas de los estratos iniciales de la Edad del Hierro en Tiro; de hecho, aparecerían por primera vez en el estrato XV, fechado por Bikai en el Bronce Tardío, mientras que su última aparición ocurre en el estrato VIII.

²²⁷ Esta jarra es similar a nuestra U.43-3. Las jarritas del tipo 2 de Bikai se caracterizan por su pequeño tamaño, superior calidad y una transición más suave entre el hombro y el borde (Bikai 1978b: 41-43, table 9, pl. XCIV). Es también interesante observar que el olpe procedente del estrato VIII de Tiro tiene la misma base que nuestro U.43-3 (Bikai 1978: 43, tabla 16, pl. XCV, base del tipo 16).

²²⁸ Estos olpes del tipo 1 de Bikai muestran un borde redondeado, una manufactura de peor calidad y una clara separación entre el hombro y el borde. Este tipo es más frecuente en los estratos IV y I de Tiro (Bikai 1978: 41-43, tabla 9, pl. XCIV). De los ejemplares mostrados, algunos muestran unos bordes altos, similares a los de nuestro olpe P.5' del Sector III (Bikai 1978: pl. XII: 7, 11, 14, 17-21), mientras que los bordes de los otros son bajos como los de nuestra jarrita Ass.A: 12 (Bikai 1978: pl. XIII: 1-6, 8-10, 15, 16, 22, 23). Todos estos ejemplares muestran una base protuberante (del tipo 15 de Bikai, idem 1978: 43, tabla 16, Pl. XCV), similar a la que podría haber tenido uno de nuestros dos olpes (Ass.A: 12).

²²⁹ Los olpes que son mostrados por este autor no tienen paralelos entre el material recogido en al - Bass'97.

²³⁰ El tipo J-4 corresponde al tipo 3 de Bikai, y algunos de los ejemplares recogidos en al - Bass se podrían poner en relación con él. En primer lugar, nuestra U.49-3 podría ser clasificada dentro del subtipo J-4B de Anderson sobre la base de su labio redondeado y la base, también de forma redondeada y que se podría clasificar dentro de su tipo B-4 (Anderson 1988: 236, pl. 52). Nuestra jarrita U.43-3 podría ser clasificada dentro del tipo J-4C de Anderson sobre la base de su borde redondeado y su similitud a un ejemplar recogido en el nivel D1 (Anderson 1988: pl. 33: 23), aunque esta última presenta un borde algo más alto.

²³¹ Este tipo corresponde a los tipos 1 y 2 de la clasificación de Bikai, y muestra dos variantes, una con un cuerpo de forma de saco (tipo J-A), al que podría pertenecer nuestra jarra Ass.A: 12 (compárese con otra del nivel B de Sarepta, Anderson 1988: pl. 38: 1), y un segundo ejemplar que es más alto y presenta un cuerpo cilíndrico (tipo J-1B), que podría tener un paralelo en nuestra jarrita P.5' del Sector III. Anderson ha indicado que este tipo J-1 tenía bases protuberantes (tipo B-3, Anderson 1988: 236, tabla 16, pl. 52), algo que no puede ser probado en el caso de los dos ejemplares recuperados en al - Bass.

²³² De los ejemplares mostrados por este autor, esta jarra es la única que puede ser comparada con nuestro material, en concreto con el olpe U.43-3, aunque debemos indicar que el cuerpo es también similar al de nuestro U.49-3. La jarrita mostrada en la fig. 49: 1 podría también compararse a nuestras U.43-3 y U.49-3.

²³³ Dos de estas jarras tienen un cuerpo y borde similares al de nuestra U.43-3, aunque, por el otro lado, las bases son

ligeramente escalonadas.

²³⁴ Es complicado decir a qué tipo pertenecen estas jarritas. Probablemente la primera de ellas se podría clasificar en el tipo 1 de Bikai (véase más arriba).

²³⁵ Tipo DJ, pp. 130-132, fig. 5.11: 4-7.

²³⁶ Similar a nuestro olpe Ass.A: 12.

²³⁷ Hemos indicado antes que Culican ha publicado esta misma tumba en otro lugar. Este contexto proporcionó cinco olpes, sin embargo, es difícil saber si el publicado por él (Culican 1982: 63, fig. 7: k, de nuestro tipo Ol F1), es el mismo publicado por Dayagi-Mendels. Todas estas jarritas han sido clasificadas por la autora dentro de su tipo DJ 2.

²³⁸ Ambas jarritas podrían ser clasificadas en nuestro tipo Ol F1. La primera de ellas es similar a nuestro Ass.A: 12, mientras que la segunda pertenecería a una variedad borde alto (compárese con U.43-3 y U.49-3). Culican también publicó este tumba. En ella mostró un olpe (Culican 1982: 66, fig. 9: m) similar al no. 75 de Dayagi-Mendels, sin embargo, es difícil saber a cuál de los catorce olpes registrados en esta tumba se corresponde.

²³⁹ Este olpe es muy similar a nuestro U.43-3, aunque el borde parece algo más estrecho.

²⁴⁰ Este ejemplar muestra un borde más corta y un cuerpo en forma de saco.

²⁴¹ El no. 92 de estos olpes mantiene una cierta similitud con nuestro U.49-3, aunque el cuello es más estrecho y la boca más exagerada. El resto tiene un borde redondeado similar al resto de los olpes encontrados en al – Bass'97, aunque el único que puede ser comparado es el no. 91 con nuestro U.43-3.

²⁴² Este olpe es muy similar a nuestro U.49-3.

²⁴³ La base y el cuerpo de este ejemplar son muy similares a los de nuestros U.43-3 y U.49-3. Es también interesante tener presente los otros dos olpes provenientes de este nivel 8 de Tèl Keisan, es decir, los que aparecen en la fig. 56: 5 y 6.

²⁴⁴ Estos ejemplares son similares al tipo 1 de Tiro, a nuestro P.5' del Sector III, y a Ass.A: 12. Dos de las jarritas de Beirut muestran una base protuberante (fig. 37: 10, 12), una tiene un cuerpo piriforme, borde alto y una base redondeada (fig. 37: 11), y otra un cuerpo cilíndrico y una base también redondeada (fig. 37: 13).

²⁴⁵ Chipro-Geométrico III, véase también las págs. 66-67.

²⁴⁶ El ejemplar es muy similar al n° 165 de Khirbet – Silm.

²⁴⁷ Las dos jarras son muy similares a los ejemplares recogidos en Khirbet Silm y Qraye

²⁴⁸ Distintas variantes formales y decorativas, de las que fig. 12: 4 se aproximaría más a U.51-4 en lo formal y decorativo; posiblemente fig. 16: 9 corresponde a una jarra de este tipo.

²⁴⁹ De las dos, n° 85 se aproxima mucho en lo formal y decorativo a U.51-4.

²⁵⁰ Muy similar a U.51-4.

²⁵¹ Variante en *Black-on-Red*.

²⁵² Es la misma jarra que Culican 1982: 67, fig. 10: f; no ilustrada por Dayagi-Mendels.

²⁵³ Clasificado por el autor como *White-Painted* III-IV.

²⁵⁴ Posiblemente corresponde a una jarrita en barril.

²⁵⁵ Parece pertenecer a la *White-Painted ware*.

²⁵⁶ Es el mismo ejemplar que aparece en Gilboa 1998: 420, fig. 5: 14; este fragmento es muy similar en lo formal y decorativo a U.51-4.

²⁵⁷ Es la misma jarrita que aparece en Gilboa – Sharon 2003: 22 y 35, fig. 11: 18, *White-Painted* IB/II.

²⁵⁸ Consideramos que este fragmento es una intrusión en este nivel.

²⁵⁹ Aparecida en un contexto fechado en el Proto-Geométrico Tardío.

²⁶⁰ Esta forma apareció en el estrato XVII, fechado en el Bronce Tardío, y entre los estratos XIII a VIII vivió su máxima popularidad. Como se ha indicado más arriba, el patrón decorativo usual es el compuesto por una combinación de triglifos y metopas en el hombro (Bikai 1978: 41, pl. XCII: 11, tabla 6), aunque en momentos tardíos aparecieron ejemplares cubiertos con engobe rojo (Bikai 1978: pl. XX: 6, del estrato IX, con un cuerpo ovoide y un escalón en la base del cuello). De este modo, la evidencia estratigráfica y, hasta cierto punto formal y decorativa, ubicaría estas jarras en los momentos iniciales de del repertorio cerámico fenicio.

²⁶¹ El borde de esta jarra es muy similar al de U.25-3. Al mismo tiempo, el patrón decorativo usual a base de metopas en el hombro podría ser muy similar al de nuestra jarra.

²⁶² Son dos versiones de la misma variante, con diferencias en la forma del cuerpo, del borde, y el pico, en un caso tubular, n° 28, y en el otro abierto, n° 8; de las dos, n° 28 es muy similar en lo formal a nuestra U.25-3, a excepción del pico tubular, del que destaca, además, la presencia del colador en su base; por otro lado, ambas están recubiertas de engobe rojo, y n° 8 muestra decoración lineal en negro, con triglifos en el hombro.

²⁶³ Este es el tipo que más se parece a nuestra jarra U.25-3. Es también interesante observar que los ejemplares con bordes abiertos serían más tardíos en opinión de Anderson (1990: 39). El patrón decorativo basado en metopas representaría el llamado style I del citado autor (Anderson 1988: 335; Anderson 1990: 38-39). Sin embargo, este yacimiento no ha proporcionado paralelos válidos de nuestro ejemplar.

²⁶⁴ Las dos jarras de Khalde son destacables por sus bases, ambas altas y anulares. Sin embargo, U.25-3 tiene una base anular mucho más baja, un detalle que nos haría pensar en una posible evolución general en el seno del repertorio fenicio, que iría hacia bases cada vez más bajas con el paso del tiempo (véase algo parecido en el caso de las cráteras).

²⁶⁵ Este ejemplar es uno de los más cercanos a nuestra U.25-3, tanto en sus aspectos formales como decorativos, dado que los restos de decoración presentes en el hombro de nuestra jarra podría ser un motivo similar al que muestra la jarra de Khirbet Silm.

²⁶⁶ Fragmento de pico vertedor provisto de un colador proveniente de la fase T2a del templo.

²⁶⁷ Las tres jarras cuentan con un cuello corto y un pico abierto de longitud original incierta, aunque parece que sería corto. Mientras, las asas marcarían dos subtipos distintos, por un lado nº 1 correspondería a una variante de asa hasta el cuello, mientras que nos. 3 y 6 lo serían de la variante de asa hasta el borde; los patrones decorativos son distintos, nº 1 mostraría el típico de triglifos en el hombro, mientras que nos 3 y 6 son puramente lineales.

²⁶⁸ Jarra de cuerpo globular, cuello estrecho y probablemente alto, desconocemos las características del asa.

²⁶⁹ Corresponde al tipo con asa del hombro al cuello; destaca el asa con un motivo trenzado que imita un elemento metálico.

²⁷⁰ Fragmento de cuerpo globular con colador y arranque de pico abierto.

²⁷¹ Correspondería a la variante con asa del hombro al borde; destaca la forma y la decoración concentrada en el hombro y a la altura del pitorro, ambas de inspiración tardo micénica o tardo chipriota (posiblemente del Chipriota Tardío IIIB en opinión de la autora, aunque no descarta un origen cilicio para la decoración); pl. 5.3: 1 y pl. 5.18: 31, fragmentos de colador y cuerpo de tendencia globular; pl. 5.3: 2 y pl. 5.18: 20, variante de hombro carenado y posiblemente un cuerpo piriforme y asa en 'canasta'.

²⁷² El primer ejemplar correspondería a un colador de una jarra de cuerpo globular, mientras que nº 17 de una jarra de hombro carenado, véase, además, nº 18 de la misma figura.

²⁷³ Fragmentos de jarras globulares con picos vertedores abiertos provistos de colador, así como de hombros decorados con metopas, triglifos y triángulos entramados.

²⁷⁴ Fragmentos de jarras de hombro carenado.

²⁷⁵ La jarra corresponde a la variante de asa del hombro hasta el cuello, y cuenta con todos los elementos, formales y decorativos típicos.

²⁷⁶ Todos los ejemplares pertenecen a la variante provista de asa del hombro hasta la parte media del cuello. Desde un punto de vista formal y decorativo, estas jarras difieren muy poco de los ejemplares fenicios.

²⁷⁷ Cuerpo lenticular, lados aplanados, arranque de asa en la parte más alta y abertura circular en un lateral de la parte superior, pitorro ausente, base anular, todo recubierto de engobe rojo.

²⁷⁸ La forma de su cuerpo es piriforme, con una transición entre las dos mitades del cuerpo marcada, por su parte, cuenta con una base anular, mientras que el asa y el pico se hallan en los mismos lugares del caso anterior; recubierto de engobe rojo.

²⁷⁹ Cuerpo piriforme de contornos angulosos, base anular, pico alto de boca trilobulada y asa de la parte más alta del cuerpo hasta el borde, superficies lisas bruñidas.

²⁸⁰ Muy similar al ejemplar de Megiddo en sus aspectos formales, incluida la boca pellizcada; decorado con pintura de color rojo.

²⁸¹ Forma lenticular de disposición horizontal y lados aplanados, la fig. 85 sin base, la disposición del asa y de la boca son similares a los casos anteriores, finalmente, el borde está pellizcado.

²⁸² Cuerpo cilíndrico, le falta el asa y el pico, aunque la disposición de ambos es la misma observada en los casos anteriores.

²⁸³ Los cuencos de este tipo son característicos de los estratos V a I de Tiro, aunque los de este subtipo en concreto son más frecuentes en los estratos V y IV (Bikai 1978: 27 y tabla 4a; *idem* 1978a: 52).

²⁸⁴ Es interesante observar que el tipo de acabado de este subtipo más característico en al – Bass, a saber, engobe rojo por el interior y por la parte exterior superior, se encontró en los niveles C1 y 2 de Sarepta (Anderson 1988: 353-354, fig. 7).

²⁸⁵ Estos dos cuencos fueron encontrados en un contexto fechado en el Chipro-Arcaico I, en asociación a una jarra local similar a nuestro subtipo Jv F1 (Christodoulou 1972: 157, no. 7, pl. XXVII: 1 = Bikai 1987: pl. X: 186), y una jarra fenicia del tipo Ja F2 recubierta de engobe rojo (Christodoulou 1972: 158, no. 12, pl. XXVII: 2).

²⁸⁶ Estos seis últimos ejemplares proceden de la tumba 1 de Salamis (Dikaios 1965), considerado por Bikai como el contexto paradigmático de su 'Horizonte de Salamis' (Bikai 1987: 50). Trataremos a fondo sobre este contexto en el capítulo dedicado a los asuntos secuenciales.

²⁸⁷ Similar a nuestro cuenco TT97-0-002-224.

²⁸⁸ Tipo B V, pp. 37-38, fig. III.10

²⁸⁹ Este estrato y la tumba de Maroni pertenecen al mismo momento secuencial.

²⁹⁰ Este ejemplar es muy similar a nuestro U.29-4. No obstante, este cuenco se podría colocar en un momento

secuencial algo anterior con respecto al hallado en al – Bass, dado que su borde es cóncavo, mientras que el de nuestro ejemplar es convexo. Este hecho, añadido al acabado que muestra U.29-4, especialmente la banda negra en el labio, podría indicar que el subtipo CP 1b es transicional entre los el subtipo CP 1a y los cuencos del tipo 2 de la clase 2 (Bikai 1978:26, pl. XIA: 7; Bikai 1978a: 52; Bikai 1987: 37, tipo 3). Estos últimos son más comunes en los estratos III y II de Tiro. De hecho, los cuencos recubiertos de engobe rojo tanto por el interior como por el exterior, y con bandas libres de engobe en el exterior de la base combinadas con surcos concéntricos aparecieron ya en el estrato IV de Tiro, es decir, a finales del ‘Horizonte de Salamis’ de Bikai (1978: 28; 1978a: 52), aunque no fueron muy comunes al inicio del ‘Horizonte de Kition’ (1987: 53-54). Mientras tanto, los labios pintados de negro son más comunes en los estratos III y II de Tiro (Bikai 1978: 27).

²⁹¹ En Sarepta, los bordes pintados de negro son más frecuentes en el nivel C1 (Anderson 1988: 163, tabla 23a y b).

²⁹² Este ejemplar es el paralelo más cercano para nuestro cuenco U.29-4.

²⁹³ Este tipo de cuenco es típico de los estratos II y III de Tiro (Bikai 1978: 26-27, tabla 4a; Bikai 1978a: 52).

²⁹⁴ En Sarepta estos cuencos son más comunes en el nivel C1 (Anderson 1988: tabla 5a/B).

²⁹⁵ Un caso, P.11 del Sector III, podría pertenecer al tipo 4 de Tiro.

²⁹⁶ A excepción de ‘gen.’: 33ss. del Sector III, un cuenco carenado, que podría pertenecer al tipo X-1A.

²⁹⁷ El profesor J. N. Coldstream tuvo la amabilidad de examinar los dibujos de este tipo, y nos propuso esta segunda posibilidad.

SECCIÓN III
ASPECTOS CRONOLÓGICO-
SECUENCIALES

CAPÍTULO 5

ESTADO DE LA CUESTIÓN

CRONOLÓGICO-SECUENCIAL

Hemos indicado con anterioridad que la estructura secuencial y, sobre todo, cronológica fenicia depende, fundamentalmente, de los materiales foráneos con los que los propiamente fenicios aparecen asociados (Chapman 1972: 180; Bikai 1978: 64; Anderson 1988: 365-367; Núñez 2004: 284-286). En este caso, las asociaciones más frecuentes son las que presentan materiales procedentes de Chipre, seguidos a cierta distancia por los de origen egeo. Una cuestión distinta es la aparición de materiales fenicios en Palestina. En este caso, las similitudes entre los materiales de origen fenicio y autóctono son en ocasiones tan grandes, que es difícil diferenciarlos sobre la base de dibujos y fotografías. Sin embargo, estas mismas similitudes deberían ayudarnos a organizar el material fenicio y a desvelar, como veremos, problemas secuenciales en la propia Palestina.

En este sentido, debemos tener en mente, no obstante, la diferencia existente entre la ubicación de un objeto dentro de la secuencia y su datación (Núñez 2004: 284). Dadas las circunstancias descritas más arriba, la secuencia o, más bien, las secuencias en cuestión presentan unos sincronismos visibles fundamentalmente sobre una doble base. La primera sería a partir de la asociación de materiales de distintos orígenes, mientras que la segunda consistiría en los préstamos de tipo formal y/o decorativo de unos repertorios a otros. El problema es que dichos sincronismos están más o menos claros desde el punto de vista de los materiales, no así sus fechas (Núñez 2001: 293). Más adelante veremos algunos casos que ejemplifican este problema como, por ejemplo, las posibilidades cronológicas que ofrecen algunos contextos del estrato VA/IVB de Megiddo, dependiendo de las diferentes fechas absolutas derivadas de la interpretación histórica que se hace de él, o de la cronología de las importaciones que aparecen en él. Esto es debido a que cada secuencia cuenta con sus propias propuestas cronológicas, independientemente de las características formales o decorativas que cada una de sus fases pueda compartir con las de otras secuencias. En ocasiones, incluso, lo difícil no es sólo combinar dichas propuestas, sino tener que decantarnos por una tendencia concreta en detrimento de otra debido, principalmente, a la falta

de consenso real entre ellas.

No debemos olvidar tampoco que los objetos importados, incluyendo las cerámicas, están fuera de su contexto geográfico-cultural original y, por lo tanto, han de ser consideradas con cautela (Anderson 1988: 366-367; Núñez 1999: 97-100). Esa cautela, además, no sólo se hace necesaria al atender a las características de los depósitos arqueológicos, sino que, además, es necesario, si no imprescindible, atender a cuestiones relacionadas con la manera en que son interpretados dichos depósitos. A lo largo de las pasadas décadas hemos podido observar casos en los que algunas importaciones, dependiendo de su origen, han sido supervaloradas en detrimento de los propios materiales locales. Este sería el caso, por ejemplo, de las cerámicas egeas aparecidas en contextos del Mediterráneo Oriental (en este sentido, véase Waldbaum 1994 y 1997). Por otro lado, en la Antigüedad, lo mismo que ahora, al valor propio de estos objetos exóticos se les confería otro añadido por ese carácter foráneo y, como tales, eran conservados generación tras generación, se regalaban, o eran objeto de un comercio muy determinado (véase Aubet 1994: 122-127 y Coldstream 1983).

Hay, además, un problema de base que condiciona todo el proceso. Se trata de la presencia de dos tendencias cronológicas que convierten en complicado e, incluso, peligroso todo intento de dar fechas. En este panorama está inmersa la arqueología fenicia, aunque no sólo ésta, ya que las dificultades son compartidas por el resto de secuencias del Mediterráneo. Estas dos tendencias, de una manera simple, son la cronología mediterránea, basada en la secuencia egea y sus fechas, y la israelí tradicional, fundamentada en una lectura arqueológica muy determinada de la Biblia. La paradoja consiste, sin embargo, en que estas dos tendencias cronológicas usan las mismas bases para fundamentar sus argumentos: los yacimientos palestinos. En los últimos años, sin embargo, se está reivindicando, por parte de las arqueologías que se desarrollan en otros lugares del Mediterráneo, un papel en este escenario, fundamentalmente sobre la base de series de fechas radiométricas obtenidas en estos ambientes y ciertos sincronismos con secuencias materiales de la Europa Central.

Sea como fuere, el papel central, a modo de pivote, que desempeña Palestina se ve ostensivamente enmarañado por la existencia en el ámbito arqueológico palestino de una discusión interna que no sólo afecta a temas cronológicos, sino que alcanza, incluso, aspectos epistemológicos tales como su propia naturaleza como disciplina.

Ex Palestina lux

... the Greek pottery is unreliable. It is not surprising, therefore, that in spite of all the problems, the Palestinian chronology is more reliable (Gal 1992: 185)

En casi todo el mediterráneo las importaciones cuentan con el poder de fechar los contextos en los que aparecen. Sin embargo, esta tendencia se invierte en Palestina, en donde normalmente son los contextos y secuencias locales los que fechan las importaciones. Por esta razón, sería muy difícil

entender el panorama secuencial y, sobre todo, cronológico en el Mediterráneo sin comprender cuál es la situación existente en los ámbitos arqueológicos israelíes y el camino recorrido hasta llegar a él.

Sin duda, en el fondo de la proliferación de excavaciones en Palestina, las razones puramente científicas comparten su lugar con otras de distinta índole. La estrecha relación entre religión, ideología y territorio ha sido, de hecho, uno de los motores de la ya tradicional explotación de los recursos arqueológicos existentes en Palestina. De este modo, nos encontramos con que la selección de los datos, así como su interpretación, se han visto impregnadas, de manera atávica, por un componente ideológico determinante (por ejemplo, Stern 1987). Además, dicho componente ha condicionado, por un lado, un cierto aislamiento de la disciplina arqueológica en torno a lo que se conoce como 'Arqueología Bíblica', mientras que, por el otro, ha provocado una pugna interna entre sectores ortodoxos y otros de cariz más laico. En toda esta trama, el papel que juegan otras 'arqueologías' es secundario y está condicionado, sobre todo, por la utilidad que tengan para apoyar las posturas de unos y otros.

En estas páginas nos vamos a centrar esencialmente en los aspectos arqueológicos e interpretativos de la Arqueología Bíblica, y no tanto en el trasfondo ideológico. Lo que nos importa es, en realidad, explicar el proceso que se ha desarrollado en su seno y presentar cuáles son las consecuencias que la discusión ha tenido sobre el resto de 'arqueologías'. A pesar de la fuerte carga ideológica que impregna toda la polémica, si nos inclinamos hacia una tendencia u otra, intentaremos poder razonarlo convenientemente sobre la base de argumentos arqueológicos.

De la Biblia a la tierra

One should not forget that after all, for both 'biblical' archaeologists and 'new' archaeologists, the biblical text is irreplaceable as the only available foundation for Iron Age Archaeology (Finkelstein 1990: 117)

A pesar de que algunos autores piensan lo contrario (por ejemplo, Dever 1988; *idem* 1997; *idem* 1998), la Arqueología Bíblica es una disciplina que vive dentro de sí misma. Las razones son claras y las consecuencias lógicas. Nos encontramos en un área geográfica, Palestina, escenario de las vicisitudes de una serie de pueblos, entre ellos el israelita, que ha dejado un excelente legado material. Segundo, contamos con una guía histórica, la Biblia, cuyo verdadero carácter es ser un documento de fe, y tiene a los mismos israelitas como protagonistas. En tercer lugar, existe un interés por parte de sectores ideológicos, religiosos, políticos y económicos en combinar registro arqueológico y relato bíblico. La entidad de estos condicionantes han provocado que la Arqueología Bíblica cuente con todo lo necesario para desarrollarse como disciplina, y sentirse, por consiguiente, referente en todo el Mediterráneo.

Si bien los trabajos de Flinders Petrie en Tel el-Hesi significaron un avance cualitativo en la investigación arqueológica (Petrie 1891), el padre de la Arqueología Bíblica fue, sin duda, W. F. Albright. Aparte de su papel como promotor de las investigaciones en Palestina (véase el número

65/1 del año 2002 de la revista *Near Eastern Archaeology*), suya es la base del planteamiento cronosecuencial de la Arqueología Bíblica. Para ello se basó en un doble fundamento, por un lado el relato bíblico y, por otro, las observaciones estratigráficas que realizó en sus trabajos en Tel Beit Mirsim (Albright 1932; *idem* 1943; *idem* 1962: 114-144; Wright 1965: 94-101). De estas premisas surgió un esquema cronosecuencial que reflejaba cada uno de los episodios bíblicos (ver también Figura 3):

Hierro I (siglos XII – X): Jueces y Monarquía Unida

Hierro II (siglos IX – inicios del VI): Monarquía Dividida

Hierro III (550 – 330 a. de C): Exilio y Restauración

Este planteamiento, basado en la confianza plena en el relato bíblico como fuente histórica, y la tendencia a correlacionarlo con las distintas secuencias estratigráficas, fue adoptado de manera general en la disciplina (véase, por ejemplo, Wright 1975; Mazar 1990: 295-296), y a partir de ahí siguieron los trabajos sobre el terreno y la interpretación de los datos obtenidos.

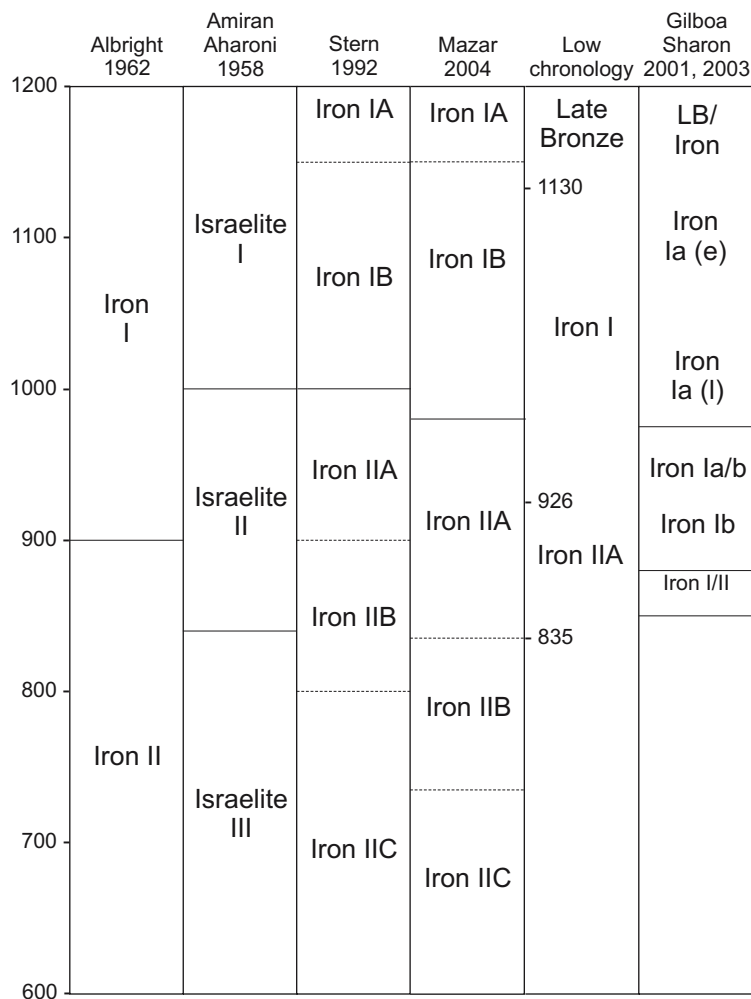


Figura 5.1. Propuestas cronológico-secuenciales en el seno de la Arqueología Bíblica

De todos los yacimientos, dos tienen una entidad propia: Megiddo (Guy-Engberg 1938; Lamou-Shipton 1939; Loud 1948; Finkelstein-Ussishkin-Halpern 2000) y Hazor (Yadin 1958; *idem* 1972; *idem* 1975; Yadin *et al.* 1960; Yadin *et al.* 1961; Yadin – Ben-Tor 1992; Ben-Tor – Bofil 1997). En realidad, sobre ambos y, en especial, sobre Hazor (Ben-Tor 2000: 9, 14), se ha construido buena parte de la estructura crono-secuencial vigente en la Arqueología Bíblica.

Las razones principales de la relevancia de Tel el-Qedah, la antigua Hazor, son, primero, su condición de importante ciudad cananea y, posteriormente, israelita, con continuas menciones en el relato bíblico, aunque también las tiene, por ejemplo, en la correspondencia de el-Amarna (Yadin 1972: 1-12; Yadin – Ben-Tor 1992: 594-595); en segundo lugar, destaca su secuencia estratigráfica, que comprende todas las edades del Bronce y Hierro, así como, finalmente, la entidad de sus estratos y los restos que han perdurado en ellos. De este modo, la combinación del registro arqueológico y el relato histórico en este yacimiento ha dado lugar a una serie de importantes paradigmas crono-secuenciales (véase la Figura 5.2).

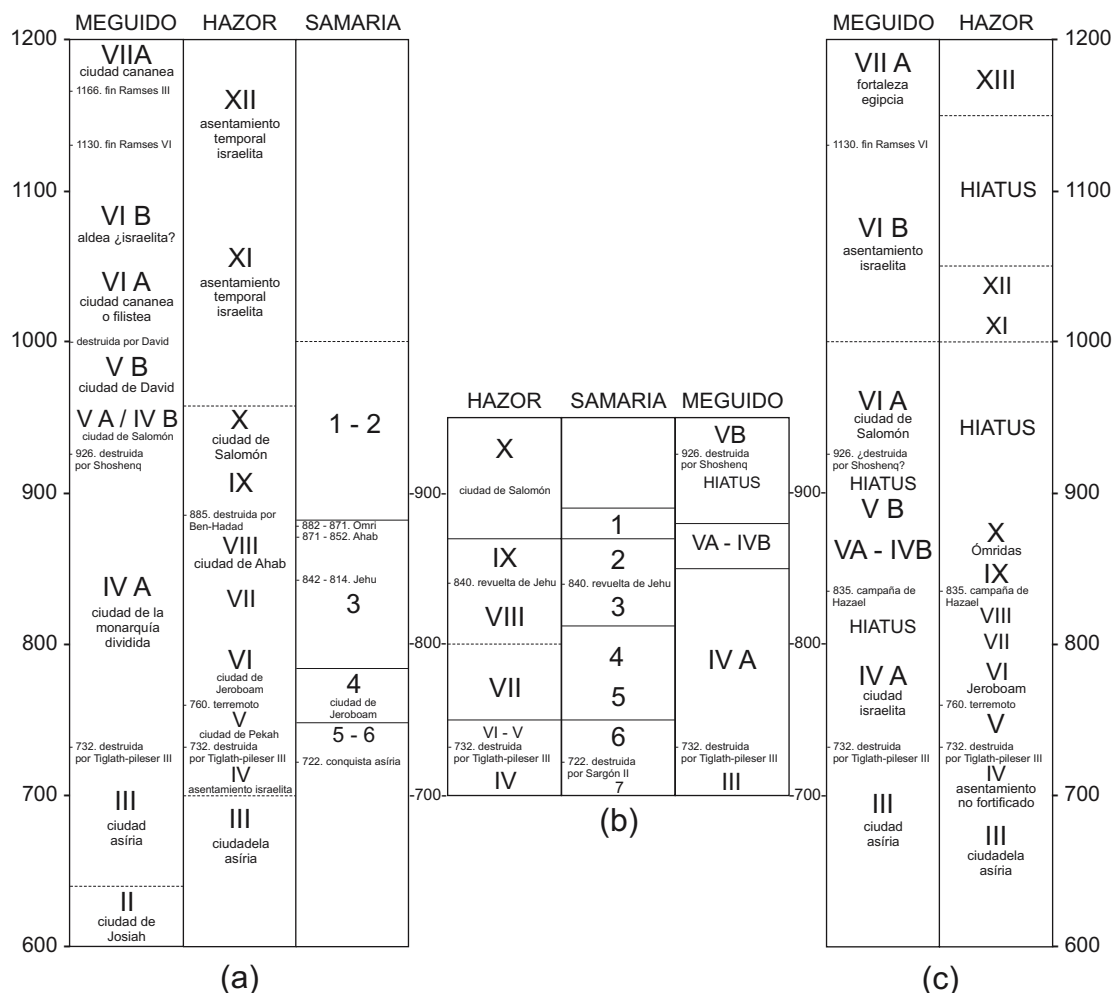


Figura 5.2. Comparativa de las principales propuestas de interpretación histórica de Megiddo, Hazor y Samaria: (a) *New Encyclopedia of Archaeological Excavations in the Holy Land* (Megiddo: Aharoni-Shiloh 1992; Hazor: Yadin - Ben-Tor 1992; Samaria: Avigad 1992), (b) Kenyon (1957, 1957a, 1964), (c) Finkelstein (1996a, 1996b, 1999a, 2000; Finkelstein-Ussishkin 2000).

El primero fue la propuesta de división de la Edad del Hierro realizada por Y. Aharoni y R. Amiran (1958; ver Figura 5.2). De ella llama la atención, y alecciona sobre la orientación de la articulación cronológica del esquema, la nomenclatura utilizada para designar cada uno de los periodos: Israelita I, II y III (véase al respecto Mazar 1990: 295-296, notas 1 y 2). Estos periodos, siguiendo el proceder de Albright, aunque con algunas diferencias, coinciden con momentos muy determinados del relato 'histórico' bíblico. De esta manera, el primer periodo, el 'Israelita I', correspondería al de los Jueces, es decir, el momento del fin de la hegemonía egipcia en Canaán, la conquista del territorio por los israelitas, su ulterior reparto entre las doce tribus y el asentamiento en él. Mientras, el segundo periodo, 'Israelita II', coincidía con el inicio de la 'época gloriosa' protagonizada por la Monarquía Unida desde fines del siglo XI o principios del siglo X a.C., y abarcaría, además, los primeros momentos de la Monarquía Dividida. Por último, el 'Israelita III' arrancarían con la revuelta de Jehu y Athaliah a mediados del siglo IX a. de C. y coincidiría con una época de decadencia en la que, según los autores, la división entre Israel y Judá y las diferencias entre sus respectivas culturas materiales se hicieron cada vez mayores. En esta tercera etapa se presenciaron, así mismo, los episodios de expansión y anexión asirios, su final a manos de los babilonios, finalizando con la llegada del dominio persa en el siglo VI a.C.

Estos periodos tenían, lógicamente, un reflejo en la estratigrafía de Hazor (Aharoni-Amiran 1958: 183; véase la Figura 5.2: a). Sin embargo, los autores sólo hacen referencia en su artículo a las correspondencias con el Israelita II y III, que coincidirían con los estratos X - VIII y VII - III respectivamente. Evidentemente, los estratos XII y XI corresponderían al periodo 'Israelita I', es decir, al Hierro I, de escasa entidad en este yacimiento, y cuya característica fundamental sería la cerámica de tradición cananea, provista de decoración bicroma como rasgo identificable.

El estrato X de Hazor marca, en realidad, un cambio relevante en el panorama arqueológico y ha sido tomado como referencia secuencial. Por un lado, en él aparece una arquitectura monumental hecha con sillares, desconocida hasta ese momento en yacimientos palestinos del Hierro, sus murallas son de casamatas y la puerta de la ciudad es del tipo conocido como de seis cámaras. Mientras, en el campo de la cerámica, se introduce el engobe rojo como método de recubrir las superficies, así como la categoría cerámica conocida como Black-on Red, procedente de Chipre. Todos los cambios citados fueron explicados, a su vez, a partir de las especiales relaciones establecidas entre el rey Hiram de Tiro y Salomón (Ahiram-Amiran 1958: 184).

Aharoni y Amiran, sobre la base de los materiales característicos de cada una de sus fases, realizaron un ensayo de sincronización de las estratigrafías de los yacimientos más importantes. En él, por ejemplo, el estrato X de Hazor fue equiparado al VA-IVB de Megiddo, el cual, junto a cerámica con engobe rojo y Black-on-Red chipriota, presentaba también una puerta de seis cámaras. De esta manera, se estableció una de las bases secuenciales de la Arqueología Bíblica, es decir, la de los 'estratos salomónicos'. Estos datos, unidos a los restos arquitectónicos y cerámicos similares que habían sido excavados hacía tiempo en lo que iba a ser el estrato VIII de Gezer

(Yadin 1960; *idem* 1970), sirvieron para constatar arqueológicamente el pasaje bíblico que hace referencia a las obras edilicias emprendidas por Salomón:

He aquí cómo se reguló el servicio personal impuesto por el rey Salomón a los hombres cuya leva hizo para edificar la casa de Yáhvé y su propia casa, el terraplén y las murallas de Jerusalén, y, además, Hazor, Megiddo y Guezer (IReyes 9: 15)

Entre los restantes sitios referenciados por Aharoni y Amiran se encontraba, además, Samaria, otro de los yacimientos clave para entender la evolución de la Arqueología Bíblica.

Samaria (Reisner-Fisher-Lyon 1924; Crowfoot-Kenyon-Sukenik 1942; Crowfoot-Kenyon 1957; véase Avigad 1992 y especialmente Tappy 1992 y 2001 para una revisión de la trayectoria científica del yacimiento), representó un desafío para los postulados que habían sido tomados como referencia secuencial. En primer lugar, se trata de una ciudad *ex novo* de la que tenemos una fecha de fundación mencionada explícitamente en la Biblia, en concreto el año 878 a.C.:

(24) el año treinta y uno de Asa [910-869 a.C.], rey de Judá, comenzó a reinar Omri sobre Israel, y reinó doce años [884-873 a.C.]. Reinó en Tirsá [Tel el-Far 'ah] seis años; (24) luego compró a Semer la montaña de Samaria por dos talentos de plata y edificó sobre la montaña, dando a la ciudad que edificó el nombre de Samaria, del nombre Semer, el dueño del monte (IReyes 16: 23-24; fechas de Kitchen 1973: 493-494)

La segunda cuestión era de tipo metodológico (Kenyon 1957: 198-209; *idem* 1964: 145-146). Kenyon introdujo un método estratigráfico nuevo en Palestina, sencillo en su planteamiento, no usado por el resto de arqueólogos y que ha traído consigo una gran cantidad de problemas por lo confuso que llega a ser en el texto. Consistía fundamentalmente en marcar cronológicamente el inicio de un estrato a partir de los materiales cerámicos relacionados con la construcción de sus estructuras. De este modo, los materiales depositados sobre los suelos de un estrato y sellados por las estructuras del estrato siguiente marcarían el final del uso de dicho estrato, un detalle que no suele ser tenido en cuenta en Palestina, aunque no sólo allí, dado que la tendencia es fechar las estructuras del mismo modo que los materiales asociados con ellas. El esquema de Kenyon sería, por consiguiente:

$$\text{Periodo cerámico} = \text{Periodo constructivo} + 1$$

Estos dos postulados, aunque sobre todo este último, trajeron consigo unas consecuencias importantes desde el punto de vista cronológico. Resulta que, de los seis periodos cerámicos comprendidos entre la fundación de la ciudad en la primera mitad del siglo IX y su destrucción por Sargón II en el 720 a.C., los materiales que aparecieron en los periodos cerámicos más antiguos,

los 1 y 2 (correspondientes respectivamente a la fase constructiva 0, que comprende la compra de la colina y el inicio de las obras, y 1, relacionado con las obras de la fase constructiva I; hemos adoptado la terminología de Tappy [1992: 9], por la cual, los periodos constructivos se indican mediante números latinos, mientras que los periodos cerámicos lo son con números arábigos), eran similares a los registrados en el estrato X de Hazor y VA/IVB de Megiddo. Por consiguiente, si el *terminus post quem* de las obras de construcción en la colina era el año 877 a.C. (séptimo año de reinado de Omri), la fecha de los materiales de los citados estratos de Hazor y Megiddo debía ser rebajada en más de cincuenta años (véase Figura 4b).

Este hecho significaba trastocar la propuesta que se había asentado en el seno de la Arqueología Bíblica, incluso, podía poner en duda la entidad de la Monarquía Unida y sus consecuencias crono-secuenciales. Si bien este desfase fue explicado por Aharoni y Amiran a través de un supuesto continuismo en las pautas arquitectónicas y cerámicas entre la época de Salomón y Omri (Aharoni-Amiran 1959: 178-180), la reacción de las posturas ‘oficiales’ fue más contundente (véase Wright 1959; *idem* 1959a; *idem* 1965: 98-100; Tappy 1992: 254, *Appendix B*, muestra una relación de todas las propuestas cronológicas realizadas para Samaria, a la que habría que añadir recientemente Franklin 2004). En estos círculos se postuló fundamentalmente, que los materiales de los niveles anteriores a la construcción de la ciudad respondían a una ocupación anterior de la colina, relacionada con una explotación vinícola y aceitera existente allí en el siglo X a.C. (Stager 1990). De este modo, sólo los materiales del periodo cerámico 3 de Samaria correspondían al reinado de Omri, y eran, por consiguiente, contemporáneos a los del estrato VIII de Hazor, el nivel ómrída de este yacimiento para la tendencia ‘oficial’. Así mismo, una nueva excavación de Yadin en Megiddo mostró la existencia de una muralla de casamatas que este autor relacionaría con la puerta de seis cámaras que apareció en el estrato VA/IVB (Yadin 1960; *idem* 1970). Esto sirvió, por consiguiente, para demostrar la veracidad de IReyes 9: 15 y confirmar, de un modo definitivo, la fecha salomónica de Hazor X, Megiddo VA/IVB y Gezer VIII (Figura 4a).

La respuesta de Kenyon (1964), fue mantener la fecha de los materiales que aparecían relacionados con la edificación de Samaria I (los periodos cerámicos 1 y 2), respetando, no obstante, la fecha salomónica para las estructuras halladas en Hazor X y Megiddo VA/IVB. A partir de ahí, desarrolló una serie de equivalencias estratigráficas entre los tres yacimientos (Kenyon 1964: 148; véase nuestra Figura 5.2: b), en la que el desfase cronológico entre los materiales de Hazor X y Samaria 1 y 2 era explicado indicando que, si bien dicho estrato X fue construido por Salomón, los materiales que contenía no eran necesariamente de esa fecha, sino posteriores. De hecho, su fecha exacta dependía del momento de construcción del estrato IX (Kenyon 1964: 148). Algo similar sucedería, por lo tanto, en el caso del estrato VA/IVB de Megiddo.

La posición que prevaleció, no obstante, fue la mantenida por el sector ‘oficial’, encarnado en la llamada ‘Escuela de Jerusalén’, siendo su máximo fiador Yadin (1972, especialmente las páginas 147-164) y representada en la actualidad por especialistas como A. Mazar (por ejemplo 1990), A. Ben-Tor y W. G. Dever (1990) entre otros. Las correspondencias entre los yacimientos

clave estaban establecidas, así como las correlaciones entre sus estratos y el relato bíblico (Figuras 3 y 4a). Los cambios que se hicieron a continuación fueron de detalle, como, por ejemplo, la periodización de Mazar (1990), según la cual las destrucciones asirias de la segunda mitad del siglo VIII a. de C. marcaban el paso del Hierro IIB al IIC, o, como veremos más adelante, la prolongación del Hierro IIA hasta la segunda mitad del siglo VIX a. de C., lo que este autor ha dado en denominar la *expanded Iron IIA* (Mazar 2004 y 2005; véase Figura 5.1).

La llegada de los revisionismos

Me parece muy interesante considerar el modo cómo, tanto en el norte como en el sur de América, y en realidad en todas partes del mundo, un individuo que recibió por herencia un cierto relato de la mitología o de la tradición legendaria de su propio grupo rehúsa escuchar una versión diferente, relatada por alguien perteneciente a un clan o linaje diferente, versión que es en cierta medida semejante, pero desde otra perspectiva también es radicalmente distinta (Lévi-Strauss 2002: 73).

A la larga, confiar en la ecuación Biblia-estratigrafía ha conducido a serios problemas, especialmente desde el momento en el que los llamados ‘revisionistas’ pusieron en tela de juicio el papel real de la Biblia como fuente de información histórica. Este cuestionamiento afectaba, a su vez, no sólo a la naturaleza real de los acontecimientos que en ella se relatan, sino también a sus supuestas manifestaciones sobre el terreno.

Desde el plano meramente arqueológico, algunos especialistas habían mantenido posturas cercanas a las apoyadas por Kenyon (por ejemplo, Holladay 1976; *idem* 1990; *idem* 1993; Wightman 1990). Sin embargo, representaban una minoría y sus posiciones eran constantemente rebatidas por la ‘Escuela de Jerusalén’ (véase Dever 1990). Este panorama cambió de una manera drástica con la actividad revisionista desarrollada en algunos centros europeos como Sheffield y Copenhague, o israelíes, como sería el caso de la denominada ‘Escuela de Tel Aviv’, en la que I. Finkelstein, D. Ussishkin y N. Na’aman son sus principales referentes.

Como se ha indicado, las corrientes revisionistas fundamentan sus argumentos sobre una doble base. Por un lado, se han elevado dudas creadas alrededor de la Biblia como instrumento histórico fiable, mientras que, por el otro, se observa una lectura histórica diferente de la secuencia stratigráfica y secuencial de Palestina.

En lo que respecta al primer punto, la Biblia como instrumento histórico ha experimentado un proceso crítico en el que se ha puesto en seria duda su validez (entre la abundante bibliografía, véase, por ejemplo, Davies 1999; Thompson 1994; Whitelaw 1996; Silberman-Small 1996; Grabbe 1997; Meyers 1997; Handy 1997; Lemche 1998; Garbini 2002; Finkelstein-Silberman 2001; Teixidor 2003; Liverani 2004). De una manera resumida, y sin entrar en detalles, los autores incluidos en esta corriente crítica coinciden en definir la Biblia y en especial el Pentateuco, como la compilación de una serie de relatos históricos y leyendas, leyes ancestrales, doctrina religiosa,

profecías y otras tradiciones, la mayoría propias del pueblo judío y otras adaptadas de culturas foráneas. La labor recopiladora de las fuentes citadas habría comenzado en el siglo VII a. de C., aunque tomó su cuerpo definitivo en épocas más tardías, sobre todo en el periodo de la dominación persa y la helenística.

Según estos autores, además, el objetivo fundamental de la Biblia habría sido servir como instrumento propagandístico útil en manos de las jerarquías de Judea. De este modo, se habría creado una serie de argumentos válidos que justificaran las pretensiones de poder de un territorio tradicionalmente a la sombra de su homónimo septentrional, el antiguo reino de Israel, más abierto al exterior y más desarrollado social y económicamente. Con tal fin, las elites de Jerusalén se ‘inventaron’ un pasado glorioso en el que los anacronismos eran muchos y los reflejos en el pasado del medio ambiente socio-político de los compiladores eran continuos.

Estos hechos han llevado, lógicamente, a cuestionar la historicidad de los ‘periodos históricos’ existentes en la Biblia. Este es el caso, por ejemplo, de la época de los patriarcas, el éxodo de Egipto, la conquista del territorio y el posterior reparto entre las doce tribus, y, sobre todo, la época dorada que representaron las monarquías de David y Salomón, así como la vileza de los reyes de la escindida Israel. Estas dudas alcanzan en este punto, lógicamente, otros planos de investigación, especialmente el arqueológico.

Siguiendo esta línea argumental, en el ámbito arqueológico la referencia del sector crítico es la ‘Escuela de Tel Aviv’. Aparte de las cuestiones relacionadas con la naturaleza de la Biblia y de la misma Arqueología Bíblica, esta escuela presenta una amplia batalla en el campo cronológico. Así, frente a la cronología basada en los llamados ‘estratos salomónicos’, estos especialistas han introducido una alternativa, la llamada ‘cronología baja’ (básicamente Finkelstein 1995a; *idem* 1996; *idem* 1996a; *idem* 1996b; *idem* 1998; *idem* 1998a; *idem* 1999; *idem* 1999a; *idem* 2001; *idem* 2002; *idem* 2004; 2005; Ussishkin 1998; Finkelstein-Ussishkin 2000: 576-605), de resultados muy similares a los alcanzados por la propuesta de Kenyon, como veremos en su momento.

De nuevo sintéticamente (véase nuestra Figura 5.2: c, así como un interesante resumen de los argumentos en Finkelstein 1996 y 1999), la base de esta propuesta es el momento en el que la cerámica filistea monocroma aparece en Palestina. Esta cerámica es considerada como indicativa del primer momento de ocupación filistea en Palestina (Dothan 1982: 96, 295; Mazar 1985; *idem* 1989; *idem* 1990: 307-313; Singer 1985; Stager 1995), y, al parecer, no se ha encontrado en niveles de la Dinastía XX egipcia, sino en estratos superpuestos a éstos. De esto se deduce, pues, que, aparte de poner en duda la llegada de los Pueblos del Mar a Palestina en tiempos de Ramsés III, la introducción de esta cerámica filistea y, consecuentemente, el asentamiento de los Pueblos del Mar en Palestina, serían posteriores al final del dominio egipcio en Canaán.

Uno de los referentes cronológicos tomados para fechar este momento es el pedestal de Ramsés VI encontrado en Megiddo. Si bien apareció debajo de unos muros del estrato VIIB, este pedestal ha sido puesto en relación con el estrato VIIA, en el que aparecieron cartuchos del faraón Ramsés III además de cerámicas micénicas del Heládico Tardío IIIB. Al parecer, no hay

restos de cerámica Myc. IIIC1 ni filistea monocroma en él (sin embargo, véase Loud 1948: plate 69: 7; Mazar 1985: 96-97), un fenómeno que se habría observado, además, en el estrato VII de Beth-Shan, otro yacimiento paradigmático. Esto ha hecho que se haya adoptado el año 1136 a.C., último de reinado de Ramsés VI, como referencia para la destrucción de dicho estrato VIIB de Megiddo (y Beth-Shan VII), además de como *terminus post quem* para la aparición de la citada cerámica monocroma.

Por consiguiente, la aparición de esta cerámica monocroma sucedió, como muy pronto, a fines, y no a principios del siglo XII a. de C. Lógicamente, esta bajada de fechas afectaría a la cerámica filistea bícroma, que ahora debería fecharse en el siglo XI y a inicios del X a.C. Con ello, todos los estratos en los que aparecen estos materiales deberán experimentar una bajada de, al menos, cincuenta años en sus fechas para amoldarse a la nueva situación (véase Figura 5.2:c). Este sería el caso de Megiddo, cuyo estrato VIB, posterior a la destrucción de la ciudad egipcia, ha proporcionado cerámica filistea bícroma, aunque tardía. Sin embargo, las consecuencias sobre los estratos posteriores serían más importantes, los cuales experimentarían un efecto dominó. Así, el estrato VIA, tradicionalmente fechado en el siglo XI a. de C. y cuya destrucción ha sido puesta en relación con las campañas de conquista del rey David a finales de dicho siglo o a inicios del siguiente (véase Figura 5.2: a y c), deberá ser ubicado en pleno siglo X a. de C.

En este proceso corrector se verán afectados también, y de una manera importante, los llamados ‘estratos salomónicos’. De este modo, su fecha del siglo X a. de C. estaría ahora seriamente comprometida, por lo que una fecha dentro del siglo IX se convertiría en la mejor alternativa. Para apoyar esta nueva datación acudirían dos argumentos, el primero consistiría en las dudas generadas alrededor de la historicidad de los hechos atribuidos en la Biblia a David y Salomón, antes citadas, mientras que el otro argumento se basaría en los resultados obtenidos en la excavación de Megiddo y, especialmente, Tel Jezreel, una ciudadela construida por Ahab en la primera mitad del siglo IX a. de C. Así, los restos cerámicos asociados a los niveles ómridas de este último yacimiento, destruidos supuestamente por los arameos en la segunda mitad del siglo IX a. de C. (Na’aman 1997), son muy similares a los hallados en el estrato VA/IVB de Megiddo y Hazor X y IX (Zimhoni 1992; *idem* 1997). Además, en el caso de Megiddo se ha observado recientemente que su puerta de seis cámaras pertenece, en realidad, al estrato IVA (Finkelstein-Ussishkin 2000: 600).

Como vemos, estos datos coinciden en gran medida con los que vimos relacionados con los periodos 1 y 2 de Samaria. El resultado lógico sería, en consecuencia, fechar estos ‘estratos salomónicos’ en el siglo IX a. de C., por lo que su relación se establecería, más bien, con los primeros momentos de la Monarquía Dividida (véase Figura 4: c). Además, esta nueva perspectiva cronológica ha disfrutado de apoyos desde una perspectiva histórica (entre otros, Na’aman 1997; *idem* 2002; Niemann 2000), y, por ejemplo, de las artes menores egipcias (Münger 2003; véase además Gilboa-Sharon-Zorn 2004) o los estudios de marcas de cantero (Franklin 2001).

En definitiva, la nueva visión generada desde la arqueología sobre la entidad de la época de la Monarquía Unida sería, pues, radicalmente distinta a la mantenida con anterioridad. De este modo, el Israel unido habría sido durante el siglo X a. de C. un reino débil, acosado por las presiones exteriores, cuya capital, Jerusalén, no era más que una ciudad de poca entidad y cuyo dominio sobre los territorios septentrionales debió ser escaso, si en realidad existió. De hecho, fue el escindido reino septentrional de Israel el que experimentó una verdadera época de esplendor, especialmente durante los dos primeros tercios del siglo IX a. de C., en la que, además, el reino meridional de Judea fue eclipsado. Esta grandiosidad israelita entró en decadencia a partir de la revuelta de Jehu (c. 840 a. de C.) y las campañas del rey arameo Hazael (c. 835 a. de C.). Estos acontecimientos habrían dado lugar, a su vez, a las destrucciones, entre otros yacimientos, de Megiddo VA/IVB, Hazor IX, Tel Jezreel o Samaria II (periodo cerámico 3). Esta decadencia tuvo, finalmente, su culminación con las campañas asirias de la segunda mitad del siglo VIII a. de C. y la paulatina conversión en provincias bajo el dominio de Assur.

Vemos, por consiguiente, que las conclusiones crono-secuenciales que alcanza esta escuela son muy similares a las ya propuestas en su momento por Kenyon, a pesar de haber usado vías diferentes (Fantalkin 2001: 120-122). En otros aspectos, alguno de sus especialistas, incluso, coincidiría con la arqueóloga inglesa a la hora de fechar en tiempos de Salomón los restos arquitectónicos aparecidos en Megiddo VA/IVB, no así sus restos cerámicos (Na'aman 2000: 5).

En definitiva, los argumentos de la 'Escuela de Tel Aviv' no sólo representan un desafío a la lectura literal de la Biblia, sino que, además, están basados en los mismos datos históricos y arqueológicos, aunque interpretados de manera distinta. Secuencialmente habría también consecuencias, dado que el inicio del Hierro II se debería colocar ahora a fines del siglo X a. de C. (Figura 5.1; Finkelstein 2004).

Lógicamente, los argumentos de estas corrientes 'postmodernistas', 'minimalistas', 'nihilistas', 'extremistas', 'deconstruccionistas' (véase, sobre todo, Dever 1998; *idem* 1999; *idem* 2001; *idem* 2001a), y calificadas, incluso, de 'anti-israelitas' (Dever 1998: 40), han encontrado su contrapartida por parte de los sectores que siguen la visión tradicional (junto a las referencias a Dever indicadas antes, véase, por ejemplo, Mazar 1997; *idem* 1999; *idem* 2002; *idem* 2004; Bunimovitz – Yasur-Landau 1996; Zarzeki-Peleg 1997; Ben-Tor – Ben-Ami 1998; Ben-Tor 2000; *idem* 2001; Ben-Ami 2001; Bunimovitz – Faust 2001; Rainey 2001; Blakely 2002; Ben-Shlomo 2003; Gal 2003; Harrison 2003; Miller 2003).

Dejando aparte la validez o no de los argumentos esgrimidos por los partidarios de la 'cronología baja', sería importante tener en cuenta que los contra-argumentos utilizados por la corriente tradicional siguen siendo los mismos que apoyaban anteriormente su postura, es decir, la fecha de inicios del siglo XII a. de C. para la llegada de los Pueblos del Mar y la validez de los 'estratos salomónicos'. Es interesante observar este detalle en uno de los primeros artículos publicados con el fin de rebatir los postulados de esta tendencia alternativa. En él Mazar (1997) se basa en datos obtenidos en excavaciones nuevas, caso de Hurbat Rosh Zayit (Gal-Alexandre 2000)

para cuestionar la validez de la propuesta de Finkelstein. Sin embargo, creemos importante tener en mente que este último yacimiento ha sido interpretado desde los llamados ‘estratos salomónicos’. Por esto, más que apoyar o reafirmar una postura, lo que hace es simplemente adherirse a una postura determinada. Esto mismo está sucediendo, por ejemplo, con las nuevas excavaciones que se están realizando por parte de la ‘corriente tradicional’. Sería el caso de Tel Rehov (Mazar 1999; Coldstream-Mazar 2003), en donde se ha tomado el paradigma Hazor X-IX y Megiddo VA/IVB como referencia crono-secuencial. El desarrollo de los argumentos ha llegado, incluso, a una situación en la que el razonamiento circular prevalece en todo el discurso, generando afirmaciones, cuanto menos, curiosas. Véase un ejemplo:

... thus it is not the date of the king, but the chronology of the stratum in question that will determine the identity of the king responsible for the destruction (Ben-Tor 2000: 12)

Es como si la cronología de un estrato no dependiera de la identificación histórica que se haya hecho de él, o de un yacimiento con restos similares. En otras palabras, y poniendo otro ejemplo, ¿en la identificación de Shoshenq I como destructor de Megiddo VA/IVB qué prevaleció?, ¿la identificación bíblica/histórica de ese estrato o la fecha de su cerámica?. La cuestión es que cerámica y restos arquitectónicos similares habían sido fechados en el siglo X a. de C., porque este estrato había sido identificado como contemporáneo del rey Salomón. En definitiva, se está llegando a usar un material identificado como contemporáneo a un rey, para que esa misma fecha, a su vez, nos sirva de apoyo para confirmar la datación de los materiales relacionados con el citado rey (por ejemplo, los razonamientos de Mazar 1997).

En verdad, ninguna de las dos posturas aporta ya nada nuevo desde el punto de vista arqueológico o histórico. Sólo nuevos materiales y nuevas publicaciones. Toda argumentación cuenta, además, con sus respectivos paradigmas crono-secuenciales de referencia, inamovibles, por lo que el proceso de reafirmación en las posturas propias ha desembocado en una discusión enconada. En realidad, en algunos casos concretos, la contra-argumentación se ha convertido en una agria disputa que ya se adentra plenamente en el ámbito de lo personal (véase, por ejemplo, Finkelstein 2002 y Dever 2003).

De la tierra al carbón

But without new data, the debate [entre las cronologías alta y baja] has reached a stalemate. Beyond circumstantial consideration (or a stunning find in the future), the method left for resolving this matter is radiocarbon dating (Finkelstein-Piasetzky 2003: 773b)

Como consecuencia del nivel de sobre-explotación que han sufrido los argumentos históricos y secuenciales, con el que no se ha alcanzado un consenso entre las posturas, el siguiente

paso ha sido poner la mirada en otros ámbitos científicos en busca de nuevos argumentos ‘válidos e irrefutables’. El resultado ha sido abrir un nuevo campo de confrontación en el que se da un continuo intercambio de fechas obtenidas por medio de análisis de carbono 14 (Carmi-Segal 2000; Mazar-Carmi 2001; Coldstream-Mazar 2003; Bruins-van der Plicht-Mazar 2003; *idem* 2003a; *idem* 2004; Finkelstein-Piasetzky 2003; *idem* 2003a; *idem* 2003b; Finkelstein 2004; Levy - Higham 2005).

Todas estas dataciones de C14 proceden de yacimientos ‘clave’, especialmente Tel Rehov, Megiddo, Beth-Shan, Tel Hadar o Tel Dor, entre otros. Sin embargo, de la controversia creada, lo que más destaca es la situación resultante, en la que los distintos autores no sólo presentan fechas que apoyan sus respectivas posturas cronológicas, sino que, además, corrigen las fechas calibradas del adversario en beneficio propio.

Un ejemplo de estas prácticas lo podemos observar en el tratamiento de las dataciones obtenidas en Tel Rehov (véase nuestra Figura 5.3 y, especialmente, Bruins-van der Plicht-Mazar 2003; *idem* 2003a; Coldstream-Mazar 2003; Mazar 2004; *idem* 2005; Mazar - Bruins - Panitz-Cohen - van der Plicht 2005; van der Plicht - Bruins 2005; Finkelstein-Piasetzky 2003; *idem* 2003a; *idem* 2003b; *idem* 2006; Piasetzky - Finkelstein 2005). Las fechas en cuestión proceden de los estratos VI a IV, los cuales abarcan el Hierro IIA en su totalidad. Dentro de esta argumentación, además, las afinidades secuenciales emparejarían el estrato VI y V de Rehov con Megiddo VB y VA/IVB respectivamente (Coldstream-Mazar 2003: 41, tabla 2), unas correspondencias que fijan los anclajes cronológicos de este yacimiento con los postulados de la corriente tradicional.

Pues bien, los métodos de calibración utilizados por los partidarios de la cronología tradicional han proporcionado fechas para los estratos de Rehov que abarcan el siglo X y buena parte del IX a. de C. Lógicamente, con estos datos en la mano, sus posturas estarían autenticadas, en parte, de manera irrefutable. El único problema sería la fecha dentro del siglo IX del estrato IV, cuando el Hierro IIA acababa, en principio, a fines del siglo X a. de C.

Pese a todo, los seguidores de la cronología baja han propuesto una interpretación alternativa a las calibraciones de las mismas fechas C14, lo que les ha proporcionado otra serie de dataciones que apoyan sus propios postulados, y que abarcan desde fines del siglo X hasta el año 836 a. de C. Dentro de este nuevo esquema, además, la correspondencia secuencial del estrato IV de Rehov sería con el estrato VA/IVB de Megiddo, lo que serviría a esta tendencia para apoyar el final de este último estrato en la segunda mitad del siglo IX (véase más arriba). A su vez, estas nuevas fechas se ven respaldadas por dataciones obtenidas en otros yacimientos tales como Megiddo, Tel Hadar o Tel Dor (Finkelstein-Piasetzky 2003b; *idem* 2006; Boaretto - Jull - Gilboa - Sharon 2005; Sharon - Gilboa - Boaretto - Jull 2005), sobre los que volveremos en diversas ocasiones a lo largo de este capítulo.

14C date	Site and level	Calibrated dates	
		Conventional chronology	Low chronology
2805 ± 35 B.P.	Tel Rehov VI	980 - 950 B.C.	925 - 915 B.C.
2800 ± 50 B.P.			
2761 ± 14 B.P.			
2755 ± 35 B.P.			
2788 ± 14 B.P.	Tel Rehov V	935 - 898 B.C.	915 - 900 B.C.
2786 ± 22 B.P.			
2776 ± 9 B.P.			
2771 ± 8 B.P.			
2699 ± 10 B.P.	Tel Rehov IV	880 - 836 B.C.	
2755 ± 25 B.P.			

Figura 5.3. Comparación entre las interpretaciones realizadas por las corrientes convencional y revisionista sobre las fechas calibradas obtenidas en Tel Rehov.

Lógicamente, estas alternativas han sido respondidas por la tendencia tradicional manteniéndose firmes en sus propias convicciones (Coldstream-Mazar 2003; Mazar 2004; Mazar 2005). A pesar de ello, ha surgido otro problema, si se le puede denominar así desde una perspectiva israelí. Se trata de la presencia de materiales griegos en los estratos de Tel Rehov. Más adelante trataremos estos ‘problemas’ con algo más de detalle, no obstante, podemos decir que, de todos los materiales egeos hallados en sus estratos V y IV, sólo los del estrato IV (Sub-Protogeométrico II-IIIa y Geométrico Medio I) coincidirían cronológicamente con la fecha de C14 aceptada por ambas tendencias. Sin embargo, algunos fragmentos recogidos en el estrato V correspondientes al Protogeométrico Tardío/Sub-Protogeométrico y, probablemente Sub-Protogeométrico II-IIIa, habrían aparecido en niveles más antiguos de lo esperado desde la perspectiva cronológica egea, incluso con independencia de la tendencia cronológica israelí utilizada.

Ante estos desafíos o, más bien, inconveniencias, la respuesta de Mazar ha sido proponer la existencia de un Hierro IIA de mayor duración en el tiempo. Es la *expanded conventional chronology*, ya mencionada con anterioridad. Basándose en sus fechas calibradas procedentes de Rehov, este autor propone que los límites temporales del citado periodo habrían sido, aproximadamente, desde el 980 hasta el 840 a. de C. (Figura 5.3; Mazar 2004: 28, nota 6, y pág. 31; Mazar 2005; Mazar - Bruins - Panitz-Cohen - van der Plicht 2005). De esta manera, se mantiene la validez de los ‘estratos salomónicos’, en especial Megiddo VA/IVB (que, recordemos, él equipara con Rehov V), y, además, se cierra la controversia de la afinidad secuencial de Rehov IV con el Hierro IIA, un aspecto que, como vimos, ha sido utilizado por la corriente revisionista para apoyar sus propias posturas.

Todo esto no hace sino más confusa la situación y nos lleva a los que vemos la problemática desde fuera, a posturas cada vez más precavidas. En verdad, todos estos aportes de fechas de C14 no están cambiando en nada la situación, que sigue igual de estancada. Además, parece que se está

abriendo una ‘tercera vía’. Nos referimos a los trabajos de Gilboa en Tel Dor y las dataciones de C14 publicadas junto a Sharon (Gilboa 1989; *idem* 1998; *idem* 1999; *idem* 1999a; *idem* 2001; *idem* 2001a; Gilboa - Sharon 2001; *idem* 2003; Gilboa - Sharon - Zorn 2004; Boaretto - Jull - Gilboa - Sharon 2005; Sharon - Gilboa - Boaretto - Jull 2005). Si bien sus datos y conclusiones hacen referencia a los momentos transicionales desde el Bronce Tardío hasta los inicios del Hierro II, nos parece muy interesante la manera que ha tenido esta autora de combinar sus datos secuenciales y las dataciones de C14 que ha obtenido de sus contextos (véase nuestras Figuras 5.1 y, especialmente, la 5.4).

Terminología	Tel Dor	Meguido	Secuencia chipriota	Cronología convencional (todas a. C.)	Fechas C14 (todas a. C.)
Transición BT / H	B- 14 G- 11 tardío?	VII A		Acaba c. 1160	
Hierro Inicial la antiguo	B- 13? G- 10	Hiato (?)	Ch T IIIA	1160 - 1120	
Hierro Inicial la tardío	B- 12 G- 9			1120 -1090	Acaba c. 975
Hierro Inicial lb antiguo	B- 11? D2- 12 G- 8?	VI B	Ch T IIIB y Ch G I inicial?	1090 - 1050	
Hierro Inicial lb tardío	B- 10 D2-11 - 9 G- 7	VI A	Ch G IA (?) y mediados del Ch G I	1050 - 1000/980	Acaba c. 880
Hierro I/II	B- 9 D2- 8c G- 6b	Hiato (?) V B	Ch G IB - II	1000/980 - 950	Acaba c. 850
Hierro IIA	D- 8 D2- 8b G- 6a	V A - IV B	Ch G III inicial	950 - 925/900	Posterior a 850



La base de esta nueva corriente es la estratigrafía de Tel Dor y, en especial, de aquellos niveles estratigráficos que comprenden la transición desde el Bronce Tardío y el Hierro I y IIA. A partir de las observaciones realizadas sobre dichos estratos, estos autores han planteado una serie de correspondencias estratigráficas con los yacimientos más importantes de los ámbitos palestino y fenicio (Gilboa 2001: 342; Gilboa-Sharon 2003: 55, tabla 21). A su vez, para fechar la estratigrafía

y sus correspondencias se ha tomado como base una serie de dataciones calibradas de C14, y de ahí viene la particularidad de esta corriente, ya que las fechas obtenidas son sensiblemente más bajas de lo que cabría esperar (Figura 5.4). Este hecho ha dado lugar a lo que se denomina la *super-low chronology* (Gilboa-Sharon-Zorn 2004: 53), a partir de la cual, los momentos iniciales del Hierro deberían experimentar una revisión a la baja de todas sus fechas que sería, incluso, mayor que la propuesta por la llamada cronología baja.

Básicamente, la propuesta consiste, entre otras cosas, en hacer acabar al Hierro I a principios del siglo IX a. de C., de modo que el Hierro IIA no habría comenzado hasta después del año 850 a. de C., aunque algunas revisiones recientes tenderían a elevar esa fecha un tanto hacia la primera mitad de ese siglo (Boaretto - Jull - Gilboa - Sharon 2005). Lógicamente, esta revisión tendría secuelas importantes sobre las fechas de otras secuencias, como sería el caso de la chipriota y la egea, tal y como se verá más adelante. Lógicamente, esta corriente ha sido también convenientemente contestada por la corriente tradicional (Mazar 2004: 31-35).

Con todo, consideramos la importancia de esta nueva tendencia, no tanto quizás por sus postulados, sino por la manera de exponerlos y la amplitud de miras que demuestran. En su discusión no falta nunca una alusión continua, detallada y directa a los efectos que sus postulados tendrían sobre el resto. A la vez, en estas alusiones tampoco falta un gran cuidado en el tratamiento de los datos, así como la disponibilidad a aceptar cambios en sus principios. Desgraciadamente, hemos visto que esta actitud antes descrita no es la corriente en Palestina. Un ejemplo de ello se vería reflejado en un reciente libro que recoge las posturas de casi todas las partes implicadas en la polémica (Levy - Higham 2005).

Como se desprende de estas líneas, la situación en Palestina es cualquier cosa menos clara. El caso es que la evidencia es la misma para todos, la evolución de la secuencia está clara, y los sincronismos con otras más o menos también, aunque haya mucho que hacer aún en este campo. Sin embargo, con el encastillamiento al que se ha llegado, todo acaba dependiendo del torreón desde el que se observan los datos.

En definitiva, toda la discusión ha desembocado en una fructífera generación de artículos y libros que has resultado ser, al fin y a la postre, estéril en la capacidad de alcanzar acuerdos. Los argumentos particulares de cada autor o corriente son siempre los mismos, y no hay empacho en tergiversar, cambiar y remover las posiciones del contrario.

El resultado, esperemos que por ahora, es que una discusión interesante se ha convertido con el tiempo en una pelea tediosa que poco aporta, sólo nuevas publicaciones.

Efectos sobre las secuencias del Mediterráneo Oriental

... if, as a result, we caused some upheaval in Greek pottery chronology, please excuse us. It was unintentional
(Kochavi 1998: 478).

La complejidad cronológica que hemos atestiguado en Palestina, tiene sus efectos en otras secuencias de la región. Ya hicimos referencia antes a la posibilidad de datar secuencias sobre la base de la aparición en sus contextos de materiales fechados en otros lugares con un cierto grado de

exactitud. Este es el método principalmente utilizado por la secuencia fenicia para obtener fechas con que datarse. También hemos visto que Palestina es el lugar ideal para tomar esas referencias cronológicas, especialmente para el caso de los materiales egeos y chipriotas, aunque también, como veremos, para los fenicios. Sin embargo, la existencia en este último ámbito geográfico de distintos modos de fechar ha de tener, necesariamente, sus consecuencias. Por esta razón, adoptar una opción en detrimento de las demás deberá tener un efecto distinto sobre ellas.

En este apartado vamos a presentar la situación de estas tres secuencias: las egea, chipriota y fenicia. Sin embargo, seguiremos sin hacer consideraciones a favor o en contra de la aplicación en ellas de una u otra posibilidad cronológica. Al menos por ahora. En este momento bastará con mostrar cuáles son los efectos de la problemática sobre las citadas secuencias, y ver cuál ha sido su respuesta.

El Egeo

En términos generales, la evolución de la secuencia comprendida desde el Heládico Tardío, que se corresponde con el Bronce Tardío levantino, hasta el periodo Clásico, está clara. De este modo, es posible trazar con un alto grado de seguridad la evolución desde el periodo Micénico y Submicénico (Furumark 1972; Mountjoy 1986; Stirenus 1967), pasando por el Protogeométrico y Sub-Protogeométrico (Desborough 1952; *idem* 1972; *idem* 1980; Lemos 2002; Kearsley 1986), el Geométrico (Coldstream 1968), y Corintio (Amyx 1988), hasta la cerámica arcaica de la Grecia Oriental (Cook-Dupont 1998).

Con referencia a los aspectos cronológicos relativos a la Edad del Hierro, dada la falta de referencias propias, si exceptuamos la destrucción de Micenas a finales del II milenio a. de C. y las fundaciones de colonias desde la segunda mitad del siglo VIII a. de C., la base de su secuencia ha sido, fundamentalmente, la evolución de sus estilos cerámicos, especialmente el micénico tardío, el ático y, en parte, el eubeo y corintio. A su vez, el cálculo de la duración de sus estadios se ha realizado, aparte de las ya indicadas referencias cronológicas obtenidas en otros ámbitos geográficos como Levante, por medio de otros métodos más o menos arbitrarios, como serían la estimación aproximada de las distintas fases basándose en sus correlaciones con otras secuencias, o su vigencia por generaciones (véase, por ejemplo, Coldstream 1968: 327-331; Lemos 2002: 24-26).

Nosotros no vamos a hacer aquí un repaso exhaustivo de la problemática cronológica existente en el seno de la arqueología egea, sus planteamientos, medios y resultados. No es nuestra intención ni es el lugar. Como veremos, para nuestros fines lo más importante por ahora es la claridad de su evolución y la posibilidad de establecer correlaciones firmes entre la secuencia egea y la fenicia (véase, más adelante, las Figuras 5.10 y 6.6). Por este motivo no nos afectarán de manera decisiva, al menos por ahora, las fechas concretas de los estadios de dicha secuencia, aunque más tarde, a la hora de fechar la secuencia fenicia, esta situación cambiará.

Centrándonos en las consecuencias de la controversia cronológica israelí sobre la secuencia egea, éstas se hacen más patentes, sobre todo, en el caso de los periodos Protogeométrico y Geométrico, es decir, los siglos X - VIII a. de C. (Coldstream 1968: 302-310; Waldbaum 1994; Lemos 2002: 24-26, 228). Inmediatamente salta a la vista que estos siglos coinciden con los

momentos más controvertidos de la discusión cronológica israelí. No obstante, en esta polémica los materiales egeos no juegan un papel activo. En realidad, lo suyo es recibir las consecuencias (en este sentido Fantalkin 2001: 118, 122; Mazar 2004: 27-31).

Coldstream optó en su momento por la propuesta cronológica de Kenyon para fechar los pocos materiales egeos aparecidos hasta aquel momento en Palestina (Megiddo, Samaria, Tel Abu Hawam), y apoyar, de este modo, la cronología del periodo Geométrico y, por ende, del Protogeométrico (Figura 5.6, columna de la izquierda; Coldstream 1968: 302-310; *idem* 2003). Con ello, este autor se hizo partícipe de las propuestas de Kenyon sobre la base de sus observaciones crono-estratigráficas en Samaria y las consecuencias que éstas tuvieron sobre los yacimientos 'clave', especialmente Hazor y Megiddo. Esta opción era, en realidad, la que mejor se amoldaba a la cronología egea tradicional. Ya vimos que los resultados de la arqueóloga británica coinciden *grosso modo* con los propuestos por la corriente revisionista israelí, aunque alcanzados a través de otras vías argumentales. La cuestión está en ver cuáles habrían sido las consecuencias de aplicar sobre los materiales egeos la cronología alta (en este sentido, Coldstream 2003).

Creemos que una manera de plantear el problema es presentar los materiales del Protogeométrico, Sub-Protogeométrico y Geométrico hallados en yacimientos palestinos. Los organizaremos sobre la base de su fecha secuencial, el yacimiento y estrato en que aparecieron, y las propuestas cronológicas realizadas para los estratos en cuestión. De esta relación hemos dejado fuera algunos fragmentos de los que no hemos podido recoger toda la información necesaria, bien sea por inaccesibilidad a la bibliografía, no estar publicados o ser su estratigrafía demasiado confusa. Estos serían los casos de un fragmento de asa perteneciente a una cratera del Geométrico Medio II hallada en Beth-Shan (Coldstream-Mazar 2003: 29, nota 2), el fragmento de una copa, también del Geométrico Medio, proveniente de Tel-Miqne-Ekron (Waldbaum 1994: 58, fig. 6), un supuesto fragmento de skyphos PSC procedente de Ashkalon (Waldbaum 1994: 57, nota 8), algunos fragmentos áticos hallados en las excavaciones antiguas en Samaria (Reisner 1924: 281-283), o los de dos skyphoi del Geométrico Tardío, uno de Tel er-Ruqueish (Waldbaum 1994: 58, 63 y nota 14), y el segundo, posiblemente, del Subgeométrico, procedente de Tel Kabri (Waldbaum 1994: 59).

Está claro que estas importaciones halladas en contextos palestinos deberían ser puestas en relación con otras importaciones del mismo origen halladas en el resto del Mediterráneo Oriental (para una reciente lista de conjunto, véase Luke 2003:31-35). De hecho, es posible que todas ellas respondan a unos estímulos y canales de intercambio afines (véase, por ejemplo, Coldstream 1998; *idem* 2000). Sin embargo, la condición de Palestina como generadora independiente de fechas nos ha conducido a esta decisión discriminatoria.

Del mismo modo, hemos dejado aparte de esta discusión la problemática de la cerámica Micénica IIIC y su relación con las fases monocroma y bícroma de la cerámica filistea. Desde el punto de vista egeo, veremos que los efectos de la controversia entre las cronologías alta y baja tienen parte de sus mayores efectos sobre el momento de la transición entre el Submicénico

y el Protogeométrico. No obstante, si recordamos la controvertida relación de las cerámicas monocromas filisteas con las subfases del Micénico IIIC, el flujo de las influencias se invertiría. La razón sería el cambio de fecha del inicio del Micénico IIIC, que pasaría del 1230 a. de C., coincidiendo con el final del reinado de Ramsés II (Furumark 1972: 115), a inicios del siglo XII a. de C., coincidiendo con los episodios de Ramsés III y los Pueblos del Mar (Warren-Hankey 1989: 158-162). De este modo, con el planteamiento anterior, el inicio del Micénico IIIC 1b, con la que se relacionaría formal y decorativamente la cerámica filistea inicial, es decir, la variante monocroma (véase una síntesis de la problemática en Dothan-Zukerman 2004: 2-3) se fechaba sin problemas a inicios del siglo XII a. de C. No obstante, con la citada revisión cronológica y su aceptación por parte de la mayoría de especialistas, se ha establecido el inicio del Mic. IIIC: 1b hacia el año 1135/1130 a. de C. En este caso los efectos vendrían, por consiguiente, del lado egeo hacia el palestino, y apoyarían la 'cronología baja' y la fecha que esta postura defiende para el inicio de la cerámica filistea monocroma. No obstante, los autores que siguen la cronología tradicional han dejado de utilizar el término Mic. IIIC: 1b. En su lugar se habla de Mic. IIIC: 1 (por ejemplo, Dothan-Zukerman 2004: 2-4). La causa es la supuesta poca entidad de la fase Mic. IIIC: 1a, y la consecuencia es el mantenimiento de las cuatro fases de la cerámica filistea planteadas originalmente (Dothan 1982: 290-291; Dothan-Zukerman 2004: 43-46), es decir, una fase monocroma hasta el 1190 a. de C., y otras tres sucesivas (Filistea I a III), que llegarían hasta finales del siglo XI a. de C. en un continuo proceso degenerativo.

Otro momento que hemos obviado en la tabla es el periodo Arcaico. En él las cronologías no presentan ningún tipo de problemática especial, especialmente en lo que respecta a la interpretación histórica de las estratigrafías (por ejemplo, véase Waldbaum-Magness 1997). En ocasiones hemos observado, incluso, un excesivo celo por parte de algunos especialistas a la hora de correlacionar estratos y hechos históricos conocidos. Este sería el caso, por ejemplo, de Lehmann y su estudio de la estratigrafía de Tel Kabri, en el que cada cambio dentro del estrato E2, el último perteneciente a la Edad del Hierro, se ha puesto en relación con campañas concretas de reyes asirios primero y babilónicos después (Lehmann 2002: 219; Niemeier-Niemeier 2002: 242).

Como vemos en la Figura 5.5, las controversias cronológicas se concentran en yacimientos de los que hemos hablado en el apartado anterior (para una revisión reciente de la problemática, véase Botto 2005: 17-35). En especial debemos referirnos a Tel Hadar, Tel Rehov, Megiddo y Tel Dor, aunque por razones algo distintas a las que afectan a los citados yacimientos.

De todos ellos, Megiddo junto a Tel Abu Hawam son los que menos confianza inspiran. Así, en el caso concreto de Megiddo, los fragmentos del Geométrico Medio I hallados en él proceden de un contexto incierto (véase recientemente, Waldbaum 1996: 57-58; Fantalkin 2001: 119, 122; Coldstream 2003: 249-251, 256; Mazar 2004: 27-28). La estratificación del resto de yacimientos es tomada, sin embargo, como segura (salvo algunas dudas con respecto a los fragmentos del Sub-Protogeométrico II o IIIa hallados en el estrato V de Tel Rehov), y en algunos de ellos se ejemplificaría la problemática existente.

Periodo egeo	Yacimiento	Cronología alta	Cronología baja
PGM/PGT (Coldstream 2003: 252; Lemos 2002: 25, 228; Kopcke 2003: PGT)	Tel Hadar IV	Final del estrato a fines del s. XI a. C. (Kochavi 1998: 470-471, = Meguido VI) final del estrato en 980 a. C. (Fantalkin 2001: 118, apud Beck y Yadin)	Final en la segunda mitad s. X a. C. (= Meguido VIA, Finkelstein-Piasetzky 2003b: 774-775, C14: 2.780 a.p.)
PGT (Gilboa 2001: 169, 342; Gilboa-Sharon 2003: 22, fig. 11: 19)	Tel Dor, Hierro I/II	880 - 850 a. C. (Gilboa 2001: 342; Gilboa-Sharon 2001: 1347; Gilboa-Sharon 2003: 55, fig. 21, 67-72)	
PGT a SPG IIIa (Coldstream-Mazar 2003: 32, nr. 1)	Tel Rehov V	940 - 898 a. C. (C14; Coldstream-Mazar 2003: 41, tabla 2; Bruins-van der Plicht - Mazar 2003; Mazar 2004: 27)	915 - 900 a. C. (C14; Finkelstein-Piasetzky 2003a: 288-290)
SPG II o SPG IIIa (Coldstream-Mazar 2003: 34, nr. 5-6)			
SPG I o SPG IIIa (Coldstream-Mazar 2003: 33, nr. 4)	Tel Rehov IV	880 - 836 a. C. (C14; Coldstream-Mazar 2003: 41, tabla 2; Bruins-van der Plicht - Mazar 2003)	880 - 836 a. C. (C14; Finkelstein-Piasetzky 2003a: 288-290)
GMI (Coldstream-Mazar 2003: 35-36, nr. 78-8)			
GMI (Coldstream 1968: 303-304; Waldbaum 1994: 57; Fantalkin 2001: 119; Mazar 2004)	Meguido (¿VA/IVB o IVA?) (Coldstream 1968: 303-304; idem 2003: 251, 256)	VA/IVB: c. 970 - 926 a. C. (Aharoni-Shiloh 1992: 1023)	VA/IVB: c. 880 - 835 a. C. (Finkelstein-Piasetzky 2003a)
GM II (Crowfoot-Crowfoot-Kenyon 1957: 210-213, figs. 34 y 34a, pl. 18; Coldstream 1968: 303, GM I; Fantalkin 2001: 119, apud Saltz, GII o GMI)	Samaria 5, 7, Helenístico y romano (Crowfoot-Crowfoot-Kenyon 1957: 95-97)	c. 750 - 722 a. C. (Crowfoot-Crowfoot-Kenyon 1957: 203; Tappy 1992: 254)	
SPG II (Desborough 1980: 294-295, fig. 7: j) Coldstream 1968: 303, GM I; Fantalkin 2001: 119, apud Saltz, GII o GMI)	Tel Abu Hawam III (Coldstream 1968: 303-305; Waldbaum 1996: 55-57; Fantalkin 2001: 119)	fines s. X a mediados del s. VIII a. C. (Herrera-Balensi 1986; Herrera 1989)	
SPG IIIb (Kearsley 1989: 63, 101-102, tipo 6 = GT)			
SPG IIIb (Kearsley 1989: 63, 101-102, tipo 6 = GT)			
GM II/GT I (Herrera-Balensi 1986; Herrera 1989: 450-457)			
GM (Gómez-Balensi 19xx: 57, fig. 4a-b, 58-61)	Tel Abu Hawam sin contexto		
GT (Stern 1995: 86-89, fig. 5.10 y 5.10A; Waldbaum 1996: 58)	Tel Dor	El final del estrato se fecha en el año 733 a. C. (Stern 1995: 86; Waldbaum 1996: 58)	

Figura 7. Relación de los materiales de origen egeo fechables en los períodos Protogeométrico y Geométrico hallados en contextos palestinos. Las referencias bibliográficas sólo son las más significativas, dada la falta de espacio y su abundancia en algunos casos.

En especial, esta controversia se hace más patente en los casos de Tel Hadar IV, y Tel Rehov V, en los que las diferencias entre las propuestas tradicional y revisionista son evidentes, sobre todo en el primero de los yacimientos, que llega a ser de hasta cien años (véase más arriba). Esto se haría todavía más patente en el caso de los materiales de Tel Rehov IV, los cuales se amoldarían a los citados de Megiddo VA/IVB en lo secuencial, no así en lo cronológico. En este sentido, tomando al pie de la letra las posiciones tradicionales, la aparición de un skyphos del Geométrico Medio I en el citado estrato de Megiddo significaría fechar este periodo con cien años de adelanto. No obstante, la fecha de C14 obtenida en él obligaría a aceptar la fecha egea de la segunda mitad del siglo IX a. de C. Como vemos, la controversia está, de nuevo, servida.

Ante este panorama, el caso de Tel Dor sería diferente, dado que las fechas de C14 obtenidas para los niveles transicionales entre el Hierro I y II abarcan los años 880 a 850 a. de C., lo que significaría retrasar la transición entre el Proto-Geométrico Medio y el Tardío a los inicios del siglo IX a. de C. (Gilboa - Sharon 2001: 1347; *idem* 2003: 71; Gilboa - Sharon - Zorn 2004). Como vemos, la problemática generada por los datos palestinos se abre en otro campo. No obstante, en el caso de Tel Dor pensamos que el problema es de la entidad secuencial de los estratos identificados en ese yacimiento. De hecho, en nuestra opinión, el estrato en el que fue hallado el fragmento de taza del Proto-Geométrico Tardío, ha sido interpretado como más tardío desde el punto de vista secuencial de lo que en realidad es.

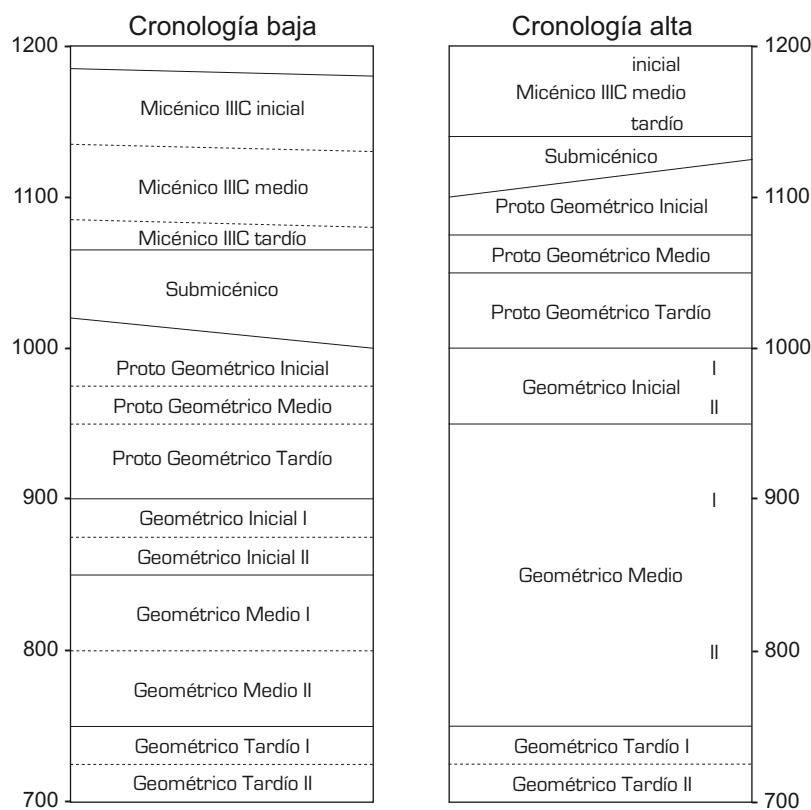


Figura 5.6. Comparativa entre las propuestas cronológicas alta y baja aplicadas a la secuencia egea (basado en Coldstream 2003, especialmente página 254, tabla 1).

Coldstream (2003), ha puesto de manifiesto las consecuencias que traería consigo adoptar la corriente tradicional para datar los estratos en cuestión y, por consiguiente, los materiales egeos que aparecieron en ellos (véase la Figura 5.6). Lo que más destaca es, por un lado, la exagerada duración del Geométrico Medio, que pasaría a durar cien años más y, por el otro, la compresión del resto de estadios contra el año 1200 a. de C., la fecha más o menos consensuada del inicio del Heládico Tardío IIIC. Este ‘agolpamiento’ de los periodos se haría más notorio, si cabe, en el caso del mismo Heládico Tardío IIIC, que pasaría a durar tan sólo algo más de cincuenta años. Esta reducción temporal afectaría, del mismo modo, al Submicénico. Mientras, el Protogeométrico permanecería más o menos igual.

Con todo, la reacción de Mazar (2004), ha sido replantear todo el problema a su favor. Con su *expanded conventional chronology*, ya mencionada antes, que alarga en cien años la duración del Hierro IIa, el problema quedaría solucionado, al menos para él y sus seguidores.

De manera sintética, su planteamiento aceptaría la fecha egea del Geométrico Medio I sobre la base de Rehov IV y sus dataciones de C14, mientras que las contradicciones que se generan con los fragmentos de cerámica Sub-Protogeométrica del estrato V de Rehov, se arreglarían adecuando la fecha del inicio de dicha fase a las obtenidos en el citado estrato V y en el VI. Además, esta propuesta se apoyaría, cómo no, sobre la propuesta de Kopcke (2002: 116-117), de eliminar el Proto-Geométrico Medio en su totalidad, con lo que el Proto-Geométrico Inicial, el Tardío y el Sub-Protogeométrico experimentarían variaciones en sus respectivas duraciones, aunque siempre dentro del siglo X a. de C. De este modo, aparte de los consiguientes cambios en las fases internas del periodo Proto-Geométrico, el cambio más relevante sería que el inicio del Sub-Protogeométrico se habría dado a finales del siglo X a. de C.

Finalmente, la fase que no presenta problemas cronológicos es la que correspondería al final del Geométrico Medio II y el Geométrico Tardío. En el primer caso, la aparición de fragmentos de una cratera de ese subperiodo en el periodo cerámico 5 de Samaria confirmaría el año 750 a. de C. como límite inferior. La referencia de la destrucción del yacimiento por Sargón II en el 720 a. de C. está ampliamente aceptada, y hemos visto antes que dicho periodo cerámico 5 podría haber sido sellado por esta destrucción. Mientras, en el caso del Geométrico Tardío, la aparición en Tel Dor de fragmentos de un Skyphos de ese periodo en un estrato cerrado por la destrucción de Tiglath-pileser III en el año 733 a. de C. confirmaría el inicio de ese periodo antes de esa fecha. Esta última referencia cronológica rebatiría la propuesta de Francis y Vickers de iniciar del Geométrico Tardío en el último cuarto del siglo VIII a. de C. sobre la base de los fragmentos de este periodo hallados en Hama (Francis-Vickers 1985; para una revisión de la problemática de la destrucción de Hama, véase Núñez 1999).

El caso de la confrontación entre las fechas de las tendencias tradicionales palestina y griega tiene una magnitud muy grande, tanto que afectaría a todos los ámbitos del Mediterráneo durante la Edad del Hierro. A continuación veremos brevemente lo que sucede con la secuencia chipriota y sus fechas.

Chipre

Uno de los problemas que presenta la secuencia chipriota, especialmente su articulación en estadios evolutivos y la duración de los mismos, ha sido su tendencia a ‘imitar’ la secuencia griega. Es por eso que los acontecimientos acaecidos en la isla a fines del siglo XIII e inicios del XII a. de C., con una serie importante de cambios en lo cultural (como la aparición de la cerámica Micénica IIIC: 1b y de otras categorías cerámicas chipriotas derivada de ésta, caso de la Proto White-Painted), que rompen con el panorama de la isla durante el llamado Chipriota Tardío II, no hayan significado un cambio de era (por ejemplo, Åström-Åström 1972: 775-781; Kling 1989; Iacovou 1999a; Sherrat 1999). Al contrario, mientras que en Palestina, con unos cambios similares, ya se habla de Edad del Hierro, en Chipre esta nueva fase ha sido denominada ‘Chipriota Tardío III’, fase homóloga al ‘Micénico Tardío IIIC’.

No podemos adentrarnos en exceso en la dinámica de cambio acontecido en aquel momento, dado que, de manera general, sus efectos son en buena parte marginales a nuestra exposición. Lógicamente, como dijimos anteriormente, atenderemos a aquellos casos en los que materiales fenicios y su secuencia se encuentren involucrados. En este sentido, es mayor el impacto que ejercen los estadios chipriotas posteriores.

La secuencia del periodo Geométrico chipriota, así como sus fechas, la estableció Gjerstad en la primera mitad del siglo XX a. de C. (Gjerstad 1948). En su propuesta secuencial, el primero de los periodos en los que este autor dividió la Edad del Hierro era el Chipro-Geométrico, dividido en tres subperiodos. Este autor dispuso, además, las correlaciones entre los periodos de ambas secuencias. De este modo, el ChG I coincidiría con el Proto-Geométrico Inicial y Medio egeo, el ChG II lo haría con el Proto-Geométrico Tardío y el Geométrico Inicial, y, finalmente, el ChG III con el Geométrico Medio y el Tardío (Figuras 5.7, columna izquierda, y 6.6).

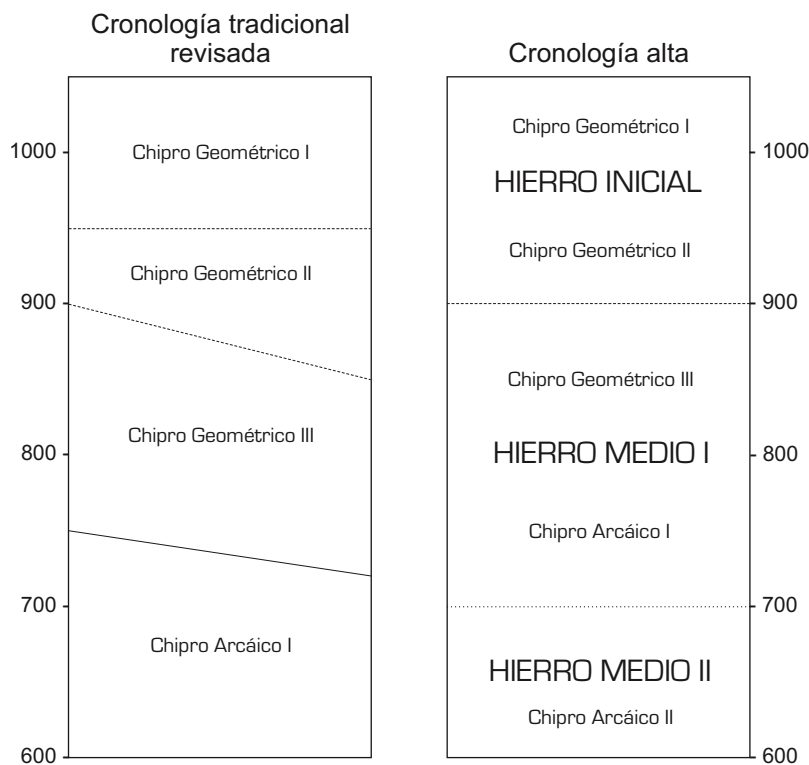


Figura 5.7. Comparativa entre la propuesta cronológica tradicional chipriota (basado en Gjerstad 1948 y 1974, Yon 1974 y Coldstream 1999) y la alta palestina aplicadas a la secuencia egea (basado en Birmingham 1963).

Finalmente, estableció las categorías cerámicas que debían ser consideradas como típicas para cada uno de los distintos periodos, así como las proporciones que debían existir entre ellas (Gjerstad 1948: 186-200; Figura 5.8).

	White Painted, Black Slip Painted	Bichrome, Black Slip Bichrome Polychrome	Black on Red	Bichrome Red	Black Slip	Red Slip	Black and Grey Polished	Plain White
ChG IA	% 75.6	% 5.2	%	%	% 7.2	%	%	% 12
ChG IB	76.7	2.6			15.5			5.2
ChG IIA	65.5	13.1			14.7			6.7
ChG IIB	51.1	13.4	0.9		25.9		0.9	7.8
ChG IIIA	36.1	16.7	13.2		17.6	3.1	4	9.3
ChG IIIB	28.6	23.6	23		11.2	4.3	1.2	8.1
ChA IA	22.9	31.3	26.4			7.5	2.5	9.4
ChA IB	27.1	29.2	18.7	5.6		9		10.4
ChA IIA	14.1	26.7	16.5	12.5	1.2	4.7	0.8	23.5
ChA IIB	5.1	25.3	11.3	16	2.1	11.9		28.3

Figura 5.8. Periodización de la Edad del Hierro chipriota, así como representatividad de las diferentes categorías cerámicas a lo largo de la misma (a partir de Gjerstad 1948)

Hay que tener muy en cuenta que la secuencia se estableció fundamentalmente sobre la base de conjuntos funerarios. Como sucede en el ámbito griego, en Chipre hay una carencia de estratigrafías datables en la Edad del Hierro que abarquen largos periodos de tiempo. Por consiguiente, los sincronismos entre historia y estratigrafía tampoco se pueden establecer en la isla, al menos para este periodo. Es por eso que las referencias arqueológicas que apoyaban las fechas propuestas para cada fase procedían fundamentalmente del continente, y entre ellos destacaban también los yacimientos palestinos (Gjerstad 1948: 421-427).

La confección de la estructura crono-secuencial de la Edad del Hierro chipriota y sus referencias responden, además, a un momento muy determinado de la investigación, previo al del surgimiento de los ‘estratos salomónicos’ y la posterior controversia. Por esto, con el avance de la investigación en Palestina, la secuencia chipriota de Gjerstad, la aparición de algunas de sus

categorías cerámicas, y sus fechas entraron muy pronto en contradicción con las adoptadas por la arqueología palestina de la época. Esta polémica se centró, sobre todo, en la aparición de la cerámica cubierta de engobe rojo (*Red-Slip ware*) y, especialmente, en la *Black-on-Red*.

Según el esquema del arqueólogo sueco, ambas categorías comenzaron a ser producidas en Chipre a inicios del ChG III, es decir, a mediados del siglo IX a. de C., mientras que los casos anteriores a esta fecha aparecidos en Chipre fueron considerados como importaciones (Gjerstad 1948: 68-69, 80, 191). No obstante, hemos visto antes que ya para los parámetros israelíes de la época, las citadas categorías cerámicas aparecieron en el siglo X a. de C. (Van Beek 1951; el estudio más reciente al respecto es Schreiber 2003). El ambiente de contradicción que se vivía en aquel momento queda muy bien reflejado a través de la correspondencia que mantuvieron al respecto Albright y Gjerstad (1953). En ella los dos especialistas comentan la aparición de cerámicas *Black-on-Red* en el estrato VA/IVB de Megiddo. Sin embargo, y a pesar de las características formales y decorativas de las piezas en cuestión, Gjerstad mantuvo que se trataba de originales palestinos anteriores a las producciones genuinamente chipriotas (véase también Gjerstad 1948: 269-270, nota 1). Las posiciones se mantenían, por consiguiente, invariables.

El intento de eliminar las desavenencias entre la secuencia chipriota y palestina cristalizó en la revisión realizada por Birmingham (1963). Si bien no se puede decir que la autora formase parte de la Arqueología Bíblica, podemos indicar que estamos ante la versión levantina de la secuencia chipriota y su cronología. En ella se tomaron datos procedentes de yacimientos continentales, leídos desde una perspectiva cercana a lo que ahora llamamos 'cronología israelita tradicional'. De este modo, la autora reconoce la existencia de tres fases en la Edad del Hierro chipriota (Birmingham 1963: 39-42): Hierro Inicial (1050-900 a. de C.), Medio (900-600 a. de C.) y Tardío (600-475 a. de C.). De ellos, los dos primeros coincidirían con los periodos geométrico y arcaico de Gjerstad, mientras que el último lo haría con la época persa. A su vez, el Hierro Inicial coincidiría básicamente con el Chipro-Geométrico I y II, siendo a fines de este periodo cuando aparecen los primeros testimonios del *Black-on-Red*. Por su parte, el Hierro Medio fue dividido en dos subperiodos, el primero de ellos correspondería al Chipro-Geométrico III y el Chipro-Arcaico I, mientras que el Hierro Medio II lo estaría con el Chipro-Arcaico V (véase Figura 9 columna derecha).

Pese a la escasa repercusión de la propuesta de Birmingham (Gilboa-Sharon 2003: 64), y a las fuertes, casi vehementes críticas que esta propuesta despertó en Gjerstad (1972: 119, nota 38), la necesidad de una revisión se convirtió pronto en evidente. Así, la asociación de materiales del Chipro-Arcaico I y levantinos en contextos fechados en el siglo IX a.C., había sido ya puesta de relieve por algunos arqueólogos chipriotas (por ejemplo Christodoulou 1972). No obstante, fue la aparición en los mismos estratos de materiales del Chipro-Arcaico I y del Geométrico Tardío en el yacimiento sirio de Al Mina, lo que movió a Gjerstad a realizar un cambio en su secuencia, concretamente en el momento de inicio del Chipro-Arcaico I, que pasó del año 700 al 725 a. de C. (Gjerstad 1974). Con todo, esta revisión no pareció suficiente. Karageorghis propuso, sobre la

base de los datos obtenidos en la ‘Tumba de Guerrero’, hallada en Kouklia y de la que hablaremos más adelante, una subida mayor en la fecha de inicio del mismo subperiodo, al menos, hasta el año 750 a. de C. (Karageorghis 1967: 16, nota 2; Karageorghis – Kabil 1967), fecha que también mantiene Yon (1974; Figura 5.7, columna izquierda).

Salvo los problemas que planteaba el inicio del Chipro-Arcaico I, el resto de la secuencia se ha mantenido sin variaciones a lo largo de los años. El único cambio ha sido propuesto por Coldstream, y consistiría en reducir la duración del Chipro-Geométrico II en cincuenta años, del 850 al 900 a. de C. (Coldstream 1999; véase la Figura 5.7, columna izquierda), una idea que parece ser aceptada por algunos especialistas (Gilboa-Sharon 2003: 66).

En definitiva, aparte del episodio protagonizado por la propuesta de Birmingham, es posible apreciar en la actualidad dos facetas en la actitud por parte de los especialistas israelitas hacia la secuencia chipriota y sus problemas. Por un lado, se aceptan las fases y fechas de los primeros momentos, en concreto del Chipriota Tardío IIIA y B y del Chipro-Geométrico I. Aparte de que los materiales chipriotas pertenecientes a esta época son escasos en Levante (sobre todo Gilboa 1989; *idem* 1999b; *idem* 2001; *idem* 2001a), sus fechas no son contradictorias con las mantenidas por los arqueólogos israelíes, cualquiera que sea su corriente. Sin embargo, el panorama cambia a partir del Chipro-Geométrico II y, sobre todo durante el Chipro-Geométrico III y el Chipro-Arcaico I. En este momento, y al igual que en el caso de la secuencia egea, la posición israelí es la que prevalece y los materiales chipriotas han de recibir las consecuencias. Un ejemplo claro de esta postura es el reciente estudio de Schreiber sobre las cerámicas *Black-on-Red* (Schreiber 2003). En él, se toma Palestina como referencia, prácticamente la única, para caracterizar, articular secuencialmente y fechar desde posturas propias de la corriente tradicional, esta categoría cerámica. Tanto es así, que da la impresión de que éste es, en realidad, un fenómeno israelita y no chipriota.

Ya hemos hecho mención de las contradicciones sobre el momento de aparición de la *Black-on-Red*, que para los arqueólogos tradicionales se daría en los estratos salomónicos del siglo X a. de C. Es importante indicar, por el contrario, que la fecha chipriota para su aparición a mediados del siglo IX a. de C., concuerda en buena medida con los resultados de la corriente revisionista, dado que los estratos salomónicos son ubicados en este siglo. Lo que ya no es tan fácil de explicar es la aparición de materiales propios del Chipro-Arcaico I en contextos fechados en el siglo X y/o IX a. de C. Este es el caso, por poner algún ejemplo (en este sentido, véase Núñez 2001: 294-297), de una tumba hallada en Tell Mevorakh, fechada por su excavador en el siglo X a. de C. sobre la base de sus correlaciones con el estrato VII de dicho yacimiento y sus paralelos con el estrato VA/IVB de Megiddo (Stern 1978: 62-63, pl. 31). Ya hemos visto repetidas veces que este estrato puede ser fechado bien en el siglo X o en el IX a. de C., según las posturas, pero lo que ya no sería normal, sea cual sea la tendencia cronológica que adoptemos, es la aparición en este estrato y en la tumba de materiales del Chipro-Arcaico I, fechados por los arqueólogos chipriotas a partir de mediados del siglo VIII a. de C. (compárese Loud-Shipton 1939: pl. 8: 176 y Stern

1978: 55, pl. 31: 1, con Gjerstad 1948: fig. XXXIX: 2; Figura 11).

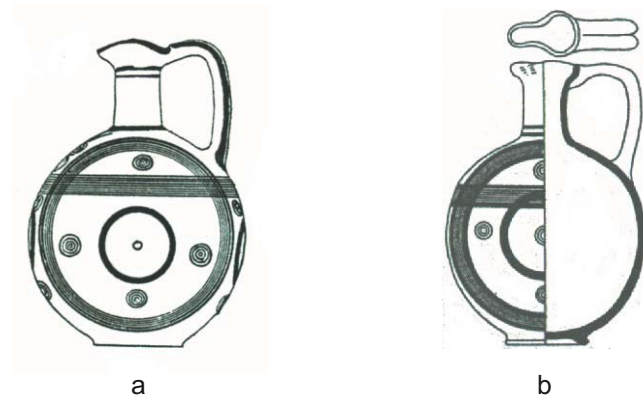


Figura 5.9. Jarras trilobuladas de la categoría cerámica chipriota Balck-on-Red II (IV): a) procedente de Chipre (Gjerstad 1948: fig. XXXIX: 2), b) Meguido VA/IVB (Lamon-Shipton 1939: pl. 8: 176).

En el capítulo dedicado a la periodización de la necrópolis de al - Bass volveremos sobre los problemas que suscitados alrededor de la secuencia chipriota, especialmente en sus incidencias sobre la secuencia fenicia y sus fechas. Ahora bien, sí que podemos indicar en este momento que la secuencia chipriota necesita una profunda revisión, tanto en lo referente a su periodización, las características de cada fase, así como sus fechas (Coldstream-Mazar 2003: 30, nota 4; Núñez 2004: 358). Por otra parte, no sabemos hasta qué punto las fechas propuestas por Gilboa y Sharon ayudarán a alcanzar una solución (Figura 5.4; Gilboa-Sharon 2003: 55, tabla 21, 64-67). De todas las fechas C14 obtenidas en Dor por estos autores, destaca especialmente su propuesta de rebajar la fecha de inicio del Chipro-Geométrico I del año 1050 al año 975 a.C., lo que provocaría una reducción en la fecha de inicio del Chipriota Tardío IIIB, que pasaría a ser el año 1000 a. de C. o, incluso, más tarde, siempre en opinión de estos autores (Gilboa-Sharon 2003: 65). Tampoco queremos hacer juicios de valor sobre este cambio de fecha en este momento, sin embargo, no sabemos en qué medida esta nueva propuesta es compatible con la propuesta cronológica desarrollada por Warren y Hankey, sus correlaciones entre las fases del Heládico Tardío IIIC y el Chipriota Tardío III, así como sus fechas absolutas, las cuales parece que se han visto corroboradas en gran medida a través de otros análisis de C14 (Warren-Hankey 1986: 115-118, 158-169; Manning-Weninger 1992).

Fenicia

En las líneas anteriores hemos planteado de manera sintética las problemáticas más importantes que existen en las secuencias que más influyen en la estructura crono-secuencial fenicia. Ahora sería el momento de ver cuál ha sido la evolución experimentada por esta última para llegar a su situación actual.

Si bien la sistematización de la cerámica palestina que realizó Amiran (1969) se erigió como un importante referente para los materiales fenicios, al igual que algunos trabajos como los de Du Plat Taylor en Al Mina (1959), el primer planteamiento efectivo de una secuencia

fenicia fue realizado por Chapman en su estudio sobre algunos materiales depositados en el museo de la Universidad Americana de Beirut y en el Museo Nacional de la misma ciudad (1972). Esta autora tomó como referencia, en primer lugar, la propuesta crono-secuencial realizada por Baramki (1961: 71) y, en segundo lugar, la revisión que Birmingham realizó de la secuencia chipriota (1963: 39), la cual coincidía con los de aquél tanto en los períodos como su duración. Sobre esta base, Chapman distinguió un periodo Inicial y Medio para la Edad del Hierro (1972: 180-181), el primero de los cuales coincidía con el Chipro-Geométrico I y II (1050-900 a. de C.), mientras que el segundo lo hacía, a su vez, con el Chipro-Geométrico III y el Chipro –Arcaico I (900-600 a. de C.).

Una ventaja que presentaba el planteamiento de Chapman fue definir cada uno de los períodos mediante determinadas formas cerámicas y estilos decorativos. De este modo, el Hierro Inicial se caracterizaría por las jarras con pico vertedor, jarras de cuello anillado de base tanto inestable como estable, y cantimploras bícromas. Por su parte, el Hierro Medio tendría como representativas a las jarras de cuello anillado y labios cortados en vertical, las jarras, también de cuello anillado, pero de bordes abiertos, jarras de pico vertedor de bordes también abiertos, jarras de cuello anillado decoradas, jarras de cuello anillado lisas y decoradas en la mitad superior del cuello, cerámica de engobe rojo, cerámica negra bruñida y todo tipo de jarras de asa del hombro al borde (Chapman 1972: 181).

El único problema que vemos en el planteamiento de esta autora es la contradicción en la que entra al tomar referencias cronológicas. Chapman acepta tanto la cronología baja propuesta por Kenyon (1964), como las propuestas cronológicas de Birmingham (1968: 39-42) para los materiales chipriotas, cuya base son los postulados de Yadin. La contradicción consiste, por consiguiente, en combinar la cronología baja con la alta. Un ejemplo claro es el modo en que Birmingham fecha el inicio de la cerámica *Black-on-Red*, es decir, en el siglo X a. de C. Independientemente de los argumentos de Gjerstad sobre esta categoría cerámica (1948), hemos visto que para muchos autores (por ejemplo Schreiber 2003: 111), el estrato X de Hazor es considerado como el momento en el que este tipo de cerámica apareció, un estrato que para Yadin se fecha en el siglo X a. de C., fecha que Birmingham comparte (1968: 32), mientras que Kenyon lo sitúa en la primera mitad del siglo IX a. de C. Por consiguiente, la conformidad de Chapman con las propuestas de Kenyon y de Birmingham lleva implícito aceptar dos fechas distintas para un mismo estrato. Desdichadamente, éste no es un caso único.

El segundo hito en el estudio de la secuencia fenicia lo representa el trabajo de Culican presentado en Maguncia en el año 1979 y que fue publicado en 1982. En un artículo difícil de usar por algunos de sus argumentos, paralelos y referencias cronológicas, este autor establecía dos fases principales para la cerámica fenicia (Culican 1982: 68). Por un lado, distinguió un Hierro I que abarcaría del 1200 al 850 a. de C., que estaría articulado, a su vez, mediante dos fases que se

solaparían entre sí. La primera de ellas se caracterizaría por las jarras bícromas, mientras que la segunda fase lo estaría por los engobes rojos gruesos, así como la cerámica *Black-on-Red* chipriota, dado que la local habría existido durante todo este periodo I. Por su parte, el Hierro II tendría una duración entre los años 850 y 650 a. de C., y estaría caracterizado por engobes rojos más delgados, las jarras de boca trilobulada de cuello cónico y las de boca de seta, tanto de cuerpo piriforme y cubiertas por engobe rojo, como de cuerpo globular y cuello decorado. Posiblemente, el problema que presentó esta propuesta a la hora de ser tenida en cuenta fue su tardía publicación, posterior a la aparición del que ha sido el pilar del estudio moderno de la secuencia cerámica fenicia, la publicación de la excavación de P. M. Bikai en Tiro.

En efecto, el panorama cambió de manera determinante a fines de los años setenta con la publicación de los citados trabajos realizados por P. M. Bikai junto a la antigua Catedral de los Cruzados de Tiro (1978a y b). Si bien la intervención consistió en un sondeo de dimensiones limitadas, esta autora obtuvo una secuencia estratigráfica que comprendía, junto a niveles del Bronce Inicial, una serie ininterrumpida desde el Bronce Tardío (estratos XVIII a XV), hasta el siglo VII a. de C. De estos estratos, los que comprendían la Edad del Hierro (estratos XIII a I), así como la transición desde el Bronce Tardío (estrato XIV), fueron divididos, a su vez, en siete fases (Bikai 1978b: 64-68).

El gran logro de esta humilde excavación consistió no sólo en la constatación de la evolución de la cerámica fenicia a lo largo de una secuencia estratigráfica, sino que, además, hizo posible registrar asociaciones con materiales foráneos en cada una de las fases evolutivas reconocibles (Figura 5.10). De hecho, en pocos yacimientos levantinos ha sido posible observar una combinación así de materiales locales e importados.

Esta presencia de importaciones condujo a la autora, como es lógico, a usarlas como referencia a la hora de fechar la secuencia estratigráfica (Bikai 1978b: 64) y, lo más importante bajo nuestro punto de vista, las fases evolutivas en que fue dividida (*ibid*: 64-68). De esta manera fue posible contar ya con una secuencia de los materiales fenicios obtenida en un centro fenicio y referenciada mediante importaciones. No obstante, esta obra ha sido el objetivo de fuertes críticas, sobre todo desde la Arqueología Bíblica (por ejemplo, Gal 1992: 73-74; Gilboa 2001: 267-297; *idem* 2003: 43-49; Schreiber 2003: 205-208), una postura que ha sido compartida también por parte de algunos autores centrados en otras áreas culturales (véase Nitsche 1986/87).

Algunos años más tarde, Anderson publicó los resultados de su excavación del área II, Y de Sarepta (Anderson 1988). Esta obra representa el complemento perfecto a la obra de Bikai. Por un lado se muestra una secuencia estratigráfica nueva cuyos datos podían ser contrastados con los ya existentes. Mientras que, por el otro, el autor supo caracterizar de una manera pormenorizada las cerámicas registradas en los cuatro estratos de la Edad del Hierro reconocidos, teniendo en cuenta sus aspectos formales, decorativos y secuenciales.

Horizontes cerámicos	Estratos de Tiro	Importaciones chipriotas	Importaciones egeas
Bronce Tardío	XIV	Base-Ring ware; Monochrome ware; White-Slip II (pl. XLI: 10-18); Red on Black; White-Painted ware; Bucchero ware; ¿White-Painted Wheelmade III? (pl. XLI: 4; Iacovou 1999: 149, ChT IIIA)	Mic. IIIC Tardío o Submicénico (pl. XXXIX: 20); ¿bell-skyphos, Mic. IIIC? (pl. XXXIX: 14); Filisteo bícromo (pl. XLI: 19)
Horizonte de Kouklia	XIII-2	White-Slip ware; White-Painted ware (pl. XXXVII: 7, ¿Proto White-Painted o W-P I?); Bucchero ware	
	XIII-1	Base-Ring II; Monochrome ware; White-Slip II; White-Painted ware (pl. XXXIV: 2-4, 9, 12); Bucchero ware	Micénica; ¿Protogeométrico ático? (pl. XXXIV: 7)
	XII	Monochrome ware; White-Slip II ware; Bichrome ware (pl. XXXII: 7, Bichr. II); White Painted ware (pl. XXXII: 10); Bucchero ware	
	XI	White Slip II ware; Bichrome ware; White Painted ware (pl. XXX: 2); Bucchero ware	Protogeométrico Medio y Tardío (pl. XXX: 1, 3; Coldstream-Bikai 1988: 39, 40); Skyphos PSC (¿Coldstream-Bikai 1988: 39, nº 3?)
	X-2	White Painted ware II-III (pl. XXVIII: 1-9; pl. XXVI: 11, 12; pl. XXVI: 8); Bichrome ware; Bucchero ware (pl. XXVIII: 10, 11)	
	X-1	Black-on-Red ware; Bichrome ware; White-Painted ware (pl. XXIII: 9, 19, 20; Adelman 1976: II?; pl. XXIV: 3, II?); Bucchero ware	Skyphos PSC (pl. XXIV: 6, SubPG I-II); Plato PSC (pl. XXIV: 5, SubPG I-II)
Horizonte de Salamis	IX	Black-on-Red ware; Bichrome ware (pl. XXI: 6, C-G III); White Painted ware (pl. XXII: 15, 16, C-G III; pl. XXIIA: 17, [C-G I]); Bucchero ware (pl. XXIIA: 12, 13, C-G II)	PG (pl. XXI: 7; pl. XXIIA: 1, LPG; pl. XXIIA: 14, PG o LPG); Skyphos PSC (pl. XXIIA: 4, Kearsley 3? o 2c?); Platos PSC (pl. XXIIA: 5, 6, SubPG III inicial); Skyphos GM (pl. XXIIA: 2, GM I)
	VIII	Black-on-Red ware (pl. XXIIA: 9, 10, I o II); Bichrome ware (pl. XXIIA: 11, [III o IV]); White-Painted ware (pl. XX: 3); Bucchero ware	PG (pl. XXIIA: 7; LPG = pl. XXX: 3, str. XI); Skyphoi y platos PSC; Skyphos GM (pl. XXIIA: 3, GM I o GI I/GM I)
	VII	Black-on-Red ware; White Painted ware; Bucchero ware	
	VI	Black-on-Red ware (pl. XVIII A: 17, C-G III); Bichrome ware (pl. XVIII A: 16, 18, C-G III); White Painted ware (pl. XVIII A: 21, 22, C-G III); Bucchero ware	Skyphos y platos PSC
	V	Black-on-Red ware; Bichrome ware; White Painted ware (pl. XVIII A: 20, C-G III?)	Skyphos PSC
	IV	Black-on-Red ware; Bichrome ware; White Painted ware; Bucchero ware (pl. XIV: 17, C-G III o C-A I)	
Horizonte de Kition	III	Black-on-Red ware; Bichrome ware (pl. XIA: 22, 23); White Painted ware; Bucchero ware	Plato PSC; GM (pl. XIA: 27, MG II)
	II	Black-on-Red ware (pl. XIA: 21); Bichrome ware (pl. X: 27); White Painted ware	Skyphos PSC; Platos PSC (pl. XIA: 20, SPG III tardío); PCI (pl. XIA: 24)
Horizonte de Amathus	I		Skyphos PSC

Figura 5.10. Relación de los estratos de Tiro, su distribución entre los horizontes de Bikai, y enumeración de las importaciones halladas en ellos (a partir de Bikai 1978: 53-56; idem 1987).

De manera sintética, Anderson (1988: 425), dividió la secuencia cerámica fenicia en dos, una caracterizada por la decoración bícroma que coincide con el Hierro I palestino y correspondería al nivel E, mientras que la una segunda, lo haría con los niveles D a B y coincidiría con el Hierro II, en la que el recubrimiento de las superficies con engobe rojo es lo normal. Además, como los autores anteriores, la referencia cronológica la representaron los materiales de importación

Horizontes cerámicos	Estratos de Tiro	Importaciones chipriotas	Importaciones egeas
Bronce Tardío	G1	Monochrome ware; White-Painted (pl. 29: 1, White Painted Handmade Pendant Line Style; pl. 29: 2, White-Painted Wheel made II-III); Otros.	Micénica (pl. 28: 21, 22, Mic. IIIB; pl. 28: 20, 23, Mic. IIIB Lebanto-Micénica; pl. 28: 19, Mic. IIIC1).
	F	Monochrome ware; Base-Ring; Otros.	Micénica (pl. 30: 11, Mic. IIIB Lebanto-Micénica; pl. 30: 10, Mic. IIIC1).
Horizonte de Kouklia	E	White-Slip II tardío (pl. 32: 1); White-Painted I (pl. 32: 2); Otros (tanto del Chipriota Tardío como del Chipro-Geométrico).	
Horizonte de Salamis	D2	White-Painted I (pl. 32: 9); Bichrome III (pl. 32: 20); Otros.	
	D1	White-Painted II (pl. 34: 6, 17); Bichrome II (pl. 34: 13); Black-on-Red I (III) (pl. 34: 14-15).	
Horizonte de Kition	C2	White-Painted IV (pl. 36: 12); Bichrome; Black-on-Red II (IV) (pl. 36: 11).	
	C1	[Base-Ring]; Black-on-Red II (IV) (pl. 38: 11).	
Horizonte de Amathus	B		

Figura 5.11. Secuencia estratigráfica de los niveles finales del Bronce Tardío y del Hierro hallados en Sarepta (Area II, Y) articulada a través de los horizontes de Bikai (1987, sin embargo, la asignación de los estratos a cada horizonte está basada en Gilboa 2001: 299-341; Gilboa-Sharon 2003: 49-55 y nuestra propia investigación). Se añaden las importaciones de origen egeo y chipriota.

aparecidos en asociación con los locales (Figura 5.11). No obstante, nos encontraríamos con dos problemas. Por un lado, tendríamos la escasa representatividad de los niveles más antiguos de la secuencia fenicia, aunque el resto de momentos secuenciales, tanto anteriores (la transición entre el Bronce Tardío y el Hierro Inicial, el nivel F, aunque, posiblemente también el G) como posteriores están aceptablemente representados. Mientras, por el otro, la naturaleza de los materiales y el modo en el que están publicados hace complicada la comprensión de la real naturaleza de cada uno de estos niveles.

Aunque la obra de Anderson representa un hito importantísimo, bajo nuestro punto de vista el trabajo que cambió de manera absoluta el panorama de la cerámica fenicia y su secuencia fue la publicación por parte de Bikai de buena parte de los materiales fenicios hallados en Chipre (Bikai 1987). Si bien este libro no ha recibido toda la atención que se merece, creemos que es la base de todo estudio moderno que se vaya a hacer sobre la cerámica fenicia. La razón es muy simple, en él la autora sistematizó la evolución secuencial de dichos materiales y, para ello, se basó fundamentalmente en los datos procedentes de las secuencias obtenidas en Fenicia. En esta

labor, otras secuencias como la chipriota, ya consolidadas, pasaron de ser la base sobre la que se asentaban las aproximaciones secuenciales, a convertirse en simples referencias de peso similar a las informaciones obtenidas en otros ámbitos culturales. La articulación del material ya se podía hacer desde dentro (ver Figura 5.10 y 11), reconociéndose cuatro horizontes principales (Bikai 1987: 48-63). De ellos, podríamos decir que el primero, llamado de Kouklia, y el tercero, de Kition, representan los dos momentos 'plenos' de la secuencia fenicia. El primero representaría al Hierro I, caracterizado por las jarras de cuello anillado con decoración bícroma en la panza, las jarras provistas de un pico vertedor, las cantimploras y determinados tipos de ánfora de almacenamiento. Por su parte, el Horizonte de Kition representaría el Hierro II clásico, caracterizado principalmente por las jarras de boca de seta, tanto bícromas como recubiertas de engobe rojo, y las de cuello anillado de borde vertical, las jarras de boca trilobulada de cuerpo globular y cuello cónico, los cuencos planos y los hemisféricos, normalmente recubiertos de engobe rojo también. En lo que respecta al segundo horizonte, el de Salamis, y el último, el de Amathus, representan dos momentos transicionales. El primero de ellos marca la sustitución de la decoración bícroma por los recubrimientos a base de engobe rojo, mientras que el segundo representa el camino hacia la austeridad tanto formal como decorativa existente en la época persa.

Consideramos que, a diferencia de otros autores, darle la misma importancia secuencial a los momentos transicionales que a los, digamos, plenos, es un acierto. La razón es que de este modo se refleja mejor la realidad del repertorio cerámico, aunque no sólo fenicio, sino también del resto. Esta importancia se verá puesta de relieve, sobre todo, en el momento que tratemos más adelante con las conclusiones crono-secuenciales del presente trabajo.

Es posible que las coincidencias de los cuatro horizontes reconocidos con los de la secuencia chipriota, así como su duración y el uso de nombres de yacimientos chipriotas para designarlos haya provocado problemas a más de uno (en este sentido, ver los comentarios en Bikai 1987: 48, nota 1). Sin embargo, independientemente del nombre que tengan, nos encontramos con unas fases secuenciales que son reales y contrastables, no sólo en ambientes funerarios sino, además, en estratigrafías obtenidas en yacimientos urbanos fenicios. Más adelante, no obstante, veremos algunos de los problemas que surgen al contrastar esta secuencia fenicia con los datos obtenidos en algunos yacimientos palestinos y chipriotas, un aspecto ya referido antes y sobre el que volveremos con mayor detalle más adelante (en este sentido, véase Núñez 2001). Hay, sin embargo, otro aspecto interesante de esta obra y que se relaciona con esto último. Se trata de la omisión de referencias a yacimientos palestinos clave en las discusiones crono-secuenciales existentes en el seno de la Arqueología Bíblica. Sería el caso, fundamentalmente, de Megiddo y Hazor (Bikai 1987: 68, tabla 2), de los que hablaremos también más adelante.

De una manera efectiva, los trabajos realizados en algunos yacimientos en principio fenicios pero situados en Palestina, a los que ya hemos hecho referencia, constituyen un caso aparte. Por lo general, estos estudios, adscritos a la Arqueología Bíblica, están orientados hacia ésta, y usan, lógicamente, sus propios postulados crono-secuenciales. Un caso aparte es el representado por los

trabajos de A. Gilboa y sus colaboradores en Tel Dor (especialmente Gilboa 1989; *idem* 1998; *idem* 1999; *idem* 1999a; *idem* 2001; *idem* 2001a; Gilboa-Sharon 2001; *idem* 2003; Gilboa-Sharon-Zorn 2004). En ellos, estos autores se han centrado particularmente en los primeros momentos de la Edad del Hierro, logrando una secuencia estratigráfica muy detallada. Además, ha sido posible, reconocer una fase monocroma, coincidente con el Hierro IA palestino. Esta fase, visible también en otras ciudades como, por ejemplo, Tel Keisan en sus estratos 13 a 9c (Humbert-Briend 1980; Burdajewicz 1994 *apud* Gilboa 2001: 217-265, y Gilboa-Sharon 2003: 35-43), sería anterior a la bícroma o Hierro IB, que caracteriza el Horizonte de Kouklia de Bikai, es decir, el primer Hierro fenicio no palestino. Sobre el momento del comienzo de la Edad del Hierro en Fenicia hablaremos en el próximo apartado.

Además, otro de los logros de Gilboa ha sido su capacidad de buscar una conexión efectiva entre los datos existentes en Palestina y los centros fenicios metropolitanos, siempre tomando como referencia Tel Dor y desde una postura que va más allá de los postulados de la ‘cronología baja’, la llamada ‘cronología ultra baja’, a la que hemos hecho referencia ya anteriormente. Estas observaciones han tenido sus lógicas consecuencias en las secuencias estratigráficas fenicias metropolitanas como Sarepta y especialmente Tiro (Figura 5.12; Gilboa 2001: 179-342; Gilboa-Sharon 2003).

Pese a todo, pensamos que una de las pocas objeciones al planteamiento de Gilboa es su uso de Dor como referencia, aún excelentemente trabajada y sintetizada como está. No hemos de olvidar que la antigua ciudad cananea de Dor, si se puede considerar como un centro fenicio, no lo era durante los primeros momentos de la Edad del Hierro (véase especialmente Stern 1990; *idem* 1995; *idem* 2000; sin embargo, véase Gilboa - Sharon 2005). La presencia, al parecer efectiva, de los Tjekker en ella, atestiguada en el Relato de Wenamón (Galán 1998), y su proximidad a los centros filisteos ubicados más al sur, como, por ejemplo, Tel Qasile (Mazar 1980; *idem* 1985) son aspectos que deben ser tenidos en cuenta. Además, si después fue una ciudad plenamente fenicia, su carácter debió ser periférico con respecto al corazón del territorio fenicio, es decir, el área comprendida por las ciudades de Biblos, Beirut, Sidón y Tiro. Por consiguiente, creemos que sus conclusiones deberían ser tomadas más como referentes que como concluyentes. Sus postulados serán tratados con mayor detenimiento en diferentes apartados de la presente tesis, y en especial en el capítulo dedicado a las conclusiones crono-secuenciales.

Por otro lado, y siempre dentro del ámbito de la Arqueología Bíblica, la revisión de la estratigrafía de Tiro propuesta por Schreiber (2003: 206-208) serviría como referencia para toda corrección cronológica orientada hacia el lado de la cronología tradicional israelí. En este mismo lado se alinearían las propuestas de Gal (1992) y Lehmann (1996; *idem* 1998). Por el contrario, estos intentos parciales de corregir la secuencia fenicia no es patrimonio exclusivo de la arqueología israelí. Un ejemplo lo componen las correcciones de Nitsche (1986/87), hechas desde la cronología ‘mediterránea’, o, más bien, egea (Figura 5.12).

En el caso de Schreiber, la base ha sido la fecha de aparición de la cerámica *Black-on-Red*

según la corriente tradicional israelí, es decir, el siglo X a. de C. En Tiro, la primera aparición de esta categoría cerámica chipriota se da en el estrato X-1, por lo que siguiendo los postulados indicados, este estrato debería ser fechado unos setenta años antes de lo propuesto originalmente por Bikai. La consecuencia lógica sería comprimir la duración de los estratos anteriores y expandir hacia atrás los estratos posteriores. En definitiva, vemos que los estratos afectados por la revisión de Schreiber son los mismos que experimentaban los efectos cronológicos derivados de la problemática existente entre los diversos paradigmas cronológico-secuenciales existentes en Palestina. Sería el caso, en concreto, de los estratos datables en los siglos X y IX a. de C. Además, la presencia en Tiro X-1 de cerámica *Black-on-Red* y Sub-Protogeométrica I-II, y en el estrato IX de Geométrica Media, nos hace recordar el caso de los estratos V y IV de Tel Rehov, ya mencionado antes, y que presentan unas importaciones similares a las de los estratos de Tiro citados, y que se fechaban a fines del siglo X y el IX a. de C. (véase Figura 5.12).

Curiosa sería, no obstante, otra corrección estratigráfica realizada desde los postulados tradicionales israelíes. Se trata de las propuestas de Gal (1992: 73-74; 1992a). En este caso (véase nuestra Figura 5.12), la aparición de cerámica *Black-on-Red* en el estrato X no ha sido objeto de corrección. Por el contrario, los estratos tírios afectados son los correspondientes al siglo VIII y VII a. de C. Sin embargo, consideramos que fechar los estratos IV a I en el siglo VII a. de C., ampliando la duración de los estratos VII a V a todo el siglo VIII a. de C. es un error. Las razones esgrimidas por Gal parecen ser, más bien, una vehemente reacción en contra de algunas observaciones realizadas por Bikai sobre los estratos VI y V de Hazor que otra cosa (Bikai 1978: 48). La discusión de los postulados de este autor será realizada también con más detalle más adelante, cuando ya contemos con todos los datos obtenidos en al - Bass. No obstante, podemos decir ahora que muchas de las observaciones que Gal realiza sobre el material de Tiro no son correctas, como, por ejemplo, decir que las jarras de boca de seta sólo aparecen en su estrato III (Gal 1992: 74; en contra véase Bikai 1978a: pl. VI: 4, 5 del estrato II o pl. I: 3 del estrato I; véase también la figura 6A de la página 34, jarras de los tipos 3, 4 y 5). Tampoco creemos verosímil fechar hoy en día el final de Megiddo IVA y Tel Abu Hawam III a fines del siglo IX a. de C., algo que este autor hace en sus razonamientos.

Existe un nuevo intento de sistematización de la secuencia fenicia desde planteamientos ajenos a ésta. Se trata del trabajo realizado por Lehman (1996; *idem* 1998). Ya referimos a la obra sintetizadora de este autor en un capítulo anterior, al mencionarla como ejemplo de planteamiento tipológico. En verdad, se trata de un trabajo de dimensiones enciclopédicas en el que el autor ha intentado organizar los materiales de los periodos más tardíos de la Edad del Hierro, aunque a escala global levantina. El planteamiento es doble, por un lado analizar una serie de yacimientos (ciento cuarenta y ocho, aunque son dieciocho los tomados como referencia), sus estratigrafías y sus materiales, por el otro realizar una tipología cerámica aplicable a todo el Levante.

Esta labor ha dado lugar a una serie de *Assemblages*, ocho en total, que marcarían la evolución desde la mitad del siglo VIII hasta fines del siglo IV a. de C., es decir, el paso desde el Hierro

IIB, el que podríamos calificar de 'clásico', hasta el final del periodo persa. A lo largo de estos 'conjuntos' sucesivos el autor ha podido observar un proceso efectivo hacia la homogeneización de los repertorios cerámicos de todo Levante, el cual ha sido interpretado como consecuencia del control ejercido por los imperios asirio, babilonio y, especialmente el persa, así como por las políticas de desplazamiento de población emprendidas por estas potencias.

No obstante, creemos en la existencia de diversos problemas relacionados con los planteamientos de Lehmann (Núñez 1999: 130-135). El primero de ellos sería tratar todo el territorio levantino por igual. Las diferencias existentes entre las áreas costera e interior han sido puestas ya en relieve por ciertos autores (Lebeau 1983: 126), a pesar, incluso, de la citada tendencia hacia la homogeneización de las secuencias. Por otro lado, este problema se complica de una manera especial desde el momento en el que se toma Palestina como referencia crono-secuencial. Tenemos serias dudas de la validez de este proceder, especialmente si estamos hablando de amplios espacios geográficos y, además, culturales. Por otro lado, hemos observado ciertas contradicciones a la hora de tratar los materiales chipriotas y griegos, o las fechas dadas a ciertos yacimientos complejos, como sería el caso de Megiddo o, especialmente, Al Mina. Finalmente, pensamos que el proceso evolutivo que describe Lehmann ya era patente con anterioridad a su obra, así, lo que este autor ha realizado con su monumental obra ha sido sistematizarlo desde la perspectiva de los postulados de la Arqueología Bíblica convencional.

Un caso distinto, aunque en el fondo similar, la conforma la corrección de la estratigrafía tíria planteada por Nitsche (1986/87). En su revisión de los materiales griegos aparecidos en la estratigrafía de Tiro, este autor ha propuesto una revisión de la cronología de cada uno de los sus niveles, incluso proponiendo la existencia de un hiato en la ocupación entre los estratos XI y X. No obstante, Nitsche no hace ni una sola referencia a la secuencia material fenicia, ni implícita ni explícitamente. Lo curioso de este proceder es, bajo nuestro punto de vista, realizar un planteamiento de la estratigrafía de un lugar sobre la base de sus importaciones egeas, que llegaron allí, siempre según este autor, gracias a las actividades eubeas, no por las de los propios fenicios. Esta crítica no es contradictoria con el uso, ya indicado antes, de las asociaciones entre materiales fenicios con otros de origen chipriota o griego a la hora de estructurar la secuencia fenicia. En absoluto. En realidad, pensamos que una cosa es usar ciertos materiales para organizar los materiales propios y otra muy distinta hacer girar el conjunto local alrededor de un grupo determinado de importaciones, en este caso el de los materiales egeos.

La conclusión que se desprende, sobre todo de estos últimos apuntes, es la tendencia existente por corregir la secuencia fenicia desde planteamientos no fenicios o, al menos, no completamente fenicios. Pensamos que si la secuencia fenicia estuviese bien definida y firmemente estructurada estos casos de correcciones desde posturas propias ajenas a lo fenicio no hubiesen sucedido, o por lo menos la actitud habría sido otra.

En este sentido, cabría hacer una referencia aquí al papel que juega la evidencia recogida en ambientes coloniales fenicios o directamente relacionados con éstos (para una visión de

conjunto, véase Niemeyer 1984; Aubet 2001; Botto 2005; Mederos 2005). Si bien hasta la fecha la incidencia que esta evidencia ejercía sobre la lectura e interpretación de la recogida en ambientes metropolitanos ha sido, más bien, escasa, creemos que la situación ha cambiado en la actualidad.

No cabe duda que su influencia en estos ámbitos geográficos es importante a pesar de los problemas planteados en líneas anteriores. No obstante, en ocasiones parece que dichos problemas pasan desapercibidos o no son tenidos en cuenta. Pese a todo, creemos que adentrarnos en las consecuencias de esta problemática en áreas coloniales necesitaría un trabajo de investigación aparte. Esto no impide que hagamos algunas reflexiones al respecto.

Uno de los aspectos más interesantes que habría que tener en cuenta sería la existencia de referencias históricas de las fundaciones de las colonias fenicias a lo largo del Mediterráneo (véase, por ejemplo, Aubet 2001: 161-165 y 195-197), algo de lo que se carece de manera general en la metrópolis. Aún sin ser ninguna de estas fuentes fenicia, consideramos que las fechas que nos proporcionan deberían ser tenidas muy en cuenta a la hora de establecer conexiones entre los materiales de estos ámbitos coloniales con los de la metrópoli.

Estas fuentes históricas nos dicen que Lixus, situada en la costa atlántica de la actual Marruecos, Gadir, la actual Cádiz, y Útica, en la costa tunecina, fueron las primeras colonias fenicias. Sus fechas se han calculado a partir de la guerra de Troya, lo cual proporciona unos momentos muy antiguos dentro de la secuencia fenicia, incluso, como veremos, demasiado antiguas. El siguiente referente histórico sería la actividad comercial emprendida supuestamente en el siglo X a. de C. por los reyes Hiram de Tiro y Salomón, y que tuvo a Tarshish, la Tartessos de las fuentes egeas, como uno de sus objetivos (II Crónicas 8, 18). Más tarde, ya en el siglo IX a. de C., Ithobaal I fundó la colonia de Auza en las costas de Libia, mientras que Cartago lo fue a fines de ese mismo siglo, esta vez por Elissa, una noble tiria que escapó de la persecución emprendida por Pygmalion contra su familia.

No obstante, nos encontramos con un problema importante. La localización de algunas de estas colonias permanece desconocida, mientras que los niveles más antiguos de la que han sido localizadas no han sido alcanzados. Este último aspecto no debe de ser menospreciado, en especial si atendemos a la creciente aparición en estos ámbitos coloniales de fechas obtenidas a través de medios no históricos, como sería el caso de los análisis de C14, los cuales, en buena medida, contradicen muchos de los datos obtenidos en la metrópolis (para estas fechas, véase, por ejemplo, Aubet 2001: 372-381; Torres 1998: 50-52, Torres - Ruiz-Gálvez - Rubinos 2005; Mederos 2005; Nijboer - van der Plicht 2006; Docter - Niemeyer - Nijboer - van der Plicht 2005). En este sentido, el lugar que buena parte de los materiales fenicios más antiguos conocidos provenientes de estos ambientes coloniales ocuparían en la secuencia metropolitana, tampoco concuerda demasiado, ni con las fechas históricas de las fundaciones coloniales, ni con las citadas fechas de C14 (véase, por ejemplo Nijboer 2005; idem 2006; Brandherm 2006).

En este sentido, posiblemente sería necesario hacer referencia a dos cuestiones, pensamos que importantes. Por un lado tendríamos el origen exacto de estos colonizadores. Tiro ha sido

considerada tradicionalmente como el origen de estas empresas. Sin embargo, deberíamos mantener abierta la puerta a otras posibilidades geográficas. Por consiguiente, si este fuese el caso, la existencia de variaciones locales en origen en las características de la cultura material en el momento de la expansión, debería verse reflejada en los materiales de los primeros momentos de las colonias, que, a la vez, habría podido condicionar de inicio su posterior evolución. Mientras, por el otro lado, un hecho que podría explicar las citadas discordancias con respecto a las pautas secuenciales metropolitanas de estos centros coloniales, podría haber sido la existencia de establecimientos establecidos por las mismas colonias, un fenómeno mencionado en las fuentes clásicas. Desde un punto de vista material, sería importante considerar el impacto que este hecho podría tener en la naturaleza y evolución de los materiales de estos centros coloniales secundarios. Una consecuencia casi segura sería la dificultad en determinar el lugar que estos materiales ocuparían dentro de una secuencia fenicia global.

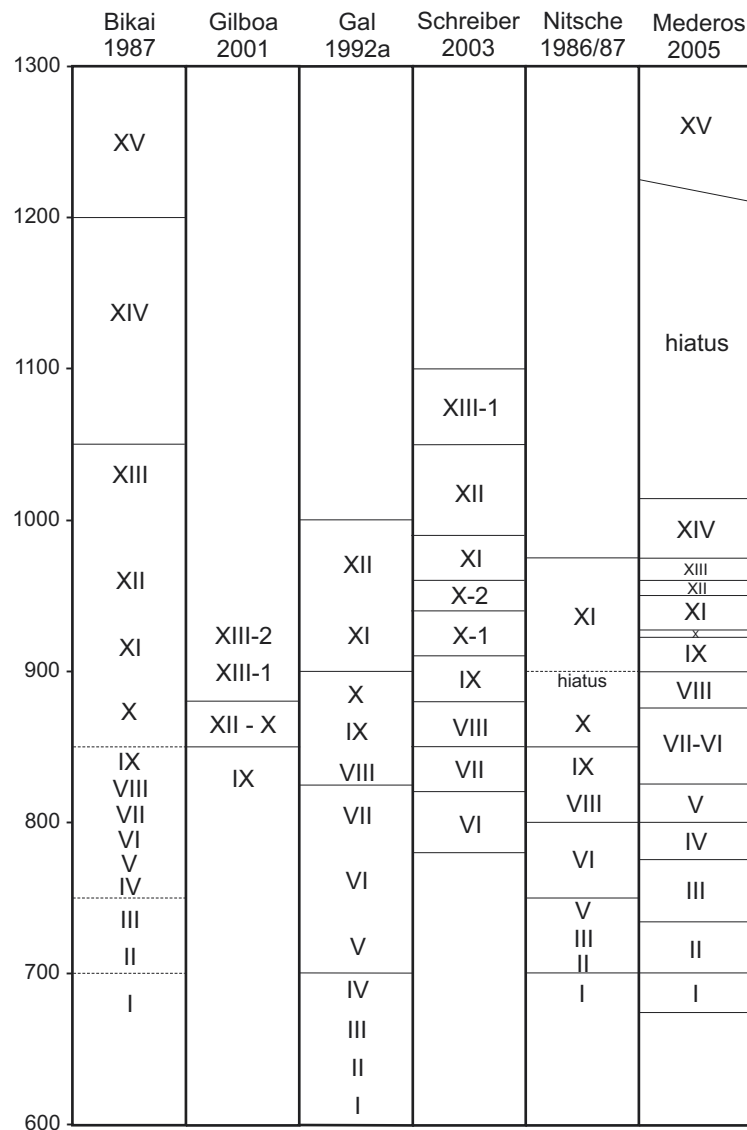


Figura 5.12. Estratigrafía de Tiro y algunas de las propuestas cronológicas más relevantes.

Por último, cabe mencionar un aspecto determinante a la hora de considerar la naturaleza de esta evidencia y el modo en el que es leída e interpretada. Se trata del papel que juegan las arqueologías que centran su atención en otros ámbitos geográfico-culturales, como podrían ser los estudios relativos a la Pre- y Protohistoria de, por ejemplo, la Península Ibérica e Italiana, o Centro Europa. De hecho, la contribución de estos campos de investigación al debate ha hecho el panorama general todavía más complicado.

No vamos a profundizar en estos asuntos en el presente trabajo de investigación. Creemos que esto expandiría en demasía los argumentos, ante la necesidad de aportar nuevos datos provenientes de nuevos ambientes geográfico-culturales.

CAPÍTULO 6

PLANTEAMIENTO METODOLÓGICO

Como hemos visto, la práctica totalidad de los argumentos dados en Israel se centran únicamente en su registro histórico y arqueológico, y en su manera de interpretarlos. Las opiniones que vienen de fuera son sólo válidas cuando apoyan una u otra postura. Al mismo tiempo, aparecen las voluntades por parte de dichas posturas de forzar las secuencias y cronologías de otras áreas para que se ajusten a sus respectivas corrientes de interpretación bíblico-arqueológica. Tampoco cambia demasiado el panorama en lo referente al resto de ‘grandes secuencias’.

Como la discusión en torno a la Arqueología Bíblica es central para todas las secuencias, las preguntas que podríamos hacernos ahora son las siguientes: ¿cuáles son las consecuencias de toda esta controversia para la secuencia fenicia?, ¿queda algún papel para ésta?, ¿debería implicarse a fondo y jugar alguno?. Otro aspecto, importante por la manera en la que vemos la cuestión, es que la secuencia fenicia no es la única que depende de esta controversia palestina o, mejor dicho, israelí. Hemos visto que tanto la secuencia griega como la chipriota se basan en gran medida en los mismos yacimientos palestinos. Sin embargo, su proceder ha sido siempre usar la mejor evidencia existente para apoyar sus respectivas posiciones. Este es el caso de Coldstream al preferir la cronología baja de Kenyon en detrimento de la más alta de Yadin (Coldstream 1968: 302-310). Simplemente, era la que mejor se amoldaba a la cronología que manejaba tradicionalmente la secuencia griega. Sin embargo, la secuencia fenicia nunca ha actuado del mismo modo, quizás por no haberse sentido nunca lo suficientemente fuerte. A esto, además, hay que añadir que la secuencia fenicia nunca es tomada como una referencia activa, cuando no es totalmente obviada. Ejemplos de este tipo de actuación han sido los ya mencionados de Lehmann (1996, 1998) y su propuesta de secuencia global para Levante, el reciente estudio de Schreiber (2003) sobre la cerámica Black-on-Red chipriota o el intento de Kopcke de armonizar la cronología egea e israelita (2003).

Por otro lado, uno se queda con la impresión de que, como toda la controversia en el seno de la arqueología palestina está relacionada sólo con los asuntos bíblicos, algunos de los que nos dedicamos al mundo fenicio somos extraños a ella, somos simples outsiders. Sin embargo, debemos tener en cuenta que toda duda sobre la existencia de la mítica grandeza de David y Salomón podría tener sus consecuencias sobre la historia fenicia. Una vez se ha extendido la sombra de la duda sobre Salomón, ésta puede alcanzar fácilmente el esplendor casi mitológico de Hiram de Tiro.

Por consiguiente, ante la dependencia que padece la Arqueología Fenicia hacia otras, como sería la Arqueología Bíblica, Chipriota o Egea, cabe preguntarse si sería posible la existencia de la primera como una disciplina bien establecida, estructurada, consensuada y autónoma con respecto al resto. Y si esto es posible, de qué manera.

Condicionantes para el establecimiento de una estructura cronológico-secuencial

A la hora de establecer una estructura cronológico-secuencial, debemos tener en cuenta tres factores: las fuentes escritas, la evidencia arqueológica y las fechas obtenidas por medio de métodos ahistóricos (Figura 6.1; Nijboer 2005: 527; Levy - Higham 2005b; Sherrat). Al menos de manera teórica, el resultado debería ser el fruto de la combinación equilibrada y consensuada de estos elementos. No obstante, ya hemos visto cómo los resultados obtenidos hasta la fecha no han sido todo lo satisfactorios que se pudiese desear, al menos para todas las partes implicadas.

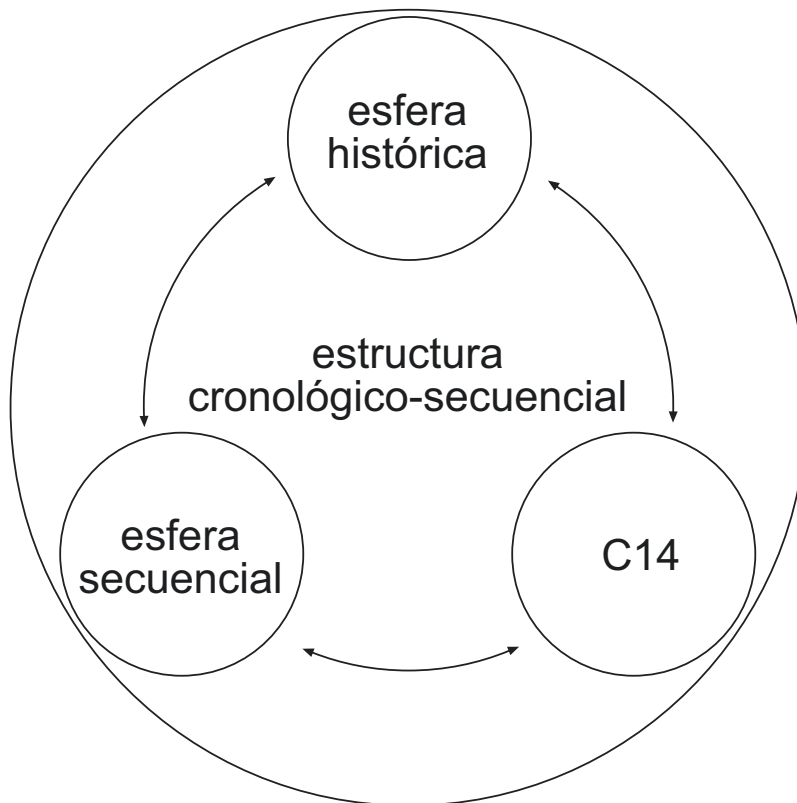


Figura 6.1. Componentes de la estructura cronológico-secuencial.

Las razones para esta situación no hay que buscarlas tan sólo en la naturaleza de la evidencia con que contamos, o el diferente desarrollo de la disciplina en las áreas geográficas y culturales implicadas. Como Sherrat indica, creemos que correctamente, estos tres factores son diferentes de manera inherente (Sherrat 2005: 123). Sus respectivas naturalezas y el modo en que han de ser tratadas son ciertamente distintas. Se podría, incluso, dudar si una fecha determinada significa lo mismo en cada una de ellas. No obstante, el problema con el que nos encontramos es la necesidad de hallar un consenso.

De manera teórica, esta relación se podría sintetizar en el siguiente esquema.

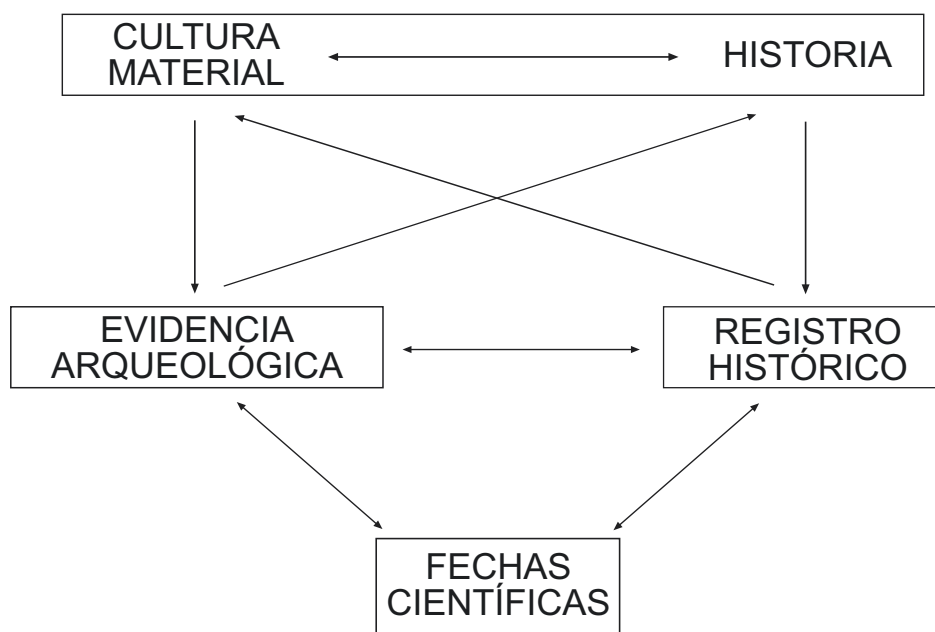


Figura 6.2. Factores constituyentes de la estructura cronológico-secuencial y sus niveles de interacción.

Como aparece representado en el esquema, nos encontraríamos con dos niveles a la hora de plantear el problema. En primer lugar tendríamos la realidad, entendida como la naturaleza real de la cultura material de las sociedades antiguas en cuestión, así como sus vicisitudes históricas. Este primer nivel aparece representado como un espacio cerrado, en el que las relaciones entre los dos factores es inequívoca, es decir, a cada momento histórico le corresponde un estadio concreto de la línea evolutiva de la cultura material, y no otro. En definitiva, este sería el plano ideal, sólo recuperable a través de la profundización de los elementos que aparecen en el segundo registro, que serían los tres elementos citados antes. La representación de estos factores se hace por medio de tres elementos separados dada su autonomía, derivada de la diferente naturaleza de sus respectivas evidencias y el modo de aproximarse a ellas.

El problema surge a la hora de relacionar estos dos ámbitos entre sí. A pesar de que, al menos de manera teórica, las conexiones deberían ser identificables, también deberíamos tener en cuenta las respectivas naturalezas y su relevancia. En este momento, por consiguiente, surgiría una serie de preguntas simples de difícil respuesta: ¿qué conocemos de la historia de estas sociedades antiguas y cómo?, ¿qué parte de la cultura material ha llegado hasta nosotros y de qué manera?, ¿de

qué manera podemos conectar lo que realmente sucedió en el pasado con los restos materiales con que contamos?, ¿cómo podemos relacionar la cultura material con los textos que hacen referencia a las sociedades y sus hechos históricos?. Y yendo más allá, cabría hacerse una última pregunta: ¿es posible considerar las manifestaciones de la cultura material siempre como un espejo de los hechos políticos y sociales?, y si eso es así, ¿qué aspectos de las culturas materiales se deben considerar en primer lugar y cuáles jugarían un papel secundario?.

A la hora de contestar a estas preguntas, un nuevo factor entraría en escena. Se trata del papel del investigador en esta problemática, de su formación y posicionamiento (personal y académico), así como sus expectativas. Con este nuevo factor no pretendemos defender la existencia de un cierto relativismo en este campo. Sólo hay una 'realidad', entendida como lo que verdaderamente sucedió en el pasado y cómo, así como las características de las sociedades que protagonizaron estos hechos. Lo que cambia es el modo en el que podemos acercarnos a esta realidad, por lo que la cuestión sería, más bien, averiguar cuál de esos acercamientos es el acertado y por qué. La razón de añadir este elemento subjetivo, que actúa como un filtro a la hora de leer la evidencia disponible y condiciona su interpretación, es su papel a la hora de determinar la percepción de la relación existente entre las diversas fuentes de evidencia.

Con estas reflexiones no pretendemos dudar de todos y cada uno de los aspectos en discusión, sino llamar la atención, primero, sobre el peligro de manejar una evidencia necesariamente incompleta y, en segundo lugar, del establecimiento de correlaciones simples que, en muchas ocasiones, responden a cuestiones personales del propio investigador. Esto es especialmente importante cuando las conexiones directas e inequívocas entre fuentes, evidencia material y las fechas 'de laboratorio' son escasas.

En este sentido, el primer aspecto a tener en cuenta a la hora de establecer una estructura cronológico-secuencial para la Arqueología Fenicia es la falta de datos. En primer lugar, no contamos con una historia genuinamente fenicia, escrita por los propios fenicios y en la que ellos son los que poseen el papel protagonista. Los hechos históricos en los que Fenicia y sus habitantes se vieron envueltos son conocidos a través de textos egipcios y cuneiformes de distinta naturaleza, así como por la Biblia y algunos autores clásicos (Kinks 1995; Ribichini 1995; Scandone 1995; Xella 1995; Xella 1995a). En segundo lugar, estos hechos históricos son difícilmente reconocibles en las estratigrafías disponibles en la actualidad. Algunas excepciones podrían muy bien ser la destrucción de Kamid el-Loz al final del Bronce Tardío, o la construcción y posterior abandono del sistema defensivo de Beirut, hechos sobre los que volveremos más adelante. Por último, la generación de fechas absolutas por medio de métodos científicos no se ha desarrollado convenientemente. Las únicas series de fechas radiocarbónicas procedentes de un yacimiento fenicio metropolitano son las obtenidas en al - Bass (Aubert 2004: 469-471), y su relevancia es escasa.

Dadas estas circunstancias, la solución sería buscar puntos de referencia válidos en áreas geográficas y culturales vecinas, o estrechamente relacionadas con la Fenicia metropolitana. Sin embargo, el problema al que nos enfrentaríamos sería contar con una evidencia, local e importada,

interpretada en la mayoría de los casos por autores que han usado sus propios paradigmas. Por consiguiente, el manejo de estos datos debería ser, cuanto menos, cuidadosa.

En definitiva, pensamos que la solución a este problema sería comenzar de cero y usar a partir de ahí la ya citada combinación equilibrada de los factores involucrados en el establecimiento de una secuencia evolutiva para la cultura material y su cronología. No obstante, si uno de estos tres factores debiera ser considerado como guía para el resto, éste sería la secuencia material. La razón sería simple. Una vez se ha alcanzado un consenso en lo relativo al modo en que la cultura material evolucionó, la relación entre ésta y la evidencia histórica y las fechas ‘de laboratorio’ se convertirá en más segura, las incongruencias se evitarían, y las aproximaciones tendenciosas o equivocadas serían detectadas.

Cuestiones relativas a la secuencia material

Como hemos indicado, la solución al problema pasaría por dar una mayor importancia al conocimiento de la secuencia de la cultura material, tanto en sus aspectos diacrónicos como sincrónicos. Ambos factores se encuentran estrechamente relacionados entre sí. El primero de ellos se hace indispensable, pues ha de caracterizar de manera específica los diversos estadios de la secuencia. Por otro lado, el segundo factor se fundamenta en la ordenación de dichos estadios y su fecha, tanto relativa como absoluta. Lo primero se hace sobre la base de las características específicas de los distintos atributos que presentan los objetos, mientras que lo segundo dependería de los métodos usados a la hora de datar. Esta relación se podría representar a través del siguiente diagrama.

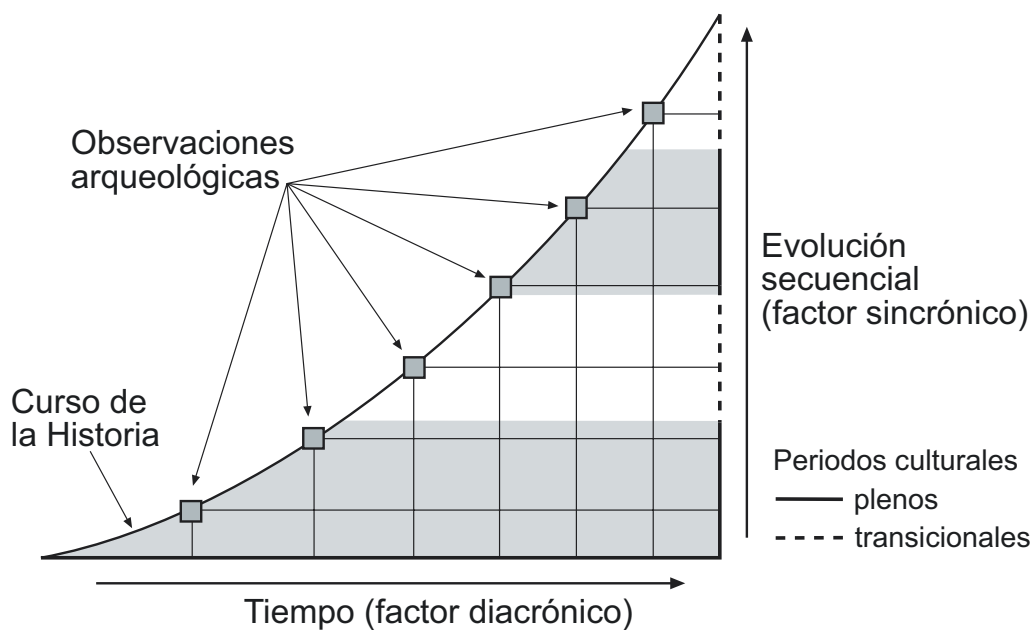


Figura 6.3. Representación gráfica de la naturaleza de la secuencia material y sus componentes.

El eje horizontal de este diagrama podría representar el tiempo físico, mientras que el vertical simbolizaría la articulación de la secuencia en fases consecutivas. Estas fases se podrían dividir en dos tipos teóricos, por un lado las plenas (trazo continuo), y, por el otro, las transicionales (trazo discontinuo). Finalmente, la conjunción entre ambos factores, el temporal y el cultural, estaría representado por un trazo curvo. Se trataría del devenir histórico-cultural real, de cuyo transcurso obtendremos conocimiento tan sólo de ciertos momentos concretos, los obtenidos a través de la investigación arqueológica. Estos episodios son los recuadros que aparecen a lo largo de la citada línea curvada.

Una vez que la secuencia ha sido establecida, el siguiente problema sería, lógicamente, determinar la naturaleza y duración de las distintas fases evolutivas, así como el ritmo de los cambios experimentados y sus causas. En este momento cabría recordar la secuencia del Geométrico en el Egeo. Aún cuando las respuestas a estas cuestiones temporales son respondidas con apriorismos tales como la duración de algunas de esas fases calculando las generaciones en las que éstas estuvieron vigentes, o bien tomando partido de ciertas posturas en controversias emanadas en otras áreas culturales (Coldstream 1968: 302-331; véase, sin embargo, Coldstream 2003), no cabe duda de la realidad de sus fases. De hecho, parece que todo intento de modificar las subdivisiones de este periodo, en especial el Proto-Geométrico (Lemos 2002: 3-26; Mederos 2005: 325), se basan en interpretaciones realizadas fuera del mismo Egeo (Kopcke 2003; Nijboer 2005; idem 2006; Brandherm 2006).

Esto podría introducir nuevos problemas, dada la posibilidad de que ciertos materiales importados puedan 'contaminar' los contextos en los que aparezcan (véase, en este sentido, Nijboer 2006: 258), y con ello la ordenación de la secuencia. Por lo tanto, la secuencia local es la que debe recibir la máxima prioridad. No obstante, los peligros emanados de un uso de importaciones desaparecerían en el momento en el que el mismo tipo de asociación se repite en diferentes lugares.

Estas observaciones también serían propicias al referirnos a la evidencia escrita. En ocasiones, lo que creemos saber del pasado no nos permite tener en cuenta otras interpretaciones de los mismos hechos o eventos de los que carecemos de noticias. En realidad, los procesos originales detrás de un resto de evidencia arqueológica pueden ser muchos, y no siempre aquéllos de los que tenemos noticia. En este sentido, la falta de un registro histórico se convertiría en una ventaja importante a la hora de establecer y entender la naturaleza de la secuencia material fenicia en particular y de la propia Arqueología Fenicia en general. La Historia Fenicia carece de una relevancia especial desde un punto de vista ideológico, y si la tiene, lo es sólo de manera marginal. Pocos sectores ajenos a la disciplina histórica de una manera directa, utilizan argumentos históricos fenicios para reivindicar o justificar ciertas posturas ideológica o religiosas. Esto no sucede así en otras áreas, en las que existen ciertas facciones para las que la historia se convierte en una herramienta y, por consiguiente, suele ser usada en su propio provecho. El caso más relevante, de nuevo, es lógicamente Palestina, en donde la ligazón ideología-historia-arqueología se hace

patente. Otro ejemplo sería representado por ciertos sectores de la arqueología chipriota, que buscan ligar el panorama arqueológico de su isla con el de Grecia.

¿Es posible una estructura cronológico-secuencial fenicia independiente?

Teniendo todos estos condicionantes en mente, y dada la dificultad de relacionar datos históricos como arqueológicos, al menos en el ámbito del Bronce tardío y la Edad del Hierro, la solución consistiría en combinar los datos estratigráficos a nuestra disposición con la búsqueda de un fósil guía que ofrezca un cierto grado de seguridad a la hora de establecer una referencia para el conjunto de la secuencia. La opción con mayores posibilidades es ofrecida por las jarras de cuello anillado (nuestra forma cerámica ‘Ja F’). Siguiendo a Shepard (1980), la taxonomía y el estudio de la evolución de ciertas formas específicas son de ayuda al establecer ordenamientos cronológicos y en equiparar horizontes culturales. En este caso, las citadas jarras de cuello anillado se constituirían en lo que Steward reconoce como un *historical index type* (Steward 1954: 54; Bikai 1992: 97 – 98; en contra Peserico 1996: 30).

Según la terminología usada por Clarke (1984: 179), estas jarras cuentan con un atributo esencial consistente en un resalte hacia la parte central del cuello. Sin entrar en las causas directas que promovieron su evolución, nos vamos a quedar con un hecho fundamental, la facilidad con que es posible observar los cambios que este tipo de jarras experimentó a lo largo del tiempo, desde sus oscuros orígenes hasta su desaparición (véase, por ejemplo, una síntesis en Bikai 1978: 37-40, tabla 8A; *idem* 1992: 97-98 y Doumet-Serhal 1993-94: 102; véase también Briese 1985 y Peserico 1996). De manera general, la evolución de las jarras de cuello anillado se puede sintetizar de la siguiente manera:

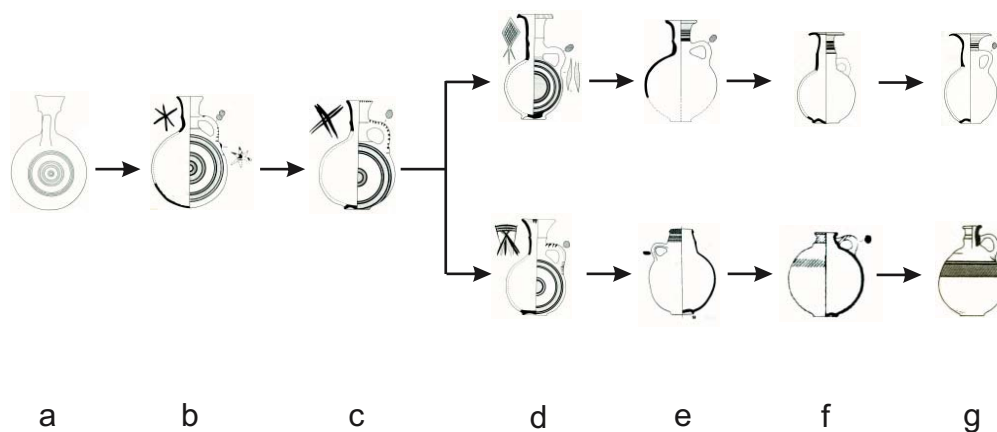


Figura 6.4. Evolución esquemática de las jarras de cuello anillado.

Según este esquema, el origen de esta forma, la fase (a), estaría, a nuestro entender, en las jarras lenticulares de una sola asa ubicada en uno de sus lados mayores, y cuyo patrón decorativo consiste en una sucesión de círculos concéntricos de similar grosor pintados en sus dos lados. El segundo estadio, (b), habría estado caracterizado por jarras inestables de apariencia globular, de cuellos relativamente cortos en comparación a los cuerpos y un patrón decorativo consistente en bandas y filetes concéntricos pintados de color rojo los primeros y en negro los segundos. Mientras, el tercer momento, (c), presenta como mayor innovación la presencia de una base estable, aunque el resto de atributos, tanto formales como decorativos, se mantienen más o menos igual. Los cambios importantes aparecen en el cuarto estadio, (d; nuestro tipo Ja F1). En esta fase la línea única anterior se rompe en otras dos paralelas, la primera caracterizada por bordes abiertos de labios rectos (línea superior), y la segunda con bordes de tendencia abierta, aunque de labios simples o ahusados. Por lo que respecta al resto de atributos formales, junto a jarras de proporciones similares a las de la fase anterior, se produce una nueva tendencia hacia cuellos proporcionalmente más largos en ambas líneas evolutivas. En lo decorativo, aparte del patrón consistente en los círculos concéntricos bícromos en la panza, aparece de una manera incipiente el recubrimiento de las superficies por medio de un engobe de color rojo que suele estar, además, bruñido. Estos cambios no cesan en la siguiente fase (e; nuestro Ja F2), tanto en los atributos formales como decorativos. En cuanto a los primeros, vemos que tienden a dominar los cuellos cuyo tamaño se hace más proporcional con los cuerpos, tanto en el caso de las jarras de bordes abiertos y labios cortados (*square-cut rims* en inglés), como los de borde de tendencia vertical (nuestro tipo Ja F4). Destaca, sin embargo, que las jarras de borde vertical presentan una variedad mayor en cuanto a la forma de los bordes, una diversidad difícil de representar en este esquema. Por su parte, los atributos decorativos de todas estas jarras siguen mostrando las dos mismas tendencias del estadio anterior, sólo rotas en algunas ocasiones por algunas bandas horizontales que aparecen en los hombros de las jarras de borde vertical, de manera más esporádica en las de borde cortados. La sexta fase, (f), está ocupada por uno de los símbolos de la arqueología fenicia, la jarra de boca de seta (el tipo Ja F3 de nuestra clasificación). Se trata de la evolución directa de las jarras de borde cortado del estadio anterior y tienen como característica fundamental unos bordes de mayor tamaño, de tendencia más alargada y unos labios bien cóncavos, bien de tendencia redondeada o ahusada. Hay que indicar, así mismo, la introducción en este momento de una segunda variante dentro de las jarras de boca de seta, consistente en cuerpos piriformes de hombros carenados. En lo que respecta a las jarras de borde vertical, la variabilidad interna perdura todavía, como se verá en su momento. Del mismo modo, los patrones decorativos de las respectivas líneas evolutivas permanecen igual. Lo único que cambia es que las jarras de cuerpos piriformes y hombros carenados están normalmente recubiertas por un engobe rojo bruñido. Finalmente, la séptima fase (g), está representada por jarras cuyos atributos formales y decorativos dejan de presentarse de un modo tan uniforme. Por un lado, en el caso de las jarras de boca de seta, los bordes experimentan un aumento considerable de su diámetro, mientras que se hacen comunes

los cuerpos piriformes de hombro carenado o no, y los ovoides. Por el lado de las jarras de borde de tendencia vertical, vemos que los cuerpos presentan también una forma ovoide, aunque podremos observar, así mismo, cuerpos carenados. En cuanto a los patrones decorativos registrados, éstos aparecen entremezclados entre sí. De este modo, es posible ver, por ejemplo, combinados cuerpos recubiertos de engobe rojo con cuellos pintados con bandas y filetes horizontales, o bien jarras de boca de seta con bandas horizontales en el hombro.

Esta evolución se ha podido observar de una manera magnífica en la estratigrafía de Tiro (Figura 18; Bikai 1978: 33-41, tablas 6 y 8, tipos 1, 2, 3, 4, 5, 8, 9, 10 y bases del tipo 14, pl. XCII; por no repetir constantemente las mismas referencias, a partir de aquí los datos presentados relacionados con Tiro están tomados de las aquí indicadas). A esta situación debemos añadir, además, que en la citada estratigrafía se da la asociación de dichas jarras con importaciones de otros ámbitos geográfico-culturales, especialmente el egeo y el chipriota (véase la Figura 5.10; básicamente, Bikai 1978: 53-15, tabla 13; de todos modos, la existencia de referencias a casos concretos será anotada).

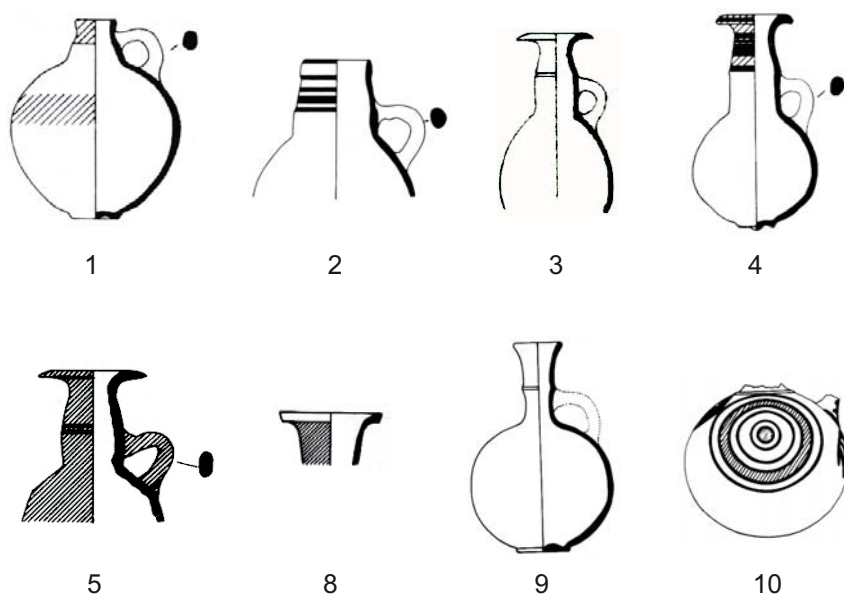


Figura 6.5. Tipología propuesta por Bikai para las jarras de cuello anillado registradas en Tiro (Bikai 1978: 33-41, pl. XCII).

Por estas razones, vamos a mostrar esa evolución y sus asociaciones a lo largo de la estratigrafía de Tiro, y para ello dividiremos estos estratos entre los horizontes secuenciales descritos por Bikai. Por otra parte, de poco serviría esta evidencia sin una corroboración externa, de ahí que apoyemos nuestros argumentos con datos provenientes de otros contextos (Figura 6.6).

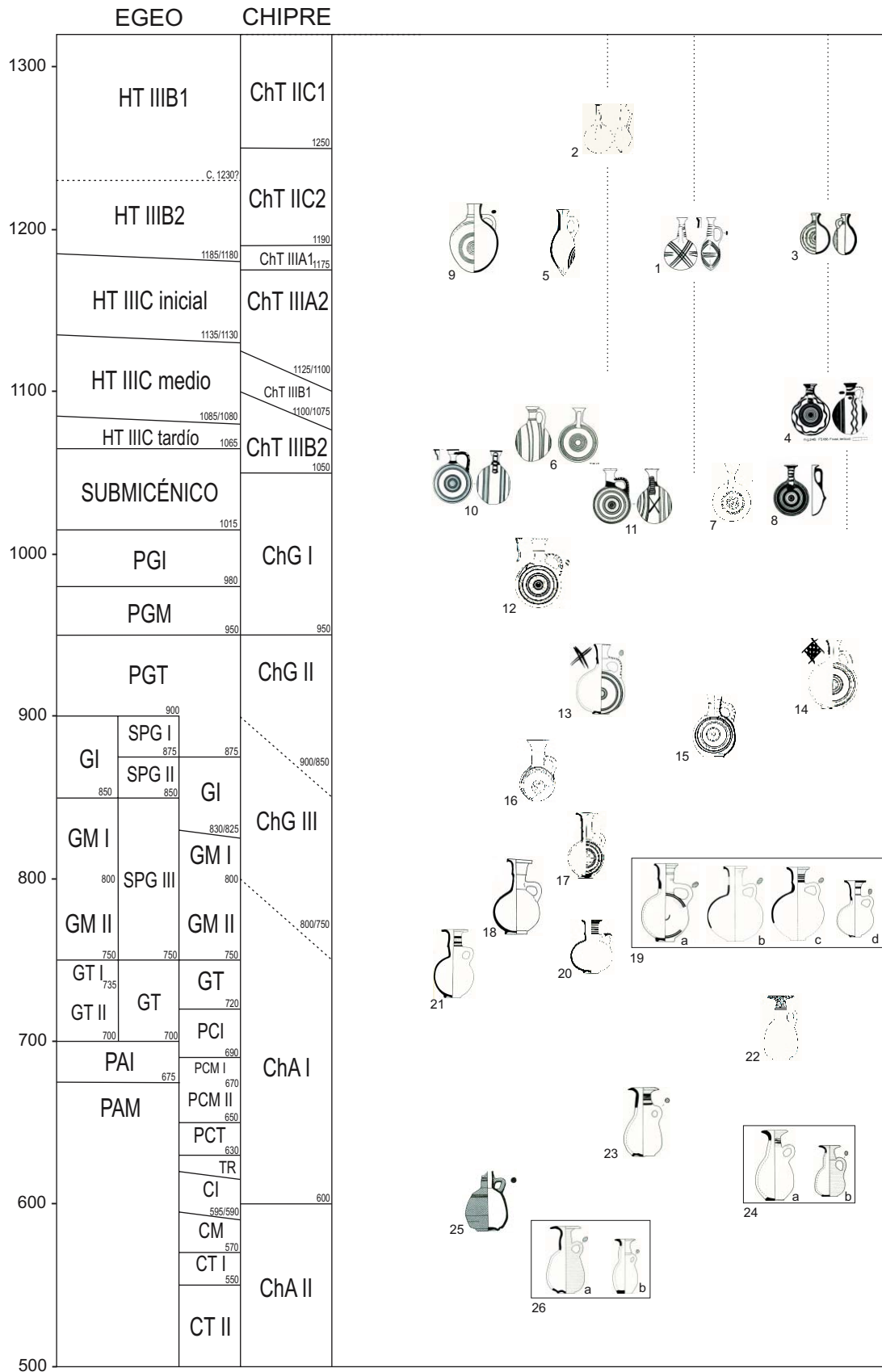


Figura 6.6. Evolución de las jarras de cuello anillado a partir de sus asociaciones con materiales de las secuencias egea y chipriota.

Hemos de indicar antes de comenzar, que en este apartado nos atendremos a presentar la evidencia, no a discutirla o interpretarla. Esto se hará patente, especialmente, en lo que respecta a las conclusiones cronológicas absolutas que puedan derivarse. Una discusión a fondo referida a los datos procedentes de Al Bass será realizada, como hemos indicado anteriormente, en el capítulo dedicado a las conclusiones.

Los prototipos

En primer lugar, hemos de hablar del origen de esta forma cerámica. Si bien la mayoría de autores considera que las jarras de cuello anillado derivaron de las cantimploras, es decir, las llamadas *pilgrim flasks* del Bronce Tardío (Bikai 1978b: 37; *idem* 1987: 59; Anderson 1990: 41-46; Gilboa 1999: 5; *idem* 2001: 373; Gilboa-Sharon 2003: 29), nosotros nos inclinamos a pensar que el prototipo de estas jarras fue otro, en concreto las jarras lenticulares de una sola asa, la cual partía desde el centro del cuello y llegaba a la mitad superior de uno de sus lados mayores.

Jarras de este tipo aparecen en el repertorio del Chipriota Tardío, en categorías cerámicas tales como el *Base-Ring* I y II (Figura 6.6: 1; Åström 1972: 167-168, 189-190, pls. LI: 1, 2 y LIII: 11, 13), el *Red Lustrous Wheel-made ware* (Figura 6.6: 2; Åström 1972: 205-206, pl. LIV: 4 y LV: 1), o el *Red Slip Wheel-made ware* (Åström 1972: 211, pl. LVI: 6), desde el Chipriota Tardío IA2, hasta el IIIB2. Mientras, esta misma forma cerámica aparecía también en el Heládico Tardío (Furumark 1972: 32, 67, 616, forma FS 186; Mountjoy 1986: 189, fig. 249, p. 199; Leonard 1994: 80; Åström 1972: 349; Figura XX: 3, del LH IIIB, y 4, del LH IIIC medio), y su duración fue similar, apareciendo en el Heládico Tardío IIIA2 y perdurando hasta el Submicénico (Figura 6.6: 3, 4; Furumark 1972a: 24; Mountjoy 1986: 219).

Lógicamente, estas jarras lenticulares del Bronce Tardío han sido también equiparadas a las cantimploras (Furumark 1972: 32; Åström 1972: 205, 211, 348), y se les ha dado, además, una afinidad oriental (entre otros, Furumark 1972: 32; Åström 1972a: 750; Leonard 1994: 80). No obstante, nuestra opinión es que estamos entre dos contenedores de funcionalidad específica distinta, al menos hasta que oportunos análisis de contenidos señalen lo contrario. De este modo, si bien ambos comparten cuerpos similares en estos primeros momentos, creemos definitiva la misma existencia de las dos formas cerámicas. Además, existen detalles fácilmente distinguibles, como sería la única asa de las jarras lenticulares, además de la presencia ocasional de un anillo en el lugar en el que dicha asa se une al cuello (véase, por ejemplo, Åström 1972: pl. LI. 1, 2 y LV: 4, de las categorías cerámicas *Base-Ring* I las dos primeras y del *Red Lustrous Wheel-made* la segunda). En ocasiones, sin embargo, nos encontramos con que el anillo del cuello es sustituido por una o varias bandas horizontales pintadas (por ejemplo, comparar Åström 1972: fig. XLIX: 9, 10 con fig. LII: 13 o LIII: 2, 3; véase también, por ejemplo Karageorghis 1975: pl. XXIX: D2 y D3). De hecho, el anillo del cuello, físico o pintado, es un atributo que aparece fundamentalmente en las jarras chipriotas de diversas categorías cerámicas y no es común en el caso de las jarras micénicas (véase, sin embargo, Balensi 1980: 439, Mic. IIIA2-C2, pl. 38: 2, pl. 69: 8, fase VA; Mountjoy

1986: 189, fig. 248).

Producciones locales de este tipo de jarras aparecen relacionadas con la destrucción de Ugarit (Figura 6.6: 5; Monchambert 1983: 36-37, fig. 1: 4-5; Leonard 1994: 80, n° 1208), o en Tel Kazel, en concreto en sus niveles 6, de final más o menos contemporáneo al de Ugarit, y 5, primer nivel tras la destrucción de la ciudad del Bronce Tardío (Badre-Gubel-Capet-Panayot 1994: 308-309, 312-313, fig. 39: e y fig. 41: a). También aparecen en el nivel F2 de Hama (Fugmann 1958: 138, fig. 165: 4A923 y 4A924), así como en el Periodo I de su necrópolis de incineración (Riis 1948: 65-66, fig. 81), unos niveles que fueron, así mismo, fechados después del 1200 a. C., año que marcaría, según sus excavadores, la destrucción de la antigua ciudad correspondiente al nivel G, es decir, del Bronce Tardío (Riis 1948: 202; Fugmann 1958: 149, 278). No obstante, es hacia el Heládico Tardío IIIC final e inicios del periodo Submicénico, en buena parte contemporáneos del Chipriota Tardío IIIB2 (Warren-Hankey 1989: 118), cuando se dan los cambios que dieron lugar a la aparición de las jarras de cuello anillado. Sería la fase (a) de nuestro esquema.

Si bien parece que la existencia de jarras de tendencia lenticular continuó durante el Chipriota Tardío IIIB2 (véase Karageorghis 1975: 14, n° 11, pls. XI y LVIII, de la *Proto White-Painted ware*), e inicios del Chipro-Geométrico I (Gjerstad 1948: 49, 51, fig. III: 11; Figura 19: 8), es durante la primera de estas dos fases cuando podemos observar que los cuerpos de estas jarras comienzan a adoptar una forma de patente tendencia globular. Este es el caso, por ejemplo, de dos jarras importadas provenientes respectivamente en las tumbas 15 y 17 de Alaas, en Chipre (Figura 6.6: 6; Karageorghis 1975: 57; *ibid*, p. 12, n° 13, pls. VII y LV; *ibid* p. 19, n° 26, pls. XV y LX). Destaca desde el punto de vista secuencial, además, que estos dos contextos, fechados en el Chipriota Tardío IIIB2, son posteriores al nivel del abandono definitivo de Enkomi, sucedido a fines del Chipriota Tardío IIIB1 (Dikaios 1971: 531-534; Karageorghis 1975: 67-68; Åström 1972: 779), yacimiento en el que, al parecer, no se hallaron jarras de este tipo. Así mismo, es ahora cuando el anillo en el cuello se estabiliza como atributo formal. Por esta época se trata principalmente de un resalte del cuello justo por encima de la unión con el asa, dando lugar a un borde en forma de copa, como muestra una jarra importada hallada en la tumba 58 de Palaepaphos-Skales (Karageorghis 1983: 116, n° 44, figs. LXXXVIII y CVIII). Este ejemplar en concreto fue interpretado por Karageorghis como una forma experimental entre la cantimplora y las verdaderas jarras de cuello anillado (Karageorghis 1983: 59), y fue fechada en los inicios del Chipro-Geométrico I (Karageorghis 1983: 125).

Del mismo modo, el patrón decorativo que presentan estas jarras es semejante al que tradicionalmente presentaban las jarras micénicas, es decir, una sucesión de círculos concéntricos monocromos de similar grosor debajo del arranque inferior del asa y en el lado contrario a éste. Esta ubicación es, sin duda, reminiscencia del momento en el que las jarras tenían forma lenticular. Destaca, por otra parte, la aparición en Khirbet-Silm de una jarra de patrones formal y decorativo similares, aunque su decoración es bícroma (Chapman 1972: 68-69, n° 50, fig. 50).

Esta fase (a) correspondería al momento que marca el preámbulo al Horizonte de Kouklia de Bikai, o, como hemos visto antes, el Hierro IB en Palestina. En las excavaciones de Tiro, este momento inicial estaría representado por el estrato XIV, en el que, siguiendo los parámetros palestinos, deberíamos encontrar, en teoría, el horizonte monocromo característico del Hierro IA.

Los tipos relacionados con las jarras de anillo en el cuello que encontramos en este estrato son dos, aunque ningún ejemplo ha sido ilustrado. En primer lugar el tipo 9, consistente en bordes de jarra de tendencia abierta y labios simples carentes de decoración, en los que en ocasiones, según Bikai, es posible observar el anillo del cuello. Este tipo representa al 0,60 % del total de diagnósticos del estrato (Figura 6.7). Algo mayor es la presencia del segundo tipo en cuestión, el 10. Se trata de fragmentos de cuerpo de jarra cuyo patrón decorativo consiste en círculos concéntricos. Todos los ejemplares de este tipo suman el 2,26 % del total de diagnósticos. Sin embargo, no es posible saber si se trata del patrón observado en las jarras de esta fase, es decir, una sucesión de círculos concéntricos de similar grosor similar al que muestran las jarras de Alaas, Paleopaphos o Khirbet Silm. Tampoco sabemos si la decoración era monocroma, como es la norma en los yacimientos palestinos (Gilboa 1998: 414-418; *idem* 1999: 1-2; *idem* 2001: 134-135, 146-147, 368-371; Gilboa-Sharon 2003: 31-32), o bien bícroma. En una comunicación personal, la misma Dra. Bikai mostró su incertidumbre, más de treinta años después de efectuada la excavación, ante esta cuestión. No obstante, sí pudo confirmar que el patrón decorativo bícromo clásico se generalizó en el estrato XIII, del que hablaremos a continuación.

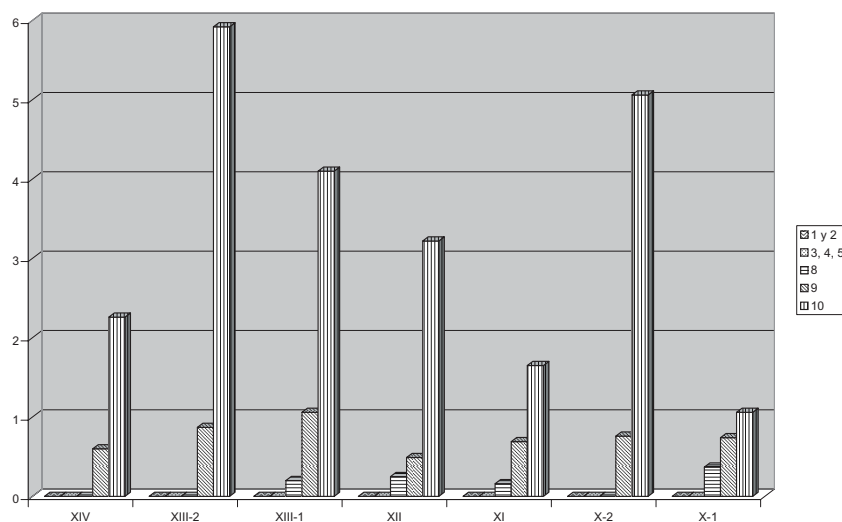


Figura 6.7. Valores de las jarras de cuello anillado a lo largo del estrato XIV y los correspondientes al ‘Horizonte de Kouklia (basados en Bikai 1978: 34, tabla 6A).

Hemos visto en la Figura 5.10, que en este estrato fueron recogidos materiales tanto de origen chipriota como egeo. Los primeros consisten en categorías cerámicas propias del Chipriota Tardío I y II: *Red-on-Black ware*, *Base-Ring*, *Monochrome* y *White-Slip II* (Bikai 1978: pl. XLI: 10-18). Adicionalmente, nos encontramos otras categorías propias del Chipriota Tardío III, como es el caso de una crátera, posiblemente de la categoría cerámica *White-Painted Wheel*

made III, y fechable en el Chipriota Tardío IIIA (Bikai 1978: pl. XLI: 4; Iacovou 1999: 149). Otros materiales chipriotas aparecen mencionados, pero no están ilustrados. Es el caso de varios fragmentos de las categorías cerámicas *Bucchero* y *White-Painted* (Bikai 1978: 53-55, tabla 13, categorías 6 y 7; sobre ellas, y especialmente sobre la segunda, véanse las críticas de Gilboa 2001: 278, 294 y Gilboa-Sharon 2003: 45). Hay que tener en cuenta que la primera de las categorías cerámicas citadas, el *Bucchero*, aparece en el repertorio chipriota desde el Chipriota Tardío IIA2 si es a mano, mientras que el efectuado a torno aparece en el ChT IIIA1 y perdura hasta el ChT IIIB2 (Åström 1972: 425-430; *idem* 1972a: 700-701), por lo que su aparición en el estrato XIV no debería ser un problema, a pesar, incluso, de la duda si era del tipo a mano o a torno. Por su parte, mayores dudas y críticas ha suscitado la mención de cerámica *White-Painted* en el estrato. Es el caso de Gilboa (2001: 278, 294; Gilboa-Sharon 2003: 4-45), autora que ha entendido que la referencia era a la categoría cerámica propia del Ch-G I. No obstante, la misma Bikai indica en el texto que en el estrato XIV no apareció cerámica del Chipro-Geométrico I (Bikai 1978: 66), por lo que no deberían quedar dudas razonables de que se tratara de cerámica *Proto White-Painted*, incluidas en las *Import 6* de Bikai (1978a: 53-54), y características del ChT IIIB (Furumark 1944: 243, 261; 1972a: 122-126; Åström 1972: 415-416; *idem* 1972a: 696-699; Iacovou 1999).

Otro elemento interesante es la aparición de un skyphos acampanado monocromo (Bikai 1978: pl. XXXIX: 14), que no ha merecido la atención de los autores (Gilboa 2001: 273). No obstante, nos recuerda, tanto por su forma como por su decoración, a ejemplares del Micénico IIIC 1 aparecidos, por ejemplo en Tel Miqne-Ekron (Killebrew 1998: 398, fig. 12: 5, nivel VI; Dothan-Zukerman 2004: 10-11. fig. 6: 12), T. Qasile (Mazar 1985: 188-189, fig. 24: 12, del nivel XI), Ashdod (Dothan 1971: 156-157, fig. 73: 5, estrato X-XI; Dothan-Porath 1993: 172-173, fig. 14: 8, estrato XIIIb) o Tel Keisan (Burdajewicz 1994: pl. 33: 1, por la forma, y 1a, por la decoración, ambos del nivel 10a). Relacionado con este skyphos, en el estrato XIV apareció un fragmento de cerámica filistea bícroma que muestra las patas de un ave (Bikai 1978: pl. XLI: 19; Dothan 1982: 198-203). La relevancia de este último fragmento ha sido, cómo no, puesto en duda por Gilboa (2001: 279; Gilboa-Sharon 2003: 44), no obstante, la manera en que el ave está dibujada nos recuerda a algunos ejemplares hallados en Tel Qasile (Mazar 1985: 204-205, fig. 32: 7), Tel Miqne-Ekron (Killebrew 1998: 394, fig. 10: 17) o Ashdod (Dothan-Freedman 1967: 120-121, fig. 31: 6, 9, 10; Dothan 1971: 182-183, fig. 86: 1, 2, 4, del estrato XI).

Por último, en lo que se refiere a los materiales del Heládico Tardío III, aparte de algunos ejemplares que no han sido representados, destaca un skyphos acampanado, cuyas superficies aparecen completamente cubiertas de pintura negra, salvo una banda reservada al nivel de las asas que ha sido ocupada, a su vez, por una línea ondulada (Bikai 1978: 65, pl. XXXIX: 20; Leonard 1994: 120, n° 1778). La mayoría de autores coinciden en identificar este ejemplar con los tipos Fs 285 y 286, fechables respectivamente en el Heládico Tardío IIIC tardío o en el Submicénico (Bikai 1987a: 65; Coldstream-Bikai 1988: 38; Gilboa 2001: 278; Furumark 1972: 51, 634-635, Fs 285; Mountjoy 1986: 190-192, fig. 254: 4, 5, Fs 285; cfr. con *ibid* p. 200, fig. 269: 3, Fs 286).

No obstante, sobre la base de las características formales, sobre todo la forma abierta del borde, pensamos en la idoneidad de ubicarlo en el primero de los periodos citados (véase, sobre todo Furumark 1972: 51), una fecha relativa apoyada, aunque con dudas, por Leonard (1994: 120, n° 1778), y no compartida por Gilboa y Sharon, autores que, basándose en Sherrat, no descartan incluso una fecha posterior, en el Proto-Geométrico Inicial (Gilboa-Sharon 2003: 44, nota 7). Con todo, y ante este panorama, no entendemos la fecha indicada por Warren y Hankey, autores que hablan de un Heládico Tardío III C inicial (Warren-Hankey 1986: 163), una fecha relativa a todas luces incorrecta. Destaca, finalmente, la aparición en Tel Afis de un ejemplar similar, en un contexto del Hierro Inicial (Magazzù 2002: 72, fig. 32: 2; para los cuencos acampanados en Tel Afis, véase Bonatz 1998: 212-216).

Por consiguiente, y a pesar de que para algunos autores sea *'chronologically speaking, quite meaningless'* (Gilboa 2001: 294), los datos que proporciona el estrato XIV, tanto en lo relativo a las jarras de anillo en el cuello como en las asociaciones con materiales de otras procedencias, indicarían que nos encontramos en la fase de formación de estas jarras (Bikai 1978: 56). A los contextos chipriotas indicados antes (Alaas, Palaepaphos, Khirbet-Silm), podemos hallar afinidades de este estrato con los de yacimientos tales como el nivel F de Sarepta (Anderson 1988: 386-390, pls. 29 a 30), los niveles del Hierro IA e inicios del Hierro IB de Dor (Gilboa 2001: 293-294, 368-370; Gilboa-Sharon 2003: 44-45), el nivel 6 de Tel Miqne-Ekron (Killebrew 1998), el estrato XI de Tel Qasile (Mazar 1985), o el nivel 9c de Tel Keisan (Humbert-Briend 1980: 216-227, pls. 67 a 80), entre otros.

En lo referente a esta primera fase, no obstante, quedarían algunas cuestiones que necesitan ser resueltas. Es el caso, por ejemplo, del lugar en el que esta transición tuvo lugar y quién la realizó.

Por lo que respecta a los yacimientos chipriotas antes mencionados, los ejemplares han sido considerados como importaciones procedentes del continente. No obstante, en la costa no abundan los ejemplares que puedan ser clasificados sin lugar a dudas en esta fase (a), a la vez que su aparición no es homogénea geográficamente. Las únicas excepciones que conocemos serían el ejemplar procedente de la necrópolis de Khirbet-Silm, bícromo y del que desconocemos las características de su contexto de origen, las jarras provenientes del nivel F2 de la ciudadela de Hama, y, finalmente, la jarra del nivel 5 de Tel Kazel. Es preciso, por consiguiente, recoger más información.

Otra cuestión es el porqué de su aparición. La primera impresión que recibimos es la de estar frente a un híbrido, resultado de combinar varias formas y categorías cerámicas de diversos orígenes culturales y datables en el Bronce Tardío, principalmente chipriotas y micénicas. Esta es la base, además, de nuestra disconformidad en asimilar las jarras de cuello anillado con las cantimploras. La prueba sería la ya indicada existencia de estas dos formas cerámicas distintas. Por lo tanto, si comparamos ambas formas, frente a las patentes diferencias formales (el número de asas, el mantenimiento de los cuerpos lenticulares en el caso de las cantimploras, frente a la

tendencia globular de las otras, y la existencia en éstas del anillo en el cuello, del que carecen las cantimploras tanto en el Bronce Tardío como en el Hierro), no creemos válido usar el patrón decorativo que ambas formas cerámicas comparten como argumento para relacionarlas tipológica y funcionalmente. Este es un argumento que subyace en la mayoría de argumentaciones. No obstante, a pesar de que sobre la base de fragmentos es difícil distinguir entre una forma y otra, Anderson ya demostró en su momento que el de los círculos concéntricos es un recurso decorativo útil en superficies curvadas, ya fuese cóncavas o convexas (Anderson 1988: 335-336, *Style III*).

Finalmente, somos conscientes de que tratar las razones de su nacimiento como tipo formal significaría adentrarnos en un terreno que iría más allá del propósito de este trabajo de investigación. Con todo, la existencia en estos momentos del Hierro Inicial de un contenedor nuevo, que combina características formales y decorativas de contenedores del pasado, nos hace pensar en un intento por parte de alguien de reflatar el comercio en contenedores de tamaño medio característico del Bronce Tardío chipriota y micénico (*Base-Ring ware*, *Red Lustrous ware* y jarras lenticulares micénicas), truncado como consecuencia de los acontecimientos acaecidos a fines del siglo XIII e inicios del XII a. C. (en este sentido, aunque con argumentos algo diferentes, véase Gilboa 1999 y 2001: 368-388).

El 'Horizonte de Kouklia' (estratos XIII a X)

Las jarras de cuello anillado propiamente dichas marcan el inicio del 'Horizonte de Kouklia' de Bikai (1987: 58-62). Los estratos tírios que corresponden a este horizonte son cuatro, los comprendidos entre el XIII y el X (Bikai 1987: 66, 68, tabla 2), y, en lo que respecta a las jarras de cuello anillado, las fases son tres: b, c y d (véase Figura 6.4).

Los estratos de este horizonte, al menos en Tiro, presentan importaciones procedentes de Chipre y el Egeo (Figura 5.10). Por lo que respecta a las primeras, los ejemplares del estrato XIII representarían, según Gilboa, el Chipro-Geométrico I medio, mientras que los primeros indicios del Chipro-Geométrico II se pudieron dar en el estrato XII. Finalmente, es posible que los inicios del Chipro-Geométrico III estén reflejados en el estrato X (Gilboa 2001: 351, 354). Las categorías cerámicas que aparecen representados a lo largo de estos estratos son, aparte de algunas propias del Bronce Tardío (*Base-Ring*, *Monochrome*, *White-Slip* o micénica), la *White-Painted*, la más abundante a lo largo de estos estratos, y exclusiva, junto a la *Bucchero*, en los primeros momentos. Otras categorías que aparecen a partir del estrato XII serían la *Bichrome* y, finalmente, la *Black-on-Red*, aunque la aparición de esta última en el substrato XIII-1 ha sido puesto en duda, creemos que injustamente, por Gilboa (2001: 290-291; Gilboa-Sharon 2003: 46).

Hay, sin embargo, un ejemplar que no ha sido recogido por ningún autor como una posible importación. Se trata de un fragmento de panza aparecido en el estrato XIII-1, el cual estaba recubierto de un engobe claro y que presentaba una triple línea ondulada pintada en color oscuro (Bikai 1978: pl. XXXIV: 6). Nosotros pensamos que, sobre la base fundamentalmente del tratamiento de la superficie y del motivo decorativo, nos encontraríamos ante una importación


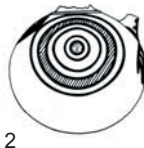
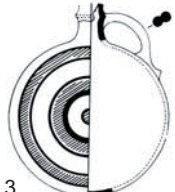






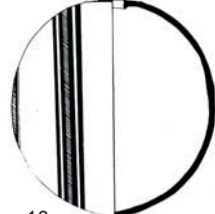

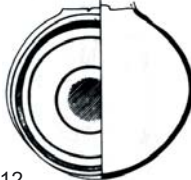

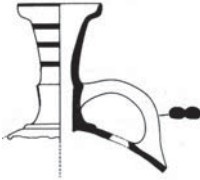

Estratigrafía de Tiro	Jarras de cuello anillado
XIII	<p>2</p>  <p>1</p>
	<p>1</p>  <p>2</p>  <p>3</p>  <p>4</p>
XII	 <p>5</p>  <p>6</p>
X	<p>2</p>  <p>7</p>  <p>8</p>  <p>9</p>  <p>10</p>  <p>11</p>  <p>12</p>  <p>13</p>
	<p>1</p>  <p>14</p>  <p>15</p>

Figura 6.8. Distribución de las jarras de cuello anillado en los estratos de Tiro correspondientes al "Horizonte de Kuklia" (Bikai 1978, 1987). No a escala.

chipriota, posiblemente del Chipriota Tardío IIIB, en este caso perteneciente a la categoría cerámica del *Proto White-Painted* (Gjerstad 1944: 75, fig. 1: 16-18, fig. 2: 15 y fig. 5: 1-3 y fig. 10: 3-4 y 7; Furumark 1944: 240ss., fig. 11: 3, figs 13 y 14; Desborough 1972: 29-63; Åström 1972: 424) o del Chipro-Geométrico I (Gjerstad 1948: 51, fig. V: 9, 11, 14).

Por lo que respecta a las importaciones de origen egeo, éstas no aparecen hasta el estrato XI (Figura 5.10). Se trata de tres fragmentos, uno perteneciente a un skyphos del Protogeométrico Tardío (Bikai 1978: pl. XXX: 3; Coldstream-Bikai 1988: 39, nota 47; Nitsche 1986/87: 12, 15-16), y el segundo a una ánfora decorada de asas horizontales sobre el hombro fechable en la transición entre el Protogeométrico Medio al Tardío, de la que parece que se halló un fragmento adicional en el estrato IX (Bikai 1978: pl. 30: 1, del estrato XI, además de pl. 21: 7, del estrato IX; Nitsche 1986/87: 12-13, fig. 1). El tercer fragmento ha sido cuantificado, aunque no ilustrado. Se trataría de un skyphos decorado con semicírculos pendentos o *PSC*, lo que indicaría que este estrato bien pudiera abarcar, puede que sólo en parte, el periodo SubProtogeométrico. No obstante, la relevancia de este fragmento ha sido puesta en duda por algunos autores (Nitsche 1986/87: 17).

La fase (b) representa uno de los momentos más característicos de la cerámica fenicia: el de las jarras globulares con decoración concéntrica bícroma consistente en bandas de color rojo flanqueadas por ambos lados por filetes negros, todo ello acompañado, además, por motivos geométricos debajo del arranque inferior del asa y en el lado opuesto a ésta (Bikai 1978: 37; Anderson 1988: 335-336, *Style III*; Gilboa 1998: 418-423; *idem* 1999: 2-12; *idem* 2001: 371-380; Gilboa-Sharon 2003: 33-34). Hemos visto antes que las jarras que presentan este patrón decorativo fueron clasificadas por Bikai en su tipo 10, el cuál experimenta a lo largo de estos estratos el momento de mayor representatividad (véase Figura 6.7), con una media entre ellos de un 3, 52 % del total de diagnósticos. También se mantienen en un nivel constante los bordes del tipo 9, siendo una novedad los bordes de labios cortados, el tipo 8 de Bikai, los cuales aparecen en el subestrato XIII-1, manteniéndose en unos números más bajos que los del tipo de borde anterior.

Sobre la base de los ejemplares ilustrados en la publicación, parece que en el estrato XIII en su conjunto sólo aparecen jarras propias de la fase (b) (Figura 6.7 y 6.8). Esto parece estar corroborado por el número de bases del tipo 14, que en los subestratos XIII-2 y 1 es del 0, 35 y 0, 74 % respectivamente. Estos números bajos podrían indicar, incluso, que estos ejemplares bien podrían haber pertenecido a otros tipos cerámicos. Por el otro lado, a excepción del ejemplar del subestrato XIII-2, que parece carecer de decoración pintada, el patrón decorativo es el bícromo descrito anteriormente.

La exclusividad de las jarras de base inestable en esta fase inicial del Horizonte de Kouklia está atestiguada en contextos foráneos. Ya hemos mencionado antes el caso de la tumba 58 de Palaepaphos, en el que encontrábamos una jarra de la fase (a) (Figura 6: 7). Destaca que con ella aparecieron dos jarras plenamente globulares, una fenicia (Figura 6: 11; Karageorghis 1983: 122, n° 130, pl. LXXXVIII, fig. CVIII) y otra chipriota de la categoría cerámica *White-Painted I* (Karageorghis 1983: 117, n° 51, pl. LXXXVIII, fig. CVIII). Una tumba contemporánea a ésta

es la 132 de la misma necrópolis, la cual presenta una combinación de jarras similar, con una de la fase (a) (Flourentzos 1997: 38, pl. XXXII), y otra de la fase (b) (Flourentzos 1997: 208, pl. XXXII). De ellas destaca, desde el punto de vista secuencial, su similitud, a pesar de la diferencia de ubicación del asa. Esta semejanza es patente, principalmente, en la forma del borde.

No obstante, hay contextos más o menos contemporáneos que ya muestran sólo ejemplares pertenecientes a la (b), como la tumba I de Salamis, fechada en el tránsito entre el Chipriota Tardío IIIB2 y el Chipriota Geométrico I (Yon 1974: 95). En ella nos encontramos con una jarra de cuello anillado que fue clasificada en el *Proto White-Painted Bichrome* (Figura 6.6: 10; Yon 1971: 43, pl. 26: 85), y podría ser considerada como inicial dentro de esta fase. Junto a ella aparecieron otras dos plenamente globulares, una bícroma (Yon 1971: 45, n° 93, pl. 27), y una segunda recubierta con engobe rojo y decorada con bandas concéntricas blancas flanqueadas por filetes negros (Yon 1971: 45, n° 94, pl. 27), una jarra que es muy similar a una de las que aparecieron en la tumba 58 de Palaepaphos (Karageorghis 1983: 122, n° 130, pl. LXXXVIII, fig. CVIII).

Otro contexto chipriota datable en el Chipriota-Geométrico I es la tumba 49 de Palaepaphos, y lo que nos interesa ver en ella es que todos los ejemplares de jarra de cuello anillado son del tipo inestable, habiéndolas de origen fenicio (Figura 6.6: 12; Karageorghis 1983: 65-66, nos. 67, 73, 74 y 76, pls. LV y LVI, figs. LXXIX-LXXX) y chipriota (Karageorghis 1983: 65-66, nos. 60, 62, 64, 65, 66, 68, 69, 70, 71, 72 y 75, pls. LIV-LVI y figs. LXXIX-LXXXI).

Cabe resaltar, finalmente, que, como hemos visto en la última tumba, el repertorio chipriota adoptó y adaptó esta forma cerámica a su propio repertorio durante el Chipriota-Geométrico I. De este modo, contamos junto a las jarras globulares inestables, con una variante propiamente chipriota, las jarras en tonel (*barrel-jugs* en la literatura anglo-sajona; Gjerstad 1960: 114, fig. 7).

En el continente hay algunos contextos que pertenecen a este momento. Podríamos citar los niveles pertenecientes al Hierro Ib en Tel Dor, en los que se recogieron importaciones chipriotas del Chipriota-Geométrico I (Gilboa 1989; *idem* 1998; *idem* 1999; *idem* 2001: 350-353; Gilboa-Sharon 2003: 33-34), aunque mejores ejemplares son los que ofrecen otros yacimientos tales como el nivel 9a-b de Tel Keisan (Humbert-Briand 1980: 206-215, figs. 57-66, véase especialmente la fig. 62), o el nivel X de Tel Qasile (Mazar 1985: 67-69, fig. 41: 11, 13 y fig. 45: 15), del que destaca, especialmente, la presencia de un ejemplar que es casi idéntico formal y decorativamente a dos ejemplares, ya indicados antes, procedentes respectivamente de la tumba 58 de Palaepaphos (Karageorghis 1983: 122, n° 130, pl. LXXXVIII, fig. CVIII) y la tumba I de Salamis (Yon 1971: 45, n° 94, pl. 27). También podemos indicar, por último, los dos ejemplares hallados en el estrato IVA, periodo 1, de Tel Abu Hawam (Balensi 1980: pl. 17 y 73: 249, 250).

Teniendo en cuenta los contextos mencionados, pensamos que la jarra que aparece en el estrato XIII-2 (Figura 6.8: 1) bien podría pertenecer a un momento inicial dentro de la fase (b). La forma de la mitad superior del cuello, relativamente corta podría indicar esta fecha. Por el contrario, las jarras pertenecientes a esta fase aparecidas en los sucesivos estratos (XIII-1 a X-2; Figura 21: 2, 3, 9, 10, 12), pertenecerían al tipo que podríamos definir de 'clásico'.

De las jarras de la fase (b) surgió una tercera variante, cuya principal diferencia con los ejemplares del estadio anterior es una base estable, por lo general anular. Sería la fase (c). En Tiro estas jarras aparecen atestiguadas con seguridad en el estrato XII, aunque el aumento importante de las bases del tipo 14 ocurre en el estrato siguiente, el XI, que pasa de un 0,52 % en el primero a un 1,07 % en el segundo. Por su parte, en el último estrato representativo del horizonte de Kouklia en Tiro, el estrato X, los porcentajes son del 1,24 % en el subestrato X-2 y del 1,14 % en el subestrato X-1.

Desde el punto de vista formal, el primer ejemplar ilustrado (Figura 6.8: 5; Bikai 1978: pl. XXXI: 15), presenta unas características cercanas a las que son propias de las jarras de base inestable. El momento secuencial exacto en el que esta variante aparece es incierto. No obstante, en el caso del estrato XII de Tiro nos encontramos con importaciones del Chipro-Geométrico I y II (Figura 5.10).

El siguiente estrato del que tenemos ilustraciones es el X-2. En él, junto a jarras de base inestable (Figura 6.8: 9, 10, 12), nos encontramos con otras de base estable que han experimentado un desarrollo tipológico relevante (Figura 6.8: 7, 8). Se trata de un cambio en las proporciones de cuellos y cuerpos, según el cuál, los primeros tienden a hacerse más altos, a la vez que los cuerpos comienzan a hacerse más pequeños. Entre ellos, el estrato XI es importante por haber proporcionado importaciones del Chipro-Geométrico II, del Proto-Geométrico Medio y Tardío e, incluso, posiblemente de inicios del Sub-Protogeométrico, tal y como hemos indicado antes. Por lo tanto, estos datos parecen indicar que el cambio hacia las jarras de la fase (c) se dio en algún momento de las postrimerías del Chipro-Geométrico I o muy a inicios del II.

Estos datos parecen estar corroborados en otros contextos fuera de Tiro. Un reflejo del momento en el que el cambio tuvo lugar podría ser la presencia de jarras de base estable en el repertorio chipriota durante el Chipro-Geométrico I (Gjerstad 1948: 60, fig. VIII: 14, *Bichrome ware*). No obstante, un contexto que podría corroborar esta fecha relativa es el estrato IV de Tel Hadar. Ya hemos hecho referencia a este yacimiento anteriormente, y especialmente a la presencia del lebes del Proto-Geométrico Medio/Tardío. No obstante, ahora nos interesa especialmente señalar la existencia en este estrato, según parece, de jarras de la fase (c) (véase Kopcke 2003: 113), aunque podríamos destacar, además, que tanto el lebes de Hadar IV como la jarra estable de Tiro XII comparten una cruz de Malta como motivo decorativo en el centro de los círculos concéntricos. Estos datos, junto al proporcionado por la secuencia chipriota, podrían ser utilizados como punto de referencia, aunque, lógicamente, con reservas.

Hay, sin embargo, un contexto que claramente corrobora lo mostrado por los estratos XII y XI de Tiro, además de Tel Hadar IV. Es una tumba hallada en Amathus (Desborough 1957), fechada en el Chipro-Geométrico II, y en la que apareció una jarra fenicia de la fase (c) (Figura 19: 13; Desborough 1957: 213, fig. 2a), acompañada de cerámicas egeas del Proto-Geométrico Tardío, en este caso, un skyphos y una taza de pie cónico (Desborough 1957: 214, fig. 4a, b; Coldstream 1987: 22-23, pl. X y XVIII: Lim 46/3 y 4; *idem* 2000: 21; Coldstream-Bikai 1988:

39, nota 50). Por lo que se refiere a las características formales y decorativas de la jarra estable hallada en esta tumba, cabe indicar que son similares a las del ejemplar de Tiro XII. Tan sólo sería reseñable que su cuerpo muestra una cierta compresión por el eje vertical, visible, sobre todo, en la mitad inferior del cuerpo. Finalmente, esta fecha secuencial estaría apoyada por la tumba 22 del cementerio Palia Perivolia de Lefkandi (Popham-Sackett-Themelis 1980: 149-151, 421, pls. 137-140), datada en el Proto-Geométrico Tardío, y en la que apareció una jarrita en barril chipriota muy similar a la que apareció en el estrato XII de Tiro, clasificada en la *Bichrome II ware* (Popham-Sackett-Themelis 1980: 150, n° 19, pl. 137; Bikai 1978: pl. XXXII: 7). Por consiguiente, ubicar dicho estrato y sus materiales dentro del Proto-Geométrico Tardío estaría probado.

Otros contextos relevantes provienen también de Amathus. Es el caso de la tumba 329, fechada en el Chipro-Geométrico II (Bikai 1987: 9, fig. V; Tytgat 1989: 202), en la que, además, aparecieron dos cantimploras (Bikai 1987: 11, nos. 82 y 83), la tumba 333, también fechada en el Chipro-Geométrico II (Figura 6.6: 14; Bikai 1987: 9, n° 66, pls. V y XXIV; Tytgat 1989: 202), y la tumba 370, con una asociación similar a la de esta última, a la que habría que añadir una jarra inestable de la fase (b) (Bikai 1987: 7, 9 y 11, nos. 34, 67 y 84, pls. V y XXIV). De esta última tumba hemos de destacar, sin embargo, un detalle, ha sido fechada a fines del Chipro-Geométrico II, posiblemente abarcando, incluso, los inicios del III (Tytgat 1989: 203). Esta fecha relativa es importante, ya que el subestrato X-2 de Tiro ha presentado una combinación de materiales similar (Figura 5.10).

Ya hemos indicado antes que en este estrato X-2 se observan cambios importantes en las jarras de cuello anillado estables, especialmente la reducción proporcional del cuerpo y el alargamiento de los cuellos. Además, las importaciones chipriotas muestran los primeros indicios de la llegada del Chipro-Geométrico III. Así las cosas, los niveles del Hierro I/II de Tel Dor nos pueden servir ahora de referencia, puesto que en ellos encontramos asociaciones similares a las de este estrato y la tumba 370 de Amathus. De este modo, junto a una jarra algo anterior secuencialmente hablando que las de Tiro X-2 (Figura 6.6: 15; Gilboa 2001: pl. 5.64: 4; Gilboa-Sharon 2003: 22, fig. 11: 6), encontramos jarras globulares inestables (Gilboa 2001: pl. 5.64: 5; Gilboa-Sharon 2003: 22, fig. 11: 5), así como importaciones chipriotas del Chipro-Geométrico Ib-II (Gilboa 2001: 353-358; Gilboa-Sharon 2003: 35, 67-72), y un fragmento de taza del Proto-Geométrico Tardío parecida a la hallada en el contexto de Amathus citada antes (Gilboa-Sharon 2003: 22, 35, fig. 11: 19). Teniendo en cuenta estos datos, hay ciertos aspectos de orden secuencial entre este nivel y el X-2 de Tiro que debemos poner aquí de manifiesto.

Este nivel del Hierro I/II en Dor ha sido considerado como anterior a la aparición de cerámicas del Chipro-Geométrico III y sería, por consiguiente, 'pre-*Black-on-Red*' (Gilboa-Sharon 2003: 66). No obstante, si tenemos en cuenta las jarras e importaciones de los estratos XI y X-2 de Tiro, nos encontramos con una situación ligeramente distinta. Con los datos en la mano, el primero de estos dos estratos ha proporcionado, junto a materiales del Proto-Geométrico Medio y Tardío, el primer caso de cerámica del Sub-Protogeométrico, mientras que el segundo, además

de mostrar indicios hacia el Chipro-Geométrico III, es el último nivel 'pre-*Black-on-Red*' en Tiro, y marca los primeros indicios del tránsito hacia la fase (d) de las jarras de cuello anillado (véase especialmente la Figura 6.6: 8).

Así mismo, cabe indicar que la jarra estable de Dor estaría, secuencialmente hablando, en un lugar intermedio entre las del estrato XII y X-2 (comparar la Figura 6.6: 15 con la Figura 6.8: 5, del estrato XII, 7 y 8, estos dos del estrato X-2). Por consiguiente, pensamos que el nivel del Hierro I/II de Dor sería, más bien, contemporáneo del estrato XI de Tiro, y lógicamente, posterior a su estrato XII. Por esta razón indicamos anteriormente que los fragmentos de cerámica del Proto-Geométrico Tardío de Dor podrían haber aparecido en un estrato posterior al que lo generó (véase, más arriba, en el apartado dedicado a la crono-secuencia egea), algo que puede haber sucedido también en el caso de los ejemplares proto-geométricos del estrato XI de Tiro.

Estas precisiones tienen su sentido lógico. Ya vimos que Coldstream (1999), ha propuesto que el tránsito desde el Chipro-Geométrico II al III se efectuó más o menos contemporáneamente al del paso del periodo Proto-Geométrico al Geométrico en el Egeo. Los datos ofrecidos por los estratos XI y X-2 de Tiro podrían corroborar en parte esta propuesta. Además, que en Dor no aparezcan juntos materiales del Sub-Protogeométrico inicial con otros del Chipro-Geométrico II no significa que esta asociación no se pueda dar en otros lugares. Es más, la evidencia indicaría, incluso, que la transición entre el Chipro-Geométrico II y el III se dio en los primeros momentos del Sub-Protogeométrico o, lo que es lo mismo, a inicios del Geométrico Inicial. El ejemplo estaría representado principalmente por la presencia en el estrato X-2 de cerámicas tanto del Chipro-Geométrico II como del III. Así del primero de estos dos periodos podríamos mencionar dos ejemplares de plato cuyas características, sobre todo decorativas, se ajustan a los cánones del Chipro-Geométrico II, especialmente las paredes exteriores libres de pintura (Bikai 1978: pl. XXVIII: 4 y 6; Gjerstad 1948: 55-56), mientras que del segundo nos encontramos con dos jarras en barril de la categoría White-Painted (Bikai 1978: pl. XXVIII: 1, 2), fechados originariamente en el Chipro-Geométrico II, aunque creemos que estarían mejor en el Chipro-Geométrico III (compararlas con Gjerstad 1948: fig. XIX: 1).

Por otro lado, el estrato X-2 podría servir también de referencia al momento de inicio de la categoría cerámica chipriota del *Black-on-Red*. Reconsideremos lo dicho hasta ahora. Este estrato debe ser fechado en el ámbito cronológico ocupado por el Sub-Protogeométrico egeo y en él, además, contamos con las primeras manifestaciones del Chipro-Geométrico III. También hemos visto que es el último nivel pre-*Black-on-Red* en Tiro, y secuencialmente posterior a los niveles del Hierro I/II de Dor. Pues bien, hemos de poner de manifiesto la similitud de una de las jarras halladas en el estrato X-2 de Tiro (Figura 6.8: 7; Bikai 1978: pl. XXV: 7), con otra aparecida en la tumba 55 de Palaepaphos (Figura 6.9: a; Karageorghis 1983: 109, n° 25, pl. LXXIX). La mayor diferencia entre ambas, aparte de la categoría cerámica del ejemplar chipriota (*Grey-Polished ware*), está en las proporciones de sus atributos formales, especialmente el tamaño del borde de la última. Este hecho nos haría pensar que, desde un punto de vista secuencial, la jarra chipriota



Figura 6.9. Jarras procedentes de la necrópolis de Palaepaphos-Skales. (a) tumba 55, (b) tumba 63 (Karageorghis 1983).

sería ligeramente posterior al ejemplar tírio. No obstante, este hecho adquiere mayor relevancia si vemos que el contexto funerario chipriota se fecha a fines del Chipro-Geométrico II o inicios del III y que en él, además, apareció un cuenco del *Black-on-Red* inicial (Karageorghis 1983: 108, pl. LXXIX). Otra tumba de la misma Palaepaphos confirmaría esta asociación de manera definitiva. Se trata de la tumba 63, datada entre el Chipro-Geométrico II e inicios del III (Karageorghis 1983: 147-152). En ella apareció, junto a un cuenco *Black-on-Red* similar al de la tumba 55 (Karageorghis 1983: 150, n° 47, pl. CII; véase, además, los cuencos nos. 8, 11 y 16, de la *Red-Slip* II-III los dos primeros y de *Bichrome Red* III el tercero, *ibid.* págs. 148-149, pl. CII), dos jarras de la misma categoría cerámica, por un lado una jarrita en barril (Figura 6.9: b2; Karageorghis 1983: 150, n° 32, pl. CII) y, por el otro, una jarra muy similar a la hallada en la tumba 55 (Karageorghis 1983: 149, n° 22, pl. CII; Figura 22: b1). En este sentido, cabe indicar que Schreiber considera esta tumba como inicial dentro del desarrollo del *Black-on-Red* (Schreiber 2003: 257).

Por consiguiente, podemos decir con una cierta seguridad, que el inicio de la cerámica *Black-on-Red* chipriota es contemporánea al estrato X, y que sucedió en un momento contemporáneo al periodo Sub-protogeométrico I-II. Estos hechos validarían, por otro lado, la relevancia del fragmento de cerámica *Black-on-Red* aparecida en el subestrato X-1, y, además, marcan el inicio

de la fase (d) de las jarras de cuello anillado, propia de los primeros momentos del 'Horizonte de Salamis' de Bikai. De este hecho nos ocuparemos más adelante.

Ahora bien, antes de continuar, debemos mencionar una serie de ejemplares aparecidos en diversos contextos continentales, que contradicen la estructura evolutiva de las jarras de cuello anillado que mantenemos.

El primer caso sería la tumba 90 de Beth-Shan, en la que aparecieron dos jarras de cuerpo ovoide, cuello corto y anillo en la unión del asa con éste (Figura 6.6: 9; Oren 1973: 226-227, fig. 44b: 18, 19). Junto a estas dos jarras aparecieron, además, cerámicas micénicas, algunas del llamado *Simple Style*, datables todas ellas a fines del Heládico Tardío IIIB (Oren 1973: 226-227, fig. 44b: 22, 23, 24, 25; Leonard 1994: 7, 61, 65 y 66, nos. 745, 820, 821 y 828). Este conjunto indicaría, por consiguiente, que ya a fines del Bronce Tardío existían jarras de cuello anillado completamente desarrolladas. No obstante, habría que tener en cuenta la presencia de otras tumbas del mismo periodo que han proporcionado jarras lenticulares de una sola asa de origen micénico, por ejemplo, la tumba 219 (Figura 19: 3, Figura 23; Oren 1973: 236-243, figs. 48, a, b, c y 49; Leonard 1994: 38, 56, 66, 80, nos. 457, 670, 671, 672, 675, 824, 678, 1203, 1204) o la tumba 221 (Oren 1973: 232-235, figs. 47a y b; Leonard 1994: 56, 80, nos. 677, 668, 1205).

Por otro lado, jarras similares a las de la tumba 90 de Beth Shan han aparecido en tres contextos de fecha posterior. El primer caso fue hallado en el estrato II de 'Izbet Sartah (Finkelstein 1986: 66-67, fig. 15: 16), un estrato datado por sus excavadores a fines del siglo XI a. C. De fecha similar es el segundo contexto. Se trata, en concreto, de la tumba C.3 de Akhziv, en el que apareció una jarra muy similar formalmente a las anteriores (E. Mazar 2001: 18, 157-159, fig. 5: 1). El tercer, y último caso, proviene de la tumba 10 de Amathus, datable en el Chipro-Geométrico I (Gjerstad et al. 1935: 66, nº 53, pl. XVI: segunda hilera, tercera jarra por la izquierda).

Hemos indicado que la evidencia proveniente de la tumba 90 de Beth Shan ubicaría el inicio de las jarras de cuello anillado completamente desarrolladas formal y decorativamente en la transición entre los siglos XIII y XII a. C. Sin embargo, los datos recogidos en las otras tumbas contemporáneas en la misma Beth Shan mencionadas aquí, así como los otros tres casos nos hacen pensar, con toda cautela, que las dos jarras en cuestión son intrusiones posteriores al momento de utilización original de la tumba. Una prueba que podría confirmar de manera definitiva el carácter intrusivo de las dos jarras de cuello anillado sería una jarrita (Oren 1973: 226-227, fig. 44b: 20), que cuenta con un paralelo exacto en un enterramiento hallado en Har Yona, en la Nazaret alta (Alexandre 2003: 185 fig. 2: 8). La fecha que se le ha dado al enterramiento corresponde a la transición entre el Hierro IB y el IIA de la secuencia israelí (Alexandre 2003: 187-188).

Podría ser distinto el caso de la tumba 108 de Tel Es-Sa'idiyeh (Figura 6.11; Pritchard 1980: 18, 48-49, fig. 11). Este contexto sería fechable en el Bronce Tardío II si tomamos como referencia la vasija bicónica hallada en él (Pritchard 1980: 48-49, fig. 11: 2; Amiran 1969: 150, pl. 47: 10), pero lo que más destaca es una jarra de tendencia lenticular, cuya asa arranca desde el

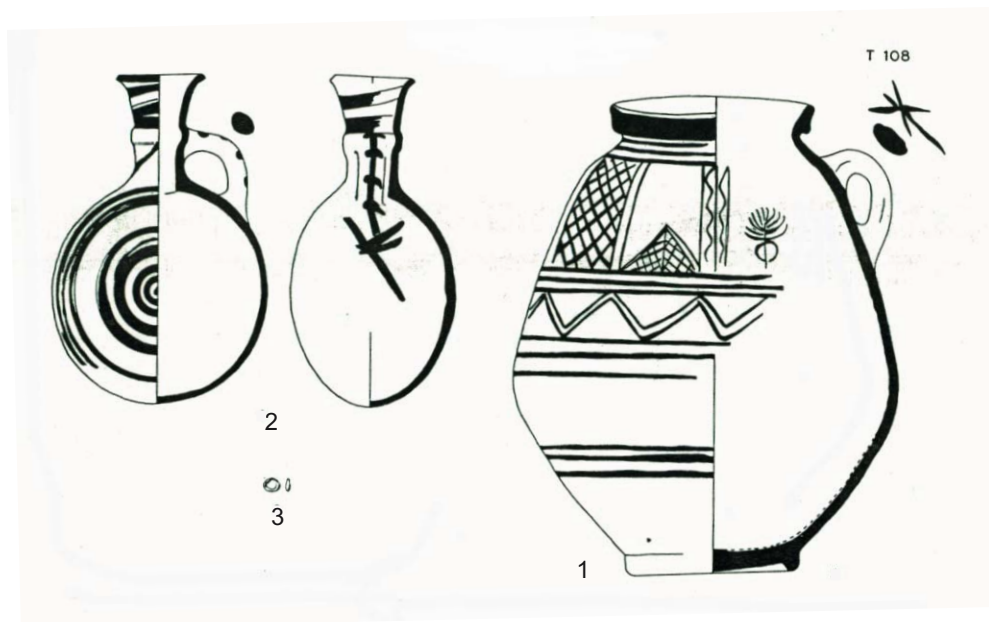


Figura 6.10. Tumba 108 de Tel es-Sa'idiyeh (Pritchard 1980: 48-49, figura 11).

hombro de uno de sus lados estrechos y llega al anillo que divide su cuello (Pritchard 1980: 48-49, fig. 11: 1). Su decoración es la común en estos casos, es decir, los círculos concéntricos en cada uno de sus lados mayores, aparte del motivo que aparece debajo del arranque inferior del asa, similar a la letra 'alfa' (Pritchard 1980: 7).

Si esta asociación de materiales hallada en Tel Es-Sa'idiyeh es homogénea cronológicamente, esta jarra representaría la migración ya en el Bronce Tardío o en sus momentos finales, del asa desde uno de los lados anchos a uno de los estrechos. Otra consecuencia sería, además, que dicha migración pudo haber sucedido en Palestina, si tenemos en cuenta que sería el caso más antiguo registrado. Por ello, y a diferencia del caso anterior, pensamos que esta asociación de materiales debe ser tomada en mayor consideración. Sería fácil denegarle cualquier relevancia diciendo que, como la asociación no se ajusta a nuestro esquema, la vasija bicónica era una antigüedad en el momento de su colocación en la tumba. No obstante, pensamos que la posibilidad más verosímil sería explicar la presencia de esta vasija bicónica por el carácter transicional de su deposición, en el que rasgos antiguos se entremezclan con otros nuevos. Un ejemplo serían dos jarras bicónicas tardías provenientes del estrato VIIA de Megiddo (Loud 1948: pl. 67: 17; Finkelstein-Ussishkin-Halpern 2000: 235, fig. 10.9: 8; *ibid*: 234, fig. 10.11: 3), cuyo límite inferior está marcado, como hemos visto antes, por el pedestal que presentaba el nombre del faraón Ramsés VI, es decir, a fines del siglo XII a. C. Con todo, hemos de indicar la existencia de jarras bicónicas en el nivel F-5 de las nuevas excavaciones, equiparable al estrato VIA (Finkelstein-Zimhoni-Kafri 2000: fig. 11.3: 6). En este nivel apareció, además una jarra globular, posiblemente propia de nuestra fase (b) (Finkelstein-Zimhoni-Kafri 2000: fig. 11.3: 7). Por consiguiente, es probable que la citada tumba 106 de es-Sa'idiyeh debiera ser ubicada entre los estratos VIIA y VIA de Megiddo. Quizás el estrato VIB pudiese ser el candidato más idóneo para coincidir con nuestra fase (a) y los momentos iniciales de la fase (b).

El 'Horizonte de Salamis' (estratos IX a IV)

El segundo de los horizontes definidos por Bikai, el de 'Salamis', es posiblemente uno de los más complejos. La causa es la naturaleza del momento secuencial que engloba (Bikai 1987: 50-53). En efecto, estamos una fase de plena transición, en el que los cambios formales y decorativos tienen lugar, al parecer, rápidamente, y que puede ser sintetizado diciendo que en ella presenciamos el paso desde el predominio de la decoración bícroma hacia el del engobe rojo en las cerámicas.

Hemos de tener en cuenta que, junto a las propias características del periodo, con cambios continuos en lo formal y decorativo en todo el repertorio fenicio, hemos de añadir un segundo problema, consistente en la naturaleza del registro arqueológico que debemos manejar. Además, el panorama se ve empeorado, más si cabe, por la dificultad en usar en este momento otras secuencias como la griega o la chipriota. En el caso de la primera seguimos enfrentándonos con una escasez de importaciones, mientras que en el de la secuencia chipriota, ya indicamos el importante problema de definición de las fases implicadas, fundamentalmente el Chipro-Geométrico III y el Chipro-Arcaico I. Con todo, hemos de indicar que, por lo que respecta a las importaciones egeas, éstas, aunque escasas, cuentan con una mayor relevancia secuencial que las chipriotas.

En cuanto a los datos obtenidos en Tiro, los estratos IX a IV abarcarían las fases (d) y (e) de las jarras fenicias de cuello anillado. Según parece, las jarras de la primera fase ocupan con seguridad los estratos IX y VIII, mientras que los de la fase (e) estarían representados por el estrato IV. Los niveles que quedan entre medio (VII, VI y V) son de características más oscuras, dada la falta de ejemplares ilustrados, sólo un borde del tipo 8 del estrato V. No obstante, las proporciones entre los diversos tipos presentan una realidad interesante (véase la Figura 6.11).

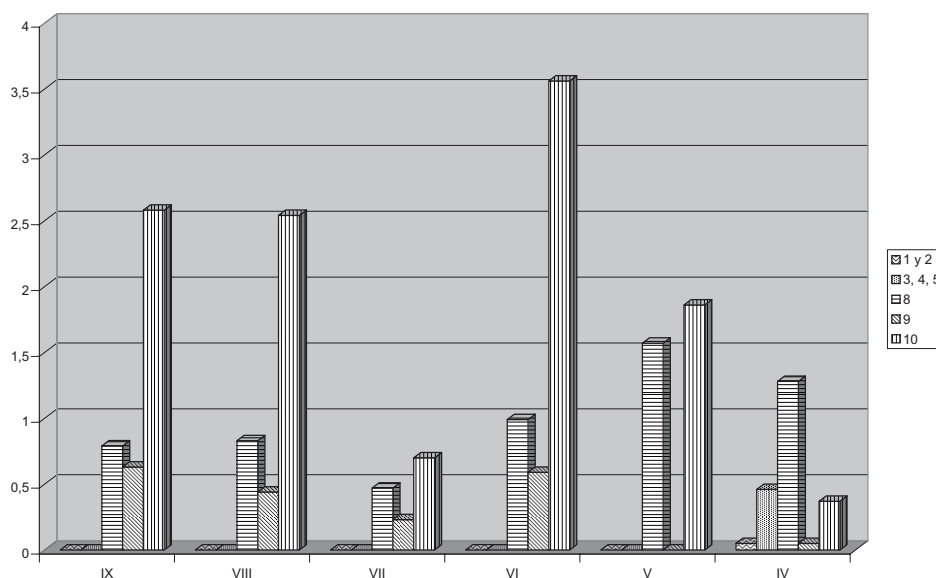


Figura 6.11. Valores de las jarras de cuello anillado a lo largo de los estratos correspondientes al 'Horizonte de Salamis' (basados en Bikai 1978: 34, tabla 6A).

El primer dato que llama la atención es la abundancia de las jarras de tipo 10, el cual se mantiene en unos números altos a lo largo de todo el periodo. La media entre todos los estratos es del 1,9 %, mientras que el máximo lo presenta el estrato VI, y sólo los estratos VII y IV están por debajo de ella. Por otro lado, destaca que las jarras del tipo 8 y 9 invierten sus respectivas tendencias.

Ahora son las primeras las que experimentan un aumento progresivo en su representación, una tendencia que, en el caso de las jarras del tipo 9 disminuye, incluso, en los estratos V y IV se convierte en testimonial. Por último, hemos de destacar que el estrato IV muestra ya la existencia de jarras del tipo 2, 4 y 5, que caracterizan la fase (f) y son propias del 'Horizonte de Kition'. Esto parece indicar que, posiblemente, las jarras de la fase (d) fueron las más frecuentes entre los estratos IX y V, mientras que las representantes de la siguiente fase dominarían sólo durante el estrato IV. Vamos a ver cómo son corroborados los datos tírios por otros provenientes de otros contextos.

Estratigrafía de Tiro	Jarras de cuello anillado
IX	
VIII	
V	
IV	

Figura 6.12. Distribución de las jarras de cuello anillado en los estratos de Tiro correspondientes al "Horizonte deSalamis" (Bikai 1978, 1987). No a escala.

Antes de comenzar el repaso a los datos, hemos de revisar las características generales que muestran las jarras durante la fase (d). Estas características son de naturaleza tanto formal como decorativa. En cuanto a las primeras, hemos de distinguir entre dos variantes básicas, por un lado, jarras de cuerpos globulares y proporcionalmente más pequeños que los cuellos (véase, por ejemplo, Figura 6.6: 17; Bikai 1987: pl. IX: 175). En ocasiones, esta desproporción es exagerada (Bikai 1987: pl. IX: 136). Por su parte, nos encontramos con una segunda variante que conserva unas proporciones más equilibradas entre los cuerpos y los cuellos (Chapman 1972: 70-71, nº 52, fig. 4). Hemos de recordar que, a estas variantes en las proporciones de las jarras, debemos añadir los dos tipos de borde ya mencionados antes (comparar Bikai 1987: pl. IX: nº 176, del tipo 8 de Bikai, con el nº 137 del tipo 9).

Por lo que respecta a las variantes decorativas registradas, nos encontramos, en primer lugar, con la típica decoración consistente en bandas concéntricas rojas enmarcadas por filetes negros. Otro recurso pintado sería la decoración de las panzas con bandas y filetes horizontales, mientras que el espacio del hombro aparece estructurado mediante triglifos verticales (por ejemplo, Chapman 1972: 82, 84, n° 190, fig. 8). Acabados adicionales serían el recubrimiento de las superficies con engobe rojo (por ejemplo, Bikai 1987: pl. X: 160), o bien dejar las jarras lisas (Bikai 1987: pl. IX: 137).

Centrándonos en los datos, ya vimos que el subestrato X-1 marca el cambio desde la fase (c) a la (d). Otra novedad que presentaba dicho nivel era la primera manifestación de la existencia de la categoría cerámica chipriota del *Black-on-Red*, a pesar de las dudas que su aparición despierta en algunos autores.

El nuevo ambiente es evidente en el estrato IX. En él contamos con la ilustración de un ejemplar prototípico de la fase (d) (Figura 6.12: 1), junto a una serie de fragmentos de cuerpos, todos ellos decorados con el patrón típico de las bandas y filetes concéntricos (jarras del tipo 10 de Bikai). Esta evidencia se ve refrendada, a su vez, por la tumba 79 de Lefkandi, un contexto perteneciente al Sub-Protogeométrico II (Popham-Lemos 1996: pl. 79, 103 y 109), y que sería contemporáneo, al menos en parte, del citado estrato IX de Tiro.

En esta tumba eubea aparecieron dos jarras muy similares a las que muestran el estrato IX de Tiro. Por un lado una jarra de cuello alto y borde ahusado y, por el otro, un cuerpo globular con base anular alta y decoración bícroma consistente en círculos concéntricos (Popham-Lemos 1996: pl. 79: A10 y A11, respectivamente; véase también pl. 109: 79A,10 y nuestra Figura 6.6:16). No obstante, las coincidencias no acaban aquí. Los materiales egeos son también similares, especialmente los platos de semicírculos pendentés (comparar Popham-Lemos 1996: pl. 103: 79A,4 y 6 con Bikai 1978: pl. XXIIA: 5, 6). La única diferencia entre ambos contextos sería el fragmento de skyphos griego que aparece en el estrato IX (Bikai 1978: pl. XXIIA: 2), fechado a inicios del Geométrico Medio I (Nitsche 1986/87: 23), aunque, como se ha dicho ya, es probable que la tumba eubea sea contemporánea de una parte inicial del citado estrato. Sólo nos queda la duda de las características de la cerámica *Black-on-Red* de dicho estrato, que no ha sido ilustrada.

En el caso de la tumba de Lefkandi, esta categoría cerámica está representada, primero, por una jarrita de cuerpo achaparrado y, segundo, por una jarrita en barril (Popham-Lemos 1996: pl. 79: A12 y 13, y pl. 109: 79A, 13). Como vimos, estos son tipos característicos de los primeros momentos del *Black-on-Red*. Si recordamos las tumbas 55 y 63 de Palaepaphos, veremos que ambas tumbas mostraban unas jarras similares, tanto en el caso del ejemplar fenicio como las chipriotas (compárese las jarritas de Lefkandi con la Figura 6.9: b2 y 3, de la tumba 63 Palaepaphos-Skales).

Un contexto similar a los dos indicados sería la tumba 223 de Amathus. De ella sólo conocemos la relación de su contenido y su fecha relativa, que es sitúa en el Chipro-Geométrico IIIB (Tytgat 1989: 158-160). De todo el material, seis ejemplares eran de origen fenicio, cinco de los cuales pertenecen a este periodo (Tytgat 1989: 158-160, nos. 20, 22, 24, 47 y 67, pl. IX = Bikai 1987: 14-15, nos. 134, 135, 136, 137 y 138 respectivamente). Todos ellos son jarras de cuello anillado de cuello alto y presentan dos tipos de decoración, cuatro presentan círculos concéntricos bícromos y la restante es lisa. Por otro lado, el ejemplar liso recuerda mucho a la jarra n° 22 de la

tumba 63 de Palaepaphos, ya mencionada antes (Figura 6.6: b1), a la que se podría añadir también una jarra de la tumba 93A de la misma necrópolis (Karagorghis 1983: 348, n° 16, pl. CC).

Un paso adicional en la evolución está representado por el estrato VIII de Tiro. Si bien las proporciones de las jarras del tipo 8 (Figura 6.12: 5, 7), 9 y 10 son similares a las presentadas por el estrato anterior, el momento secuencial es ligeramente posterior. Esto es evidente, sobre todo, desde el punto de vista de las importaciones (véase Figura 5.10). Así, el estrato presenta un fragmento de borde de un skyphos perteneciente al Geométrico Medio I (Bikai 1978: pl. XXIIa: 3; Coldstream-Bikai 1988: 40, nota 65, pl. 80), posiblemente, fechable incluso en la transición entre el Geométrico Inicial II y el Geométrico Medio I (Nitsche 1986/87: 22), periodo al que corresponde el Sub-Protogeométrico IIIa. En cuanto a las importaciones chipriotas, éstas corresponderían al Chipro-Geométrico III, y de ellas destacarían, especialmente, dos fragmentos de borde de jarrita del *Black-on-Red* (Bikai 1978: pl. XXIIa: 9, 10; para la forma, Gjerstad 1948: fig. XXV: 9, 10, de la *Black-on-Red* I). Estos dos ejemplares son descendientes directos de las citadas jarras procedentes de las tumbas 55 y 63 de Palaepaphos. A estas jarritas debemos añadir, además, un borde de jarra, posiblemente del tipo en barril, perteneciente a la *White-Painted* III (Bikai 1978: XX: 3; compárese con Gjerstad 1948: fig. XIX: 1), una forma cerámica que ya vimos presente en el estrato X-2 (Bikai 1978: pl. XXVIII: 1 y 2).

Un estrato contemporáneo al VIII de Tiro es el IV de Tel Rehov. Con anterioridad hicimos referencia a las controversias que rodean a la estratigrafía y cronología de este yacimiento. Sin embargo, también vimos que el único estrato que contaba con un grado de consenso por todas las partes era éste. En él aparecen unas importaciones egeas también pertenecientes al Geométrico Medio I inicial (Coldstream-Mazar 2003: 35, n° 7-8) y al Sub-Protogeométrico I-IIIa (Coldstream-Mazar 2003: 33, n° 4). Esta coincidencia secuencial no sólo se aprecia en las importaciones, sino que, además, de este estrato proviene una jarra típica de la fase (d) (Figura 6.13; Mazar 1999: 25, fig. 14, cuarta jarra por la izquierda de la hilera frontal; compárese con nuestra Figura 6.6: 17), que sería del mismo tipo que una de las provenientes del estrato VIII de Tiro (Bikai 1978: pl. XX: 2; véase también nuestra Figura 6.12: 5) o la que apareció en Qasmieh, en las cercanías de Tiro, proveniente posiblemente de una tumba (Chapman 1972: 147-148, fig. 32).



Figura 6.13. Materiales del estrato IV de Tel Rehov (tomado de Mazar 1999: 25, fig. 14).

No obstante, los datos que provienen de la tumba NW 194 de Amathus (Tytgat 1995; Coldstream 1995), matiza las características de este momento secuencial. Siguiendo con la referencia secuencial egea y chipriota, esta tumba se ubicaría en el Geométrico Medio I y el Sub-Protogeométrico IIIa (Coldstream 1995: 191-196, esp. p.195), de hecho, encontramos un fragmento de skyphos decorado con chevrones muy similar al hallado en el estrato VIII de Tiro (Coldstream 1995: 189-190, n° 2556, fig. 3, p. 191-192, nota 7). Mientras, el material chipriota provendría de varios momentos de uso de la tumba, el primero de los cuales tuvo lugar, según Tytgat, a mediados del Chipro-Arcaico I, o bien a fines del periodo geométrico o a inicios de la época arcaica (Tytgat 1995: 181), suponemos que en términos secuenciales griegos. La razón es la fecha absoluta propuesta, dado que el final del periodo geométrico chipriota se ha establecido de manera consensuada a mediados del siglo VIII a. de C. y el primer uso de la tumba se ha fechado de mediados a finales del citado siglo. En realidad, y sin la menor duda, en el fondo de esta controversia estarían los problemas antes citados de definición existentes entre el Chipro-Geométrico III y el Chipro-Arcaico I. Una prueba adicional de ello es la contradicción en la que esta fecha entra con los materiales egeos del Geométrico Medio I hallados en ella. Con todo, el problema ha sido cerrado en falso al considerar estas importaciones como antiguas ya en el momento de su colocación en ella (Tytgat 1995: 181).

De hecho, todos los materiales que aparecen en la tumba presentan un panorama bastante homogéneo desde un punto de vista secuencial, excepción hecha de algunos bastante tardíos, en concreto del periodo Chipro-Clásico I, helenístico e, incluso, romano. Aunque no hemos de descartar la presencia de más de un enterramiento durante el primer momento de uso de la tumba, las afinidades secuenciales existentes son muchas. Si bien haremos referencia más adelante a su conjunto, en lo que respecta a las características formales jarras de cuello anillado, éstas son cercanas a las vistas en los contextos indicados antes, especialmente en el caso de los ejemplares chipriotas. Entre ellos abundan, especialmente, las jarritas de la *Black-on-Red* (Tytgat 1995: nos. 66 a 76; Gjerstad 1948: fig. XXV: 9, fig. XXXVIII: 9), tipos cerámicos que aparecían en Tiro VIII, al que habría que añadir la aparición de jarritas en tonel (Tytgat 1995: nos. 95-98; Gjerstad 1948: XXV: 6). Los cambios se dan, no obstante entre los materiales fenicios, tanto en los aspectos formales como decorativos.

De este modo, junto a una típica jarra perteneciente a la fase (d), de cuello proporcionalmente mayor que el cuerpo (Figura 6.14: a; Tytgat 1995: n° 462, similar a Bikai 1987: pl. IX: 137), nos encontramos con un ejemplar, al parecer de mayores dimensiones, y que cuenta, además, con un cuello más corto y un cuerpo proporcionalmente mayor (Figura 6.14: b; Tytgat 1995: n° 461, similar a Bikai 1987: pl. XI: 208). De los cambios relacionados con los aspectos decorativos, destaca especialmente que aparentemente no aparece registrado el típico patrón concéntrico bícromo en los cuerpos. En su lugar hallamos decoraciones bícromas concentradas en la mitad superior del cuello, o bien superficies totalmente lisas. Es interesante observar, así mismo, que algunas jarras locales han adoptado estas mismas innovaciones (por ejemplo, Tytgat 1995: nos.

61 y 62-63, similares a Gjerstad 1948: fig. XXV: 11; Figura 28: c). Sin duda, estos cambios parecen indicar el inicio de la evolución hacia las jarras de la fase (e), aunque, para ser precisos, debemos dejar abierta la posibilidad de que estas distinciones se deban a enterramientos realizados en diferentes momentos.

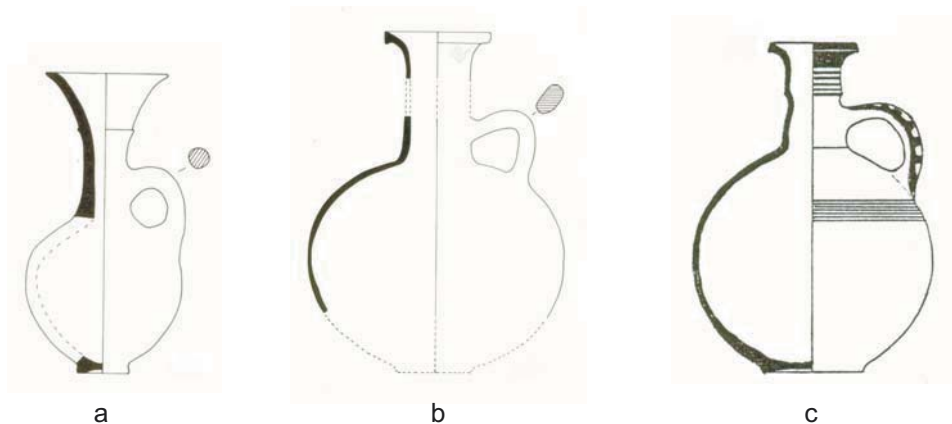


Figura 6.14. Jarras de cuello anillado similares a las encontradas en la tumba NW 194 de la necrópolis chipriota de Amathus (a. Bikai 1987: pl. IX: 137, b. *ibid.* pl. XI: 208, c. Gjerstad 1948: fig. XXV: 11). No a escala.

A pesar de todo, esta situación de cambio no es exclusiva de este contexto chipriota, sino que es visible en otros, tanto chipriotas como continentales. El primer yacimiento que podemos destacar sería Megiddo, especialmente sus estratos VB y VA/IVB. Teniendo en cuenta los últimos trabajos realizados en este yacimiento paradigmático, sería posible decir que ambos estratos presentan un repertorio cerámico homogéneo, que hace, incluso, difícil establecer diferencias entre ambos (Finkelstein-Zimhoni-Kafri 2000: 265, 277). No obstante, por lo que respecta a las jarras de cuello anillado, sí es posible hacer algunas observaciones sobre sus aspectos secuenciales.

Creemos importante resaltar que los únicos ejemplares típicos de la fase (d), con especial referencia a la decoración concéntrica bícroma, aparecen en el estrato VB (Lamon-Shipton 1939: fig. 36: 13, *flask type* 13; Finkelstein-Zimhoni-Kafri 200: fig. 11.27: 1; nótese que en ambos casos el cuello estaría mal reconstruido). Aparte de esta jarra, sólo ha sido representada otra que podría adecuarse sin problemas a la misma fase (d). Se trata de un ejemplar liso, de cuerpo globular y con un cuello, aunque carente de borde, aparentemente alto (Finkelstein-Zimhoni-Kafri 200: 268, 270, fig.11.19: 16). Sin embargo, en este momento contamos ya con jarras que marcan claramente el camino hacia la fase (e). Se trata de ejemplares que presentan las características antes mencionadas, y consistentes en cuerpos de tendencia globular y cuellos proporcionalmente más cortos que los de la fase anterior (Finkelstein-Zimhoni-Kafri 2000: 277, 279, fig. 11.26: 8, págs. 280-281, fig. 11.27: 10). De ellos destaca, además, la sustitución de la decoración concéntrica por otra compuesta por filetes horizontales en la panza en un caso, mientras que el otro presenta unas superficies cubiertas, al parecer, con un engobe rojo que ha sido posteriormente bruñido.

Este panorama distinto se hace patente en el estrato VA/IVB. En él la mayoría de jarras ilustradas presentan las características formales típicas de la fase (e), aunque los patrones decorativos son variados. De este modo, nos encontramos con ejemplares que muestran superficies cubiertas de engobe rojo (Finkelstein-Zimhoni-Kafri 200: 287-288, fig. 11.32: 10.11.14), decoración horizontal pintada en la panza y en la mitad superior del cuello (Finkelstein-Zimhoni-Kafri 2000: 287-288, fig. 11.32: 8.9), o con los hombros articulados a través de triglifos pintados (Finkelstein-Zimhoni-Kafri 2000: 287-288, fig. 11.32: 5). Finalmente, el único representante de la decoración concéntrica típica de la fase anterior aparece representada por una jarra que, por otro lado, muestra un cuello relativamente más pequeño que el cuerpo, así como decoración horizontal pintada en la mitad superior del mismo (Finkelstein-Zimhoni-Kafri 2000: 296-298, fig. 11.40: 3).

Desde el punto de vista chipriota, el momento secuencial en el que estos dos estratos tienen vigencia son los mismos que los estratos IX y VIII de Tiro, así como la tumba NW194 de Amathus. En este sentido, destaca la presencia de las típicas jarritas de la *Black-on-Red*, con una o dos asas (Finkelstein-Zimhoni-Kafri 2000: 287-288, fig. 11.32: 1.2; *ibid* págs. 296-297, fig. 11.39: 23. 24.28), aparte de otros ejemplares como jarritas de cuello anillado de menor tamaño, jarras de boca trilobulada y de pico vertedor (Finkelstein-Zimhoni-Kafri 2000: 287-288, fig. 11.39: 19.20.21.22.27.29). Resalta el hecho, además, que todas ellas serían pertenecientes al Chipro-Arcaico I, si seguimos las directrices secuenciales marcadas por Gjerstad (1948: figs. XXXVIII y XXXIX).

Para concluir con las referencias a Megiddo VB y VA/IVB, podemos volver a indicar la posibilidad, aunque incierta, del hallazgo en el segundo de dichos estratos del fragmento de un skyphos griego del Geométrico Medio I, similar a los hallados en Tiro VIII, Rehov IV y la tumba NW 194 de Amathus. A pesar de las dudas que despierta el origen estratigráfico del citado fragmento, cabría indicar aquí que, dadas las características secuenciales de los niveles en cuestión, aquél tendría fácil acomodo en cualquiera de ellos dos. Además, si buscásemos afinar las correspondencias, pensamos que el estrato X de Tiro podría coincidir, quizás sólo en parte, con el estrato VB de Megiddo, mientras que los VII-VI lo haría plenamente con el estrato VA/IVB. Sólo cabría la duda de la duración del estrato IV de Rehov, especialmente el momento de su inicio, aunque pensamos que, con los datos en la mano, la distancia secuencial no debería ser mucha. Si pensamos en los materiales locales procedentes del estrato V de este yacimiento que han sido ilustrados (Mazar 1999: 22, fig. 11, comparar con p. 25, fig. 14 del estrato IV), estaríamos en un peldaño inmediatamente anterior al representado por los del estrato IV, mientras que en lo referente a las importaciones, tenemos una jarra globular al parecer chipriota (Mazar 1999: 22, fig. 11, segunda jarra de la hilera frontal), que podría ubicarse en el Chipro-Geométrico III (Gjerstad 1948: fig. XXII: 14). A esta importación podríamos añadir, además, los fragmentos egeos que podrían abarcar desde el Proto-Geométrico Tardío al Sub-Protogeométrico IIIa (véase más arriba; Coldstream-Mazar 2003: 32, 34, nos. 1 y 5-6).

El momento de cambio secuencial que representa el estrato VA/IVB de Megiddo se ve confirmado con los datos provenientes de otros yacimientos. En primer lugar se podría destacar la existencia en Khirbet-Silm y Joya, localidades cercanas a Tiro, de jarras pertenecientes a la fase (d) (Chapman 1972: 82, 84, nos. 44 y 45, fig. 8) y (e) (Chapman 1972: 82, 84, nos. 43 y 190, fig. 8), que presentan el mismo patrón decorativo compuesto por triglifos en el hombro que mostraba una de las jarras de Megiddo mencionada antes (Finkelstein-Zimhoni-Kafri 2000: fig. 11.32: 5). Al mismo tiempo, esta combinación de rasgos nuevos con antiguos se observa en una de las tumbas halladas en el Monte Carmelo, concretamente en la tumba 2. En ella apareció, junto a una jarra propia de la fase (d), de cuerpo, al parecer, de menor tamaño que el cuello, y la típica decoración concéntrica bícroma en la panza (Guy 1924: 50-51, n° 22, pl. II), otra (Guy 1924: 50-51, n° 11, pl. II), de rasgos formales y decorativos casi idénticos a los mostrados por una de las jarras de Khirbet-Silm (Chapman 1972: 83, n° 43, fig. 8), y muy similares a los del mismo ejemplar de Megiddo. Dentro de este momento de cambios, no podemos olvidar tampoco la presencia Khirbet Silm de otra jarra de similares características formales (especialmente el cuello troncocónico), y cuya única diferencia consiste en su decoración, ubicada exclusivamente en la mitad superior del cuello (Chapman 1972: 74, 77, n° 42, fig. 6), patrón decorativo que es típico de la fase (e).

Otros yacimientos, ubicados también en Palestina, en los que aparece la combinación de jarras de las fases (d) y (e) serían el estrato IIa de Hurbat Rosh Zayit (Gal-Alexandre 2000: 94-122, figs. 79-95), y tres tumbas halladas en Akhziv: la tumba T.C. 4 (Mazar 2001: 19-48, figs. 7-18), parte de la ZI (Dayagi-Mendels 2002: 5-12, figs. 3.1 y 3.2, véase especialmente fig. 3.1: 49.55.61, y fig. 3.2: 23) y la ZXX (Dayagi-Mendels 2002: 30-35, fig.3.16; publicada anteriormente en Culican 1982: 62-63, figs. 6 y 7).

Pensamos que tratar todos estos contextos por separado alargaría en exceso la presentación. Por esto nos hemos decidido en buscar otros puntos de anclaje secuencial. Para ello debemos volver a Chipre, en concreto, a las necrópolis de Amathus y Salamis. De ellas vamos a destacar la tumba 13 de Amathus y la 1 de Salamis. Desde el punto de vista secuencial, estos dos contextos tienen en común presentar materiales egeos datables en el Geométrico Medio II, y de ambos, el primero de los enterramientos citados parece ser más fiable como contexto.

La tumba 13 de Amathus (Gjerstad et al. 1935: 79-84, pl. XIX:1), destaca por la presencia en ella de una cratera ática fechada en el Geométrico Medio II (Gjerstad et al. 1935: 81, n° 2, pl. XIX:1, hilera inferior, segunda vasija por la derecha; Gjerstad 1977: 25, n° 49, pl. V; Coldstream 1968: 318-319, idem 2000: 25-26; idem 1986: 326; idem 1989: 93), así como, entre otro material fenicio, de una jarra de cuello anillado de cuello alargado y superficies recubiertas de engobe rojo (Figura 19: 18; Gjerstad et al.1935: p., n° 37, pl. XIX:1, hilera inferior, tercera jarra por la izquierda; Gjerstad 1948: fig. XXVII: 3; Bikai 1987: 16, n° 166), que podría inscribirse en la fase (d) por sus características formales. Esta combinación, si ambos ejemplares fueron depositados al mismo tiempo, representaría la continuación de los ejemplares de la fase (d) desde el Geométrico Medio I al II. Este panorama se ve complementado por los datos proporcionados por la segunda

tumba mencionada.

Una de las cosas que primero destacan de la tumba 1 de Salamis es la abundancia de sus materiales y, en segundo lugar, la presencia en ella de cerámicas de origen chipriota, egeo y fenicio (Dikaios 1963; Gjerstad 1980). Si bien en la cámara funeraria se han registrado dos enterramientos, la distribución entre ambos de los materiales no ha sido posible. No obstante, todos ellos muestran un grado de homogeneidad tal que permiten pensar en la cercanía temporal entre ambos depósitos. De los materiales chipriotas, lógicamente los más abundantes, podemos decir que pertenecen principalmente al Chipro-Geométrico III y, de una manera mayoritaria, al Chipro-Arcaico I (63 frente a 16 ejemplares). Esta combinación dio como resultado que el primer enterramiento haya sido fechado en el Chipro-Geométrico IIIB, mientras que el segundo habría tenido lugar en el Chipro-Arcaico I. Lo siguiente que los distintos autores han recalcado ha sido la presencia de 9 vasos de origen egeo, 6 áticos del Geométrico Medio IIB y tres del Sub-Protogeométrico IIIb (Coldstream 1963; Desborough 1963), una presencia que ha despertado, además, todo tipo de conjeturas acerca de la identidad y origen de los difuntos enterrados allí. De este modo, Gjerstad (1980), pensó en una princesa de origen ateniense desposada con un rey chipriota. No obstante, hemos de destacar aquí la existencia de, al menos, 11 ejemplares de origen fenicio en la cámara funeraria (30 en total contando los ejemplares del dromos), los cuales no han despertado la imaginación de nadie, ni siquiera han sido tenidos en cuenta para su ilustración (Coldstream 1989: 93; Bikai 1987: 50, 74).

Paradójicamente, esta abundancia de cerámicas fenicias ha conducido a considerar esta tumba 1 de Salamis como paradigmática del llamado 'Horizonte de Salamis', periodo al que, evidentemente, ha prestado su nombre (Bikai 1987: 50). Si tenemos en cuenta ahora las jarras de cuello anillado que aparecieron en ella, éstas se podrían dividir entre las fases (d) y (e) (véase la Figura 6.6: 19: 'a' de la fase (d), 'b', 'c' y 'd' de la fase (e)).

Las jarras propias de la fase (d) son más escasas que las del otro grupo (e). En total son cinco ejemplares que muestran las características típicas de su fase: cuerpos proporcionalmente menores que los cuellos, éstos en ocasiones destacadamente más altos, y tres de los patrones decorativos típicos: engobe rojo (Dikaios 1963: 180, n° 9, Bikai 1987: 16, nos. 155, pl. X), superficies al parecer lisas, aunque bruñidas (Dikaios 1963: 196, n° 213, clasificada como *Bichrome* IV; Bikai 1987: 16, n° 156, pl. IX) y círculos concéntricos pintados en rojo y negro sobre la panza (Dikaios 1963: 187, n° 72, p. 198, n° 226; respectivamente, Bikai 1987: 17, n° 173, p. 16, n° 157, pls. IX, hay, además, un tercer ejemplar no registrado en Dikaios 1963, se trata de Bikai 1987: 17, n° 174, pl. IX). Destaca, así mismo, la presencia de jarras chipriotas que imitan jarras de la fase (e) mostrando la última de las variantes decorativas señaladas (Dikaios 1963: 183, n° 21, págs. 186-187, nos. 63.64 y 66, fig. 35: 10, comparadas todas ellas con Gjerstad 1948: fig. XXXIII: 9, de la *Bichrome* IV).

Las características que presentan las jarras de la fase (e) cambian en algo el panorama, especialmente en lo que se refiere a su número, 10 ejemplares frente a 5 de los representantes de

la fase anterior. De todos ellos destaca en primer lugar su homogeneidad tipológica, con cuerpos globulares, cuellos no tan destacados como los de la fase anterior y bordes abiertos cuyos labios están cortados verticalmente (Dikaios 1963: 183, nos. 17.21.24, p. 196, n° 212, p. 198, nos. 223.225; respectivamente, Bikai 1987: 19-20, nos. 201.202.203.204.205.206, a los que habría que añadir los nos. 199.200.207 y 208, no recogidos en Dikaios 1963, pl. XI). Es posible, sin embargo, hacer una distinción en esta agrupación. De todas las jarras hay dos que destacan por su mayor tamaño (Dikaios 1963: 196, n° 223 y p. 198, n° 239; Bikai 1987: nos. 205 y 208 respectivamente; véase nuestra Figura 6.6: 19b y c), aunque sus características tanto formales como decorativas son las mismas que presenta el resto.

No hemos hecho mención hasta ahora de esta variante de menor tamaño, que, de manera hipotética, representa el antecesor directo de las jarras de boca de seta, típicas de la fase (f). Sin embargo, estas jarras aparecen asociadas con jarras de la fase (d) en contextos tales como la tumba ZXX de Akhziv (Dayagi-Mendels 2002: 31, 33, fig.3.16: 15), o varias tumbas de Palaepaphos, en concreto la 62 (Karageroghis 1983: 137, n° 11, pl. XCVII), o la 81 (Karageorghis 1983: 259, n° 19, pl. CLXI, imitación local de la *Bichrome* III). Por consiguiente, sería lógico pensar que ambas variantes aparecieron al mismo tiempo.

Volviendo al hilo de la exposición, la evidencia recogida en estas dos tumbas y, en especial, la tumba 1 de Salamis, nos da lugar a una serie de reflexiones concernientes a la relación secuencial entre la fase (d) y (e).

En primer lugar, hemos de destacar la asociación en ambas tumbas de jarras propias de la fase (d) con materiales del Geométrico Medio II egeo (dejamos por ahora aparte los materiales chipriotas debido a los problemas secuenciales citados). Esto indicaría, en principio, que esta fase sería contemporánea tanto del Geométrico Medido egeo I y II. No obstante, ante la presencia en la tumba 1 de Salamis de materiales propios de la fase (e), cabrían, al menos, dos interpretaciones. La primera sería que las jarras de la fase (d) de la tumba de Salamis perteneciesen a un primer enterramiento, anterior temporal y secuencialmente al que generó las jarras de la fase (e), asociadas con los materiales egeos. Por el contrario, la segunda interpretación abriría la posibilidad de que todo el material en cuestión perteneciese al mismo enterramiento o bien, tal y como se ha indicado por algunos autores, que la distancia temporal entre ambos fuese muy reducida y, por consiguiente, irrelevante desde el punto de vista secuencial. Esto indicaría, lógicamente, que ambas fases son contemporáneas, o, al menos, se solapan. Ya vimos anteriormente que en contextos contemporáneos al Geométrico Medio I ya aparecían jarras asimilables a la fase (e). No obstante, el problema consistiría ahora en saber cuándo las jarras de esta fase se convirtieron en exclusivas o, lo que es lo mismo, cuándo dejaron de existir las jarras de la fase (d).

En este sentido, no faltan contextos en los que sólo aparecen jarras de la fase (e). Este sería el caso, por ejemplo, de la tumba 7 del Monte Carmelo (Guy 1924: 52-55, pl. III), una tumba hallada en Madaba, Jordania (Thompson 1984a), otra de Maroni, Chipre (Chrstodoulou 1972), y una cuarta, hallada en Tambourit, localidad cercana a Sidón (Saidah 1977), que sería contemporánea de la tumba 121 de Khalde (Saidah 1966: 64-72).

Si buscamos en Tiro un estrato que represente este momento secuencial, el elegido sería el IV. Uno de los datos que primero llaman la atención es el brusco descenso de las jarras del tipo 10 de Bikai, cuya representación se convierte en poco menos que testimonial (véase la Figura 6.11). Aparte de este detalle, que indica la casi desaparición de la decoración concéntrica bícroma en las panzas de las jarras, vemos que la variedad de borde abierto con labios cortados en vertical (tipo 8 de Bikai), es la más abundante (véase la Figura 26: 11, 12, 13, 14). Por consiguiente, nos encontramos en el estadio secuencial representado por las jarras de la fase (e) en exclusiva.

Una cuestión abierta es la relativa a los estratos VII, VI y V de Tiro. La falta de datos hace difícil caracterizarlos (véase la Figura 6.11). No obstante, la abundancia de las jarras del tipo 10 de Bikai, especialmente en el estrato VI, unido a la creciente cantidad de las jarras del tipo 8, nos inclinan a pensar que en estos tres estratos se atestiguaría el momento transicional que hemos visto representado, entre otros, por el estrato VA/IVB de Megiddo.

Si antes vimos que el inicio de la fase (e) era contemporáneo al Geométrico Medio IIa en el Egeo y se solapaba con los últimos instantes de la fase (d), habría que ver cuál es su límite inferior. Para adivinarlo, sólo tenemos que fijarnos en los datos proporcionados por Tiro, y concretamente, por el estrato IV. Ya indicamos que en este estrato aparecen los primeros ejemplares, no ilustrados, de jarras de boca de seta (tipos 4 y 5 de Bikai; véase la Figura 6.11), lo que indica que estemos en los inicios de la fase (f). Como las importaciones presentes en este estrato no ayudan excesivamente a ubicar secuencialmente este momento, hemos de fijarnos en otros lugares. En este caso se trata de la necrópolis chipriota de Ayia-Irini (Rocchetti 1978), en la que encontramos una serie de coincidencias importantes con el estrato IV de Tiro.

La tumba que será el centro de nuestra atención es la 28. De entre los materiales que en ella se encontraron destacan tres jarras de cuello anillado. La primera (Figura 6.15: c; Rocchetti 1978: 50-51), presenta un cuerpo proporcionalmente más grande que el cuello y un borde abierto de apariencia redondeada por el exterior. Destaca que este ejemplar cuenta con una contrapartida prácticamente idéntica en el estrato IV de Tiro (Figura 6.12: 10; Bikai 1978: pl. XIV: 6) y ambas responderían a los parámetros de la fase (e). La única diferencia entre ellas es que las superficies de la primera están recubiertas de engobe rojo, mientras que la tía presenta una decoración horizontal concentrada en la mitad superior del cuello. Ambas jarras, a su vez, guardan afinidades formales con otras procedentes de la tumba de Tambourit citada antes (Saidah 1977: 140, n° 9), y de los estratos VII y V de Hazor (Yadin et. al. 1961: pl. CCXV: 20 y pl. CXC: 5 respectivamente).

La segunda de las jarras procedentes de Ayia-Irini 28 consiste en un ejemplar de proporciones similares a la anterior, aunque en su caso el cuello es más ancho y el borde abierto, con un labio de forma ahusada, y decoración concentrada en la mitad superior del cuello (Figura 6.6: 20 y Figura 6.15: a; Rocchetti 1978: 53-53, n° 8). La particularidad de esta jarra consiste en que, si bien pertenecería a la fase (e), sus proporciones y la forma del borde ya apuntan hacia las jarras de la fase siguiente, la (f).

Finalmente, de la tercera de las jarras que merecen mención contamos con el cuerpo y la

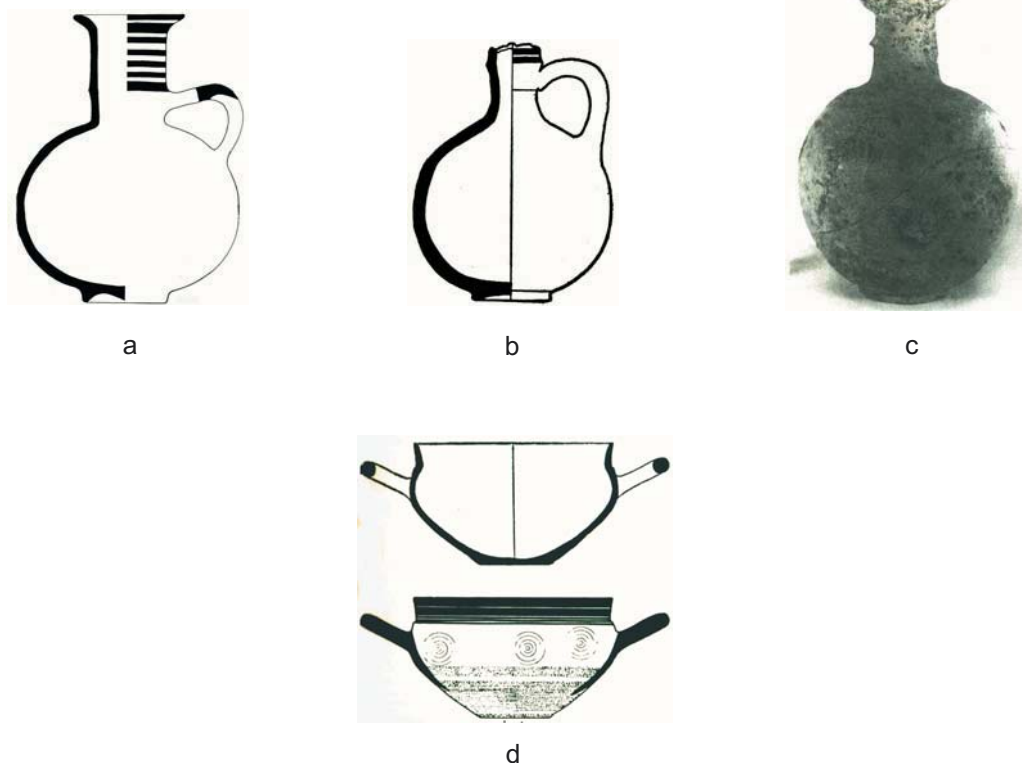


Figura 6.15. Jarras de cuello anillado e imitación chipriota de un skyphos egeo procedentes de la tumba 28 de la necrópolis chipriota de Ayia-Irini (Rocchetti 1978: 50-53).

mitad del cuello (Figura 6.15: b; Rocchetti 1978: 52, n° 5). Esta circunstancia nos impide saber tipo concreto al que pertenecería. No obstante, sus proporciones, más equilibradas, la forma más estrecha del cuello, y su decoración, concentrada en la mitad del cuello como en el caso anterior, apuntarían hacia las jarras de la fase (f) (véase la Figura 6.17: 7).

Estas tres jarras aparecieron en asociación con una skyphos chipriota de la categoría cerámica *Black-on-Red* II (IV) (Figura 6.17: d; Rocchetti 1978: 50-51, n° 3). En realidad, se trata de la imitación de un prototipo egeo en lo formal, puesto que el patrón decorativo utilizado es genuinamente chipriota (compárese con Gjerstad 1948: fig. XXVIII: 12, de la *White-Painted* IV ware). Lo interesante para nosotros en estos momentos es su fecha secuencial, que podría ser, sobre la base de sus citados atributos formales, de bien entrado el Geométrico Medio II (Coldstream 1968: 23, pl. 5: e; Coldstream 1979: 257; Descoedres-Kearsley 1983: 12-14, fig. 4), aunque una fecha, incluso, dentro del Geométrico Tardío inicial no se debería descartar del todo (Coldstream 1968: 48, pl. 9: a-d; Coldstream 1979: 261; Descoedres-Kearsley 1983: 20-22, figura 13).

Sea como fuere, pensamos que confrontando esta tumba con la 1 de Salamis, lo que se desprende sería fechar en un momento avanzado del Geométrico Medio II la transición entre nuestras fases (e) y (f). Además, este momento secuencial haría lógica la presencia de algunos ejemplares de la última de las citadas fases en el estrato IV. Por otro lado, creemos que las características de la tumba 28 de Ayia-Irini, así como su fecha, conducirían a pensar que las jarras

propias de la fase (d) halladas en la tumba 1 de Salamis, tanto fenicias como sus contrapartidas chipriotas, bien corresponderían a un enterramiento anterior al que depositó las importaciones egeas y los ejemplares fenicios propios de la fase (e) halladas en ella, o representarían sus últimas manifestaciones.

Hemos de añadir, además, que la trascendencia de la tumba 28 de Ayia-Irini posee matices desde el punto de vista secuencial sobre los que volveremos más adelante.

De manera sintética, durante el llamado 'Horizonte de Salamis' encontramos un panorama complejo, en el que es difícil trazar con seguridad la evolución de las jarras de cuello anillado, debido, sobre todo al evidente solapamiento de las diversas fases secuenciales, así como la naturaleza de la evidencia arqueológica a nuestro alcance. A pesar de esto, todo parece indicar que el proceso de cambio entre las jarras de la fase (d) y (c), coincidió con el Geométrico Inicial y el Sub-Protogeométrico I y II, un fenómeno que fue, así mismo, anterior a la aparición de la categoría cerámica chipriota del *Black-on-Red*. Por su parte, algunos indicios apuntan a que los primeros pasos hacia la fase (e) coincidieron con el Geométrico Medio I y el Sub-Protogeométrico IIIa. Finalmente, este panorama se mantuvo inalterado hasta que en un momento avanzado del Geométrico Medio II y el Sub-Protogeométrico IIIb, comenzaron a aparecer los primeros rastros de la fase (f), de la que vamos a hablar a continuación.

El 'Horizonte de Kition' (estratos III y II)

Este horizonte representa uno de los momentos más importantes desde el punto de vista secuencial (Bikai 1987: 53-56). Se trata de una de las dos fases calificables de 'plenas' (la otra sería el 'Horizonte de Kouklia') y, con los datos que tenemos al alcance, es el momento secuencial del que derivan los repertorios cerámicos fenicios propios del Mediterráneo central y occidental. En Tiro, este estadio está representado por los estratos III y II.

La homogeneidad secuencial de estos dos estratos es muy grande (Bikai 1978: 67; *idem*

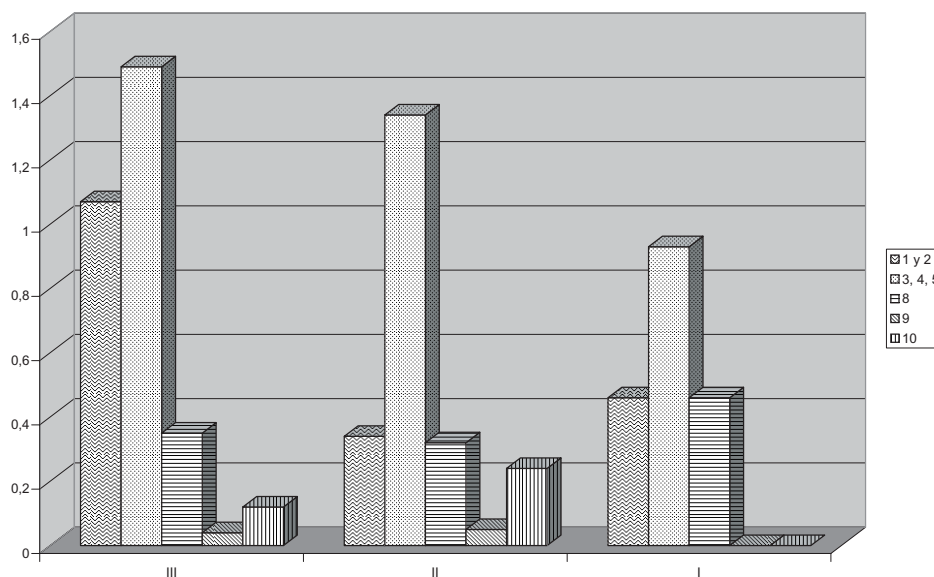


Figura 6.16. Valores de las jarras de cuello anillado a lo largo de los estratos correspondientes al 'Horizonte de Kition' y 'Salamis' (basados en Bikai 1978: 34, tabla 6A).

1987: 67), lo que los hace prácticamente indistinguibles. Este carácter se ve confirmado por las jarras de cuello anillado. Si bien es cierto que el peso de su representación no es excesivo con respecto al total de diagnósticos recogidos en los dos estratos (el 3, 07% para el estrato III y el 2, 29% para el II; Figura 6.16), lo más destacable es el dominio en ellos de los tipos 1 a 5 de Bikai (véase más arriba, especialmente la Figura 6.5; Bikai 1978: 37-40, pl. XCII), los cuales caracterizan nuestra fase (f) (Figura 6.4: e). A la vez, este cambio de equilibrios ha relegado los tipos comunes en los momentos anteriores (los tipos 8, 9 y 10 de la citada autora), a valores prácticamente residuales (0, 51 y 0, 61% de los diagnósticos de los estratos III y II respectivamente).

Si comenzamos con los tipos dominantes, veremos que éstos son, fundamentalmente, los que corresponden a las famosas jarras de boca de seta. A su vez, de ellas la variedad más abundante en ambos estratos es el tipo 4 de Bikai, caracterizado por sus cuerpos lisos de tendencia globular, bordes anchos y exvasados (no abiertos), y decoración bícroma concentrada en la mitad superior del cuello (Figura 6.5: 4, Figura 6.6: 21 y 22, Figura 6.17: 7, 8; Bikai 1978: pl. V: 14 a 17, todos del estrato III). La segunda variedad más representada es la de jarras de cuerpo piriforme, hombros normalmente carenados, bordes horizontales anchos y superficies generalmente recubiertas de engobe rojo. Es el tipo 4 de Bikai (Figura 6.5: 5, Figura 6.17: 11; Bikai 1978: pl. V: 19-23 del estrato III, pl. VI: 4, 5 del estrato II). Finalmente, las jarras del tipo 3 son las menos representadas, y consistirían en ejemplares de cuerpo ovalado y superficies, al parecer, lisas o bruñidas (Figura 6.5: 3). Ningún ejemplar perteneciente a este tipo que proceda de los estratos III o II ha sido ilustrado.

Por lo que respecta a las jarras de los tipos 1 y 2, ya hemos mencionado que están en

Estratigrafía de Tiro	Jarras de cuello anillado
III	
II	

Figura 6.17. Distribución de las jarras de cuello anillado en los estratos de Tiro correspondientes al "Horizonte de Kition" (Bikai 1978, 1987; no a escala).

minoría en estos estratos III y II de Tiro, puesto que, respectivamente, representan el 1,07 y 0,34 % del total de diagnósticos (Figura 6.16). Se trata básicamente de jarras de cuerpos globulares que se distinguen entre sí por medio de la forma del borde, más estrecho y ligeramente abierto en el caso de las del tipo 1 (Figura 6.5: 1; Figura 6.17: 2 a 6), mientras que las jarras del tipo 2 son de proporciones mayores, también su borde, que suele estar engrosado por el exterior (Figura 6.5: 2; Figura 6.17: 1 y 10). Si bien Bikai reconoce estos dos tipos, la variedad es, en realidad, algo mayor y de clasificación compleja. De esto hablaremos en su momento, no obstante, podemos mencionar aquí la existencia de más variantes de jarra de borde vertical, a pesar de que en la publicación sólo está representada una de ellas, que ha sido clasificada como de 'miscelánea' (Bikai 1978: pl. VI: 6, del estrato III).

Las importaciones halladas en estos dos estratos son escasas (Figura 5.10), no más allá del 0,47% del total de los diagnósticos del estrato III y el 0,58% en el II, y proceden de Chipre y del Egeo.

Los materiales chipriotas están representados por las categorías cerámicas *White-Painted*, *Black-Slip*, *Bichrome* y *Black-on-Red*. De ellos, sólo han sido representados ejemplares de las dos últimas categorías. De la *Bichrome ware* tenemos varios fragmentos procedentes del estrato III, de un cuenco de base plana (Bikai 1978: pl. XIA: 22), y de una jarra de forma globular con un patrón decorativo consistente en una serie de bandas concéntricas de color rojo, acompañadas de filetes negros, que dejan, a su vez, una banda reservada que ha sido rellenada por medio de una hilera de círculos concéntricos (Bikai 1978: pl. XIA: 23). Ambos casos son clasificables en el *Bichrome* IV, especialmente el segundo fragmento (compárese con Gjerstad 1948: fig. XXXIII: 13, una jarra globular de cuello alto y borde cortado, similar a las de nuestra fase (d), tanto formal como decorativamente). Por el otro lado, en el estrato II tenemos el fragmento de un cuenco de borde alto perteneciente a la *Black-on-Red* (Bikai 1978: pl. XIA: 23), también datable en el Chipro-Arcaico I (Gjerstad 1948: fig. XXXVII: 24). Cuencos similares han aparecido en una tumba de Palaepaphos-Skales (Karageorghis 1963: 268-270, fig. 4: a, b), junto a tres skyphoi eubeos, todos ellos datables en el Geométrico Tardío I (Karageorghis 1963: 265, 267-268, figs. 2 y 3; Gjerstad 1977: 24, 27-28, nos. 9, 62 y 68, pl. I: 9, VII: 7 y VIII: 1; Kearsley 1989: 41, 101-104, no 105, de los skyphoi de semicírculos pendientes del tipo 6).

Los materiales egeos recogidos en estos dos estratos consisten básicamente en varios fragmentos de plato Sub-Protogeométrico de círculos pendientes provenientes de ambos estratos, y de los que sólo se ha ilustrado el del estrato II (Bikai 1978: pl. XIA: 20; Coldstream-Bikai 1988: 38-39; Nitsche 1986/87: 27-28, 42). A este mismo periodo y categoría cerámica pertenece, además, un skyphos procedente del estrato II que no ha sido ilustrado.

El Geométrico Medio II está representado por un fragmento de base de crátera ática que apareció en el estrato III (Bikai 1978: pl. XIA: 27). Este ejemplar ha sido relacionado con la crátera que se halló en la tumba 1 de Salamis (Coldstream-Bikai 1988: 41, nota 74), y con los fragmentos hallados en Samaria (Crowfoot-Crowfoot-Kenyon 1957: 213, 216, n° 18, pl. 18: 18;

Nitsche 1986/87: 27, nota 96) y otros yacimientos levantinos tales como la tumba NW 194 de Amathus (véase más arriba) y el estrato E2 de Hama (Coldstream 2000: 25-26).

Finalmente, la última de las importaciones consiste en un fragmento de pared que muestra un hacha doble hallado en el estrato II (Bikai 1978: pl. XIA: 24), que todos los autores coinciden en identificarlo como perteneciente al Protocorintio Inicial (Coldstream-Bikai 1988: 41, nota 87; Nitsche 1986/87: 27, nota 97).

Cabe indicar que existen otros contextos en los que jarras de la fase (f) aparecen asociadas con materiales importados del Egeo, o inspirados en ellos. Este es el caso de la tumba 46 de la necrópolis chipriota de Ayia-Irini (Figura 6.18; Rocchetti 1978: 75-78). En ella aparecieron dos jarras de anillo en el cuello, una de boca de seta (Figura 6.6: 21, Figura 6.18: a; Rocchetti 1978: 76-77, n° 2; Bikai 1987: 23, n° 269), similar a las que aparecieron en el estrato III de Tiro (véase más arriba, y Figura 31: 7), y otra de borde vertical (Figura 32: b; Rocchetti 1978: 77-78, n° 5; Bikai 1987: 28, n° 331, pl. X), también muy próxima a un ejemplar procedente del mismo estrato de Tiro (Figura 6.17: 6). Estas dos jarras estaban acompañadas, además por un skyphos (Figura 6.18: c; Rocchetti 1978: 77, n° 4), que Coldstream ha identificado como una copia chipriota de un original egeo del Geométrico Medio II (Coldstream 1979: 259-260, n° 4, fig. 1b). No obstante, la altura de su borde y la forma de su hombro nos harían pensar que su momento secuencial debería ser próximo al del Geométrico Tardío I. Esta idea nos viene al ver sus características formales (véase, por ejemplo, Coldstream 1968: 48; *idem* 1979: 261). Por su parte, las dos jarras fenicias que aparecieron con él apuntarían en la misma dirección. Si estamos en lo correcto, la tumba 48 de Ayia-Irini sería posterior a la tumba 28 de la misma necrópolis.

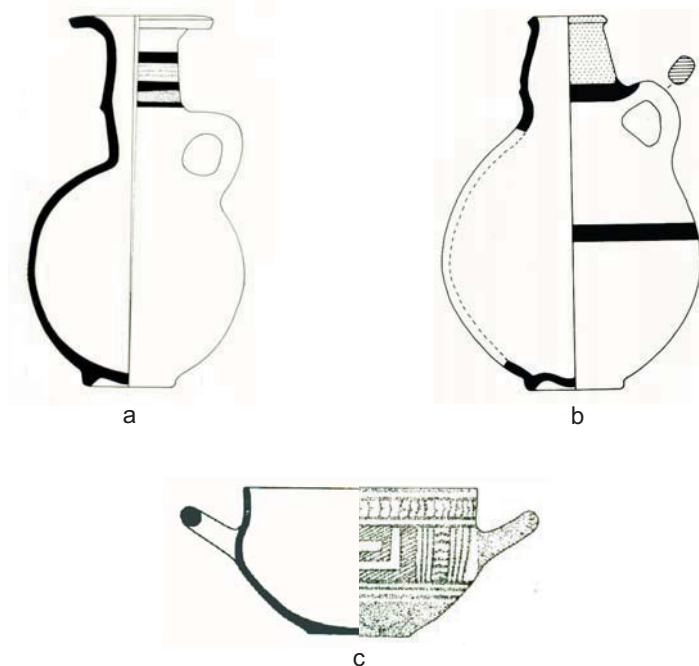


Figura 6.18. Jarras de anillo en el cuello y skyphos procedentes de la tumba 46 de la necrópolis de Ayia-Irini (a partir de Rocchetti 1978: 77-78, nos. 46-2 46-4; Bikai 1987: pl. X: 331; no a escala).

Hay otro contexto que apoyaría esta idea. Se trata de una tumba excavada en la necrópolis de Khalde (Saidah 1971), en la que aparecieron asociadas dos jarras de anillo en el cuello (Saidah 1971: 194, 197). La primera (Figura 6.19: b), muestra un cuerpo globular, un cuello estrecho con anillo central afilado y un borde abierto de labio, al parecer, redondeado. Salvo el grosor del cuello y la falta de decoración sobre el lomo del asa, esta jarra muestra mucha similitud con una de las que vimos en la tumba 28 de Ayia-Irini (Figura 6.15: 1), especialmente si comparamos la forma del borde de ambas. Por su parte, la segunda de las jarras en cuestión cuenta con unas proporciones similares, quizás su cuello sea algo más ancho que el de la anterior (Figura 6.19: c), aunque lo que destaca es la forma de su borde, horizontal, estrecho y de labio pendiente y recto, lo que la aproximan formalmente al ejemplar de la tumba 46 de Ayia-Irini. Como ésta, en este contexto apareció un skyphos que también se podría fechar, o bien muy a fines del Geométrico Medio II o bien ya en el Geométrico Tardío I (Figura 6.19: a).

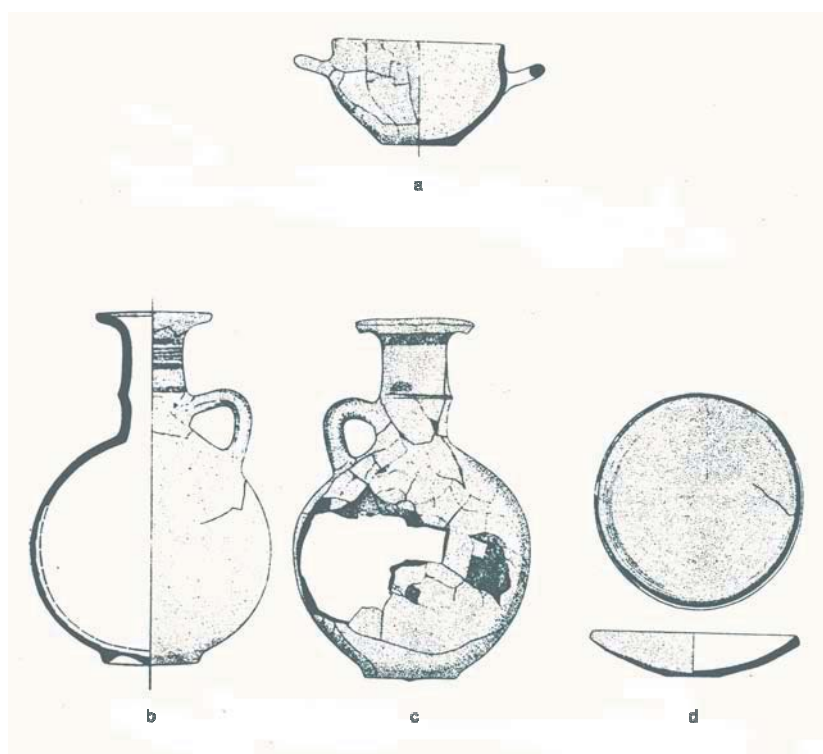


Figura 6.19. Objetos procedentes de una tumba de la necrópolis de Khalde (Saidah 1971: 194, 197).

Hay contextos funerarios chipriotas demostrarían, además, la coincidencia de la fase (f) con el Geométrico Tardío egeo. Este sería el caso, por ejemplo, de la tumba 266 de la necrópolis de Amathus (Tytgat 1987), en la que aparecieron asociados una jarra típica de boca de seta de cuerpo globular (Bikai 1987; 21, n° 222, similar a *idem* pl. XII: 210), con un skyphos eubeo del Geométrico Tardío II (Coldstream 1987: 25, n° 11, pl. IX, XIII). A su vez, esta misma coincidencia se vería demostrado, además, de manera, digamos, indirecta. Se trata de varios niveles de destrucción hallados en yacimientos palestinos, y que han sido atribuidos, de manera consensuada, a las campañas de Tiglath-pileser III en la segunda mitad del siglo VIII a. C (véase

la Figura 5.2). El primer caso sería el de Megiddo IVA, en el que apareció una jarra de boca de seta típica (Loud 1948: pl. 91: 4), mientras que el segundo sería Hazor. En el estrato VA de este último yacimiento, se halló una jarra de borde vertical clasificable en el tipo 1 de Bikai (Yadin *et al.* 1961: pl. LXXXVIII: 4). Cabe destacar, además, que en el estrato VI se halló una jarra similar (Yadin *et al.* 1958: pl. LII: 23), lo que podría apoyar una fecha dentro de la primera mitad del siglo VIII a. C., es decir, contemporáneo del Geométrico Medio II, para el arranque de este tipo y, por consiguiente, de la fase (f). Por último, para ubicar cronológicamente los estratos palestinos a los que hemos hecho referencia, debemos recordar el fragmento de skyphos del Geométrico Tardío en el estrato de destrucción de Tel Dor atribuido también al mismo rey asirio (véase la Figura 5.5).

Esta fecha traería a colación, además, el fragmento Protocorintio Inicial hallado en el estrato II de tiro (véase más arriba). Aunque fuera del ámbito geográfico en el que se desarrolla este trabajo, existe una tumba en la necrópolis de Pithecussai, la número 545 (Buchner - Richway 1993: 541-542, tabla 161), que representa un cambio en la tendencia que marca la fase (f) y marca el camino hacia la siguiente, (g). En ella encontramos, entre otros materiales, una copa del tipo 'Thapsos', que los autores identifican como tardía (Figura 6.20: b; Buchner - Ridgway 1993: 542, n° 3, tabla 161; Coldstream 1968: 106-108, tabla 20: d). Esta clase de vasos también se fechan en el Protocorintio Inicial, periodo que coincide temporalmente con la segunda mitad del Geométrico Tardío II. Junto a él encontramos una jarra de boca de seta que tiene como particularidad tener un cuerpo piriforme de apariencia estrecha y un borde horizontal ancho (Figura 6.20: a; Buchner - Richway 1993: 541, n° 2, tabla 161). Jarras de este tipo marcan el inicio de nuestra fase (g), de la que trataremos en el próximo apartado.

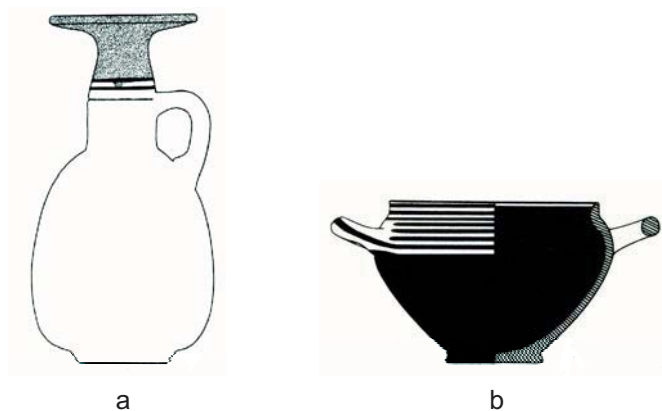


Figura 6.20. Jarra de boca de seta y skyphos corintio procedentes de la tumba 545 de la necrópolis de Pithecussai (a partir de Buchner - Ridgway 1993; no a escala).

Mencionar esta jarra tiene un sentido. El estrato III de Tiro proporcionó un ejemplar inicial de esta variante (Figura 6.6: 22, Figura 6.17: 8; Bikai 1978: pl. V: 14), lo que muestra, de nuevo, cómo dos fases consecutivas se solapan en el tiempo. Sus rasgos no son tan marcados como los que muestra la jarra de Pithecussai, aunque su cuerpo ovalado verticalmente y la forma cilíndrica de la mitad inferior del cuello ya dejan entrever la nueva etapa.

Finalmente, debemos hacer referencia a un fragmento de vasija de alabastro hallada en este mismo estrato III, y cuya importancia cronológica podría ser grande (Ward 1978). Este objeto ha sido puesto en relación con las dinastías XXV y XXVI, y se ha dicho que no puede ser anterior al siglo VII a. C. (Ward 1978: 84), una fecha que la Dra. I. Gamer-Waller no ha tenido problemas en aceptar (comunicación personal). Por consiguiente, la fecha final del estrato III y, por supuesto, II y I, se deberían ubicar en el siglo VII a. C., algo que apoyaría la idea de Gal, a la que ya hicimos referencia antes. Volveremos a tratar este asunto en el capítulo dedicado a las conclusiones, aunque esta posibilidad no debería ser un problema. Hemos visto que la fase (f) se hace común coincidiendo con los últimos momentos del Geométrico Medio II, y que aparece en contextos fechados, o datables en el Geométrico Tardío. También hemos visto que las jarras de la fase (g) están asociadas a materiales del Protocorintio Inicial, lo que no marca el final de la fase (f), el cual estaría abierto con los datos que tenemos a mano. Por esto, que jarras propias de esta última fase se deban fechar en el siglo VII a. C. no sería descartable.

El 'Horizonte de Amathus' (Tiro I).

Si la información relativa a los estratos III y II en Tiro es escasa, la que hace referencia al estrato I es ínfima. Si bien es el representante del llamado 'Horizonte de Amathus' (Bikai 1987: 69; para las características de este periodo, véanse las páginas 56-58), pocas son los apoyos secuenciales que podemos buscar en él. Esto afecta, por supuesto, a las jarras de cuello anillado, representadas tan sólo por los tipos 1 y 3 de Bikai (véase más arriba, Figura 6.5: 1 y 3, Figura 6.21; Bikai 1978: 34, tabla 6A), es decir, por las jarras de cuello cónico y borde vertical, y las jarras de boce de seta de cuerpos elongados.

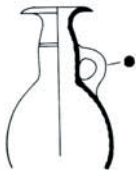
Estratigrafía de Tiro	Jarras de cuello anillado
I	

Figura 6.21. Distribución de las jarras de cuello anillado en los estratos de Tiro correspondientes al "Horizonte de Amathus" (Bikai 1978; 1987).

Las importaciones recogidas en este estrato tampoco ayudan en exceso. Tan sólo se ha recogido un fragmento perteneciente a un skyphos eubeo de semicírculos pendent (Bikai 1978: 53-54, tabla 13A). Por consiguiente, debemos buscar otros lugares que nos informen de lo que sucede durante la fase (g) de la evolución de las jarras de cuello anillado. No obstante, es difícil reseguir dicha evolución dada la falta de contextos fechados con una cierta seguridad.

Ya hemos establecido que el momento en el que se inició el cambio debió coincidir con el Protocorintio Inicial. Los datos provenientes de los estratos III-II de Tiro y la tumba 545 de Pithecussai parecen apuntar en este sentido. No obstante, quedaría por saber cuánto tiempo continuaron existiendo las jarras de cuerpo globular. Otra tumba chipriota podría mostrar evidencias en este sentido. Nos referimos a la tumba 47 de Salamis (Karageorghis 1967: 74-89), en la que se registraron, al parecer, dos enterramientos, ambos fechados en el Chipro-Arcaico I. Teniendo en mente este dato, en la tumba aparecieron dos jarras de boca de seta de cuerpo de tendencia globular, si bien algo elongada (Figura 6.22: a, b; Karageorghis 1967: CXXXVIII: 41, 43; Bikai 1987: 26, n° 308, pl. XIII). Lo interesante de estas dos jarras, aparte de la forma del cuerpo es que sus superficies están recubiertas de engobe rojo, mientras que la mitad superior de los cuellos presentan decoración horizontal pintada en la mitad superior del cuello. En la publicación original fueron lógicamente clasificadas de la *Black-on-Red II (IV) ware*, aunque de ambas, una es fenicia y la otra chipriota (Figura 6.22: b y a respectivamente). No existen evidencias de esta combinación formal y decorativa en contextos fechados en el ‘Horizonte de Kition’, sino que parece formar parte del fenómeno visible en el posterior, el de ‘Amathus’, y al que nos recibimos anteriormente. Un skyphos hallado en la misma tumba 47 de Salamis serviría de apoyo a esta fecha. Se trataría de un ejemplar chipriota, perteneciente a la categoría cerámica *Bichrome IV* (Figura 6.22; Karageorghis 1967: 82, n° 59, CXXXVII), y cuyos atributos formales y decorativos apuntan hacia el periodo Subgeométrico. Esto es claramente visible en la forma abierta y baja del cuerpo, la base plana, y la estrechez de la zona del asa, la cual está recubierta completamente por trazos verticales (véase Coldstream 1979: 266; idem 1987: 26; un caso similar es indicado en Núñez 1999a, con más referencias). Hay otra tumba, la T.A. 73 de la necrópolis meridional de Akhziv (E. Mazar 2001: 96-100), que muestra dos jarras de boca de seta, una de cuerpo globular y otra piriforme (E. Mazar 2001: 99, fig. 43: 7 y 8, respectivamente). Este contexto podría muy bien indicar la coexistencia de ambos tipos, no obstante, el carácter del resto de materiales nos hace tener reticencias sobre la contemporaneidad de todos ellos.

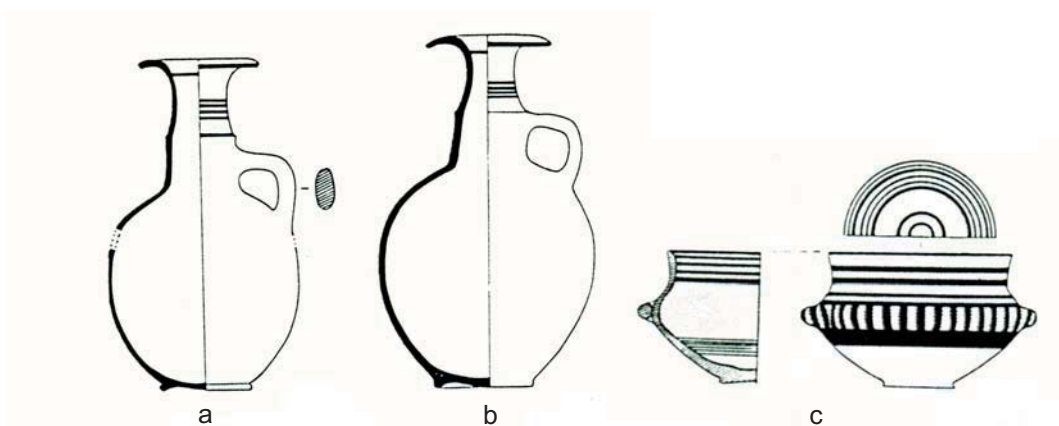


Figura 6.22. Materiales procedentes de la tumba 47 de Salamis (Karageorghis 1967: pl. CXXXVII: 59, pl. CXXXVIII: 41, 53; no a escala).

Vamos a tomar a continuación una serie de tumbas fechadas por medio de sus importaciones egeas y, de este modo, ver las características de las jarras de cuello anillado que las acompañan.

El primer contexto es la tumba 192 de Amathus (Tytgat 1987). En ella nos encontramos una copa jonia, que Coldstream fecha a mediados del siglo VII a. C. (Coldstream 1987: 30, n° 24, pl. IX y XVI), junto a una jarra de boca de seta de cuerpo piriforme y decoración bícroma horizontal en la mitad superior del cuello (Figura 6.6: 23; Bikai 1987: 30, n° 24, pl. XII). A primera vista destaca de esta jarra que sus atributos formales representan una evolución de los que ya vimos en la jarra procedente de Pithecussai e, incluso, la de Akhziv T.A. 73.

Esta evolución se ve en otra tumba de la misma necrópolis de Amathus, la 357 (Tytgat 1987). En ella vemos una combinación similar, sólo que la importación egea, otra copa jonia, se fecharía esta vez en la segunda mitad del siglo VII a. C. (Coldstream 1987: 30, n° 29, no ilustrada). Por lo que respecta a las jarras de boca de seta, nos encontramos dos variedades, por un lado una que muestra un cuerpo piriforme elongado, un cuello corto y la misma decoración bícroma que vimos antes, representado por dos jarras (Figura 6.6: 24a, que es Bikai 1987: 22, n° 243, pl. XII; la segunda sería *ibid*: 22, n° 244, similar, a su vez, a *ibid*: pl. XII: 20, n° 217, pl. XII). Por su parte, la segunda variedad constaría de un cuerpo piriforme, hombro carenado, y superficies cubiertas de engobe rojo (Figura 6.6: 24b, que es Bikai 1987: 2, n° 278, pl. XIII; la segunda jarra es *ibid*: 25, n° 293, jarra similar a *ibid*: pl. XIII: 290). Vemos en esta tumba que las jarras del tipo 5 de Bikai (véase más arriba), perdura a mediados del siglo VII a. C., posiblemente rebasando a las jarras bícromas de cuerpos globulares.

La tumba ZR XVII de Akhziv (Figura 6.23; Dayagi-Mendels 2002: 65-67, fig. 4.14; Culican 1982: 67, fig. 10). En ella encontramos, entre otros materiales, una jarra de cuerpo piriforme de hombro carenado y superficies recubiertas de engobe rojo clasificable también en el tipo 5 de Bikai (Figura 6.23: e), cuyo borde, pensamos, sería de boca de seta. Por su parte, la fecha de este contexto la marcaría una copa jonia, curiosamente de tres asas, que su autora ha fechado a fines del siglo VII o inicios del VI a. C. (Figura 6.23: g; Dayagi-Mendels 2002: 141). Estos datos no sólo confirmarían lo que indicaba la tumba 357 de Amathus, sino que, además, mostraría cómo este tipo 5 de Bikai perduró hasta el siglo VI a. C.

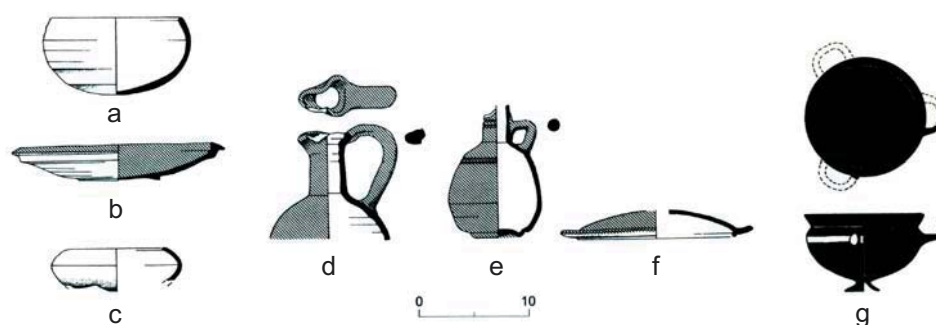


Figura 6.23. Tumba ZR XVII de la necrópolis de Akhziv (Dayagi-Mendels 2002: 67, fig. 4.14).

Tenemos, no obstante, una serie de contextos fenicios metropolitanos, que nos ayudarían a entender la evolución de otras variantes de las jarras de cuello anillado. Se trata de la tumba 21 de la necrópolis sidonia de Dakerman (Culican 1975: 145-147; Saidah 1983: 216, lámina LIII: 2), la 42 de Sarepta (Culican 1975: 147-148, fig. 2; Saidah 1983: 216, lámina LV: 1), y una tercera de Sidón de la que desconocemos la numeración (Saidah 1983: 215-216, lámina LIII: 1). La mayoría de ejemplares que encontramos en ellas son todos de borde vertical, de las que se podrían reconocer cuatro tipos. El primero consistiría en unas jarras de cuerpo piriforme, cuello corto y borde ligeramente exvasado (Figura 6.24: a; Culican 1975: 146, fig. 1e de la tumba 21 de Sidón-Dakerman; Saidah 1983: lám. LIII: 2, izquierda), el segundo se caracterizaría por hombros muy carenados y bordes dispuestos de manera similar al anterior (Figura 6.24: b; Culican 1975: 146, fig. 1a de Sidón-Dakerman 21, e *ibid*: 147, fig. 2a = Saidah 1983: lám. LV: 1, jarra inferior derecha, LV: 2, de Sarepta 42), por su parte, el tercer tipo mostraría cuerpos piriformes, anillo del cuello marcado, y borde horizontal corto (Figura 6.24: c; Culican 1975: 146, fig. 1d, de Sarepta 21), y, por último, el cuarto tipo presenta también cuerpos piriformes, cuellos de forma bicónica y bordes exvasados de tendencia erecta (Figura 6.24: d; Culican 1975: 147, fig. 2c, de Sarepta 42, y Saidah 1983: lám. LIII: 1, esquina superior derecha, de Sidón, tumba no numerada).

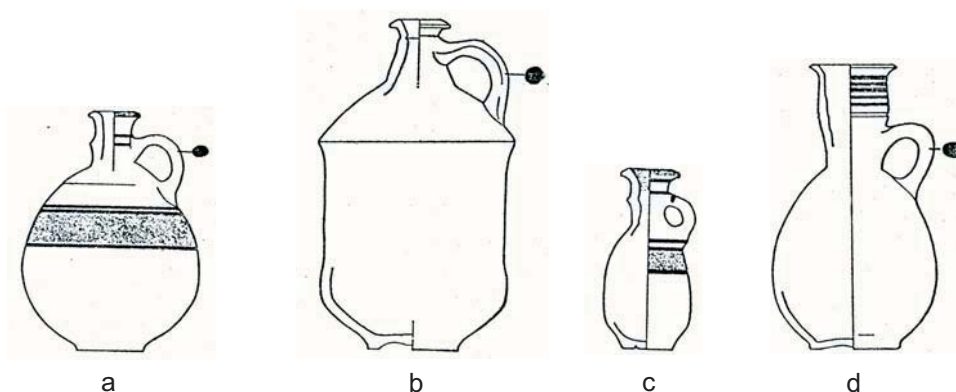


Figura 6.24. Jarras procedentes de la necrópolis de Sidón-Dakerman y Sarepta (a partir de Culica 1975 y Saidah 1983; no a escala).

El referente cronológico de estas tumbas es un cuenco jonio aparecido en la tumba 42 de Sarepta (Saidah 1983: lám LIII: 1, parte central de la hilera posterior), que ha sido fechado a partir de fines del siglo VII a. C. Por otro lado, en esta misma tumba podemos atestiguar cómo las jarras de cuerpo piriforme y superficies cubiertas de engobe rojo perduran en este momento (Saidah 1983: lám. LV: 1, parte superior izquierda), tal y como vimos en la tumba ZRXVII de Akhziv.

La última tumba que vamos a mencionar en este punto es la 276 de Amathus (Tytgat 1987). En ella apareció una copa jonia que ha sido fechada a inicios del siglo VI a. C. (Coldstream 1987: 30, n° 34, pl. X, XVIII), aparte de varias jarras boca de seta. La primera sería la ya típica de cuerpo piriforme y superficies cubiertas de engobe rojo (Figura 19: 26a; Bikai 1987: 21, n° 285, fig. XIII). Hay cinco jarras adicionales que son similares entre sí (Figura 6.6: 26b; Bikai

1987: 21, nos. 223 a 226 y 232, pl. XXIX), y parecen una variación de menor tamaño de las jarras piriformes de contornos suaves. Destaca, además, los recursos decorativos empleados en ellas, dado que una está bruñida (nº 232), dos muestran decoración en la mitad superior del cuello (nos. 225 y 226), y las dos últimas muestran decoración horizontal tanto en la mitad superior del cuello como en el hombro (nos. 223 y 224).

En resumen, vemos que existe un periodo de tiempo que coincide secuencialmente con el Geométrico Tardío II y el Subgeométrico, en el que jarras de boca de seta de cuerpo globular coexisten con otras de cuerpo piriforme de contornos suaves (tipo 3 de Bikai). No podemos asegurar si después de este momento las jarras del primer tipo siguen existiendo. Sí podemos asegurar que la variante de cuerpo piriforme y contornos suaves continúa vigente hasta, al menos, mediados del siglo VI a. C. Por otro lado, hemos de destacar que las jarras de cuerpo piriforme, hombro carenado y superficies recubiertas de engobe rojo (tipo 5 de Bikai) existen durante todo el tiempo, desde el Geométrico Tardío hasta el siglo VI a. C. Finalmente, más oscura es la evolución de las jarras de borde vertical. Hemos visto algunos casos tardíos, de fines del siglo VII o inicios del VI a. C., aunque poco podemos decir por ahora de lo que sucede entre ese momento y lo que vimos en los estratos III y II de Tiro.

Conclusiones

Los argumentos presentados en las páginas anteriores nos conducen a una serie de reflexiones finales, primero de tipo metodológico y, en segundo lugar, referidos a la naturaleza de la secuencia fenicia.

Por lo que respecta a las primeras de estas reflexiones, consideramos que la propuesta que hacemos, es decir, cambiar, al menos por el momento, una secuencia basada en hechos históricos y su interpretación 'sobre el terreno', por otra cuyo fundamento sea la evolución de los materiales y la identificación de estadios en este proceso, es posible. Ejemplos de este tipo de organización son los ofrecidos por la secuencia egea y la chipriota, casos en los que se carece de referencias históricas que puedan ser contrastadas con secuencias estratigráficas propias.

Volveremos a tratar este aspecto más adelante, sin embargo, bastaría por el momento indicar que, en nuestra opinión, una cosa es la evolución de las diferentes secuencias cerámicas y sus correlaciones, y otra distinta las fases que seamos capaces de reconocer en la secuencia fenicia, la relación que tengan con ciertos periodos históricos y, finalmente, el nombre que le queramos poner a cada una. A pesar de ello, consideramos que la secuencia evolutiva que hemos presentado en la Figura 6.6 nos puede ayudar a conseguir diferenciar los estadios secuenciales, sea cual sea su número, que presenta la evolución de la cerámica fenicia.

Por lo que respecta a las lecturas obtenidas a partir de la evidencia manejada, la impresión que se desprende de la revisión realizada a la evolución de las jarras de cuello anillado, es que su proceso evolutivo presenta un continuo dinamismo de los tipos, con solapamientos de unos con otros a lo largo de la secuencia (en este sentido, Clarke 1984: 195-205, en especial, p. 195,

fig. 56; Figura 6.25). Podríamos hablar, en definitiva, en lugar de una alternancia entre fases plenas y transicionales, más bien de una “transicionalidad continua”. Esta es una dinámica que podría caracterizar muy bien no sólo el caso de estas jarras, sino de toda la secuencia fenicia en su conjunto.

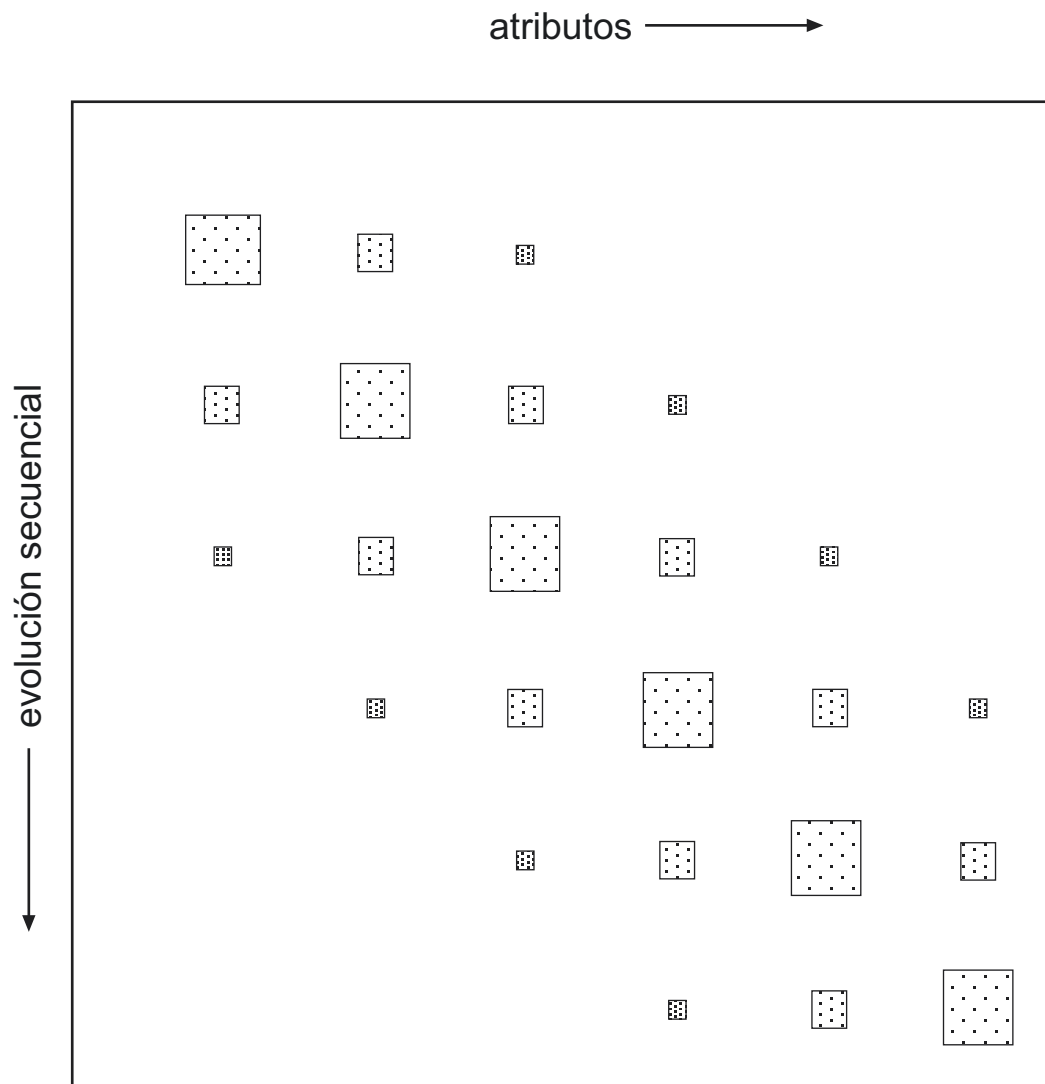


Figura 6.25. Esquema en el que se representa la vida de las diversas características de los atributos, así como el solapamiento existente entre ellos a lo largo de la evolución secuencial (Clarke 1984: 195, fig. 56).

Otra lectura que se desprende de la evolución de las jarras de cuello anillado, así como de los materiales que las acompañan en cada uno de sus estadios evolutivos, es la posibilidad de realizar algunas correcciones al esquema inicial planteado por Bikai. Estas correcciones afectarían especialmente a la estructura interna de los distintos periodos. De este modo, los cuatro horizontes iniciales podrían ser subdivididos en siete periodos, cada uno correspondiente a los estadios evolutivos reconocidos para las jarras de cuello anillado. Si consideramos al primero de los estadios reconocidos, ‘a’, como transicional, el ‘Horizonte de Kouklia’ contaría con los estadios ‘b’ y ‘c’, mientras que al ‘Horizonte de Salamis’ le corresponderían los estadios ‘d’ y ‘e’. Finalmente, al

‘Horizonte de Kition’ le correspondería el estadio ‘f’, y al ‘Horizonte de Amathus’ el ‘g’.

En el próximo capítulo aplicaremos este esquema a los materiales recogidos en la campaña de 1997 en al - Bass. De este modo, intentaremos comprobar si la articulación aquí planteada tiene sentido y puede contribuir al establecimiento de una estructura cronológico-secuencial propiamente fenicia.

CAPÍTULO 7

FASES DE LA NECRÓPOLIS

Si conservamos en mente los planteamientos desarrollados en el capítulo anterior, los materiales recogidos en la campaña de 1997 de al - Bass se podrían repartir entre cinco periodos. No obstante, la representación de cada uno de ellos sería desigual. Cuatro de ellos contarían con contextos cerrados, mientras que el restante, que correspondería a los momentos secuenciales más antiguos, está representado por materiales sin contexto. De una manera esquemática, la correspondencia de estos periodos con la estratigrafía de Tiro y los horizontes de Bikai sería la siguiente.

al Bass	Tiro	Horizontes de Bikai
Periodo I	Strata XIII - XI	Kouklia
Periodo II	Strata X - VI	Salamis
Periodo III	Strata V - IV	
Periodo IV	Strata III - II	Kition
Periodo V	Stratum I	Amathus

Figura 7.1. Correlación entre los periodos de la necrópolis de al - Bass, la estratigrafía de Tiro y los horizontes de Bikai (1987).

A continuación vamos a desarrollar cada uno de esos cinco periodos. Para ello, y usando las jarras de cuello anillado como referencia secuencial, se organizarán los contextos registrados en la campaña de 1997. A la vez, en cada uno de estos periodos buscaremos definir cuáles son los materiales típicos que acompañan a estas jarras en cada una de sus fases evolutivas, así como sus particularidades. Esto nos posibilitará observar si estos rasgos característicos son lo suficientemente significativos como para poder hablar de estadios con entidad propia dentro de la secuencia general de la cerámica fenicia metropolitana, así como buscar agrupaciones coherentes de estadios a la manera de fases o periodos, digamos, mayores.

Con el fin de lograr estos propósitos, así como para dotar de sentido cronológico a cada uno de los estadios secuenciales reconocidos, volveremos sobre las referencias citadas en capítulos anteriores, esta vez tratadas con un mayor sentido crítico, y siempre desde la perspectiva que ofrece la secuencia cerámica fenicia. Ya vimos que la mayoría de estas referencias se encontraban en Palestina, con lo que esto comporta: elegir entre uno de los dos modelos cronológicos existentes en el seno de la Arqueología Bíblica, así como mantener una cierta coherencia a la hora de mantener y utilizar una de esas opciones (en este sentido, véase Núñez 2001). Lógicamente, esto significará verse envuelto en una problemática en la que el papel de la Arqueología Fenicia aún está por definir. No obstante, nada impide la búsqueda de esas referencias y compartir ciertos aspectos cronológicos de la postura que creamos más veraz. Por supuesto, esta afinidad no tendría nada que ver con la aceptación de ciertos paradigmas que yacen detrás de estas tendencias interpretativas de la evidencia arqueológica en Palestina. A la vez, y con el fin de apoyar nuestros argumentos, presentaremos algunos contextos aparecidos en la campaña de 2002 en la necrópolis de al - Bass, aún inédita.

Periodo I

Este periodo se encuentra poco representado, con sólo algunos ejemplares hallados fuera de contexto o bien en un estado fragmentario.

Por grupos formales, la mayoría de ejemplares correspondería al de los grandes contenedores. Este sería el caso, por ejemplo, de dos bases de urna, ambas procedentes del Sector 0 y que destacan, por un lado, por ser anular alta (P28; Figura 7.1: 2), mientras que el segundo ejemplar recuerda a las bases en 'torus' de época micénica (P6; Figura 7.1: 1). Si recordamos las referencias que hicimos a ambas, veremos que todas ellas se podían fechar en el Bronce tardío o en el Hierro Inicial. De este modo, en el caso de la base anular, encontramos paralelos en el estrato XIV de Tiro, las tumbas 21-23 de la necrópolis de Khalde, o el estrato V de Tel Abu Hawam. Mientras, en el caso de P6, encontramos ejemplos similares en el estrato III de Tel Abu Hawam o el nivel 5 de Tel Kazel.

Junto a estas dos bases, tenemos el perfil de una cratera, P2:2 del Sector VII (Figura 7.1: 1), clasificada en este estudio dentro del tipo Cr F2. Encontramos paralelos en el estrato XIV de Tiro, así como en otros contextos transicionales como la Necrópolis K de Biblos, el estrato V de Tel Abu

Hawam, los estratos VIIA-B y VIA de Megiddo o el nivel 6 de Tel Kazel.

Los ejemplares del Grupo Formal II, el de las jarras, que podrían ser incluidos en este periodo, son dos: TT97-I-2-167 y TT97-0-2-138 (Figura 7.2: 4 y 5 respectivamente). El primero de estos dos fragmentos correspondería a una jarra de cuerpo globular, con casi seguridad una jarra de cuello anillado, ya sea de base estable o no, decorada con círculos concéntricos verticales a ambos lados del cuerpo. El elemento que colocaría esta jarra en el Periodo I sería el motivo en forma de asterisco que aparecería entre los círculos concéntricos. Ya hemos visto que las jarras de este tipo que muestran estos atributos decorativos son típicas de las primeras fases de la secuencia fenicia, como sería el caso del nivel 9a—b de Tel Keisan, el nivel IVA de Tel Abu Hawam o algunas de las tumbas, ya indicadas, de la necrópolis chipriota de Palaepaphos-Skales. Por su parte, el segundo de los fragmentos de jarra destaca especialmente por el anillo que remarca el arranque del cuello

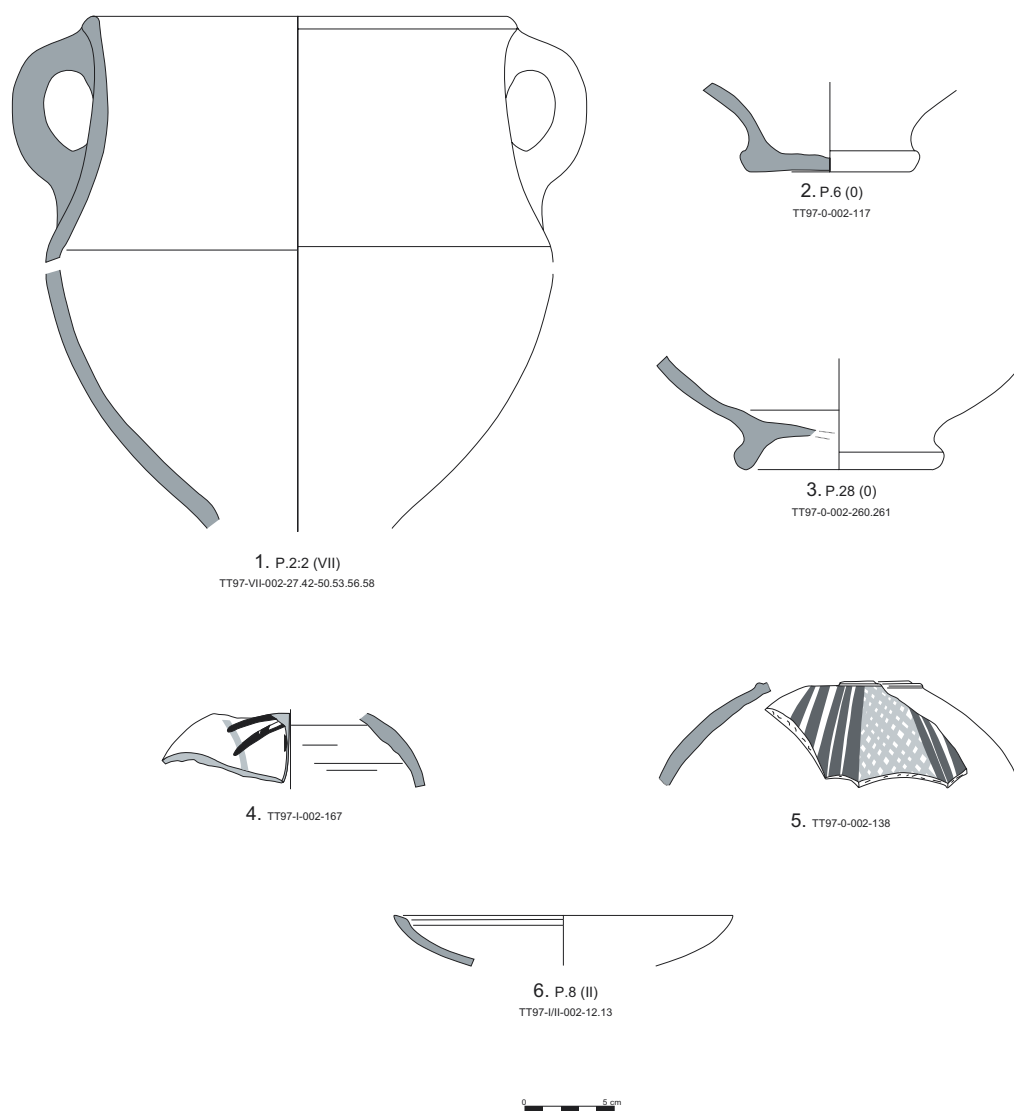


Figura 7.2. Materiales del Periodo I.

por su parte inferior, así como el patrón decorativo consistente en triglifos de forma triangular. Ya indicamos también en su momento, que estos atributos, tanto los formales como los decorativos, son normales en ciertos ejemplares antiguos de jarra de pico vertedor. Algunos ejemplos aparecen en el estrato XI de Tiro (Bikai 1978: pl. XXIX: 3), en las tumbas 166 y 167 de Khalde, niveles del Hierro Ib de Dor (Golboa – Sharon 2003: 20, fig. 3-5).

Finalmente, y dentro del Grupo Formal III, tendríamos un fragmento de cuenco (P. 8 del Sector II; Figura 7.2: 6), clasificable dentro del tipo CP F4d. Ya vimos que este ejemplar podría corresponder a los tipos 12 y 13 de Tiro, que son típicos de los estratos XIII a X.

Discusión cronológico-secuencial

Poco podemos afinar en el caso de los materiales de este primer periodo. De hecho, comprendería un largo periodo de tiempo, el que correspondería al ‘Horizonte de Kouklia’ en su totalidad. Desde el punto de vista de las jarras de cuello anillado, a este Periodo I pertenecerían, al menos, el segundo y el tercero de sus estadios evolutivos. No podemos afirmar con seguridad si el primero de ellos, ‘A’, que podría ser considerado de transicional entre el Bronce Tardío y el inicio del Hierro, se incluiría aquí. La falta de datos provenientes de la necrópolis no nos lo permite. De hecho, lo que caracterizaría esta fase transicional sería la falta de contextos en la propia Fenicia Metropolitana. Este factor dificulta necesariamente la obtención de datos definitorios y definitivos sobre el momento en el que los cananeos ‘pasaron a ser’ fenicios.

Ya hemos visto antes que, en el caso de Palestina, el tránsito se caracteriza por una serie de elementos nuevos en la cultura material, como podría ser el caso de la cerámica filistea o la cultura material típica de los nuevos pobladores de las tierras altas, para los investigadores de la Arqueología Bíblica los primeros israelitas. Por el lado fenicio, hemos visto que las primeras manifestaciones que permiten hablar de un cambio evidente de la cultura material se ven reflejadas en el estrato XIII de Tiro o el nivel E de Sarepta. A su vez, y de manera general, se ha hecho coincidir ese inicio con los primeros momentos del Chipro-Geométrico I (Chapman 1972; Bikai 1978: 66; Anderson 1988: 396 y nota 187), y, por extensión, quizás también con el tránsito entre el periodo Submicénico al Protogeométrico egeo. Ese es el momento en el que aparece el llamado ‘Horizonte de Kouklia’, así como las formas cerámicas que acompañarían a las jarras de cuello anillado inestable primero y de base estable después (estadios ‘B’ y ‘C’). Todo parece indicar, por consiguiente, que el inicio de lo que puede ser considerada como una nueva era sucedió en Fenicia más tarde que en Palestina, dado que este ‘Horizonte de Kouklia’ podría ser equiparado, en términos secuenciales, con su Hierro Ib (véase, por ejemplo, Gilboa 2001: 371-380; Gilboa - Sharon 2003: 33-34).

Estratos que podrían ser considerados como contemporáneos del Hierro Ia palestino serían Tiro XIV o los niveles G y F de Sarepta, que proporcionaron elementos típicos de ese

periodo tales como cerámicas Micénicas IIIC u otras, como la filistea, relacionadas con éstas (a las referencias relativas a Tiro, mencionadas más arriba, cabría añadir, para el caso de Sarepta, Anderson 1988: 386, 390, pl. 28: 19 y pl. 30: 10; Koehl 1985: 45; Gilboa 2001: 313 y 317-318; Gilboa - Sharon 2003: 51-52). No obstante, las características del material local asociado a estas importaciones seguía contando con las características propias del repertorio del Bronce Tardío (Anderson 1988: 390; Bikai 1978: 65). En realidad, aparte de autores que centran su trabajo en Palestina y relacionados, por consiguiente, con la Arqueología Bíblica (por ejemplo, Albright 1962: 115; Kenyon 1963: 221; Mazar 1990: 295-296; Gilboa 2001; Gilboa - Sharon 2003), el único investigador dedicado al estudio de la Arqueología Fenicia que acepta la fecha del 1200 a. de C. para el inicio del Hierro es Culican, aunque este autor la considere un inicio ficticio (Culican 1982: 68), aunque podríamos citar a Baramki, que rebajó ese inicio en unos cincuenta años (1961: 71).

Lo difícil es poder decir cuál o cuáles fueron los motores del cambio en la cultura material, o bien si coincidieron con cambios importantes en las esferas social o política, o fueron consecuencia de ellos, como parece haber sido el caso en Palestina. Por lo que respecta a las ciudades situadas en la Fenicia metropolitana, el caso es especialmente complicado. Habría, no obstante, un hecho que podría ser considerado como una referencia cronológica, aunque no necesariamente una causa: el final de la hegemonía egipcia sobre estas ciudades (en este sentido, véase más arriba la postura de Finkelstein en Palestina). De este modo, podríamos tomar como *terminus ante quem* para este evento la fecha en la que los hechos del *Viaje de Unamón* tuvieron lugar: hacia el 1075 a. de C. (Goedicke 1975; Aubet 1994: 305-309; Galán 1998: 200-208; Belmonte 2003: 21). En el ámbito arqueológico, este acontecimiento estaría reflejado en la destrucción de la cuarta fase constructiva de Kamid el - Loz, el antiguo centro administrativo egipcio de Kumidi (Echt 1984: 49-50, 60; Marfoe 1995: 128; Weippert 1998), y, quizás, en la construcción del 'Glacis 2' del Sector 003 Beirut (Badre 1997: 54, 60-64), que podría tener su continuación en la porción de glacis hallada en el Sector 020 (Finkbeiner - Sader 1997).

Es complicado saber, con los datos con los que contamos en la actualidad, si esta fecha es válida para ubicar en el tiempo la aparición del estadio 'A' de las jarras de cuello anillado. Como se ha indicado anteriormente, y sobre la base de las distintas asociaciones con materiales procedentes de otros ámbitos culturales, dicho estadio debió coincidir con los últimos momentos de la cerámica Micénica IIIC. En el caso de Tiro, hemos visto que el estrato candidato sería el XIV, contemporáneo, sobre la base de las mismas importaciones, con Sarepta F (Anderson 1988: 386-390), Tel Mique-Ekron, nivel 6 (Killebrew 1998), Tel Qasile, nivel XI (Mazar 1985: figs. 18-32), Tel Keisan 9c (Humbert - Briend 1980: 216-227, pls. 67-80), Tel Dor, *Iron Ia-Ib* (Gilboa - Sharon 2003: 33), o, Megiddo VIB (Finkelstein - Zimhoni - Kafri 2000: 246, fig. 11.1), o el depósito de Jatt (Artzy 2006).

Como se ha indicado, los cambios se hacen evidentes en lo que Bikai denomina como 'Horizonte de Kouklia'. Ya hemos visto anteriormente las formas cerámicas típicas que acompañarían

a los dos estadios de las jarras de cuello anillado típicas de este momento: las jarras de pico vertedor y asas del hombro a la parte central del cuello, las cantimploras de cuerpo lenticular, los píxides, algunos ejemplares, tardíos, de cráteras abiertas - nuestro tipo Cr F2 -, así como los primeros ejemplares de crátera anforoide con pies altos (véase, en parte, Bikai 1987: 58 y las referencias citadas antes para los ejemplares pertenecientes al Periodo I de al - Bass). No obstante, la falta de contextos propiamente fenicios hace muy difícil la articulación interna de este primer momento de la secuencia cerámica fenicia (en este sentido, Bikai 1987: 61). De hecho, el único elemento que podría poner algo de orden secuencial es la propia evolución de las jarras de cuello anillado. Así, algunos de los contextos en los que aparecen las jarras del estadio 'B', de manera exclusiva, junto a las formas citada antes serían: las tumbas 4 y 167 de Khalde (Saidah 1966: 62-63 y 78-82), posiblemente el nivel E de Sarepta (Anderson 1988: 390-396), Tel Dor *Iron Ib* (Gilboa - Sharon 2003: 18-20, 33-34, y figs.7 a 9), Tel Qasile X (Mazar 1985: 121-127, figs. 32 a 51), Tel Abu Hawam IVA, periodo 1 (Balensi 1980: pl. 17 y 73, nos. 249 y 250), Megiddo VIA (Finkelstein - Zimhoni - Kafri 2000: 245-265), o las tumbas 58 y 49 de la necrópolis de Palaepahos-Skales (Karageorghis 1983), o la tumba I de Salamis (Yon 1971).

Algo más complicada se antoja, sin embargo, la búsqueda de referencias para el estadio 'C'. A los contextos indicados en el capítulo anterior, en su mayoría funerarios, el único caso seguro sería el de Tiro XII. La correlación de este estadio con el Chipro-Geométrico II y el periodo Protogeométrico Tardío habría quedado demostrada a través de los contextos citados entonces, especialmente la tumba hallada en el *Rashim's Coffee Shop* de Amathus. Mención aparte merecería el estrato IV de Tel Hadar, también mencionado, y que podría haber proporcionado jarras de este estadio junto a un labes fechado entre el Protogeométrico Medio y Final. Esta referencia secuencial podría marcar, de ser cierta la presencia de jarras del estadio 'B' en este contexto, el momento de su aparición. No obstante, para asegurarnos deberemos esperar a su publicación.

Por lo que respecta a la cronología absoluta de estos dos estadios evolutivos de las jarras de cuello anillado y, por consiguiente, del 'Horizonte de Kouklia', ya vimo que la datación inicial que se hizo de este periodo coincidía con la establecida para los periodos chipriotas con los que coincidía en el tiempo, es decir, los Chipro-Geométrico I y II: 1050 a 850 a. de C. (Bikai 1987: 69). Sin embargo, y sobre la base de las correlaciones con contextos palestinos fundamentalmente, estas fechas iniciales podrían ser revisadas.

Al comentar la problemática en torno a los aspectos cronológicos de la Arqueología Bíblica, ya vimos que las discrepancias surgían ya en estos momentos. De este modo, mientras que la tendencia convencional databa el inicio del Hierro en la primera mitad del siglo XII a. de C. y el Hierro Ib en el XI a. de C. (no olvidemos la conexión entre el Hierro IIa y la Monarquía Unida), la postura de los revisionistas era rebajar esa fecha de manera radical, hasta algún lugar del siglo XII a. de C. Así, el Hierro Ia quedaba instalado en el siglo XI a. de C., mientras que el Hierro Ib encontraba acomodo en el siglo X a. de C. A efectos del 'interés' de la secuencia fenicia, ya hemos visto en repetidas ocasiones que los cambios significativos aparecieron coincidiendo con

el Hierro Ib. De hecho, el horizonte monocromo que caracteriza el Hierro Ia (véase el capítulo 5) no parece haber existido, al menos por lo que conocemos hasta ahora, en la Fenicia al norte del Cabo Naqura.

Nos quedaríamos, por consiguiente, con la referencia, más o menos histórica, que desprende del relato de Unamón para el inicio del cambio entre la secuencia material cananea y la fenicia. De hecho, y si observamos las fechas de los periodos egeo y chipriota con los que coincide el estadio 'A' de las jarras de cuello anillado, éstas coincidirían, *grosso modo*, con la citada fecha histórica y la misma fecha inicial propuesta por Bikai.

Un caso aparte es el final de este periodo. Sin embargo, no lo vamos a tratar en este momento. La causa es la implicación del siglo X a. de C. y su relevancia histórica y, por consiguiente, cronológica sobre ciertos contextos clave. La discusión se hará, por consiguiente, en el próximo apartado.

Periodo II

Aparte de estos ejemplares antiguos descritos en el apartado anterior, las tumbas más antiguas corresponderían a este Periodo II, la cual sería equivalente a la primera mitad del 'Horizonte de Salamis' de Bikai. Los contextos en cuestión serían los siguientes: U.31, Us.17 y 25, T.23/44, Us. 49-51.

Las jarras típicas de este segundo periodo son las del estadio 'D', como vimos, caracterizadas por cuerpos globulares decorados a base de círculos concéntricos de color rojo y negro, y cuellos que acaban en bordes rectos (Figura 7.4: 1; tipo Ja F1a, en el que se podría incluir, además, el fragmento de jarra P.13:1 del Sector 0) o simples (Figura 7.4: 2; tipo Ja F1b). A este mismo momento habrían pertenecido también algunos ejemplares de jarra en las que no se ha conservado el borde. Sería el caso de P.17 del Sector III o P.1 del Sector VII.

Por grupos formales, vemos que las urnas que pertenecen a este periodo son, en su mayoría, de origen chipriota, especialmente de la *White Painted III ware* (Figura 7.3: 5 y 6; tipo Cr C1a). Mientras, los ejemplares locales se reducen a tres formas, en primer lugar las cráteras anforoides (Figura 7.3: 1; tipo Cr F1b), segundo, a ánforas de almacenamiento comunes (Figura 7.3.: 3; tipo Al F1), y, en tercer lugar, a una forma que, como hemos visto ya antes, combina los atributos formales de las cráteras anforoides con los de las ánforas de almacenamiento, en especial la base apuntada (Figura 7.3: 3; tipo Cr F3). También perteneciente a este periodo, el único ejemplar de ánfora decorada chipriota, es el cuello de un ejemplar del tipo Ad C2a (Figura 7.3: 4), que se podría datar en los inicios del Chipro-Geométrico III, y fue usada, con toda probabilidad, como soporte de la urna U.17-1 (véase más arriba, en especial la figura 4.118).

Por su parte, el resto de componentes del Grupo Formal II, aparte de las ya citadas jarras de cuello anillado, consistiría, en primer lugar, en jarras de cuerpos piriformes, bases anulares de perfil cónico, así como cuellos altos y bordes trilobulados (Figura 7.4: 3; tipo Jv F1). Luego aparecerían los ejemplares de olpe, una forma seguramente relacionada con la anterior en sus

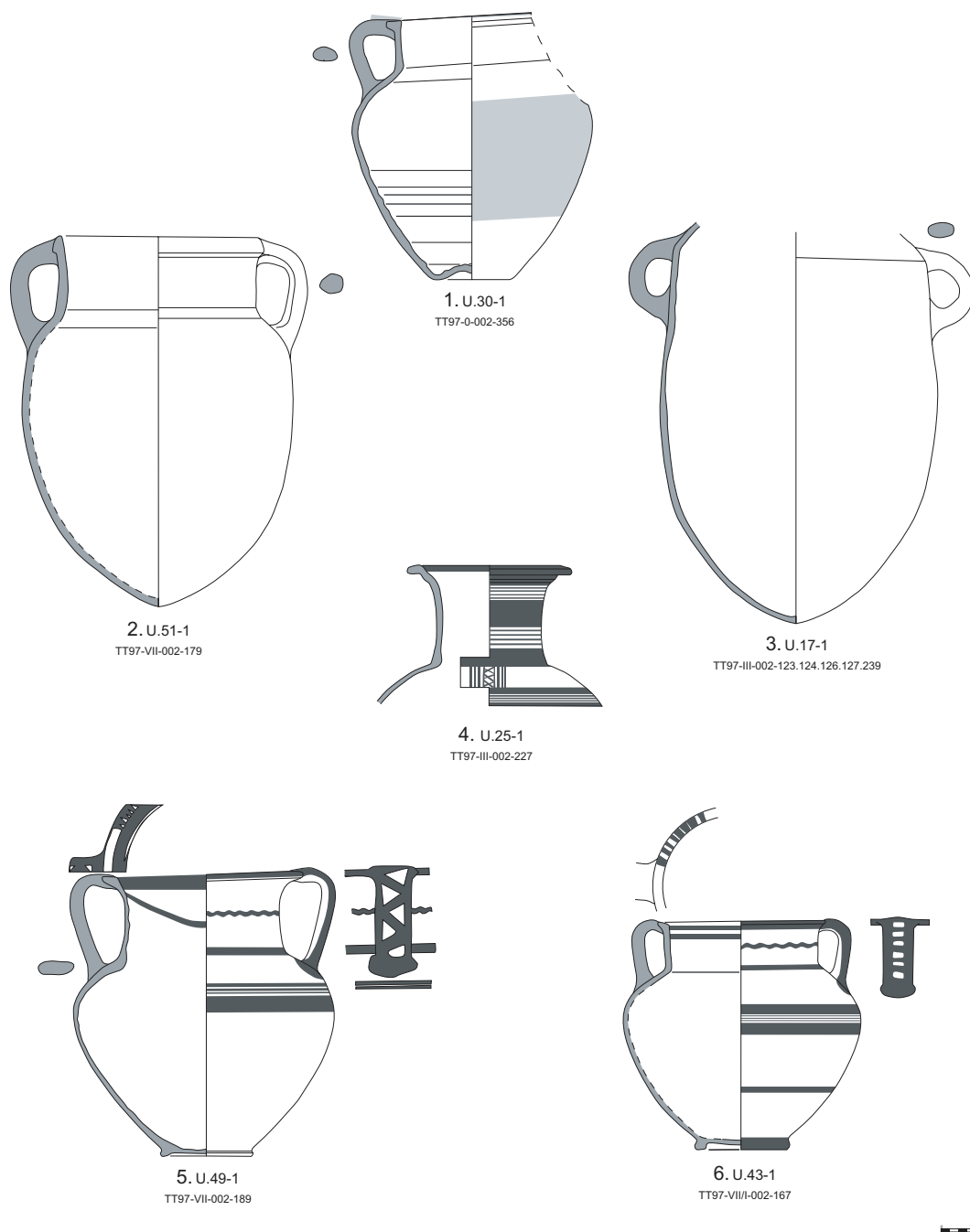


Figura 7.3. Ejemplares del Grupo Formal I del Periodo II de al - Bass.

aspectos funcionales, de los que encontramos dos posibilidades, por un lado los de borde circular (Figura 7.4: 4; tipo Ol F1), y, por el otro, los de borde trilobulado (Figura 7.4: 5; tipo Ol F2). Del mismo modo, contamos con la presencia de una jarrita en barril (Figura 7.4: 6; tipo Jb C1), fechada en el Chipro Geométrico III. Finalmente, también aparecen supervivientes de periodos más antiguos, como sería el caso de la jarra de pico vertedor bícroma (Figura 7.4: 7; tipo Jp F1).

Por su parte, los representantes del Grupo Formal III, las formas abiertas, podrían dividirse en dos grupos principales. Por un lado tendríamos los cuencos destinados, presumiblemente, a beber, en este caso un cuenco plano de bordes rectos y ligeramente abiertos (Figura 7.4: 8; tipo



Figura 7.4. Ejemplares de los Grupos Formales II y III del Periodo II de al - Bass.

CP F1a). Mientras, el segundo grupo estaría compuesto por cuencos de bordes directos (tipo CP F3), que pueden mostrar o bien unas superficies lisas (Figura 7.4: 11) o bien decoradas con un patrón concéntrico bícromo (rojo y negro; Figura 7.4: 10). Otros cuencos serían los que poseen unos bordes engrosados por su cara exterior y decorados con un patrón concéntrico en rojo (Figura 7.4: 13; tipo CP F10), así como otros que muestran unas paredes abiertas y unos bordes de disposición horizontal (Figura 7.4: 12; tipo CP F6). Finalmente, destaca la presencia de un cuenco de origen chipriota provisto de dos asas opuestas de disposición horizontal y bordes de tendencia erecta (Figura 7.4: 9; tipo CP C9), que pertenecería, además, a la Bichrome II-III ware.

Discusión cronológico-secuencial

Como se observa en la Figura 7.1., Tiro X sería el primero de los estratos de Tiro con los que relacionaría este periodo, aunque había sido incluido por Bikai en su 'Horizonte de Kouklia'. No obstante, hemos preferido separarlo de dicho horizonte e incluirlo en un periodo diferente. La razón es simple. La relevancia de los cambios experimentados, no sólo por las jarras de cuello anillado, sino por el repertorio fenicio en este momento son relevantes, y apuntan hacia la aparición de un nuevo estadio evolutivo.

Estos cambios se personifican, especialmente, en la aparición del engobe rojo como recurso para cubrir las superficies de ciertas formas cerámicas. Las jarras de cuello anillado tampoco se escaparían a esta nueva 'moda'. De este modo, a la vez de mostrar una serie de cambios en sus atributos morfológicos, tales como la reducción del tamaño de los cuerpos en beneficio de los cuellos, o la misma aparición de dos tipos diferentes de borde, este recurso por el que se recubren las superficies de los ejemplares con engobe de color rojo comparte el panorama decorativo con el ya tradicional patrón concéntrico bicromo (véase la Figura 7.5: U.74-3 y los fragmentos TT02-II-5-1340.1334.1337 y 1338).

Por otro lado, en lo referente a las importaciones, en especial las de origen chipriota, en este momento aparecen los primeros ejemplares de la *Black-on-Red ware*, caracterizada por superficies cubiertas de engobe rojo y decoradas con patrones lineales o concéntricos de color negro. Esta categoría cerámica, objeto de gran cantidad de interpretaciones de todo tipo (véase Schreiber 2003), no sería, de hecho, más que la adaptación chipriota del concepto básico de las *White-Painted wares* de los periodos Chipro-Geométrico I y II a la nueva moda existente en ese momento en todo el Mediterráneo Oriental. Sin embargo, en ciertos ámbitos geográfico-culturales, la aparición, tanto de los engobes rojos como de las cerámicas *Black-on-Red* se han relacionado con la aparición del llamado Hierro IIa (véase en el capítulo 5). Por lo que al repertorio fenicio se refiere, la aparición de estos recursos simplemente añade nuevos elementos al periodo o, dicho de otra manera, a la línea evolutiva, aunque no significan, de hecho, un cambio radical en el carácter general de la secuencia. En realidad, las formas cerámicas principales y ciertos recursos decorativos continúan siendo los mismos, aunque con ciertas diferencias. Visto de manera general, más que indicios del comienzo de un nuevo periodo, lo que parecen indicar es el comienzo del fin del periodo anterior.

Tanto el engobe rojo (aunque habría aparecido algún tiempo antes), como la cerámica *Black-on-Red* aparecen por primera vez en el estrato X de Tiro (Bikai 1978: 53, tabla 13A; para una opinión discrepante, véase Gilboa -Sharon 2003: 46). Sin embargo, y como veremos en el próximo apartado, es sólo a partir del estrato V de esta excavación cuando podemos hablar de cambios relevantes en lo morfológico y decorativo. Por consiguiente, el uso por ciertos especialistas de la Arqueología Bíblica de la aparición de estos recursos decorativos como indicadores del comienzo del Hierro IIa, un periodo nuevo, sería el resultado de conectar determinados hechos históricos con contextos arqueológicos específicos. En otras palabras, autores que siguen la cronología convencional por primera vez desarrollada por Albright (1932; *idem* 1843; *idem* 1962: 114-144), y más tarde

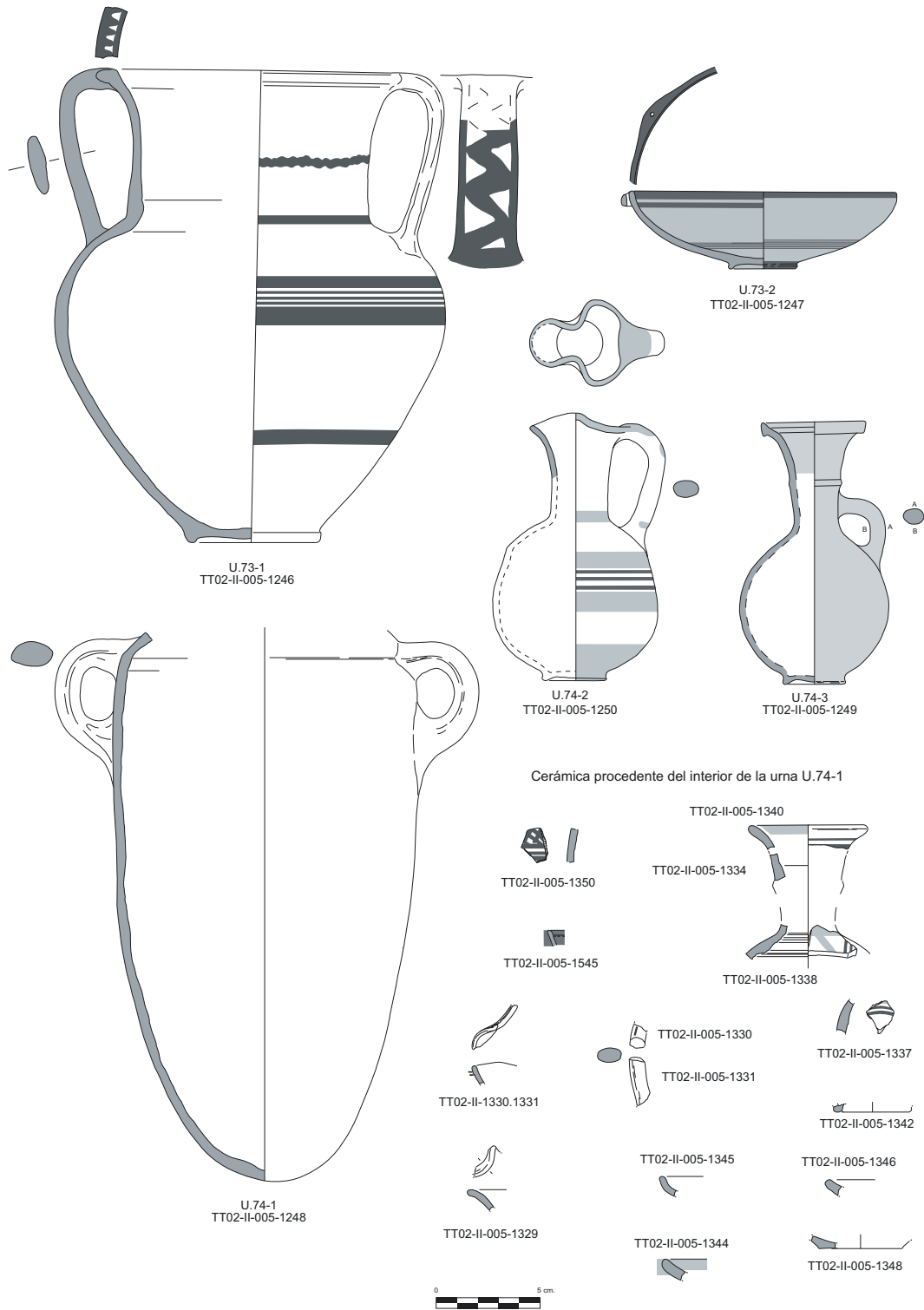


Figura 7.5. Tumba 73/74 de la necrópolis de al - Bass.

continuada por Yadin (especialmente 1960; *idem* 1970; *idem* 1972) y A. Mazar (2005), identifican un momento, para ellos importante, de la historia de Israel, la que hace referencia a la Monarquía Unida, con algunos elementos de la cultura material, como serían ciertas formas cerámicas y algunos restos arquitectónicos (Mazar 1990; Barkay 1992; Herr 1997). Más tarde, sin embargo, este mismo

principio se mantuvo por las posturas revisionistas, que mantuvieron las mismas características materiales (categorías y formas cerámicas, así como recursos decorativos) como representativos del Hierro IIa, aunque su posición cronológica y, por consiguiente, las conexiones históricas hubiesen variado.

Volviendo al caso fenicio, lo cierto es que este periodo debería de estar compuesto, sobre la base de los elementos morfológicos y decorativos propiamente fenicios, por el estrato X de Tiro y algo más de la mitad de los estratos que compondrían el llamado 'Horizonte de Salamis', es decir, Tiro IX a VI (véase la Figura 7.1). De hecho, y frente a posturas que le confieren un carácter propio, definitorio de una fase secuencial propiamente dicha, la realidad es que nos encontramos, más bien, con un periodo calificable de transicional. En él, los referidos elementos morfológicos y decorativos dan lugar, lentamente, a otros completamente nuevos, por ejemplo, las jarras escanciadoras de cuello cónico, nuestro tipo Jv F2, o los cuencos planos y hemisféricos, los tipos CP F1 y F2 respectivamente (para el primero de esos tipos, véase la Figura 7.4: 8), que serán los que caractericen a partir del siguiente estadio secuencial, el repertorio cerámico fenicio. No obstante, esa negación sobre el carácter autónomo de este momento secuencial se vería, en cierto modo, contradicha, por la presencia de ciertos tipos cerámicos que sólo aparecerán en él. Este sería el caso, por ejemplo, de las jarras escanciadoras de cuerpos piriformes y cuellos largos, el tipo Jv F3 (Figura 7.4: 3), o los cuencos de bordes simples, ya estén decorados con un patrón concéntrico bícromo o se hallan dejado lisos (Figura 7.4: 10 y 11).

En cuanto a las importaciones, hemos visto que las conexiones secuenciales se establecían con el inicio del Chipro-Geométrico III, aunque es muy posible también que hubiese sido contemporáneo, al menos en sus primeros momentos, con el final del Chipro-Geométrico II. Por lo que respecta a la secuencia egea, la relación temporal habría sido con el inicio del Sub-Protogeométrico y el Geométrico Inicial.

La cuestión de las conexiones con otras secuencias nos da pie a hablar de cuestiones relativas a la cronología absoluta de este Periodo I. En la búsqueda de posibles puntos de referencia, hay uno que sobre sale del resto: la fundación de la ciudad de Samaria alrededor del año 879 a. de C. por el rey Omri de Israel (véase el Capítulo 5). De hecho, junto a las campañas de los asirios en la segunda mitad del siglo VIII a. de C., este es uno de los pocos anclajes cronológicos que aparecen en la Biblia y que pueden ser identificados sobre el terreno: se trata de una ciudad cuya localización es cierta, y con una fecha exacta para su fundación. Este último aspecto la diferenciaría, por ejemplo, de otros posibles anclajes, como sería, por ejemplo, la campaña de Shoshenq contra Palestina a fines del siglo X a. de C., dado que el reconocimiento de estos hechos en las secuencias estratigráficas son más difíciles de ser identificados de manera inequívoca, por lo que tienden a desembocar en controversias (en este sentido, Finkelstein 2002; Finkelstein - Piasetzky 2006). Por otro lado, y retomando la controversia entre la relevancia de la llamada 'Monarquía Unida' en la evidencia arqueológica, hemos de indicar que, de manera objetiva, estos, también llamados, 'Estratos Salomónicos' carecen hasta la fecha de tal evidencia tangible. De hecho, este paradigma tiene su origen en una interpretación de la evidencia

arqueológica basada en la Biblia.

La naturaleza secuencial y, por consiguiente, cronológica de los materiales relacionados con los momentos iniciales de la ocupación de Samaria, es decir, sus periodos constructivos 0 y I (que corresponderían a los periodos cerámicos 1 y 2 respectivamente) es controvertida, especialmente debido a su similitud con los recuperados en esos 'Estratos Salomónicos' (Kenyon 1957; *idem* 1964; véase, además, las revisiones de Tappy 1992 y 2001, así como a Franklin 2004). Sin embargo, esta comparación no sería del todo cierta, tal y como veremos más adelante. En realidad, los momentos secuenciales representados por estos estratos deberían conectarse con Samaria PP (*Pottery Period*) 3. Sin embargo, incluso si algunos de los criticismos relativos a la naturaleza compleja de la excavación de Samaria y su estratigrafía son dignos de ser tenidos en cuenta, también es importante observar que la posibilidad de datar unos mismos materiales alrededor de un siglo más tarde de lo esperado representa un verdadero desafío para la corriente cronológica convencional de la Arqueología Bíblica (véanse, entre otros, Aharoni - Amiran 1958; Wright 1959a; *idem* 1959b; *idem* 1965: 98-100; Stager 1990; Dever 1990; Finkelstein 1990; Tappy 1992; Avigad 1992; autores que apoyen los resultados de Kenyon serían Holladay 1976; *idem* 1990; *idem* 1993; Wightam 1990).

No obstante, nos quedaríamos con una paradoja. Mientras que el final del Hierro IIa se conectaba por parte de la corriente convencional en la campaña de Shoshenq, ahora parecería comprobado para sus seguidores que este periodo continuó hasta bien entrado el siglo IX a. de C. Se trata del llamado *expanded Iron IIa* de A. Mazar (2004; Mazar - Bruins - Panitz-Cohen - van der Plicht 2005; véanse también los comentarios al respecto en Sharon - Gilboa - Boaretto - Jull 2005). De hecho, esta corrección debería de anular, al menos en principio, todas las críticas en contra de la naturaleza de los momentos iniciales de Samaria, al mismo tiempo que colocarla de nuevo en su lugar como yacimiento de referencia cronológica. No obstante, su papel secundario permanece vigente.

Sea como fuere, Samaria PP1 y 2 (Kenyon 1957: 94, 195-209; Tappy 1992, Franklin 2004; *idem* 2005), muestran un repertorio cerámico que puede ser puesto en relación fácilmente con este Periodo I de al - Bass. Además, la evidencia publicada, no muy abundante ciertamente, puede ser relacionada también con la obtenida en otros lugares que podrían ser conectados históricamente con la fundación de Samaria. Se trata de Tel Far'h (N), un yacimiento identificado con Tirzah, la antigua capital del reino, cuyos materiales recogidos en sus niveles VIIb y c pueden ser puestos en relación con los de la fundación de Samaria (Chambon 1984). También sería el caso de Tel Jezreel, el palacio de invierno del rey israelita (Zimhoni 1997). Además, otros niveles arqueológicos que muestran unos materiales secuencialmente afines serían Megiddo VB (Finkelstein - Zimhoni - Kafri 2000: 265-300), Hazor X, o, por último, Tel Rehov VI y V, en el que la similitud entre estos dos niveles no se establecería tan sólo a partir de los materiales locales, sino que, además, por haber proporcionado materiales datables en el Chipro-Geométrico III (incluyendo *Black-on-Red ware*), el Protogeométrico Tardío o el Sub-protogeométrico (Mazar 2005a: 217-236; Coldstream - Mazar 2003). De manera sintética, todos ellos presentan cerámicas con decoración bicroma o superficies cubiertas con engobe rojo, jarras del estadio 'D', cuencos de paredes curvadas y bordes simples,

algunos con asas tubulares, jarras escanciadoras de bordes trilobulados, cuerpos piriformes y cuellos alargados, así como cerámicas de la *Black-on-red ware*.

En la Fenicia metropolitana, los ejemplos antes citados se podrían poner en relación con los niveles X y IX de Tiro. Este nivel X, además, podría ser puesto en relación con la tumba 49-51 de al - Bass, un conjunto que posiblemente se podría dividir en dos enterramientos, al menos sobre la base de la naturaleza de sus componentes. De este modo, tendríamos, por un lado, la urna U.49 con su ajuar, mientras que, por el otro, la urna U.51, la cual, por sí sola, proporciona los elementos que componen un ajuar típico (véase la Figura 4.26): la urna (U.51-1), la tapadera (U.51-2), con una posible función adicional como copa para beber, la jarra escanciadora (U.51-3), y, por último, una jarrita en barril (U.51-4), una forma cerámica derivada de las jarras de cuello anillado. Nos cabe la duda si la urna U.49 hizo pareja con la urna U.50, o si ésta fue colocada allí con posterioridad. Tampoco es posible saber, si éste fue el caso, si U.49-1 fue colocada sola, o si su posible compañera permanece en el corte (véase la Figura 2.3). Sin embargo, la urna U.49 presenta un ajuar de las mismas características, como sería, aparte de la urna chipriota de la *White-Painted III ware*, el cuenco tapadera de paredes simples (U.49-2), un olpe (U.49-3) y, en este caso, tres jarras de cuello anillado, las cuales muestran las tres variantes existentes en este momento secuencial: una de proporciones equilibradas entre el cuerpo y el cuello (U.49-4), una segunda de cuello más pequeño que el cuerpo (U.49-6), y la tercera, de cuello más alto que el cuerpo (U.49-5).

Una composición similar a la que presenta esta Urna U.49 es la que ofrece la tumba U.43/44 (Figura 4.12), incluyendo las cráteras chipriotas (U.43-1 y U.44-1) y el olpe (U.43-3). Sin embargo, nos encontramos con un dato interesante. La urna que contenía los restos humanos, la U.44-1, se tapó con la base rota de una urna (U.44-4: 1), así como con un fragmento de cuenco de grandes dimensiones de borde horizontal (U.44-4: 3; véase también la Figura 7.4: 12), que recuerda mucho a las tapaderas de bases inestables. Esto daría pie a la posibilidad que el cuenco del tipo CP F3 (U.43-2), hubiese tenido una funcionalidad como copa para beber.

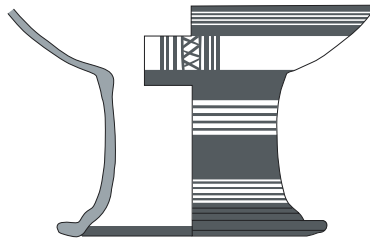
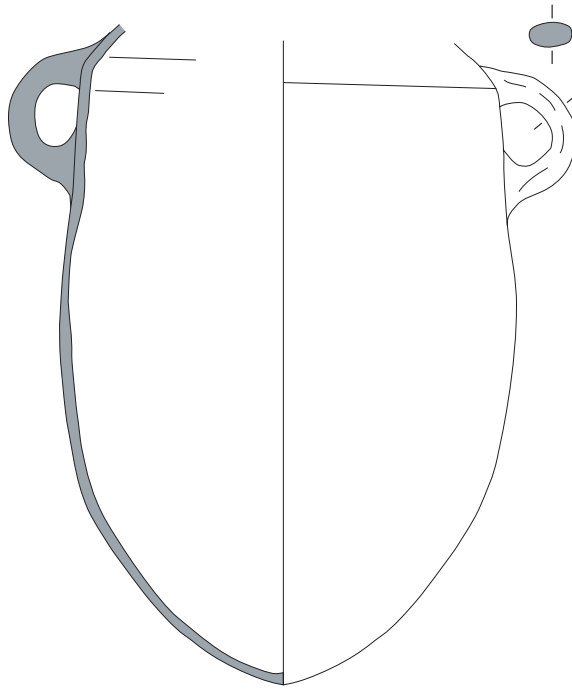
Algo más complicada se antoja el reconocimiento de los materiales pertenecientes a este periodo del conjunto formado por las urnas 17, 24 y 25. En él encontramos con materiales propios de este momento (U.17-1, 4, 5 y 6, así como U.25-1, 3 y 4), con otros más propios del Periodo IV de la necrópolis (posiblemente U.17-2, todos los de la U.24, así como la jarra U.25-2). Habría un ejemplar de jarra de cuello anillado que, dada su proximidad, podría haber formado parte de la tumba del Periodo II. Nos referimos a P.17 del Sector III. Si tubiésemos en cuenta todos estos materiales de la misma época, el resultado sería un contexto funerario consistente desde un punto de vista secuencial (Figura 7.6).

No deberíamos olvidar que el estrato X de Tiro fue el primero en ofrecer importaciones de la *Black-on-Red ware*, junto a otras de los periodos Sub-Protogeométrico I-II, aunque éstas aparecían ya en el estrato XI. Mientras, debemos recordar las similitudes que presenta el conjunto U.49-51 con

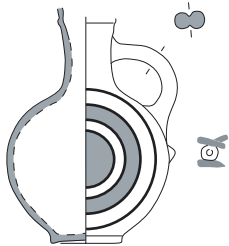
(En la página siguiente)

Figura 7.6. Posible reconstrucción de un contexto funerario del Periodo II

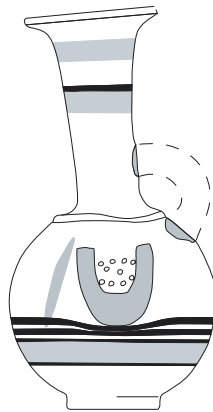
U.17-1. TT97-III-002-123.124.124.126.127.239



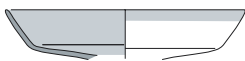
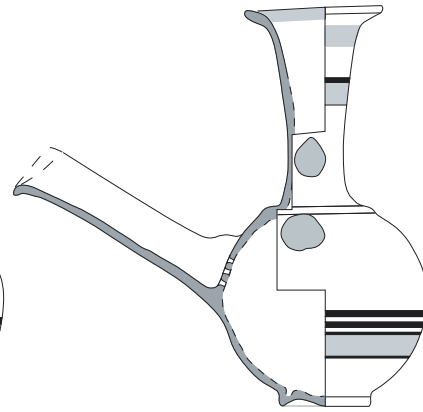
U.25-1. TT97-III-002-227



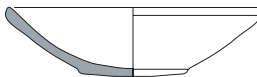
P.17. TT97-III-002-213



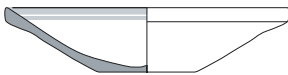
U.25-3. TT97-II-002-231



U.17-4. TT97-III-002-132.133



U.17-5. TT97-III-002-135.136



U.17-6. TT97-III-002-134



U.25-4. TT97-II-002-229

U.17-9. Cerámica hallada en el interior de la urna U.17-1



2. TT97-III-002-234



5. TT97-III-002-237



algunas tumbas halladas en el cementerio chipriota de Palaepaphos-Skales, especialmente las tumbas 54, 55 y 56, en las que las importaciones chipriotas aparecían junto a cerámicas de la *Black-on-Red ware* (Karageorghis 1983; véase en el capítulo 6). Además, con el objetivo de demostrar la relevancia de estas asociaciones, podríamos citar la tumba 79 de Lefkandi (Figura 7.7; Popham - Lemos 1996: tabla 1, pls. 79, 103 y 109), a la que también se hizo referencia en el capítulo anterior, aunque, esta vez, poniéndola en relación con el estrato IX de Tiro, o, al menos, con parte de él. Recordemos que en esta tumba eubea aparecieron cerámicas de los momentos iniciales de la *Black-on-Red ware* en un contexto fechable en el Sub-Protogeométrico I/II, y en asociación a algunas importaciones similares a las aparecidas en las tumbas chipriotas citadas, en especial las jarras de cuello anillado, una de las cuales (Popham - Lemos 1996: pl. 79: A10) se asemejaría mucho a la jarra U.49-5. Por otro lado, y en relación a este momento secuencial, podríamos citar aquí una tumba inédita proveniente de la campaña de 2002, la T. 73/74 (Figura 7.5), en la que, junto a una crátera chipriota de inicios del Chipro-Geométrico III (U.73-1), encontraríamos una jarra de boca trilobulada y cuerpo de forma piriforme (U.74-2), un tipo no aparecido en la campaña de 1997, así como un cuenco de la *Black-on-Red ware* inicial (U.73-2). El conjunto quedaría redondeado desde el punto de vista secuencial si uno de los fragmentos que aparecieron en el interior de la urna U.74-1 (TT02-II-5-1350), hubiese pertenecido a una cerámica egea del Sub-Protogeométrico sobre la base de su decoración consistente en un patrón decorativo en red.



Figura 7.7. Materiales de la Tumba 79 de Lefkandi (a partir de Popham - Lemos 1996).

Por consiguiente, desde el planteamiento de los horizontes de Bikai, se produciría un cierto solapamiento de los momentos finales de su 'Horizonte de Kouklia' y los inicios del de 'Salamis'. Esta es la causa por la que hemos separado el estrato X de Tiro del primero de estos horizontes y lo hemos incluido en el siguiente, en el que se encuentra más comfortable tanto desde un punto de vista secuencial (momentos finales del Chipro-Geométrico II e inicios del III, así como el periodo Sub-Protogeométrico I/II) como, veremos a continuación, cronológico.

Para poder apoyar estas conclusiones cronológicas y secuenciales, el uso de fechas de C14 se antoja algo más complicado. Es necesaria una mayor consideración de algunos de los argumentos que alimentan la controversia cronológica en el interior de la Arqueología Bíblica. Así, y tomando como referencia los recientes trabajos realizados en Tel Rehov, veremos que la tendencia convencional fecha el final su estrato VI entre los años 975-955 a. de C., y coloca el estrato V entre los años 924 y 897 a. de C. Como vemos, ambos niveles los encontraríamos bien asentados en el interior del siglo X a. de C. (Mazar - Bruins - Panitz-Cohen - van der Plicht 2005; van der Plicht - Bruins 2005; Bruins - van der Plicht - Mazar - Ramsey - Manning 2005). Sin embargo, la aplicación de un método bayésico para llegar a estas conclusiones, con la consiguiente discriminación de ciertas fechas, al tiempo de los rangos de calibración utilizados, nos conducen a tomar estos resultados con mucha precaución (en este sentido, véanse los comentarios al respecto en Finkelstein - Piasetzky 2006: 378, nota 6). De hecho, veríamos la aproximación realizada por Finkelstein como más preferible, dado que cuenta con toda la evidencia a mano (Finkelstein 2005; Piasetzky - Finkelstein 2005; Finkelstein - Piasetzky 2003; Finkelstein - Piasetzky 2006). Para este autor y su grupo, estos dos estratos en cuestión tendrían su lugar en el último tercio del siglo X a. de C. (véase Boaretto - Jull - Gilboa - Sharon 2005, para una opinión similar), a pesar de que las medias de las fechas empleadas es 2761 ± 13 BP para Rehov VI y 2758 ± 13 para Rehov V. Estas medias, a su vez, proporcionarían unos espectros de años de 925-890 (49.0 %) y 870-850 (19.2 %) a 1σ , así como 970-950 (4.4 %) y 940-840 (91.0 %) a 2σ para el primer caso, mientras que esos valores serían en el segundo caso 920-890 (44.5 %) y 870-850 (19.2 %) a 1σ y 970-960 (2.3 %) y 940-840 (93.1 %) para 2σ . La fecha central de estos espectros de años con una mayor probabilidad estadística serían 907 a. de C. a 1σ y 890 a. de C. a 2σ para Rehov VI, mientras que los valores para el estrato V serían 905 a. de C. a 1σ y, de nuevo, 890 a. de C. a 2σ . Estas fechas podrían, por consiguiente, confirmar la relativa proximidad de estos dos niveles entre sí en términos de secuencia cerámica. En este punto, no debemos tampoco olvidar las conexiones cronológicas establecidas por Finkelstein entre el final del Hierro I y las campañas de Shoshenq (Finkelstein - Piasetzky 2006; Fantalkin - Finkelstein 2006).

Usando este último hecho histórico como referencia, Finkelstein habla de un 'horizonte de Megiddo VIA' al que el estrato IV de Tel Hadar también pertenecería. Sin embargo, sería prudente, a la vez de conveniente para determinar la fecha final del Periodo I de la necrópolis, hacer referencia a algunos elementos. Ya vimos que este estrato correspondería al Hierro Ib en términos de la Arqueología Bíblica, mientras que en términos secuenciales fenicios, correspondería al estadio 'B' de las jarras de cuello anillado y, en consecuencia, contemporáneo al estrato XIII de Tiro.

La media de las dataciones de C14 provenientes del estrato VIA de Megiddo es 2831 ± 31 BP (Finkelstein - Piasetzky 2006: 47ss.), lo que proporciona, una vez calibrada, una fecha central de 995 a. de C. a 2σ y 972 a. de C. a 1σ (los espectros de años son 1090-900 a. de C. en el primer caso y 1020-925 a. de C. en el segundo). Estas fechas podrían ser, a su vez, contrastadas con otra recogida en el estrato IV de Tel Hadar, supuestamente perteneciente a este mismo horizonte, siempre según estos autores (Piasetzky - Finkelstein 2005: 299; Finkelstein - Piasetzky 2006: 48): 2780 ± 25 BP.

Esta fecha, una vez calibrada, proporciona unas medias de 950 a. de C. a 2σ y 935 a. de C. a 1σ. Ya hemos comentado el interés de este contexto cerrado, especialmente por la asociación de cerámicas locales junto a un lebes fechado en el Protogeométrico Medio a Tardío, y la información que podría ofrecer acerca del momento de la aparición de las jarras del estadio 'C'. Por consiguiente, la fecha absoluta de Tel Hadar IV sería un importante punto de referencia para los primeros momentos de la secuencia fenicia, aunque, en buena media, esa relevancia está aún por definir.

Por su parte, el nivel correspondiente al Hierro I/II de Tel Dor podría entrar en cuestión ahora (Gilboa - Sharon 2003: 34ss. figs. 10-12; Sharon - Gilboa - Boaretto - Jull 2005: 67). Este nivel ha aparecido mencionado con cierto detalle en este texto anteriormente (Capítulo 6), de hecho, se mencionó la posibilidad que debiese ser colocado en algún lugar entre los estratos XII y X de Tiro. Los materiales que ha proporcionado muestra similitudes con los del estrato XII de tiro, especialmente los cuencos de bordes abiertos y algunas cráteras, mientras que la jarra de cuello anillado publicada podría ser considerada como una evolución de las del estadio 'C' observadas en ese mismo estrato o en algunas tumbas de Chipre como Amathus (Gilboa - Sharon 2003: fig. 11: 6). Así mismo, la presencia de una jarrita de la Bichrome II ware en ese contexto (Gilboa - Sharon 2003: fig. 11: 18), similar a las halladas en Tiro XII o en la tumba 28 de Lefkandi citada más arriba, es otro hecho relevante, como lo sería también la presencia del cuello de una ánfora decorada chipriota y el borde de una taza fechada en el Protogeométrico Tardío similar a la encontrada en la tumba hallada en el *Rashim's Coffee Shop* de Amathus (Gilboa - Sharon 2003: fig. 11: 17 y 18).

Los problemas surgen a la hora de tratar con las fechas absolutas de este nivel. De este modo, si bien al principio el Hierro I/II había sido fechado, sobre la base de dataciones de C14, entre los años 880-850 a. de C. (Gilboa - Sharon 2003: 55m 57-60), en la actualidad, y con la ayuda de evidencia recogida en otros yacimientos, estas fechas se han corregido, por lo que ahora se hablaría de un espectro temporal comprendido entre los años 910 y 875 a. de C. (Boaretto - Jull - Gilboa - Sharon 2005: 54). Estas fechas son, obviamente, posteriores a las proporcionadas por Tel Hadar IV, algo que se podría considerar normal desde un punto de vista secuencial. Sin embargo, lo que ya no sería tan normal es su coincidencia con las fechas que Finkelstein propone para los estratos VI y V de Tel Rehov, los cuales, como hemos observado, son posteriores secuencialmente hablando.

Por consiguiente, ¿cómo deberíamos fechar el estadio secuencial representado en Samaria por sus PP 1 y 2, así como los contextos a los que son afines?. Si tomamos el año 879 a. de C. como referencia, las fechas del equipo de Finkelstein parecerían ser las más aproximadas, incluso si tuviésemos que colocar el inicio de este periodo, representado por Tiro X y las urnas U.49-51 y la tumba T.73/74 de al - Bass, a finales del siglo X a. de C. Del mismo modo, la fecha de inicio del Sub-Protogeométrico y, lógicamente, la del Geométrico Inicial deberían ser del mismo modo elevadas.

Por el otro lado, las fechas de C14 de Dor parecerían semasiado bajas si son comparadas con la fecha de fundación de Samaria. De manera teórica, y en términos de cronología relativa basada en la secuencia cerámica general, Samaria PP1 y 2 deberían ser colocados después de Dor Hierro I/II, el cual, como hemos visto ya, correspondería al estadio 'C' de la secuencia fenicia, posiblemente,

quizás, incluso en sus últimos momentos. Por consiguiente, y siguiendo la cronología de Dor, los PP1 y 2 deberían ser datados, como muy pronto, después del primer cuarto del siglo IX a. de C. Sin embargo, tendríamos la impresión de que, en realidad, el momento secuencial que representa los momentos fundacionales de Samaria no han aparecido en Dor o, al menos, no han sido reconocidos como tales. La razón es que el siguiente nivel en ese yacimiento, correspondiente al Hierro IIa, correspondería al PP 3 de Samaria.

Finalmente, la aplicación de la cronología convencional parecería ser también problemática. Mientras que el horizonte representado por Samaria PP1 y 2 (así como Rehov VI y V) son anteriores en términos secuenciales a los llamados 'Estratos Salomónicos', la fecha de los estadios 'B' y 'C' de las jarras de cuello anillado y, por consiguiente, de todo el Protogeométrico egeo y del Chipro-Geométrico I y II deberían ser colocados en el siglo XI e inicios del siglo X a. de C., algo poco probable, incluso si las fechas recientemente proporcionadas en Asiros para el inicio del Protogeométrico son tenidas en cuenta (Newton - Wardle - Kumiholm 2005). Además, de acuerdo con la noción del llamado *expanded Iron IIa* y las fechas de Rehov VI y V, los materiales hallados en esos 'Estratos Salomónicos' deberían ser, al menos teóricamente, anteriores a los dos estratos citados (Mazar 2005: 24, tabla 2.2; en este sentido, véase Finkelstein 2005: 306). No obstante, eso sería imposible en términos secuenciales. De acuerdo con los argumentos ofrecidos aquí, la noción de un Hierro IIa casi estático secuencialmente, que duró 150 años sin cambios notables presentaría un número de problemas (Mazar - Bruins - Panitz-Cohen - van der Plicht 2005; veáanse los comentarios al respecto de Sharon - Gilboa - Boaretto - Jull 2005: 66ss). Por un lado, el espacio de tiempo que ocupó el reinado de Salomón parece corresponder, en realidad, a otro momento de la secuencia cerámica (en términos Fenicios, los correspondientes a los estadios 'B' y 'C' de las jarras de cuello anillado), mientras que, por el otro lado, consideraríamos demostrado que el conjunto cerámico en cuestión experimentó un notable desarrollo, cuyos rasgos, y no sólo en términos de frecuencias, sino también en lo referente a los aspectos morfológicos y decorativos, permiten realizar una subdivisión interna de la secuencia. No obstante, el establecimiento de los detalles de cada una de esas subdivisiones, dadas las circunstancias actuales, sería un asunto diferente.

En definitiva, el momento que debería ser considerado en Tiro como contemporáneo a la fundación de Samaria debió coincidir con el estrato X, quizá también con el IX, mientras que el resto de estratos IX-VIII lo hizo continuaron su evolución, siempre dentro de este Periodo II. A los contextos funerarios citados aquí provenientes de esta necrópolis podríamos citar otra proveniente de la cercana Qasmieh (Chapman 1972: 147, fig. 32), que presenta unas características propias a las del Periodo II de al-Bass. En realidad, si estos materiales aparecieron en el mismo contexto, éstos mostrarían el verdadero carácter de este momento secuencial (Figura 7.8). En primer lugar, presenta una jarra de cuello anillado de característica del estadio 'D' decorada con un patrón de bandas y filetes concéntricos bícromos, el cual se repite, además, en la mitad superior del cuello, aunque esta vez con una disposición horizontal, un rasgo este último que marca la tendencia decorativa del siguiente estadio evolutivo de estas jarras. Además de esta jarra, el contexto parece haber proporcionado

también una crátera anforoide, al parecer local, así como una cantimplora, un elemento que ligaría el conjunto con la fase anterior, y una jarra de boca trilobulada de cuerpo globular y cuello cónico, típica, como veremos, del próximo periodo. Por último, la crátera habría sido tapada por medio de un cuenco de bordes directos y simples.

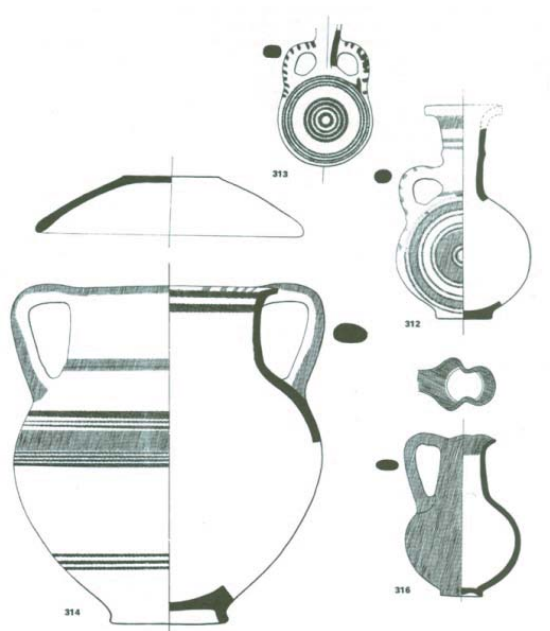


Figura 7.8. Posible contexto funerario hallado en Qasmieh (Chapman 1972: 147, fig. 32).

Otro contexto que pertenecería a este momento sería Tel Rehov IV (Mazar 1999; Coldstream - Mazar 2003; Mazar - Bruins - Panitz-Cohen - van der Plicht 2005: 237-242). El carácter general de los materiales publicados de este estrato parece haber sido el mismo observado en Tiro, incluyendo las importaciones chipriotas y las egeas del Geométrico Medio I y del Sub-Protogeométrico. Del mismo modo, este estrato ha proporcionado también fechas de C14. Es interesante observar en este sentido que éste sería uno de los pocos puntos de coincidencia entre los seguidores de la cronología convencional y la revisada: mientras que los primeros colocarían la destrucción de este estrato entre los años 877 y 833 a. de C. (con una fecha central del 855 a. de C.), los segundos la fecharían entre el 880 y el 840 a. de C. (con una fecha central del 860 a. de C.). De cualquier modo, también se podrían considerar interesantes las fechas centrales empleadas por ambos modelos. Así, la postura convencional usaría una fecha sin calibrar del 2758 ± 45 BP (Mazar - Bruins - Panitz-Cohen - van der Plicht 2005: 243ss; Bruins - van der Plicht - Mazar - Ramsey - Manning 2005: 290ss.), mientras que los revisionistas propondrían otra del 2755 ± 45 BP (Finkelstein - Piasezky 2006: 48s.). Si nos fijásemos sólo en las fechas centrales de sus respectivos espectros temporales calibrados, veríamos que éstas serían 907 a. de C. a 1σ y 885 a. de C. a 2σ en el primer caso (las calibraciones habrían proporcionado, a 1σ : 925-890 a. de C. [41.0 %], 875-845 a. de C. [27.2 %]; a 2σ : 970-960 a. de C. [3.4 %] y 940-830 a. de C. [92.0 %]; en Mazar - Bruins - Panitz-Cohen - van der Plicht 2005: 243, estos espectros serían 918-895 a. de C. [28.2 %] y 877-840

a. de C. [40.0 %] a 1σ , y 926-833 a. de C. [90.7 %] a 2σ). Mientras, en el caso de los revisionistas, estas fechas centrales serían 860 a. de C. a 1σ y 900 a 2σ (las calibraciones son, a 1σ : 925-885 a. de C. [33.5 %], 880-840 a. de C. [34.7 %]; a 2σ : 980-820 a. de C. [95.4 %]). De este modo, lo primero, y quizás más interesante a enfatizar sería la coincidencia entre las fechas centrales de las respectivas calibraciones y las obtenidas en Rehov VI y V, más aún si, en términos secuenciales, Rehov IV es algo posterior. No obstante, como se indicará más adelante, la duración de estos espectros de años, especialmente aquellos con una mayor probabilidad estadística, nos permiten una cierta flexibilidad a la hora de relacionarlos con los hechos históricos y los restos arqueológicos.

En este punto podría ser de utilidad atender a un nuevo contexto funerario chipriota, también mencionado ya en el capítulo anterior: Amathus NW 194 (Tytgat 1995; Coldstream 1995). Ya vimos que esta tumba proveía de una referencia secuencial debido, primero, a la homogeneidad de sus materiales, a pesar de poder provenir de varios enterramientos. De este modo, mientras que los materiales chipriotas se podrían datar en el Chipro-Geométrico III y en el Chipro-Arcaico I, los egeos los serían en el Geométrico Medio I y en el Sub-Protogeométrico IIIa, y los fenicios coincidirían con los de los estratos VIII-VI de Tiro. Así mismo, los rasgos de algunos de los materiales recogidos allí equipararían esta tumba con contextos tales como el PP 3 de Samaria (Kenyon 1957: 94ss), Megiddo VA/IVB (Finkelstein - Zimhoni - Kafri 2000: 265-300; véase nuestra Figura 7.9), Hazor IX, el Hierro IIa de Dor (Gilboa - Sharon 2003: 35, fig. 13), Hurbat Rosh Zayit II (Gal - Alexandre 2000), el *Omride enclosure* de Tel Jezreel (Zimhoni 1992; *idem* 1997: 39-55), o una parte de la tumba II del Monte Carmelo (Guy 1924: 51, pl. 2).

Mientras que la cronología convencional ubicaría estos contextos, dependiendo de las diferentes interpretaciones históricas aplicadas a cada uno de ellos, en algún lugar dentro del llamado *expanded Iron IIa* (Mazar - Bruins - Panitz-Cohen - van der Plicht 2005: 243), la cronología baja, de acuerdo con lo que se ha dicho en páginas anteriores, los ubicaría en el siglo IX a. de C. De hecho, el final de algunos de ellos, como sería el caso de Jezreel o Megiddo VA/IVB, se habría relacionado directamente con las campañas arameas contra Israel de los años 835-830 a. de C. (Na'aman 1997; Finkelstein - Ussishkin 2000: 596-599; Finkelstein 2005: 307). Estaría claro, entonces, que, en este caso, la conexión entre la evidencia arqueológica y un hecho histórico podría ser apoyado por el extremo inferior de los espectros obtenidos a partir de la calibración de fechas de C14, en concreto, las obtenidas en el nivel de destrucción de Rehov IV (véase antes). Sin embargo, esta fecha histórica aparentemente apoyada en hechos científicos no debería marcar el final de todos ellos. Por el contrario, podría ser observado como un punto de referencia, aunque no sólo para las secuencias levantinas, sino también para las del Egeo (Fantalkin 2001), y Chipre. Este hecho sería especialmente importante en este último caso. Ya se ha indicado la presencia en estos estratos de cerámicas que podrían ser fechadas en el Chipro-Arcaico I, algo que, sobre la base de la cronología chipriota tradicional, no sería posible, puesto que ese periodo debe comenzar según ella, hacia el año 750 a. de C. (véase Karageorghis 2004; como un ejemplar práctico, véase también la propuesta cronológica para la tumba NW 194 de Amathus en Tytgat 1995), una posibilidad que, obviamente, no puede ser tenida en consideración en adelante.

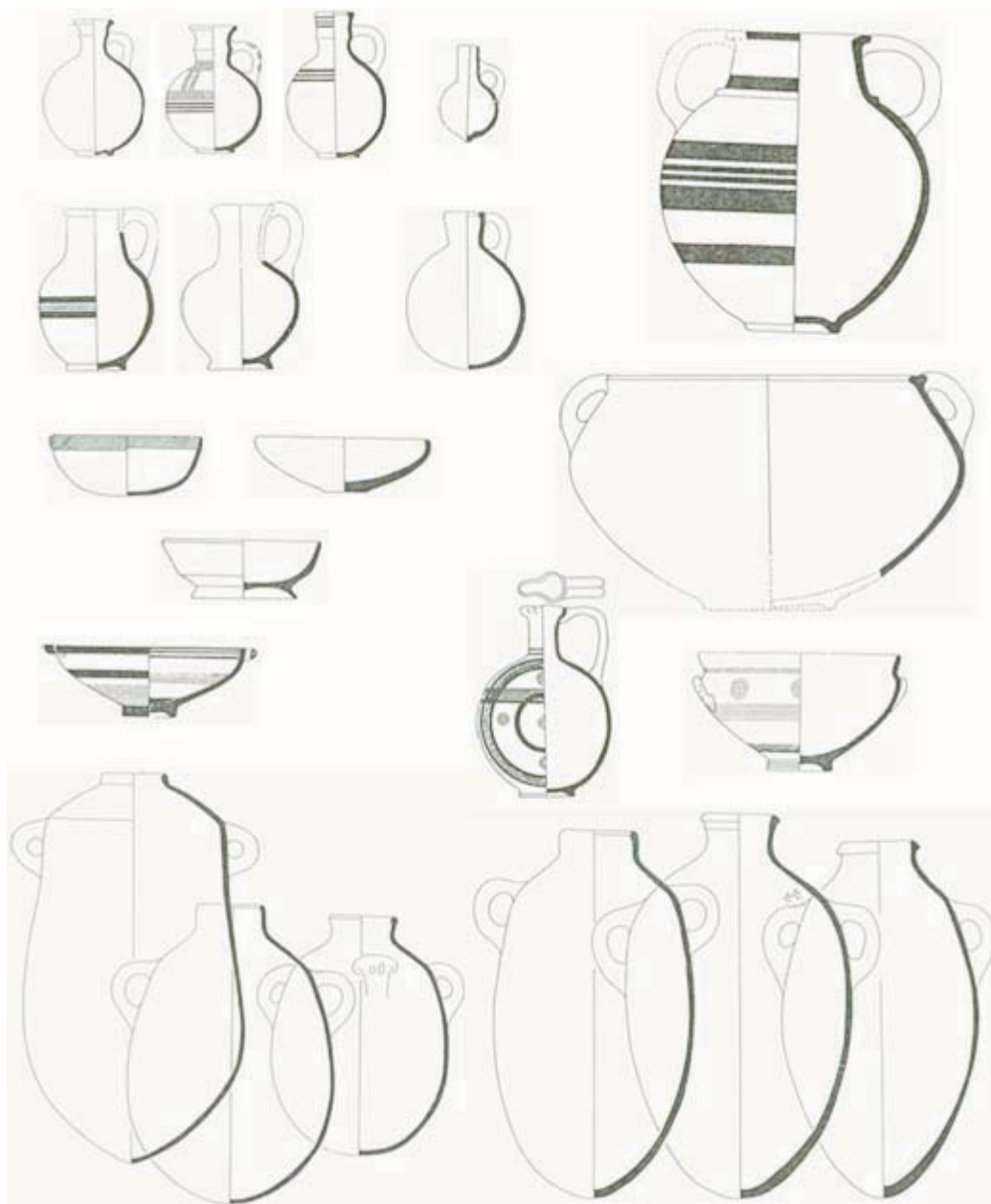


Figura 7.9. Cerámicas del estrato VA/IVB de Megiddo (a partir de Finkelstein - Zimhoni - Kafri 2000).

Siguiendo la misma línea de razonamiento, habría otro yacimiento que podría servir de referente cronológico-secuencial: Kuntillet Ajjrud (Ayalon 1995; Figura 7.10). Incluso si el contexto se halla situado a cierta distancia de la Fenicia metropolitana, en la costa meridional palestina, y en un ambiente cultural algo diferente, los materiales cerámicos hallados allí ocupan una posición determinada dentro de la secuencia, cercana a la de los contextos citados antes, incluso puede que algo posterior, a pesar de la existencia de ideas en contra de esta similitud (Singer-Avitz 2006). De manera interesante, este yacimiento proporciona una serie de dataciones de C14 que podrían ser usadas como referencia cronológica (Segal 1995). En total son dieciséis (2785 ± 55 BP la más antigua y 2275 ± 40 BP la más moderna), sobre las cuales, los investigadores de este yacimiento han propuesto una fecha para el final del contexto en algún lugar de la primera mitad del siglo VIII a. de C. No obstante, si

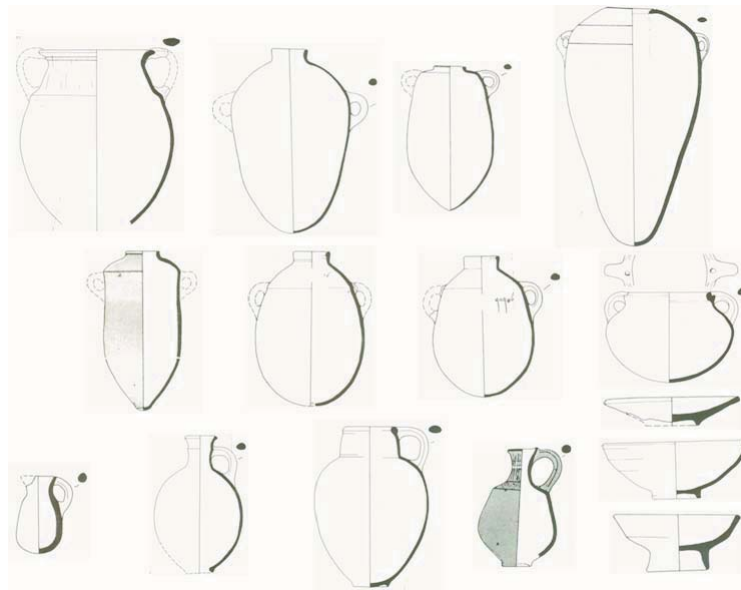


Figura 7.10. Materiales cerámicos provenientes de Kuntillet Ajrud (a partir de Ayalon 1995).

buscásemos una fecha algo más exacta, volveríamos a calibrarlas (a excepción de la más moderna, a todas luces errónea), y colocaríamos sus espectros a 2σ junto a la porción del espectro con mayor probabilidad estadística a 1σ (Figura 7.11). Con ello pretendemos filtrar estas fechas y obtener, de este modo, un grupo coherente, que, de hecho, de compondría de de nueve fechas cuyos espectros a 1σ se solapan. Mientras que desde un punto de vista estadístico actuar de este modo podría parecer poco ortodoxo, los resultados serían bastante interesantes: el valor central de estas fechas sería el año 816 a. de C. Además, la media no calibrada de estas fechas sería 2644 ± 47 BP, lo que nos daría una fecha del 815 a. de C. como valor central de su espectro a 1σ .

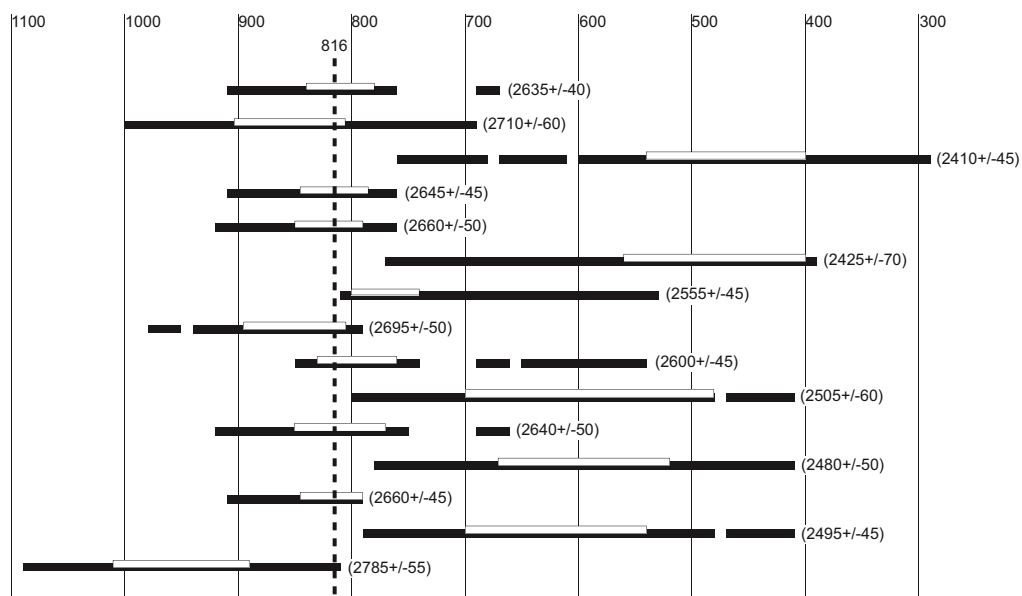


Figura 7.11. Presentación de las fechas calibradas obtenidas en Kuntillet Ajrud (a partir de Segal 1995).

Si esta fecha pudiera ser utilizada como una referencia para el estadio representado por el PP3 de Samaria, Megiddo VA/IVB o Dor, Hierro IIa, también lo podría ser para el inicio del siguiente Periodo, que vamos a desarrollar a continuación.

Periodo III

El tercero de los periodos reconocidos en la necrópolis de al - Bass coincidiría con los estratos V y IV de tiro (véase la Figura 7.1), o, lo que sería lo mismo la última parte del 'Horizonte de Salamis' de Bikai.

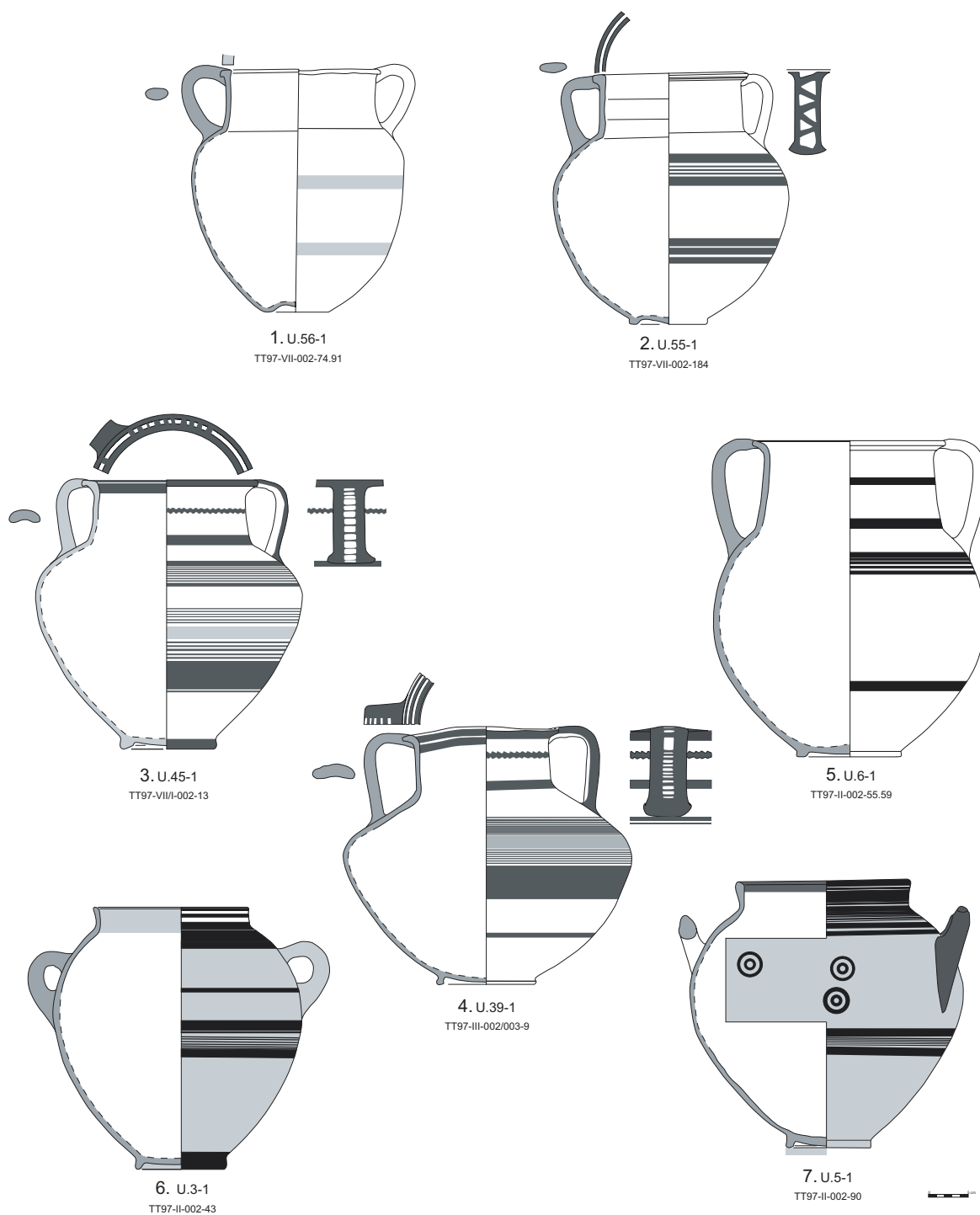


Figura 7.12. Urnas del Periodo III.

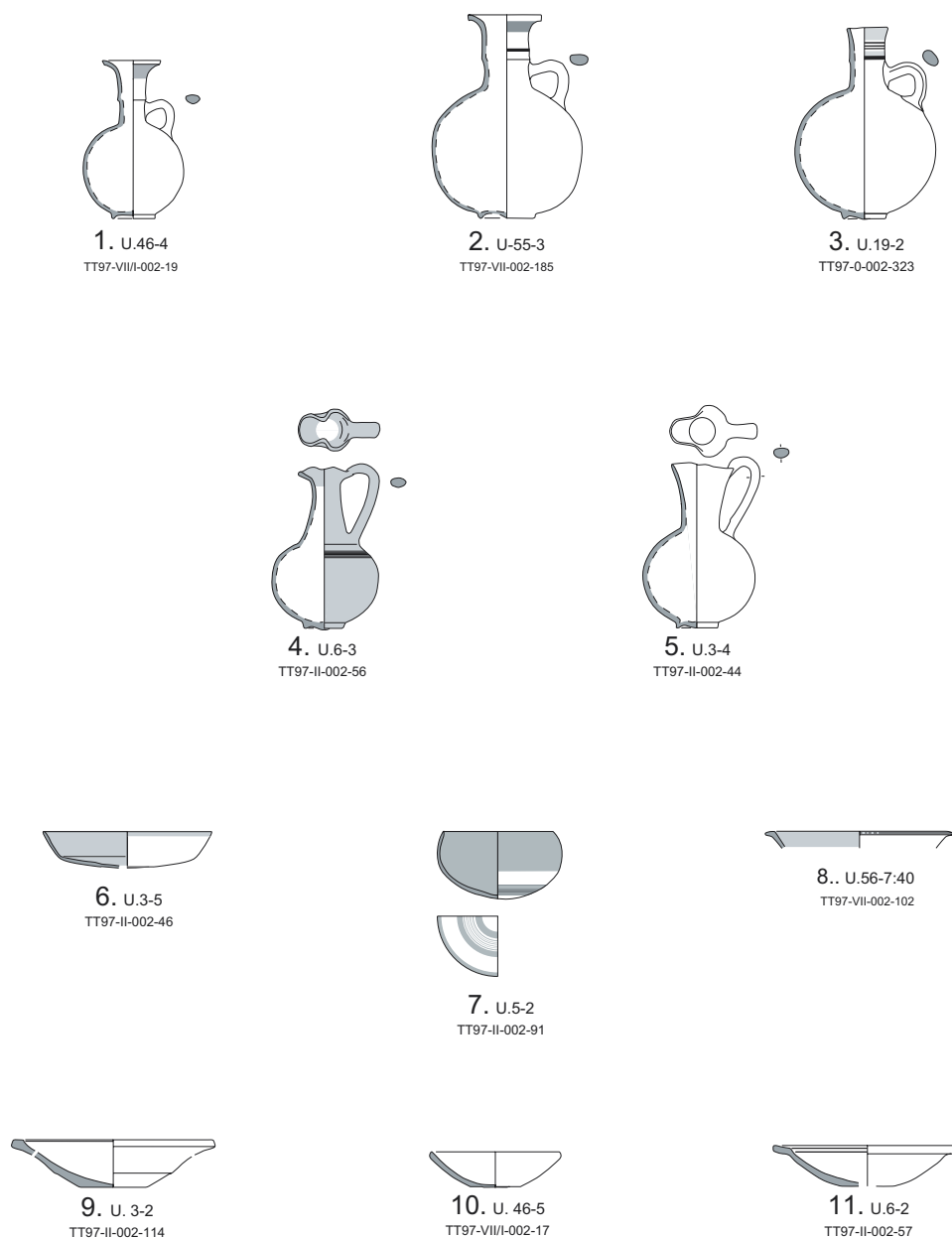


Figura 7.13. Jarras y formas abiertas del Periodo III.

Los contextos que pertenecerían al Periodo III de la necrópolis serían: T.3/5, T.4/6, T.45/46, T.55/56 y las urnas U.19 y U.39.

Las jarras típicas de este momento son las del estadio 'D', caracterizadas por cuerpos globulares, bordes abiertos acabados en labios cortados en vertical, y decoración lineal bícroma pintada en la mitad superior del cuello (Figura 7.13: 1 y 2). Rasgos arcaicos, como la decoración concéntrica bícroma en las panzas, u otros típicos del periodo anterior, como serían los cuellos proporcionalmente muy altos, han desaparecido, aunque en este momento se introduce una novedad, que consistiría en la presencia de jarras de dos tamaños, uno, digamos, estandar y otro de mayor tamaño (compárese las jarras citadas antes).

Si comenzamos por el Grupo Formal I (Figura 7.12), las urnas de este periodo se repartirían entre cráteras anforoides locales de cuerpo de forma piriforme invertida (Figura 7.12: 1, tipo Cr F1a), o bien de origen o fabricación a la chipriota, como sería el caso de una crátera de probable fabricación local, aunque decorada a la chipriota (Figura 7.12: 2, tipo Cr F1a), o algunas producciones insulares datables en el Chipro-Geométrico III (Figura 7.12: 5, tipo Cr C1b, de la *White-Painted III ware*), la parte inicial del Chipro-Arcaico I (Figura 7.12: 3, Cr C1a, de la *Bichrome IV ware*), o su parte plena (Figura 7.12: 4, Cr C1a, de la *Bichrome IV ware*). Otras urnas pertenecerían, por otro lado, a las ánforas decoradas, en este caso todas ellas chipriotas, en concreto de la *Black-on-Red II(III) ware* y la *Bichrome-Red (I) ware* (Figura 7.12: 6 y 7 respectivamente, ambas del tipo Ad C1b).

Por su parte, y volviendo a las jarras, observaremos que el panorama ha cambiado. De este modo, junto a las jarras de nuestro tipo Ja F2 nos encontraríamos algunos ejemplares caracterizados por sus bordes de tendencia vertical, nuestro tipo Ja F4 (Figura 7.13: 3, tipo Ja F4a). Como se puede comprobar, este tipo también parece hacer una distinción entre tamaños. Aparte, nos encontramos con jarras de boca trilobulada, cuerpos globulares y cuellos cónicos, por lo general cubiertas de engobe rojo (Figura 7.13: 4, tipo Jv F2a), aunque también las habría de cuellos rectos y bordes pellizados (Figura 7.13: 5, tipo Jv F3).

En cuanto a las formas abiertas, es interesante observar la aparición de ciertas formas concebidas únicamente a la acción de beber. Este sería el caso de las copas llanas, de paredes delgadas, una base más o menos estable, y superficies recubiertas de engobe rojo (Figura 7.13:6, tipo CP F1a), o bien de forma hemisférica de bordes incurvados y labios ahusados (Figura 7.13: 7, tipo CP F2b). Las cuencos normales, sin embargo, podrían ser divididos entre algunos ejemplares de borde directo y simple (Figura 7.13: 10, del tipo CP F3a), aunque, por lo que parece, este tipo de cuencos pudo haber sido utilizado como vaso para beber, dada su presencia junto a urnas que tenían las bocas tapadas con lajas de piedra (por ejemplo, la T.45/46; Figura 4.13). Otros cuencos tienen los bordes engrosados por su parte exterior (Figura 3.14: U.46-8: 27, tipo CP F10c), o bien su contorno está carenado y muestran unos bordes de sección triangular y disposición horizontal (Figura 7.13: 8). Finalmente, destaca la aparición de cuencos de paredes convexas y bordes exvasados y engrosados por su parte interior (Figura 7.13: 11, tipo CP F5b), aunque los hay también de disposición más horizontal (Figura 7.13: 9, tipo CP F6c).

Discusión cronológico-secuencial

Este periodo muestra una serie de cambios en el repertorio, tanto en sus aspectos morfológicos como decorativos, que nos hacen pensar en la posibilidad de referirnos a él como una fase secuencial nueva, diferente a la anterior. Esto sería así a pesar, incluso, de la aparición, ya durante el Periodo II de ciertas formas cerámicas típicas, como sería el caso de los cuencos hemisféricos o las jarras de boca trilobulada y cuellos cónicos. De hecho, las nuevas formas y tipos cerámicos que se consoliden en este momento serán los que perduren hasta el final de la época fenicia, coincidiendo con la llegada

del dominio persa¹. Esto no quiere decir que en sus momentos iniciales no aparecieran algunos ejemplares típicos del periodo anterior, como sería el caso de algunas jarras de cuello anillado o escanciadores de cuello alto y cuerpo piriforme invertido (Figura 7.14).

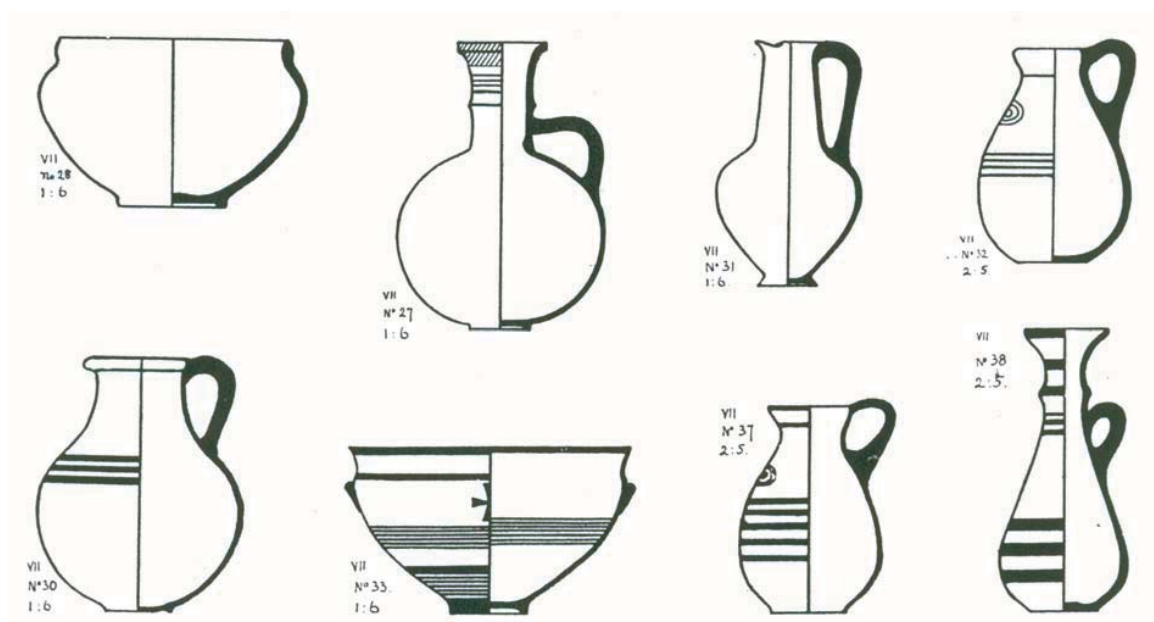


Figura 7.14. Tumba VIII del Monte Carmelo (Guy 1924: 52-53, 55).

Aparte de algunos pocos materiales ofrecidos en la publicación de las excavaciones de Tiro, habría, en nuestra opinión, tres contextos funerarios que representarían este estadio evolutivo de la cerámica fenicia: las tumbas T.45/46 y T.55/56 de la necrópolis de al - Bass, así como la tumba 1 de Salamis (Dikaios 1963; Coldstream 1963; Bikai 1987, 74). Estas tres tumbas no sólo muestran las características especiales de este nuevo periodo, sino que también ofrecen conexiones con las secuencias de otras áreas geográfico-culturales. De este modo, vemos la aparición continuada de cerámicas chipriotas fechables en el Chipro-Arcaico I, mientras que en la tumba 1 de Salamis, la asociación se hace también con materiales egeos del Geométrico Medio II y del Sub-Protogeométrico IIIb. Otros contextos que podrían ser incluidos en este periodo serían la tumba hallada de Tambourit, cerca de Sidón (Saidah 1977), la tumba 121 de Khalde (Saidah 1966: 64-72), los niveles VIII y VII de Hazor, la tumba VIII del Monte Carmelo (Figura 7.14; Guy 1924: 52-53, 55), las tumbas Z VI y Z XX de la necrópolis de Ahkziv (Dayagi-Mendels 2002: 17-19 y 30-35), o una tumba hallada en Maadaba (Thompson 1984), posiblemente propia de los primeros momentos de este estadio, lo mismo que la tumba 13 de Amathus (véase el capítulo anterior; Gjerstad - Lindros - Sjoqvist - Westholm 1935: 79-84, pl. XIX: 1), en la que aparecieron dos jarras trilobuladas de cuerpos

1) La Dra. Bikai nos comentó en una conversación que en opinión del tristemente desaparecido Dr. Anderson, su 'Horizonte de Salamis' debía ser dividido en dos fases principales, las cuales coincidirían con los Periodos II y III desarrollados aquí. A pesar de los argumentos en contra de la especialista americana, creemos que, con los datos en la mano, la idea de Anderson tendría visos de verosimilitud.

piriformes invertidos, propias del periodo anterior, junto a una jarra de cuello anillado de inicios del estadio 'D' y una crátera del Geométrico Medio II egeo.

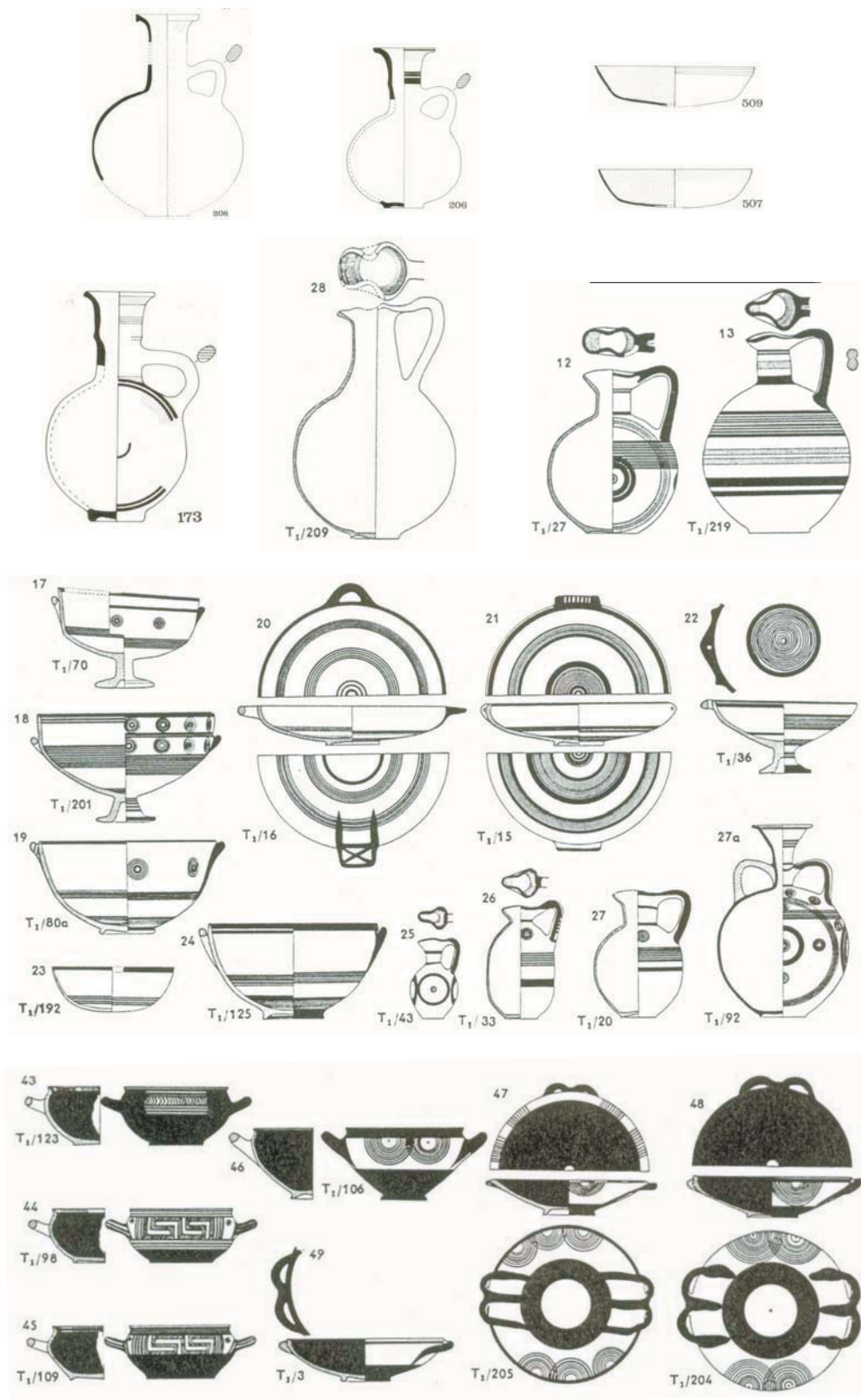


Figura 7.15. Materiales de la tumba 1 de Salamis (a partir de Dikaios 1963; Coldstream 1963; Desborough 1962; Bikai 1987).

Parece claro que este estadio es posterior a Megiddo VA/IVB y, en especial, a Kuntillet Ajrud, que podría representar los últimos instantes de lo que sería el periodo II. De este modo, si seguimos manteniendo el año 816 a. de C. como referencia, es decir, la fecha de C14 que marca el final de este último yacimiento, deberíamos mirar a las importaciones, que conectarían este Periodo III, como se ha mencionado, con el Geométrico Medio II y el Sub-Protogeométrico IIIa egeos y el Chipro-Arcaico I. La fecha convencional que se aplica a los deos periodos griegos es de la primera mitad del siglo VIII a. de C., lo que coincidiría con la referencia cronológica proveniente de Kuntillet. De este modo, una fecha para el inicio del Periodo III que rondase los últimos años del siglo IX y los primeros del VIII a. de C. sería muy bien aceptable. Por el otro lado, el límite inferior del Periodo podría ser referenciado a otro acontecimiento histórico que ha podido ser identificado sobre el terreno: las destrucciones acaecidas durante las campañas asirias de la segunda mitad del siglo VIII a. de C. No obstante, y como hicimos en el caso del Periodo I, creemos conveniente tratar este asunto en relación con los límites del siguiente.

Periodo IV

Este periodo coincide con el tercero de los horizontes descritos por Bikai, el de 'Kition'. En términos estratigráficos, correspondería a los estratos III y II de Tiro, aunque, como veremos, es muy posible que su inicio coincida con los últimos momentos del estrato IV. El carácter general del periodo es, por otra parte, una evolución del que presentaba el anterior. Ya dijimos entonces, que las formas y tipos cerámicos que se estableciesen entonces tendrían una larga perduración. Este es el momento de esa consolidación.

El Periodo IV es el que, además, cuenta con una mayor representación: T.1/2, T.9, U.10, U.11, T.12/13, Us.16-18-22, T.20/21, T.22, T.23, U.24, T.26/27, T.28/29, U.32, Us.33-37, U.42, T.47/48 y T.52/53.

Como se puede deducir del desarrollo anterior de los argumentos, este Periodo vendría caracterizado por las jarras del estadio 'E', es decir, las llamadas jarras de boca de seta típicas (Figura 7.17: 1 y 2, nuestro tipo Ja F3), así como por algunas manifestaciones de las jarras de borde vertical (Figura 7.17: 3, nuestro tipo Ja F4).

Centrándonos, en primer lugar, en las urnas, observamos la presencia de una gran variedad en el interior de las diversas formas cerámicas. De este modo, tenemos cráteras provistas de cuerpos redondeados y cuellos cortos (Figura 7.16: 4, nuestro tipo Cr F1f), otras de apariencia bicónica (Figura 7.16: 3, nuestro tipo Cr F1c), o de cuerpos piriformes de hombros suaves (Figura 7.16: 1, tipo Cr F1a) o más marcados (Figura 7.16: 2, tipo Cr F1b). Por su parte, las cráteras de origen, o estilo chipriota pertenecerían en su totalidad al Chipro-Arcaico I (Figura 7.16: 7, tipo Cr C1a, de la *Bichrome IV ware*).

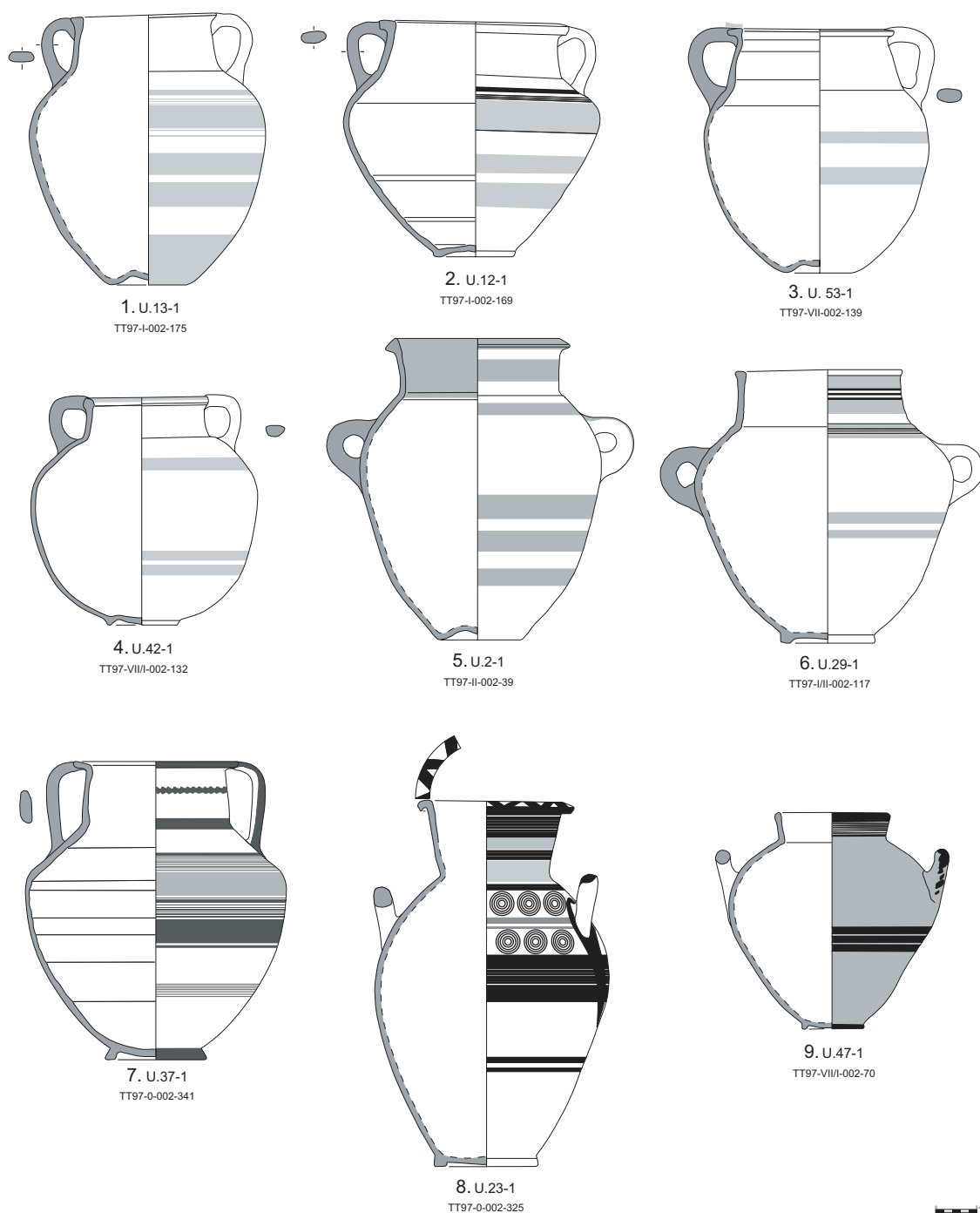


Figura 7.16. Periodo IV. Grupo Formal I.

Las ánforas decoradas recogidas en contextos pertenecientes a este periodo tienen un origen local (Figura 7.16: 5 y 6, subtipos Ad F1b y a respectivamente) y chipriota, o están hechas a la chipriota (Figura 7.16: 8 y 9, tipos Ad C2b, de la *Bichrome IV ware*, y Ad C1a, de la *Black-on-Red II ware* respectivamente. A su vez, contamos con algunos fragmentos de ánfora de almacenamiento del tipo conocido como 'torpedo' o *crisp-ware* (tipo Al F2, Figura 4.24), así como de la variante de cuerpo más ancho (tipo Al F1, Figura 4.23).

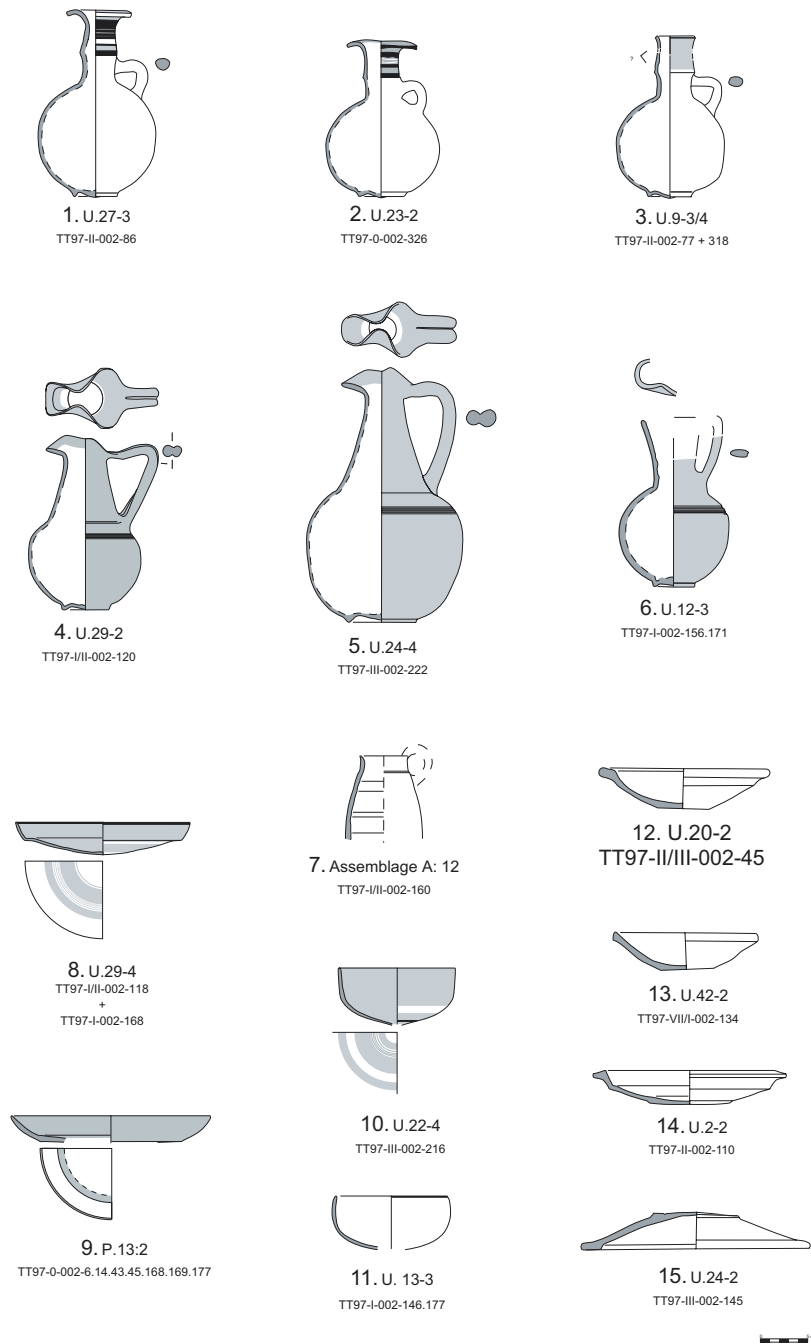


Figura 7.17. Periodo IV. Grupos Formales II y III.

Esta variedad observada en el Grupo Formal I se puede observar también en el II. Ya hemos mencionado las jarras de cuello anillado, y en el capítulo dedicado a la tipología ya vimos la variabilidad interna que existía en su seno. Del mismo modo, las jarras de boca trilobulada reflejan una idéntica tendencia, así, podemos observar variantes de cuerpos achaparrados, con las bases de los cuellos anchos (Figura 7.17: 4 y 6, tipos Jv F2c y e, respectivamente), e incluso ejemplares provistos de un borde pellizcado (Figura 7.17: 6, tipo Jv F3), que muestran unos patrones decorativos similares a las que muestran las jarras trilobuladas, es decir, superficies recubiertas de engobe rojo y hombros

con una serie de surcos horizontales.

En tercer lugar, los representantes del Grupo Formal III se podrían dividir, como sucedió en el periodo anterior, entre formas destinadas a beber y cuencos, digamos, comunes. La presencia ahora de tres tipos distintos de copas es interesante: las copas llanas (Figura 7.17: 8 y 9, tipos CP F1b y c), copas hemisféricas (Figura 7.17: 10 y 11, tipos CP F2a y b), y la probable aparición ahora de los skyphoi locales (Figura 3.27: As.A: 16). Es interesante observar, así mismo, la aparición de las bases de estas copas como el lugar en el que se concentra los recursos decorativos, por otro lado, bastante simples en su concepción. Es el caso de las bandas concéntricas reservadas de engobe, o los surcos concéntricos, por lo general en combinación con éstas.

Los cuencos comunes presenta algunas pervivencias de tiempos anteriores, como sería el caso de algunos cuencos de bordes directos sin engrosamientos (Figura 7.17: 13, tipo CP F3c). Sin embargo, los tipos más comunes son los que presentan unos bordes con engrosamientos de sección rectangular por su parte interior y se encuentran exvasados con respecto a la línea de la pared (Figura 7.17: 12, tipo CP F5), o los que muestran una disposición horizontal (Figura 4.93, tipo CP F6). Junto a estos tipos, de factura mediocre por lo general (salvo algunos ejemplares del tipo CP F6), encontramos algunas formas más elaboradas, como sería el caso de los cuencos carenados de borde triangular (Figura 7.17: 14). Finalmente, y estrechamente relacionados con los cuencos se encuentran las tapaderas (Figura 7.17: 15, tipo Tp F1), las cuales siguen presentando unas bases inestables decoradas a base de surcos o apuntamientos de su parte central. Además, siguen mostrando unas características técnicas buenas.

Discusión cronológico-secuencial

Al final de la exposición de las características cronológicas del pasado periodo, hemos mencionado la existencia de un referente fijo, las destrucciones asirias de la segunda mitad del siglo VIII a. de C. Existe un consenso generalizado en la identificación de estos acontecimientos en los estratos IVA de Megiddo (Finkelstein - Zimhoni - Kafri 2000: 300-322) y V de Hazor (Yadin - Ben-Tor 1992: 601, 606). Los materiales aparecidos en estos dos estratos pertenecería al Periodo IV de al - Bass.

Ya hemos mencionado las características generales de las cerámicas de este periodo, así como su aparición cierta en los estratos III y II de Tiro, y las conexiones existentes en el estrato III con el Geométrico Medio II (Bikai 1978: pl. 11: 27; Coldstream - Bikai 1988: 41; Nitsche 1986/87: 27), así como el del II con el periodo Protocorintio Inicial (Bikai 1978: pl. 11: 24; Coldstream - Bikai 1978: 41, nota 87; Nitsche 1986/87: 27, nota 97). No obstante, si nos centramos en los momentos iniciales de este periodo, la asociación observada en el estrato III de Tiro debería ser contrastada con los datos provenientes de dos contextos chipriotas, las tumbas 28

y 46 de Ayia-Irini (Rocchetti 1978).

La primera de estas tumbas, que muestra conexiones directas con el estrato IV de Tiro, es interesante porque en ambos contextos se podría estar representando la evolución entre los estadios secuenciales representados en los Periodos III y IV de al - Bass. Una buena prueba de ello sería la jarra de cuello anillado provista de un borde exvasado y un labio ahisado presente en esta tumba (Rocchetti 1978: 52ss, no. 8; Figura 6.15). No obstante, en esta tumba existe una serie de materiales que conectarían con el estrato IV de Tiro. Uno de ellos sería una variante de jarra de cuello anillado con un borde erecto (compárese Bikai 1978: pl. XIV: 6, con Rocchetti 1978: 50, no. 2, nuestra Figura 6.15: c). Cabe destacar, que en la campaña de 2002 se pudo registrar una tumba del mismo momento secuencial, T.65/66 (Figura 7.18), incluyendo la jarra de boca de seta de cuello ancho y decoración pintada en el lomo del asa (véase la Figura 6.15: a).

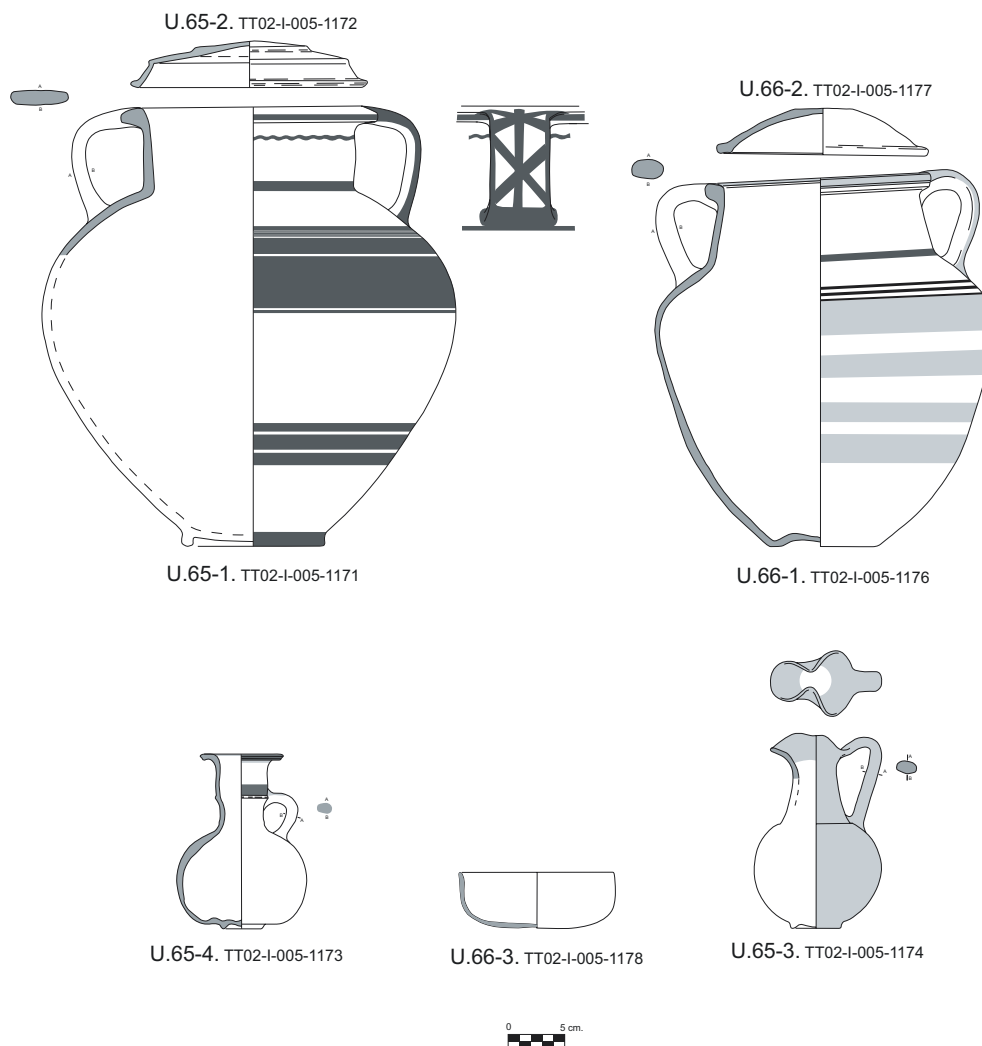


Figura 7.18. Tumba 65/66 de la campaña de 2002 en al Bass.

Centrándonos en Tiro IV, se podría observar en él algunos tipos característicos del Periodo IV de al - Bass, como podrían ser los cuencos llanos de paredes carenadas (Bikai 1978: pl. XV: 1, 4 y 7; compárense con nuestro tipo CP F1c, hallado en la tumba T.27/28, del mismo momento secuencial, véase la Figura 3.11), o algunos cuencos comunes con bordes exvasados (Bikai 1978: pl. XVI: 14 y 17, también presentes en la misma tumba citada antes). Por otro lado, la misma tumba 28 de Ayia-Irini muestra un ejemplar interesante que podría ser usado como referente secuencial, se trata del skyphos chipriota mencionado en el capítulo anterior (véase la Figura 6.15: d), que podría ubicarse en los momentos muy finales del Geométrico Medio o en los mismos inicios del Tardío (véase en el capítulo anterior).

En este momento debemos hacer referencia a la segunda de las tumbas de Ayia-Irini, la número 46 (Rocchetti 1978: 75-78). El conjunto de los materiales recogidos en ellas son propios del Periodo IV de al - Bass. Sin embargo, de ellos destaca especialmente una jarra de boca de seta cuyos atributos formales y decorativos ubicarían en un momento posterior al de las jarras de la tumba 28 de Ayia-Irini (Figura 6.18: a), así como un skyphos de factura chipriota (Figura 6.18: c), que Coldstream coloca en el Geométrico Medio II. Por otro lado, estas asociaciones parecen estar confirmadas en la necrópolis de Khalde, en la que una tumba, también mencionada en el pasado capítulo (Saidah 1971; Figura 6.19). De este modo, esta última tumba, si bien publicada sólo en parte, proporcionó dos jarras de cuello anillado y un skyphos. De las dos jarras, una es muy similar a la hallada en la tumba 46 de Ayia-Irini (Figura 6.19: c), mientras que la otra guardaría ciertas semejanzas con una de las jarras encontradas en la tumba 28 de esta última necrópolis (Figura 6.19: b). Finalmente, por lo que respecta al skyphos hallado en Khalde (Figura 6.19: a), sus rasgos físicos lo aproximarían al de la tumba 46 de Ayia-irini. En definitiva, en términos secuenciales, todo parece indicar que la tumba de Khalde sería contemporánea de la 46 de Ayia-Irini y, por consiguiente, algo más tardía que la 28.

Si seguimos el hilo secuencial, podremos observar que, entre los materiales publicados de Khalde (Saidah 1971: 194, 197, 'b'), nos encontraríamos con un representante de la llamada *Al Mina ware*, cuyas características físicas son muy similares a las que muestran los dos skyphoi mencionado antes. Se asume que esta *Al Mina ware* debería ser fechada en el Geométrico Tardío I, por consiguiente, esta misma fechas secuencial podría ser aplicada, tanto a la tumba de Khalde como a la 46 de Ayia-Irini, aún contando esta última con un patrón decorativo propio del Geométrico Medio II.

En consecuencia, la transición entre el Periodo III y IV coincidiría con los últimos momentos del Geométrico Medio II y el inicio del Geométrico Tardío egeo. Lo cierto sería, de todos modos, que el Periodo IV de al - Bass coincidiría con el último de los periodos egeos citados.

Hemos hecho referencia a las destrucciones asirias como referencia cronológica, y su reconocimiento en los estratos IVA de Megiddo y V de Hazor. No obstante, y en el caso de Hazor, su estrato VI, situado debajo de aquél, también muestra signos de haber sido sellado por una gran catástrofe, por lo general, identificada con el terremoto que asoló Palestina en el año 760 a. de C., en tiempos del rey Jeroboam II (Ben-Tor 1992: 601, 606). Los materiales que aparecen asociados con este estrato deberían pertenecer también al 'Horizonte de Kition' de Bikai (véase, por ejemplo, una jarra de cuello anillado y borde vertical, típica de este momento, en Yadin et al. 1958: pl. LII: 23). De hecho, sería posible que Hazor VI correspondiese al momento transicional visible en parte del estrato IV y en Ayia-Irini 28. De este modo, si la interpretación histórica del final del estrato es correcta (véanse las dudas planteadas por Bikai al respecto, 1978a: 48ss, 54ss.), cabrían dos posibilidades: o bien la transición entre el Periodo III y IV (así como la transición entre los periodos Medio y Tardío del Geométrico egeo) ocurrió antes del año 760 a. de C. (si el material se puede considerar como plenamente perteneciente al 'Horizonte de Kition' o este acontecimiento sucedió alrededor de esa fecha (si se acepta su carácter transicional). Cualquiera que fuese el caso, parece claro que el Periodo III tuvo una duración escasa. Esta idea vendría apoyada por otro yacimiento: Dor, posiblemente destruido junto a Megiddo IVA (sin embargo, véase una alternativa diferente en Finkelstein - Zimhoni - Kafri 2000: 322), y Hazor V, entre otras ciudades, por el rey Tiglath-Pileser III en su campaña del año 733 a. de C. La importancia de este yacimiento radicaría en la asociación de materiales pertenecientes al 'Horizonte de Kition' y, por lo tanto, relacionables con los del Periodo IV de al - Bass, asociados a algunos fragmentos de vasos del Geométrico Tardío y, en especial, a un skyphos de la Al Mina ware (Stern 1995: 86-89, fig. 5.10, y 5.10A; Waldbaum 1996: 322). Este contexto, creemos, ubicaría de manera definitiva los momentos iniciales del Periodo IV de al - Bass.

Por otro lado, el estrato III de Tiro, sobre la base de la naturaleza de sus materiales, y por las asociaciones citadas ahora, debería ser fechado con posterioridad al año 760 a. de C. De hecho, consideramos que el fragmento de cerámica egea del Geométrico Medio II hallada en él sería intrusiva o fruto de una perduración. Cabría la posibilidad, incluso, de que su inicio rondase el año 733 a. de C. por los argumentos planteados. No obstante, habría un elemento que podría fechar su final de manera clara, y que también ha sido mencionado antes. Se trata de la presencia entre él y el estrato II de un fragmento de vaso de alabastro egipcio cuya fecha sería siempre posterior al año 700 a. de C. (véase el Capítulo anterior). Por lo tanto, su final se debería colocar después de ese año. Esto tendría una nueva consecuencia, que el fragmento de cerámica Protocorintia Inicial hallada en el estrato II cobre sentido secuencial, lo mismo que las relaciones que se establecieron con ciertas formas, en concreto con algunas jarras de cuerpo piriforme halladas en el estrato III (Bikai 1978: pl. V: 14), con los aparecidos en la tumba 545 de la necrópolis de Pithecussai

(Buchner - Ridgway 1993: 541-542, tabla 161), en que una jarra de cuerpo piriforme apareció en relación con una copa del tipo Thapsos, fechada en la segunda mitad del siglo VIII a. de C.

Periodo V

El último de los periodos reconocidos en al - Bass cuenta con pocos representantes: U.7, U.8, T.14/15, U.40 y T.54. Este momento secuencial correspondía al 'Horizonte de Amathus' de Bikai (Figura 7.1), así como con el estadio 'F' de las jarras de cuello anillado.

Las jarras de este último tipo se caracterizan en este momento por mostrar ciertos rasgos diferentes a los observados hasta la fecha, como sería la presencia generalizada de cuerpos piriformes. Así, tendríamos ejemplares con decoración lineal bícroma en la mitad superior de los cuellos (Figura 7.20: 1, subtipo Ja F3a), junto a otros de cuerpos marcadamente piriformes y bordes alargados (Figura 7.20: 2, subtipo Ja F3a), o con hombros carenados y cubiertos de engobe rojo (Figura 7.20: 3, subtipo Ja F3b). Por su parte, las jarras de bordes verticales mostrarían unas características tardías dentro de la secuencia, como sería un cuerpo ovalado y un cuello corto acabado en un borde muy abierto (Figura 7.20: 4, subtipo Ja F4c).

No obstante, empezaremos por el Grupo Formal I, que en este caso muestra cráteras locales de proporciones más estilizadas (Figura 7.19:1, subtipo Cr F1a), junto a otras con hombros marcados (Figura 7.19: 2, del subtipo Cr F1b), un rasgo que comparten con las cráteras chipriotas (Figura 7.19: 6). En cuanto a las ánforas decoradas, todas las recogidas son locales (Figura 7.19: 4 y 5, tipos Ad F1a y b respectivamente), y no muestran excesivas diferencias con ejemplares del mismo tipo del periodo anterior. Por último, un contexto de este momento secuencial, la tumba T.54, proporcionó el único enterramiento en olla de cocina (Figura 7.19: 3), de cuerpo de forma globular.

Volviendo a las jarras, aparte de los ejemplares de cuellos anillados, tenemos dos variedades de jarras escanciadoras. Por un lado, contamos con jarras de cuerpos alargados y cuyos cuellos muestran unas bases anchas (Figura 7.20: 5, subtipo Jv F2c), junto a un tipo de cuerpos bicónicos achaparrados y bordes sin cuello (Figura 7.20: 6). Ambos tipos están cubiertos de engobe rojo, aunque carente de decoración.

Finalmente, el Grupo Formal III muestra de nuevo la diferenciación entre las copas para beber y los cuencos comunes. Los primeros muestran ejemplares anchos y poco profundos, decorados en su base por medio de bandas reservadas de engobe (Figura 7.20: 7, tipo CP F1c). En cuanto a los skyphoi, el único ejemplar presente en este momento (Figura 7.20: 10) es dudoso en cuanto a la forma cerámica a la que verdaderamente pertenece (véase más arriba). Lo único que parece seguro es su origen en la Grecia Oriental. Por su parte, los cuencos comunes recogidos muestran bordes abiertos provistos de una arista por la parte interior de su arranque (Figura 7.20: 9, tipo CP F11), aunque también aparecen ejemplares con bordes abiertos con engrosamientos de sección rectangular y disposición abierta (Figura 7.20: 8, tipo CP F5), junto a otros de borde horizontal (por ejemplo U.14-1: 2, véase la Figura 3.7), o de sección triangular (tipo CP F12, véase la misma figura).

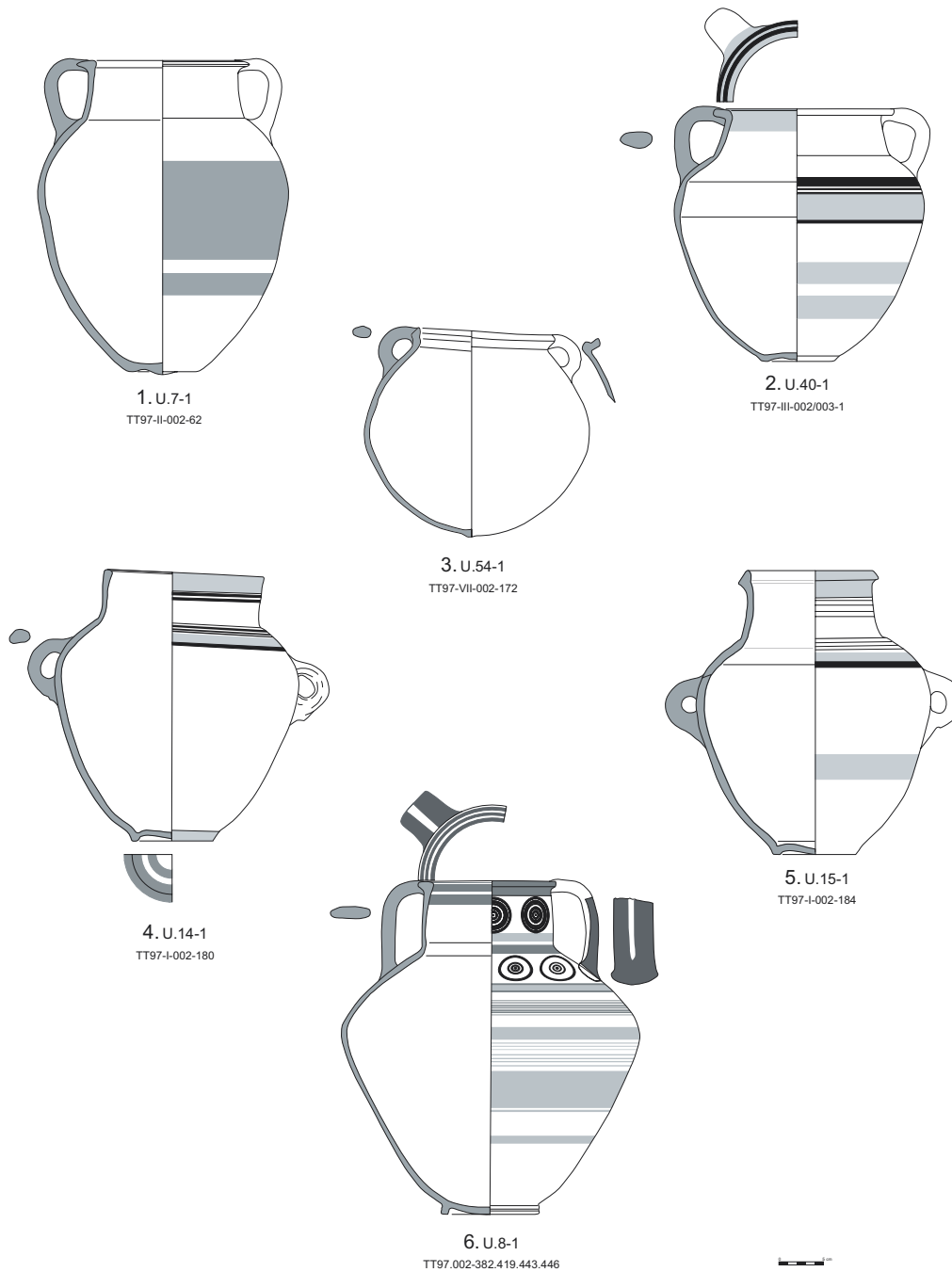


Figura 7.19. Periodo V. Grupo Formal I.

Discusión cronológico-secuencial

La falta de contextos pertenecientes a este Periodo, así como la información proporcionada en las excavaciones de Tiro, no nos permiten establecer demasiadas conclusiones. Tampoco representa un periodo de la secuencia que represente grandes problemas desde un punto de vista cronológico.

Sin embargo, sí es posible observar cómo, de manera general, las pautas que Bikai traza en su ‘Horizonte de Amathus’ se cumplen. Un ejemplo de esto lo encarna, sobre todo, el conjunto de jarras de cuello anillado recogidas. Por lo que respecta al resto de materiales, sin embargo,

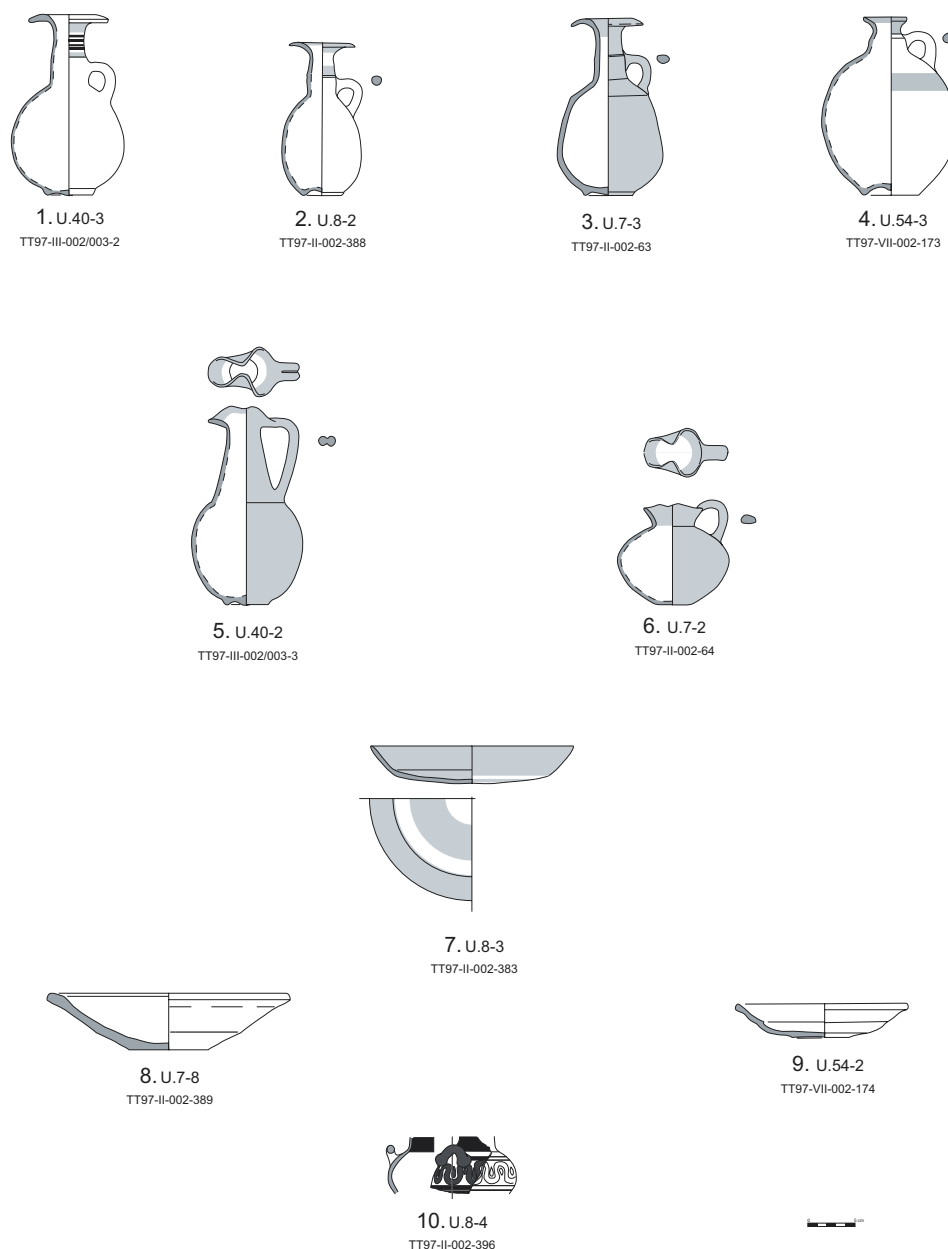


Figura 7.20. Periodo V. Grupos Formales II y III.

esas características no son todo lo apreciables que cabía esperar, sobre todo en el caso de las urnas locales. Es posible que eso sea debido, especialmente, al lugar que estos contextos ocuparían en la secuencia general de la cerámica fenicia. Por ejemplo, enterramientos de momentos iniciales del periodo tendrían unas características más cercanas a las del anterior en comparación a las que fueron depositadas con posterioridad. Sin embargo, el problema podría consistir en que las transformaciones a las que antes nos referíamos sólo hubiesen afectado de una manera más patente a ciertos tipos, como habría sido el caso de las jarras de cuello anillado, las jarras trilobuladas y algunos tipos de cuenco.

Lo que parece claro, por lo que se desprende de los argumentos presentados en el apartado

anterior, es la contemporaneidad del Periodo V con la fase subgeométrica y arcaica de la secuencia egea. Los contextos citados en el Capítulo anterior en relación al 'Horizonte de Amathus' así lo demostraría. Así, es de destacar la similitud de la jarra U.7-3 (y posiblemente de U.10-2), con las jarras carenadas aparecidas en la tumba ZR XVII de Akhziv (véase más arriba), un contexto en el que, además, apareció una copa jonia de tres asas. Más o menos del mismo tiempo debió ser el enterramiento T.54, cuyo cuenco (U.54-2, del tipo CP F11), aparece en Tiro I (véase Bikai 1978: pl. I: 7-77). No obstante, la referencia para este enterramiento sería una de las tumbas halladas en la necrópolis sidonia de Dakerman, en la que apareció una jarra similar a U.54-3, con conexiones tipológicas con una tumba aparecida en Sarepta, la 42, en la que apareció otra copa jonia, por lo que su fecha debió ser de finales del siglo VII o inicios del VI, ambos a. de C.

Habría dos posibles vías, ajenas a la tipológico-secuencial, para apoyar esta fecha para la tumba T.54. La primera de ellas sería el escarabeo que apareció junto a los huesos en el interior de la urna. El estudio que la Dra. Gamer-Wallert realizó, lo identificó como una producción de Naukratis, fechable después del año 700 a. de C. (Gamer-Wallert 2004: 410-413). Por otro lado, la segunda referencia sería la fecha de C14 que proporcionaron los restos humanos del interior de la urna (Aubert 2004: 469-471): 2540 ± 40 BP. Calibrada (con el programa OxCal v3.10, como el resto de calibraciones), los resultados a 1σ serían: 800-740 a. de C. (28.1 %), 690-660 a. de C. (12.9 %), 650-590 a. de C. (23.4 %) y 580-560 a. de C. (3.8 %); mientras que a 2σ : 810-530 a. de C. (95.4%). De los espectros de la primera sigma destacarían dos, el primero, descartable por sus valores dentro del siglo VIII a. de C., y el tercero, segundo en verosimilitud estadística y con unas fechas que, esta vez sí, coinciden con la que se atribuye a las copas jónicas. Por consiguiente, estas dos fechas no sólo ayudarían a confirmar la fecha de estas tres tumbas (Dakerman, Sarepta y al - Bass), sino que también apoyaría la de las mismas copas jónicas (véase en este sentido, Waldbaum - Magness 1997).

La cuestión final sería saber el momento en el que el repertorio fenicio dejó de tener la entidad mostrada a lo largo de estos periodos. Si como Lehman opina (1996, *idem* 1998), la llegada del dominio persa homogeneizó los repertorios de todos aquellos territorios sobre los que se extendió, la fecha de referencia sería el año 550 a. de C., momento de su llegada a Fenicia. Ahora bien, necesitamos más contextos que abarquen estos momentos finales de la secuencia para poder conocer mejor su evolución. Tal vez Kabri sería una posible referencia de este tipo. No obstante, el modo en el que se relaciona cada cambio en la arquitectura con un evento histórico conocido, especialmente los de su nivel E2 (Lehman 2002: 219), así como la naturaleza del estudio de la cerámica local del Hierro si es comparada con el realizado para la cerámica egea (Niemeier - Niemeier 2002), nos hace tratar este yacimiento con cautela.

Conclusiones

A lo largo de estos cinco periodos hemos podido observar el desarrollo evolutivo de la secuencia cerámica fenicia. Si bien algunos de ellos están mal representados, ya sea por el número de contextos disponibles, ya sea por las características de los existentes, al menos las líneas generales se han podido trazar.

De manera muy general, podemos decir que, como es también el caso de estas jarras, el repertorio fenicio en general presenta una evolución que se puede rastrear de una manera relativamente fácil. Como se ha indicado en el capítulo anterior, la composición de los dos grandes momentos secuenciales en los que la secuencia fenicia se puede dividir se definió hace ya bastante tiempo (por ejemplo Chapman 1972). Lo que ha sido complicado, sin embargo, a lo largo de todos estos años ha sido poder averiguar los ritmos de cambio de sus componentes, en definitiva, establecer una articulación clara, y consensuada. Para ello, la ayuda de las jarras de cuello anillado como fósil guía ha sido fundamental. El ser una de las pocas formas cerámicas, si no la única, cuya evolución abarca toda la Edad del Hierro lo ha hecho posible.

Al mismo tiempo, aplicar los ritmos de cambio de estas jarras al repertorio en su conjunto nos ha permitido comprobar que la tendencia general ha sido la de un movimiento lento pero constante. La impresión es, en definitiva, la de encontrarnos con un proceso en continua transición en el que la evolución de cada forma cerámica y de las diferentes categorías cerámicas evolucionan como líneas autónomas que tienen un principio y un fin, a la vez que pueden coincidir durante cierto tiempo, no hacerlo nunca, o solaparse (en este sentido, véase la Figura 6.25). Es por esto que determinar la posición exacta de ciertos contextos dentro de la secuencia sea, en ocasiones, muy complicada. A veces, incluso, es complicado entender la composición y relevancia de algunos de ellos. Esto es especialmente importante en el caso de los yacimientos estratificados, en los que objetos procedentes de diversos orígenes culturales y cronológicos pueden ser hallados juntos, ya sea por haber perdurado a lo largo de los años su utilidad, por intrusiones desde estratos distintos, o por pura casualidad. Otro material con el que esto se hace todavía más cierto, es el caso de las importaciones. Después de todo, toda la evidencia recogida en la mayoría de los sitios no representa más que una pequeña proporción, en ocasiones incluso distorsionada, de la cultura material original.

Ya hemos indicado la existencia de dos grandes momentos secuenciales en el seno de la cultura cerámica fenicia metropolitana. Si dejamos a un lado el momento secuencial protagonizado por las jarras del estadio 'A', el más antiguo de estos momentos se caracterizaría por las jarras de los estadios 'B' y 'C', además de otras formas cerámicas como serían las jarras de pico vertedor, las cantimploras, ciertas cráteras anforoides de apariencia ancha, contornos suaves y pies altos, olpes de base apuntada, y cuencos de bordes, por lo general, simples y con una disposición erecta o, al menos, muy levantada. En este momento, a su vez, el patrón decorativo característico, cuando éste aparece, consiste en la

combinación de bandas de color rojo y filetes de color negro. Su disposición varía con respecto al lugar en el que aparece. Así, en ciertas formas cerradas, especialmente las de cuerpos globulares, o los fondos de los cuencos de paredes convexas sería concéntrica, amoldándose perfectamente a la forma del ejemplar. No obstante, en el caso de los grandes contenedores y ciertas formas cerradas de cuerpos no globulares, el patrón se convertiría en horizontal, en ocasiones combinado con algunos motivos en forma de triglifos sobre los hombros. Este primer momento correspondería, en definitiva, con el 'Horizonte de Kouklia' de Bikai.

En relación a otras secuencias, su inicio coincidiría aproximadamente con el inicio del Chipro-Geométrico, así como los momentos finales del Submicénico y el inicio del Protogeométrico. Por otro lado, tenemos constancia de que las jarras del estadio 'C' coincidieron en el tiempo con el Chipro-Geométrico II, así como con el Protogeométrico Tardío, posiblemente, incluso, también con el Medio. En términos absolutos, el periodo comenzó hacia mediados del siglo XI a. de C., mientras que su final habría que buscarlo, seguramente, hacia finales del siglo X a. de C., si no muy a principios del IX a. de C.

Sin embargo, nuestro conocimiento sobre este periodo es incompleto. No podemos describir, dadas las posibles subdivisiones existentes en el seno de este amplio espacio de tiempo, y en el caso de haber existido, si éstas coincidieron con las fases de las jarras de cuello anillado. Nos haría falta, en definitiva, un yacimiento en la Fenicia metropolitana que nos permitiese trazar, al menos, las líneas generales y particulares de la secuencia en este momento.

El panorama cambia radicalmente en el caso del segundo de estos periodos. Se caracterizaría, por jarras de los estadios 'E', 'F' y 'G', cada una correspondiente a un periodo de la necrópolis. Mientras, las formas comunes a cada una de ellas serían los cuencos para beber de forma hemisférica y aplanada, las jarras trilobuladas de cuerpos de tendencia globular y, especialmente, cuello de forma cónica, las cráteras anforoides de contornos marcados, los cuencos comunes de bordes engrosados por el interior y exvasados, así como los que presentan paredes carenadas y bordes exvasados de sección triangular. En este caso sí ha sido posible determinar una evolución interna de las diversas formas, de manera que los estadios de las jarras coinciden, de manera general, con momentos muy concretos de su línea evolutiva. Sólo unas pocas formas cerámicas, como podrían ser algunos tipos de las cráteras anforoides, parecen haber permanecido estáticas.

El inicio de este segundo gran momento de la secuencia coincidió, posiblemente, con los inicios del Geométrico Medio II y con el Chipro-Arcaico I ya comenzado. Su final pudo coincidir con la llegada de los persas. Mientras, entre medio, vimos que el tránsito entre el estadio 'E' de las jarras de cuello anillado y el 'F' se realizó en los primeros momentos del Geométrico Tardío, mientras que las jarras del estadio 'G' se hicieron patentes en la época arcaica. En años absolutos, los datos parecen apuntar a que el comienzo del estadio 'E' sucedió a fines del siglo IX o inicios del s. VIII a.

de C., mientras que la transición hacia el estadio 'F' tuvo lugar en algún momento del segundo cuarto del siglo VIII a. de C. Finalmente, el estadio 'G' debió tener lugar en la primera mitad del siglo VII a. de C. o puede que en sus décadas centrales.

Quedaría entre estos dos grandes momentos el espacio de tiempo secuencial ocupado por las jarras del estadio 'D'. Pensamos que la mejor manera de definirlo sería como 'un periodo transicional con personalidad propia'. En efecto, en él vemos cómo las características del primero de los momentos secuenciales se van difuminando y dando lugar a los que serán típicos del siguiente. Aparte de la tumba de Qasmieh, en la Figura 7.21 tendríamos un ejemplo de lo que decimos.

La primera de las jarras es un ejemplar típico del estadio 'D', aunque, en lugar de presentar

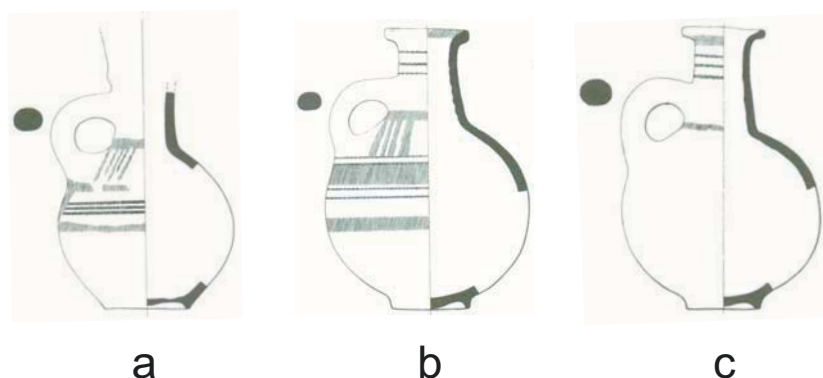


Figura 7.21. Jarras procedentes de Khirbet Silm, en las cercanías de Tiro (a y b: Chapman 1972: 82, fig. 8: 44 y 43 respectivamente; c: *ibid*: 74, fig. 6: 42).

la típica decoración bicroma, ésta ha sido sustituida por un patrón horizontal en la panza, así como una articulación del hombro por medio de triglifos. Por su parte, la segunda podría ser considerada como un ejemplar antiguo de las jarras del estadio 'E', aunque decorada con el mismo patrón que la anterior (recordemos el ejemplar procedente de Megiddo VA/IVB representado en la Figura 7.9), hasta llegar, finalmente, al tercer ejemplar, idéntica en lo morfológico a la segunda, aunque ahora con la típica decoración bicroma en la mitad superior del cuello. Todo este proceso, además, habría sido acompañado por ciertos tipos cerámicos, como serían las jarras trilobuladas de cuerpo piriforme y cuellos altos, que sólo aparecen en este momento secuencial.

Esta claro que en este momento aparecieron ciertas formas cerámicas que más tarde cobraron un gran protagonismo secuencial. Sin embargo, a lo que mayor importancia se ha dado en ciertos ámbitos ha sido la aparición del engobe rojo en sus múltiples versiones, tanto estilísticas como culturales (caso de la *Black-on-Red ware*). Sin embargo, convertir este fenómeno como definitorio de una fase secuencial nueva es algo muy distinto, más propio de la búsqueda de conexiones sencillas, incluso podríamos definir las de prácticas, entre la Historia, o ciertas lecturas de ésta, y la cultura material. Nuestra posición no es otra que de duda. No logramos hallar razones para calificar esta fase

intermedia como un periodo por sí mismo (un Hierro II), o tomarlo como un periodo transicional de fronteras secuenciales sutiles, a veces tanto que pasan desapercibidas. De todos modos, en páginas anteriores hemos visto que hay suficientes razones como para separar los inicios de este periodo del anterior, y considerar este espacio de tiempo secuencial como una fase de entidad propia, aunque sin hechos históricos que lo apoye.

De manera definitiva, estos argumentos podrían quedar sintetizados en la tabla de la Figura 7.22. Al observar la tabla podrían acudir varias cuestiones. En primer lugar, tendríamos la cuestión secuencial, en concreto la propuesta que hacemos. En ella repartimos los estadios evolutivos de la secuencia cerámica en tres grandes periodos, cada uno de ellos dividido en dos subperiodos. La base de esta articulación es la naturaleza de la secuencia en cada momento y no pretende estar conectada a ningún hecho histórico. En realidad, éstos son considerados sólo como referencias y en ningún momento se ha intentado conectar alguna de estas fases con un periodo histórico concreto.

En segundo lugar, hemos conferido, a pesar de todo, una entidad propia al periodo protagonizado por las jarras del estadio 'D'. Este hecho podría ser considerado como una aceptación de la existencia de un 'Hierro IIa a la palestina'. No obstante, y aún cuando sus límites, especialmente el superior, coinciden, no lo hace su esencia. En nuestro caso, el Hierro Medio es un concepto secuencial, el de la Arqueología Bíblica tiene una repercusión histórica.

La tercera cuestión haría referencia a la terminología empleada. La intención ha sido alejarse lo más posible de la terminología empleada en Israel, sobre todo para no vernos implicados en sus controversias. Bikai ya intentó algo parecido, pensamos, en su periodización, y, aunque el resultado en forma de aceptación no fue posiblemente el más adecuado, hemos de indicar que sin esta articulación de la secuencia, seguiríamos mirando a otros lugares para explicar, y no sólo en lo cronológico, la secuencia propia. También es curioso que los cambios en el interior de la secuencia fenicia coincidan con cambios en la secuencia egea y, quizás en menor medida, en la chipriota. Este sería, sin duda, uno de los aspectos en los que profundizar en futuras investigaciones.

Lo mismo que sucede con los límites de las fases parece sucedernos con sus fechas absolutas. Es evidente que coinciden en gran medida con las que se mantienen para la secuencia egea y, así mismo, con las fechas que propone la postura revisionista en el seno de la Arqueología Bíblica. No ha sido ésta nuestra intención, sino que hemos llegado a tales conclusiones manejando la evidencia. Como se ha dicho anteriormente, coincidir o compartir un esquema cronológico no significa participar de las posibles ideas que estén detrás.

El objetivo es lograr alcanzar una personalidad y relevancia propias, y creemos que la secuencia fenicia está en condiciones para lograrlo, aunque para ello hará falta mucho trabajo y la colaboración de todos los que están implicados, sea cual sea su lugar en el Mediterráneo.

Tiro		Al Bass		Otros contextos	Fases (Propuesta)	Cronología Absoluta (provisional)
Estratos	Importaciones	Periodos	Tumbas e Importaciones			
XIII	- Chipro-Geométrico I - Protogeométrico?	I	No se ha registrado enterramientos	- Megiddo VIA - Qasile X - Dor Hierro Ib	Hierro Inicial A	Segunda mitad s. X a. C.
XII	- Chipro-Geométrico II			- Hadar IV? - Lefkandi - Paltia Perivolia T.22 - Amathus: Rashim's Coffee Shop, and T. 329 - Dor III	Hierro Inicial B	
XI	- Chipro-Geométrico II - Protogeométrico Tardío - Sub-Protogeométrico			- Palaephos-Skales T.54, 55, 63 - Samaria 1-2 - Megiddo VB - Rehov VI (y V?) - Lefkandi T.79A - Tel Farah (N) VIIb-c - Hazor X	Hierro Medio A	
X	- Chipro-Geométrico II y III - Sub-Protogeométrico I-II	II	- T. 17/25, 49-51, 73/74 (Chipro-Geométrico III/II; Sub-Protogeométrico?) - T. 43/44 (Chipro-Geométrico III)	- Sarepta D - Qasimien - Carmel T.2 - Samaria 3 - Megiddo VA/IVB - Rehov y V?; IV - Hazor IX - Hurbat Rosh Zayit II - Amathus NW 194 - Akhziv T.C.4, ZXX, ZXI and part of ZX	Hierro Medio B	Mediados y segunda mitad del s. IX a.C.
IX	- Chipro-Geométrico III - Geométrico Inicial y Medio I - Sub-Protogeométrico I-IIa					
VIII	- Chipro-Geométrico III - Chipro-Arcaico I - Geométrico Medio I - Sub-Protogeométrico	III	- T. 45/46, 55/56 (Chipro-Arcaico I)	- Carmel T.7 - Saramis I - Maadaba - Palaephos-Skales T. 81 - Rambovilit - Hazor VIII-VII - Khalde 121 - Aya-Irini T. 28	Hierro Tardío A	Fines del s. IX e inicios del VIII a. C.
VII	- Importaciones chipriotas (No ilustradas)					
VI	- Chipro-Geométrico III - Sub-Protogeométrico					
V	- Chipro-Geométrico III - Sub-Protogeométrico	IV	- T. 9, 20/21, 26/27, 28/29, 47/48, 52/53 (Chipro-Arcaico I)	- Akhziv ZR XXIX; TA 73 - Aya-Irini T.46 - Khalde (Saidah tomb) - Palaephos-Warrior's Tomb - Amathus T.266 - Megiddo IVA - Hazor VI-V - Al Mina VIII-VII - Pithecussal T.545	Hierro Tardío B	Primera mitad s. VIII a. C.
IV	- Chipro-Geométrico III - Chipro-Arcaico I					
III-II	- Chipro-Arcaico I - Geométrico Medio II - Sub-Protogeométrico III - Protocorinto Inicial	V	- T. 7, 8, 14/15, 40, 54 (Chipro-Arcaico I)	- Akhziv ZR IV, XIV, XVII; TA 72 and part of 70 and probably 73 - Dakerman T.21 - Sarepta T.42 - Saramis T.47 - Amathus T.192, 276	Hierro Tardío C	Primera mitad s. VII a. C.
I	- Sub-Protogeométrico III			¿mediados? s. VI a. C.		

Figura 7.22. Tabla sintética de la periodización de al - Bass, la estratigrafía de Tiro, los contextos más relevantes para cada periodo, así como una propuesta de articulación cronológico-secuencial para la cerámica fenicia metropolitana.

CAPÍTULO 8

CONCLUSIONES GENERALES

La primera conclusión que se nos ocurre presentar, es que este estudio es el fruto de una búsqueda, sobre todo, de respuestas. Son muchas las cuestiones que se pueden plantear a la hora de establecer los parámetros necesarios para que una estructura cronológico-secuencial sea coherente, se pueda consensuar entre todas las partes implicadas, y pueda ser contrastada frente a los datos nuevos que pudiesen aparecer en el futuro. Así mismo, también buscamos una explicación a la situación de dependencia que ha estado experimentando, y que todavía experimenta, la Arqueología Fenicia. El objetivo habría sido identificar cuáles son los problemas, sea cual sea su naturaleza, y hacer posible una solución.

Con esto no queremos decir que las ideas que se han planteado en las páginas anteriores sean la tan ansiada solución. Al contrario, tan sólo son un aporte más en su búsqueda. Es mucho el trabajo que queda por hacer, y en él han de participar todas las partes, porque todos tienen siempre algo interesante que aportar, un punto de vista distinto desde el que observar los asuntos. Lo interesante, a la vez que deseable, es la puesta en común de los diversos campos de investigación, en definitiva, de las evidencias procesadas, de los métodos empleados y de los resultados obtenidos. Esto es lo que hemos intentado hacer aquí.

No cabe duda que contar con la posibilidad de estudiar los materiales inéditos de una necrópolis de la entidad de Tiro - al Bass es una gran oportunidad. A nuestro alcance se ponen materiales, en su mayoría completos, provenientes de uno de los centros de actividad más fecundos de la Antigüedad. Sin embargo, al mismo tiempo es una gran responsabilidad. Esas mismas características obligan a poner siempre un poco más de sí mismo.

El estudio tipológico de un material de este tipo ofrece unas posibilidades inmensas. No obstante, este potencial se podrá explotar cuando el volumen de materiales aumente, lo que dará pie a efectuar estudios metrológicos, morfológicos y decorativos de resultados más verosímiles. Por el momento, hemos intentado organizarlos de manera que, al menos, sus características

básicas pudiesen ser puestas de relieve y fuesen procesables, especialmente desde un punto de vista cronológico y secuencial. Sin embargo, el planteamiento de base seguiría vigente en el momento de manejar una mayor cantidad de materiales. La base de todo el proceso será dividir los ejemplares a partir de sus características morfológicas básicas, los tres Grupos Formales. Este planteamiento, además, cuenta con una cierta autonomía con respecto al otro gran grupo, el de las Categorías Cerámicas, que se centra en aquellos aspectos más relacionados con la apariencia exterior de estas cerámicas: los tratamientos de las superficies y las características de las decoraciones.

El siguiente paso ha consistido en presentar la situación en la que se encuentra la secuencia fenicia. En él, además, se ha puesto de manifiesto el papel central que está jugando la llamada Arqueología Bíblica, una disciplina con unos paradigmas, objetivos y problemáticas propios. Su entidad es tal, que su influencia se extiende por el resto de secuencias del Mediterráneo Oriental. Por consiguiente, la cuestión consistía, en muchas ocasiones, en determinar cuál debía ser la actitud ante esta situación y qué papel debía jugar la secuencia fenicia. Por esta razón es posible que en muchos de nuestros planteamientos se haya mantenido una postura demasiado excéptica con respecto a los mantenidos por algunas tendencias. La intención ha sido ponerlos a prueba e intentar averiguar hasta qué punto podían afectar a nuestros planteamientos.

Si a la hora de organizar el material, se tomaron sus características morfológicas como base, en el caso de la ordenación secuencial la idea fue buscar un elemento aglutinador para toda la secuencia, un elemento que permitiese organizar todos los componentes con el fin de alcanzar el orden. Ese elemento se ha encontrado en la figura de las jarras de cuello anillado. No vamos a volver a definir esta forma cerámica ni su evolución, sintetizable, como vimos, en siete estadios. Sin embargo, el resultado de su aplicación, creemos, ha sido la posibilidad de establecer una cierta pauta coherente a la hora de organizar estos materiales.

Esta organización de los contextos aparecidos en Tiro - al Bass sobre la base de las jarras de cuello anillado ha posibilitado, por otro lado, observar ciertas pautas de comportamiento del resto de componentes del repertorio cerámico fenicio. En definitiva, se ha podido rastrear con cierto detalle la manera en que sus características cambiaban, así como el ritmo en que esta transformación tenía lugar. Por supuesto que estos resultados deben de ser tomados como un comienzo. Han de ser más y mejor desarrollados, especialmente en lo que hace referencia a los primeros momentos de la secuencia. Sin embargo, cuentan con un potencial que debe ser tenido en cuenta.

En línea con este argumento, los planteamientos utilizados deberían estar libres de condicionantes procedentes de otras áreas culturales. Por esta razón nos hemos atrevido a plantear una terminología para cada uno de los estadios evolutivos. Sabemos que el uso de una terminología nueva puede llevar a confusiones. No obstante, la necesidad, ya reiterada anteriormente, de establecer una cierta distancia con respecto a otras secuencias, así como de sus problemáticas, nos obliga a actuar de este modo. Como se ha mencionado antes, creemos que debe ser tenido en cuenta, sobre todo, como un punto de partida.

En definitiva, hemos de intentar que, entre todos, el peso de la Arqueología Fenicia, en especial el de su estructura cronológico-secuencial, sea el que se merece,

BIBLIOGRAFÍA

Adams, W. Y. – Adams, E. W.

1991 *Archaeological typology and practical reality. A dialectical approach to artifact classification and sorting*, University Press, Cambridge.

Adelman, C.M.

1976 *Cypro-Geometric Pottery: Refinements in Classification*, Studies in Mediterranean Archaeology 47.

Aharoni, Y. – Amiran, R.

1958 A new scheme for the sub-division of the Iron Age in Palestine, *Israel Exploration Society* 8: 171-184.

Aharoni, Y. – Shiloh, Y.

1992 Megiddo, en Stern 1992: 1003-1024.

Albright, W. F.

1932 *The excavations of Tell Beit Mirsim, vol. 1. The pottery of the first three campaigns*, The Annual of the American Schools of Oriental Research 12, The American Schools of Oriental Research, New Haven.

1943 *The excavations of Tell Beit Mirsim: The Iron Age*, The Annual of the American Schools of Oriental Research 21-22, The American Schools of Oriental Research, New Haven.

1962 *Arqueología de Palestina*, Ed. Garriga, Barcelona.

Albright, W. F. – Gjerstad, E.

1953 Correspondence with Professor Gjerstad on the chronology of “Cypriote” pottery from early levels in Palestine, *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 130: 22-26.

- Alexandre, Y.
 2003 An Iron Age IB/IIA burial cave at Har Yona, Upper Nazareth, *Atiqot* 44: 183-189.
- Amiran, R.
 1969 *Ancient Pottery of the Holy Land*, Jerusalén.
- Amyx, D. A.
 1988 *Corinthian vase-painting of the Archaic period*, University of California Press, Berkeley.
- Anati, E.
 1959 Excavations at the cemetery of Tell Abu Hawam, *Atiqot* 2: 89-102.
- Anderson, W. P.
 1988 *Sarepta I. The Late Bronze and Iron Age Strata of Area II, Y*, Publications de l'Université Libanaise, Section des Études Archéologiques II, Beirut.
 1990 The beginnings of Phoenician pottery: vessel shape, style and ceramic technology in the early phases of the Phoenician Iron Age, *Bulletin of the American School of Oriental Research* 279: 35-54.
- Anson, D.
 1980 The Rude Style Late Cypriot IIC – III pottery: an analytical typology, *Opuscula Atheniensia* 13: 1 – 18.
- Artzy
 2006 *The Jatt metal hoard in northern Canaanite/Phoenician and Cypriote context*, Cuadernos de Arqueología Mediterránea 14.
- Åström, P.
 1972 *The Late Cypriote Bronze Age. Pottery and Architecture*, The Swedish Cyprus Expedition, Vol. IV, Part 1C, Lund.
 1972a *The Late Cypriote Bronze Age, Other Arts and Crafts, Relative and Absolute Chronology, Foreign Relations, Historical Conclusions*, The Swedish Cyprus Expedition, Vol. IV, Part 1D, Lund.
- Aubet, M. E.
 1994 *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Crítica, Barcelona.
 2001 *The Phoenicians and the West. Politics, Colonies and Trade*, Cambridge.
 2004 *The Phoenician cemetery of Tyre-Al Bass. Excavations 1997 – 1999*, Baal, Hors-Série 1, Direction Générale des Antiquités, Beirut.
- Aubet, M. E. – Carmona, P. – Curià, E. – Delgado, A. – Fernández, A. – Párraga, M.
 1999 *Cerro del Villar – I. El asentamiento fenicio en la desembocadura del río Gualdalhorce y su interacción con el hinterland*, Arqueología, Monografías, Junta de Andalucía.
- Avigad, N.
 1992 Samaria (city), en Stern 1992: 1300-1310.
- Badre, L.
 1997 Bey 003 preliminary report. Excavations of the American University of Beirut Museum 1993-1996, *Bulletin d'Archéologie et d'Architecture Libanaises* 2: 6-94.

- Badre, L. – Gubel, E.
 1999/2000 Tell Kazel, Syria. Excavations of the AUB Museum, 1993-1998. Third preliminary report, *Berytus* 44: 123 – 203.
- Badre, L. – Gubel, E. – Capet, E. – Panayot, N.
 1994 Tell Kazel (Syrie). Rapport préliminaire sur les 4e-8e campagnes de fouilles (1988-1992), *Syria* 71: 253 – 356.
- Badre, L. – Gubel, E. – Al-Maqdissi, M. – Sader, H.
 1990 Tell Kazel (Syria). Excavations of the AUB Museum, 1978-1987. Preliminary reports, *Berytus* 38: 9 – 124.
- Balensi, J.
 1980 *Les fouilles de R. W. Hamilton à Tell Abu Hawam, Niveaux IV et V*, Thèse Doctorale de 3ème Cycle, Art et Archéologie, Estrasburgo.
- Balensi, J. – Herrera, M. D.
 1985 Tell Abou Hawam 1983-1984, rapport préliminaire, *Revue Biblique* 91: 82-128.
- Balter, M.
 2000 Archaeology in the Holy Land, *Science* 287: 28-29.
 2000a Baedeker's guide, or just plain 'trouble?', *Science* 287: 29-30.
- Baramki, D. C.
 1961 *Phoenicia and the Phoenicians*, Beirut.
- Barlow, J. A. – Bolger, D. L. – Kling, B.
 1999 *Cypriot ceramics: reading the prehistoric record*, University Museum Symposium Series, volume II, Universidad de Pennsylvania.
- Bartlett, J. R.
 1997 Archaeology and biblical interpretation, Londres y Nueva York.
 1997a What has archaeology to do with the Bible – or vice versa?, en Bartlett 1997: 1-19.
- Bartoloni, G. – Delpino, F.
 2005 Oriente e occidente. Metodi e discipline a confronto. Riflessioni sulla cronologia dell'età del ferro italiana. Tai dell'incontro di studio, Roma 30-31 ottobre 2003, Pisa.
- Beek, G. W. van
 1951 Cypriote chronology and the dating of Iron I sites in Palestine, *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 124: 26-29.
- Ben-Ami, D.
 2001 The Iron Age I at Tel Hazor in light of the renewed excavations, *Israel Exploration Journal* 51: 148-170.
- Ben-Shlomo, D.
 2003 The Iron Age séquence of Tel Ashdod: a rejoinder to 'Ashdod revisited' by I. Finkelstein and L. Singer-Avitz, *Tel Aviv* 30: 83-107.

- Benson, J.L.
1982 The Amathus workshop, *Reports of the Direction of Antiquities of Cyprus*: 138-43.
- Ben-Tor, A.
2000 Hazor and the chronology of northern Israel: a reply to Israel Finkelstein, *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 317: 9-15.
2001 Responding to Finkelstein's addendum (on the dating of Hazor X-VII), *Tel Aviv* 28: 301-304.
- Ben-Tor, A. – Ben-Ami, D.
1998 Hazor and the chronology of the tenth century B.C.E., *Israel Exploration Journal* 48: 1-37.
- Ben-Tor, A. – Bonfil, R.
1997 *Hazor V*, Jerusalén.
- Ben-Tor, A. – Portugali, Y.
1987 *Tell Qiri. A village in the Jezreel Valley. Report of the Archaeological Excavations 1975-1977*, Qedem 24, The Hebrew University, Jerusalén.
- Bikai, P. M.
1978 *The pottery of Tyre*, Aris & Phillips, Warminster.
1978a The late Phoenician pottery complex and chronology, *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 229: 47-56.
1987 *The Phoenician pottery of Cyprus*, A. G. Leventis Foundation, Nicosia.
1992 The site, en Tyr et la formation des civilisations méditerranéennes, Rencontre UNESCO 1990, Association Internationale pour la Sauvegarde de Tyr, Paris: 67-85.
- Bikai, P. M. – Gómez bellard, C.
1992 Céramique, en *Dictionnaire de la civilisation Phénicienne et Punique*, Brepols: 96-101.
- Biran, A. – Aviran, J.
1993 *Biblical archaeology today. 1990. Proceedings of the Second International Congress on Biblical Archaeology*, Israel Exploration Society, Jerusalén.
- Birmingham, J. 1962 y 1968 en tesis
1963 The chronology of some early and middle Iron Age Cypriot sites, *American Journal of Archaeology* 67: 15 – 42.
- Blakely, J. A.
2002 Reconciling two maps: archaeological evidence for the kingdoms of David and Solomon, *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 327: 49-54.
- Boaretto, E. – Jull, A. J. T. – Gilboa, A. – Sharon, I.
2005 Dating the Iron Age I/II Transition in Israel. First Intercomparison Results, *Radiocarbon* 47: 39-55.
- Bonatz 1998
Area E1. Late Bronze Age II and Iron Age I-II. Imported pottery, en Cecchini - Mazzoni (eds.) 1998: 211-230

- Botto, M.
 2005 Per una riconsiderazione della cronologia degli inizi della colonizzazione fenicia nel Mediterraneo centro-occidentale, en Bartoloni – Delpino 2005: 579-630.
- Brandherm, D.
 2006 Zur Datierung de ältesten griechischen und phönizischen Importkeramik auf der Iberischen Halbinsel. Bemerkungen zum Beginn der Eisenzeit in Südwesteuropa, *Madriider Mitteilungen* 47: 1-23.
- Briend, J.- Humbert, J.B.
 1980 *Tell Keisan. Une cite phénicienne en Galilée*, Orbis Biblicus et Orientalis, Series Archaeologica 1, Friburgo.
- Briese, Ch.
 1985 Früheisenzeitliche bemalte phönizische Kannen von Fundplätzen der Levanteküste, *Hamburger Beiträge zur Archäologie* 12: 7 – 118.
- Briese, Ch. – Docter, R.
 1992 Der phönizische Kannen von Fundplätzen der Levanteküste, *Hamburger Beiträge zur Archäologie* 12: 7-118.
- Bruins, H. J. – van der Plicht, J. – Mazar, A.
 2003 ¹⁴C dates from Tel Rehov: Iron-Age chronology, Pharaos, and Hebrew kings, *Science* 300: 315-318.
 2003a Response to Comment on “¹⁴C dates from Tel Rehov: Iron-Age chronology, Pharaos, and Hebrew kings”, *Science* 302: 568c.
- G. Buchner - D. Ridgway
 1993 *Pitheussai I. La necropoli: tombe 1-723, scavate dal 1952-1961*, Monumenti Antichi 55, Serie Monografica 5, G. Bretschneider, Roma.
- M.-L. Buhl
 1983 *Sukas VII. The Near Eastern Pottery and Objects of other Materials from the Upper Strata*, Publications of the Carlsberg Expedition to Phoenicia 9, Copenague.
- Bunimovitz, S. – Faust, A.
 2001 Chronological separation, geographical segregation, or ethnic demarcation?. Ethnography anf the Iron Age Low Chronology, *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 322: 1-10.
- Bunimovitz, S. – Yasur-Landau, A.
 1996 Philistine and Israelite pottery: a cmparative approach to the question of pots and people, *Tel Aviv* 23: 88-101.
- Bunnens, G.
 2000 *Essays on Syria in the Iron Age*, Ancient Near Eastern Studies Supplement 7, Peeters Press, Lovain – Paris – Sterling.

- Burdajewicz, M.
 1994 *La céramique palestinienne du Fer I, la contribution de Tell Keisan site de la Galilée Maritime*, tesis doctoral inédita, Universidad de Varsovia.
- Capet, E. – Gubel, E.
 2000 Tell Kazel. Six centuries of Iron Age occupation (c. 1200 – 612 a.C.), en Bunnens 2000: 425 – 457.
- Calvet, Y. – Yon, M.
 1977 Céramique trouvée à Salamine (fouilles de la ville), en Gjerstad 1977: 9-21.
- Carmi, I. – Segal, D.
 2000 Radiocarbon dates, en Finkelstein-Ussishkin-Halpern 2000: 502-503.
- Carmona, P. - Ruiz, J. M.
 2004 Geomorfological and geoarchaeological evolution of the coastline of the Tyre tombolo. Preliminary results, en Aubet 2004: 207-219.
- Celestino, S. – J. Jiménez Ávila
 2005 El Período Orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida. Protohistoria del Mediterráneo Occidental, Mérida 2003, Anejos AespA 35, Madrid.
- Chapman, S. V.
 1972 A catalogue of Iron Age pottery from the cemeteries of Khirbet Silm, Joya, Qraye and Qasmieh of South Lebanon, *Berytus* 21: 55 – 194.
- Christodoulou, A.
 1972 A Cypro-Archaic I tomb group from Maroni, *Reports of the Department of Antiquities of Cyprus*: 156-160.
- Clarke, D. L.
 1972 *Models in archaeology*, Methuen, Londres.
 1984 *Arqueología analítica*, Bellaterra, Barcelona.
- Coldstream, J. N.
 1963 The chronology of the Attic geometric vases, Apéndice I de Dikaios 1963: 199-204
 1968 *Greek Geometric Pottery*, Meuthen & Co. Ltd, Londres.
 1979 Geometric skyphoi in Cyprus, *RDAC*, Nicosia: 255-269.
 1983 Gift exchange in the Eight Century B. C., en Hägg, R. 1983: 201-207.
 1986 Kition and Amathus: some reflections on their westward links during the early Iron Age, en Karageorghis 1986: 321-329.
 1987 The Greek Geometric and Archaic imports, en Karageorghis-Picard-Tytgat 1987: 21-31
 1989 Early visitors to Cyprus and the eastern Mediterranean, en Tatton-Brown 1989: 90-96.
 1995 Amathus tomb NW 194: the Greek pottery imports, *Reports of the Department of*

- Antiquities of Cyprus*: 187-198.
- 1998 The first exchanges between Euboeans and Phoenicians: who took the initiative?, en Gitin-Mazar-Stern 1998: 353-360.
- 1999 On chronology: the CG II mystery and its sequel, en Iacovou-Michaelides 1999: 109-118.
- 2000 Exchanges between Phoenicians and early Greeks, *National Museum News* 11: 15-32.
- 2003 Some Aegean reactions to the chronological debate in the southern Levant, *Tel Aviv* 30: 247 – 258.
- Coldstream, J. N. – Bikai, P. M.
- 1988 Early Greek pottery in Tyre and Cyprus: some preliminary comparisons, *Reports of the Department of Antiquities of Cyprus*: 35-43.
- Coldstream, J. N. – Mazar, A.
- 2003 Greek pottery from Tel Rehov and Iron Age chronology, *Israel Exploration Journal* 53: 29-48.
- Contreras Cortes, F.
- 1984 Clasificación y tipología en arqueología. El camino hacia la cuantificación, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 9: 327-385.
- Cook, R. M. – Dupont, P.
- 1998 *East Greek pottery*, Routledge Readings in Classical Archaeology Series, Londres.
- Courbin, P.
- 1993 *Fouilles de Bassit. Tombes du Fer*, Éditions Recherche sur les Civilisations, Paris.
- Cross, F. M. – Lemke, W. E. – Miller, P. D.
- 1976 *Magnalia Dei. The mighty acts of God. Essays on the Bible and archaeology in memory of G. Ernest Wright*, Nueva York.
- Crowfoot, J. W. – Crowfoot, G. M. – Kenyon, K. M.
- 1957 *Samaria-Sebaste III. The objects from Samaria*, Palestine Exploration Fund, Londres.
- Crowfoot, J. W. – Kenyon, K. M. – Sukenik, E. L.
- 1942 *The buildings at Samaria (Samaria-Sebaste 1)*, Palestine Exploration Fund, Londres.
- Culican, W.
- 1968 Quelques aperçus sur les ateliers phéniciens, *Syria* 45: 275-293.
- 1973 The graves at Tell er-Requeish, *AJBA* II.2: 66-105
- 1975 Sidonian bottles, *Levant* 7: 145-150.
- 1976a A terracotta shrine from Achzib, *Zeitschrift des Deutschen Palästina Vereins* 92: 47-53.
- 1976b Phoenician metalwork and Egyptian tradition, *Revista de la Universidad Complutense* 101, Madrid: 83-89.
- 1982 The repertoire of Phoenician pottery, en Niemeyer 1982: 45-82.
- Curvers, H.

- 1998/99 Les fouilles archéologiques du Centre-Ville de Beyrouth 1996-1999, *Bulletin d'Archéologie et d'Architecture Libanaises* 3: 9-12.
- 2001/2 The Lower Town in Beirut (1200-300 BC), a preliminary synthesis, *ARAM* 13-14
Davies, P. R.
- 1999 *In search of 'Ancient Israel'*, Journal for the study of the Old Testament, Sheffield.
Dayagi-Mendels, M.
- 2002 *The Akhziv cemeteries. The Ben-Dor Excavations, 1941-1944*, Israel Antiquity Authority Reports 15, Jerusalén.
Desborough, V. R. d'A.
- 1952 *Protogeometric pottery*, Oxford.
- 1957 A group of vases from Amathus, *JHS* 77: 212-219.
- 1963 Appendix II, de Dikaios 1963: 204-206.
- 1972 *The Greek Dark Ages*, Ernest Benn Limited, Londres.
- 1980 The Dark Age pottery (SM-SPG III) from settlement and cemeteries, en Popham-Sackett-Themelis 1980: 281-354.
- Descoedres, J. P. – Kearsley, R.
- 1983 Greek Pottery at Veii. Another Look, *Bulletin of the British School of Archaeology in Athens* 78: 9-53.
- Dever, W. G.
- 1988 Impact of the New Archaeology, en Drinkard-Mattingly-Miller 1988: 337-352.
- 1990 Of myths and methods, *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 277/278: 121-130.
- 1992 *Recent archaeological discoveries and Biblical research*, University of Washington, Seattle.
- 1997 Biblical Archaeology, en Meyers 1997, volumen 1: 315-319.
- 1997a Archaeology and the emergence of early Israel, en Bartlett 1997: 20-50.
- 1998 Archaeology, ideology, and the quest for an 'Ancient' or 'Biblical' Israel, *Near Eastern Archaeology* 61: 39-52.
- 1999 Histories and nonhistories of Ancient Israel, *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 316: 89-105.
- 2001 Excavating the Hebrew Bible, or burying it again?, *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 322: 67-77.
- 2001a *What did the Biblical writers know and when did they know it?, what archaeology can tell us about the reality of Ancient Israel*, William B. Eerdmans Publishing Company, Grand Rapids.
- 2003 Visiting the real Gezer: a reply to Israel Finkelstein, *Tel Aviv* 30: 259-282.
- Dikaios, P.
- 1963 A 'royal' tomb at Salamis, Cyprus, *Achäologischer Anzeiger* 5: 125-198.

- 1969 *Enkomi. Excavations 1948-1958, Vol. I*, Verlag Philipp von Zabern, Maguncia.
- 1971 *Enkomi. Excavations 1948-1958, Vol. II. The architectural remains. The tombs*, Verlag Philipp von Zabern, Maguncia.
- Docter, R. F. – Niemeyer, H. G. – Nijboer, A. J.- van der Plicht, J.
- 2005 Radiocarbon Dates of Animal Bones in the Earliest Levels of Carthage, en Bartoloni-Delpino 2005: 557-577.
- Dothan, M.
- 1971 Ashdod II-III. The second and third seasons of excavations, 1963, 1965, *Atiqot* 9-10, Jerusalén.
- Dothan, M. – Freedman, D.N.
- 1962 Ashdod I. The First Season of Excavations 1962, *Atiqot ES* 7, Jerusalem.
- Dothan, M.– Porath, Y. en baal y 93 en tesis
- 1982 Ashdod IV. Excavations of Area M, *Atiqot ES* 15, Jerusalem.
- 1993 Ashdod V. Excavations of the Area G. The fourth-sixth seasons of excavations 1968-1970, *Atiqot* 23, Jerusalén.
- Dothan, T.
- 1982 *The Philistines and their material culture*, Jerusalén.
- Dothan, T. – Zukerman, A.
- 2004 A preliminary study of the Mycenaean IIIIC: 1 pottery assemblages from Tel Miqne-Ekron and Ashdod, *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 333: 1-54.
- Doumet – Serhal, C. 1993-94 en tesis
- 1982 Les tombes IV et V de Rachidiyeh, *Annales d'Histoire et Archéologie* 1: 89-137.
- 1998/99 First season of excavation at Sidon. Preliminary report, *Bulletin d'Archéologie et d'Architecture Libanaises* 3: 181-224.
- 1999 Discoveries in "Little Sidon", *National Museum News* 10: 29-39.
- 1999a Discoveries around the Harbour, *National Museum News* 10: 40-41.
- 2000 Second season of excavations at Sidon. Preliminary report, *Bulletin d'Archéologie et d'Architecture Libanaises* 4: 75-122.
- Drinkard, J. E. – Mattingly, G. L. – Miller, M.
- 1988 *Benchmarks in the time and culture*, Atlanta.
- Du Plat Taylor, J.
- 1959 The Cypriot and Syrian pottery from Al Mina, Syria, *Iraq* 21: 62-92.
- Dunand, M.
- 1961 *Fouilles de Byblos*, Direction Générale des Antiquités de la République Libanaise, Paris.
- Dunnell, R. C.
- 1971 *Systematics in Prehistory*, The Free Press, Nueva York.
- 1993 Recensión de Adams – Adams 1991, *American Antiquity* 58/1: 165-166.

- Echt, R.
 1984 *Kamid el-Loz 5. Die Stratigraphie*, Saarbrücker Beiträge zur Altertumskunde, 34, Bonn.
- Ehrenberg, E.
 2003 *Leaving no stones unturned: essays on the Ancient Near East and Egypt in Honor of Donald P. Hansen*, Eisenbrauns, Winona Lake, IN.
- Fantalkin, A.
 2001 Low chronology and Greek Protogeometric and Geometric pottery in the southern Levant, *Levant* 33: 117-125.
- Finkbeiner, U. – Sader, H.
 1997 Bey 020. Preliminary report on the excavations 1995, *Bulletin d'Archéologie et d'Architecture Libanaises* 2: 114-166.
- Finkelstein, I.
 1986 *'Izbet Sartah. An Early Iron Age site near Rosh Ha'ayin, Israel*, BAR International Series 299.
 1988 *The archaeology of the Israelite settlement*, Israel Exploration Society, Jerusalén.
 1990 On archaeological methods and historical considerations: Iron Age II Gezer and Samaria, *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 239: 109 – 119.
 1991 The emergence of Israel in Canaan: consensus, mainstream and dispute, *Scandinavian Journal of the Old Testament* 5: 47-59
 1995 The great transformation: the 'conquest' of the highlands frontiers and the rise of the territorial states, en Levy 1995: 349-365.
 1995a The date of the settlement of the Philistines in Canaan, *Tel Aviv* 22: 213-239.
 1996 The Philistine countryside, *Israel Exploration Journal* 46: 225-242.
 1996a The archaeology of the United Monarchy: an alternative view, *Levant* 28: 177-187.
 1996b The stratigraphy and chronology of Megiddo and Beth-Shan in the 12th-11th centuries B.C.E., *Tel Aviv* 23: 170-184.
 1998 Philistine chronology: high, middle or low?, en Gitin-Mazar-Stern 1998: 140-147.
 1998a Notes on the stratigraphy and chronology of Iron Age Ta'anach, *Tel Aviv* 25: 208-218.
 1998b Bible archaeology of archaeology of Palestine in the Iron Age?. A rejoinder, *Levant* 30: 167-174.
 1999 State formation in Israel and Judah. A contrast in context, a contrast in trajectory, *Near Eastern Archaeology* 62/1: 35-52.
 1999a Hazor and the north in the Iron Age: a low chronology perspective, *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 314: 55-70.
 2000 Hazor XII-XI with an addendum on Ben-Tor's dating of Hazor X-VII, *Tel Aviv* 27: 231-247.

- 2001 The rise of Jerusalem and Judah: the missing link, *Levant* 33: 105-115.
- 2002 Gezer revisited and revised, *Tel Aviv* 29: 262-296.
- 2002a The campaign of Shoshenq I to Palestine. A guide to the 10th Century BCE polity, *Zeitschrift des Deutschen Palästina Vereins* 118: 109-135.
- 2004 Tel Rehov and Iron Age chronology, *Levant* 36: 181-188.
- 2005 A Low Chronology Update. Archaeology, History and Bible, en: Levy – Highman 2005: 31-42.
- Finkelstein, I. – Na'aman, N.
- 1995 *From nomadism to monarchy. Archaeological and historical aspects of early Israel*, Jerusalén.
- Finkelstein, I. – Piasezky, E.
- 2003 Comments on “¹⁴C dates from Tel Rehov: Iron-Age chronology, Pharaohs and Hebrew kings”, *Science* 302: 568b.
- 2003a Wrong and right; high and low. ¹⁴C dates from Tel Rehov and Iron Age chronology, *Tel Aviv* 30: 283-295.
- 2003b Recent radiocarbon results and king Solomon, *Antiquity* 77: 771-779.
- Finkelstein, I. – Silberman, N. A.
- 2001 *The Bible unearthed*, The Free Press, Nueva York.
- 2002 *The Bible Unearthed: a rejoinder*, *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 327: 63-73.
- Finkelstein, I. – Singer-Avitz, L.
- 2001 Ashdod revisited, *Tel Aviv* 28: 231-259.
- Finkelstein, I. – Ussishkin, D.
- 2000 Archaeological and historical conclusions, en Finkelstein-Ussishkin-Halpern 2000: 576-605.
- Finkelstein, I. – Ussishkin, D. – Halpern, B.
- 2000 *Megiddo III. The 1992-1996 seasons*, Institute of Archaeology Series 18, Tel Aviv.
- Finkelstein, I. – Zimhoni, O. – Kafri, A.
- 2000 The Iron Age Pottery Assemblages from Areas F, K, and H and their Stratigraphic and Chronological Implication, en Finkelstein-Ussishkin-Halpern 2000: 244-324.
- Fisk, R.
- 1991 The biggest supermarket in Lebanon. A journalist investigates the plundering of Lebanon's heritage, *Berytus* 1991: 243 – 252.
- Flourentzos, P.
- 1997 The early geometric tomb n° 132 from Palaepaphos, *Reports of the Department of Antiquities of Cyprus*: 205-218.
- Francis, E. D. – Vickers, M.
- 1985 Greek Geometric pottery at Hama and its implications for Near Eastern chronology, *Levant* 17: 131-138.
- Franken, H. J.
- 1969 *Excavations at Tell Deir 'Alla I. A stratigraphical and analytical study of the Early Iron Age pottery*, E. J. Brill, Leiden.

- Franklin, N.
- 2001 Mason's marks from the ninth century BCE northern kingdom of Israel. Evidence of the nascent Carian alphabet?, *Kadmos* 40: 107-116.
- 2004 Samaria. From the Bedrock to the Omride Palace, *Levant* 36: 189-202.
- Fugmann, E.
- 1958 *Hama. Fouilles et recherches de la Fondation Carlsberg. 1931-1938. L'architecture des Périodes Pré-Hellénistiques*, Copenague.
- Furumark, A.
- 1941 *The Mycenaean Pottery: Analysis and Classification*, Estocolmo.
- 1944 The Mycenaean III C pottery and its relation to Cypriote fabrics, *Opuscula Archaeologica* 3: 194-265.
- 1972 *Mycenaean Pottery, I. Analysis and classification*, Acta Instituti Atheniensis Regni Sueciae 4°, XX: 1, Estocolmo.
- 1972a *Mycenaean Pottery, II. Chronology*, Acta Instituti Atheniensis Regni Sueciae 4°, XX: 2, Estocolmo.
- Gal, Z.
- 1992 *Lower Galilee during the Iron Age*, American Schools of Oriental Research Dissertation Series 8, Eisenbrauns, Winona Lake, Indiana.
- 1992a Hurbat Rosh Zayit and the early Phoenician pottery, *Levant* 24: 173-186.
- 2003 The Iron Age 'Low Chronology' in light of the excavations at Horbat Rosh Zayit, *Israel Exploration Journal* 53: 147-150.
- Gal, Z. – Alexandre, Y.
- 2000 *Horbat Rosh Zayit. An Iron Age storage fort and village*, Israel Antiquities Authority Reports 8, Jerusalén.
- Galán, J. M.
- 1998 *Cuatro viajes en la literatura del Antiguo Egipto*, Madrid.
- Gamer-Wallert, I.
- 2004 The scarabs, en AUBET 2004: 397-413.
- Garbini, G.
- 2002 *Historia e ideología en el Israel antiguo*, Bellaterra arqueología, Barcelona.
- Gilboa, A.
- 1989 New finds at Tel Dor and the beginning of Cypro-Geometric pottery import to Palestine, *Israel Exploration Journal* 39: 204-218.
- 1998 Iron I-IIA pottery evolution at Dor – regional contexts and the Cypriote connections, en Gitin-Mazar-Stern 1998: 413-425.
- 1999 The dynamics of Phoenician bichrome pottery: a view from Tel Dor, *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 316: 1 – 22.
- 1999a The view from the East – Tel Dor and the earliest Cypro-Geometric exports to the

- Levant, en Iacovou-Michaelides 1999: 119-139.
- 2001 *Southern Phoenicia during Iron Age I-IIA in the light of the Tel Dor excavations: the evidence of the pottery*, tesis doctoral inédita presentada en *The Hebrew University*, Jerusalén.
- 2001a The significance of Iron Age “Wavy-Band” pithoi along the Syro-Palestinian littoral, with reference to Tel Dor pithoi, en Woff 2001: 163-173.
- Gilboa, A. – Sharon, I.
- 2001 Early Iron Age radiometric dates from Tel Dor: preliminary implications for Phoenicia and beyond, *Radiocarbon* 43: 1343-1351.
- 2003 An archaeological contribution to the Early Iron Age chronological debate: alternative chronologies for Phoenicia and their effects on the Levant, Cyprus, and Greece, *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 332: 7 – 80.
- Gilboa, A. – Sharon, I. – Zorn, J.
- 2004 Dor and Iron Age chronology: scarabs, ceramic sequence and ¹⁴C, *Tel Aviv* 31: 32-59.
- Gitin, S.
- 1995 *Recent excavations in Israel. A view to the West. Reports on Kabri, Nami, Mique-Ekron, Dor and Ashkelon*, Archaeological Institute of America, Colloquia and Conference Papers 1, Kendal/Hunt, Dubuque.
- Gitin, S. – Mazar, A. – Stern, E.
- 1998 *Mediterranean peoples in transition. Thirteen to early tenth centuries B. C. E. Studies in Honor of Prof. Trude Dothan*, Jerusalén.
- Gjerstad, E.
- 1944 The initial date of the Cypriote Iron Age, *Opuscula Archaeologica* 3: 73-106.
- 1948 *The Cypro-Geometric, Cypro-Achaic and Cypro-Classical Periods. Finds and results of the excavations in Cyprus, 1927-1931*, The Swedish Cyprus Expedition, IV/2, Estocolmo.
- 1960 Pottery Types. Cypro-Geometric to Cypro-Classical, *Opuscula Atheniensa* 3: 105-122.
- 1974 The stratification at Al Mina (Syria) and its chronological evidence, *Acta Archeologica* 45: 106-123.
- 1977 *Greek, Geometric and Archaic pottery found in Cyprus*, Acta Instituti Atheniensis Regni Sueciae, Series In 4°, XXVI, Estocolmo 1977.
- 1977a Pottery from various parts of Cyprus, en Gjerstad 1977: 23-59.
- 1980 A Cypro-Greek royal marriage in the 8th Cent. B.C., en *Salamine de Chypre*, Paris: 141-146.
- Gjerstad, E. – Lindros, J. – Sjöqvist, E. – Westholm, A.
- 1935 *Finds and results of the excavations in Cyprus 1927-1931*, The Swedish Cyprus Expedition II, Estocolmo.

- Gómez Toscano, F. – Balensi, J.
 1999 La colección de vasos egeos de Tell Abu Hawam (Haifa, Israel) y su relación con la cronología de la expansión fenicia en Occidente, *Huelva en su Historia*, 2ª Época: 43-70.
- Grabbe, L. L.
 1997 *Can a 'History of Israel' be written?*, Sheffield.
- Guy, P. L. O.
 1924 An early Iron Age cemetery near Haifa, excavated september, 1922, *Bulletin of the British School of Archaeology in Jerusalem* 5: 47-55.
- Guy, P. L. O. – Engberg, R. M.
 1938 *Megiddo tombs*, Oriental Institute Publications 33, Chicago.
- Hägg, R.
 1983 *The Greek renaissance of the Eighth Century B. C.: Tradition and Innovation, proceedings of the Second International Symposium at the Swedish Institute in Athens, 1-5 June, 1981*, Svenska Institutet i Athen, Estocolmo.
- Hamilton, R. W.
 1934 "Tell Abu Hawam", report préliminaire, *Quarterly of the Department of Antiquities in Palestina* 3: 74-80.
 1935 Excavations at Tell Abu Hawam, *Quarterly of the Department of Antiquities in Palestina* 4: 1-69.
- Handy, L. K.
 1997 *The age of Solomon, scholarship at the turn of the Millennium*, Studies in the History and Culture of the Ancient Near East 9, Brill, Leiden.
- Hanfmann, G.M.A.
 1963 The Iron Age pottery of Tarsus, en H. Goldman (ed.), Excavations at Gözlu Küle, *Tarsus III. The Iron Age*, Princeton, New Jersey: 18-332.
- Harden, D.B.
 1937 The pottery from the precinct of Tanit at Salammo, Cartaghe, *Iraq* 4: 59-89.
- Harrison, T. P.
 2003 The battleground. Who destroyed Megiddo?, was it David or Shishak?, *Biblical Archaeology Review* november/december: 29-35, 60-62.
- Hausleiter, A. – Reiche, A.
 1999 *Iron Age pottery in northern Mesopotamia, Northern Syria and South-Eastern Anatolia*, *Altertumskunde des Vorderen Orients, Archäologische Studien zur Kultur und Geschichte des Alten Orients* 10, Ugarit-Verlag, Munster.
- Herrera, M. D.
 1989 *Las excavaciones de E. W. Hamilton en Tell Abu Hawam, Haifa, efectuadas en 1923-33 por el Servicio de Antigüedades de Palestina bajo el mandato británico. El Stratum III: historia*

del puerto fenicio durante los siglos X – VIII a. C., tesis doctoral inédita presentada en la Universidad de Cantabria.

Herrera, M. D. – Balensi, J.

1986 More about the Greek Geometric pottery at Tell Abu Hawam, *Levant* 18: 169-171.

Hill, J. N. – Evans, R. K.

1972 A model for classification and typology, en Clarke, D. L. 1972: 231 – 273.

Holladay, J. S., Jr.

1976 Of sherds and strata: contributions towards an understanding of the archaeology of the Divided Monarchy, en Cross-Lemke-Miller 1976: 253-293.

1990 Red Slip, Burnish, and the Solomic Gateway at Gezer, *BASOR* 277/278: 23-70.

1993 The use of pottery and other diagnostic criteria, from the Solomonian era to the Divided Kingdom, en Biran – Aviran 1993: 86-101.

Hunt, M.

1987 The Tell Qiri Pottery, en Ben-Tor, A. – Portugali, Y. 1987: 139 - 223.

Iacovou, M.

1999 Excerpta Cypria Geometrica – Materials for the history of Geometric Cyprus, en Iacovou-Michaelides 1999: 141-161.

1999a Proto-White Painted pottery: a classification of the ware, en Barlow-Bolger-Kling 1991: 199-205.

Iacovou, M. – Michaelides, D.

1999 *The historicity of the Geometric horizon, proceedings of an archaeological workshop, University of Cyprus, Nicosia, 11th October 1998*, University of Cyprus, Nicosia.

Jablonka, p.

1997 Stratigraphy and architecture, en Finkbeiner – Sader 1997: 1124-134.

Joukowski, M.

1972 *The pottery of Tell el Ghassil in he Beka'a. A comparative study and analysis of the Iron Age and Bronze Age wares, mémoire de Maîtrise* inédita presentada en la American University de Beirut.

Juhl, K.

1995 The relation between vessel form and vessel function, a methodological study, Arkeologisk Muesum, Stavanger.

Karageorghis, V.

1963 Une tombe de guerrier a Palaepaphos, *Bulletin de Correspondence Hellenique* 87: 265-300.

1967 *Salamis III. The excavations in the necropolis of Salamis, I*, Nicosia.

1975 Alaas. A Protogeometricnekropolisin Cyprus, Cyprus Department of Antiquities, Nicosia.

- 1983 *Palaepaphos-Skales. An Iron Age cemetery in Cyprus*, Ausgrabungen in Alt-Paphos auf Cypern 3, Universitätsverlag, Constanza.
- 1986 *Cyprus between the Orient and the Occident*, Nicosia.
- 2004 The terracottas from Urn 9, en Aubet 2004: 414-436.
- Karageorghis, V. – Kabil, L. G.
- 1967 Témoignages eubéens à Chypre et chypriotes à Éréttrie, *Antike Kunst* 10: 133-135.
- Kearsley, R.
- 1989 *The pendent semi-circle skyphos. A study of its development and chronology and an examination of it as evidence for Euboean activity at Al Mina*, Institute of Classical Studies, Bulletin Supplement 44, Londres
- Kempinski, A.
- 1963 *Arqueología en Tierra Santa*, Ediciones Garriga, Barcelona.
- 2002 *Tel Kabri. The 1986-1993 excavation seasons*, Emery and Claire Yass Publications in Archaeology, Tel Aviv.
- Kenyon, K. M.
- 1957 Israelite pottery 1. Stratified groups, en Crowfoot-Crowfoot-Kenyon 1957: 94-134.
- 1957a Israelite pottery 3. The evidence of the Samaria pottery and its bearing on finds at other sites, en Crowfoot-Crowfoot-Kenyon 1957: 198-209.
- 1964 Megiddo, Hazor, Samaria and chronology, *Bulletin of the Institute of Archaeology* 4: 143 – 156.
- Killebrew
- 1998 ceramic typology and technology of Late Bronze II and Iron Assemblages from Tel Miqne-Ekron: the transition from Canaanite to Philistine culture, en Gitin - Mazar - Stern 1998: 379-405.
- Kitchen, K. A.
- 1973 *The Third Intermediate Period in Egypt (1100-650 BC)*, Aris & Phillips, Warminster.
- Khalifeh, I. A.
- 1988 *Sarepta II. The Late Bronze and Iron Age periods of Area II, X*, Publications de l'Université Libanaise, Beirut.
- Kling, B. 1988 en tesis
- 1989 *Mycenaean IIIC: 1b and related pottery in Cyprus*, Studies in Mediterranean Archaeology, LXXXVII, Goteborg.
- Kochavi, M.
- 1998 The eleventh Century B. C. E. tripartite pillar building at Tel Hadar, en Gitin-Mazar-Stern 1999: 468-478.
- Koehl, R. B.
- 1985 *Sarepta III. The imported Bronze and Iron Age wares from Area II, X*, Publications de l'Université Libanaise, Section des Études Archéologiques II, Beirut.
- Kohl, P. L. – Fawcett, C.
- 1995 *Nationalism, politics, and the practice of archaeology*, University Press, Cambridge.

- Kopcke, G.
 2002 1000 B. C. E.? 900 B. C. E.?. A Greek vase from Lake Galilee, en Ehrenberg 2003: 109 – 117.
- Krings, V.
 1995 *La Civilisation Phénicienne et Punique. Manuel de Recherche*, Leiden.
- Lamon, R. S. – Shipton, G. M.
 1939 *Megiddo I. Seasons of 1925-34. Strata I-V*, Oriental Institute Publications 42, Chicago.
- Lebeau, M.
 1983 *La céramique de l'Âge du Fer II-III à Tell Abou Danne et ses rapports avec la céramique contemporaine en Syrie*, Éditions Recherche sur les Civilisations, Cahier n° 12, Paris.
- Lehmann, G.
 1996 *Untersuchungen zur späten Eisenzeit in Syrien und Libanon. Stratigraphie und Keramikformen zwischen ca. 720 bis 300 v. Chr.*, *Altertumskunde des Vorderen Orients, Archäologische Studien zur Kultur und Geschichte des Alten Orients* 5, Munster.
 1998 Trends in the local pottery development of the Late Iron Age and Persian Period in Syria and Lebanon, ca. 700 to 300 B. C., *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 311: 7 – 37.
 2002 Iron Age, en Kempinski 2002: 178-222.
- Lehmann-Jedicke, K.
 2004 The terracotta horseman, en Aubet 2004: 417-419.
- Lemche, N. P.
 1998 *Prelude to Israel's past. Background and beginnings of Israelite history and identity*, Hendrickson Publishers, Peabody, Massachusetts.
- Lemos, I.
 2002 *The Protogeometric Aegean: the archaeology of the late eleventh and tenth centuries*, Oxford University Press, Oxford.
- Leonard, A., Jr.
 1981 Considerations on morphological variation in the Mycenaean pottery from the Southern Mediterranean, *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 241: 87-101.
 1994 *An index to the Late Bronze Age Aegean pottery from Syria-Palestine*, *Studies in Mediterranean Archaeology* 114, Paul Åstöm Förlag, Jonsered.
- Lepinski, E. – Lebeau, M.
 1992 Periodisations archéologiques, *Dictionnaire de la civilisation Phénicienne et Punique*, Brepols: 105 – 108.
- C. Lévi-Strauss
 2002 *Mito y significado*, Alianza Editorial, Antropología, Madrid.
- Levy, T. E.

- 1995 *The archaeology of society in the Holy Land*, Londres.
- Levy, T. E. – Highman, T.
- 2005 *The Bible and Radiocarbon Dating. Archaeology, Text and Science*, Londres.
- 2005a Introduction. Radiocarbon Dating and the Iron Age of the Southern Levant: Problems and Potentials for the Oxford Conference, en Levy – Highman 2005: 3-14.
- Liverani, M.
- 2005 Más allá de la Biblia. *Historia antigua de Israel*, Crítica, Barcelona.
- Loud, G.
- 1948 *Megiddo II. Seasons of 1935-39*, Oriental Institute Publications 62, Chicago.
- Loud, G. - Shipton,
- 1939 *Megiddo Expedition*, Oriental Institute Publications 42, Chicago.
- Luke, J.
- 2003 *Ports of trade, Al Mina and Geometric Greek pottery in the Levant*, BAR, International Series 1100, Oxford.
- Manning, S. W. – Weninger, B.
- 1992 A light in the dark: archaeological wiggle matching and the absolute chronology of the close of the Aegean Late Bronze Age, *Antiquity* 66: 636-663.
- Marfoe, L.
- 1995 *Kamid el-Loz 13. The prehistoric and early historic context of the site. Catalog and commentary*, Saarbrücker Beiträge zur Altertumskunde 41, Bonn.
- Mazar, A.
- 1980 *Excavations at Tell Qasile. Part One. The Philistine sanctuary: architecture and cult objects*, Qedem 12, Jerusalén.
- 1985 *Excavations at Tell Qasile. Part Two. The Philistine sanctuary: various finds, the pottery, conclusions, appendixes*, Qedem 20, Jerusalén.
- 1990 *Archaeology of the Land of the Bible, 10.000-586 B.C.E.*, The Anchor Bible Reference Library, Nueva York.
- 1997 Iron Age chronology: a reply to I. Finkelstein, *Levant* 29: 157-167.
- 1999 The 1997-1998 excavations at Tel Reḥov: preliminary report, *Israel Exploration Journal* 49: 1-42.
- 2002 Megiddo in the Thirtieth-Eleventh centuries B.C.E. A review of some recent studies, en Oren-Ahituv 2002: 264-282.
- 2004 Greek and Levantine Iron Age chronology: a rejoinder, *Israel Exploration Journal* 54: 24-36.
- 2005 The debate over the chronology of the Iron Age in the Southern Levant: its history, the current situation, and a suggested resolution, en Levy - Higham (eds.) 2002: 15-30.
- Mazar, A. – Carmi, I.
- 2001 Radiocarbon dates from Iron Age strata at Tel Beth Shean and Tel Rehov, *Radiocarbon*

43/3: 1333-1342.

Mazar, A. – Bruins, H. J. – Panitz-Cohen, N. – van der Plicht, J.

2005 Ladder of Time at Tel Rehov. Stratigraphy, Archaeological Context, Pottery and Radiocarbon Dates, en Levy – Highman 2005: 193-255.

Mazar, E.

2001 *Phoenicians in Akhziv. The southern cemetery. Jerome L. Joss Expedition. Final Report of the excavations 1988-1990*, Cuadernos de Arqueología Mediterránea 7, Barcelona.

Mederos, A.

2005 La cronología fenicia. Entre el Mediterráneo Oriental y el Occidental, en Celestino-Jiménez Ávila 2005: 305-346.

Metzger, M.

2004 Two terracotta models in terracotta, en Aubet 2004: 420-436.

Metzger, M. – Barthel, J.-R.

1993 *Kamid el-Loz 8. Die Spätbronzezeitlichen Tempelanlagen. Die Kleinfunde*, Saarbrücker Beiträge zur Altertumskunde 40, Bonn.

Meyers, E. M.

1997 *The Oxford Encyclopedia of Archaeology in the Near East*, Oxford University Press, Oxford.

Millan M. - Villate, E. - Bernúz, M.

2004 Palaeoecological analysis of the sedimentary remains from the Phoenician necropolis, en Aubet 220-243.

Miller, J. M. 2004 en tesis

2003 Recensión de Dever 2001a, *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 239: 84-87.

Monchambert, J.-Y.

1983 Le céramique de fabrication locale à Ougarit à la fin du Bronze Récent: quelques exemples, *Syria* 60: 25-45.

Montero, J.-L. – Vidal, J. – Masó, F.

2001 *De la estepa al Mediterráneo*, Monographies Eridu 1, Barcelona.

Mountjoy, P. A.

1986 *Mycenaean Decorated Pottery: A Guide to Identification*, Studies in Mediterranean Archaeology 73.

Münger, S.

2003 Egyptian stamp-seal amulets and their implications for the chronology of the early Iron Age, *Tel Aviv* 30: 66-82.

Na'aman, N.

1997 Historical and literary notes on the excavation of Tel Jezreel, *Tel Aviv* 24: 122-128.

2000 The contribution of the Trojan Grey Ware from Lachish and Tel Miqne-Ekron to

- the chronology of the Philistine Monochrome pottery, *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 317: 1-78.
- 2002 In search of reality behind the account of David's wars with Israel's neighbours, *Israel Exploration Journal* 52: 200-224.
- Nieman, H. M.
- 2000 Megiddo and Solomon: a Biblical investigation in relation to archaeology), Tel Aviv 2000: 61-74.
- Niemeier, B. – Niemeier, W.-D.
- 2002 Archaic Greek and Etruscan pottery, en Kempinski 2002: 223-242.
- Niemeyer, H. G.
- 1982 *Phönizer im Westen*, Madrider Beiträge 8, Harrazowitz, Mainz a. R.
- 1984 Die Phönizer und die Mittelmeerwelt im Zeitalter Homers, *JbRGZM* 31: 3-94.
- Nijboer, A. J.
- 2005 La cronologia assoluta dell'età del ferro nel Mediterraneo. Dibattito sui metodi e sui risultati, en Bartoloni- Delpino 2005: 527-556.
- 2006 The Iron Age in the Mediterranean. A chronological mess or 'Trade before the Flag', Part II, *Ancient West and East* 4/2: 255-277.
- Nijboer, A. J.- van der Plicht, J.
- 2006 An interpretation of the Radiocarbon Determinations of the Oldest Indigenous-Phoenician Stratum Thus Far, Excavated at Huelva, Tartessos (South-West Spain), *Bulletin antieke beschaving, Annual Papers on Classical Archaeology* 81: 31-36.
- Nitsche, A.
- 1986/87 Bemerkungen zu Chronologie und Herkunft der Protogeometrischen und Geometrischen Importkeramik von Tyros, *HBA* 13/14: 7-49.
- Núñez Calvo, F. J.
- 1999 *El horizonte de destrucción de la ciudadela de Hama (Siria). Una revisión de su interpretación histórica sobre la base de la evidencia textual y arqueológica*, trabajo de investigación inédito presentado en la Universidad Pompeu Fabra, Barcelona.
- 1999a Un skyphos fenicio procedente del Corte 5 del Cerro del Villar, en Aubet, *et al.* 1999: 138-143.
- 2001 Aspectos cronológicos relativos al Mediterráneo Oriental durante la Edad del Hierro, en Montero, J.-L. – Vidal, J. – Masó, F. 2001: 289 – 305.
- 2001/2 An approach to exchange relations in Iron Age Beirut: the ceramic evidence, *ARAM* 13-14: 37 – 49.
- 2004 Preliminary report on ceramics from the Phoenician necrópolis of Tyre - Al Bass. 1997 campaign, en Aubet 2004: 281 – 373.
- 2004a Catalogue, en Aubet 2004: 63-203.
- Oggiano, I.

- 1999 Catalogistics: the experience at Tell Afis, Syria, en Hausleiter, A. – Reiche, A. 1999: 377 - 402.
- Oren, E. D.
- 1973 *The northern cemetery of Beth Shan*, E. J. Brill, Leiden.
- Oren, E. D. – Ahituv, S.
- 2002 *Studies in archaeology and related disciplines. Aharon Kempinski Memorial Volume*, Beer Sheva 15, Beer-Sheva.
- Orton, C. R.
- 1988 *Matemáticas para arqueólogos*, Alianza Universidad, Madrid.
- Orton, C. R. – Tyers, P. – Vince, A.
- 1997 *La cerámica en Arqueología*, Crítica, Barcelona.
- Pereira Sieso, J.
- 1988 *La cerámica pintada a torno en Andalucía entre los siglos VI y III a. C.*, tesis doctoral presentada en la Universidad Complutense de Madrid.
- Peserico, A.
- 1996 *Le broche a fungo fenicie nel Mediterraneo. Tipologia e cronología*, Collezione di Studi Fenici 36, Roma.
- Petrie, W. M. Flinders
- 1891 *Tell el Hesy (Lachish)*, Palestine Exploration Fund, Londres.
- Phillips, P.
- 1958 Application of the Wheat-Gifford-Wasley taxonomy to Eastern ceramics, *American Antiquity* 24/2: 117-125.
- Piasetzky, E. – Finkelstein, I.
- 2005 ¹⁴C Results from Megiddo, Tel Dor, Tel Rehov and Tel Hadar. Where Do They Lead Us?, en Levy – Highman 2005: 294-301.
- Piqués, G.
- 2004 Ichthyofauna from the funerary urns: analysis, appraisal and prospects, en Aubert 2004: 441-446.
- Pongratz-Leisten, B. – Kühne, H. – Sella, P.
- 1997 *Ana šadî Labnani la allik. Beiträge zu altorientalischen und mittelmeeischen Kulturen. Festschrift für Wolfgang Röllig*, Neukirchen-Vluyn.
- Popham, M. R. – Lemos, I. S.
- 1996 Lefkandi III. The Toumba Cemetery: the Excavations of 1981, 1984, 1986, 1992-4, *BSA Suppl.*29, Atenas.
- Popham, M. R. – Sackett, L. H. – Themelis, P. G.
- 1980 *Lefkandi I: the Iron Age*, British School at Athens Supplementary Volume 11, Thames and Hudson, Londres.
- Prausnitz, M.

- 1962 A Phoenician Krater from Akhziv, *Oriens Antiquus* V: 177-188.
- Pritchard, J. B.
- 1980 *The cemetery at Tell es-Sa'idiyeh, Jordan*, University Museum Monograph 41, University of Pennsylvania, Philadelphia.
- 1988 Sarepta IV. The objects from Area II, X, Publications de l'Université Libanaise, Section des Études Archéologiques II, Beirut.
- Rainey, A. F.
- 2001 Stones for bread. Archaeology versus History, *Near Eastern Archaeology* 64/3: 140-149.
- Reisner, G. A. – Fisher, C. S. – Lyon, D. G.
- 1924 *Harvard excavations at Samaria (1908-1910)*, Cambridge, Massachusetts.
- Ribichini
- 1995 Les sources gréco-latines, en Krings (ed.) 2005: 73-84.
- Rice, P. M.
- 1987 *Pottery analysis. A sourcebook*, The University of Chicago Press, Chicago y Londres.
- Riis, P. J.
- 1948 *Hama. Fouilles et recherches de la Fondation Calrsberg. 1931-1938. Les cimetières à cremation*, Copenague.
- Rocchetti, L.
- 1978 Le tombe del periodi Geometrico ed Arcaico della necropolis a mare di Ayia Irini Paleokastro, *Biblioteca di Antichità Cipriote* 4, Roma.
- Rouse, I.
- 1960 The classification of artefacts in archaeology, *American Antiquity* 25/3: 313-323.
- 1982 *Introducción a la prehistoria: un enfoque sistemático*, Bellaterra, Barcelona.
- Rovira, N. - Buxó, R.
- 2004 An example of olive stone from Urn 42, en Aubet 2004: 437-440
- Ruiz Gálvez, M.
- 2005 Territorio nurágico y paisaje antiguo. La meseta de Pranemuru (Cerdeña) en la Edad del Bronce, *Anejos de Complutum* 10, Madrid.
- Sader, H.
- 1997 Tell el Burak: an unidentified city of Phoenician Sidon, en Pongratz-Leisten – Kühne – Xella 1997: 363-276.
- 2004 The Stelae, en Aubet 2004: 383-394.
- Sagona, A.
- 1982 Levantine storage jars of the 13th to 4th Century B. C., *Opuscula Atheniensa* 14: 73 – 110.
- Saidah, R.
- 1966 Fouilles de Khaldé. Rapport préliminaire sur la première et deuxième campagnes

- (1961-1962), *Bulletin du Musée de Beyrouth* 19: 51 – 90.
- 1967 Fouilles de Khaldé, *Bulletin du Musée de Beyrouth* 20: 165 – 169.
- 1971 Objects grecs d'époque géométrique découverts récemment sur le littoral libanais (à Khaldé près de Beyrouth), *Annales Archéologiques Arabes Syriennes* 21: 193 – 198.
- 1977 Une tombe de l'âge du Fer à Tambourit (Région de Sidon), *Berytus* 25: 135-146.
- 1983 Nouveaux éléments de datation de la céramique de l'Âge du Fer au Levant, *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici (Roma, 1979)*: 213-216.
- Salles, J.-F.
- 1980 La nécropole "K" de Byblos, *Maison de l'Orient, Mémoire no.2, Recherche sur les Grands Civilisations*, Paris.
- Scandone, G.
- 1995 Les sources égyptiennes, en Krings 1995: 57-63.
- Schaefer, C.F.-A.
- 1949 *Ugaritica II*, Librairie Orientaliste Paul Geuthner, Paris.
- Schreiber, N.
- 2003 *The Cypro-Phoenician pottery of the Iron Age*, Culture and history of the Ancient Near East, 13, Leiden.
- Y. Seif, A. Dīb.
- 1995 *Catalogue raisonné de la collection de poteries préclassiques appartenant à M. Walid Joumblat au Musée de Beit Ed-Dîne*, Mémoire de Maîtrise en Art et Archéologie, dirigé par Dr. H. Salamé-Sarkis, Faculté des Lettres et des Sciences Humaines, Section II, Université Libanaise Beyrouth. No publicado.
- Sharon, I. – Gilboa, A. – Boaretto, E. – Jull, A. J. T.
- 2005 The Early Iron Age Dating Project. Introduction, Methodology, Progress Report and an Update on the Tel Dor Radiometric Dates, en Levy – Highman 2005: 65-92.
- Shepard, A. O.
- 1980 *Ceramics for the archaeologist*, Carnegie Institution, Washington D. C.
- Sherratt, E. S.
- 1999 Cypriot pottery of Aegean type in LC II-III: problems of classification, chronology and interpretation, Barlow-Bolger-Kling 1999: 185-198.
- 2005 High Precision Dating and Archaeological Chronologies. Revisiting an Old Problem, en Levy – Highman 2005: 114-125.
- Silberman, N. A.
- 1995 Promised lands and chosen peoples: the politics and poetics of archaeological narrative, en Kohl-Fawcett 1995: 249-262.
- Silberman, N. A. – Small, D.

- 1996 *The archaeology of Israel: contrasting the past, interpreting the present*, Sheffield.
- Singer, I
- 1985 The beginning of Philistine settlement in Canaan and the northern boundary of Philistia, *Tel Aviv* 12: 109-122.
- Sinopoli, C. M.
- 1991 *Approaches to archaeological ceramics*, Plenum Press, Nueva York y Londres.
- Smith, R. E. – Willey, G. R. – Gifford, J. C.
- 1960 The Type-Variety concept as a basis for the analysis of Maya pottery, *American Antiquity* 25/3: 330-340.
- Sørensen, J.
- 1987 Cypriote Iron Age Pottery. An experiment employing simple quantitative analysis, en E.D. Rupp (ed.), *Western Cyprus Connections*, SMA LXXVII, Göteborg: 129-135.
- Stager, L.
- 1990 Shemer's estate, *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 277/78: 93-107.
- 1995 The impact of the Sea Peoples in Canaan (1185-1050 BCE), en Levy 1995: 332-348.
- Stern, E.
- 1978 *Excavations at Tel Mevorakh, part one*, Qedem 9, Hebrew University, Jerusalén.
- 1987 The Bible and Israeli archaeology, en Toombs-Johnson 1987: 31-40.
- 1990 New evidence from Dor for the first appearance of the Phoenicians along the Northern coast of Israel, *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 279: 27-34.
- 1992 *The New Encyclopaedia of Archaeological Excavations in the Holy Land*, Jerusalén.
- 1995 Tel Dor: a Phoenician-Israelite trading center, en Gitin 1995: 81-93.
- 2000 *Dor – Ruler of the Seas*, Israel Exploration Society, Jerusalén.
- Stern, E. *et al.*
- 1995 *Excavations at Dor, final report I: Areas A and C*, Qedem Reports 1, 2, Hebrew University, Jerusalén.
- Steward, J. M.
- 1954 Type and types, *American Anthropologist*, New Series 56/1: 54-57.
- Stirenius
- 1967 *Submycenaean Studies*, Acta Instituti Atheniensis Regni Sueciae 8º, VII, Lund.
- Tappy, R. E.
- 1992 *The archaeology of Israelite Samaria. Volume I. Early Iron Age through the ninth century BCE*, Harvard Semitic Studies 44, Scholars Press, Atlanta.
- 2001 The Archaeology of Israelite Samaria II. The Eight Century B.C.E., *HSS* 50, Winona Lake.
- Tatton-Brown, V.
- 1989 Cyprus and the east Mediterranean in the Iron Age, Proceedings of the 7th British

Museum Classical Colloquium, April 1988, British Classical Colloquium, Londres.

Teixidor, J.

2003 *Mon père, l'Araméen errant: Exégèse libre d'un texte biblique fameux*, Paris.

Thompson, H. O.

1984 *The Answers Lie Below. Essays in Honour of Lawrence Edmund Toombs*, Lanham.

Thompson, T. L.

1994 *Early history of the Israelite people. From the written and archaeological sources*, Studies in the History of Ancient Near East, Brill, Leiden.

Toombs, L. G. – Johnson, G. L.

1987 *Archaeology and biblical interpretation*, Atlanta.

Torres, M.

1998 La cronología absoluta europea y el inicio de la colonización fenicia en Occidente. Implicaciones cronológicas en Chipre y en el Próximo Oriente, *Complutum* 9: 49-60.

Torres, M. – Ruiz-Gálvez, M.- Rubinos, A.

2005 La cronología de la Cultura Nurágica y los inicios de la Edad del Hierro y las colonizaciones históricas en el Mediterráneo Centro-Occidental. Una aproximación desde la cronología radiocarbónica y el registro arqueológico, en Ruiz Gálvez 2005: 169-194.

Trellisó Carreño, L.

2004 The anthropological study on the human skeletal remains of Tyre-Al Bass 1997, en Aubet 2004: 247-278.

Tubb, J. N.

1985 *Palestine in the Bronze and Iron Ages, papers in Honour of Olga Tufnell*, University of London, Institute of Archaeology, Occasional Publication 11, Londres.

Tufnell, O.

1953 *Lachish III. The Iron Age*, Oxford University Press, Londres.

Tytgat, C.

1987 *Les nécropoles sud-ouest et sud-est d'Amathonte. I. Les tombes 110-385*, Études Chypriotes XI, Nicosia.

1995 La tombe NW 194 de la nécropole nord d'Amathonte, *Reports of the Department of Antiquities of Cyprus*: 137-185.

Ussishkin, D.

1985 Levels VII and VI at Tel Lachish and the end of the Late Bronze Age in Canaan, en Tubb 1985: 213-230.

1998 The destruction of Megiddo at the end of the Late Bronze Age and its historical significance, en Gitin-Mazar-Stern 1998: 197-219.

Ussishkin, D. – Woodhead, I.

1992 Excavations at Tel Jezreel 1990-1991: preliminary report, *Tel Aviv* 19: 3-56.

- 1994 Excavations at Tèl Jezreel 1992-1993: second preliminary report, *Levant* 26: 1-48.
- 1997 Excavations at Tèl Jezreel 1994-1996: third preliminary report, *Tèl Aviv* 24: 6-72.
- Van Beek, G. W.
- 1951 Cypriote chronology and the dating of Iron I sites in Palestine, *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, 124: 26-29.
- Vandenabeele, F.
- 1968 Quelques particularités de la civilisation d'Amathonte à l'époque du Chypro-Géométrique, *BCH* 92: 103-114.
- Van der Plicht, J. – Bruins, H. J.
- 2005 Quality Control of Groningen ¹⁴C Results from Tel Rehov: Repeatability and Intercomparison of Proportional Gas Counting and AMS, en Levy – Highman 2005: 256-270.
- Waldbaum, J. C.
- 1996 Early Greek contacts with the southern Levant, ca. 1000-600 B. C.: the eastern perspective, *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 293: 53-66.
- Waldbaum, J. C. – Magness, J.
- 1997 Chronology of early Greek pottery: new evidence from Seventh-Century B. C. destruction levels in Israel, *American Journal of Archaeology* 101: 23 – 40.
- Ward, W.
- 1978 The Egyptian objects, en Bikai 1978a: 83 – 87.
- 1994 Archaeology in Lebanon in the Twentieth Century, *Biblical Archaeologist* 57/2: 66-85.
- Warren, P. – Hankey, V.
- 1989 *Aegean Bronze Age chronology*, Bristol Classical Press, Bristol.
- Whallon, R. – Brown, J. A.
- 1982 *Essays on archaeological typology*. Campsville Seminars in Archaeology 1, The Center for American Archaeology Press, Evanston, Illinois.
- Whitelaw, K. W.
- 1996 The invention of Ancient Israel, the silencing of Palestinian history, Rotledge, Londres.
- Wightman, G. J.
- 1990 The myth of Solomon, *Bulletin of the Schools of American Research* 277/278: 5-22.
- Williamson, H. G. M.
- 1991 Jezreel in the Biblical texts, *Tèl Aviv* 18: 72-92.
- Wolff, S. R.
- 2001 *Studies in the archaeology of Israel and neighbouring lands in memory of Douglas L. Esse*, Studies in Ancient Oriental Civilization 59, ASOR books 5, Oriental Institute of the University of Chicago, Chicago, American Schools of Oriental Research, Atlanta.
- Wright, G. E.

- 1959 Israelite Samaria and Iron Age chronology, *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 155: 13-29.
- 1959a Samaria, *The Biblical Archaeologist* 22: 67-78.
- 1965 The Archaeology of Palestine, en Wright 1965b: 85-139.
- 1965b *The Bible and the ancient Near East. Essays in honor of William Foxwell Albright*, Anchor Books, Garden City, Nueva York.
- 1975 *Arqueología Bíblica*, Ed. Cristiandad, Madrid.
- Xella, P.
- 1995 Les Sources Cunéiformes, en Kings 1995: 39-56.
- Xella, P.
- 1995a La Bible, en Kings 1995: 64-72.
- Yadin, Y.
- 1958 *Hazor I*, Londres.
- 1960 New light on Salomon's Megiddo, *The Biblical Archaeologist* 23: 62-68.
- 1970 Megiddo of the kings of Israel, *The Biblical Archaeologist* 33: 66-96.
- 1972 *Hazor. The Head of all those Kingdoms, Joshua 11: 10*, The Schweich Lectures of the British Academy 1970, Londres.
- 1975 *Hazor. The rediscovery of a great citadel of the Bible*, Londres.
- Yadin, Y. – Aharoni, Y. – Amiran, R. – Dothan, T. – Dunayevsky, I. – Perrot, J.
- 1960 *Hazor II*, Jerusalén.
- Yadin, Y. – Aharoni, Y. – Amiran, R. – Ben-Tor, A. – Dothan, T. – Dunayevsky, I. – Geva, S. – Stern, E.
- 1961 *Hazor III-IV*, Jerusalén.
- Yadin, Y. – Ben-Tor, A.
- 1992 Hazor, en Stern 1992: 594-606.
- Yon, M.
- 1974 *Manuel de céramique chypriote. Problemes historiques, vocabulaire, méthode*, Lyon.
- Zamora, J. A.
- 2000 La vid y el vino en Ugarit, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- Zarzeki-Peleg, A.
- 1997 Hazor, Jokneam and Meguido in the tenth century B.C.E., *Tel Aviv* 24: 258-289.
- Zimhoni, O.
- 1992 The Iron Age pottery from Tel Jezreel – an interim report, *Tel Aviv* 19: 57-70.
- 1997 Clues from the enclosure-Fills: pre-omride settlement at Tel Jezreel, *Tel Aviv* 24: 83-109.